# William Dalrymple

# LA ANARQUÍA

E I Co

## LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS ORIENTALES Y EL EXPOLIO DE LA INDIA





«Un historiador excepcionalmente dotado».
Max Hastings, *Sunday Times*

«El sugestivo arte del don narrativo de Dalrymple atrae al lector a acontecimientos que son casi insoportables, pero su relato es tan perceptivo y tan cálidamente humano que uno nunca se siente tentado a abandonarlo».
Diana Athill, *Guardian*

«Un maestro narrador que infunde esa pasión, viveza y ánimo en los personajes históricos».
Barnaby Rogerson, *Independent*

«El magnífico relato de William Dalrymple en torno a la Compañía de las Indias Orientales es un estudio de caso acerca de lo que puede salir mal, muy, muy mal, cuando las empresas y los líderes carecen de sentido de la decencia».
Ian Morris, *The New York Times*

«Excepcional, una historia vívida y rica […] quizá la mayor virtud de este desazonador pero entretenido libro no son tanto las preguntas que responde sino las que genera acerca de cómo encajan las corporaciones en el globo, tanto antes como ahora […] Un libro que debería leer todo el mundo».
*The New York Times Book Review*

«Dalrymple es un excelente historiador con una comprensión visceral de la India. Un libro de gran belleza».
Gerard DeGroot, *The Times*

«Un escritor que posee el don de hacer que los temas históricos más recónditos cobren vida y que cada libro sucesivo se convierta en un compañero cada vez más entretenido y esclarecedor».
Alexander McCall Smith, *New Statesman*

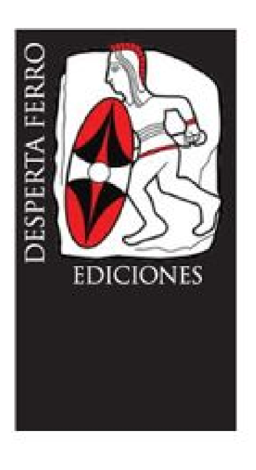
«Ciertamente, toda una rareza: un estudioso de la historia que puede escribir de verdad».
Salman Rushdie

# LA ANARQUÍA

William Dalrymple

# LA ANARQUÍA

## LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS ORIENTALES Y EL EXPOLIO DE LA INDIA



La anarquía
Dalrymple, William
La anarquía / Dalrymple, William [traducción de Javier Romero].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021 – 512 p. ; lám. 48 p. ; 23,5 cm – (Historia Moderna) – 1.ª ed.
D.L.: M-9878-2021
ISBN: 978-84-122212-7-5
94(540)"18"
325.53 323.269.6

**LA ANARQUÍA**
***La Compañía de las Indias Orientales y el expolio de la India***
**William Dalrymple**

Título original:
*The Anarchy. The Relentless Rise of The East Indian Company*
*This translation of The Anarchy. The Relentless Rise of The East Indian Company* is published by Desperta Ferro Ediciones by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.
Esta traducción de *The Anarchy. The Relentless Rise of The East Indian Company* la publica Desperta Ferro Ediciones según el acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.


ISBN: 978-1-4088-6437-1


Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-122213-6-7
D.L.: M-9878-2021

Traducción: Javier Romero
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: junio 2021

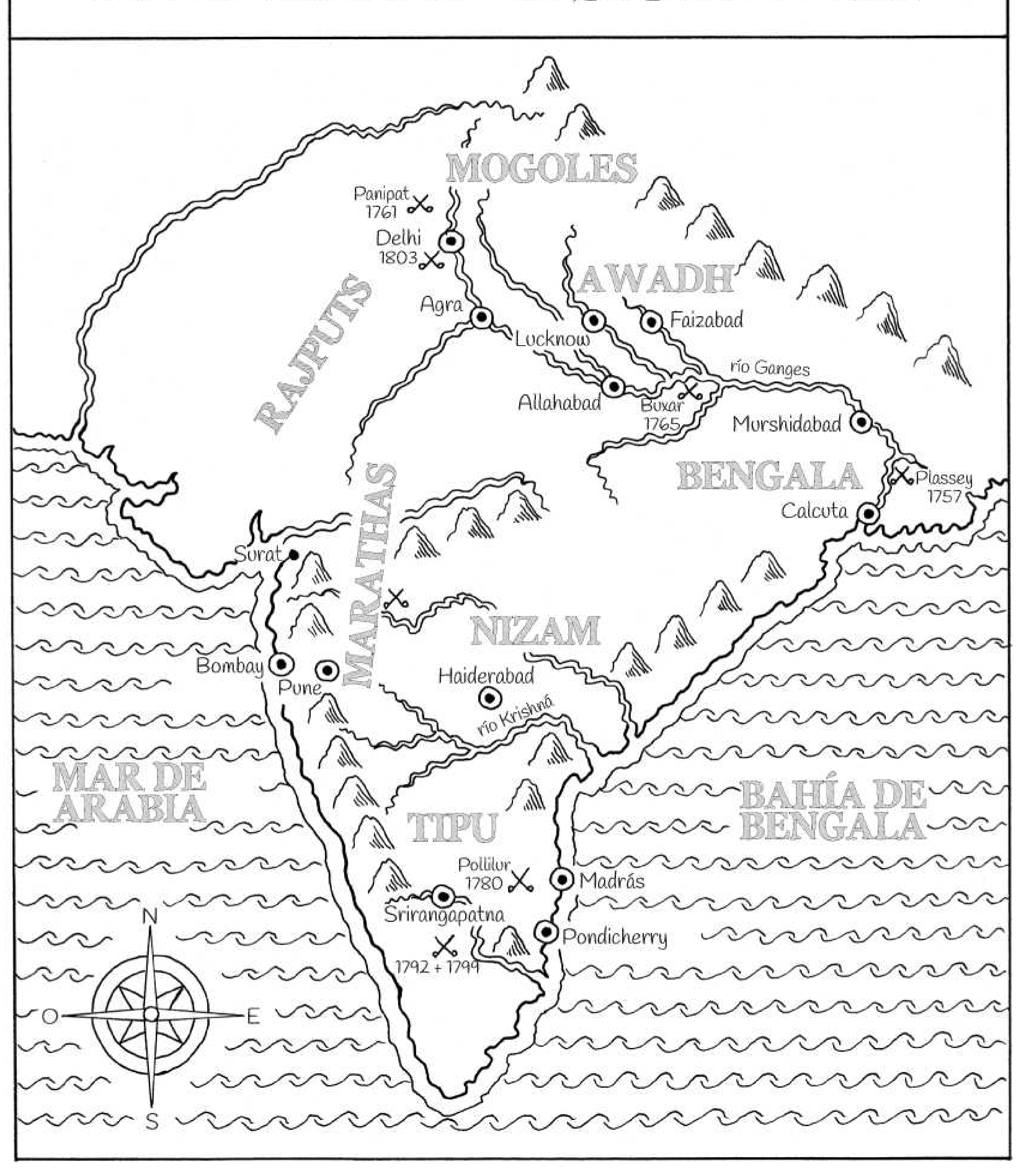


Producción del ePub: booqlab

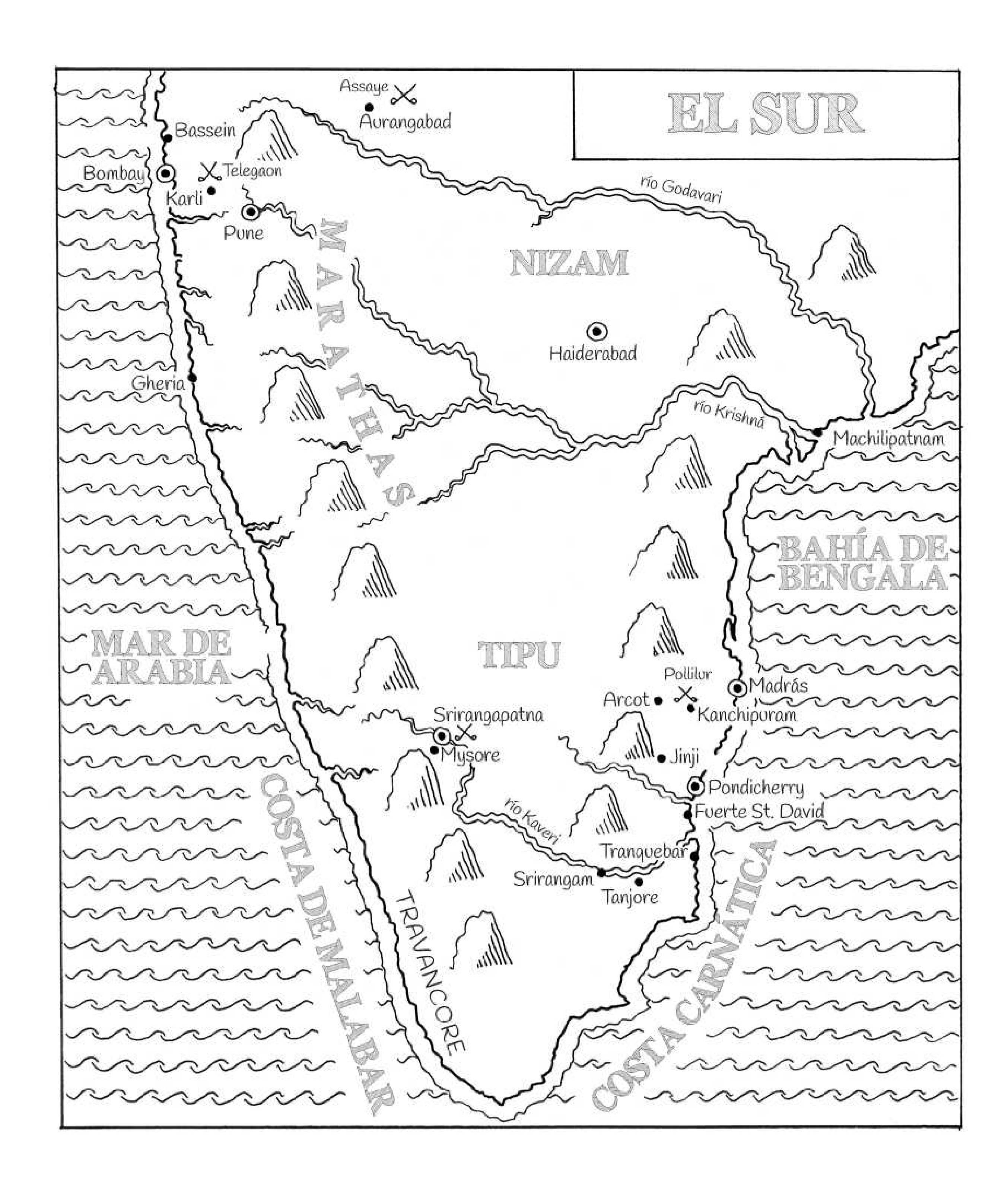
Una compañía comercial tiene esclavizada a una
nación de doscientos millones de personas.
León Tolstói, *Carta a un hindú* ,
14 de diciembre de 1908

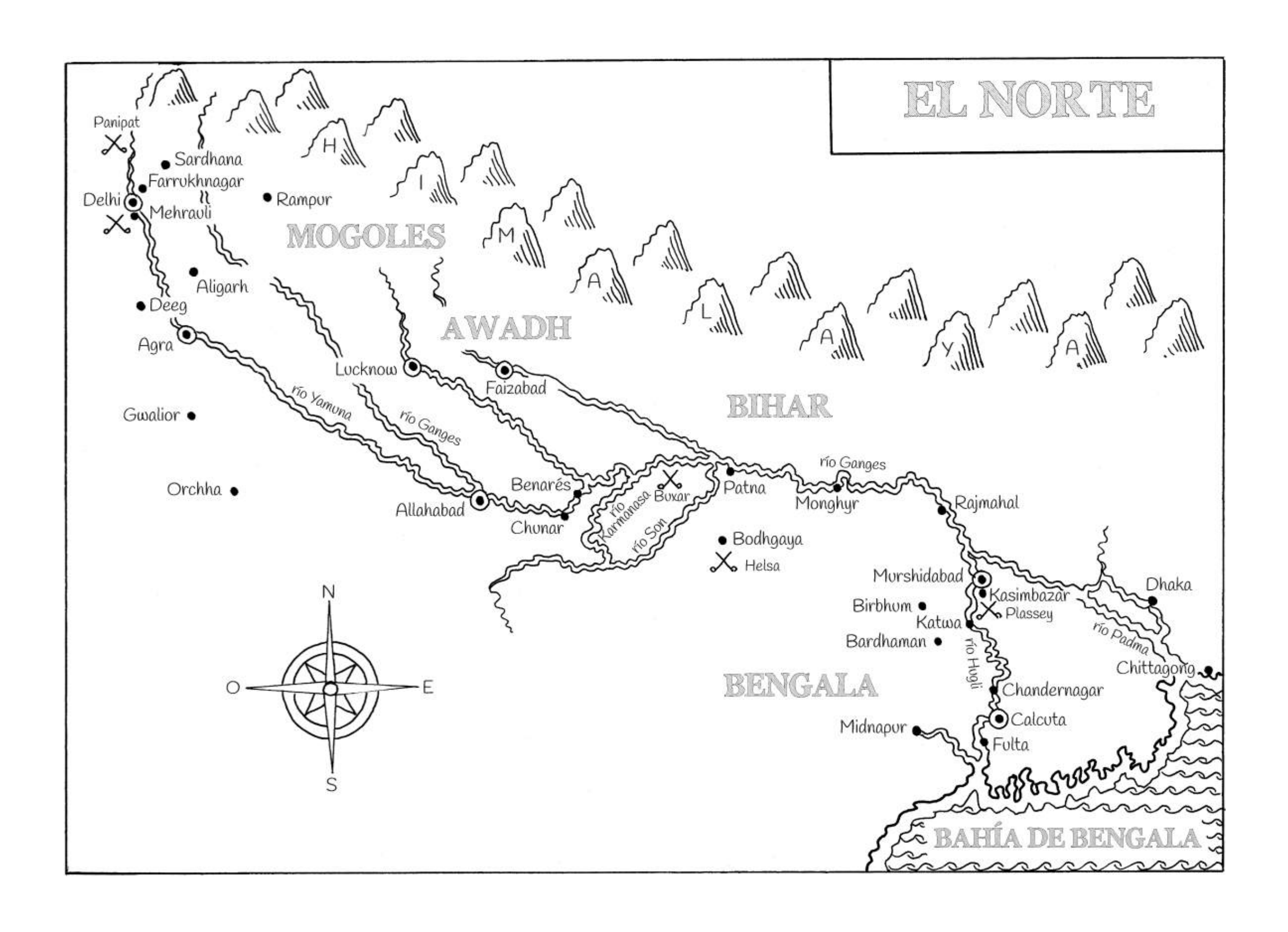
Las empresas no tienen cuerpos que puedan ser
castigados ni almas que puedan ser condenadas
y, por tanto, obran como les place.
Edward, primer barón Thurlow (1731-1806),
lord canciller durante el proceso
de Warren Hastings

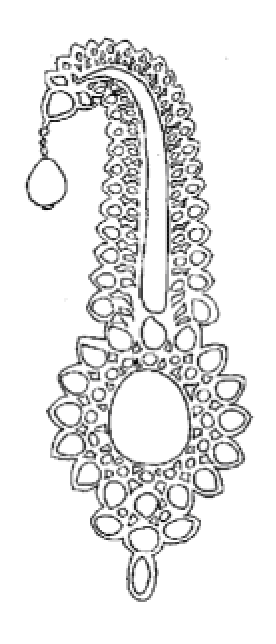
# Índice



LA INDIA EN EL SIGLO XVIII
MOGOLES
Panipat 1761
Delhi 1803
AWADH
Agra
Faizabad
Lucknow
RAJPUTS
río Ganges
Allahabad
Buxar 1765
Murshidabad
BENGALA
Plassey 1757
Calcuta
MARATHAS
Surat
NIZAM
Bombay
Pune
Haiderabad
río Krishná
MAR DE ARABIA
BAHÍA DE BENGALA
TIPU
Pollilur 1780
Madrás
Srirangapatna
Pondicherry
1792 + 1799
N
O
E
S


EL SUR
Assaye
Aurangabad
Bassein
Bombay
Telegaon
Karli
Pune
río Godavari
MARATHAS
NIZAM
Haiderabad
Gheria
río Krishná
Machilipatnam
BAHÍA DE BENGALA
MAR DE ARABIA
TIPU
Pollilur
Madrás
Arcot
Kanchipuram
Srirangapatna
Mysore
Jinji
Pondicherry
Fuerte St. David
río Kaveri
Tranquebar
Srirangam
Tanjore
TRAVANCORE
COSTA DE MALABAR
COSTA CARNÁTICA


EL NORTE
Panipat
Sardhana
Farrukhnagar
Delhi
Mehrauli
Rampur
H
I
M
A
L
A
Y
A
MOGOLES
Aligarh
Deeg
Agra
AWADH
Lucknow
Faizabad
BIHAR
Gwalior
río Yamuna
río Ganges
río Ganges
Orchha
Benarés
Allahabad
Chunar
río Karmanasa
Buxar
río Son
Patna
Monghyr
Rajmahal
Bodhgaya
Helsa
Murshidabad
Kasimbazar
Plassey
Dhaka
Birbhum
Katwa
Bardhaman
río Hugli
río Padma
N
O
E
S
BENGALA
Chittagong
Chandernagar
Calcuta
Midnapur
Fulta
BAHÍA DE BENGALA



# DRAMATIS PERSONAE

## 1 LOS BRITÁNICOS

**Robert Clive, primer barón Clive**
*1725-1774*
Contable de la Compañía de las Indias Orientales que, gracias a su notable talento militar, logró ascender hasta el cargo de gobernador de Bengala. Lacónico y corpulento, estaba dotado de una ambición feroz y de una energía fuera de lo común. Fue un jefe violento y despiadado, pero de extraordinarias capacidades, de la Compañía y de sus fuerzas militares en India. Tenía ojo de pandillero para calibrar a sus adversarios y era capaz de asumir grandes riesgos con una audacia agresiva e impresionante. Clive fue quien logró establecer la supremacía político-militar de la Compañía de las Indias

Orientales en Bengala, Bihar y Orissa, así como asentar los cimientos de la dominación británica sobre la India.

**Warren Hastings**

*1732-1818*

Erudito y lingüista, fue el primer gobernador de la Presidencia del Fuerte William, jefe del consejo supremo de Bengala y primer gobernador general *de facto* de India entre 1773 y 1785. Hastings era diligente, culto y vivía con sencillez. Era austero y adicto al trabajo y un indiófilo notable que en su juventud luchó con denuedo para impedir que sus colegas saqueasen Bengala. Pero su disputa con Philip Francis provocó la acusación de corrupción y que el Parlamento británico incoase su proceso (*impeachment* ). Tras un largo proceso que suscitó gran expectación, fue absuelto en 1795.

**Philip Francis**

*1740-1818*

Político y conspirador nacido en Irlanda. Se cree que es el autor de *The Letters of Junius* . Francis fue el principal oponente y antagonista de Warren Hastings. Estaba convencido, erróneamente, de que este constituía el origen de toda la corrupción de Bengala y ambicionaba reemplazarlo en el cargo de gobernador general; le atacó desde 1774 hasta su muerte. Trató de matar a Hastings en un duelo, pero no lo logró y además se llevó un pistoletazo entre las costillas. Una vez recuperado, regresó a Londres, donde sus acusaciones condujeron al *impeachment* de Hastings y del juez jefe de Calcuta, Elijah Impey. Los dos fueron absueltos.

**Charles Cornwallis, primer marqués de Cornwallis**

*1738-1805*

Cornwallis, el general que rindió las fuerzas británicas en Yorktown en 1781, fue nombrado gobernador general de India para impedir que ocurriera lo mismo en ese país. Se reveló como un

administrador de sorprendente energía, que incrementó las rentas de la tierra de la Compañía en Bengala y derrotó al sultán Tipu en la Tercera Guerra Anglo-Mysore (1782).

**Richard Colley, primer marqués Wellesley**

*1760-1842*

Gobernador general de India, Wellesley conquistó más territorio en India que Napoleón en Europa. Despreciaba el espíritu mercantilista de la Compañía de las Indias Orientales y solo obedecía a los dictados de su francófobo amigo Dundas, presidente de la Junta de Comercio. Empleó los recursos y los ejércitos de la Compañía para imponerse en la Cuarta Guerra Anglo-Mysore, que finalizó en 1799 con la muerte del sultán Tipu y la destrucción de su capital. Acto seguido, desencadenó la Segunda Guerra Anglo-Maratha, en la que fueron derrotados los ejércitos de Scindia y Holkar (1803). En esta época logró expulsar a las últimas unidades francesas de India y consolidó el control de la Compañía de las Indias Orientales sobre la mayor parte del subcontinente al sur del Punyab.

**Coronel Arthur Wellesley**

*1769-1852*

Wellesley, gobernador de Mysore y «responsable político-militar principal en el Decán y al sur del país de los Marathas». Participó en la derrota de los ejércitos de Tipu en 1799 y de los de los marathas en 1803. Más tarde se hizo famoso al recibir el título de duque de Wellington.

**Gerald, primer vizconde Lake**

*1744-1808*

Lord Lake, a quien le gustaba afirmar que descendía del héroe de las leyendas artúricas, Lanzarote del Lago [*Lancelot of the Lake* ] no era hombre que admirase la diplomacia. Se dice que, en cierta ocasión, le gritó a un contable del ejército: «¡Malditos sean sus libros de

cuentas… preocúpese de combatir!». Con casi 60 años de edad, era veterano de la Guerra de los Siete Años y de Independencia estadounidense, donde había combatido contra Washington en Yorktown. Famoso por su carisma juvenil, y su inmensa energía, a menudo se levantaba a las 2 de la madrugada, dispuesto a encabezar la marcha con sus refulgentes ojos azules. De gran capacidad, fue comandante en jefe de Wellesley. En 1803 se le encomendó la misión de derrotar a las huestes marathas del Indostán en el teatro septentrional de operaciones.

**Edward Clive, primer conde de Powis**
*1754-1839*
Hijo de Robert Clive (Clive de la India). Gobernador de Madrás. Destacaba por su escasa inteligencia.

# 2 LOS FRANCESES

**Joseph François Dupleix**
*1697-1764*
Gobernador general de los asentamientos galos en India. Fue derrotado en las guerras carnáticas en el sur de India en las que participó el joven Robert Clive.

**Michel Joachim Marie Raymond**
*1755-1798*
Mercenario. Comandante del batallón francés en Haiderabad.

**General Pierre Cuiller-Perron**
*1755-1834*
Perron, hijo de un tejedor provenzal, sucedió a Benoît de Boigne, hombre de capacidad muy superior, al mando de los regimientos de Scindia. Vivía con sus tropas a 160 kilómetros al sudeste de Delhi, en la gran fortaleza de Aligarh. En 1803 traicionó a sus soldados a

cambio de que la Compañía le permitiera abandonar India llevándose los ahorros de toda su vida.

# 3 LOS MOGOLES

**Alamgir Aurangzeb**

Emperador de los mogoles. Puritano y sin carisma, su conquista del Decán, en exceso ambiciosa, llevó a los dominios mogoles a su máxima expansión, pero acabó ocasionando su posterior colapso. Su fanatismo religioso le enemistó con la población hindú del imperio, en particular con los aliados rajputs, lo cual aceleró el derrumbamiento imperial tras su fallecimiento.

**Mohamed Shah Rangila**

*1702-1748*

Rangila era un delicado esteta cuya administración descuidada y falta de talento militar provocaron su derrota en la batalla de Karnal (1739) a manos del señor de la guerra persa Nader Shah. Este saqueó Delhi y se llevó el trono del pavo real, en el que estaba engastado el legendario diamante Koh-i-Noor. Tras la derrota, Mohammed Shah acabó sin poder y sin tesoro; el Imperio mogol había quedado en bancarrota y se había fracturado sin remedio.

**Ghazi ud-Din Khan, Imad ul-Mulk**

*1736-1800*

Nieto adolescente y megalomaníaco de Nizam ul-Mulk, primer nizam de Haiderabad. Primero atacó a su mentor, Safdar Jung, al que derrotó en 1753. Un año después, en 1754, cegó, encarceló y finalmente asesinó a su emperador, Ahmad Shah. Colocó a Alamgir II en el trono, pero luego trató de capturar y matar al hijo de este último, Shah Alam. Más tarde, en 1759, asesinó a su emperador títere. Huyó de Delhi tras el ascenso del afgano Najib ud-Daula, quien le sucedió en el cargo de gobernador de Delhi.

**Alamgir II**
*1699-1759*
Hijo del emperador Jahandar Shah y padre de Shah Alam II. En 1754, Imad ul-Mulk le sacó de la jaula salatina y le situó en el trono imperial. Pero 1759, cuatro años más tarde, ul-Mulk le hizo asesinar en Feroz Shah Kotla.

**Shah Alam**
*1728-1806*
Príncipe mogol. Atractivo y talentoso, toda su vida fue una sucesión de derrotas e infortunios; aun así, hizo gala de una entereza extraordinaria ante una serie de pruebas terribles. Cuando era un muchacho, vivió la entrada de Nader Shah en Delhi y el saqueo de la ciudad. Más tarde, escapó al intento de asesinato de Imad ul-Mulk y sobrevivió en varias batallas contra Clive. Combatió a la Compañía en Patna y Buxar, concedió el *Diwani* a Clive en Allahabad y regresó a Delhi en contra de la voluntad de Warren Hastings. Junto a Mirza Najaf Khan, pese a tenerlo todo en contra, estuvo muy cerca de reconstruir el imperio de sus ancestros, pero su sueño se desvaneció como un espejismo tras la muerte prematura del último gran general mogol. Por último, el emperador fue atacado y cegado por su antiguo favorito, el demente Ghulam Qadir. A pesar de las terribles circunstancias, nunca perdió el ánimo y tan solo se dejó llevar por la desesperación –y por breve tiempo– cuando los rohillas violaron a su familia y le cegaron. En las circunstancias más adversas imaginables, las de la Gran Anarquía, reinó en una corte de elevada cultura. Además de escribir excelentes versos, también fue un generoso mecenas de poetas, eruditos y artistas.

## 4 LOS NABAB

**Aliverdi Khan, nabab de Bengala**
*1671-1756*

En 1740, Aliverdi Khan, descendiente de árabes y turcomanos afshar, llegó al poder en Bengala, la provincia más rica del Imperio mogol, gracias a un golpe de Estado financiado y planeado por los Jagat Seth, banqueros de inmenso poder. Aliverdi era un epicúreo amante de los gatos que entretenía sus veladas con comida exquisita, libros y narraciones. Tras derrotar a los marathas, creó en Murshidabad una sólida y vibrante corte chií y un centro político y económico estable, una isla de calma y prosperidad en el mar de anarquía del declive mogol.

**Siraj ud-Daula, nabab de Bengala**
*1733-1757*
Nieto de Aliverdi Khan. Su ataque contra las factorías de la Compañía de las Indias Orientales en Kasimbazar y Calcuta dio inicio a la conquista de Bengala por parte de la Compañía. Ni una sola de las muchas fuentes del periodo –ya sean persas, bengalíes, mogolas, francesas, neerlandesas o inglesas– contiene una sola buena palabra de Siraj: según su aliado Jean Law, «su reputación era la peor imaginable». Pero el retrato más negativo fue esbozado por su propio primo, Ghulam Husein Khan. Este, que había sido miembro de su personal, estaba profundamente impresionado por un hombre al que calificaba de psicópata y de violador bisexual en serie: «Su carácter era una combinación de ignorancia y libertinaje», escribió.

**Mir Jafar, nabab de Bengala**
*ca. 1691-1765*
De origen árabe, Mir Jafar era un soldado de fortuna oriundo de la ciudad santuario chií de Najaf. Mir Jafar participó en muchas de las decisivas victorias de Aliverdi contra los marathas y también dirigió el exitoso ataque de Siraj ud-Daula contra Calcuta en 1756. Se unió a la conspiración urdida por los Jagat Seth para reemplazar a Siraj ud-Daula. Pasó a ser el gobernante títere de Bengala, sometido a los

caprichos de la Compañía de las Indias Orientales. Robert Clive lo describió, con razón, como «un príncipe de escasas capacidades».

**Mir Qasim, nabab de Bengala**

*Muerto en 1763*

Mir Qasim era un hombre lo más diferente que cabía imaginar con respecto a su caótico e iletrado suegro, Mir Jafar. Descendiente de la nobleza persa, nació en las tierras que su padre poseía cerca de Patna. Era de complexión pequeña y tenía escasa experiencia militar, pero también era joven, capaz, inteligente y, sobre todo, decidido. Conspiró con la Compañía para reemplazar al incompetente Mir Jafar, al que derrocó en 1760 en un alzamiento, y logró crear un Estado que, dirigido con mano firme, se dotó de un ejército de infantería moderna. No obstante, menos de tres años más tarde entró en conflicto con la Compañía. En 1765, los restos de sus fuerzas sufrieron una derrota definitiva en la batalla de Buxar. Huyó al oeste y murió en la miseria cerca de Agra.

**Shuja ud-Daula, nabab de Awadh**

*1732-1774*

Shuja ud-Daula, hijo del gran visir mogol Safdar Jung y sucesor de este en el cargo de nabab de Awadh, era un hombre gigante. De casi 2,13 metros] [7 pies] de estatura y bigotes untados en aceites que se proyectaban de su rostro como las alas de un águila, tenía una inmensa fuerza física. En 1763, ya pasada su plenitud, se decía que era lo bastante fuerte para cercenar la cabeza de un búfalo con un solo tajo de su espada, o levantar a dos de sus oficiales, uno con cada mano. Sus vicios eran una ambición desmedida, aires de superioridad y la convicción exagerada de sus capacidades. Ghulam Husein Khan, un intelectual cosmopolita, se dio cuenta de ello de inmediato. Le consideraba una leve carga, tan necio como audaz: Shuja, escribió, «era tan orgulloso como ignorante». Fue derrotado por la Compañía en la batalla de Buxar en 1765. Clive le volvió a

situar en el trono de Awadh, que rigió hasta el fin de su vida como aliado de la Compañía de las Indias Orientales.

# 5 LOS ROHILLAS

**Najib Khan Yusufzai, Najib ud-Daula**

*Muerto en 1770*

Pastún yusufzai y antiguo tratante de caballos. Sirvió a los mogoles como jefe de caballería pero se pasó al bando de Ahmad Shah Durrani durante su invasión de 1757. Pasó a ser gobernador de Delhi en nombre de Ahmad Shah. Durante la fase final de su reinado gobernó desde su ciudad epónima de Najibabad, cerca de Saharanpur, hasta 1770, año de su fallecimiento.

**Zabita Khan Rohilla**

*Muerto en 1785*

Caudillo rohilla. Combatió en Panipat y se rebeló en repetidas ocasiones contra Shah Alam. Era hijo de Najib ud-Daula y padre de Ghulam Qadir.

**Ghulam Qadir Khan Rohilla**

*ca. 1765-1787*

Ghulam Qadir era hijo de Zabita Khan Rohilla. Fue capturado por Shah Alam después de la caída de Ghausgarh en 1772 y llevado de vuelta a Delhi, donde fue educado como un príncipe imperial en Qudsia Bagh. Algunas fuentes afirman que era el favorito de Shah Alam e incluso que pudo haber sido su catamita. En 1788, posiblemente para vengar ofensas anteriores, atacó Delhi, saqueó el Fuerte Rojo, torturó y violó a la familia real y cegó a Shah Alam. Poco después fue capturado y torturado hasta morir por las tropas marathas de Mahadji Scindia.

# 6 LOS SULTANES DE MYSORE

**Haidar Ali**

*Muerto en 1782*

Oficial del ejército de Mysore que derrotó a los rajás de Wadyar de Mysore en 1761 y los reemplazó en el poder. Aprendió tácticas de guerra moderna de infantería de las unidades francesas, lo cual le permitió ofrecer una fuerte resistencia a la Compañía de las Indias Orientales. Su victoria más notable, obtenida junto con su hijo Tipu, tuvo lugar en Pollilur en 1780.

**Sultán Tipu**

*1750-1799*

Sultán guerrero de Mysore. Derrotó a la Compañía de las Indias Orientales en varias campañas, en particular junto con su padre Haidar Ali en la batalla de Pollilur (1780). En 1782 sucedió a su padre y reinó con gran eficiencia e imaginación en la paz, pero con gran brutalidad en la guerra. En 1792 se vio obligado a ceder la mitad de su reino a la Triple Alianza de lord Cornwallis con los marathas y los haiderabadíes. En 1799 fue derrotado y muerto por lord Wellesley.

## 7 LOS MARATHAS

**Shivaji Bhonsle**

*Muerto en 1680*

Caudillo de guerra maratha que creó sobre las ruinas del sultanato Adil Shahi de Bijapur un reino en el Decán con el que combatió al Imperio mogol, que había conquistado Bijapur en 1686. Se convirtió en el peor enemigo del emperador Aurangzeb: construyó fuertes, creó una armada y lanzó profundas incursiones por territorio mogol. Fue coronado chhatrapati, o señor del parasol, en dos ceremonias de coronación celebradas en Raigad hacia el final de su vida, en 1674.

**Nana Phadnavis**

*1742-1800*
Estadista originario de Pune y ministro de los *peshwa* , Phadnavis era conocido como «el Maquiavelo maratha». Fue el primero en comprender que la Compañía de las Indias Orientales suponía una amenaza vital para la India y trató de organizar una triple alianza con los haiderabadíes y los sultanes de Mysore para expulsarlos, pero no logró llevar a término su proyecto.

**Tukoji Holkar**
*1723-1797*
Audaz caudillo maratha que, tras sobrevivir a la batalla de Panipat, se convirtió en el gran rival de Mahadji Scindia en la India septentrional.

**Mahadji Scindia**
*1730-1794*
Caudillo y estadista maratha, Scindia fue el gobernante indio más poderoso en el norte del Indostán por un periodo de veinte años a partir de la década de 1770. Malherido en la batalla de Panipat (1761), la herida le dejó una cojera que duró toda su vida, lo cual le provocó una enorme obesidad. Era un político astuto que tomó bajo su protección a Shah Alam a partir de 1771 y convirtió a los mogoles en títeres de los marathas. Creó un poderoso ejército moderno mandado por el general saboyardo Benoît de Boigne, pero, hacia el final de su vida, su rivalidad con Tukoji Holkar y su paz unilateral con la Compañía de las Indias Orientales en el Tratado de Salbai socavó la unidad maratha y creó las condiciones para la victoria final de la Compañía, nueve años después de su fallecimiento.

**Baji Rao II**
1775-1851
El último *peshwa* del Imperio maratha. Reinó de 1795 a 1818. Cuando accedió al *musnud* era un muchacho de 21 años de edad de

complexión liviana, tímido y de aspecto inseguro, de mentón débil y un fino vello en el labio superior. No tardó en demostrar su incapacidad para mantener unidas las facciones que conformaban la base de su poder. El tratado que firmó con la Compañía de las Indias Orientales en Bassein en 1802 dio lugar al desmoronamiento final de la gran Confederación maratha.

**Daulat Rao Scindia**

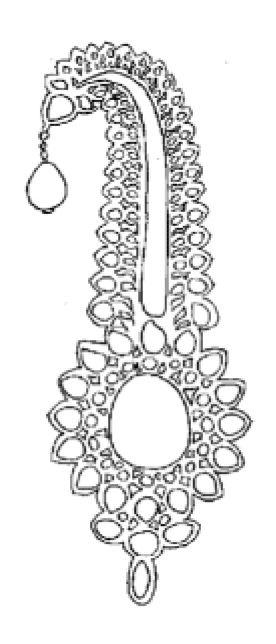
*1779-1827*

Cuando Mahadji Scindia murió en 1794, su sucesor, Daulat Rao, tan solo tenía 15 años. El muchacho heredó el magnífico ejército que Benoît de Boigne había instruido para su predecesor, pero no mostró ningún talento ni visión para su empleo. Su rivalidad con los Holkar y su incapacidad de crear un frente común contra la Compañía de las Indias Orientales dio lugar a la desastrosa Segunda Guerra Anglo-Maratha de 1803. Tras esta contienda, la Compañía se consolidó como la principal potencia en India y allanó el camino hacia el Raj británico.

**Jaswant Rao Holkar**

*1776-1811*

Jaswant Rao era el hijo ilegítimo de la unión de Tukoji Holkar con una concubina. Aunque era un jefe de guerra notable, su dominio de la diplomacia no estaba a la altura, pues permitió a la Compañía de las Indias Orientales dividir la Confederación maratha, derrotar a Scindia y forzar su rendición al año siguiente. Gracias a esto, hacia finales de 1803, la Compañía logró dominar la mayor parte del Indostán.



# INTRODUCCIÓN

Una de las primeras palabras indias que pasó a formar parte de la lengua inglesa fue el término coloquial indostaní para botín: *loot* . Según el *Oxford English Dictionary* , hasta finales del siglo XVIII este vocablo rara vez se utilizaba más allá de las llanuras del norte de la India. Pero, en ese momento, de repente, se convirtió en un término de uso común por toda Gran Bretaña. Para comprender cómo y por qué esta palabra se estableció y floreció en tierras tan distantes, basta con hacer una visita al castillo de Powis, en las Marcas Galesas.

En el siglo XIII, el último candidato al trono galés, Owain Gruffydd ap Gwenwynwyn, de memorable nombre, edificó el castillo de Powis sobre un peñasco fortificado. Esta posesión era su recompensa por ceder Gales al dominio de la monarquía inglesa.

Pero su tesoro más espectacular data de un periodo de conquista inglesa muy posterior.

Powis está, simple y llanamente, abarrotado de botín de la India: habitaciones y habitaciones de pillaje imperial sustraído durante el siglo XVIII por la Compañía de las Indias Orientales inglesa (CIO). En esa residencia privada de la campiña galesa hay más piezas mogolas que en ningún otro lugar de la India, incluido el Museo Nacional de Delhi. Entre sus muchos tesoros hay narguilés de oro bruñido con incrustaciones de ébano púrpura; espinelas de Badajsán soberbiamente grabadas y dagas cubiertas de pedrería; rubíes centelleantes del color de la sangre de los pichones y multitud de esmeraldas verde lagarto. Hay cabezas de tigres festoneadas de zafiros y topacios dorados; ornamentos de jade y marfil; colgantes de seda bordados con amapolas y lotos; estatuas de dioses hindúes y armaduras elefantinas. Ocupan un lugar de honor dos grandes trofeos de guerra capturados tras la derrota y muerte de sus propietarios: el palanquín que Siraj ud-Daula, nabab de Bengala, abandonó en su huida del campo de batalla de Plassey y la tienda de campaña del sultán Tipu, el Tigre de Mysore.

Tal es el esplendor de estas riquezas que, en mi visita del verano pasado, estuve a punto de perderme el enorme lienzo enmarcado que explica cómo había llegado hasta allí todo aquel botín. El cuadro pende en la penumbra, sobre el dintel de una cámara de madera situada al final de una oscura escalera de roble. No es una obra maestra, pero vale la pena estudiarla con detalle. Muestra a un afectado príncipe indio, vestido con tejido de oro, sentado en su trono elevado bajo un palio de seda. A su izquierda, permanecen en pie oficiales de su ejército, armados con cimitarras y lanzas, y a su derecha se ve un grupo de caballeros de época georgiana con sus pelucas empolvadas. El príncipe entrega de buen grado un pergamino en manos de un inglés, algo obeso y vestido con una casaca roja.

El cuadro representa una escena que tuvo lugar en agosto de 1765, cuando el joven emperador mogol, Shah Alam, exiliado de Delhi y derrotado por las tropas de la Compañía de las Indias Orientales, se vio obligado a lo que hoy denominaríamos un acto de privatización forzosa. El pergamino es una orden que destituye a los recaudadores de impuestos mogoles de Bengala, Bihar y Orissa y los reemplaza por un grupo de mercaderes ingleses nombrados por Robert Clive –el nuevo gobernador de Bengala– y por los directores de la Compañía, a los que el documento describe en los siguientes términos: «Los altos y poderosos, los más nobles entre los nobles, los caudillos de ilustres guerreros, nuestros fieles servidores y sinceros bienquerientes, dignos de nuestro favor real, la Compañía Inglesa». A partir de ese momento, la recaudación de impuestos mogoles fue subcontratada a una poderosa empresa multinacional, cuyas operaciones recaudatorias estaban protegidas por su propio ejército privado.

La licencia fundacional de la Compañía le autorizaba a «hacer la guerra». De hecho, ya desde su viaje inaugural, en 1602, la Compañía había empleado la violencia para lograr sus fines; durante este viaje, abordó y capturó una nave portuguesa y ya desde la década de 1630 controlaba pequeñas áreas en torno a sus establecimientos indios. [1] Pero el año 1765 fue el momento en el que la Compañía de las Indias Orientales dejó de ser algo remotamente parecido a una empresa comercial convencional, que mercadeaba con sedas y especias, y se convirtió en algo mucho más inusual. En pocos meses, 250 funcionarios de la Compañía, respaldados por una fuerza militar compuesta por 20 000 soldados indios reclutados en el país, se convirtieron en los gobernantes *de facto* de las más ricas provincias mogolas. Una corporación internacional se estaba transformando en una hostil potencia colonial.

Hacia 1803, momento en que su ejército privado había crecido hasta sumar casi 200 000 hombres, la Compañía había sometido u

ocupado de forma directa todo el subcontinente. Lo increíble es que esto le llevó menos de medio siglo. Las primeras conquistas territoriales de importancia tuvieron lugar en Bengala en 1756; 47 años más tarde, los dominios de la Compañía se extendían en dirección norte hasta la capital mogola de Delhi. Casi toda la India al sur de dicha ciudad se gobernaba *de facto* desde una sala de conferencias de la ciudad de Londres. «¿Dónde queda nuestro honor, cuando tenemos que recibir órdenes de un puñado de mercaderes que no saben ni limpiarse el trasero?», se preguntaba un dignatario mogol. [2]

Aún hoy hablamos de la conquista británica de la India, pero esta frase oculta una realidad más siniestra. No fue el Gobierno británico el que comenzó a ocupar grandes extensiones de territorio indio a mediados del siglo XVIII, sino una peligrosa empresa privada sin ningún control con sede en una pequeña oficina de no más de cinco ventanas de ancho de la ciudad de Londres y dirigida por un violento depredador empresarial, completamente despiadado y con brotes intermitentes de inestabilidad mental: Robert Clive. La transición de la India hacia el colonialismo tuvo lugar bajo la dirección de una corporación con fines de lucro, cuyo único propósito era enriquecer a sus inversores.

En el momento álgido de la era victoriana, a mediados del siglo XIX, los métodos brutales, mercantiles y turbios con los que habían fundado el Raj provocaban a los británicos una gran incomodidad. Los victorianos consideraban que la política del Estado nación era el elemento constituyente de la verdadera historia. Esta, y no las operaciones económicas de corporaciones corruptas, debía ser la unidad fundamental de estudio y el verdadero impulso para la transformación de los asuntos humanos. Es más, los británicos gustaban considerar el imperio una *mission civilisatrice* ; una benigna transferencia nacional hacia oriente del conocimiento, del ferrocarril y de las artes de la civilización occidentales. Hubo una

amnesia deliberada y calculada del pillaje empresarial que dio inicio al dominio británico en la India.

Existe una segunda pintura, un encargo de William Rothenstein para las paredes de la Cámara de los Comunes, que demuestra el éxito de los victorianos en su intento de modificar y revertir la memoria oficial de este proceso. El cuadro puede verse hoy en la sala de San Esteban, el resonante vestíbulo de recepción del Parlamento de Westminster. La pintura forma parte de una serie de murales titulada *La construcción de Gran Bretaña* . Estos representan los momentos más destacados de la historia británica según el criterio del comité encargado de seleccionar las obras: la derrota de los daneses a manos del rey Alfredo en 877, la unión parlamentaria de Inglaterra y Escocia en 1707 y así sucesivamente.

El fresco de la serie que trata de la India muestra a un príncipe mogol sentado en un estrado elevado bajo palio. También estamos ante una escena cortesana, con criados diligentes a ambos lados y toques de trompetas. También aquí vemos a un inglés ante el mogol, pero esta vez el equilibrio de poder es muy diferente.

El personaje representado es *sir* Thomas Roe, el embajador enviado por Jacobo I a la corte del mogol. Se le ve frente al emperador Jahangir en 1614, en un momento en que el Imperio mogol aún vivía su momento álgido de riqueza y poderío. Jahangir heredó de su padre, Akbar, una de las entidades más ricas del mundo, tan solo comparable a la China Ming. Sus tierras se extendían por la mayor parte de India, lo que hoy es Pakistán y Bangladés, y la mayor parte de Afganistán. Gobernaba sobre cinco veces más población que los otomanos –100 millones de personas, aproximadamente– y sus súbditos producían alrededor de una cuarta parte de todas las manufacturas del globo.

El padre de Jahangir, Akbar, había flirteado con un proyecto para civilizar a los inmigrantes europeos llegados a la India, a los que describía como «un hatajo de salvajes», pero descartó su plan por irrealizable. Jahangir, que sentía atracción por lo exótico y por las

bestias salvajes, dio la bienvenida a *sir* Thomas Roe con el mismo entusiasmo que había mostrado ante el primer pavo que llegó a la India y le hizo numerosas preguntas acerca de las peculiaridades de Europa. Aunque, para el comité que planificó las pinturas de la Cámara de los Comunes, este encuentro significó el inicio de la intervención británica en la India: dos Estados nación que entraban en contacto directo por primera vez. Pero, como demostraremos en el primer capítulo del presente libro, las relaciones británicas con la India no comenzaron con diplomacia y encuentros entre enviados reales, sino con una misión comercial encabezada por el capitán William Hawkins, un lobo de mar de la Compañía que bebía como una esponja. A su llegada a Agra, aceptó la esposa que le ofreció el emperador y, sin pensárselo mucho, se la llevó con él de vuelta a Inglaterra. Esta fue la versión de la historia que el comité de pinturas de la Cámara de los Comunes optó por olvidar.

La Compañía de las Indias Orientales era, en muchos aspectos, un modelo de eficiencia comercial. Después de cien años de historia, tan solo tenía 35 empleados fijos en su oficina central. Aun así, este reducido personal ejecutó un golpe corporativo sin parangón en la historia: la conquista militar, sometimiento y saqueo de vastas extensiones de Asia meridional. Es, con casi total certeza, el acto de violencia empresarial más importante de la historia del mundo.

Los historiadores proponen numerosas razones para el asombroso éxito de la Compañía, que incluyen la fragmentación de la India mogol en Estados diminutos y enfrentados; la ventaja bélica que los adelantos militares de Federico el Grande proporcionaron a las empresas europeas; y, en particular, las innovaciones europeas en gobernanza, política impositiva y bancaria que permitió a la Compañía reunir enormes sumas de dinero en muy poco tiempo. Pues, tras los uniformes escarlata y las mansiones paladinas, las partidas de caza del tigre y las polkas en la residencia del gobernador siempre estuvieron los libros de cuentas de los contables

de la Compañía, que registraban ganancias y pérdidas y el valor fluctuante de esta en el mercado bursátil de Londres.

Pero el factor crucial fue, probablemente, el apoyo que el Parlamento británico proporcionó a la Compañía de las Indias Orientales. La relación entre ambos se fue haciendo simbiótica en el transcurso del siglo XVIII, hasta dar lugar a lo que hoy podríamos denominar un consorcio público-privado. Magnates procedentes de India como Clive emplearon su riqueza para comprar tanto escaños como miembros del Parlamento: los famosos *burgos podridos* . A su vez, el Parlamento respaldó a la Compañía con el poder del Estado, al proporcionarle los buques y soldados necesarios cuando las compañías de Indias de franceses e ingleses entraron en conflicto.

La Compañía siempre tuvo dos blancos en el punto de mira. Uno era las tierras donde llevaba a cabo sus operaciones, pero el otro era el país donde había nacido. En este, sus abogados, lobistas y socios parlamentarios fueron subvirtiendo, lenta y sutilmente, la legislación del Parlamento para que favoreciera a la Compañía. Es probable que la Compañía de las Indias Orientales inglesa inventase el *lobbying* corporativo. En 1693, menos de un siglo después de su fundación, se reveló que la CIO empleaba sus acciones para comprar parlamentarios. Cada año pagaba 1200 libras a ministros y destacados diputados. La investigación parlamentaria correspondiente, que supuso el primer escándalo de *lobbying* corporativo del mundo, sentenció a la CIO por soborno y tráfico de influencias: el lord presidente del consejo fue sometido a un proceso [*impeachment* ] y el gobernador de la Compañía encarcelado.

Aunque era el Estado británico el que le prestaba su capital comercial, la Compañía de las Indias Orientales, cuando convenía, hacía mucho énfasis en su separación legal del Gobierno y defendía, con éxito, la idea de que el documento firmado por Shah Alam en 1765 –el *Diwani* – era propiedad legal de la Compañía, no de la Corona, aun cuando el Gobierno había gastado una suma enorme en operaciones navales y terrestres para proteger las posesiones indias

de la CIO. En realidad, los parlamentarios que votaron para mantener esta distinción no eran precisamente neutrales. Casi una cuarta parte de ellos poseía acciones de la Compañía, cuyo valor se habría desplomado en caso de que la Corona hubiera tomado posesión de aquella. Por este mismo motivo, la necesidad de proteger a la Compañía de competidores extranjeros constituyó una de las metas principales de la política exterior británica.

La transacción representada en esta pintura tuvo consecuencias catastróficas. Como ocurre con todas las corporaciones, tanto entonces como ahora, la CIO tan solo era responsable ante sus accionistas. El gobierno de la Compañía no tenía la menor responsabilidad en la justa gobernanza de la región, o en su bienestar a largo plazo, por lo que tal gobierno no tardó en convertirse en un puro y simple saqueo de Bengala, cuyas riquezas eran extraídas y enviadas a occidente.

En poco tiempo, la provincia, que ya había quedado devastada por la guerra, fue castigada por la hambruna de 1769 y arruinada por los elevados impuestos. Los recaudadores de tasas de la Compañía cometieron lo que en la época se denominó «sacudir el árbol pagoda» y que hoy calificaríamos de graves violaciones de los derechos humanos. La riqueza de Bengala fue absorbida con rapidez por Gran Bretaña y sus prósperos tejedores y artesanos fueron coaccionados por sus nuevos amos, que los trataban «como si fueran esclavos».

Buena parte del botín de Bengala fue directo al bolsillo de Clive. Este regresó a Gran Bretaña con una fortuna personal valorada en 234 000 libras, cifra que le convertía en el hombre de negocios más acaudalado de Europa. Tras la batalla de Plassey de 1757 –una victoria que no solo se debió a su eficiencia militar: también se ganó por medio de traición, contratos fraudulentos, banqueros y sobornos– Clive transfirió al tesoro de la CIO no menos de 2,5 millones de libras [*] requisadas a los gobernantes de Bengala, una cifra sin precedentes en la época. No hizo falta mucha sofisticación.

La Compañía se limitó a embarcar todo el tesoro de Bengala en un centenar de barcas que descendieron por el Ganges desde el palacio del nabab de Bengala, en Murshidabad, hasta el Fuerte Williams, cuartel general de la Compañía en Calcuta. Una parte de los beneficios fue empleada en la reconstrucción de Powis.

La pintura de Clive y Shah Alam del castillo de Powis es sutilmente engañosa: su autor, Benjamin West, nunca estuvo en la India. Ya en la época, un observador señaló que la mezquita del fondo tenía un sospechoso parecido «a nuestra venerable cúpula de San Pablo». En realidad, no hubo ninguna gran ceremonia pública. La entrega del documento tuvo lugar en privado, en el interior de la tienda de Clive, que había sido plantada en el patio de armas del recién conquistado fuerte de Allahabad. Con respecto al trono de seda de Shah Alam, en realidad era la silla de Clive, que, para la ocasión, había sido colocada sobre su mesa de comedor y cubierta con una colcha de cretona.

Tiempo después, los británicos dignificaron este documento al denominarlo Tratado de Allahabad. En realidad, Clive dictó el tratado y Shah Alam, aterrorizado, se limitó a aceptar sus condiciones. Como escribió un historiador mogol de la época, Ghulam Husein Khan, «un asunto de tamaña envergadura, que en cualquier otra época hubiera requerido el envío de sabios embajadores y hábiles negociadores, y mucha negociación y contención de los ministros, fue rematado en menos tiempo del que hubiera requerido la venta de un jumento, o una bestia de carga, o una cabeza de ganado». [3]

En cuestión de poco tiempo, la CIO abarcó todo el planeta. Ella sola casi logró revertir la balanza comercial, que, desde tiempos del Imperio romano, había consistido en un constante drenaje de metales occidentales hacia oriente. La CIO transportó opio a China y, en su momento, libró las Guerras del Opio para hacerse con una base litoral en Hong Kong y salvaguardar su provechoso monopolio de narcóticos.

Hacia el oeste, la Compañía transportaba té chino hacia Massachusetts. El té, que fue arrojado al puerto de Boston y que desencadenó la Guerra de Independencia estadounidense, pertenecía a la Compañía. Durante la época previa a dicha guerra, uno de los mayores temores de los patriotas americanos era que el Parlamento permitiera operar en las Américas a la Compañía de las Indias Orientales para saquear aquellas tierras como había hecho en la India. En noviembre de 1773, el patriota John Dickinson calificó el té de la CIO de «maldita basura» y comparó un futuro bajo el régimen de la Compañía de las Indias Orientales a ser «devorados por las ratas». Esta empresa «casi en bancarrota», escribió, y que se había dedicado a perpetrar «barbaridades, extorsiones y monopolios sin parangón» en Bengala, dirigía ahora «sus miras a América, un nuevo teatro en el que ejercer su talento para la rapiña, la opresión y la crueldad». [4]

En 1803, la CIO capturó la capital mogola de Delhi y, con ella, a su monarca ciego, Shah Alam, que residía en su palacio en ruinas. En ese momento, la Compañía había entrenado una fuerza privada de cerca de 200 000 hombres –dos veces el tamaño del Ejército británico– y disponía de más potencia de fuego que ninguna otro Estado nación de Asia. Un puñado de hombres de negocios de una isla distante situada en un confín de Europa gobernaba dominios que abarcaban toda la India septentrional, desde Delhi al oeste a Assam en el este. Casi toda la costa oriental estaba en manos de la Compañía, así como los puntos estratégicos de la costa oeste entre Guyarat y el cabo Comorín. En poco más de cuarenta años, se había enseñoreado de casi todo el subcontinente, cuya población sumaba entre 50 y 60 millones. Había sucedido a un imperio en el que los nababs y otros gobernantes menores reinaban sobre vastas regiones, de tamaño y población superior a los de los países más extensos de Europa.

La CIO, como admitió uno de sus directores, era «un imperio dentro de un imperio» con la potestad de hacer la guerra o la paz en

cualquier confín de oriente. Había creado una administración y un funcionariado vasto y complejo, había edificado la mayor parte de los *docklands* [barrios portuarios] de Londres y generaba cerca de la mitad del comercio de Gran Bretaña. No es ninguna sorpresa que la CIO se refiriera a sí misma como «la más grande sociedad de mercaderes del universo». Pero, al igual que otras megacorporaciones más recientes, la CIO combinaba a un tiempo un inmenso poder y una extraña vulnerabilidad a la incertidumbre económica. Apenas siete años después de la concesión del *Diwani* , momento en que el precio de las acciones de la compañía se duplicó de la noche a la mañana tras hacerse con las riquezas del tesoro de Bengala, la burbuja de la Compañía de las Indias Orientales estalló debido a que el saqueo y la hambruna de Bengala habían hecho que las rentas agrarias fueran muy inferiores a las esperadas. La CIO quedó endeudada: debía 1,5 millones, además de 1 millón de libras en impuestos impagados a la Corona. [*] Cuando esto se hizo público, 30 bancos cayeron como fichas de dominó por toda Europa, lo que provocó la paralización del comercio.

En una escena que a muchos nos resulta horriblemente familiar, la corporación tuvo que cancelar su deuda y solicitar un rescate gigante al Gobierno. El 15 de julio de 1772, los directores de la Compañía de las Indias Orientales solicitaron al Banco de Inglaterra un préstamo de 400 000 libras. Dos semanas más tarde, volvieron por más y solicitaron un crédito adicional de 300 000 libras, pero el banco tan solo pudo reunir unas 200 000. [**] En agosto, los directores estaban sugiriendo al Gobierno que en realidad necesitaban la cifra sin precedentes de un millón de libras. El reporte oficial del año siguiente, redactado por Edmund Burke, preveía que los problemas financieros de la CIO podían, en potencia, «arrastrar al gobierno, como una rueda de molino, a un abismo insondable […] esta condenada Compañía, como una víbora, causará la destrucción del país que la acogió en su seno».

Pero, en realidad, la Compañía de las Indias Orientales inglesa era demasiado grande para caer. Así, al año siguiente, en 1773, la primera corporación expansiva del planeta fue salvada por uno de los primeros megarrescates de la historia. Era el primer ejemplo de un Estado nación que obtenía, a cambio de salvar a una empresa en quiebra, el derecho a ejercer sobre esta un control estricto y una severa regulación.



La presente obra no aspira a presentar una historia completa de la Compañía de las Indias Orientales, y aún menos un análisis económico de sus operaciones comerciales. Lo que pretende es responder a la pregunta de cómo una única empresa, con sede en un edificio de oficinas de Londres, logró reemplazar al poderoso Imperio mogol y llegar, entre 1756 y 1803, a adueñarse del vasto subcontinente indio. Esta obra narra cómo la Compañía derrotó a sus principales rivales –los nabab de Bengala y de Avadh, el sultanato de Mysore del sultán Tipu y la gran Confederación maratha– y tomó bajo su protección al emperador Shah Alam, un hombre cuyo destino fue ser testigo del asalto, que se prolongó por espacio de 50 años, de la Compañía contra India y su ascenso desde una humilde empresa mercantil a una potencia imperial de pleno derecho. En verdad, la vida de Shah Alam viene a ser el hilo conductor de nuestro relato.

Hoy, la visión comúnmente aceptada es que, en contra de lo que sostienen los escritos de generaciones anteriores de historiadores, el siglo XVIII no fue una «edad oscura» para la India. Todo lo contrario: el declive político del Imperio mogol dio lugar a un resurgir económico en otras partes del subcontinente. Numerosos

estudios de reciente publicación han profundizado en esta teoría. [5] No obstante, todos estos brillantes trabajos acerca del resurgir regional no pueden alterar la realidad de la Anarquía, que es indudable que causó el caos en el corazón de las tierras mogolas, en particular en torno a Delhi y Agra, durante la mayor parte del siglo XVIII. Como expresó el faquir Khair ud-Din Illahabadi, «el desorden y la corrupción dejaron de ocultase, y las otrora pacíficas tierras de la India se convirtieron en la morada de la anarquía (*dâr al-amn-i Hindustân dâr al-fitan gasht* ). Con el transcurrir del tiempo, la monarquía mogola perdió toda sustancia y se desvaneció hasta quedar reducida a un mero nombre, una sombra». [6]

Aunque, dado que la realidad de la Anarquía no solo fue observada por unos pocos y desconsolados nobles mogoles como Khair ud-Din y Ghulam Husein Khan, sino por todos y cada uno de los viajeros de la época, creo que el proceso revisionista ha ido un poco lejos. Desde Law y Modawe a Pollier y Franklin, casi todos los testigos oculares de la India de finales del siglo XVIII subrayan, una y otra vez, el caos interminable y los derramamientos constantes de sangre, así como la dificultad de viajar de forma segura por muchas regiones del país si no se disponía de una escolta fuertemente armada. De hecho, los primeros que difundieron el concepto de la Gran Anarquía fueron estos primeros testigos.

Las numerosas guerras de la Compañía, y su saqueo de Bengala, Bihar y Orissa, en particular entre las décadas de 1750 y 1770, supusieron una contribución inmensa a este caos y en regiones muy alejadas de Delhi. Esta es la razón por la que he titulado así el presente volumen. Es indudable que resulta difícil equilibrar la historia militar del periodo, compleja, caótica y muy violenta, con la consolidación a largo plazo de nuevas formaciones políticas, económicas y sociales como las que Richard Barnett y mi antiguo profesor de Cambridge, Chris Bayly, han contribuido tanto a esclarecer. Desconozco si alguien ha logrado encajar entre ellos

todos esos diferentes niveles de acción y análisis, pero el presente libro es un intento de cuadrar ese círculo.

*La anarquía* se basa, sobre todo, en los voluminosos archivos de la Compañía. Los documentos de su oficina central, así como los despachos de sus delegados en la India a los directores con sede en Leadenhall Street, se encuentran ahora en las cámaras de la Biblioteca Nacional británica de Londres. Los registros de la sede india de la Compañía procedentes de la casa del gobernador y del Fuerte William, Calcuta, a menudo más completos y reveladores, se encuentran hoy en los Archivos Nacionales de la India (ANI), en Nueva Delhi, y ahí fue donde concentré mis investigaciones.

Los registros dieciochescos de la ANI son, por otra parte, mucho más difíciles de estudiar que sus colecciones de documentos decimonónicos, mucho mejor catalogadas. Así, durante las primeras semanas tuve dificultades para localizar incluso los índices, problema que fue resuelto por los brillantes y siempre pacientes archiveros del ANI, Jaya Ravindran y Anumita Bannerjee, que se dedicaron a revisar depósitos y trasteros hasta que lograron encontrarlos. Obtuvimos premios notables: en cuestión de semanas, tenía en mis manos el reporte de información original de Port Lorient, que llevó a la Compañía a ordenar al gobernador Roger Drake que reconstruyera las murallas de Calcuta, el *casus belli* que irritó a Siraj ud-Daula, y el primer despacho remitido por Clive desde el campo de batalla de Plassey.

Junto con los documentos de la Compañía en lengua inglesa, también empleé las excelentes historias en persa escritas durante el siglo XVIII por eruditos historiadores, nobles, *munishis* y escribas mogoles. La mejor de dichas obras, el *Seir Mutaqherin o Reseña de los tiempos modernos* , del joven y brillante historiador Ghulam Husein Khan es, con diferencia, la fuente india más lúcida del periodo. Lleva disponible en inglés desde la década de 1790, pero existen otras muchas historias en lengua persa de la época,

igualmente reveladoras, que todavía no han sido ni publicadas ni vertidas al inglés.

He podido utilizar mucho estas últimas gracias a la asistencia de mi colaborador desde hace mucho tiempo, Bruce Wannell, cuyas soberbias traducciones de fuentes menos conocidas como el *Ibrat Nama* , o libro de admoniciones, del faquir Khair ud-Din Illahabadi, o el *Tarikh-i Muzaffari* de Mohamed Ali Khan Ansari de Panipat, redactadas durante los meses que pasó en su tienda de campaña en mi granja de cabras de Mehrauli, han transformado mi proyecto. También ha contribuido su conocimiento sin par tanto de la India dieciochesca como del mundo islámico en general. Estoy particularmente agradecido a Bruce por el tiempo que pasó en el Instituto de Investigación MAAPRI de Tonk, Rajastán, donde tradujo una biografía inédita de Shah Alam, la *Sham Alam Nama* de Munshi Munna Lal, y por sus conversaciones en Pondicherry con Jean Deloche, que dio lugar a unas versiones exquisitas de ciertas fuentes francesas del siglo XVIII, sin traducir y apenas utilizadas, como por ejemplo las memorias de Gentil, Madec, Law y en particular los maravillosos *Voyages* del cosmopolita conde de Modave, amigo y vecino de Voltaire en Grenoble. La obra de Modave proporciona una visión sofisticada, cáustica y lúcida del escenario del siglo XVIII, desde los amplios bulevares de la Calcuta de la Compañía a las ruinas de Delhi, la capital en declive de Shah Alam.




En el transcurso de más de seis años de trabajo acerca de la Compañía, he acumulado numerosas deudas de gratitud. En primer lugar, debo agradecer a Lily Tekseng por los meses de trabajo que dedicó a transcribir los manuscritos que iba desenterrando de los

Archivos Nacionales de la India. También a mi cuñada Katy Rowan y a Harpavan Manku, quienes ejercieron una función similar en Londres, donde batallaron tanto contra la caligrafía de los archivos oficiales de la Compañía como con la correspondencia privada de Clive, Hastings, Cornwallis y Wellesley. También estoy agradecido a Aliya Naqvi y a Katherine Butler Schofield por sus bellas traducciones de los versos de Shah Alam.

Numerosos amigos han leído los sucesivos borradores de este libro y a ellos les estoy agradecido en particular: Peter Marshall, Rajat Datta, Robert Travers, Najaf Haider, Lakshmi Subramanian, Jean-Marie Lafont, Nonica Datta, Sonal Singh, Vijay Pinch, Mahmood Farooqui, Yashashwini Chandra, Narayani Basu, Katherine Butler Schofield, Mala Singh, Rory Fraser, Sam Miller, Gianni Dubbini, Jeremy Parkinson, Riya Sarkar, Chiki Sarkar, Jayanta Sengupta, Adam Dalrymple y Nandini Mehta.

Otros muchos me han proporcionado ayuda de valor incalculable. En la India, B. N. Goswamy, Ebba Koch, Momin Latif, John Fritz, George Michel, Shashi Tharoor, Chander Shekhar, Jagdish Mittal, Diana Rose Haobijam, Navtej Sarna, Tanya Kuruvilla, S. Gautam, Tanya Banon y Basharat Peer. Debo agradecer en particular a Lucy Davison de Banyan, con diferencia, la mejor agencia de viajes de la India, que organizó la logística de mis viajes de investigación a lo largo de la costa carnática, a Srirangapatna, a Tonk, por todo el Decán hasta Pune, y, en el viaje más memorable, a Calcuta y Murshidabad durante el Durgá Puyá. En Pakistán: Fakir Aijazuddin, Ali Sethi, Hussain y Aliya Naqvi y Abbas de los Archivos del Punyab, que con gran generosidad me permitió acceder a fuentes en persa y urdu.

En EE. UU: Muzaffar Alam, Maya Jasanoff, Ayesha Jalal, Ben Hopkins, Nile Green, Sanjay Subramanyam, Durba Ghosh, Elbrun Kimmelman y Navina Haidar. En Gran Bretaña: Nick Robbins, Saqib Baburi, Ursula Sims-Williams, Jon Wilson, Malini Roy, Jerry Losty, John Falconer, Andrew Topsfield, Linda Colley, David Cannadine,

Susan Stronge, Amin Jaffer, Anita Anand, Ian Trueger, Robert Macfarlane, Michael Axworthy, David Gilmour, Rory Stewart, Charles Allen, John Keay, Tommy Wide, Monisha Rajesh, Aarathi Prasad, Farrukh Husain, Charles Grieg, Rosie Llewellyn-Jones, Richard Blurton, Anne Buddle, Sam Murphy, Henry Noltie, Robert Skelton, Francesca Galloway, Sam Miller, Shireen Vakil, Zareer Masani, Tirthankar Roy, Brigid Waddams, Barnaby y Rose Rogerson, Anthony y Sylvie Sattin, Hew, Jock y Rob Dalrymple y el difunto y siempre añorado Chris Bayly, cuyas clases en Cambridge, hace más de treinta años, me hicieron interesarme por las complejidades de la India del siglo XVIII.

Como siempre, he tenido la gran suerte de contar con mi agente, el incomparable David Godwin, y con mis directores editoriales de Bloomsbury: Alexandra Pringle, Trâm-Anh Doan, Lilidh Kendrick, Emma Bal, Richard Charkin, Yogesh Sharma, Meenakshi Singh, Faiza Khan, Ben Hyman y en particular mi editor durante más de treinta años, Mike Fishwick. También deseo agradecer a Vera Michalski de Buchet Chastel y en Italia al incomparable Roberto Calasso de Adelphi.

Mi adorada familia, Olivia, Ibby, Sam y Adam, me ha mantenido cuerdo y satisfecho durante los seis largos años que necesité para hacer realidad este libro. Olivia, en particular, ha sido una roca, un sostén emocional y una fuerza impulsora del proyecto; mi primera y mejor editora, además de una compañera vital siempre paciente, siempre generosa, siempre amorosa. Con ellos, y con mis queridos padres, que murieron durante la redacción del presente libro, tengo la mayor de las deudas. Mi padre, en particular, estaba convencido de que nunca finalizaría este libro y lo cierto es que no vivió para ver su punto final. Murió el día después de Navidad, cuando todavía me quedaban dos capítulos para darle término. Pero fue mi padre quien me enseñó el amor por la historia y a amar la vida, y es a su memoria a la que dedico este libro.

William Dalrymple
North Berwick-Chiswick-Mehrauli,
marzo de 2013-junio de 2019



# NOTAS

**1** Philip Stern ha demostrado con brillantez que la Compañía tenía poder político real y tangible mucho antes de lo que, por lo común, se creía. *Vid* . Stern, P. J., 2011.

**2** Ali, K., 1952, 63.

**3** Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. III, 9-10.

**4** *Cit* . por Rothschild, E.

**5** Existen estudios históricos más recientes como los del historiador Richard Barnett y su obra Barnett, R., 1980; el libro de Bayly, C. A., 1983; y el de Alam, quien, en Alam, M., 1986, demuestra que hubo crecimiento económico en la India septentrional durante la primera mitad del siglo XVIII. Este nuevo concepto se ha difundido en numerosas publicaciones. Para una colección de ensayos que presenta este punto de vista «revisionista», *vid* . Alavi, S. (ed.), 2002; Marshall P. J. (ed.), 2003. Véase también Gordon, S., 1998; Datta, R., abril de 2019; Leonard, K., 1971; Mukherjee, T., 2013; Richards, J. F., 1990, 625-638; Ali, M. A., 1975, 385-396; Gordon, S., 1998b, 327-347; Trivedi, M., 2010; Pelo, S., 2014; Subrahmanyam, S., 1997; Richards, J. F., 1997; Bayly, C. A., 1978; Calkins, Ph., 1970.

**6** Fakir Khair-al Din Illahabadi, Fakir, ‵*Ibrat Nama* , BL, OIOC, Or. 1932. f1v

*     N. del A.: 262,5 millones de libras actuales.

*     N. del A.: 157,5 millones y 105 millones de libras actuales, respectivamente.

**   N. del A.: 400 000 libras serían el equivalente a 42 millones actuales; 300 000 libras vendrían a ser 31,5 millones y 200 000 libras 21 millones actuales.



# CAPÍTULO 1
## 1599

El 24 de septiembre de 1599, mientras William Shakespeare trabajaba en el borrador de *Hamlet* en su casa situada río abajo del Globe, a apenas veinte minutos a pie del teatro en Southwark, se reunió un variopinto grupo de londinenses en una casona de entramado de madera, iluminada por numerosas ventanas ajimezadas de estilo Tudor. [1]

Ya en su época, esta reunión fue considerada histórica, pues se presentaron notarios, que, armados de pluma y tintero, dejaron constancia de la representación del Londres isabelino, muy diversa, que aquel día se congregó en Founders' Hall, frente a Moorgate Fields. [2] En la cúspide de la escala social, con la cadena de oro símbolo de su cargo, estaba la robusta figura del lord alcalde en persona, *sir* Stephen Soame, vestido de fustán escarlata. Le acompañaban dos de sus predecesores en el cargo y varios altos

ediles de la ciudad –mantecosos burgueses isabelinos, de barbas blancas encajadas en la maraña escarolada de sus lechuguillas de batista–. [3] El más poderoso de todos era *sir* Thomas Smythe, de grave figura, con perilla, armiño y sombrero de copa. *Sir* Thomas era el auditor de la ciudad de Londres y había hecho fortuna importando pasas de Corinto de las islas griegas y especias de Alepo. Algunos años antes, el «auditor Smythe» había contribuido a la formación de la Compañía de Levante para sus expediciones comerciales; la presente reunión había sido iniciativa suya. [4]

Además de estos rechonchos pilares de la ciudad de Londres, figuraban otros muchos mercaderes de menor importancia que esperaban aumentar sus fortunas. También había hombres ambiciosos, de origen mucho más humilde, que buscaban ascender en la escala social. Sus profesiones fueron anotadas con meticulosidad por los notarios: tenderos, vendedores de telas, sastres, un «tundidor», un «vinatero», un «vendedor de cuero» y un «curtidor». [5] Había también un puñado de soldados cubiertos de cicatrices. Se trataba de marinos y aventureros barbudos de los muelles de Woolwich y Deptford, lobos de mar azotados por las olas del océano, con sus zarcillos de oro, jubones y dagas ocultas en el cinto. Algunos de ellos habían combatido a la Gran Armada española una década atrás y otros habían entrado en acción junto con Drake y Raleigh contra los galeones del tesoro españoles en las aguas del Caribe, más cálidas. Pero ahora se describían a sí mismos ante los notarios con el educado eufemismo isabelino, *privateers* , «corsarios». Había también exploradores y viajeros que se habían aventurado aún más lejos: el explorador ártico William Baffin, por ejemplo, que dio nombre a la bahía homónima. Por último, también estaba presente un personaje que se describía a sí mismo como «historiógrafo de los viajes a las Indias orientales», el joven Richard Hakluyt, al que los aventureros le habían pagado la suma de 11 libras y 10 chelines [*] para que recopilase todo cuanto se supiera en Inglaterra acerca de la ruta de las especias. [6]

Un grupo tan diverso rara vez se había reunido bajo un mismo techo. Todos habían acudido con un único propósito: presentar una petición a la reina Isabel I, en ese momento una maquillada y empelucada anciana de 66 años de edad, para fundar una compañía cuyo objeto era «aventurarse en un viaje a las Indias Orientales y otras islas y países cercanos, para mercar […] comprar o trocar tales bienes, mercancías, joyas o mercadear según tales islas o países puedan permitir […] (lo cual pluga al Señor que prospere)». [7] Dos días antes, Smythe había reunido a 101 de los mercaderes más ricos y les presionó para que se comprometieran a adquirir bonos individuales que iban desde las 100 a las 3000 libras… cifras considerables para la época. En total, Smythe reunió 30 133 libras, 6 chelines y 8 peniques. [**] Los inversores redactaron un contrato y añadieron su contribución al libro de cuentas: «Escrito de su puño y letra […] por el honor de nuestro país nativo y por el avance del comercio y del mercado en este el reino de Inglaterra».




Siempre es un error leer la historia *a posteriori* . Hoy sabemos que la Compañía de las Indias Orientales (CIO) llegó en un futuro a controlar casi la mitad del comercio mundial y se convirtió en la corporación más poderosa de la historia. Como expresó Edmund Burke en una célebre frase, la compañía era «un Estado disfrazado de mercader». Visto de forma retrospectiva, el ascenso de la Compañía parece casi inevitable. Pero no era esto lo que parecía en 1599, pues, en el momento de su fundación, pocas empresas parecían tener menos perspectivas de éxito. En aquella época, Inglaterra era un país relativamente empobrecido y en su mayor parte agrícola, que había pasado casi un siglo en guerra consigo

mismo por el asunto más controvertido de la época: la religión. [8] Durante estas luchas, los ingleses se habían separado de forma unilateral de la institución más poderosa de Europa, un acto que a muchas de sus mentes más preclaras les pareció una automutilación deliberada. A ojos de un gran número de europeos, Inglaterra era poco más que una nación paria. Los ingleses, aislados de sus sorprendidos vecinos, se vieron obligados a recorrer el globo en busca de nuevos mercados y oportunidades comerciales lejanas. Y a eso se entregaron con entusiasmo pirático.

*Sir* Francis Drake marcó la pauta. Drake se había labrado un nombre como bucanero durante la década de 1560 con asaltos a recuas de mulas que transportaban plata española desde las minas a los puertos del istmo de Panamá. Gracias a los beneficios de estas incursiones, Drake se embarcó en 1577 en la circunnavegación del planeta en el Golden Hinde, una travesía que duró tres años. Era la tercera vez que se intentaba un viaje alrededor del globo; esto fue posible gracias a los últimos avances en brújulas y astrolabios, así como por el empeoramiento de relaciones con España y Portugal. [9] Drake se había hecho a la mar «con grandes expectativas de obtener oro [y] plata […] especias, cochinilla». Su viaje fue sostenido gracias a incursiones puntuales contra el tráfico mercante ibérico. Tras capturar una carraca portuguesa particularmente rica, Drake retornó a Inglaterra con un cargamento «rebosante de oro, plata, perlas y piedras preciosas» valoradas en 100 000 libras. [*] Fue uno de los viajes de descubrimiento más provechosos. El hostigamiento y saqueo de los imperios ibéricos, más antiguos y más ricos, que controlaban la América central y meridional, contaba con la autorización de la Corona. Esta práctica era, en esencia, una especie de crimen organizado sancionado por el Estado isabelino y controlado por los oligarcas de Whitehall y Charing Cross. Cuando el rival de Drake, *sir* Walter Raleigh, y su tripulación retornaron de una de sus expediciones, el embajador español los calificó de inmediato de «piratas, piratas, piratas». [10]

Muchos de los que el embajador español habría calificado como tales estaban presentes aquel día en Founders' Hall. Los futuros inversores de la Compañía sabían que este grupo de marinos y aventureros, por más talentosos que fueran para la piratería, aún tenían que demostrar su pericia en la ocupación del comercio a larga distancia, más exigente, o para la fundación y sostenimiento de colonias. De hecho, en comparación con sus vecinos europeos, los ingleses eran meros aficionados en ambas tareas.

Su búsqueda del legendario paso del Noroeste hacia las islas de las Especias se había saldado en un desastre: no fueron a parar a las Molucas, como habían previsto, sino al borde del círculo polar ártico. Sus galeones acabaron encallados en la banquisa, sus castigados cascos fueron horadados por icebergs y sus tripulaciones despedazadas por los osos polares. [11] En 1599 tampoco habían sido capaces de proteger los asentamientos protestantes de Irlanda, sometidos a fuertes ataques. Los intentos ingleses de imponerse en el comercio de esclavos del Caribe no habían llegado a ninguna parte y el proyecto de establecer una colonia inglesa en Norteamérica se había saldado con un completo desastre.

En 1584, *sir* Walter Raleigh fundó el primer asentamiento británico en la isla Roanoke, al sur de la bahía de Chesapeake, región que bautizó como Virginia en honor a su soberana. Pero la colonia apenas sobrevivió un año: fue abandonada en junio de 1586, fecha en que fue hallada desierta por una flota de socorro. Los entusiastas colonos desembarcaron pero vieron que tanto la empalizada como las casas habían sido desmanteladas por completo. Nada revelaba el destino de los pobladores salvo un único esqueleto y el nombre de la tribu india local, CROATOAN, grabado en mayúsculas en un árbol. No había ni rastro de los 90 hombres, 17 mujeres y 11 niños que Raleigh había dejado allí dos años antes. Era como si se hubieran desvanecido en el aire. [12]

Incluso los dos marinos y exploradores orientales más experimentados de todo Londres, los cuales se hallaban presentes

en Founders' Hall, habían vuelto de sus expediciones con solo historias maravillosas y con tripulaciones y cargamentos dañados. Ralph Fitch fue el primero. En 1583 partió de Falmouth a bordo del Tyger. Le enviaba a comprar especias la nueva Compañía de Levante del auditor Smythe. Fitch viajó por tierra desde la costa levantina a Alepo, pero no pudo ir más allá de Ormuz, pues fue arrestado por los portugueses, los cuales le acusaron de espía. Cubierto de grilletes, fue enviado a Goa, donde le amenazaron con torturarle con la garrucha, la versión inquisitorial del *bungee jumping* . Esta consistía en dejar caer a un hombre desde una altura atado a una cuerda. La cuerda se detenía a escasa distancia del suelo y descoyuntaba los miembros de la víctima. Se decía que el dolor infligido era más atroz que el potro, el método de tortura preferido de la época isabelina.

Fitch pudo escapar con la ayuda de fray Thomas Stevens, un jesuita inglés residente en Goa. Gracias al aval de Stevens, Fitch pudo recorrer los ricos sultanatos del Decán hasta la capital mogola del siglo XVI, Agra. Desde allí, vía Bengala, llegó a las Molucas. [13] A su retorno a Londres, tres años más tarde, regaló a la ciudad los relatos de sus viajes y se convirtió en tal celebridad que su nave se menciona incluso en *Macbeth* , de Shakespeare: «Su marido zarpó a Alepo, como patrón del *Tigre* ». [*] Pero, aunque Fitch trajo numerosas y tentadoras noticias del comercio de pimienta, volvió a Inglaterra sin un solo grano. [14]

El siguiente intento de la Compañía de Levante de introducirse en el comercio de especias, esta vez por la ruta marítima, fue aún más desastroso. El viaje de 1591 de *sir* James Lancaster constituyó el primer intento inglés de alcanzar oriente vía el cabo de Buena Esperanza. Tanto la financiación como las naves armadas fueron proporcionadas por el auditor Smythe y su Compañía de Levante. Pero tan solo uno de los cuatro buques de Lancaster, el Edward Bonaventure, consiguió regresar de las Indias y con una tripulación reducida a su mínima expresión. Los últimos supervivientes, cinco

hombres y un muchacho, lograron arribar a Inglaterra con un cargamento de pimienta que habían saqueado de un buque luso con el que se habían cruzado. Lancaster y el resto de la tripulación habían quedado abandonados en las islas Comoras, donde habían naufragado a causa de un ciclón, pero lograron regresar en 1594. Durante el camino de regreso quedaron atrapados en la zona de calmas ecuatoriales, sufrieron el azote del escorbuto y perdieron tres naves y casi toda su tripulación, alanceada por isleños furibundos. Por suerte, la Compañía de Levante tenía fondos abundantes, porque el viaje fue un fiasco financiero devastador. [15]

Al contrario que estos bucaneros astrosos, sus rivales portugueses y españoles, más sofisticados, llevaban más de un siglo edificando imperios rentables y cosmopolitas que se extendían por todo el globo, imperios cuyas importaciones masivas de oro del Nuevo Mundo habían convertido a España en el país más rico de Europa y habían proporcionado a Portugal el control de los mares y de las especias orientales, lo cual le situaba en el segundo puesto, muy cerca de España. De hecho, el único rival de los ibéricos, para humillación de los ingleses, era la diminuta República Neerlandesa, recién independizada, cuya población sumaba menos de la mitad que la inglesa y que se había sacudido el dominio español solo veinte años antes, en 1579.

Fueron los recientes y asombrosos éxitos de los neerlandeses los que habían llevado a unirse a este diverso grupo de londinenses. Tres meses antes, el 19 de julio, el almirante Jacob Corneliszoon van Neck de la Compagnie Van Verre –la Compañía de Tierras Distantes– había logrado regresar de Indonesia con un enorme cargamento de especias: 800 toneladas de pimienta, 200 de clavo y grandes cantidades de canela y nuez moscada. El viaje obtuvo un beneficio del 400 por ciento, nunca visto hasta entonces: «Nunca antes habían llegado a Holanda naves tan ricamente cargadas», escribió, lleno de envidia, un miembro de la Compañía de Levante. [16]

En agosto, tras el «éxito del viaje llevado a cabo por la nación holandesa», algunos mercaderes ingleses comenzaron a plantear la posibilidad de establecer una compañía para hacer viajes similares de compra de especias, pero no a intermediarios de Oriente Medio, que triplicaban el precio con su comisión, sino directamente a los productores, situados al otro lado del mundo, en las Indias Orientales. La principal impulsora de esta iniciativa, una vez más, fue la camarilla de mercaderes de la Compañía de Levante, que habían comprendido, como escribió uno de ellos desde la isla griega de Quíos, que el comercio neerlandés con las Indias «superaba con creces nuestros negocios con Alepo». [17]

La gota que colmó el vaso fue que los neerlandeses enviaron una delegación a Londres para comprar naves inglesas para nuevas expediciones a oriente. Esto era demasiado para el orgullo del Londres isabelino. A los agentes de Ámsterdam, que esperaban en el Old Steelyard de la Compañía de Hamburgo, se les respondió: «Nuestros mercaderes de Londres tienen menester de todas nuestras naos y no tienen ninguna que vender a los holandeses. Nosotros también tenemos intención de comerciar con las Indias Orientales». [18] La reunión de Founders' Hall era resultado directo de esta respuesta. Tal y como informaron al consejo privado de la reina Isabel en su petición, estaban dispuestos, «con no menor interés por el progreso del comercio de su país natal que el de los mercaderes holandeses por beneficiar a su república […] por el honor de nuestro país natal y el progreso del comercio […] a organizar el año presente un viaje a las Indias Orientales». [19]

Más de una cuarta parte de los contribuyentes al viaje, y 7 de los 15 directores originales de la empresa, eran miembros notables de la Compañía de Levante. Estos temían, con razón, que los neerlandeses habían arruinado su inversión en el comercio de especias. Por lo que, además de proporcionar una tercera parte del capital, también cedieron muchas naves, así como los edificios en los que tuvieron lugar las primeras reuniones. «La Compañía de

Mercaderes Londinenses para el comercio con las Indias Orientales» fue, por tanto, un subproducto de la Compañía de Levante y un mecanismo por el que sus accionistas extendían su comercio hacia Oriente Medio por vía marítima y también para reunir la mayor cantidad posible de capital. [20]

Esta era la razón por la que Smythe y sus socios habían decidido fundar una nueva compañía y abrirla a todo el que quisiera contribuir, en lugar de limitarse a extender su monopolio actual. Al contrario que la Compañía de Levante, que tenía una junta fija de capitalistas de 53 miembros, la CIO fue, desde sus principios, concebida como una sociedad accionarial, abierta a todos los inversores. Smythe y sus socios habían decidido que, debido a las enormes expensas y los grandes riesgos de la empresa, «una empresa comercial a una región tan remota solo puede ser gestionada mediante un capital conjunto». [21] Los costes eran, al fin y al cabo, astronómicos. Los bienes que pretendían adquirir eran sumamente caros y debían transportarse en naves enormes y costosas que requerían grandes tripulaciones y la protección de artilleros y mosqueteros profesionales. Incluso si todo iba conforme a lo planeado, la inversión no generaría dividendos en años.

La idea de una compañía de capital abierto fue una de las innovaciones más brillantes y revolucionarias de la Inglaterra de los Tudor. Esta surgió de los gremios de artesanos medievales, donde mercaderes y fabricantes sumaban recursos para emprender iniciativas que ninguno podía permitirse por sí solo. Pero la diferencia crucial de una compañía accionarial era que esta tenía capacidad de atraer a inversores pasivos que podían contribuir con dinero al proyecto sin participar en su gestión. Cualquiera podía comprar y vender las acciones y su precio subiría o bajaría en función de la demanda y del éxito de la empresa.

Una compañía de estas características constituiría «un cuerpo político y corporativo», esto es, una empresa que tendría una identidad legal y una inmortalidad corporativa que le permitiría

trascender los fallecimientos de los accionistas, «del mismo modo», escribió el jurista William Blackstone, «que el río Támesis es siempre el mismo río, pero las partes que lo componen cambian a cada instante». [22]

Cuarenta años atrás, en 1553, la generación anterior de mercaderes londinenses había iniciado el proceso de creación de la primera compañía accionarial de fletes: la Compañía de Moscovia, o, en su glorioso nombre original, el Gremio y Compañía de los Aventureros Mercantes para el Descubrimiento de Regiones, Dominios, Islas y Lugares Desconocidos. [23] Su objetivo original era explorar una idea que los geógrafos de la época clásica habían debatido, a saber, que el mundo era una isla rodeada por un océano, lo cual quería decir que debía de haber un paso septentrional hacia las especias y el oro del Lejano Oriente como también lo había por el cabo de Buena Esperanza, así como que dicho paso del Noroeste estaría libre de la presencia de sus rivales ibéricos.

Aunque los directores de la Compañía de Moscovia pronto llegaron a la conclusión de que la ruta por el norte no existía, mientras la buscaban descubrieron una vía terrestre, en la que comerciaron con éxito. Esta ruta llegaba a Persia a través de Rusia. Antes de que las conquistas de los turcos otomanos cortasen esta vía en 1580, la Compañía envió seis exitosos viajes a Isfahán y a las otras grandes ciudades-bazar de la región, de los que obtuvieron beneficios respetables. [24]

En 1555, la Compañía de Moscovia recibió al fin un privilegio real que especificaba sus prerrogativas y responsabilidades. En 1583 se habían concedido privilegios a las compañías de Venecia y de Turquía, las cuales se fusionaron en 1592 en la Compañía de Levante. Ese mismo año se fundó la Compañía de Sierra Leona para la trata de esclavos. La Compañía de las Indias Orientales inglesa, por tanto, seguía un camino bien trillado, por lo que obtener el privilegio real no debía suponer mayor complicación. Dado que la reina quería tener a la City de su lado en caso de rebelión del

levantisco Robert Devereux, conde de Essex, esta respondió a la petición con una sorprendente solicitud. [25]

Pero, casi de inmediato, llegaron órdenes del Consejo Privado de la reina que suspendía tanto la formación de la Compañía como los preparativos del viaje. Las negociaciones de paz con España que siguieron a la muerte del rey Felipe II en 1598 seguían en curso y sus señorías «consideraban más beneficioso […] hacer la paz, y que esta no debía ser obstaculizada» por una disputa, con lo que decidieron que los aventureros «no debían emprender su empresa durante el año presente».

Los mercaderes, ninguno de los cuales pertenecía a la nobleza, y por tanto tenían muy escasa influencia o poder en la corte, no tenían otra opción que esperar. Durante doce meses pareció como si la ambiciosa idea de fundar una compañía inglesa para comerciar con oriente quedara en solo eso: en el sueño de una noche de verano.

Hubo que esperar a que las conversaciones de paz con España fracasaran, en el verano de 1600, para que el Consejo Privado cambiase de opinión y se sintiera lo bastante confiado para afirmar la libertad universal de navegación por los mares y el derecho de toda nación a enviar naves allí donde deseara. El 23 de septiembre de 1600, casi un año exacto después de que se redactara la petición, los accionistas recibieron al fin autorización para iniciar su empresa: «A Su Majestad le complace –se les comunicó–, que emprendan su propósito […] y marchen al citado viaje». [26]



El 31 de diciembre de 1600, el último día del primer año del nuevo siglo, el «gobernador y compañía de mercantes de Londres para el

comercio con las Indias Orientales», un grupo de 218 hombres, recibió su privilegio real. [27]

Su privilegio les concedió poderes mayores de los que los peticionarios esperaban, o más incluso de lo que hubieran deseado. Además de exención de impuestos aduaneros para sus seis primeros viajes, les concedía el monopolio británico durante quince años sobre el «comercio con las Indias Orientales» un área de vaga definición que pronto abarcaría todo el comercio y el tráfico mercante entre el cabo de Buena Esperanza y el estrecho de Magallanes, además de concederles privilegios semisoberanos para gobernar territorios y reclutar ejércitos. La redacción del texto era lo suficientemente ambigua como para permitir a futuras generaciones de responsables de la CIO emplear el privilegio para reclamar jurisdicción sobre todos los súbditos ingleses de Asia, acuñar moneda, edificar fortificaciones, redactar leyes, librar guerras, tener una política exterior independiente, tribunales propios, impartir castigos, encarcelar súbditos ingleses y establecer asentamientos. Un futuro crítico y editor se quejó, no sin motivo, que se había concedido a la Compañía el monopolio sobre «casi dos terceras partes del comercio mundial». [28] Y, si bien hicieron falta dos siglos y medio para explotar este potencial, la redacción del privilegio de la CIO dejó abierta, desde el comienzo, la posibilidad de que se convirtiera en una potencia imperial, que ejercía soberanía y controlaba población y territorio. [29]

Los mercantes aventureros no habían estado ociosos durante el año de espera. Habían ido a Deptford para «examinar varias naves», una de las cuales, el May Flowre, [*] se haría famosa en el futuro por un viaje en dirección opuesta. [30] Compraron cuatro buques que fueron llevados a dique seco para reequiparlos. Debido a la urgencia de las reparaciones, se autorizó el reparto de un barril de cerveza al día «para evitar que los trabajadores se escapen del trabajo para ir a beber». El que debía ser buque insignia de la Compañía era una nave de 900 toneladas, un antiguo barco corsario construido para

atacar el tráfico español en el Caribe, el Scourge of Malice [Azote de Maldad], rebautizado Red Dragon [Dragón Rojo] para darle un nombre que sonase un poco menos pirático.

Los aventureros también se pusieron de inmediato a comprar, además de naves, nuevos mástiles, anclas y jarcias, así como a redactar un inventario detallado del equipamiento para sus expediciones: «áncoras», «velas varaderas», «jarcias y cordeles», «cables, buenos y malos, una muy buena boneta» y «1 gran calabrote». También estaba el armamento que necesitarían: «40 mosquetes, 24 picas [...] 13 falconetes, 2 *fowler* , ** 25 barriles de pólvora» y «esponjas, cazoletas y atacadores» para los cañones. [31]

Asimismo, se dedicaron con gran energía a encargar toneles que irían llenos de «cerveza, 170 toneles, 40 toneles de cerdo, 12 toneles secos para avena, un tonel seco para semillas de mostaza, un tonel seco para arroz [...] galleta bien seca [...] buen pescado [...] muy seco», además de «120 bueyes» y «60 toneles de sidra». Mientras tanto, los financieros de la Compañía reunieron 30 000 libras en moneda, *** así como diversos bienes con los que esperaban comerciar a su llegada: es lo que denominaban una «inversión» de hierro, latón y telas inglesas, que esperaban que fueran aceptadas a cambio de pimienta, nuez moscada, clavo, macis, cardamomo y otras especias aromáticas y joyas que pretendían traer en el viaje de retorno. [32]

Hubo un último contratiempo. En febrero de 1601, el impulsor de la naciente Compañía, el auditor Smythe, fue encarcelado por breve tiempo en la Torre de Londres, acusado de complicidad con la rebelión del envalentonado conde de Essex. [33] Pese a ello, tan solo dos meses después de la concesión del privilegio real, el 13 de febrero de 1601 el Red Dragon, una vez completadas las reparaciones, soltó amarras de los muelles de Woolwich y se deslizó por el Támesis entre la fría bruma de febrero. Le seguían de cerca sus tres escoltas: el Hector, el Susan y el Ascension. Volvía a estar al mando la severa figura de *sir* James Lancaster, el cual había

aprendido algunas lecciones de sus aventuras anteriores: llevaba suficiente zumo de limón para evitar el escorbuto en la tripulación y suficiente armamento –no menos de 38 piezas– para hacer frente a cualquier competidor que pudiera hallar en ruta. [34]

El comienzo del viaje fue malo hasta rayar la comicidad. Cuando abandonaban el estuario del Támesis, el viento se calmó. Durante dos meses, la flota, humillada, permaneció en el canal, a la vista de Dover. Pero el viento volvió a soplar y, en septiembre, habían doblado el cabo, donde se detuvieron para aprovisionarse. Lancaster, para explicar a los nativos que quería comprar carne, hizo una primera demostración de la aptitud para las lenguas que distinguiría al imperialismo inglés: «Les habló en el lenguaje del ganado [...] "*muuu* " para vacas y bueyes, y "*beee* " para ovejas». A continuación, pusieron proa a las islas Mauricio, donde encontraron una serie de grabados en una roca. No era una buena noticia: cinco naves neerlandesas habían dejado constancia de su visita a la isla cinco meses antes. [35]

La flota de Lancaster no consiguió llegar a Aceh hasta junio de 1602. Una vez arribada, los integrantes comenzaron a negociar con el sultán para adquirir sus especias. Poco después, la tripulación avistó una carraca portuguesa. Lancaster había recibido instrucciones de que sus hombres debían «dedicarse a mercadear», pero también estaba autorizado a dedicarse a la piratería contra naves españolas o portuguesas «si surgía la oportunidad sin prejuicios ni riesgos». Lancaster no dudó un momento.

Un año más tarde, el 1 de junio de 1603, comenzaron a llegar a Londres rumores desde Francia de que la primera flota de la Compañía había retornado sana y salva a aguas europeas. Pero hubo que esperar al 6 de junio para que Lancaster echase el ancla en los Downs, «por lo cual dimos gracias a Dios todopoderoso por librarnos de infinitos peligros y trabajos». [36] Esta vez, Lancaster regresó con sus cuatro naves, intactas y cargadas hasta los topes. Transportaba no menos de 900 toneladas de pimienta, canela y

clavo, buena parte de las cuales procedentes de la carraca portuguesa. Sumadas a las especias compradas en Aceh, el viaje obtuvo un impresionante beneficio del 300 por ciento.

Esta fue la primera de quince expediciones de la CIO que partieron durante los 15 años siguientes. Pero lo cierto es que era calderilla en comparación con lo que estaban consiguiendo los neerlandeses del otro lado del canal. En marzo de 1602, mientras Lancaster aún permanecía en las Molucas, las diversas compañías de Indias Orientales Neerlandesas se fusionaron y conformaron la VOC (*Vereenigde Oostindische Compagnie* [Compañía Unida de las Indias Orientales]), que recibió monopolio estatal para comerciar con oriente. Una vez sumadas todas las aportaciones de capital por los contables de Ámsterdam, el total superaba en casi diez veces la base de capital de la CIO inglesa. La VOC pudo proporcionar a sus inversores un dividendo inmediato del 3600 por ciento. [37]

En comparación con esto, la Compañía inglesa fue, durante muchos años, una empresa de extraordinaria modestia y de ambiciones relativamente limitadas. Pues, a pesar de la excitación inicial vivida en Founders' Hall, los mercaderes habían obtenido un capital relativamente magro, 68 373 libras; por el contrario, la empresa rival de los neerlandeses había reunido la magnífica suma de 550 000 libras. [*] Esta, además, recibió numerosas contribuciones adicionales, mientras que la Compañía inglesa tuvo problemas para obtener incluso el capital prometido por los primeros inversores.

Los registros de la Compañía de octubre de 1599 contienen las primeras quejas acerca de «la falta de puntualidad de muchos de los contribuyentes que habían firmado con sus nombres», pero que «no habían traído dinero alguno». Unos meses más tarde, los directores comenzaron a amenazar con sanciones más severas a los que no cumplieran con su compromiso de Founders' Hall. El 11 de enero de 1600, se ordenó que «todo miembro de esta hermandad […] que haya incurrido en deudas […] sea recluido en prisión mientras dure esta irregularidad». Se emitió una orden de arresto contra cuatro

personas, que debían ser encerradas en la prisión de Marshalsea si no pagaban antes de cuatro días.

El resultado de la falta de financiación fue una empresa pequeña con flotas pequeñas, que carecía de capital propio: tan solo disponía de contribuciones individuales para viajes individuales. En esta época, los ingleses no disponían de los amplios recursos financieros de los neerlandeses. Además, Virginia y el Nuevo Mundo parecían haber captado la imaginación de los nobles ingleses más acaudalados, entre otros motivos porque parecía más asequible y menos arriesgado: una oferta de 10 chelines por una finca de 100 fértiles acres de tierra virginiana parecía una opción mucho más atractiva que pagar 120 libras [*] por 10 volátiles acciones de las Indias Orientales. Por el momento, la CIO solo podía aspirar a ser un jugador en inferioridad en uno de los mercados más ricos, sofisticados y competitivos del mundo. [38]

Pero, dados los graves riesgos de esta difícil empresa, la Compañía no estaba atrayendo a los aspirantes que necesitaba para llevarla a buen puerto. «No es infrecuente que vengan de [la prisión de] Newgate, como han confesado algunos de ellos», decía una carta de la Compañía, que se quejaba de la calidad de sus reclutas, «aunque a estos podemos manejarlos bastante bien. Pero últimamente hemos recibido algunos procedentes [del asilo de lunáticos] de Bedlam». [39] Ya habían llevado informes de trabajadores de la Compañía que «andan en peligroso desorden, con bebida y rameras». Una segunda carta imploraba a los directores que intentaran reclutar «hombres civiles y sobrios» y que «se deben descartar personas negligentes, libertinas o borrachos habituales». [40]

Durante los primeros años del siglo XVII partieron muchas más expediciones, que, en su mayoría, generaron modestos beneficios, pero la CIO no podía imponerse a las flotas de Indias neerlandesas, mejor armadas, financiadas y de tripulaciones más expertas. «Estos *buterboxes* [**] [neerlandeses] son tan insolentes –se lamentaba un capitán inglés–, que si se les permite ir un poco más allá, se harán

con todas las Indias, de modo que nadie salvo ellos pueda comerciar, o quien ellos consientan; pero espero algún día ver su orgullo humillado». [41] Pero no fue el orgullo neerlandés el que sufriría. En 1623, tropas de la VOC atacaron la factoría de Amboina (hoy Ambon), en las Molucas, y torturaron y mataron a diez ingleses. Esto dio inicio a varias décadas de guerra entre Inglaterra y los Países Bajos en las que, a pesar de algunos éxitos puntuales, los ingleses solían salir perdiendo. En cierta ocasión, la flota holandesa llegó a remontar el Támesis y atacó Sheerness, donde destruyó las naves situadas en los muelles de Chatham y Rochester. [42]

Tras varios encuentros dolorosos, los directores de la CIO decidieron que no tenían otra opción que dejar en manos de los neerlandeses las lucrativas islas de la Especiería y el comercio de especias aromáticas y concentrarse en sectores comerciales asiáticos menos competitivos, aunque más prometedores: textiles de calidad, de algodón, índigo y cretona.

La fuente de estos tres productos de lujo era la India.



El 28 de agosto de 1608, el capitán William Hawkins, un rudo marino que había participado en el tercer viaje, ancló su nave, el Hector, frente a la costa de Surat. Con ello, se convirtió en el primer patrón de una nave de la CIO que ponía pie en suelo indio. [43]

Por aquel entonces, India tenía una población de 150 millones, esto es, una quinta parte del total mundial, y producía cerca de una cuarta parte de las manufacturas del globo. En muchos aspectos, era el gran centro industrial del mundo y el líder global de manufacturas textiles. No en vano, tantas palabras inglesas relacionadas con los tejidos –*chintz* [cretona], *calico* [calicó], *shawl* [chal], *pyjamas*

[pijama], *khaki* [caqui], *dungarees* [mahón o nanquín], *cummerbund* [faja], *taffetas* [tafetán]– son de origen indio. [44] La India abarcaba un porcentaje del comercio mundial mucho mayor que ninguna otra región de tamaño comparable y el peso de su poder económico alcanzaba incluso hasta México, cuyas manufacturas textiles sufrieron una crisis de «desindustrialización» a causa de las importaciones de tejidos indios. [45] Por el contrario, Inglaterra apenas tenía un 5 por ciento de la población de la India y producía menos del 3 por ciento de los bienes manufacturados del mundo. [46] Una buena parte de los beneficios de este comercio iba a parar al tesoro mogol, en Agra, lo cual hacía del emperador mogol, con unos ingresos de alrededor de 100 millones de libras, [*] el monarca más rico del mundo con diferencia.

Las capitales mogolas eran las megaurbes de su tiempo: «Ninguna ciudad de Asia o Europa las supera –consideraba el jesuita fray Antonio de Monserrat–, [*] en lo relativo a tamaño, población, o riqueza. Sus ciudades están abarrotadas de mercaderes, que acuden desde toda Asia. No hay arte o artesanía que no se practique en ellas». Entre 1586 y 1605, la plata europea fluyó hacia el corazón del Imperio mogol a un ritmo asombroso: 18 toneladas métricas anuales. Como observó William Hawkins, «todas las naciones traen moneda y se llevan bienes a cambio de ellas». [47] Para sus contemporáneos occidentales, vestidos con sus braguetas de mar, los mogoles, cubiertos de sedas y joyas, eran la viva imagen de la opulencia y el poder, un significado que, desde entonces, se asoció para siempre a la palabra «mogol». [**]

Hacia comienzos del siglo XVII, los europeos se habían acostumbrado a las victorias militares fáciles sobre los otros pueblos del mundo. En la década de 1520, los españoles barrieron a los enormes ejércitos del poderoso Imperio azteca en pocos meses. En las islas de la Especiería, en las Molucas, los neerlandeses atacaron a los mismos regentes con los que antes comerciaban y masacraron a los isleños que acudían a recibirlos en canoa, incendiando sus

ciudades y ocupando sus puertos. En una única isla, Lontor, 800 habitantes fueron esclavizados y deportados a la fuerza para trabajar en las nuevas plantaciones de especias en Java; 47 jefes fueron torturados y ejecutados. [48]

Pero, como no tardó en darse cuenta el capitán Hawkins, ninguna nación europea podía plantearse intentar lo mismo contra el gran mogol, entre otros motivos porque su ejército contaba con la apabullante cifra de 4 millones de soldados. [49] En 1632, el emperador descubrió que los portugueses habían estado edificando sin su permiso fortificaciones y «moradas del más grande esplendor y fortaleza» en Hughli, Bengala, además de ignorar las leyes mogolas y hacer conversiones forzosas al cristianismo. El emperador ordenó atacar el asentamiento y expulsar a los portugueses.

La ciudad cayó en manos de las huestes mogolas en cuestión de días. Los intentos de sus habitantes de escapar por el Ganges se vieron frustrados por una ingeniosa barrera que cerraba el paso del río. Fueron enviados a Agra 400 cautivos portugueses, «junto con los ídolos de esos infieles errados», a implorar clemencia. Los que se negaron fueron, según el *Padshahnama* , «repartidos [como esclavos] entre los emires», «o encarcelados y torturados. La mayor parte pereció». El virrey portugués de Goa no pudo hacer nada al respecto. [50]

En vista de todo esto, la Compañía era consciente de que si tenía que comerciar con los mogoles necesitaría socios locales y permisos, lo cual significaba tratar con el emperador mogol en persona. Hawkins necesitó un año para llegar a Agra, cosa que logró disfrazado de noble afgano. Una vez en Agra, el emperador le recibió por breve tiempo y conversaron en turco. Pero Jahangir pronto perdió interés en aquel lobo de mar a medio educar y le envió de vuelta por donde había venido con el regalo de una esposa armenia cristiana. La misión logró poca cosa. Poco después, una segunda flota de la CIO, capitaneada por *sir* Henry Middleton, fue expulsada del apostadero de Surat, frente a Suvali –o *Swally Hole* , como

chapurreaban los ingleses– por los jefes locales, que les ordenaron marcharse después de que los amenazasen los residentes portugueses en el puerto. [51]

Era menester una misión más imponente: la Compañía logró persuadir al rey Jacobo para que despachase un enviado regio. El hombre elegido era un cortesano, miembro del Parlamento, diplomático, explorador del Amazonas y embajador ante la Sublime Puerta, que se definía a sí mismo como «hombre de calidad»: *sir* Thomas Roe. [52] En 1615, Roe llegó a Ajmer con «perros de caza» de regalo –mastines ingleses y galgos irlandeses–, una carroza inglesa, algunos cuadros manieristas, un virginal inglés y numerosas tinajas de vino tinto, pues le habían dicho que a Jahangir le complacía el vino. Aun así, las entrevistas de Roe con el emperador fueron difíciles. Cuando al fin se le concedió audiencia, Roe, tras presentar sus respetos, pasó de inmediato a la cuestión del comercio y de los derechos arancelarios. No obstante, el emperador esteta a duras penas podía disimular su aburrimiento ante tales temas de conversación.

Jahangir era, ante todo, un hombre de enorme sensibilidad, curiosidad e inteligencia, que se complacía en la observación del mundo que le rodeaba. Era un ávido coleccionista de curiosidades del mundo, desde globos terráqueos y espadas venecianas a sedas safávidas, piezas de jade e incluso cuernos de narval. Orgulloso heredero de la tradición indo-mogola de estética y conocimiento, además de regir el imperio y encargar grandes obras de arte, tenía un notable interés en la crianza de cabras y guepardos, en la medicina y en la astronomía, así como un apetito insaciable por todo lo relacionado con la cría de animales, como si fuera un terrateniente ilustrado de generaciones posteriores.

Esto, y no la mecánica del comercio, era lo que le atraía, por lo que siguieron varios meses de conversaciones entre los dos hombres en las que cada uno hablaba de lo que le interesaba. Roe trataba de dirigir la conversación hacia el comercio y la diplomacia y los

firmanes (órdenes imperiales) que deseaba recibir, que se le diera «permiso para una factoría inglesa» en Surat y «el establecimiento de comercio y residencia firme y segura para mis compatriotas» en «constante paz y amor». Pero Jahangir respondía que tales asuntos mundanos podían esperar y le contestaba con preguntas de la lejana y brumosa isla de la que procedía, las extrañas cosas que allí ocurrían y el arte que allí se hacía. Roe vio que Jahangir «espera grandes presentes y joyas y no tiene en cuenta ningún otro comercio que no sea el que satisfaga su apetito insaciable de piedras, riquezas y raras piezas artísticas». [53]

«Me preguntó qué regalo le traeríamos», observó Roe.

> Le contesté que la alianza [entre Inglaterra y la India mogola] todavía era nueva y muy incipiente; que en nuestro país podían hallarse numerosas curiosidades de raro precio y estimación, que el rey le enviaría, y los mercaderes buscarían en todas las partes del mundo, si se les aseguraba comercio seguro y protección bajo condiciones honorables.
>
> Me preguntó qué curiosidades eran las que mencionaba, si me refería a joyas y piedras preciosas. Le contesté que no: que no los considerábamos regalos dignos, pues nosotros las traíamos de las regiones en las que él era el Señor supremo […] pero que buscábamos cosas para su Majestad, que fueran raras aquí y nunca vistas. Él repuso que le parecía muy bien: y que deseaba tener un caballo inglés […] así, tras numerosas chanzas, bromas y alardes con respecto a las artes de su país, pasó a preguntarme con qué frecuencia bebemos, y cuánto, y qué bebemos. ¿Qué hay en Inglaterra? ¿Qué es la cerveza? ¿Cómo se hace? Y también inquirió si podríamos fabricarla aquí. En todo lo cual satisfice sus grandes exigencias […]. [54]

Roe, en ocasiones, podía ser muy crítico acerca del dominio mogol –«religiones infinitas, leyes ninguna»– pero, a su pesar, estaba profundamente impresionado. En una carta de 1616 escrita al futuro rey Carlos I desde la bella colina fortificada de Mandu, en el centro de India, Roe describe las celebraciones del aniversario del emperador. En su carta, Roe afirmaba haber entrado en un mundo de esplendor casi inimaginable.

Las celebraciones tuvieron lugar en un «bello jardín, de gran extensión, con una plaza en su centro toda de agua, y a los lados flores y árboles, y en su centro un pináculo, donde estaban preparadas las balanzas […] de oro macizo», en las que el emperador obtendría su peso en joyas.

> Allí estaba presente la nobleza, toda ella sentada en alfombras hasta que llegaba el rey, quien venía vestido, o mejor dicho cubierto, de diamantes, rubíes, perlas, y otros lujos preciosos, ¡tan grande, tan glorioso! Su cabeza, cuello, pecho, brazos, por encima del codo, en las muñecas, no menos de dos o tres anillos en cada dedo, rebosan de cadenas de diamantes, rubíes grandes como nueces –algunos incluso mayores– y perlas de una magnitud tal que maravillaba contemplarlas […] en joyas, que son sus objetos favoritos, el emperador es el tesoro del mundo, compra todo lo que llega, y acumula tal cantidad de piedras preciosas que se diría que quiere construir con ellas, no ostentarlas. [55]

Los mogoles, a su vez, sentían una innegable curiosidad con respecto a los ingleses, pero no podía decirse que estuvieran impresionados. Jahangir sintió mucha admiración por la miniatura de una de las amigas de Roe; tal vez se trataba de la *lady* Huntington a la que escribió apasionadas cartas desde «Indya». [56] Pero Jahangir se empeñó en demostrar a Roe que sus artistas podrían copiarla tan bien que Roe no podría distinguir la réplica del original. También

admiraron la carroza inglesa, pero Jahangir hizo que el interior Tudor, ligeramente raído, fuera mejorado de inmediato con tejido de oro mogol. También aprovechó para hacer una nueva demostración de la pericia de sus *kar-khana* , pues hizo que toda la carroza fuera copiada hasta el último detalle, en menos de una semana, para que su adorada emperatriz, Nur Jahan, pudiera tener una carroza para ella. [57]

Roe descubrió, humillado, que los mogoles daban prioridad menor a las relaciones con los ingleses. A su llegada, fueron embutidos en un alojamiento de pobre calidad. Toda la embajada tan solo disponía de cuatro habitaciones del caravasar, que eran «no más grandes que hornos, y con la misma forma, redondas por arriba, sin otra luz que la puerta, y tan pequeñas que los bienes de dos carros bastarían para llenarlas». [58] Aún más humillante fue el que sus presentes, algo pobres, fueran ridiculizados por los de la embajada portuguesa rival, que trajo a Jahangir «joyas, *ballests* [espinelas] y perlas, que humillaron a los dones ingleses». [59]

Roe regresó a Inglaterra después de tres agotadores años en la corte. Había obtenido al fin permiso de Jahangir para construir una factoría (puesto de comercio) en Surat, un acuerdo «de recepción y continuidad en sus dominios» y un par de firmanes imperiales, de alcance y contenido limitados, pero que podían ser útiles contra funcionarios mogoles poco cooperativos. Jahangir, no obstante, no concedió privilegios comerciales de importancia, probablemente porque consideraba tal cosa indigna de su persona. [60]

El estatus de los ingleses en la corte mogola del periodo es ilustrado por una de las imágenes más famosas de la época, una miniatura obra de Bichitr, maestro pintor de Jahangir. La pintura buscaba mostrar cómo el piadoso Jahangir prefería la compañía de sufíes y santos a la de príncipes poderosos. Esto, en realidad, no estaba tan alejado de la realidad, como demuestran algunas anécdotas de Roe. En una de las más reveladoras, este contempló

con asombro a Jahangir detenerse una hora a conversar con un santón que se encontró durante sus viajes:

> Un pobre viejo, cubierto de polvo y andrajos, con un jovenzuelo que le servía. Con este despojo miserable, vestido de harapos, coronado de plumas, su majestad conversó durante una hora, con familiaridad y grandes muestras de amabilidad, y una humildad que difícilmente se hallará entre reyes [...] le tomó en su brazos, que jamás habían sido tocados por un cuerpo limpio, le abrazó, y por tres veces le puso su mano en su corazón, llamándole padre. Todos nosotros, yo mismo, quedamos admirados ante tal muestra de virtud en un príncipe pagano. [61]

Bichitr ilustra esta idea al mostrar a Jahangir en el centro, sentado en un trono con un halo de majestad que brilla tanto que uno de los *putti* , retratado en plena huida de una transfiguración portuguesa, tiene que protegerse los ojos de tan refulgente brillo. A sus pies, otros dos *putti* escriben un cartel en el que puede leerse «¡*Alá Akbar* ! ¡Ojalá tu reinado perdure mil años, oh Rey!». El emperador extiende su mano para entregar un Corán a un sufí de barba blanca y poblada, al tiempo que menosprecia las manos extendidas del sultán otomano. El monarca inglés Jacobo I, con sombrero emplumado y enjoyado y jubón jacobino blanco plata, está relegado a la esquina inferior izquierda del cuadro, por debajo de los pies de Jahangir y solo por encima del autorretrato del propio Bichitr. El rey es presentado en tres cuartos –un ángulo que las miniaturas mogolas reservan a los personajes menores– y tiene un gesto avinagrado a causa de su posición inferior en la jerarquía mogola. [62] Roe redactó resmas y resmas de papel acerca de Jahangir, pero este último no se molestó en mencionar a Roe en sus voluminosos diarios. Estos comerciantes venidos del norte, torpes y sin arte,

tendrían que esperar un siglo a que los mogoles se dignasen a mostrar algún interés en ellos.

Pero, a pesar de toda su torpeza, la misión de Roe fue el comienzo de una relación entre los mogoles y la Compañía que acabaría permitiendo a la CIO posicionarse de forma gradual en el centro del Imperio mogol. Durante los doscientos años siguientes, la CIO aprendió poco a poco a operar con éxito en el sistema mogol y a hacerlo en su idioma; sus delegados aprendieron a hablar correctamente el persa, la etiqueta cortesana conveniente, el arte de sobornar al responsable adecuado y, con el tiempo, a superar a todos sus rivales –lusos, neerlandeses y galos– en la competición por el favor imperial. De hecho, buena parte del éxito de la Compañía durante este periodo se debió a su respeto escrupuloso hacia la autoridad mogola. [63] En poco tiempo, la Compañía comenzó a presentarse ante los mogoles, por usar la acertada expresión del historiador Sanjay Subrahmanyam, «no como una entidad corporativa, sino como un ente de aspecto antropomorfo, una criatura indo-persa llamada *Kampani Bahadur* ». [64]



A su retorno a Londres, Roe dejó claro a los directores que la fuerza de las armas no era una opción que considerar para tratar con el Imperio mogol. «Hacer la guerra y comerciar –escribió– son incompatibles». De hecho, llegó incluso a aconsejar no construir asentamientos fortificados y señaló que «las ricas residencias y territorios de los portugueses estaban arruinando su comercio» con costes imposibles de sostener. Incluso si los mogoles permitían a la CIO uno o dos fuertes, escribió que «no aceptaría ni uno […] pues es un error indudable enviar guarniciones y librar guerras terrestres

en India». En lugar de esto, Roe recomendó «regirse por la siguiente norma [...] si se busca provecho, que sea en el mar, y con un comercio pacífico». [65]

La Compañía adoptó sus consejos. Los primeros responsables de la CIO se enorgullecían de negociar privilegios comerciales, en lugar de dedicarse a atacar puertos estratégicos, como hacían los irritables portugueses. Esta estrategia rindió excelentes dividendos. Mientras Roe se dedicaba a ganarse a Jahangir, un segundo emisario de la Compañía, el capitán Hippon, fue enviado a bordo del Globe para abrir el comercio textil con la costa oriental del subcontinente, Coromandel, y establecer una segunda factoría en Machilipatnam, puerto de los grandes rivales decaníes de los mogoles, el sultanato de Golconda, de gran riqueza diamantífera, donde se podían adquirir las mejores cretonas y joyas de la India. [66] Poco después, se abrió una tercera factoría en Patna, especializada, sobre todo, en el comercio de salitre, el ingrediente activo de la pólvora.

Este comercio de joyas, pimienta, textiles y salitre pronto dio beneficios aún mayores que los que los neerlandeses obtenían del mercado de especias aromáticas. En la década de 1630, la CIO importaba pimienta india por valor de 1 millón de libras. En un espectacular cambio de siglos de pautas comerciales, la CIO comenzó a exportar pimienta a Italia y a Oriente Medio a través de la Compañía de Levante. Treinta años más tarde, estaba importando un cuarto de millón de piezas de tejido, de las cuales casi la mitad procedía de la costa de Coromandel. [67] Las pérdidas seguían siendo duras: entre 1601 y 1640, la compañía envió hacia oriente un total de 168 naves: tan solo regresaron 104. [68] Pero los libros de cuentas de la Compañía se fueron haciendo cada vez más rentables, tanto que inversores de toda Europa hacían cola para comprar acciones de la CIO. En 1613, la primera suscripción de acciones de la Compañía reunió 418 000 libras. Cuatro años más tarde, en 1617, la segunda suscripción obtuvo la enorme suma de 1,6 millones, [*] lo que convirtió a la CIO, por vez primera, en un coloso financiero, al

menos con arreglo a los estándares ingleses. [69] El éxito de la CIO, a su vez, estimuló no solo los *docklands* del puerto de Londres, sino también el naciente mercado de valores londinense. Mediada la centuria, la mitad de los hombres elegidos para el elitista cargo de edil [*Alderman* ] de la City de Londres eran directores de la CIO o mercaderes de la Compañía de Levante, o ambas cosas. [70] Un miembro de la compañía y uno de los primeros teóricos de la economía, Thomas Mun, escribió que el comercio de la Compañía era ahora «el *verdadero puntal* de la prosperidad del reino». [71]

Hasta 1626 la CIO no fundó su primera base fortificada en la India, en Armagon, al norte de Pulicat, en la costa central de Coromandel. Aunque disponía de almenas y doce piezas, había sido edificado con improvisación y a toda prisa. Pronto se vio que era imposible de defender, por lo que fue abandonado seis años más tarde, en 1632. Nadie lamentó su abandono: en palabras de un agente local, «era mejor deshacerse de él». [72]

Dos años más tarde, la CIO lo volvió a intentar. El responsable de la factoría de Armagon, Francis Day, negoció con el gobernador local de lo que quedaba del Imperio vijayanagara, un reino fragmentado y en decadencia de la India meridional, el derecho a edificar un nuevo fuerte cercano a una aldea de pescadores denominada Madraspatnam, justo al norte del asentamiento portugués de Saô Tomé. La elección del lugar tampoco estuvo determinada en esta ocasión por consideraciones comerciales o militares. Day, se decía, tenía una relación con una dama tamil cuya aldea estaba cerca de Madraspatnam. Según una fuente de la época, Day «estaba tan prendado de ella» y tan deseoso porque sus «encuentros» fueran «más frecuentes y sin interrupciones» que era inevitable que situase el Fuerte St. George justo al lado de la aldea de la dama. [73]

Esta vez, el asentamiento –que no tardó en ser conocido como Madrás– prosperó. El *naik* (gobernador) que le cedió el terreno afirmó que deseaba tanto que el área «floreciera y se enriqueciera», que había concedido a Day el derecho de edificar «un fuerte y un

castillo» para comerciar sin aranceles y «disfrutar a perpetuidad de derechos de acuñación». Eran privilegios importantes que los mogoles del norte, más poderosos, tardarían casi un siglo en ceder.

En un principio, tan solo estaban «los páter franceses y unos seis pescadores, por lo que para animar a los habitantes para que poblasen el lugar, se hizo una proclama […] según la cual no se cobrarían aranceles por un periodo de treinta años». Pronto llegó un gran número de tejedores y otros artesanos y mercaderes y fueron muchos más una vez que los muros del fuerte habían sido erigidos, «como si se hubieran girado las tornas», y la gente de la costa buscase la seguridad y protección que podía proporcionarles la Compañía. [74]

En poco tiempo, Madrás creció hasta convertirse en la primera ciudad colonial inglesa de la India: contaba con una pequeña administración civil, el estatus de municipio y una población de 40 000 habitantes. Hacia la década de 1670, la ciudad ya acuñaba monedas de oro propias, las «pagodas», así llamadas por la imagen de un templo que cubría una cara; en la otra podía verse el dios-mono Hanuman. Ambas imágenes provenían de las antiguas monedas del Imperio vijayanagara. [75]

El segundo gran asentamiento inglés en la India llegó a manos de la Compañía gracias a la Corona, que a su vez lo había recibido de la monarquía portuguesa como regalo de bodas. En 1661, Carlos II había desposado a la infanta portuguesa Catalina de Braganza. Su dote, junto con el puerto de Tánger, incluía la «isla de Bumbye». En Londres hubo mucha confusión inicial con respecto a su paradero, pues el mapa que acompañaba el contrato matrimonial de la infanta se perdió por el camino. Nadie en la corte sabía con seguridad dónde estaba «Bumbye», aunque el lord canciller creía que estaba «en algún lugar cerca de Brasil». [76]

Hizo falta cierto tiempo para resolver este espinoso asunto y aún más tiempo para hacerse con el control de la isla, pues el gobernador luso no había recibido instrucciones de hacer entrega de

Bombay; como era de esperar, se negó a cederla. En septiembre de 1662, *sir* Abraham Shipman llegó con 450 hombres para tomar posesión de la isla, pero los portugueses se lo impidieron al encañonarlo con sus armas. Tuvieron que transcurrir tres años antes de que los británicos pudieran al fin hacerse con la isla. Para entonces, el infortunado Shipman, y todos sus oficiales, salvo uno, habían muerto de fiebres e insolación mientras esperaban en una desolada isla situada al sur. En 1665, cuando por fin se permitió al secretario de Shipman desembarcar en la isla de Bombay, tan solo quedaban con vida un alférez, dos artilleros y 111 subalternos para tomar posesión de su nuevo dominio. [77]

A pesar de este comienzo accidentado, la isla pronto demostró su valía. El archipiélago de Bombay tenía el mejor puerto natural del sur de Asia y pronto se convirtió en la base naval principal de la Compañía en Asia; esta contaba con el único dique seco en el que se podían reparar naves durante el monzón. En poco tiempo, eclipsó a Surat como núcleo de las operaciones de la CIO en la costa occidental, en particular debido a que los pendencieros ingleses eran cada vez menos bienvenidos allí. «Su afición a las putas, la bebida y a los tumultos […] en los que entran por la fuerza en casas de rameras y tabernas de *arak* hace que la población no tolere a los ingleses», escribió, agotado, un responsable de la CIO. No resulta pues extraño que los británicos fueran recibidos en las calles de Surat con «los epítetos de *ban-chude* y *Betty-chude* [*] que mi recatado lenguaje se abstendrá de traducir». [78]

En menos de treinta años, Bombay había crecido hasta dar cobijo a una población colonial de 60 000 habitantes con una creciente red de factorías, tribunales, una iglesia anglicana y grandes casas residenciales blancas que rodeaban el fuerte y se extendían pendiente abajo desde la colina Malabar hasta la finca del gobernador, en primera línea de mar. También contaba con una instalación esencial en toda comunidad de protestantes temerosos de Dios del siglo XVII: un patíbulo en el que las «brujas» tenían la

última oportunidad de confesar antes de ser ejecutadas. [79] También contaba con una pequeña guarnición de 300 soldados ingleses, «400 topazes, [*] 500 de milicia nativa y 300 *bhandaris* [*toddy tappers* armados de porras] [**] que vigilaban los bosques de cocoteros». Durante la década de 1680, Bombay eclipsó por breve tiempo a Madrás «como sede del poder y del comercio inglés en las Indias Orientales». [80]

En Londres, los directores de la Compañía estaban comenzando a darse cuenta de lo poderosos que eran. En 1693, menos de un siglo después de su fundación, se descubrió que la Compañía empleaba sus acciones para comprar el favor de los parlamentarios: cada año entregaba 1200 libras a ministros y a miembros destacados del Parlamento. Este soborno, como se acabó revelando, llegaba a niveles muy altos, hasta el procurador general, que recibía 218 libras; y el fiscal general, que cobraba 545. [***] La investigación parlamentaria subsiguiente, el primer escándalo de *lobbying* corporativo, halló culpable a la CIO de soborno y de tráfico de influencias y dio lugar al proceso de destitución [*impeachment* ] del lord presidente del consejo y al encarcelamiento del gobernador de la Compañía.

Durante el siglo XVII, la Compañía tan solo trató de utilizar la fuerza contra los mogoles en una ocasión, y con consecuencias catastróficas. En 1681, el directorio de la Compañía pasó a manos de *sir* Josiah Child, personaje agresivo hasta la temeridad, que había comenzado su carrera comercial suministrando cerveza a la Armada en Portsmouth. El diario de John Evelyn le describe como sigue: «Un hombre astroso, que se enriqueció súbitamente [...] de sórdida avaricia». [81] En Bengala, los gestores habían comenzado a quejarse, como escribió a Londres Streynsham Master, de que «cualquier funcionario menor hace lo que quiere con nosotros, abusan de nosotros a placer para sacarnos todo lo que pueden». Estamos siendo, escribió «despreciados y pisoteados» por los administradores mogoles. Esto era cierto, sin duda: no era ningún secreto el

desprecio del nabab de Bengala, Shaista Khan, hacia la Compañía. Este escribió a su amigo y sobrino materno, el emperador Aurangzeb, que «los ingleses son una compañía de gente vulgar y pendenciera, y timadores». [82]

Child ignoró la magnitud del poder mogol y tomó la insensata decisión de utilizar la fuerza para dar una lección a los mogoles: «No podemos hacer otra cosa –escribió desde Leadenhall Street, sede de la Compañía–, que abandonar nuestros negocios, o empuñar la espada que nos ha confiado Su Majestad, para reivindicar los Derechos y el Honor de la Nación Inglesa en la India». [83] En consecuencia, en 1686, zarpó desde Londres una considerable flota rumbo a Bengala, con 19 naves de guerra, 200 piezas y 600 soldados. «Esta [flota] tomará lo que pueda, y desenvainará la espada inglesa», escribió Child. [84]

Pero Child no podría haber escogido peor momento para luchar contra el emperador del reino más rico de la tierra. Los mogoles acababan de completar su conquista de los dos grandes sultanatos de Bijapur y Golconda, en el Decán, además de expulsar a los marathas a las montañas de las que procedían. El Imperio mogol se había convertido en la potencia regional indiscutible y su ejército pudo concentrarse contra esta nueva amenaza. La máquina de guerra mogola barrió las partidas de desembarco inglesas con la misma facilidad que si espantasen moscas: las factorías de la CIO de Hughli, Patna, Kasimbazar, Machilipatnam y Vizagapatam fueron tomadas y saqueadas y los ingleses expulsados por completo de Bengala. La factoría de Surat fue cerrada y Bombay sometida a bloqueo.

A la CIO no le quedó más remedio que pedir la paz e implorar el retorno de sus factorías y de sus privilegios comerciales. También tuvo que solicitar la liberación de los gestores que habían caído prisioneros, muchos de los cuales eran obligados a desfilar por las calles cubiertos de grilletes, o estaban encadenados en el castillo de Surat y en el Fuerte Rojo de Dhaka «en condiciones insufribles y

desastrosas […] como si fueran ladrones y asesinos». [85] Aurangzeb, tras ser informado de que la CIO se había «arrepentido de sus actos irregulares» y se sometía a la autoridad mogola, dejó que las factorías lamieran sus heridas y, en 1690, tuvo a bien concederles el perdón real.

Después de este fiasco, un joven gestor llamado Job Charnock decidió fundar una nueva base en Bengala para reemplazar las factorías perdidas recientemente. El 24 de agosto de 1690, bajo «lluvias que caían día y noche», Charnock comenzó a establecer su asentamiento en el terreno pantanoso situado entre las aldeas de Kalikata y Sutanari. El asentamiento se hallaba cerca de un pequeño puesto comercial armenio y tenía un puesto portugués justo al otro lado del río.

Job Charnock compró el futuro terreno de Calcuta, afirmó el autor escocés Alexander Hamilton, «porque había allí un gran árbol de sombra –una extraña elección, consideraba–, pues no podría haber buscado un lugar más malsano en todo el curso del río». [86] Según el *New Account of the East Indies* , de Hamilton, «al elegir el terreno de la Colonia donde está ahora, Mr. *Channock* reinaba de forma más absoluta que un *Rajá* »:

> En el país todavía está difundido el *paganismo* , pues también se practica aquí la costumbre de incinerar a las esposas con sus difuntos maridos. En cierta ocasión Mr. *Channock* fue con su guardia de soldados a ver una joven viuda participar en tan trágica catástrofe. Pero quedó tan prendado de la belleza de la viuda, que envió a sus guardias a arrebatarla por la fuerza de sus verdugos, e hizo que la llevasen a sus aposentos. Vivieron felizmente muchos años, y tuvieron varios hijos. Ella murió al fin, pero, pese a haberse establecido en *Calcuta* , no se convirtió al *cristianismo* , sino que fue ella quien le convirtió a él en un prosélito del *paganismo* . La única parte del *cristianismo* que le quedó fue dar a su esposa

> un entierro decente. Durante toda su vida observó el aniversario de su muerte con el sacrificio de un gallo sobre su tumba, a la usanza *pagana* .[87]

La Sra. Charnock no fue el único fallecimiento. Menos de un año después del establecimiento del asentamiento inglés de Calcuta, había 1000 habitantes en el asentamiento, pero Hamilton contó 460 nombres en el libro de difuntos. De hecho, eran tantos los que morían allí que «se decía que vivían como ingleses y morían como ovejas podridas».[88] [*]

Tan solo había una cosa que mantenía en marcha el asentamiento: Bengala, según el viajero francés François Bernier, era «el mejor y más fructífero país del mundo». El escocés Alexander Dow coincide con él: Bengala era «uno de los países más ricos, populosos y mejor cultivados». Con su infinidad de tejedores –solo en Dacca había 25 000– y una producción sin rival de tejidos de lujo, sedas y muselinas de delicadeza fabulosa, Bengala era, a finales del siglo XVII, el principal suministrador de Europa de bienes asiáticos y la región más rica del Imperio mogol. Era el lugar donde se podía hacer fortuna con más facilidad. Durante los primeros años del siglo XVIII, las compañías de Indias inglesa y neerlandesa exportaron a Bengala cargos anuales por valor de 4,15 millones de rupias,[*] del cual un 85 por ciento era plata.[89]

La Compañía existía para hacer dinero y pronto se dio cuenta de que Bengala era el mejor lugar para ello.




Fue la muerte de Aurangzeb, en 1707, lo que supuso el inicio de cambios radicales para la Compañía.

El nuevo emperador, despreciado por su padre, se educó como un islámico puritano, duro y fanático, tan intolerante como dogmático. Era un general despiadado y de gran talento y un estratega brillante, pero carecía por completo del carisma ganador de sus predecesores. A medida que fue envejeciendo, su reinado fue cada vez más severo, represivo e impopular. Dio un giro radical con respecto a las políticas liberales e inclusivas de la mayoría hindú iniciada por su bisabuelo Akbar y permitió a los ulemas imponer interpretaciones más estrictas de la sharía. Se prohibió el vino y el hachís y el emperador abandonó el mecenazgo de músicos. También puso fin a algunas costumbres hindúes adoptadas por los mogoles, como presentarse cada día a sus súbditos desde una jharoka del palacio, en el centro de sus aposentos reales en el Fuerte Rojo. Se destruyó cerca de una docena de templos hindúes por todo el país y, en 1672, se ordenó el retorno de todas las tierras confiadas a los hindúes; toda futura concesión de territorio quedaba reservada para los musulmanes. En 1679, el emperador volvió a imponer el *jizya* , el impuesto para los no musulmanes que había sido abolido por Akbar. También hizo ejecutar a Teg Bahadur, el noveno gurú de los sijs. [90]

Aunque es cierto que Aurangzeb era una figura más pragmática y compleja de lo que sostienen algunos de sus críticos, las heridas religiosas que este abrió en la India no han sanado del todo y en su época dividieron el país en dos. [*] Incapaz de confiar en nadie, Aurangzeb iba de un lado a otro del imperio reprimiendo con ferocidad las rebeliones de sus súbditos. El imperio había sido edificado sobre la tolerancia pragmática y la alianza con los hindúes, en particular con los guerreros rajputs, que formaban el núcleo de la maquinaria bélica mogola. La presión a que fue sometida esta alianza y la deriva fanática del emperador contribuyeron a destrozar el Estado mogol y, tras la muerte de Aurangzeb, hicieron que perdiera el núcleo de su ejército.

Pero lo que más contribuyó a agotar los recursos imperiales fue la insensata expansión del territorio por el Decán, contra los estados

chiíes de Bijapur y Golconda. Esta expansión hizo que se alzase contra los mogoles un nuevo enemigo, tan formidable como inesperado. En tiempos pasados, los campesinos y terratenientes marathas habían servido en las huestes de Bijapur y Golconda. En la década de 1680, después de que los mogoles hubieran conquistado ambos estados, guerrillas marathas lideradas por Shivaji Bhonsle, un carismático caudillo guerrero hindú, comenzaron a hostigar a los ejércitos mogoles que ocupaban el Decán. Como observó indignado un cronista musulmán, «la mayoría de hombres del ejército maratha no son de ilustre cuna. Abundan entre su soldadesca campesinos, carpinteros y tenderos». [91] Eran, en su mayor parte, campesinos armados. Pero conocían el territorio y sabían luchar.

Shivaji encabezó en las despobladas tierras altas del oeste del Decán una rebelión campesina contra los mogoles y sus recaudadores de impuestos. Los lanceros de la caballería ligera maratha destacaban por su movilidad sobresaliente. Eran capaces de lanzar incursiones muy a retaguardia de las líneas mogolas y cubrir 50 millas [80 km] en un día. Esto era debido a que sus jinetes no portaban ni impedimenta ni provisiones; vivían sobre el terreno. La máxima de Shivaji era: «Si no hay botín, no hay paga». [92] Un viajero de época jacobina, el doctor John Fryer de la CIO, observó que el contingente de Shivaji estaba compuesto de «bribones desnudos y hambrientos» armados únicamente con «lanzas y espadas largas, de dos pulgadas de ancho». Estos no podían imponerse en «batalla campal», pero tenían una pericia extraordinaria para «la sorpresa y el saqueo». [93]

Según Fryer, los marathas de Shivaji eran inteligentes, pues evitaban las batallas a campo abierto contra el ejército mogol y optaban por arrasar sus centros de poder para colapsar la economía. En 1663, Shivaji en persona encabezó una audaz incursión nocturna contra el palacio de la capital mogola de Pune y asesinó a la familia del gobernador del Decán y tío de Aurangzeb, Shaista Khan. También logró cercenarle un dedo al gobernador. [94] En 1664, el

ejército campesino de Shivaji lanzó una incursión contra el puerto mogol de Surat, donde saquearon sus almacenes rebosantes de mercancías y extorsionaron a sus numerosos banqueros. En 1670 volvió a repetir el ataque; en la tercera visita de los marathas, en 1677, ya no hubo asomo de resistencia.

Entre sus dos últimas embestidas, Shivaji fue consagrado, en su espectacular retiro montañoso de Raigad, en una ceremonia de coronación védica celebrada por el pandit Gagabhatta de Varanasi: fue el momento ritual álgido de su vida. En la ceremonia, que tuvo lugar el 6 de junio de 1674, se le concedió la dignidad de señor del parasol o *Chhatrapati* , y el título de legítimo emperador hindú, o *Samrajvapada* . Poco después, tuvo lugar una segunda coronación tántrica, que sus seguidores creían que le garantizaría el poder y las bendiciones de las tres grandes diosas de las montañas Konkan:

> Sivaji entró en el salón del trono con una espada y ofreció sacrificios de sangre a los *lokapalas* , divinidades que protegen los mundos. Acto seguido, se pidió a los cortesanos asistentes que abandonasen el salón, al tiempo que se colocaban sobre el cuerpo del rey mantras propiciatorios, mientras sonaba la música y los cánticos de los samanas. Por último, el rey ascendió al trono del león, entre gritos de «victoria» de la audiencia, y dio al trono el poder de los mantras de los diez Vidias. Por mediación de su poder, un potente esplendor inundó la sala del trono. Los saktis, portando lámparas en sus manos, lustraron al rey, que resplandecía como Brahma. [95]

Aurangzeb despreciaba a Shivaji, a quien calificaba de «rata del desierto». Pero en el momento de la muerte de Shivaji, en 1680, este se había convertido en la peor pesadilla de Aurangzeb. Su nombre se había convertido en el gran símbolo de la resistencia y resurgir hindú tras 500 años de dominación islámica. En menos de

una generación, los autores marathas le convirtieron en un semidiós. En el *Sivabhrata* de Kaviraja Paramananda, por ejemplo, Shivaji se revela a sí mismo como nada menos que Visnú encarnado:

Yo soy el Señor Visnú,
esencia de todos los dioses,
manifiesto sobre la tierra
¡para eliminar la carga de la tierra!
Los musulmanes son demonios incorpóreos,
surgidos para inundar la tierra,
con su religión.
Por ello, destruiré a esos demonios
que han asumido la forma de musulmanes,
y difundiré impávido la ley del *dharma* . [96]

El ejército mogol los combatió muchos años, tomando una fortificación tras otra en el Decán, y durante algún tiempo pareció como si las fuerzas imperiales fueran a aplastar la resistencia maratha de forma tan metódica como lo habían hecho con la Compañía. El 11 de marzo de 1689, el mismo año en que el emperador aplastó a la Compañía, los contingentes de Aurangzeb capturaron a Sambhaji, primogénito y sucesor de Shivaji. Primero lo humillaron: el infortunado príncipe fue obligado a portar un sombrero absurdo mientras le llevaban al *durbar* a lomos de un camello. Allí fue torturado con brutalidad durante una semana. Le cegaron con clavos y luego le cortaron la lengua y le despellejaron con *bagh nakh* . [*] Por último, le dieron una muerte brutal. Su cuerpo fue arrojado a los perros y su cabeza fue rellenada de paja y enviada a recorrer las ciudades del Decán, para luego ser colgada de la puerta de Delhi. [97] En 1700, los trenes de asedio del emperador capturaron la capital maratha, Satara. Por un breve momento pareció como si Aurangzeb hubiera logrado imponerse a los marathas. En palabras del gran historiador mogol Ghulam Husein

Khan, el emperador «expulsó de su tierra a esa inquieta nación y la redujo a refugiarse en madrigueras y a pasar hambre». [98]

Pero en los últimos años de Aurangzeb su racha victoriosa se agotó. Los ejércitos de caballería de los marathas evitaban las batallas en campo abierto y adoptaron tácticas de guerrilla: atacaban los trenes de suministro mogoles, lo cual hacía que sus lentas y pesadas columnas quedasen condenadas a pasar hambre o a tener que regresar a su base de Aurangabad. El emperador marchaba en persona a tomar un fuerte tras otro, pero los perdía tan pronto como se daba media vuelta. «Mientras exista un hálito de vida en esta existencia mortal –escribió–, no hay descanso de estos trabajos y esfuerzos». [99]

El Imperio mogol había alcanzado su máxima extensión de todos los tiempos, desde Kabul hasta la Carnática, pero de repente surgieron problemas por todas partes. Ya no solo eran los marathas: hacia la década de 1680, surgió una insurgencia campesina en el corazón del imperio protagonizada por los jats del *Doab* [*] del Ganges y los sijs del Punyab. Por todo el imperio, la nobleza terrateniente, los *zamindar* , se estaba rebelando y enfrentándose abiertamente a los intentos del Estado mogol de intervenir en las zonas rurales para regular cuestiones que, hasta entonces, habían sido dejadas a discreción de los regentes hereditarios locales. El bandolerismo se hizo endémico: a mediados de la década de 1690, el viajero italiano Giovanni Gemelli Careri se quejó de que la India mogola no podía «proteger de los ladrones» a los viajeros. [100] El propio hijo de Aurangzeb, el príncipe Akbar, se unió a la rebelión de los rajputs.

Todos estos actos de resistencia supusieron un descenso significativo del flujo de rentas, aduanas e ingresos del tesoro. Por primera vez en la historia de los mogoles, sus arcas no recibían lo suficiente para pagar los costes de administrar el imperio o los salarios de sus cargos. Los gastos militares no dejaban de crecer, con lo que las rendijas del Estado mogol se fueron ensanchando, hasta convertirse primero en fisuras y luego en grietas. Según un

texto ligeramente posterior, el *Ahkam-i Alamgiri* , el emperador reconoció que «no hay provincia o distrito donde los infieles no hayan provocado un tumulto y, dado que no son castigados, se han consolidado en todas partes. La mayor parte del país ha quedado desolada y allí donde todavía está habitado, posiblemente se debe a que los campesinos han llegado a un acuerdo con los ladrones». [101]

En su lecho de muerte, Aurangzeb reconoció su derrota en una triste carta dirigida a su hijo Azam:

> Vine solo, y me marcho como un extraño. El instante que he pasado en el poder tan solo deja pesadumbre. No he sido el guardián y protector del imperio. La vida, tan valiosa, ha sido malbaratada en vano. Dios estaba en mi corazón, pero no podía verle. La vida es transitoria. El pasado se ha ido, y ya no hay esperanza para el futuro. Todo el ejército imperial es como yo: confuso, perturbado, alejado de Dios, trémolo como el azogue. Temo mi castigo. Aunque tengo firme esperanza en la gracia de Dios, no dejo de sentir inquietud por mis actos. [102]

Aurangzeb murió el 20 de febrero de 1707. Fue sepultado en una tumba simple, abierta a los cielos, no en Agra ni en Delhi, sino en Khuldabad, en mitad de la meseta del Decán, el mismo territorio que había pasado la mayor parte de su vida adulta intentando, [103] sin éxito, someter. Durante los años que siguieron a su muerte, la autoridad del Estado mogol comenzó a desmoronarse, primero en el Decán y luego, una vez que las huestes marathas comenzaron a avanzar hacia el norte mandadas por su gran líder Baji Rao, también en vastas áreas de la India central y occidental.

Las disputas sucesorias mogolas y una serie de emperadores débiles y desprovistos de poder exacerbaron aún más la sensación de crisis imperial: tres emperadores fueron asesinados (uno de ellos, además, primero fue cegado con una aguja al rojo), la madre de un

tercero fue estrangulada y el padre de otro lanzado por un precipicio con su elefante. En el peor año de todos, 1719, cuatro emperadores ocuparon el trono del pavo real en rápida sucesión. Según el historiador mogol Khair ud-Din Illahabadi, «el emperador gastó años –y fortunas– intentando destruir las bases del poder maratha, pero las raíces de este árbol maldito no podían arrancarse».

> Desde Babur a Aurangzeb, la monarquía mogola del Indostán se habían hecho cada vez más poderosa, pero ahora había guerra entre sus descendientes, cada uno de los cuales buscaba derrocar al otro. Las sospechas del monarca hacia sus ministros, y las interferencias de los comandantes más allá de sus competencias, la deshonestidad, el egoísmo y la cortedad de miras, tan solo empeoraron las cosas. El desorden y la corrupción dejaron de ocultarse, y el otrora pacífico reino de la India se convirtió en un antro de anarquía. 104

Sobre el terreno, esto significaba devastadoras incursiones marathas, que dejaban las aldeas bajo autoridad mogola reducidas a cenizas humeantes. La crueldad y brutalidad de tales ataques guerrilleros era legendaria. Un viajero europeo procedente de Aurangabad se encontró con el resultado de uno de esos asaltos marathas:

> Cuando alcanzamos la frontera vimos que todo había sido pasado a hierro y fuego. Acampábamos cerca de aldeas reducidas a cenizas, con escenas desoladoras de horror indescriptible. Por todas partes yacían humanos y animales domésticos calcinados. Mujeres que aferraban a sus hijos en sus brazos, hombres que se retorcían en la postura en que les había alcanzado la muerte. Algunos con manos y pies quemados, otros a los que tan solo se podía reconocer el

> tronco […] cadáveres horrendos, algunos a medio consumir, otros calcinados por completo: una escena de horror como nunca antes había visto. En las tres aldeas que atravesamos debía haber unas 600 figuras humanas desfiguradas de ese modo. [105]

Los marathas, no obstante, aunque violentos en la guerra, también podían ser gobernantes clementes en tiempos de paz. [106] Un segundo viajero, este francés, observó que:

> Los marathas destruyen las tierras de sus enemigos con barbarie detestable, pero respetan lealmente la paz con sus aliados, y en sus dominios la agricultura y el comercio florecen. Visto desde el exterior, este estilo de gobierno es terrible, pues la nación muestra una inclinación natural hacia el bandidaje; pero, visto desde el interior, es gentil y benévolo. Las regiones de la India que se han sometido a los marathas son las más felices y prósperas. [107]

A principios del siglo XVIII, los marathas habían extendido su control a buena parte de la India central y occidental. Estaban organizados bajo el mando de cinco caudillos que constituían la Confederación maratha. Estos cinco jefes fundaron dinastías familiares que reinaban en otras tantas regiones. Los *peshwa* –un término persa que quiere decir «primer ministro», introducido por los sultanes Bahmani en el siglo XIV– controlaban Maharashtra y eran los líderes de la Confederación. Mantenían una activa correspondencia con todos sus gobernadores regionales. Bhonsle estaba a cargo de Orissa, Gaekwad controlaba Gujara, Hokar dominaba la India central y Scindia estaba al mando en Rajastán y en el norte de la India de una extensión de territorio de tamaño creciente. Los marathas continuaron empleando los procedimientos y prácticas de la administración mogola, lo cual hizo que, en algunos

casos, la transición a su dominio fuera tan fácil que resultara casi imperceptible. [108]

Ante el poder pujante de los marathas, los gobernadores regionales mogoles quedaron abandonados a su suerte y algunos de estos comenzaron a comportarse como si fueran soberanos independientes. En 1724, uno de los generales favoritos de Aurangzeb, su *protégé* Chin Qilich Khan, Nizam ul-Mulk, partió de Delhi sin el permiso del joven emperador Mohammed Sha y se estableció como gobernador regional del Decán oriental, donde derrotó al gobernador nombrado por el emperador y estableció su capital en la ciudad de Haiderabad. En Avadh –cerca de la actual Uttar Pradesh– tuvo lugar un proceso similar: el poder se fue concentrando en manos de un inmigrante persa chií, el nabab Sa'adat Khan y en las de su sobrino, yerno y futuro sucesor, Safdar Jung, nacido en Nishapur. Tío y sobrino se convirtieron en los personajes más poderosos del norte. Tenían su base en Faizabad, en el corazón de la planicie del Ganges. [109]

La asociación de ambos gobernadores con la corte imperial, y su lealtad personal hacia el emperador, fue aplicada a conveniencia de estos y en función de sus intereses. Seguían actuando bajo el caparazón del Estado mogol e invocaban el nombre del emperador para imponer autoridad. Pero, en realidad, sus gobiernos regionales eran cada vez más independientes, regidos por su propio linaje. Con el tiempo, ambos hombres fundaron dinastías que dominaron grandes regiones de la India durante cien años.

La única excepción parcial a esta pauta fue Bengala, donde el gobernador, un antiguo esclavo brahmán converso al islam, Murshid Quli Khan, se mantuvo fieramente leal al emperador y continuó enviando medio millón de libras anuales desde su rica provincia. Hacia la década de 1720, Bengala proporcionaba la mayor parte de sus ingresos al gobierno central. Para mantener el flujo de caudales, Murshid Quli Khan empleaba métodos recaudatorios de notoria dureza. Los nobles locales morosos eran convocados a la nueva

capital del gobernador, Murshidabad, donde se les confinaba sin comida ni bebida. Si era invierno, el gobernador ordenaba que los desnudasen y los rociasen con agua fría. Luego, solía «suspender a los *zamindar* por los tobillos y azotarlos con una vara». Si esto no funcionaba, los defraudadores eran arrojados a un pozo «rebosante de excrementos humanos, en tal estado de putrefacción que estaba lleno de gusanos. El hedor era tan desagradable, que casi ahogaba a cualquiera que se acercase [...] también les obligaba a vestir largos calzones de cuero, con gatos vivos en su interior». [110]

A medida que la anarquía se expandía por todo el país, Murshid Quli Khan diseñó métodos innovadores para enviar el tributo anual a Delhi. Dejó de enviar caravanas de monedas guardadas por batallones de hombres armados, pues las carreteras eran ahora demasiado inseguras para ello, y comenzó a emplear las redes de crédito de una familia de financieros marwaris jainistas oriundos de Nagar, en el estado de Jodhpur, a los que en 1722 el emperador había distinguido con el título hereditario de Jagat Seth, o banqueros del mundo. Los Jagat Seth, desde su magnífico palacio de Murshidabad, controlaban la acuñación, recolección y transferencia de ingresos de la provincia más rica del imperio, con lo que ejercían un poder y una influencia que tan solo estaba por debajo de la del propio gobernador. Pronto adquirieron una reputación similar a la de los Rothschild en la Europa decimonónica. El historiador Ghulam Husein Khan consideraba que «su riqueza era tal, que no se puede describir sin que parezca que se exagera, o que se narran fábulas extravagantes». Un poeta bengalí escribió: «Como el Ganges vierte sus aguas al mar por cien bocas, así es como la riqueza fluye al tesoro de los Seth». [111] Los autores de la Compañía estaban igualmente impresionados: el historiador Robert Orme, que conocía con detalle Bengala, describió al Jagat Seth de la época como «el más grande *shroff* y banquero del mundo conocido». [112] El capitán Fenwick, en su escrito acerca de «los asuntos de Bengala en 1747-1748» consideraba a Mahtab Rai Jagat Seth «el favorito de los

magnates y un banquero más grande que todos los de Lombard Street [Lombard Street era el distrito bancario de la ciudad de Londres]». [113]

Desde los comienzos, los responsables de la Compañía de las Indias Orientales se dieron cuenta de que los Jagat Seth eran sus aliados naturales en la desordenada escena política india y que sus intereses coincidían en la mayoría de cuestiones. También utilizaron con regularidad los establecimientos crediticios de los Jagat Seth: entre 1718 y 1730, la Compañía recibió prestada una media de 400 000 rupias anuales de esta firma. [*] Con el tiempo, la alianza, «basada en la reciprocidad y en el provecho mutuo» de estos dos gigantes financieros, y el acceso que los banqueros marwaris proporcionaron a la CIO a las corrientes financieras indias, cambiaría de forma radical el curso de la historia de la India. [114]

Dada la ausencia de control firme por parte de los mogoles, la Compañía de las Indias Orientales también comprendió que ahora podría imponer su voluntad de una forma que habría sido imposible una generación antes. Ya durante los últimos y decadentes años del reinado de Aurangzeb hubo signos de que la Compañía estaba mostrando menos respeto a la autoridad mogola que antaño. En 1701, Da'ud Khan, gobernador de la recién conquistada Carnática, se quejó de la falta de cortesía del Consejo de Madrás, que, afirmaba, le trataba «de la forma más altiva [...] no recordaban que se habían enriquecido de forma extraordinaria en su país, y creía que habían olvidado que era general de la provincia Carnática, y que desde la caída del reino de Golconda no habían presentado ningún reporte de su administración, ni bueno ni malo [...] ni tampoco habían reportado sus beneficios del tabaco, betel, vino, etc. que alcanzaba una suma considerable cada año». [115]

El emisario de la Compañía, el aventurero veneciano Niccolao Manucci, que ahora vivía como doctor en Madrás, replicó que la CIO había convertido una playa de arena en un puerto floreciente. Si Da'ud Khan era estricto y les cubría de impuestos, entonces la CIO

se limitaría a llevarse sus negocios a otra parte. Los perdedores serían los tejedores y mercaderes locales que ganaban laj ** de pagodas cada año por medio del comercio con los extranjeros. La táctica funcionó: Da'ud Khan se echó atrás. Con esta respuesta, la CIO anticipaba, en más de 300 años, la respuesta de numerosas corporaciones modernas ante las exigencias de regulación e impuestos del Estado nación: trátanos con indulgencia, susurran, o nos llevaremos nuestros negocios a otra parte. No sería la última vez en esta costa que un gobernante se quejaría, como Da'ud Khan, de que «los portadores de sombreros han bebido el vino de la arrogancia».

Nueve años más tarde, la CIO fue mucho más lejos. En respuesta a la captura de dos ingleses y un breve asedio por parte del *qiladar* (alcaide) de Jinji, los agentes del Fuerte San David, situado al sur de Madrás, tomaron las armas. En 1710 salieron de sus fortificaciones cerca de Cuddalore, rompieron las líneas de asedio mogolas y devastaron 52 pueblos y aldeas a lo largo de la costa de Coromandel, matando aldeanos inocentes y destruyendo cosechas de arroz por valor de miles de pagodas que estaban a punto de ser recolectadas, algo que, como reportó orgulloso el gobernador de Madrás, «causó infinita exasperación al enemigo». Se trataba, tal vez, del primer gran acto de violencia de los ingleses contra el pueblo de la India. Tuvo lugar dos años antes de que la CIO se reconciliase con el gobierno local mogol gracias a la mediación amistosa del gobernador francés de Pondicherry. Los directores de Londres aprobaron las medidas tomadas: «Los nativos de la región y de toda India deben ver, o deben tener conocimiento, del coraje y de la conducta de los ingleses, y que podemos librar una guerra incluso contra un príncipe tan poderoso». [116]

En Bengala, Murshid Quli Khan también estaba disgustado por la rudeza y el acoso de los responsables de la Compañía en Calcuta y escribió a Delhi para dejar claro lo que pensaba. «Me siento incapaz de explicarle las prácticas abominables de esa gente», escribió.

> Cuando llegaron por primera vez a este país solicitaron humildemente al gobierno de entonces que se les permitiera comprar un pedazo de terreno en el que construir una factoría, y tan pronto como se les concedió edificaron un fuerte, rodeado de un foso que comunicaba con el río, y emplazaron gran número de cañones sobre sus murallas. Han atraído a mercaderes y a otros para que se coloquen bajo su protección y recaudan unos beneficios que ascienden a 100 000 rupias * […] roban y saquean y esclavizan a gran número de súbditos del rey de ambos sexos. [117]

Pero, en esa época, Delhi estaba preocupada por asuntos más graves.



En 1737, Delhi tenía en torno a 2 millones de habitantes. Más grande que Londres y París juntas, seguía siendo la ciudad más próspera y magnificente entre la Estambul otomana y la Edo imperial (Tokio). Con el imperio desintegrándose a su alrededor, la urbe pendía como un mango maduro, enorme y tentador pero ya pasado, a punto de caer y deshacerse.

El emperador, a pesar de las intrigas, disensiones y revueltas, seguía dirigiendo un vasto territorio desde el Fuerte Rojo. Su corte era la academia de cortesía de toda la región y uno de los centros principales del arte indo-islámico. Los visitantes, sin excepción, la consideraban la urbe más grande y sofisticada del sur de Asia: «Shahjahanabad era perfectamente brillante y densamente poblada –escribió el viajero Murtaza Husain, que visitó la ciudad en 1731–. Por la tarde, uno no podía avanzar un *gaz* [yarda] por Chandni

Chowk o por el Chowk de Sa'adullah Khan a causa de las grandes muchedumbres de gente». El cortesano e intelectual Anand Ram Mukhlis la describió como «una jaula de ruiseñores alborotados».[118] Según el poeta mogol Hatim,

Delhi no es una ciudad, es un jardín de rosas
Incluso sus eriales son más gratos que un huerto.
Mujeres bellas y discretas florecen en sus bazares,
Con cada uno de sus rincones ornado de vegetación
y elegantes cipreses.[119]

Reinaba sobre este imperio rico y vulnerable el emperador Mohamed Shah. Era este un personaje afectado, conocido por el sobrenombre de Rangila, esto es, colorista, jaranero. También era un esteta, muy dado a vestir el *peshwaz* femenino y zapatos bordados de perlas. También era un mecenas de gran entendimiento de la música y la pintura, pues fue Shah quien sacó el *sitar* y la *tabla* del mundo de la música popular y los llevó a la corte. También patrocinó con generosidad el taller de miniaturas mogolas que Aurangzeb y sus sucesores habían dejado de lado y le encargó escenas bucólicas de la vida en la corte mogola: las celebraciones del palacio Holi, bañadas en fabulosas tonalidades de rojos y naranjas, escenas de cetrería del emperador en las orillas del Yamuna, o de visita a sus jardines privados, o, con menos frecuencia, concediendo audiencias a sus ministros entre los parterres y los macizos del Fuerte Rojo.[120]

Mohamed Shah consiguió perdurar en el poder gracias al simple método de no mantener ni siquiera la apariencia de gobernar: por la mañana se dedicaba a presenciar peleas de perdices y elefantes y por la tarde se entretenía con juglares, mimos y prestidigitadores. Con buen criterio, dejaba la política en manos de sus consejeros y regentes. A medida que fue transcurriendo su reinado, el poder fue alejándose de Delhi sin oposición: los nabab regionales comenzaron

a tomar sus propias decisiones en cuestiones relevantes de política, economía, seguridad interior y defensa.

«Este príncipe había vivido recluido en el fuerte de Salim-garh, donde llevaba una existencia blanda y afeminada –escribió el viajero y mercenario francés Jean-Baptiste Gentil– y ahora tomaba las riendas del gobierno en medio de una tormenta de caos y desorden».

> Era joven e inexperto, por lo que no supo ver que la diadema imperial que portaba no era otra cosa que la venda de un animal destinado al sacrificio, el anuncio de su muerte. La naturaleza le había dotado de maneras gentiles y un carácter pacífico, pero no le concedió el carácter fuerte necesario en un monarca absoluto, algo aún más necesario en un tiempo en que los grandes del reino no conocían otra ley que no fuera la supervivencia de los más fuertes, ni otro derecho que el de mi fuerza es mi razón. De este modo, este infortunado príncipe se convirtió en el juguete, una y otra vez, de aquellos que ejercían autoridad en su nombre, que solo reconocían su título vacío de contenido, la sombra de un nombre en otro tiempo augusto, cuando les servía para legitimar su dominio ilícito del poder. Así, durante su reinado, llevaron a cabo sus usurpaciones criminales, repartiéndose el botín de su infortunado señor, después de destruir los restos de su poder. [121]

Un testigo de los hechos francés, Joseph de Volton, de Bar-le-Duc, escribió al cuartel general de la Compagnie des Indes, en Pondicherry, para dar sus impresiones de la crisis de la capital. Según un resumen de su reporte,

> […] el pobre gobierno del imperio parece prepararse para una catástrofe inminente; el pueblo es aplastado por las

> vejaciones de los grandes del reino […] [Mohamed Shah] es un príncipe de espíritu tan pusilánime que raya en la imbecilidad, pues tan solo se ocupa de sus placeres […] el gran imperio es agitado desde hace tiempo por varias rebeliones. Los marathas, un pueblo del Decán en otro tiempo tributario, se han sacudido el yugo, e incluso han tenido la audacia de penetrar hasta un extremo del Indostán con cuerpos armados, y llevar a cabo considerable pillaje. La escasa resistencia encontrada anticipa la facilidad con la que cualquiera podía hacerse con el control de este imperio. [122]

De Volton estaba en lo cierto: cuando las huestes marathas avanzaron más al norte, incluso la capital dejó de ser segura. El 8 de abril de 1737, una veloz partida guerrera comandada por la estrella fulgurante de la Confederación maratha, Baji Rao, lanzó una incursión contra las afueras de Agra. Dos días más tarde, se presentaron ante las puertas de Delhi y quemaron y saqueron las aldeas suburbanas de Malcha, Tal Katora, Palam y Mehrauli, donde los marathas acamparon al pie del alminar de Qutab, la torre de triunfo que rememoraba la llegada a la India de los primeros conquistadores islámicos, 600 años antes. Los atacantes se dispersaron cuando llegó la noticia de que el nabab Sa'adat Khan venía con su ejército desde Avadh para interceptarlos. Aun así, había sido una ofensa sin precedentes para los mogoles, así como un duro golpe a su credibilidad y autoconfianza. [123]

El emperador, consciente de la gravedad de la situación, pidió a Nizam ul-Mulk que marchase al norte para salvar Delhi: «El viejo general sirvió bien a las órdenes de Aurangzeb –escribió Ghulam Husein Khan– y era como un lobo que ha visto grandes tempestades y tiene gran experiencia en los asuntos del mundo». [124] El nizam obedeció la llamada y reunió un contingente para una larga marcha al norte. Pero se daba cuenta de que mantener a raya a los marathas no sería una tarea fácil: «Los recursos de los marathas se

han duplicado desde la muerte de Aurangzeb –escribió al emperador– mientras que, por el contrario, los asuntos del imperio han caído en el desorden. Las señales de nuestro declive son manifiestas por todas partes». [125] Los contables mogoles habrían estado de acuerdo con el nizam: hacia la década de 1730, los marathas estaban recaudando 1 millón de rupias [*] en tributos únicamente en las ricas tierras de Malwa, en la India central, unos recursos que, en consecuencia, ya no llegaban al tesoro mogol. [126]

El nizam tenía motivos para la preocupación. El 7 de enero de 1738, el ejército maratha de Baji Rao sorprendió y cercó al nizam cerca de Bhopal. En un primer momento, Baji Rao no se atrevió a tomar la posición fortificada de su adversario, pero al final decidió atacar y, para sorpresa de ambos bandos, derrotó al veterano general mogol, que fue capturado. Este imploró que se le permitiera conservar el gobierno de Malwa, con intención de convertir a los cazadores furtivos marathas en guardabosques e integrarlos, de este modos en el sistema mogol. [127] Mientras el nizam regresaba, humillado, a Delhi, al norte se comenzaba a manifestar una amenaza aún más grave para el imperio.

Nader Shah Afshar, nacido en el Jorasán persa, era hijo de un humilde pastor y comerciante de pieles y ascendió con rapidez en el ejército de la Persia safávida gracias a su notable talento castrense. Si Mohamed Shah era artístico y desordenado, Nader era duro, despiadado y eficiente. La mejor descripción que ha sobrevivido de él fue escrita por un cosmopolita jesuita francés, el *père* Louis Bazin, que llegó a ser su médico personal. Bazin estaba a un tiempo admirado y horrorizado por el hombre brutal, pero imponente, que había aceptado tratar: «A pesar de su humilde cuna, parecía nacido para el trono –escribió el jesuita–. La naturaleza le ha dotado de todas las grandes cualidades que conforman un héroe, e incluso algunas de las que caracterizan a un gran rey»:

> Su barba, teñida de negro, contrastaba vivamente con su cabello, que se había tornado blanco del todo: su constitución natural era fuerte y robusta, de elevada estatura: su gesto era sombrío y castigado por los elementos, con rostro largo, nariz aquilina y una boca bien dibujada cuyo labio inferior sobresalía. Tenía ojos pequeños e inquisitivos, con una mirada aguda y penetrante; su voz era áspera y altisonante, aunque en ocasiones podía suavizarla, cuando así lo exigía su interés o su capricho […]
>
> No tenía residencia fija: su corte era su campamento militar, su palacio una tienda, su trono se hallaba entre las armas, y sus más íntimos confidentes eran sus guerreros más valerosos […] intrépido en el combate, llevaba la valentía hasta los límites de la temeridad, y siempre se le podía encontrar en medio del peligro, entre sus bravos, mientras durase la acción […] pero su sórdida avaricia y sus crueldades inauditas cansaron a su gente, y los excesos y horrores a los que condujo su carácter violento y bárbaro llevó a Persia al llanto y a las lamentaciones: era a un tiempo admirado, temido y execrado […] [128]

En 1732, Nader tomó el trono persa en un golpe militar. Poco después depuso al último príncipe safávida y puso fin, así, a 200 años de Imperio safávida. Siete años más tarde, en la primavera de 1739, invadió Afganistán. Antes incluso de partir de Isfahán, corrió el rumor de que su verdadero plan era lanzar una incursión contra los tesoros de Delhi, para «arrancar algunas plumas de oro» del pavo real mogol. [129]

El 21 de mayo, Nader Shah, con un contingente de 80 000 combatientes, cruzó la frontera del Imperio mogol en dirección a la capital de estío, Kabul, con lo que dio inicio a la primera invasión de India en más de dos siglos. El gran Bala Hisar de Kabul se rindió a finales de junio. A continuación, Nader Shah se dirigió hacia el paso

Jáiber. Menos de tres meses más tarde, Nader derrotó en Karnal, 120 kilómetros al norte de Delhi, a tres huestes mogolas combinadas –alrededor de un millón de hombres, de los cuales cerca de la mitad eran combatientes– con una fuerza relativamente pequeña, pero de estricta disciplina, formada por 150 000 mosqueteros y jinetes *qizilbash* armados con la tecnología más moderna del momento: *jazair* , o cañones rotatorios montados sobre caballos, [*] capaces de penetrar corazas.

Es indudable que las divisiones, cada vez más enconadas, entre los dos generales principales de Mohamed Shah, Sa'adat Khan y Nizam ul-Mulk, facilitaron mucho las cosas a Nader Shah. Sa'adat Khan llegó tarde al campamento mogol, pues partió desde Avadh mucho tiempo después de que el nizam levantase el campo. No obstante, para demostrar su mayor pericia militar, decidió marchar directo a la batalla sin dar a sus exhaustos soldados tiempo para descansar. Hacia el mediodía del 13 de febrero, partió de las trincheras que había preparado Nizam para proteger a sus tropas, «con una impetuosidad precipitada, fuera de lugar en un comandante» y en contra del consejo del Nizam, quien se quedó atrás, tras declarar que «la prisa es cosa del demonio». [130] Tenía razón al ser cauteloso: Sa'adat Khan se dirigía directo a una trampa cuidadosamente dispuesta.

Nader Shah atrajo a la anticuada caballería pesada mogola de Sa'adat Khan –coraceros que combatían con espadas largas– y la indujo a lanzar una carga frontal en masa. Cuando se acercaban a las líneas persas, la caballería ligera de Nader se abrió como si fuera un telón, lo que dejó a los mogoles ante una larga línea de mosqueteros montados, cada uno de los cuales iba armado con un cañón giratorio. Estos dispararon a bocajarro: en cuestión de minutos, la flor de la caballería mogola yació muerta sobre el suelo. Como señaló un observador de Cachemira, Abdul Karim Sharistani, «el ejército del Indostán luchó con bravura. Pero no es posible luchar con flechas contra balas de mosquete». [131]

Tras derrotar a los mogoles en el primer choque, Nader Shah logró capturar al emperador mediante la simple estratagema de invitarlo a cenar y luego impedir que se marchara. [132] «Allí había un ejército de un millón de jinetes, audaces y bien equipados, retenidos como si estuvieran en cautiverio, con todos los recursos del emperador y de los grandes de su reino a disposición de los persas –escribió Anand Ram Mukhlis–. La monarquía mogola parecía haber llegado a su fin». [133] Esta era, ciertamente, la opinión del embajador de los marathas, que escapó del campo mogol al amparo de la oscuridad y regresó a Delhi por una enrevesada ruta a través de la selva. Una vez en Delhi, partió ese mismo día hacia el sur lo más rápido que pudo. «Dios me ha evitado un gran peligro –escribió a su señor en Pune–, y me ha ayudado a escapar con honor. El Imperio mogol ha llegado a su fin, y el Imperio persa ha dado comienzo». [134]

El 29 de marzo, una semana después de que las fuerzas de Nader Shah hubieran entrado en la capital mogola, un corresponsal de la VOC neerlandesa envió un reporte en el que se describía la sangrienta masacre de la población de Delhi perpetrada por Nader Shah: «Los iraníes se han comportado como animales –informó–. Han matado a no menos de 100 000 personas. Nader Shah dio orden de matar a todo aquel que se defendiera. En consecuencia, parecía como si lloviera sangre, pues los arroyos corrían rebosantes de esta». [135] Ghulam Husein Khan dejó constancia de los hechos: «En un instante, los soldados llegaron a los altos de las casas y comenzaron a matar, masacrar y saquear la propiedad de los habitantes, y a llevarse a sus esposas e hijas. Muchas casas fueron incendiadas y quedaron en estado ruinoso». [136]

Además de los muertos, numerosas mujeres de Delhi fueron esclavizadas. Todo el barrio situado en torno al Jama Masjid fue arrasado. Hubo escasa resistencia armada: «Los persas pusieron sus violentas manos sobre todo y sobre todos: tejidos, joyas, platos de oro y plata, todo era botín aceptable –escribió Anand Ram Mukhlis, que fue testigo de la destrucción desde su tejado, resuelto a luchar

hasta la muerte si era necesario– […] durante mucho tiempo, las calles quedaron cubiertas de cadáveres, como los senderos de un jardín quedan cubiertos de flores y hojas muertas. La ciudad quedó reducida a cenizas y parecía haber sido consumida por completo por el fuego. La ruina de sus bellas calles y edificios era tal que serían necesarios años para restaurar la ciudad a su antigua grandeza». [137] Los jesuitas franceses escribieron que los fuegos devastaron la ciudad durante ocho días y que destruyeron dos de sus iglesias.

La masacre continuó hasta que el nizam se presentó con la cabeza descubierta y las manos atadas con su turbante e imploró de rodillas a Nader que respetase las vidas de los habitantes, o que impusiera su venganza sobre él. Nader Shah ordenó a sus tropas detener la matanza: fue obedecido de inmediato. Pero dio esta orden con la condición de que el Nizam le diera 100 crore (1000 millones) de rupias [*] antes de que abandonase Delhi. «Los robos, torturas y pillajes todavía continúan –escribió un testigo neerlandés–, pero, por fortuna, no las matanzas». [138]

Durante los días siguientes, el Nizam se vio en la infortunada posición de tener que saquear su propia ciudad para pagar la indemnización prometida. La ciudad fue dividida en cinco distritos, a cada uno de los cuales se le exigió enormes sumas: «Comenzó entonces el expolio –insistió Anand Ram Mukhlis–, regado por las lágrimas de la población […] no solo les quitaban su dinero: familias enteras quedaron arruinadas. Muchos ingirieron veneno y otros pusieron fin a sus días con el filo de un cuchillo […] en pocas palabras, la riqueza acumulada de 348 años cambió de manos en un instante». [139]

Los persas no podían creer las riquezas que les dieron durante los días siguientes. Simple y llanamente, nunca antes habían visto nada parecido. El historiador de la corte de Nader, Mirza Mahdi Astarabadi, no cabía en sí de asombro: «En muy pocos días, los responsables encargados de requisar los tesoros y los talleres reales finalizaron las tareas encomendadas –escribió–. Aparecieron océanos

de perlas y corales, minas rebosantes de gemas, oro y copas y vasijas de plata incrustadas de piedras preciosas y otros objetos lujosos en tan vastas cantidades que contables y escribas no habían visto ni anotado en sus libros de cuentas ni en sus sueños más descabellados».

> Entre los objetos requisados estaba el trono del pavo real cuyas joyas no tenían rival, ni siquiera entre los tesoros de los reyes de la Antigüedad: en el tiempo de los primeros emperadores de la India, se incrustaron en este trono joyas por valor de dos crores: ** las más raras espinelas y rubíes, los diamantes más brillantes, gemas sin parangón con ninguno de los tesoros de reyes presentes o pasados, fueron a parar a la tesorería del gobierno de Nader Shah. Durante nuestra estancia en Delhi, se extrajeron de los tesoros imperiales crores de rupias. La nobleza militar y terrateniente del Estado mogol, los grandes de la capital imperial, los rajás independientes, los acaudalados gobernadores provinciales [...] todos contribuyeron con crores de monedas acuñadas y gemas e insignias imperiales incrustadas de joyas, y los más raras vasijas, como tributo a la corte real de Nader Shah, en cantidades que desafían toda descripción. [140]

Nader nunca tuvo intención de gobernar la India: solo quería saquear sus recursos para combatir contra sus verdaderos enemigos, rusos y otomanos. Cincuenta y siete días más tarde, retornó a Persia con las piezas más selectas de los tesoros que el Imperio mogol había acumulado en el transcurso de 200 años de soberanía y conquista: una caravana de riquezas que incluía el magnífico trono del pavo real de Jahangir, en el cual estaba engastado el diamante Koh-i-Noor y el gran rubí de Tamerlán. Nader también trajo el gran diamante mogol, del que se decía que era el mayor del mundo, junto con el «hermano» del diamante Koh-i-Noor,

ligeramente más grande y más rosado, el Daria-i-Noor, junto con «700 elefantes, 4000 camellos y 12 000 caballos que tiraban de carros, todos ellos cargados de oro, plata y piedras preciosas», por valor de 87,5 millones de libras [*] de la época.

Con un único y rápido golpe, Nader Shah había roto el hechizo mogol. Mohamed Shah Rangila continuó en el trono, pero, desprovisto de credibilidad o de poder real, se retiró de la vida pública. Apenas salía de Delhi. Como afirmó el historiador mogol Warid,

> Su majestad, para apaciguar el dolor de su corazón afligido por las tristes nuevas, se dedicaba a visitar los jardines para ver los árboles recién plantados, o cabalgaba para ir a cazar en las llanuras. El visir, por su parte, iba a consolarse en la contemplación de los lotos de unos estanques situados a cuatro leguas de Delhi, donde pasaba un mes o más en tiendas, entregado a la pesca en los ríos y a la caza del ciervo en las llanuras. Durante esos momentos, tanto el emperador como el visir se olvidaban por completo de los asuntos de la administración, de la recolección de ingresos, y de las necesidades del ejército. Nadie pensaba en guardar el reino y proteger al pueblo, mientras las perturbaciones aumentaban a diario. [141]

La vieja élite mogola era consciente de que el fin de su mundo estaba próximo. Como escribió el poeta Hatim,

> Los nobles han quedado reducidos a la condición
> de segadores de hierba,
> los moradores de palacios ya no poseen ni siquiera ruinas
> en las que cobijarse.
>
> Extraños vientos soplan en Delhi,
> los nobles han escapado de las ciudades.

En su lugar, los búhos del bosque han llegado
a Shahjahanabad,
y han establecido su residencia en los jardines de los príncipes.

Numerosos cronistas, como el noble Shakir Khan, responsabilizaron de la corrupción y la decadencia de la sociedad a Mohamed Shah; en respuesta al despreocupado hedonismo del emperador, retornaron a una versión más austera del islam: «Al comienzo de este periodo –escribe Shakir– había música y bebida, comediantes ruidosos y turbas de prostitutas. Era un tiempo de estupidez, chanzas, afeminamiento y de correr en pos de travestidos».

> Todos los placeres, tanto los prohibidos como los no prohibidos, estaban al alcance [...] la voz de las autoridades espirituales se hizo cada vez más tenue, ahogada por la barahúnda del jolgorio. La gente se acostumbró al vicio y olvidó fomentar lo decente, pues el espejo de sus corazones ya no podía reflejar un rostro virtuoso [...] tanto, que cuando tuvo lugar la catástrofe y la sociedad quedó destrozada, ya no fue posible repararla.
>
> Pronto se llegó a un punto en que los contenidos de las mansiones y de los aposentos reales, las armerías regias, el guardarropa y los muebles del rey, incluso las cazuelas y sartenes de la cocina real, los libros de la biblioteca real, los instrumentos musicales de las fanfarrias reales y del cuarto de timbales, todo lo que venía de los talleres reales, fueron vendidos a tenderos y comerciantes. La mayor parte fue empleada para saldar las soldadas adeudadas a las tropas. [142]

Fue en este momento cuando los dos gobernadores regionales más grandes, Nizam ul-Mulk y Safdar Jung, dejaron de enviar la

recaudación de impuestos a Delhi, lo cual empeoró tanto la crisis financiera del Estado mogol que este quedó al borde de la bancarrota completa. El repentino empobrecimiento de Delhi imposibilitó pagar los salarios del ejército y la administración. Desprovisto de combustible, el motor del imperio dejó de funcionar. En cuestión de meses, el Imperio mogol, construido en el transcurso de 150 años, se quebró y fragmentó como un espejo que se arroja desde la ventana de un piso elevado. Su lugar quedó ocupado por los brillantes pedazos de un mosaico de Estados sucesores, más pequeños y más vulnerables.

Los días de los inmensos ejércitos imperiales, financiados por un tesoro abundante, se habían acabado para siempre. Ante la desintegración de la autoridad, todo el mundo tomó medidas para protegerse, con lo que India se convirtió en una sociedad descentralizada y desestructurada, pero profundamente militarizada. En esta época, casi todos portaban armas. Casi todo el mundo era, en teoría, un soldado. El Indostán se convirtió en un mercado de soldados, –uno de los más pujantes de todo el mundo–, todos dispuestos a combatir por el mejor postor. De hecho, la guerra pasó a considerarse un negocio empresarial. [143] Hacia finales del siglo XVIII, un porcentaje importante del campesinado estaba armado y dedicaba parte del año a servir como mercenarios en regiones distantes. Algunas veces trasladaban a su familia y sus recursos agrícolas para ganar dinero en el oficio de las armas. Por su parte, los gobernantes regionales para los que combatían tenían que buscar la manera de pagarlos y de financiar los ejércitos, nuevos y caros, que necesitaban para competir con sus rivales. Para ello, desarrollaron nuevos instrumentos burocráticos y fiscales, que trataban de ejercer sobre el comercio y la producción un control mucho más profundo que el Imperio mogol al que había reemplazado. [144]

El historiador más sagaz de la India del siglo XVIII, Ghulam Husein Khan, solo veía horror y anarquía en tales hechos: «Ocurrió

entonces –escribió–, que el Sol de la justicia y la equidad, que ya estaba descendiendo de su apogeo, fue inclinándose, grado a grado, hasta ponerse al fin en el occidente de la ignorancia, imprudencia, violencia y las contiendas civiles».

> Es en este tiempo cuando debe datarse el hundimiento de las rentas, la reducción de la agricultura, la angustia del pueblo y el repudio de sus líderes. Nadie pensaba en otra cosa que no fuera obtener dinero por cualquier método. Esto, y solo esto, devino la ambición máxima de todas las clases.
>
> Fue entonces, con el imperio tan debilitado, cuando surgió un nuevo tipo de hombre, que, lejos de establecer pautas de piedad y virtud, malgastaban las vidas y propiedades de los pobres con tal descaro que otros hombres, al ver su conducta, se hicieron más y más osados, y se dieron a acciones peores y nefastas, sin temor ni arrepentimiento. De entre tales hombres surgió una infinidad de malhechores que atormentaban el mundo indio, y oprimían a sus infortunados habitantes [...]
>
> La maldad ha alcanzado tales cotas que parece imposible remediar. Es a causa de tan desgraciadas administraciones que todas las regiones de la India han quedado en la ruina. De tal modo que, al comparar el tiempo presente con el pasado, llega uno a considerar que este mundo ha quedado sumido en la oscuridad. [145]

Pero lo que en Delhi parecía el fin de una era no era visto de igual forma en otras regiones de la India, donde un siglo de centralismo imperial estaba dando lugar al resurgir de las identidades y a una nueva gobernanza regional. El declive y el caos del corazón del Indostán que tuvo lugar a partir de 1707 se vio compensado con el crecimiento y la prosperidad relativa de la periferia mogola. Pune y las tierras altas de los marathas, rebosantes

de botín y tributo, entraron en su edad de oro. Los rohillas de Afganistán, los sijs del Punyab y los jats de Deeg y Bharatpur comenzaron a formar Estados independientes sobre el cadáver del Imperio mogol y asumir la responsabilidad de gobernar y de ejercer autoridad soberana.

Esta fue también una época de resurgimiento para Jaipur, Jodhpur, Udaipur y otras cortes de Rajput, las cuales recuperaron su independencia. Libres de las cargas impositivas asociadas a la subordinación a los señores mogoles, comenzaron a emplear sus ingresos para añadir opulentos palacios a sus magníficos fuertes. En Avadh, los barrocos palacios de Faizabad comenzaron a rivalizar con los que edificaba el nizam en Haiderabad, en el sur. Todas estas ciudades constituyeron centros florecientes de mecenazgo literario, artístico y cultural. Benarés se convirtió en un gran núcleo financiero y comercial, así como en un centro único de religión, enseñanza y peregrinaje. En Bengala, Nadia era uno de los principales puntos de estudio del sánscrito y un sofisticado centro de arquitectura y música indostaní.

Al sur, poco tiempo después, la música carnática comenzó a recibir mecenazgo de la corte maratha tras la conquista de Tajore, antiguo núcleo de la cultura tamil. En el otro extremo del subcontinente, los Estados del Punyab, en las estribaciones del Himalaya, entraron en un asombroso periodo de creatividad: pequeños y remotos reinos montañosos de repente rebosaban de artistas, muchos de los cuales habían aprendido su oficio en los atelieres mogoles. Las familias de pintores competían y se inspiraban mutuamente de una forma comparable a las ciudades-estado rivales de la Italia renacentista. En este panorama, Guler y Jasrota venían a ser como San Gimignano y Urbino, urbes pequeñas pero ricas situadas en la cima de una colina y gobernadas por una corte con un interés inusual en el arte y en patrocinar y dar refugio a un reducido grupo de artistas absolutamente excepcionales.

Pero las dos potencias que aprovecharon mejor que nadie las oportunidades surgidas por la anarquía del Imperio mogol no eran indias en absoluto. En Pondicherry y en Madrás, las dos empresas comerciales europeas rivales, conscientes de la debilidad de los mogoles y de la división y fragmentación de la autoridad en India, comenzaron a reclutar fuerzas de seguridad privadas y entrenar y pagar con generosidad a unidades de infantería de reclutamiento local.

Como observaría el autor de la CIO William Bolts, ver cómo un puñado de persas tomaba Delhi con tanta facilidad espoleó los sueños de conquista e imperio de los europeos en India. Nader Shah les había mostrado el camino a seguir.




En el joven asentamiento francés de Pondicherry, en las cálidas y arenosas costas de Coromandel, al sur de Madrás, los reportes de la invasión de Nader Shah estaban siendo seguidos de cerca por el ambicioso y muy capaz director general de la Compagnie des Indes, Joseph-François Dupleix. El 5 de enero de 1739, antes incluso de que Nader Shah hubiera llegado a Karnal, Dupleix escribió:

> Estamos en vísperas de una gran revolución en el imperio. La debilidad del Gobierno mogol nos lleva a creer que Nader podría ser muy pronto el amo de este imperio. Esta revolución, si tiene lugar, tan solo puede provocar un *grand derangement* al comercio. Así y todo, esta solo puede suponer ventajas para los europeos. [146]

Dupleix había llegado a la India de joven y había ido ascendiendo desde abajo a medida que su empresa, la Compagnie des Indes, fue

creciendo y prosperando. Los franceses habían visto relativamente tarde las posibilidades del comercio con la India. Hasta 1664 no establecieron una compañía rival de la CIO. Ocho años más tarde, fundaron Pondicherry y sobornaron a los marathas para que la ignorasen durante sus incursiones periódicas contra la Carnática.

La Compagnie, en su primera versión, perdió cantidades sustanciales de dinero. En 1719 tuvo que ser refundada por el brillante financiero escocés John Law de Lauriston, que había huido de Londres a Francia tras un duelo. Law, que había ido ascendiendo hasta llegar a ser consejero del regente Orleans, combinó dos compañías francesas de Indias, pequeñas e insolventes, y reunió suficiente dinero para hacerlas viables. Pero la Compagnie des Indes siguió padeciendo un problema crónico de falta de financiación. Al contrario que la CIO, que era propiedad de los accionistas, desde el comienzo, la Compagnie fue, en parte, una empresa del rey. Estaba dirigida por aristócratas que, al igual que su rey, estaban más interesados en la política que en el comercio. Dupleix tenía la característica, relativamente inusual, de que estaba interesado en ambas cosas. [147]

En 1742, con casi 50 años de edad, Dupleix se trasladó al sur. Dejaba de dirigir Chandernagar, la base francesa en Bengala, para asumir los cargos de gobernador de Pondicherry y director general de la Compagnie en la India. Una de sus primeras decisiones fue hacer que De Volton, su representante ante la corte mogola, solicitase al emperador que le nombrase nabab con rango de 5000 caballos y que concediera a los franceses de Pondicherry el derecho de acuñar moneda. Ambas peticiones fueron aprobadas de inmediato y tal cosa hizo ver a Dupleix lo muy debilitada que había quedado la autoridad mogola tras la invasión de Nader Shah. [148]

Dupleix comenzó de inmediato a trazar planes para incrementar la capacidad militar de la Compagnie y, por vez primera, tomó la iniciativa de entrenar guerreros de recluta local, de habla tamil, malayali y telugu, en las tácticas europeas de infantería. [149] Hacia

1746 se disponía ya de dos regimientos de «cypahes» (cipayos) instruidos, uniformados, armados y pagados a la francesa. Dupleix, como su jefe militar, nombró alférez de la Compagnie al talentoso Charles-Joseph Patissier, marqués de Bussy, que acababa de llegar a Pondicherry procedente de Île de Bourbon, la actual isla Reunión. Juntos, Patissier y Dupleix dieron los primeros pasos para implicar a las compañías comerciales europeas en la política de la era posmogola.

Cuando Dupleix llegó a Pondicherry ya había amasado una fortuna y estaba deseoso de incrementarla. Al igual que muchos de sus homólogos británicos, había hecho más dinero a través del comercio particular, a menudo en asociación con comerciantes y prestamistas indios, que por medio de su salario oficial. Por tanto, tenía gran interés en que ambas compañías se mantuvieran neutrales en un momento en que la creciente rivalidad anglo-francesa hacía cada vez más probable una guerra entre ambas potencias en Europa.

En la década de 1740, Francia tenía una economía mucho mayor, que duplicaba a la de Gran Bretaña: también tenía tres veces más población y el mayor ejército de Europa. Gran Bretaña, no obstante, tenía una armada mucho mayor y era la potencia dominante en los mares. Es más, desde la gloriosa Revolución de 1688, tenía instituciones financieras mucho más avanzadas. Estas, construidas con asesoramiento neerlandés, podían reunir grandes empréstitos de guerra con suma rapidez. Ambos bandos, por tanto, tenían motivos para creer que podían ganar una guerra a su rival. Dupleix trataba por todos los medios de que nada de todo esto entorpeciera sus provechosas operaciones comerciales. Tan pronto como llegó la noticia desde Europa que Gran Bretaña y Francia habían entrado en la Guerra de Sucesión austríaca, Dupleix contactó con su homólogo británico en Madrás, el gobernador Morse, y le garantizó que los franceses de Pondicherry no atacarían primero.

Morse hubiera aceptado de buena gana un pacto de neutralidad, pero sabía que no podía ofrecer tal cosa a Dupleix: un escuadrón de la Royal Navy había sido despachado a oriente y su llegada era inminente, por lo que respondió con vaguedades y alegando que no tenía autoridad para firmar un pacto semejante. El escuadrón arribó en febrero de 1745 y, de inmediato, atacó y tomó numerosas naves francesas, entre las cuales una en la que Dupleix tenía gran interés financiero. [150]

Dupleix trató entonces de obtener una indemnización de Madrás. Ante la negativa británica, decidió contraatacar y obtener compensación por la fuerza. Hizo venir un escuadrón francés desde la base naval gala de Île de Bourbon y envió a su ingeniero jefe, un mercenario suizo llamado Paradis, a estudiar las defensas de Madrás. Un mes más tarde reportó a isla Mauricio que «tanto la guarnición como las defensas como el gobernador de Madrás son penosos». Dupleix comenzó a reparar las murallas de Pondicherry con su fortuna personal, al tiempo que aseguraba a su secretario, Ananda Ranga Pillai, que «la compañía inglesa va a extinguirse. Lleva mucho tiempo con dificultades financieras […] recuerda mis palabras. Pronto verás, cuando mi profecía se cumpla, la verdad que contienen». [151]

A comienzos de septiembre llegaron refuerzos: alrededor de 4000 efectivos, entre los que se incluían varios batallones de tropas africanas esclavas, muy bien entrenadas, y artillería de asedio moderna. Dupleix tomó la iniciativa de inmediato. Sus nuevos regimientos de cipayos y los refuerzos africanos y franceses llegados de isla Mauricio fueron enviados al norte en transportes de tropas, con el apoyo de ocho navíos de línea. La expedición desembarcó al sur de Madrás, cerca del monte St. Thomas, y marchó rápidamente al norte para rodear la ciudad y asaltarla desde la dirección opuesta a la que esperaba el enemigo. Los franceses se presentaron sin previo aviso tras las líneas enemigas, a retaguardia de las posiciones de la CIO. El asedio dio inicio el 18 de septiembre con un fuego de

morteros tan intenso que el nervioso jefe artillero de la CIO, Smith, murió allí mismo de un ataque al corazón.

Madrás contaba con una guarnición de tan solo 300 hombres, la mitad de ellos guardias indo-portugueses que no tenían intención de combatir y morir por sus jefes británicos, y la otra mitad una milicia mal entrenada de mercaderes británicos, rechonchos y sonrosados. En menos de tres días, tras haber perdido numerosos soldados a causa de las deserciones, el gobernador Morse solicitó rendirse. El 20 de septiembre, tras la pérdida de solo seis vidas de la CIO y ninguna baja en el bando francés, Madrás se rindió a estos últimos. En su diario, Ananda Ranga Pillai nos hace llegar una versión más colorista de los acontecimientos, pese a la no muy heroica rendición de la ciudad… «Los franceses […] se lanzaron contra Madrás como el león que se arroja contra un rebaño de elefantes […] capturaron el fuerte, plantaron su bandera en los bastiones y resplandecieron en Madrás como el sol que extiende sus rayos sobre el mundo entero». [152]

Aunque el incidente más significativo de la guerra tendría lugar un mes más tarde. El nabab mogol de la Carnática, Anwar ud-Din estaba furioso porque Dupleix había ignorado sus órdenes: había atacado Madrás sin su permiso y luego le había insultado al negarse a situar la ciudad capturada bajo su autoridad. No tenía intención de permitir que una compañía mercantil desafiase su poder de esa manera, por lo que envió a su hijo, Mahfuz Khan, y a todo el contingente mogol de la Carnática, a castigar a los franceses.

El 24 de octubre de 1746, en el estuario del río Adyar, Mahfuz Khan trató de impedir el paso a 700 cipayos franceses de refuerzo comandados por Paradis. Los franceses contuvieron el asalto de 10 000 jinetes mogoles gracias al fuego sostenido de mosquetería de su infantería, que disparaba por filas y descargaba metralla a corta distancia de una forma que jamás se había visto en la India. Ananda Ranga Pillai también fue testigo de los hechos: «M Paradis formó un

parapeto de árboles de Palmira en la franja de arena próxima al mar», escribió,

> […] y formó a los soldados y a los cipayos en cuatro divisiones, cada una de las cuales entabló combate con un cuerpo separado del enemigo. [Paradis] se situó en cabeza de la partida más avanzada. Ante esto, los mahometanos dispararon tres cohetes y cuatro cañones, pero sus tiros fueron a parar al río, sin causar daños. A continuación, los franceses hicieron una descarga de mosquetería, matando a numerosos enemigos.
>
> Los mahometanos arrojaron sus armas y huyeron, con cabellos y vestidos desordenados. Algunos murieron en su huida. Se les infringieron inmensas pérdidas. Mafuz Khan escapó a pie hasta su elefante, y, tras montar en él, huyó con gran premura, y ni él ni sus tropas dejaron de huir hasta que llegaron a Kunattur. La desbandada fue general, tanto que no se veía en todo Mylapore ni una mosca, ni un gorrión, ni un cuervo. [153]

Otro relato –este obra del historiador de la corte de los nabab de la Carnática– afirma que los franceses atacaron de noche y, «dado que el ejército del nabab no podía ni sospechar que habría un ataque nocturno, no estaban preparados, con lo que el ejército mogol quedó confuso en la oscuridad». Fuera cual fuera la verdad, lo cierto es que la batalla del río Adyar fue un punto de inflexión decisivo de la historia de la India. Tan solo murieron dos cipayos franceses, mientras que los mogoles sufrieron más de 300 bajas. Por primera vez habían sido probadas en India las técnicas bélicas europeas del siglo XVIII, desarrolladas en Prusia y ensayadas en los campos de batalla de Francia y Flandes. De inmediato quedó claro que no había nada en el arsenal mogol que pudiera igualar su fuerza.

Los europeos sospechaban desde hacía tiempo que eran superiores a los mogoles en eficiencia táctica, pero no eran conscientes de lo grande que había llegado a ser esta ventaja gracias a los avances militares del medio siglo transcurrido desde que los piqueros de *sir* Josiah Child habían sido barridos por la caballería de Aurangzeb. En las guerras europeas de finales del siglo XVII había tenido lugar un gran desarrollo de la táctica militar, en particular el uso generalizado de mosquetes de llave de chispa y bayonetas que reemplazaron a las picas. La organización de la infantería en batallones, regimientos y brigadas hizo posible que la infantería pudiera disparar de forma constante y ejecutar maniobras complejas en el campo de batalla. La carga a la bayoneta precedida de una devastadora descarga de fusilería pasó a ser la táctica estándar de la infantería, que además disponía ahora del apoyo de artillería de campaña, móvil y precisa, la cual, gracias a la invención del alza para elevar el tiro, tenía ahora mayor precisión. Esto incrementó la potencia de fuego del soldado de a pie, lo que le daba ventaja contra la caballería. La batalla del río Adyar, la primera vez que se pusieron en práctica estas tácticas en la India, demostró que un pequeño cuerpo de infantes armado con los nuevos mosquetes de llave de chispa y bayoneta y apoyado por artillería móvil de tiro rápido podía poner en fuga a todo un ejército con la misma facilidad que en Europa. La lección no cayó en el olvido. El cipayo entrenado, con su fuego de mosquetería y sus cuadros, y apoyado por una artillería de tiro rápido que descargaba salvas de metralla, sería una fuerza imparable en los campos de batalla de la India del siguiente siglo. [154]

Antes incluso de ser testigo de la batalla del río Adyar, Ananda Ranga Pillai le dijo a Dupleix que 1000 soldados franceses con cañones y minas podrían conquistar todo el sur de la India; Dupleix replicó que la mitad de esa cifra, y dos cañones, sería suficiente. Durante los años siguientes, ambos hombres tuvieron sobradas oportunidades para poner a prueba esta idea.



En 1749 llegó desde Europa la noticia de que la Guerra de Sucesión austríaca había finalizado y que en el Tratado de Aquisgrán se había acordado que Madrás debía ser devuelta a la CIO.

Pero la paz sería esquiva: una vez liberados los perros de la guerra, no era fácil devolverlos a su jaula. Dupleix, en lugar de desactivar sus nuevos regimientos de cipayos, decidió alquilarlos a sus aliados indios y emplearlos para ganar tanto tierras como influencia política.

El nuevo gobernador de Madrás, Charles Floyer, escribió al año siguiente que «a pesar de la paz, los asuntos están más embarullados que nunca, más que durante la guerra, a causa de los artificios de Dupleix, que odia tanto a los ingleses que es incapaz de reprimir subrepticios actos de hostilidad». [155] En Londres, los directores decidieron que esta vez la Compañía no sería sorprendida con la guardia baja: «La Experiencia ha demostrado que los franceses no dan ninguna importancia a la neutralidad de los dominios del mogol»,

> [...] y que, aun cuando el gobierno del país [mogol] estuviera dispuesto a protegernos, no podrían hacerlo contra los franceses, que tienen poco que perder y son propensos a violar las leyes de las naciones para enriquecerse con botín [...] se le ordena que se proteja todo lo que pueda contra los franceses o contra cualquier otro enemigo europeo [...] su Majestad apoyará a la Compañía en todo aquello que considere conveniente para su seguridad futura: pues, aunque en la actualidad hay paz con Francia, nadie sabe cuánto tiempo va a durar, y cuando estalla una guerra ya es

tarde para hacer fortificaciones lo bastante poderosas para defenderse de un enemigo audaz, como ocurrió en Madrás. 156

Británicos y franceses se dedicaron a intrigar en varios Estados del sur, a los que ofrecían en secreto asistencia militar a cambio de influencia, pagos o cesiones de tierras. En 1748, a cambio de un pequeño puerto comercial, la CIO se involucró en su primer intento de lo que hoy denominaríamos cambio de régimen: tomó partido en la disputa sucesoria por el reino maratha de Tanjore. El intento de golpe se saldó con un fracaso estrepitoso.

Dupleix tuvo mucho más éxito como empresario militar. Sus clientes tenían que pagar sus armas y tropas europeas con cesiones de tierra y derechos recaudatorios, con los que la Compagnie mantenía a sus cipayos y financiaba su comercio por medio de sus ingresos indios, en lugar de importar desde Europa monedas de oro y plata. Dupleix vendió primero sus servicios como mercenario a uno de los pretendientes del trono de la Carnática. Luego, en una maniobra mucho más ambiciosa, despachó al marqués de Bussy a Haiderabad a tomar partido en la crisis sucesoria que siguió a la muerte del señor mogol más poderoso de la región, Nizam ul-Mulk, cuyos hijos se disputaban el control de su fragmento semidesgajado del Imperio mogol. Dupleix fue pagado espléndidamente por su ayuda: 77 500 libras, la alta dignidad mogola de *mansab* de 7000 caballos –el equivalente a un ducado europeo–, el rico puerto de Machilipatnam y un *jagir* (latifundio) valorado en 20 000 libras. * Dupleix no tardó en comprender que vender los servicios de sus tropas regulares era un negocio infinitamente más provechoso que el comercio de tejidos de algodón.

El generalísimo de Dupleix, el marqués de Bussy, que también amasó una fortuna, apenas podía creer los resultados espectaculares de su diminuta fuerza mercenaria durante su marcha por el Decán. En 1752, el marqués escribió a Dupleix: «He colocado en el trono a

reyes con mis propias manos […] sostenido por mis fuerzas […] he hecho huir a ejércitos, he tomado ciudades al asalto con un puñado de hombres, he mediado y concluido tratados de paz […] el honor de mi nación ha ascendido a un pináculo de gloria y es la preferida por encima de todas las demás de Europa, y los intereses de la Compagnie han sido llevado más allá de sus anhelos e incluso de sus deseos». [157]

Pero, en realidad, estas transacciones eran siempre por interés mutuo: los débiles gobernantes indios de los Estados posmogoles ofrecían grandes bloques de territorio, o ingresos de la tierra, a las compañías europeas a cambio de apoyo militar. Las guerras que tuvieron lugar, que por lo general implicaban ejércitos muy pequeños, solían ser incoherentes e indecisas, pero confirmó que los europeos contaban ahora con una ventaja militar clara y consistente sobre la caballería india, y que un reducido número de europeos podía alterar el equilibrio de poder en el paisaje fragmentado de la India que sucedió a la caída del Imperio mogol. Las Guerras Carnáticas libradas durante la década siguiente no dieron resultados estratégicos concluyentes o permanentes, pero fueron testigo de la transformación de las dos compañías, las cuales pasaron de ser empresas comerciales a entidades militarizadas de beligerancia creciente, en parte exportadores de textiles y de pimienta, en parte empresas de recolección de tributos y explotación de tierras y en parte fuerzas mercenarias modernas, el negocio más lucrativo de todos.

Los británicos observaban con codicia los éxitos de Dupleix: «La situación política de los mogoles es mala –escribió un soldado de fortuna inglés, el coronel Mills–. Su ejército es aún peor y carecen de armada […] el país podría ser conquistado y sometido a tributo con la misma facilidad que los españoles barrieron a los indios desnudos de América […]». [158] El nuevo gobernador de Madrás, Thomas Saunders, era de la misma opinión: «La debilidad de los moros es cosa conocida –escribió– y es una certeza que cualquier nación

europea dispuesta a hacerles la guerra con una fuerza aceptable podría invadir todo el país». [159]




Cincuenta años más tarde, al rememorar las Guerras de la Carnática, el conde de Modave achacó a la soberbia de sus compatriotas franceses el haber traído las rivalidades europeas y las Guerras Anglo-Francesas a las costas de la India. Por culpa del orgullo y ambición desmedida de Dupleix y Bussy habían destruido su oportunidad de beneficiarse del comercio, pues, escribe el conde, habían obligado a sus rivales británicos a empeñar todos sus recursos militares en la protección de un negocio demasiado provechoso como para abandonarlo de buen grado. El conde, que escribió estas palabras hacia el final de su vida, y, por tanto, con el beneficio de profetizar *a posteriori* , recordó las cosas que habían ido a peor en la Carnática medio siglo antes: «El Imperio mogol se mantuvo unido mientras reinó Aurangzeb –escribió– e incluso durante algunos años tras su muerte, hasta los primeros años del presente siglo».

> Pues las leyes beneficiosas tienen una cierta fuerza interior que les permite, por cierto tiempo, resistir los asaltos de la anarquía. Pero, al fin, unos cuarenta años atrás, el Imperio mogol se vio sumido en un horrible caos: cualquier chispa de bien que Aurangzeb hubiera hecho para promover el comercio fue apagada. Los europeos, despiadados y ambiciosos, no eran menos mortíferos en esas regiones del mundo, como si Europa y América fueran teatros bélicos demasiado pequeños para devorarse entre sí, en búsqueda de quiméricos intereses

y, con resolución violenta e injusta, quisieron asimismo que Asia también fuera el escenario sobre el que interpretar sus injusticias sin fin.

El comercio del Imperio mogol se dividía en aquel tiempo entre dos grupos nacionales, franceses e ingleses, pues los neerlandeses habían degenerado en sapos vulgares y avariciosos sentados sobre sus montañas de oro y especias, como si se disculpasen por haber arrebatado su imperio a los portugueses, y reducirles a la insignificancia.

Los franceses, deslumbrados por unos pocos éxitos pasajeros, más aparentes que reales –pues llegaron con una sucesión de derrotas aplastantes– se dejaron llevar: como si estuvieran embriagados, afirmaron, de forma insensata, que podían controlar todo el comercio de la India. Pero su poderío naval era inferior al de los británicos, su compañía era corrupta y su liderazgo grotescamente ignorante, y sus grandes empresas en la mar quedaron viciadas por causas fáciles de adivinar (que, por desgracia, continuarán mientras perdure su monarquía) y por tanto siempre fracasaban: pero nada de esto pudo quitarles su demencial pretensión de convertirse en la potencia dominante de la India. Entraron en campaña con complacencia, como si su triunfo estuviera fuera de toda duda, y, de forma inevitable, no lograron obtener lo que querían, e incluso perdieron lo que podrían haber conservado.

En aquel tiempo, los ingleses tan solo se ocupaban de expandir con seguridad su comercio desde sus bases de la India. Los administradores de la Compañía nunca se habían desviado del propósito fundamental para la que había sido creada [...] fue la ambición de los franceses, infortunada e intrigante, lo que suscitó los celos y la codicia de los ingleses. Para los primeros, este proyecto de dominación total fue ruinosamente caro e imposible de lograr, mientras que para

los segundos era sin duda una empresa arriesgada, pero que prometía grandes dividendos. Los franceses se apresuraron con impetuosidad, malgastando en empresas alocadas un dinero que no podían reemplazar. Los ingleses les hicieron frente, con una implacable firmeza de propósitos y recursos constantemente renovados, y pronto estuvieron en disposición de lograr lo que habían soñado y a la espera de una oportunidad para dejarnos fuera de combate, pues ya no podíamos provocarles ningún problema o desafiar la ventaja inmensa que habían alcanzado. [160]

Esta oportunidad volvió a presentarse antes de que finalizasen las Guerras Carnáticas, a mediados de la década de 1750. Pues la rivalidad anglo-francesa no solo crecía en la India, dispuesta a estallar con la más mínima chispa. La mecha que hizo explotar de nuevo el conflicto anglo-francés comenzó muy lejos de la India, en las gélidas tierras fronterizas de América y Nueva Francia –lo que hoy denominamos Canadá– entre los grandes lagos y las fuentes del río Ohio.

El 21 de junio de 1752, una partida de guerra de 240 indios franceses comandados por el aventurero francés Charles Langlade, que, además de tener una mujer hurón, también ejercía influencia sobre los seneca, iroquíes y micman, marchó por el lago Hurón y cruzó el lago Erie hasta las tierras recién colonizadas del Ohio británico. La partida, *tomahawk* en mano, se lanzó sobre el asentamiento británico de Pickawillany, que tomaron por sorpresa: tan solo veinte colonos británicos pudieron ocupar su puesto en la empalizada. Los indios arrancaron la cabellera a uno de estos y a otro lo hirvieron de forma ceremonial y después consumieron las partes más sabrosas de su cuerpo. [161]

Esta violenta incursión provocó entre los comerciantes y colonos británicos una oleada de inseguridad, terror incluso, que llegó hasta Nueva York y Virginia. En cuestión de meses, se rumoreó que tropas

regulares francesas, con el apoyo de guías y auxiliares indígenas y un elevado número de guerreros indios, avanzaban hacia la cabecera del valle del río Ohio. El 1 de noviembre, el gobernador de Virginia envió a un voluntario de milicias de 21 años de edad para confirmar los rumores. Su nombre era George Washington. Así fue como dio inicio al primer acto de lo que los estadounidenses, aún hoy, llaman la Guerra Franco-India, que, en el resto del mundo, pasó a ser conocida como la Guerra de los Siete Años. [162]

Esta contienda sería total, global, librada en múltiples continentes, en una pugna despiadada entre británicos y franceses por lograr sus objetivos imperiales. La conflagración llevaría las armas y los métodos de guerra europeos desde el río Ohio a las Filipinas, de Cuba a las costas de Nigeria y desde las alturas de Abraham, en Quebec, a los cenagales y plantaciones de mangos de Plassey.

Pero la parte del mundo que transformarían de forma más perdurable sería la India.




# NOTAS

**1** Shapiro, J., 2005, 303-308.
**2** Stevens, H., 1866, 1-10.
**3** Wilbur, M. E., 1945, 18-24.
**4** Brenner, R., 2003, 19-23, 61-64; Mather, J., 2009, 4, 40-42.
**5** Stevens, H., *op. cit* ., 1-10.
**6** Foster, *sir* W., 1912, vol. XIV, 25-27; Willson, B., 1903, vol. I, 19-23.
**7** Stevens, H., *op. cit* ., 5-6; Marshall, P. J., 1998b, vol. I, 267-269.
**8** Inglaterra, aunque mísero en comparación con la prosperidad mogola, no era en absoluto un país empobrecido conforme a la media del norte de Europa.

Inglaterra, de hecho, tenía un comercio textil en crecimiento, principalmente a través de los Países Bajos.

**9** Andrews, K. R., 1984, 12, 33, 256.

**10** Ferguson, N., 2003, 6, 7, 9; Beer, G. L., 1908, 8-9.

**11** Milton, G., 1999, 15-20.

**12** Andrews, K. R., *op. cit* ., 176, 200-222, 309, 314; Ferguson, N., *op. cit* ., 58.

**13** *National Archives of India Calendar of Persian Correspondence* , 2014, vol. I, (en adelante *CPC* ), xxxi.

**14** Foster, W. (ed.), 1921, 1-47; Scammell, G. V., 1981, 474.

**15** Brenner, R., *op. cit* ., 20-21; Milton, G., *op. cit* ., 7, 42-52; Furber, H., 2004, 31, 343n.

**16** Furber, H., *ibid* ., 31-32; Shapiro, J., *op. cit* ., 303; Andrews, K. R., *op. cit* ., 260.

**17** Chaudhuri, K. N., 1965, 11; Mather, J., *op. cit* ., 40.

**18** Willson, B., *op. cit* ., 19-21.

**19** Stevens, H., *op. cit* ., 5-6.

**20** Foster, *sir* W., 1933, 144-150.

**21** Mather, J., *op. cit* ., 41.410

**22** Stern, P. J., 2011, 6-9.

**23** Micklethwait, J. y Wooldridge, A., 2003, 26.

**24** Brenner, R., *op. cit* ., 12-13.

**25** Willson, B., *op. cit* ., 31.

**26** Keay, J., 1991, 13; Milton, G., *op. cit* ., 77.

**27** Keay, *ibid.* , 9.

**28** Stern, P. J., *op. cit* ., 12, 56-58.

**29** Philip Stern ha demostrado con brillantez que la Compañía adquirió poder político real y tangible mucho antes de lo que se había creído comúnmente. *Vid. ibid* .

**30** Stevens, H., *op. cit* ., 13.

**31** *Ibid* ., 14-20, 42-43.

**32** *Ibid* ., 30-46, 52.

**33** Foster, *sir* W., 1926, 5.

**34** Milton, G., *op. cit* ., 77-80.

**35** Keay, J., *op. cit* ., 15; Milton, G., *op. cit* ., 80-82.

**36** Keay, J., *op. cit* ., 23.

**37** Furber, H., *op. cit* ., 38-39.

**38** Marshall, P. J., *op. cit* ., 268; Scammell, G. V., *op. cit* ., 480-481.

**39** *Cit* . en Love, H. D., 1913, vol. I, 533, vol. II, 299.

**40** Scammell, G. V., *op. cit* ., 479.

**41** Furber, H., *op. cit* ., 42.

**42** Ferguson, N., *op. cit* ., 21.

**43** *CPC* , p. xxxi; Brenner, R., *op. cit* ., 49; Furber, H., *op. cit* ., 39; Marshall, P. J., *op. cit* ., 270-271; Andrews, K. R., *op. cit* ., 270.

**44** Eaton, R. M., 2019, 373. El historiador de Cambridge Angus Maddison ha demostrado que en torno a 1700 la India superó por breve tiempo a China en la posición de mayor economía del mundo. Esto se debió a numerosos factores: Sher Shah Suri y los mogoles fomentaron el comercio por medio de la construcción de caminos, transporte fluvial, rutas marítimas y puertos y la abolición de numerosas aduanas y peajes interiores. Su obsesión por la estética también ayudó a hacer que la fabricación de textiles indios alcanzase nuevas cotas de belleza y brillantez. Como escribió hacia 1700 el viajero francés François Bernier: «A Indostán llegan oro y plata desde todos los rincones del globo», palabras que repiten las de *sir* Thomas Roe, quien señaló que «Europa sangra para enriquecer a Asia». Las cifras precisas de Maddison demuestran que en 1600 Gran Bretaña generaba el 1,8 por ciento del PIB mundial, mientras que la India el 22,5 por ciento. Las cifras de 1700 son 2,88 y 22,44 por ciento. Además, Maddison también demuestra que, a partir de 1600, el PIB por cabeza ya era más alto en Inglaterra que en la India, lo cual implica que la riqueza de la India de este periodo, como ocurre hoy, se concentraba en las clases dirigentes y de negocios y que estaba distribuida de forma desigual. Los viajeros europeos destacaban constantemente la riqueza de gobernantes y banqueros y la pobreza del campesinado. La obra de Maddison, por otra parte, demuestra que el PIB por cabeza era más elevado en la India del siglo XVII que en ninguna otra etapa anterior. Shireen Moosvi, que desarrolló su tesis doctoral dirigida por Irfan Habib, emprendió un estudio detallado de Ain-i-Akbari en la década de 1980. Su conclusión fue que el Estado mogol era una entidad inusualmente extractiva que se apropiaba de un 56,7 por ciento de la producción total. Sus investigaciones se centraron en cinco provincias de la India septentrional: Agra, Delhi, Lahore, Allahabad y Avadh. La población total de esas provincias se estimaba en 36 millones. La dra. Moosvi estimó que los ingresos medios de una familia campesina eran 380 *dam* anuales, aproximadamente un 1 *dam* por día (un *dam* era la moneda de cobre de uso común en la India mogola. Una rupia equivalía a unos 40 *dam* ). Según W.W. Hunter, en 1882 se estimó que los ingresos totales de Aurangzeb en 1695 ascendieron a 80 millones de libras. La presión tributaria bruta de la India británica entre 1869 y 1879 fue de 35,3 millones de libras. Por tanto, el Imperio mogol con Aurangzeb (hacia 1700) recaudó dos veces más rentas de la tierra que el Raj británico (hacia 1880) aun

cuando el tamaño de la economía era más o menos el mismo en ambos periodos. *Vid* . Hunter, W. W., 1882. Agradezco a Śrīkānta Kṛṣṇ amācārya por indicarme estos datos.

**45** Washbrook, D. A., 1988, 57-96.

**46** Maddison, A., 2007, 116-120, 309-311, 379; Tharoor, Sh., 2016, 2-3.

**47** Moosvi, Sh., 1987, 376; Foster, W. (ed.), 1921, 112; Eaton, R. M., *op. cit* ., 371.

**48** Furber, H., *op. cit* ., 45.

**49** Parker, G., 1988, 135. Es posible que la cifra no sea correcta; Parker la obtiene de Irvine, que, a su vez, la tomó del *Ain-i Akbari* de Abu'l Fazl. La obra de Kolff, D., 1992, sostiene con sólidos argumentos que esta cifra de Abu'l Fazl era, en realidad, una estimación del «mercado de trabajo militar» de las doce *subah* del imperio en la década de 1590 (la India septentrional, básicamente) y que no debe considerarse el verdadero tamaño del Ejército mogol. *Vid* . 3 y ss. (prácticamente todo el capítulo dedicado al «campesinado en armas»).

**50** Beach, M. C. y Koch, E. (eds.), 1997, 56-57, 58-60, 179-180; Subrahmanyam, S., 1993, 165-16, 201; Roy, T., 2012, 83.

**51** Furber, H., *op. cit* ., 40.

**52** La mejor biografía es la de Strachan, M., 1989.

**53** Cohn, B., 1996, 17.

**54** Roe, *sir* Th. y Fryer, dr. J., 1873, 26-29, 38-39.

**55** *Ibid* ., 103-104. Véase también Foster, *sir* W., 1990.

**56** Roe escribió una maravillosa carta de amor a Elizabeth, *lady* Huntingdon, desde «Indya» con fecha 30 de octubre de 1616. Agradezco a Charlotte Merton por hacerme llegar esta referencia. Pasadena Library, Hastings Collection, 5 Box 7 (1612 a 1618, Thomas Roe a Elizabeth, Condesa de Huntingdon, HA10561).

**57** Roe, *sir* Th. y Fryer, dr. J., *op. cit* ., 74. *Vid* . el brillante ensayo Pinch, W., octubre de 1999, 389-407.

**58** Strachan, M., *op. cit* ., 86-87.

**59** Purchas, S., 1905, parte 1, IV, 334-339.

**60** Tal es el argumento, ciertamente, de Prasad, B., 1940.

**61** Roe, *sir* Th. y Fryer, dr. J., *op. cit* ., 83-84.

**62** *Jahangir prefiere un jeque sufí antes que a los reyes* , por Bichitr, *ca.* 1615-1618. Acuarela opaca y oro sobre papel. Freer Gallery of Art, Smithsonian Institution. Purchase F1942.15. Estoy en deuda con el brillante y sagaz análisis de Simon Schama en la serie *Civilisations* de la BBC/PBS, episodio cinco. Las pinturas de los sueños de Jahangir son todas enigmáticas y difíciles de descifrar. En este caso, retrata uno de sus sueños que revela que el pío

emperador era, en realidad, el soberano milenario del pensamiento islámico. Este, dueño tanto del tiempo como del espacio, da inicio a un nuevo milenio en el que todos los demás reyes están por debajo de él y son irrelevantes: el emperador, en lugar de a los soberanos, dirige su mirada hacia los misterios interiores de la sabiduría sufí. *Vid* . la brillante obra Moin, A. A., 2014 y el lúcido volumen Singh, K., 2017.

**63** Bayly, C. A., 1988, 16.

**64** *CPC* , xxxiii.

**65** *Cit* . en Bryant, G. J., 2013, 4.

**66** Marshall, P. J., *op. cit* ., 272-273.

**67** Eaton, R. M., *op. cit* ., 373.

**68** Mishra, R., 2018, 6.

**69** Keay, J., *op. cit* ., 112-113.

**70** Mather, J., *op. cit* ., 53.

**71** Mun, Th., 1621, *cit* . en Mishra, R., *op. cit* ., 3.

**72** *CPC* 1, xi; Stern, P. J., *op. cit* ., 19.

**73** Stern, P. J., *op. cit* ., 19; Keay, J., *op. cit* ., 68; *CPC* 1, xi; Furber, H., *op. cit* ., 71.

**74** Furber, H., *op. cit* ., 71-72.

**75** Stern, P. J., *op. cit* ., 35-36.

**76** *Ibid* ., 22-23; Keay, J., *op. cit* ., 130-131; Lenman, B. P., 2001, 85; Roy, T., *op. cit* ., 77.

**77** Lenman, B. P., *ibid* ., 86-88.

**78** Foster, W. (ed.), 1906-1927, vol. III, 345.

**79** Para los juicios de brujería en Bombay, *vid* . Stern, P. J., *op. cit* ., 109.

**80** Keay, J., *op. cit* ., 136-137.

**81** Letwin, W., 1963, 37.

**82** Temple, R. C., 1911, vol. II, 28; Foster, W. (ed.), 1906-1927, vol. IV, 308; McLane, J. R., 1993, 112; Wilson, J., 2016, 39.

**83** Bryant, G. J., *op. cit* ., 3.

**84** Wilson, J., *op. cit* ., 49.

**85** *Ibid* ., 47.

**86** Ibid., 53.

**87** Hamilton, A., 1930, vol. I, 8-9, 312-315. Cursivas en el original.

**88** Wilson, J., *op. cit* ., 53; Jasanoff, M., 2005, 25.

**89** Bernier, F., 1934, 437, 442; McLane, J. R., *op. cit* ., 29-30; Prakash, O., 1985, 75, 162-163.

**90** Truschke, A., 2017, 66, 105.

**91** Bayly, C. A., 1983, 20-21; Chandra, S., 1973, 209-218.

**92** Fryer, dr. J., 1698, vol. I, 341; Habib, I., 2 de septiembre de 1958, 81-98 y Habib, I., 3 de abril de 1960, 68-80. Véase también Bhargava, M., 2014, 43.

**93** Fryer, dr. J., *op. cit* ., vol. II, 67-68.

**94** Truschke, A., *op. cit* ., 66.

**95** Roy, K., julio de 2005, 651-690; Dighe, V. G., y Qanungo, S. N., 1977, 567-568. Para las dos ceremonias de coronación de Shivaji, la mejor fuente es el *Sivarajyabhiṣ ekakalpataru* [El venerable árbol de los deseos de la consagración real de Śiva] de fecha 30 de septiembre de 1596 de la era Saka (1674 d. C.). *Vid* . Sarkar, B., 2 de junio de 2017, disponible en [www.academica.edu ]; Laine, J. W., 2003.

**96** *Cit* . en Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S., 2003, 232. Shivaji conserva una reputación de héroe guerrero contra el islam que se mantiene muy viva hoy en la Maharastra moderna, en particular en Bombay, cuyo aeropuerto, la estación de ferrocarril e incluso el museo Príncipe de Gales han recibido su nombre en fechas recientes. En Bombay, el Ejército de Shivaji, el partido Shiv Sena, de la extrema derecha *hindutva* , es una de las fuerzas políticas más poderosas de la ciudad. En 1992, tras la destrucción de la Babri Masjid, el Ejército de Shivaji incendió las calles de Bombay.

**97** Truschke, A., *op. cit* ., 69.

**98** Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. I, 310-311. Acerca de Ghulam Husein Khan *vid* . Khan, I. G., 2000, 278-297 y Chatterjee, K., 1998, 913-948.

**99** Truschke, A., *op. cit* ., 120.

**100** *Ibid* ., 65, *cit* . Sen, S., 1949, 216.

**101** *Ahkam-i Alamgiri* , f 61b *cit* . en Bhargava, M., *op. cit* ., 43.

**102** *Cit* . en Hansen, W., 1986, 28.

**103** El volumen Kulkarni, U. S., 2017, es una obra popular y exhaustiva y una excelente introducción al gobierno maratha.

**104** Fakir Khair ud-Din Illahabadi, ‵*Ibrat Nama* , BL Or. 1932. 2v.

**105** Gentil, J.-B., 1822, 76.

**106** *Vid* . Gordon, S., 1977, 1-40. Véase también Wink, A., 1983, 591-628; Gordon, S., 1998.16

**107** Modave, conde de, 1971, 400-401.

**108** Roy, K., *op. cit* .; Majumdar, R. C. *et al.* , (1978) 1991, 536-546; Eaton, R. M., *op. cit* ., 354; Gordon, S., 1993, 127-129, 140-143.

**109** Faruqi, M. D., 2009, 5-43; Subrahmanyam, S., 2000, 337-378; Alam, M., 1986.

**110** Allah, S., 1788; McLane, J. R., *op. cit* ., 72. Véase también Mukherjee, T., 2009, 389-436.

**111** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 450; Little, J. H., 1956, 3.

**112** BL, IOR, Orme Mss India, VI, f. 1455.

**113** *Ibid* ., f. 1525.

**114** Acerca de los Jagat Seth la mejor obra continúa siendo Little, J. H., *op. cit* . Véase también Chaudhury, S., 2015, 85-95; Subramanian, L., 1987; Chatterjee, K., 1993; Timberg, Th. A., 2014, 22; Gosha, L., 1881. Para una visión general de la economía india de la época, *vid* . Datta, R., 2003, 259-291; Washbrook, D. A., *op. cit* ., 57-96; Chaudhuri, K. N., 1968, 31-50.

**115** Subrahmanyam, S., 2001, 106; Alam, M. y Subrahmanyam, S., 2012, 353-355; Manucci, N., 1907, vol. III, 369-370.

**116** *CPC* 1, xxi; Stern, P. J., *op. cit* ., 176; Alam, M. y Subrahmanyam, S., *op. cit* ., 358-359, 394.

**117** Gupta, B. K., 1966, 44.

**118** Blake, S. P., 1991, 162.

**119** Haque, I., 1992, 21.

**120** Dalrymple, W. y Sharma, Y., 2012, 4-5; Malik, Z. U., 1977

**121** Gentil, J.-B., *op. cit* ., 123-124.

**122** Subrahmanyam, S., 2001, 15-16.

**123** Rizvi, S. A. A., 1980, 141; Gordon, S., 1993, 124-125; Malik, Z. U., *op. cit* ., 133; Axworthy, M., 2006, 189; Sardesai, G. S., 1946, vol. II, 154; Bhargava, M., *op. cit* ., xv; Sarkar, *sir* J., 1991, vol. 1, 2, 135.

**124** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. I, 302; Subrahmanyam, S., 2000, 356-357; Malik, Z. U., *op. cit* ., 135; Blake, S. P., *op. cit* ., 150.

**125** Malik, Z. U., *op. cit* ., 111.

**126** Bayly, C. A., 1988, 8-9.

**127** Malik, Z. U., *op. cit* ., 265; Rizvi, S. A. A., *op. cit* ., 141; Gordon, S., 1998, 125, 128, 129, 135; Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. II, 159.

**128** Bazin, L., 1751, vol. IV, 277-321. El pasaje está en 314-318.

**129** Floor, W., 1998, 198-220.

**130** Mukhlis, A. R., 1867-1877, vol. VIII, 82-83.

**131** Subrahmanyam, S., 2000, 357-358.

**132** Axworthy, M., *op. cit* ., 207.

**133** Mukhlis, A. R., *op. cit* ., vol. VIII, 85.

**134** Edwards, M., 1970, 15.

**135** Floor, W., *op. cit* ., 217.

**136** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. I, 315-317.

**137** Mukhlis, A. R., *op. cit* ., vol. VIII, 86.

**138** Floor, W., *op. cit* ., 217.

**139** Mukhlis, A. R., *op. cit* ., vol. VIII, 87.

**140** Astarabadi, M. M., 1849/1265, 207.

**141** Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. I, 2-3, 4, 13.

**142** BL, Add 6585, Shakir Khan, *Tarikh-i Shakir Khani* , ff. 34-36.
**143** Kolff, D., *op. cit* .
**144** Washbrook, D. A., *op. cit* ., 67.
**145** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 160-161.
**146** Subrahmanyam, S., 2000, 344.
**147** Sen, S. P., 1958; Sinha, A., 2002; Ferguson, N., *op. cit* ., 30-32.
**148** Lafont, J.-M. y Lafont, R., 2010, 41-44.
**149** Hubo una introducción a pequeña escala de la instrucción de infantería en la India antes de Dupleix. *Vid* . Harding, D., 1997, vol. IV, 150-165 y el importante ensayo de Cooper, R. G. S., septiembre de 2005, 534-549, esp. 537-538.
**150** Dodwell, H., 1926, 1-9.
**151** Ferguson, N., *op. cit* ., 31.
**152** Pillai, A. R., 1922, vol. III, 90.
**153** *Ibid* ., 9; Subrahmanyam, S., 2001, 14; Parker, G., *op. cit* ., 133.
**154** Pillai, A. R., *op. cit* ., 96; Subrahmanyam, S., 2001, 14; Parker, G., *op. cit* ., 133; Hall, B. S. y De Vries, K., 1990, 502; Jespersen, K. J. V., 1983, 1-2; Howard, M., 1977, 61, 78; Strachan, H., (1983) 1993, 33; Roy, K., *op. cit* .
**155** Moon, *sir* P., 1989, 19.
**156** Chatterjee, P., 2012, 11.
**157** Subrahmanyam, S., 2001, 19.
**158** Gupta, B. K., *op. cit* ., 36.
**159** Bryant, G. J., *op. cit* ., 9.
**160** Modave, conde de, *op. cit* ., 67-68. Voltaire, viejo amigo de Modave, compartía los pensamientos de este: «Al final, a los franceses tan solo les quedó, en esta parte del mundo, el arrepentimiento de haber gastado, en el transcurso de más de cuarenta años, inmensas sumas de dinero para el sostenimiento de una Compañía que nunca proporcionó el menor provecho, que nunca repartió dividendos entre sus accionistas y prestamistas y cuya administración en la India tan solo sobrevivió por medio de bandidaje secreto, y que tan solo se mantuvo gracias a un porcentaje del cultivo de tabaco que le concedió el rey. Es este un ejemplo memorable y acaso inútil de la falta de inteligencia con la que la nación francesa ha conducido hasta ahora su ruinoso comercio con la India». Voltaire, 1507: *Précis du siecle de Louis XV* , en *Oeuvres historiques* , R. Pomeau (ed.), Paris, Gallimard, 1962, 1297-1572.
**161** Baugh, D., 2014, 52-54.
**162** *Ibid* ., 59-60.

* N. del A.: Unas 1200 libras actuales.

** N. del A.: Los equivalentes actuales de esas sumas son: 100 libras = 10 000 libras, 3000 libras = 300 000 libras; 30 133 libras, 6 chelines y 8 peniques: más de 3 millones de libras.

* N. del A.: Más de 10 millones de libras actuales.

* N. del E.: W. Shakespeare, *Macbeth* , Acto I, Escena III, L. A. de Cuenca y Prado y J. Fernández Bueno (trads.), Madrid, Reino de Cordelia, 2015.

* N. del T.: Es decir, el Mayflower, que en 1620 llevó a los llamados Padres Peregrinos [*Pilgrim Fathers* ] a las costas de Nueva Inglaterra. Fueron los primeros colonos ingleses que se establecieron en la costa de lo que hoy es Massachusetts.

** N. del T.: Un *fowler* era una gran pieza de hierro forjado de retrocarga. Su nombre deriva del nombre de su inventor, el germano *Vögler* (del que, a su vez, deriva el francés *veuglaire* , el alemán *vogler* y el flamenco *vogheler* ).

*** N. del A.: Más de 3 millones de libras actuales.

* N. del A.: El equivalente actual de estas cifras es: 68 373 libras = 7 179 165 libras; 550 000 = más de 57 millones de libras.

* N. del A.: 12 600 libras actuales.

** N. del T.: *Butter-Box,* literalmente, «mantequera». Apodo despectivo que los británicos daban a los neerlandeses en la época de las Guerras Anglo-Neerlandesas.

* N. del A.: Más de 10 000 millones de libras actuales.

* N. del T.: Antonio de Montserrat (1536-1600), jesuita catalán destinado a Goa, viajó por Asia Central y la península arábiga. Escribió cuatro relatos de sus viajes, de los cuales se conservan dos: *Mongolicae Legationis Commentarius* y *Relaçam de Akbar, rey de los mongoles* .

** N. del T.: En inglés moderno, *mogul* tiene la acepción de personaje rico e influyente.

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 1 millón de libras = 105 millones de libras; 418 000 libras = casi 44 millones de libras; 1,6 millones de libras = 168 millones de libras.

* N. del A.: *Ban-chude* , literalmente, «folla hermanas». *Betty-chude* , literalmente, «folla-hijas». Yule, por cierto, incluye ambos términos en el Hobson-Jobson. Este evita dar traducciones directas de estos improperios indostaníes, todavía hoy muy populares, y se limita a decir que «*Banchoot* y *Beteechoot* [son] epítetos insultantes que nos abstendríamos de imprimir si sus significados repulsivos no fueran desconocidos "por el común". Si los

ingleses que a veces utilizan estas palabras supieran su significado, estamos convencidos que muy pocos no se abstendrían de semejante brutalidad».

* N. del T.: Los *topazes* , o *topasses* , eran un grupo mestizo de supuesta ascendencia portuguesa. Habitaban diversas regiones del sur y del sudeste de Asia como Goa, Timor, Malaca o Batavia. La etimología de la palabra podría provenir del tamil *tuppasi* , que quiere decir «bilingüe» o «intérprete».

** N. del T.: *Un toddy tapper* es un recolector del fruto de ciertas palmas. El néctar de este fruto, fermentado, es la base del aguardiente *arrak* .

*** N. del A.: El equivalente actual de estas sumas es: 1200 libras = 126 000 libras; 218 libras = 22 890 libras; 545 libras = 57 225 libras actuales.

* N. del T.: Hace referencia a la podredumbre (*rot* ), una enfermedad de cabras y ovejas muy contagiosa y mortal en la época.

* N. del A.: 54 millones de libras actuales.

* N. del A.: Según el eminente historiador Ishwari Prasad, de la Escuela de Allahabad, Aurangzeb era «un suní fanático, que no toleraba ningún tipo de disidencia». *Vid* . I. Prasad, *The Mughal Empire* , Allahabad, 1974, 612. En su obra en cinco volúmenes, Jadunath Sarkar pintó un retrato muy similar. *Vid* . Jadunath Sarkar, *History of Aurangzeb* , London, Longmans, 1912-1924. En años más recientes, ha habido tentativas de matizar la reputación de fanático de Aurangzeb y de comprobar algunas de las afirmaciones más extremas que se han escrito en su contra. La obra más interesante a este respecto es la de Katherine Butler Brown, quien señala que, lejos de poner fin a la producción musical del imperio, el reinado de Aurangzeb produjo más obras musicales que los cien años precedentes. *Vid* . Katherine Butler Brown, «Did Aurangzeb ban Music?», *Modern Asian Studies* , vol. XLI, n.º 1 (2007), 82-85. También fascinante, aunque más controvertida, es la obra de Audrey Truschke, *Aurangzeb: The Man and the Myth* , New Delhi, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2017, que ha convertido al infortunado sanscritista estadounidense en uno de los personajes más odiados por la derecha hindutva. Munis D. Faruqui está trabajando en un nuevo estudio en profundidad de Aurangzeb, pero hasta que este se publique, su *Princes of the Mughal Empire 1504-1719* , Cambridge, Cambridge University Press, 2012, ofrece numerosas informaciones de gran utilidad acerca de Aurangzeb. Mi opinión es que, si bien es indudable que Aurangzeb es un personaje mucho más complejo de lo que sus detractores admiten, y que es cierto que al comienzo de su reinado protegió a brahmanes y fue mecenas de instituciones y nobles hindúes, así como que hasta el fin de sus días consultó astrólogos y médicos hindúes, también es cierto que hizo mucho por socavar un imperio que tanto se esforzó por mantener unido.

*  N. del T.: Literalmente, «garra de tigre». Un arma que se empuña de manera similar al puño americano, pero está rematada con cuchillas curvas. Está inspirada en las garras de los grandes felinos.

*  N. del T.: En farsi y en urdu, la palabra *Doab* (de *dō* , «dos» y āb, «agua» o «río»), o «entrerríos», define una lengua o franja de tierra que se extiende entre dos ríos. El *Doab* del Ganges es la franja aluvial existente entre el Ganges y el Yamuna.

*  N. del A.: Más de 5 millones de libras actuales.

**  N. del A.: 1 laj equivale a 100 000 libras.

*  N. del A.: Más de 1 millón de libras actuales.

*  N. del A.: 13 millones de libras actuales.

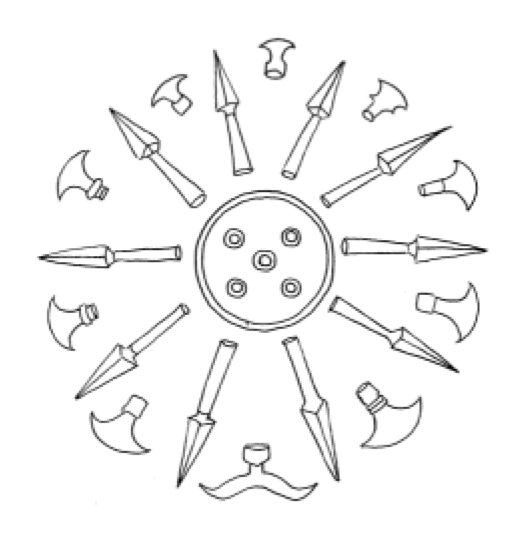
*  N. del T.: Similares a los zamburak de principios de la Edad Moderna que adoptó el Imperio mogol como parte de su artillería.

*  N. del A.: 13 000 millones de libras actuales.

**  N. del A.: 260 millones de libras actuales.

*  N. del A.: 9200 millones de libras actuales.

*  N. del A.: Las equivalencias actuales de estas sumas son: 77 500 libras = más de 8 millones de libras. 20 000 libras = 2 millones de libras.



# CAPÍTULO 2
## Una oferta que no podrá rechazar

A principios de noviembre de 1755, una figura anónima enfocó su telescopio al otro lado del gélido estuario del Scorff, hacia los astilleros franceses de Port Lorient, en Bretaña. El círculo del visor recorrió muelles y almacenes, pasó por diques secos y embarcaderos, hasta detenerse al fin en una flotilla de once veleros: seis navíos con arboladura y aprestos de combate al completo y cinco Indiamen anclados y ligeramente apartados del resto de buques del puerto, en el lado que daba al mar.

Los buques eran el centro de un hervidero de actividad frenética: tropas francesas embarcaban en las fragatas por las pasarelas y grúas de madera cargaban en las naves un cañón tras otro. Estas eran depositadas en el sollado, entre toneles de vino y agua, balas de comida y palés cargados con los suministros necesarios para muchos meses de navegación. El observador comenzó a contar los

buques y los suministros y armamentos que se estibaban e iba anotando con precisión los calibres de cada pieza, el número de soldados que embarcaba y una estimación precisa del calado de cada nave.

En la actualidad se conserva en los depósitos de los Archivos Nacionales de la India un resumen preciso del reporte de aquel agente, remitido a la atención de los directores de la Compañía de las Indias Orientales inglesa. [1] Por motivos obvios, el documento no revela la identidad del informador: podría haber sido un funcionario del puerto, o un mercader de un tercer país que descargaba sus bienes en un muelle cercano. Pero, en vista del grado de detalle del reporte, y del hecho de que el autor pudo hacer indagaciones acerca del destino de las naves y la posible fecha de su partida, es improbable que se tratara de un observador lejano que examinó el puerto con un catalejo o un corsario británico que se arriesgó a recorrer la costa meridional de Bretaña, entre las poderosas bases navales francesas de Brest y Rochefort y el apostadero naval de la bahía de Quiberon. La fuente de esta información debía de proceder del mismo puerto. Debía de ser alguien que se mezcló con las multitudes y la infantería de marina, alguien que se dedicó a observar con atención los preparativos para la partida, al tiempo que recababa información de marinos, estibadores y trabajadores de los almacenes, tal vez mientras compartían una copa de brandy en las tabernas portuarias.

Algunas semanas más tarde, el 13 de febrero de 1756, los directores de la Compañía de las Indias Orientales se reunieron en la cámara del consejo de Leadenhall Street para estudiar cuidadosamente el reporte y debatir acerca de sus posibles consecuencias. Todos estaban de acuerdo en que, después de los ataques galos en la frontera americana, la guerra era inevitable. Por tanto, la flotilla no era una misión más de la Compagnie, sino la prueba de una gran ofensiva gala en la India. Los directores temían que Versalles hubiera adoptado el plan de Dupleix: la derrota de la

Compañía de Indias inglesa y su reemplazo por su homóloga francesa. También había unanimidad en que no debían permitir que sucediera tal cosa.

Tras debatir las diversas opciones disponibles, los directores decidieron remitir la información disponible a Roger Drake, gobernador del Fuerte Williams en Calcuta, para advertirle de que la guerra era inminente. La pérdida de Madrás de diez años antes no debía repetirse. Drake debía aprestarse a defenderse, pues daban por hecho que la flotilla se dirigía a Calcuta o Madrás, dado que ante «el presente estado de las relaciones entre las naciones británica y francesa, es natural suponer que los franceses dirigirán sus golpes allí donde puedan infligir mayor daño».

> Dado que nuestra Compañía podría sufrir bajo el peso de tales golpes, en particular en Bengala donde el asentamiento se ha visto privado de reclutas durante los últimos años, cosa que viene a sumarse a la insuficiencia de las fortificaciones del Fuerte William para la defensa del asentamiento contra una fuerza europea formidable, el consejo [de directores] considera necesario señalarle que debe tomar las medidas más adecuadas para la protección y preservación de la propiedad, derechos y privilegios de la Compañía en Bengala.

Acto seguido, debatieron los detalles de la información que les acababa de llegar: «Hemos sido informados de que [una flotilla de] once naves de la Compañía francesa zarpó de Port Lorient hacia mediados de noviembre, con unos 3000 hombres a bordo».

> Seis de las naves más grandes, que navegaban a media carga y transportaban unas 60 piezas de diferentes calibres, tenían la misión era proteger el convoy formado por los otros cinco buques, que iban cargados de forma estándar. Estos once navíos, junto con otros cuatro que habían partido algún

> tiempo antes, suman un total de 15 buques despachados; se nos informa también que pretenden enviar más. Pero, dado que ninguno de ellos tenía como destino a China, es por tanto probable que estos armamentos sean para la costa de Coromandel o la de Bengala.

Para finalizar, remitieron instrucciones precisas para responder a la amenaza: «Deberá poner el asentamiento en pie de guerra, deberá estar vigilante y concertar las medidas más apropiadas para su seguridad, para lo cual puede solicitar la asistencia de nuestras otras presidencias, siempre que considere que existe peligro».

> Lo principal es hacer que su guarnición sea más respetable, para lo cual deberá reclutar la mayor cantidad posible de europeos para completar sus fuerzas, cosa que recomendamos encarecidamente que haga. A tal fin, podrá solicitar al comité de selección del Fuerte George [Madrás] para que le provea de todas las [tropas] que pueda enviarle, de allí y de Bombay. Deberá informar, de forma regular, al comandante de las fuerzas navales y terrestres de su Majestad acerca de su situación y solicitar su asistencia y protección siempre que lo considere necesario.
>
> Le recomendamos encarecidamente que tome todas las precauciones que pueda, que haga que su nabab [el nabab de Bengala, Aliverdi Khan] tome medidas para prevenir las hostilidades entre los súbditos de las naciones británica y francesa en Bengala, y para que preserve la más estricta neutralidad de todo su gobierno. Es del mayor interés, para que podamos [protegernos], que sus peticiones tengan una respuesta positiva, y que vea los muchos efectos beneficiosos que resultarían de tales medidas pacíficas.

Los directores firmaron su instrucción y urgieron la más estricta confidencialidad: «Deberá observarse el secreto más inviolable en relación con esta información, que no puede, bajo ninguna circunstancia, llegar a oídos de los franceses. Las consecuencias fatales de tal descubrimiento son tan obvias que huelga explicarlas. Este secreto deberá ser observado durante todas sus comunicaciones». [2]

En todo caso, como ocurre tan a menudo con los reportes más espectaculares de inteligencia, tanto de entonces como de ahora, este incurría en un error básico. Pues, a pesar de su impresionante detalle, la flotilla de Port Lorient no se dirigía a la India: de hecho, ninguna flota de transporte de tropas partió de Francia a Bengala en 1755, y, cuando por fin zarpó una, en diciembre de 1756, su destino era Pondicherry, no Calcuta. [3] Pero, acertado o erróneo, el informe era lo bastante detallado como para ser creíble y fue transmitido con rapidez, primero de Lorient a Londres y desde allí a Calcuta. Una vez en manos del gobernador Drake, este ordenó de inmediato que se trabajase en la reconstrucción y refuerzo de las murallas de la ciudad, algo que el nabab de Bengala había prohibido de forma explícita, y que, a su vez, desencadenó una serie de acontecimientos que resultaron fatales tanto para las gentes de Bengala como para los franceses en la India.




Algunos meses antes de que los directores remitieran el informe de inteligencia a Calcuta, un joven político fue convocado a una reunión en ese mismo salón de juntas de la sede de la Compañía de las Indias Orientales. Hasta un día antes, este había sido miembro del Parlamento por una circunscripción de Cornualles, pero había sido

expulsado sin mayor ceremonia a causa de unas supuestas irregularidades electorales. Los directores no dudaron en aprovechar la oportunidad y convocaron a aquel joven, hosco y lacónico, pero dotado de una ambición feroz y un arrojo fuera de lo común. Reunidos en consejo formal, hicieron a Robert Clive una oferta de empleo que no podría rechazar.

La sede de la Compañía acababa de ser restaurada con arreglo al estilo georgiano en boga, pero seguía pasando desapercibida para los transeúntes. El nuevo edificio, de fachada plana y alejada de la calle detrás de una valla, tan solo tenía dos plantas de alto –es decir, era mucho más bajo que los edificios a uno y otro lado– y cinco ventanas de anchura. Era una estructura inesperadamente modesta para lo que, al fin y al cabo, constituía el cuartel general de la organización comercial más grande, más rica y compleja del mundo, cuyos directores ejercían un poder político y financiero solo inferior al de la Corona.

Este anonimato no era fortuito. La Compañía, a la cual le había sido muy útil comportarse en la India con gran ostentación, también había visto las ventajas de ocultar su inmensa riqueza en el otro extremo de su red de negocios, esto es, en Londres. En 1621, dos décadas después de su fundación, la Compañía seguía operando desde la casa de *sir* Thomas Smythe, su gobernador, con un personal fijo compuesto por solo media docena de miembros. [4] Hasta 1648, la Compañía no se trasladó a Leadenhall Street, cuando se instaló en una humilde casa de estrecha fachada y cuya primera planta estaba decorada con imágenes de galeones que surcaban el mar a toda vela. En 1698, un transeúnte que pasaba por allí preguntó quién habitaba el edificio. Se le respondió que eran «hombres con grandes faltriqueras y ambiciosos designios». [5]

Poco tiempo después, la Casa de las Indias Orientales (East India House) fue remozada con arreglo al estilo palladiano. En 1731, un viajero portugués observó que la sede «está magníficamente construida, con una fachada de piedra que da a la calle. Pero, al ser

el frente muy estrecho, su apariencia no corresponde en absoluto con la grandeza de la casa que alberga su interior, que cubre una gran extensión de terreno. Sus oficinas y almacenes están admirablemente bien concebidas. Tiene un salón de actos y sala de juntas en absoluto inferior a ningún otro salón de naturaleza similar de la ciudad». [6] Como ocurría con tantos otros aspectos del poder de la Compañía de las Indias Orientales, la apariencia modesta de la Casa de las Indias Orientales era profundamente engañosa.

En el interior, más allá de la recepción, se hallaba la sección administrativa principal: un laberinto de salas cuyas estanterías crujían bajo el peso de legajos, archivos, documentos y registros, en las que trabajaban 300 administrativos, notarios y contables que anotaban cifras en enormes libros de cuentas encuadernados en cuero. Había también salas de reuniones de diversos tamaños, la más grande de ellas era la sala de juntas de los directores, conocida como la cámara del consejo. Era allí donde se celebraban las reuniones más importantes, se redactaban las cartas que se enviaban a la India, se debatían los cargamentos de ida y vuelta de los cerca de 30 envíos anuales de la Compañía y se calculaban y evaluaban las ventas, que oscilaban entre 1,25 y 2 millones de libras anuales.

Desde esas habitaciones se dirigía un negocio que, hacia la década de 1750, había alcanzado unas dimensiones sin precedentes. De una cifra total para toda Gran Bretaña de 8 millones de libras de importaciones, la Compañía generaba cerca de 1 millón de libras. Las ventas de té, por sí solas, ascendían a medio millón de libras esterlinas, lo cual representaba la importación de unos 3 millones de libras [1,3 toneladas] de hoja de té. El resto de los ingresos de la CIO correspondía a las ventas de salitre, seda, *palampores* (colchas) bellísimamente estampados y tejidos de algodón de lujo, de los cuales se importaban al año alrededor de 30 millones de yardas cuadradas [27,4 millones de metros cuadrados]. [7] En 1708, se estableció que las acciones de la CIO sumaban 3,2 millones de

libras, con 3000 accionistas, que ganaban un dividendo anual del 8 por ciento. Cada año se vendían y compraban 1,1 millones de libras de acciones de la CIO, aproximadamente. [8] La CIO tenía dinero en abundancia y empleaba su solvencia para obtener préstamos masivos. En 1744, su deuda ascendía a 6 millones de libras. [*] Solo en derechos de aduana pagaba cada año al Gobierno casi la tercera parte de un millón. Dos años antes, en 1754, a cambio de conceder al Gobierno un préstamo de 1 millón de libras esterlinas, el privilegio de la CIO fue prorrogado hasta 1783, con lo que se garantizaba su provechoso monopolio del comercio con Asia durante al menos treinta años. De acuerdo con los estándares del siglo XVIII, era un gigante económico, la organización capitalista más avanzada del mundo. [9]

Este era el negocio cuyos directores, el 25 de marzo de 1755, contrataron por segunda vez a Robert Clive, de 30 años de edad. Este fichaje era una sorpresa para ambas partes: dieciocho meses atrás, Clive se había retirado del servicio de la Compañía tras haber reunido en India una fortuna considerable con tan solo 28 años. Regresó a Londres con intención de dedicarse a la política, para lo cual empleó su riqueza en la compra de un burgo corrupto. Pero las cosas no le fueron bien en Westminster: el día antes, Clive, «por un procedimiento en todo punto inusual», fue expulsado de la Cámara de los Comunes después de que se pusiera en duda la integridad del proceso electoral de su circunscripción. Tras varias semanas de disputas y mercadeos, los *tories* , en una serie de maniobras políticas que buscaba colapsar al gabinete *whig* , lograron expulsar a Clive por 207 votos a 183. [10] Clive, que había gastado la mayor parte de su nueva fortuna en sobornos para conseguir la elección, quedó humillado, desempleado y sin blanca. Su mejor opción para recuperar su fortuna era una segunda carrera en la India, para así poder aspirar en el futuro a una segunda trayectoria parlamentaria.

Los directores tenían razones para actuar con tanta rapidez, pues Clive, que había llegado a la India como un humilde contable, había

hecho gala de un talento inesperado en un ámbito muy diferente. El joven contable de apenas 25 años, lacónico y poco sociable, había sido la estrella sorpresa de las Guerras Carnáticas, pese a carecer de formación militar y no tener un despacho de oficial. Había sido él quien, tanto o más que ningún otro, había impedido que Dupleix cumpliera su sueño de expulsar a la CIO de la India y establecer en su lugar a la Compagnie francesa. Ahora que en Norteamérica volvían a redoblar los tambores de guerra galos, y que Gran Bretaña y Francia se rearmaban a toda prisa para una nueva contienda, los directores querían enviar a Clive de vuelta a la India para asumir el mando del contingente privado de cipayos que él mismo había contribuido a reclutar, entrenar y dirigir en combate.

Robert Clive nació el 29 de septiembre de 1725 en Styche Hall, en la localidad de Moreton Say, condado de Shropshire, en el seno de una familia de la nobleza terrateniente menor. Pronto ganó reputación de niño violento y desobediente: a la edad de 7 años ya tenía «una adicción desmesurada a pelear –comentó su afligido tío–, que le da a su temperamento una ferocidad y arrogancia que estalla ante la menor minucia [...] hago lo que puedo –añadió su tío–, para contener al héroe y fomentar en él las cualidades, más valiosas, de mansedumbre, benevolencia y paciencia». [11] Su tío se esforzó en vano: mansedumbre, benevolencia y paciencia eran cualidades que Clive nunca llegó a tener. Poco después de alcanzar la pubertad se convirtió en un pequeño delincuente: dirigía redes de protección en el mercado de Drayton, «chantajeando a los tenderos que temían por la seguridad de sus ventanas, o convirtiendo su cuerpo en un dique temporal en la alcantarilla de la calle para inundar la tienda de algún comerciante recalcitrante». [12]

Cuando Clive cumplió los 17, su padre, Richard, se dio cuenta de que su hijo era demasiado difícil y hosco para la iglesia y demasiado alocado e impaciente para la jurisprudencia. Por fortuna, Richard Clive conocía a un director de la CIO y Robert se presentó en la Casa de las Indias Orientales el 15 de diciembre de 1742, donde fue

admitido con el rango más subalterno, el de «escribiente». Tres meses más tarde, el 10 de marzo de 1743, Clive se embarcó rumbo a la India.

No tuvo un comienzo brillante. Clive perdió buena parte de su equipaje a la altura de Brasil y más tarde se cayó por la borda y se habría ahogado de no haber sido visto por casualidad por un marinero, lo cual permitió rescatarle y salvarle de una muerte segura. A su llegada a Madrás, no causó una gran impresión: desconocido, anodino y sin las referencias adecuadas, vivía una existencia solitaria. De vez en cuando se enzarzaba en disputas y peleas con los otros escribientes. Era «huraño, distante, poco sociable» y, en cierta ocasión, se comportó tan mal con el secretario del Fuerte St. George que el gobernador le obligó a presentar una disculpa formal. Era solitario, triste y añoraba Inglaterra. Pronto desarrolló un profundo odio hacia la India que no le abandonó en toda su vida. «No he tenido ni un solo día de felicidad desde que partí de mi país nativo», escribió a su hogar al final de su primer año, momento en que se hundía poco a poco en una profunda depresión. Menos de un año después, ante la imposibilidad de progresar, dirigió su violencia innata sobre sí mismo e intentó suicidarse.

Ninguna de las cartas que remitió desde Madrás contenía ni una sola palabra acerca de las maravillas de la India, ni da la menor pista de las cosas que vio; tampoco parece haber hecho el menor intento de aprender las lenguas del país. No tenía ningún interés por este, ni por sus bellezas, ni ganas de conocer su historia, religiones o antiguas civilizaciones, ni tampoco sentía la menor curiosidad por sus habitantes, a los que despreciaba. Los consideraba a todos «indolentes, lujuriosos, ignorantes y cobardes». [13] «Solo pienso en mi tierra natal, en mi querida Inglaterra», escribió en 1745. Pero lo que sí que tuvo desde un comienzo fue un ojo de matón barriobajero para calibrar a sus adversarios, talento para aprovechar oportunidades insospechadas, predisposición para asumir grandes

riesgos y una audacia asombrosa. También estaba dotado de una bravura temeraria y, cuando optaba por ejercerlo, un oscuro magnetismo personal que le daba poder sobre los hombres.

Los talentos de Clive no se revelaron hasta 1746, el año del ataque y conquista de Madrás. Cuando las fuerzas francesas de Dupleix tomaron la ciudad, Clive se encontraba en ella. Se negó a dar su palabra de que no combatiría contra los franceses y escapó de la ciudad por la noche, disfrazado. Logró esquivar a las patrullas del enemigo y llegó a pie al otro puesto británico en la costa de Coromandel, Fuerte St. David. Allí recibió entrenamiento militar de Stringer Lawrence, un corpulento John Bull, que, con el apodo de Gallo viejo, había combatido a los franceses en Fontenoy y a los rebeldes escoceses del príncipe Carlos en Culloden Moor. Los dos hombres eran francos y parcos en palabras y trabajaban bien juntos: Lawrence fue el primero que supo ver el potencial de Clive. A finales de la década de 1740, cuando Dupleix comenzaba a alquilar sus regimientos de cipayos a los nababs, Clive ya mostraba prometedoras cualidades para lo que él denominaba «la esfera militar». Ascendió con rapidez hasta el rango de teniente de una compañía de a pie, donde hizo gala de su agresivo descaro y una capacidad de asumir riesgos que le distinguió toda su vida.

Fue en este punto cuando las autoridades de Madrás, tuteladas por Stringer Lawrence, imitaron la iniciativa francesa y comenzaron a entrenar a sus propios cipayos –en un principio, formados en su mayoría de gentes de lengua telugu– y a instruirlos para el combate en formaciones de infantería apoyadas por artillería móvil europea. Durante muchos años, los cipayos apenas sumaron unos pocos centenares y ni siquiera tenían uniformes adecuados. Cuando luchaban, sus combates eran titubeantes, propios de aficionados: «Cuán ignorantes éramos aquellos días del arte de la guerra», escribió Clive a mediados de la década de 1750, al rememorar sus operaciones de los primeros años de las Guerras Carnáticas.

El 26 de agosto de 1751, Clive comenzó a hacerse un nombre: se presentó voluntario para marchar, bajo las lluvias monzónicas torrenciales, a levantar el asedio de Arcot, la capital del nabab de la Carnática, con una pequeña fuerza de 200 europeos y 300 cipayos. Clive atacó en mitad de una tormenta eléctrica y sorprendió a los franceses y a sus aliados. En poco tiempo, logró plantar los estandartes mogoles del nabab sobre las puertas de la ciudad. Su victoria era la primera señal de que la Compañía podía dirigir con éxito una campaña militar en la India, ya fuera contra tropas indias, que hasta entonces les habían derrotado con frecuencia, o contra los franceses, que unos pocos años antes habían sido los primeros en demostrar el potencial de las técnicas modernas de infantería y artillería de campaña contra los ejércitos a caballo de la India. Fue un momento crucial en el ascenso de la Compañía en la India. [14]

Los profesionales militares miraban por encima del hombro a aquel soldado aficionado y comentaban con sorna que «envidiaban su buena suerte, pero no podían admirar su conocimiento del arte castrense». [15] Aunque el historial de éxitos de Clive hablaba por sí solo. Velocidad y sorpresa siempre fue su estrategia militar favorita. En la India del siglo XVIII, la guerra acostumbraba a ser un asunto lento, caballeresco y formal que tenía más de partida de ajedrez que de acto de agresión. Sobornos y negociaciones solían desempeñar un papel más relevante que los asaltos, los ejércitos podían comprarse y era factible hacer cambiar de bando a un general y que abandonase a quienes le pagaban su soldada. Clive no tenía problemas en participar en ese juego cuando le convenía, pero su práctica más habitual era romper tales convenciones: embestía en el momento más inesperado con toda la fuerza y brutalidad posible, hacía marchas forzadas bajo la lluvia monzónica, tendía emboscadas inesperadas o atacaba de noche entre una espesa bruma.

El mayor triunfo de Clive llegó en 1752, año en que desmanteló un ataque inminente sobre Madrás. Acto seguido, Clive y Stringer Lawrence pasaron a la ofensiva y lograron vencer en una serie de

pequeños combates por toda la Carnática, con lo que se hicieron con el control de Arcot y Tiruchirappalli y su dócil nabab, Mohamed Ali. Los franceses estaban comenzando a quedarse sin fondos y ya no pagaban a sus efectivos indios. [16] El 13 de junio de 1752, el comandante francés, Jacques Law, sobrino del fundador de la Compagnie, se rindió a Clive y Lawrence ante la magnífica isla-templo de Srirangam, antiguo centro del vaishnavismo tamil. Cayeron prisioneros 785 franceses y 2000 cipayos de la Compagnie.

Fue un golpe demoledor para las ambiciones de Dupleix: según su secretario, Ananda Ranga Pillai, cuando supo la noticia, Dupleix «no pudo ni ir a misa, ni comerse su cena». Poco después, Dupleix, caído en desgracia, fue destituido, arrestado y enviado a Francia. [17] Clive, por el contrario, regresó a Madrás convertido en un héroe. En una carta de felicitación, el padre de Clive le urgía a reunir toda la fortuna que pudiera en la India: «Ahora que tu conducta y tu valentía es tema de conversación pública en toda la nación –le escribió–, es el momento de aumentar tu fortuna, [y] aprovechar la oportunidad antes de que abandones el país». [18] Pero Clive no necesitaba que le animasen a ello. En recompensa por su éxito recibió el lucrativo puesto de intendente del comisario, cargo que le hizo ganar en poco tiempo la enorme suma de 40 000 libras [*] en comisiones.

El 18 de febrero de 1753, Clive se casó en un arrebato con la formidable Margaret Maskelyne, hermana de Nevil, astrónomo real, en St. Mary, la iglesia del Fuerte St. George. [*] Al mes siguiente, el 23 de marzo, la pareja zarpó rumbo a Inglaterra a bordo del Bombay Castle. No tenían la menor intención de regresar a la India. A su llegada a Londres, Clive saldó todas las deudas de su familia –se dice que su padre, Richard, comentó que «después de todo, *Bob* no es en absoluto un *bobo* »– y gastó elevadas sumas para ingresar en el Parlamento. Pero, aunque consiguió comprar un burgo corrupto en Cornualles, su carrera política no tardó en naufragar en los bajíos de las intrigas partidistas. Apenas transcurrido año y medio, se vio

en la necesidad de tener que regresar y amasar una segunda fortuna en la India.

Ante la inminente ofensiva francesa, los servicios de Clive eran muy necesarios. Dada su extraña posición, situado entre los servicios militares y civiles de la Compañía, Clive se reincorporó en el cargo de segundo del gobernador de Madrás. También recibió un rango militar: ahora era teniente coronel de las tropas reales, pero su despacho oficial tan solo estaba en vigor en la India. [19] Los ministros, alertados por la Compañía, estaban alarmados por la acumulación de fuerzas galas en la India y por el hecho de que los británicos no podían igualarla. Esto era motivo de preocupación para numerosos miembros del Parlamento, pues un gran número de ellos había invertido sus ahorros en acciones de las Indias Orientales. [**] Lord Holderness, el ministro del Gobierno que más intereses tenía en la India, comunicó a su colega lord Albemarle que el Gobierno británico no podía nunca aceptar «una superioridad decisiva de los franceses en aquella región del mundo». Pronto se decidió despachar un escuadrón de navíos de guerra de la Royal Navy al mando del almirante Watson para apoyar al ejército privado de la CIO, así como algunas tropas regulares para contrarrestar el regimiento que se creía que habían enviado los franceses. [20] Clive les siguió un mes más tarde con otra flotilla. En su bolsillo llevaba el despacho de oficial que le permitiría asumir el mando de los efectivos reales a su llegada a la India.

Fue una sucesión fortuita de circunstancias políticas lo que dilapidó la ambición de Clive de convertirse en político, acabó con su fortuna y le obligó a regresar al seno de la Compañía. Pero esta serie de casualidades tuvo repercusiones inmensas y de gran alcance. Pues los acontecimientos de los próximos meses, impulsados por la extrema agresividad y audacia temeraria de Clive, dieron lugar a uno de los sucesos más extraños de la historia: una compañía mercantil con sede en un pequeño edificio de la City londinense consiguió

derrotar, usurpar y tomar el poder del otrora todopoderoso Imperio mogol.



«Calcuta –escribió Clive pocos años más tarde– es uno de los lugares más perversos del Universo […] más avaricioso y lujoso de lo que uno pueda concebir». [21]

En septiembre de 1755, cuando la nave de Clive, el Stretham, estaba llegando a la India, la cabeza de puente británica en Bengala estaba irreconocible en comparación con la cenagosa factoría comercial fundada por Job Charnock apenas sesenta años atrás. La nuera de Charnock todavía vivía en Calcuta, pero esto era lo único que el fundador de la ciudad hubiera podido reconocer. [22]

Desde la muerte de Charnock, Calcuta había crecido hasta convertirse en la joya de las estaciones comerciales de la Compañía en ultramar: era, con diferencia, la base comercial más importante de la CIO en la India y la principal fuente de importaciones textiles británicas. De hecho, el 60 por ciento de todas las exportaciones de la CIO desde Asia pasaban por Calcuta. [23] Para pagar tales exportaciones, la CIO enviaba a Bengala 180 000 libras anuales, [*] de ellas, el 74 por ciento en moneda de oro y plata. [24]

La ciudad había sido transformada a consecuencia de esta afluencia inmensa de efectivo. Sus fortificaciones, muelles y la red de almacenes se extendían tres millas [5 km] a lo largo de las limosas orillas del río, hacia las junglas de los Sunderbans. Su perfil lo dominaban los baluartes del Fuerte William y numerosos edificios «de estilo griego»: la casa del gobernador de Roger Drake, una escuela, el teatro, la iglesia protestante de St. Anne, la de St.

Nazareth de los armenios, un hospital, la prisión, el gran depósito de agua potable y un cementerio cada vez más abarrotado de muertos.

En ese momento, Calcuta albergaba, probablemente, en torno a 200 000 personas –aunque algunas estimaciones más audaces duplican esa cifra– de las cuales, alrededor de un millar eran europeos. Los muelles de la ciudad eran tan florecientes y activos como sus bazares y llegaban a ellos el doble de naves que a los del puerto mogol rival, Hughli, emplazado río arriba del Ganges. Las licorerías de Calcuta estaban siempre repletas de capitanes y de sus tripulaciones de timoneles, contramaestres y pilotos, que ahogaban sus penas en la bebida antes de encaminarse a los celebrados burdeles de la ciudad.

Las casas europeas de Calcuta, situadas tras la orilla del río, eran, por lo general, edificios grandes, cómodos y espaciosos, pintados de blanco brillante y con amplias terrazas, extensos jardines y establos. Incluso en tiempos de bonanza, la planificación urbanística no figuraba entre las virtudes más obvias de Calcuta: la señora Jemima Kindersley consideraba que la ciudad tenía el aspecto «más desgarbado que pueda concebirse y es tan irregular que se diría que todas las casas han sido lanzadas al aire y han caído de forma fortuita allí donde están. La gente construye constantemente, y todo aquel que pueda procurarse un terreno en el que edificar una casa consulta con su propio gusto y conveniencia, sin consideración alguna hacia la belleza o regularidad de la ciudad». [25] Puede que Calcuta fuera caótica, pero también era próspera en extremo.

Los beneficios del comercio de Calcuta eran enormes y no dejaban de crecer, pero lo que más atraía a los indios de esta ciudad de propiedad extranjera era la sensación de paz y seguridad. Durante la década de 1740, mientras en el sur ardían las Guerras Carnáticas, los marathas atacaron Bengala con una violencia horrenda. El jefe en Bengala de la VOC calculó que las incursiones marathas asesinaron a no menos de 400 000 civiles. [26] En 1750, Bhaskar Pandit, general del caudillo maratha Bhonsle, volvió a

invadir Bengala con 20 000 jinetes. En una serie de incursiones nocturnas, saquearon el campamento del nabab y destruyeron los convoyes que acarreaban provisiones para su ejército. Los marathas aplicaban la táctica de tierra quemada: devastaban las aldeas vecinas para impedir que su grano pudiera llegar al enemigo. Los soldados del nabab quedaban así privados de alimentos, transporte e impedimenta, con lo que ya no servían de mucho. Algo que los agentes de la Compañía explicaban en sus cartas a Inglaterra en términos sumamente gráficos. [27] Vaneshwar Vidyalankar, pandit del marajá de Bardwan, escribió que los marathas «carecen por completo de piedad, asesinan a niños y mujeres encintas, brahmanes y pobres; son feroces de espíritu, expertos en el robo de la propiedad de cualquiera y en la comisión de todo tipo de actos pecaminosos. Crearon un cataclismo local y extirparon el pueblo de las aldeas de Bengala como si se tratase de un cometa [ominoso]». [28]

En su *Maharashtra Purana* , el poeta bengalí Ganga Ram presenta una semblanza detallada del terror que inspiraban. «La gente de la tierra estaba llena de pecado –escribió– y ya no se rendía culto a Rama y a Krishna. Día y noche las gentes se daban al placer con las esposas de otros». Por fin, escribe Ram, Shiva ordenó a Nandi que entrase en el cuerpo del rey maratha Shahu. «Que envíe a sus agentes, que los pecadores y los malhechores sean castigados». [29] Poco después,

> Los bargis [marathas] comenzaron a saquear las aldeas y la gente huyó aterrorizada. Los *pandit* brahmanes huyeron, llevándose consigo montones de manuscritos; los orfebres huyeron con balanzas y pesos; y los pescadores con sus redes y sus sedales […] todos huyeron. La gente huyó en todas direcciones: ¿quién podría contar su número?
>
> Todos los moradores de las aldeas huían cuando escuchaban el nombre de los bargis. Damas de buena familia,

que jamás habían puesto el pie en el camino, escapaban de los bargis con cestos sobre sus cabezas. Terratenientes rajputs, que habían ganado su fortuna con la espada, arrojaban sus armas y huían. Y huían *sadhus* y monjes en literas, cuyos portadores acarreaban su equipaje sobre sus hombros; y muchos granjeros huyeron, con la simiente para la cosecha del año próximo a lomos de sus bueyes. Y mujeres embarazadas, que apenas podían caminar, se pusieron de parto en el camino y allí mismo dieron a luz.

Algunas personas se detenían en el camino y preguntaban a los que pasaban dónde estaban los bargis. Todos replicaban: no les he visto con mis propios ojos, pero al ver que todo el mundo huye, yo también huyo.

Y entonces, de repente, los bargis llegaban con un gran grito y rodeaban a la gente en sus campos. Se llevaban el oro y la plata, y rechazaban todo lo demás. A algunas personas les cortaban la mano, a otros les cercenaban nariz y orejas; a otros los mataban sin más. Se llevaban a rastras a las mujeres más bellas, las cuales trataban de escapar, y les ataban cuerdas a dedos y cuellos. Cuando uno de ellos acababa con una mujer, otro la tomaba, mientras las mujeres violadas chillaban pidiendo auxilio. Los bargis, tras cometer tales actos bestiales, sucios y pecaminosos, las dejaban ir.

Tras saquear los campos, entraban en las aldeas y prendían fuego a las casas. Bungalós, casas de campo y templos, grandes y pequeños, todos ardían por igual. [Los bargis] destruían aldeas enteras y merodeaban por todas partes dedicándose al pillaje. A algunas personas las ataban con las manos a la espalda, a otros los arrojaban al suelo, y, colocándolos boca arriba, les pateaban. Constantemente gritaban «danos rupias, danos rupias, danos rupias». Cuando no las obtenían, llenaban las narices de sus víctimas con agua, o les ahogaban en tanques. Cuando exigían dinero a un

hombre y no se les daba, lo mataban […] Bungalós, casas de campo, *mandapas* de Visnú, edificios grandes y edificios pequeños, ardían todos por igual […] mataban a todo brahmán o vaishnava o sanniasin que vieran, y masacraban vacas y mujeres a centenares. [30]

Lo que para Bengala era una pesadilla, para la Compañía resultó ser una gran oportunidad, pues contra la artillería y las ciudades defendidas por los mosqueteros regulares de las potencias europeas, la caballería maratha no podía hacer nada. [31] Calcuta, en particular, estaba protegida por un profundo foso defensivo construido por la Compañía precisamente para mantener a raya a la caballería maratha. Esto hizo que los refugiados bengalíes acudieran en masa a una ciudad que les ofrecía más protección que ninguna otra de la región. Por ello el tamaño de Calcuta se triplicó en una década. Según un soldado de Cachemira llamado Abdul Karim, que visitó Bengala durante este periodo, los marathas evitaban cuidadosamente atacar las posesiones europeas situadas a lo largo del río Hugli: «Los soldados europeos son superiores a los de ningún otro país –escribió–, cosa que los marathas saben muy bien, pues, aunque Calcuta abunda en mercancías europeas de todas clases, no tiene fortificaciones, la cifra de sus habitantes europeos es insignificante, y los marathas forman enjambres como de hormigas o langostas, estos nunca han intentado atacar ese lugar, pues temen que los europeos unan sus fuerzas para la defensa mutua. Los europeos tienen gran pericia en el uso de cañones y mosquetes». [32]

Algunos de los refugiados que llegaron a la ciudad fundaron algunas de las dinastías más ilustres de Calcuta, como las de Nabakrishna Deb y Ramdulal Dey. [33] Pero la protección de sus fortificaciones no era el único atractivo. Calcuta se había convertido en refugio de la iniciativa privada, que atraía mercaderes del textil y prestamistas, y no solo bengalíes, sino también a emprendedores y casas de negocio parsis, gujaratis y marwaris, que encontraron en

Calcuta un entorno seguro y protegido en el que hacer fortuna. [34] Esta gran población india también incluía a muchos mercaderes acaudalados que lo único que querían era mantenerse lejos de la red tributaria del nabab. Otros aprovechaban la protección de la flota británica para hacer expediciones comerciales a Persia, el golfo Pérsico y, más al este, a China a través del estrecho de Malaca. [35] El sistema jurídico de la ciudad, y el marco de leyes comerciales y contratos mercantiles ingleses, de cuyo cumplimiento respondía el Estado, también contribuyó a hacer de la ciudad el destino prioritario de mercaderes y banqueros procedentes de toda Asia. [36]

En consecuencia, hacia 1756, la ciudad tenía una población fabulosamente diversa y políglota. Además de bengalíes y banqueros marwaris, tanto hindúes como jainistas, también había portugueses, armenios, persas, alemanes, suecos y holandeses, algunos de los cuales –a juzgar por un antiguo censo– tenían oficios sofisticados y, en ocasiones, extraños: relojeros, pintores, pasteleros, orfebres, sepultureros y fabricantes de pelucas.

La ciudad negra –el distrito indio de Calcuta, con sus incontables templos y mezquitas y bulliciosos mercados de verduras– era aún más caótica, sucia y cenagosa que la ciudad blanca. Aun así, los visitantes llegados de otros confines de Asia hablaban con gran admiración del asentamiento. Según un viajero persa, un erudito *sayyid* llamado Abdul Lateef Shushtari, «Calcuta ha reemplazado a Hughli, que es ahora frecuentada solo por naves neerlandesas. [La ciudad blanca] dispone de numerosos almacenes de 2-3 plantas, de piedra o de ladrillo y estuco, pintado y coloreado como si fuera mármol».

> Las casas erigidas junto al camino permiten a los visitantes ver lo que ocurre en el interior: por la noche se encienden velas de alcanfor en las habitaciones superiores e inferiores, lo cual es una cosa bella de ver. No hay temor a ladrones ni salteadores de caminos, nadie te pregunta a dónde vas ni de

> dónde vienes. Constantemente llegan de Europa y China y del Nuevo Mundo grandes naves cargadas con bienes preciosos y bellas telas, de tal modo que el terciopelo y el satén, la porcelana y el cristal se han hecho cosa común. En el puerto de Calcuta hay ancladas en todo momento más de 1000 naves grandes y pequeñas, y los capitanes disparan cañones para anunciar su llegada o su partida […] [37]

Fueran cuales fuesen sus muchos vicios, escribe Shushtari, los ingleses acogían y premiaban al talento: «Los ingleses no echan a nadie de forma arbitraria –observó– y toda persona competente conserva su empleo hasta que solicita por escrito una petición de retiro o su dimisión. Más notable aún es el hecho de que participan en la mayoría de festivales y ceremonias de musulmanes e hindúes, entremezclándose con la gente. Muestran gran respeto por los eruditos más destacados de todos los cultos».

Los matrimonios mixtos, prosigue Shushtari, eran comunes, si bien las mujeres indias que tomaban esposo europeo eran, sostiene, poco respetables: «Las mujeres del pueblo sin futuro, de los musulmanes corruptos o de los malignos hindúes, que, por propia voluntad, se unen en el vínculo del matrimonio a un inglés, no pierden su religión, ni se les obliga a dejar de portar el velo *purdah* . Cuando los hijos de esta relación alcanzan la edad de 4 años, son separados de sus madres y enviados a Inglaterra para su educación».

> Los ingleses se afeitan barba y bigote y se trenzan el cabello en una coleta. Se espolvorean polvo para hacer que su cabello parezca blanco. Tanto hombres como mujeres hacen esto, para reducir la diferencia entre viejos y jóvenes. Ni hombres ni mujeres se depilan el vello público, y lo dejan en su estado natural. Aun así, la mayoría de mujeres europeas

> no tiene vello corporal y cuando este existe, es del color del vino, suave y fino en extremo.
>
> Debido a que las mujeres no portan velo y, por la educación mixta que reciben muchachos y muchachas en una única casa-escuela, es bastante común que se enamoren, pues tanto hombres como mujeres sienten pasión por la poesía y componen versos de amor. Me han contado que muchachas de buena cuna a veces se enamoran de jóvenes de orígenes humildes y se cubren de escándalo, que ni castigos ni amenazas pueden controlar, de forma que sus padres se ven obligados a expulsarlas de su casa. Las calles están llenas de innumerables muchachas, en otro tiempo de buena familia, postradas en el pavimento de las calles.
>
> Los burdeles se anuncian con retratos de las prostitutas colgados de la puerta, con el precio de una noche escrito junto a los objetos requeridos para la fiesta [...] a consecuencia del número de prostitutas, la *atashak* [gonorrea], una grave enfermedad venérea que causa hinchazón de escroto y testículos, afecta a gentes de todas clases. Se propaga de unos a otros, sanos e infectados se entremezclan, pues nadie se contiene [...] ¡tal es el estado de todos los habitantes, musulmanes incluidos, de esos lugares! [38]

Shushtari no era el único al que inspiraban desconfianza los libertinos ingleses de Calcuta. Habían llegado a oriente con una sola idea: amasar una fortuna en el menor tiempo posible y la mayoría tenía escaso interés en las costumbres del país al que habían ido a comerciar o en la etiqueta social del que habían dejado atrás. Los numerosos funcionarios y soldados de la Compañía que llegaban cada año a Calcuta –por lo general segundones de propietarios rurales de provincias que llegaban sin un céntimo, escoceses que habían perdido sus tierras o su fortuna (o ambas cosas) en la

rebelión jacobita de 1745, *squaddies* (soldados rasos) reclutados en las calles del East End, hijos de clérigos y terratenientes anglo-irlandeses sin blanca– venían todos dispuestos a arriesgar sus vidas y viajar miles de kilómetros al clima imposible de Bengala, con sus pantanos sin drenar y sus junglas. Todos estaban dispuestos a arriesgarse a una más que posible muerte por una razón: si sobrevivías, no había ningún otro lugar mejor en el mundo para hacer fortuna. Pues Calcuta era una ciudad en la que se podía acumular una gran riqueza en meses para luego perderla en cuestión de minutos en una mesa de *whist* .

La muerte, ya fuera por enfermedad o por excesos, era cosa común. De los trabajadores de la Compañía, dos terceras partes no lograron regresar. En el ejército de la Compañía, el porcentaje era aún menor: cada año fallecía un 25 por ciento de los soldados europeos. [39] La presencia constante de la muerte hacía insensibles a los hombres. Tras guardar un breve lapso de luto por la muerte de un amigo, se daban a la bebida y se dedicaban a pujar por sus efectos personales: sus caballos y *buggies* , su mobiliario vizagapatam taraceado de marfil e incluso sus *bibis* bengalíes. [40] Esto hacía que la ciudad estuviera llena de hombres jóvenes. Roger Drake, por ejemplo, tan solo tenía 30 años cuando fue nombrado gobernador.

Para la mayoría de europeos, vivir en Calcuta era muy caro. Mantener una casa decente en la Bengala de la época costaba alrededor de 1000 libras anuales [*] y casi todos los habitantes europeos de Calcuta estaban endeudados, de una forma o de otra, con prestamistas indios. [41] El 3 de enero de 1754, un joven escocés recién llegado de North Berwick, Stair Dalrymple, escribió a su padre, *sir* Hew Dalrymple, miembro del Parlamento: «Aquí todo cuesta el doble que en casa. Con la mejor economía del mundo es imposible no ser extravagante. Tan pronto como llegué mis oídos quedaron impregnados de esta melancólica certeza, pues todos los caballeros del lugar me la han explicado. Nada es como uno se

imaginaba que era […] he construido muchos castillos en el aire». Con una «buena economía» consideraba que podría pagar los gastos de seis meses de estancia con un salario anual. En una misiva anterior escribió: «Espero estar aquí un máximo de quince o veinte años. En ese tiempo puedo llegar a ser gobernador. Si no llego a ese cargo, podré hacer una fortuna que me permita vivir como un caballero». [42]

Entre toda esta búsqueda de hacer dinero, el consejo de Calcuta de Drake había olvidado una consideración esencial: el mantenimiento de las defensas de la ciudad. Las murallas del fuerte se derrumbaban a ojos vista, los cañones se oxidaban y se habían construido nuevos edificios a ambos lados de las almenas. Algunos llegaban incluso a elevarse por encima de las fortificaciones. Además, en caso de ataque tan solo se podía movilizar una milicia muy limitada: alrededor de 260 soldados y oficiales, de los cuales solo una cuarta parte era británica. El resto eran mercenarios lusos, italianos, helvéticos y escandinavos. Los experimentos hechos en Madrás durante las Guerras Carnáticas, esto es, dar entrenamiento de cipayo a las castas guerreras locales no se habían introducido aún en Bengala. Según el reporte del capitán David Renny, «Calcuta carece tanto de pertrechos militares como de soldados»:

> […] no tenemos buenas cureñas. Tampoco hay suficientes armas ligeras ni cajas de cartuchos para la milicia […] la Compañía envió el año pasado una carta por medio del Delawar para mejorar el estado de las defensas del lugar, pero no dispusieron efectivo para tales obras, no había un ingeniero preparado y aunque se podría obtener dinero prestado, esto es algo a lo que la Compañía es en extremo reticente. La munición está en el peor estado posible, no hay preparados cartuchos de ningún tipo. La pequeña cantidad de metralla almacenada lleva allí tanto tiempo que ha sido destruida por los gusanos; no hay proyectiles ni espoletas

preparadas para [cañones] grandes o pequeños […] tan solo disponemos de una pequeña cantidad de pólvora, en su gran mayoría mojada. [43]

Los franceses tenían constancia de estas debilidades. Jean Law, hermano de Jacques, que había sido derrotado por Clive en las Guerras Carnáticas, era director de la factoría francesa de Kasimbazar, centro comercial situado en el extremo sur de la capital bengalí, Murshidabad. Law escribió que el fuerte de Calcuta «era pequeño y mal construido, y carecía de foso. Hay numerosas casas por encima de sus muros y su guarnición era […] demasiado escasa para defenderlo». [44]

En Londres, los directores también eran muy conscientes de su vulnerabilidad. Cuando la guerra con Francia se hizo inminente, enviaron 59 piezas a Calcuta y volvieron a insistir al consejo local que comenzara a reforzar las fortificaciones de inmediato. En 1756 escribieron a Drake para preguntarle qué trabajos se habían completado para mejorar sus defensas y le urgieron a que se apresurase a hacer las reparaciones necesarias, a ser posible con la aprobación del nabab, Aliverdi Khan, «o al menos con la connivencia de los responsables del nabab que considere con autoridad para dar su consentimiento». La amenaza francesa no era lo único que les preocupaba. «La muerte del nabab es un suceso que, dada su edad avanzada, puede esperarse que ocurra cualquier día y es muy probable que cause mucha confusión y problemas en la provincia antes de que un nuevo nabab se consolide en el trono. Por tanto, le recomendamos que cuando sea que esto ocurra, tome todas las precauciones para preservar nuestras posesiones, efectos y privilegios». [45]

Las reparaciones y la reconstrucción no comenzaron hasta ese mismo año y con meses de retraso. Drake ignoró las instrucciones de tratar de obtener el permiso del nabab, pues William Watts, director de la factoría inglesa de Kasimbazar, le había indicado que

«no es nada probable que [Aliverdi] se dé cuenta de nuestros trabajos para hacer defendible Calcuta […] pero es seguro que su permiso [para hacer reparaciones] no podrá obtenerse sin una considerable suma de dinero. Su Excelencia debería, por tanto, emprender las fortificaciones sin solicitar su permiso». [46]

Pero el servicio de información del nabab era más eficiente de lo que Drake o Watts creían. En cuestión de días, el viejo nabab, Aliverdi Khan, recibió un informe completo del programa de reparaciones de Drake y convocó a su nieto y potencial heredero para debatir cuál debía ser la respuesta adecuada a este intento de unos mercaderes insolentes de subvertir la autoridad mogola. Su nieto se llamaba Siraj ud-Daula.



La ciudad de Murshidabad, capital de Bengala a finales de la época mogola, se hallaba a tres días de navegación de Calcuta río arriba del Bhagirathi, una de las dos cabeceras principales del Ganges.

Murshidabad, junto con el gran centro textil de Dhaka, seguía siendo en 1756 una urbe mucho más grande que Calcuta. Según algunas estimaciones, su población era comparable a la de Londres. Desde esta ciudad, el nabab Aliverdi Khan dirigía la que era, con mucha diferencia, la provincia más rica del Imperio mogol, aunque era motivo de debate si tal imperio todavía existía en algo que no fuera el nombre. Tras el comienzo de las invasiones marathas de la década de 1740, el nabab había dejado de enviar sus pagos anuales a Delhi y, pese a que las invasiones habían cesado, no habían vuelto a remitirlos.

Aliverdi Khan, descendiente de árabes y turcomanos de Afshar, había llegado al poder en 1740 en un golpe militar financiado y

orquestado por los banqueros Jagat Seth, cuyo inmenso poder controlaba las finanzas de Bengala. Los Jagat Seth podían encumbrar o derribar a quien quisieran en Bengala, incluido su regente, y su instinto político solía ser tan fino como su instinto financiero. En este caso, como había ocurrido con tanta frecuencia, los Seth habían sabido elegir bien a su hombre: Aliverdi fue un gobernante popular, culto y extremadamente capaz. Con su valentía, persistencia y genio militar pudo mantener a raya las invasiones marathas, algo que muy pocos generales mogoles habían logrado. Lo consiguió gracias a su eficiencia militar, pero también a su astucia despiadada. En 1744, convocó a Bhaskar Pandit y a sus jefes marathas para negociar. Aliverdi hizo que su general afgano, Mustafa Khan, asesinase a todos los líderes marathas en la misma tienda en la que debían tener lugar las negociaciones de paz.

En Murshidabad, Aliverdi Khan creó una cultura cortesana chií vigorosa y deslumbrante, así como un núcleo de estabilidad política y económica que era una rara isla de calma y prosperidad en el mar de anarquía del declive mogol. Numerosos mogoles de talento –soldados, administradores, cantantes, bailarines, pintores– emigraron desde Shahjahanabad, cuyas calles se habían vuelto cada vez más violentas y turbulentas. Durante el gobierno de Aliverdi, Murshidabad se convirtió en uno de los grandes referentes del arte mogol tardío. [47]

Dip Chand y Nidha Mal, celebrados artistas de Delhi, dirigían un taller de emigrados donde los pintores de la corte de Murshidabad desarrollaron en poco tiempo un estilo regional inconfundible, cuyas obras tenían siempre como telón de fondo el amplio cauce del Ganges. Muchas de estas imágenes, de un maravilloso y nuevo naturalismo, se recreaban en paisajes de bulliciosas aldeas ribereñas repletas de templos y mezquitas a la sombra de huertos de mangos y de kadambares. Recorren las escenas campesinos con arados y mercaderes con balanzas que se inclinan ante santones melenudos cubiertos con pieles de tigre. A un lado, pasan nobles sobre

elefantes enjaezados y príncipes en palanquines. Por el río, de orillas festoneadas por los abanicos altivos de las palmas de Palmira, se deslizan en una y otra dirección canoas de pesca y balandras de la Compañía. Las barcazas de los harenes reales de Murshidabad, de forma de guadaña y maravillosos dorados, navegan por el Bhagirathi rumbo a los jardines mogoles de Kushbagh. [48]

En una de estas miniaturas cortesanas, pintada no más tarde de 1755, Shahamat Jang, yerno de Aliverdi, disfruta en la intimidad de la actuación musical de una troupe de *kalawant* , músicos originarios de Delhi. Es evidente que eran considerados símbolos de prestigio, pues todos son citados por su nombre y retratados de forma diferenciada. Al otro lado de la sala esperan sentadas su turno para cantar cuatro cortesanas de Delhi, de belleza exquisita, que también son citadas por su nombre. [49]

Entre los muchos emigrantes que llegaron de las calles ruinosas de Delhi durante esta época figura un primo del nabab, el joven y brillante historiador Ghulam Husein Khan, que presenta a Aliverdi Khan como un gran héroe. En su *Seir Mutaqherin o Reseña de los tiempos modernos* , Ghulam, el gran historiador de la India dieciochesca (su obra es, con diferencia, la fuente india más preclara para el periodo), nos presenta un atractivo retrato de Aliverdi. Este era un epicúreo amante de los gatos que gustaba de entretener sus veladas con comida exquisita, libros e historias: «Dedicaba tanta atención a mantener la paz y seguridad de sus súbditos, en particular de sus granjeros, que ninguno de ellos puede decir que estuviera menos seguro con él que en las rodillas de su padre, o en el regazo de su madre»:

> Era un entendido en las artes, amaba las interpretaciones exquisitas, y nunca dejó de dar muestras de su aprecio a los artistas, pues sabía recompensar a aquellos que destacasen en las artes. Gustaba del pasatiempo de la conversación ingeniosa, y él mismo era excelente compañía, hasta el punto

> que ninguno de sus contemporáneos le igualaba. General prudente y soldado valeroso, no había virtud ni talento que no poseyera […]
>
> Aliverdi nunca fumaba, pero bebía café, que hacía repartir […] [Tras finalizar el trabajo de la mañana] se entretenía con una hora de conversación, escuchar versos, leer poesía o escuchar alguna historia agradable. De vez en cuando, daba [una receta] de algún plato, que era siempre aliñado en su presencia, por obra de alguna persona recién llegada de Persia o de algún otro país renombrado por su excelente cocina; pues era un gran aficionado a la buena mesa, y tenía un paladar muy delicado.
>
> A veces ordenaba que la carne, especias y otras viandas fueran traídas a su presencia y daba órdenes a los cocineros, y algunas veces les dirigía, otras veces inventaba algún nuevo método de preparación […] tras la comida, se retiraba a su dormitorio para dormir una siesta, momento en el cual venían los narradores de historias y los guardianes del lecho a ejercer sus oficios. [50]

La otra gran pasión de Aliverdi eran los gatos persas blancos. Ingleses y franceses de Bengala competían entre sí por buscarle los ejemplares más bellos de todo el mundo, un regalo que siempre les garantizaba su favor. [51] En ocasiones, Aliverdi presionaba a las compañías europeas, para disgusto de estas, para que hicieran importantes contribuciones a la defensa de Bengala contra los marathas. Pero, en general, estas agradecían la paz y prosperidad que garantizaba su firme gobierno. A su vez, Aliverdi era consciente de la riqueza y de otros beneficios que las compañías mercantiles aportaban a su reino: «Los mercaderes son los benefactores del reino –consideraba–, sus importaciones y exportaciones redundan en provecho de todos los hombres». [52]

En cierta ocasión, Aliverdi Khan dijo a su anciano general Mir Jafar Khan que los europeos eran como un panal de abejas, «de cuya miel puede obtenerse un beneficio, pero si perturbas su colmena te picarán hasta matarte». [53] A sus generales, les aconsejaba no importunarlos: «¿Qué mal me han hecho los ingleses y por qué no debería quererles bien?». A un funcionario afgano partidario de la mano dura le dijo lo siguiente: «Mira esa planicie cubierta de hierba. Si le prendes fuego, nadie podría detener el incendio. ¿Y qué hombre podrá apagar el fuego, sino aquel que surja del mar y de este venga a la tierra? No vuelvas a prestar oídos a tales propuestas, pues no causarán más que desgracias». [54]

En un futuro, los bengalíes recordarían los últimos años de Aliverdi Khan como una edad de oro que superaría a todas las épocas posteriores. El país era rico y floreciente. Los ingresos de Bengala habían aumentado un 40 por ciento desde la década de 1720 y un único mercado de las inmediaciones de Murshidabad gestionaba, él solo, 650 000 toneladas anuales de arroz. [55] Los productos que la región exportaba –azúcar, opio e índigo, así como los productos textiles manufacturados por un millón de tejedores– eran demandados por todo el mundo. Después de la derrota de los marathas, el Estado disfrutó de un gran periodo de paz. En 1753, un inglés escribió que los mercaderes podían enviar cargamentos de monedas de un confín de Bengala a otro, «al cuidado de uno, dos o tres peones únicamente». [56] Para Ghulam Husein Khan, así como para muchos miembros de la corte, tan solo había una nube en el horizonte: el posible heredero de Aliverdi Khan, su nieto Siraj ud-Daula.

Ni una sola de las muchas fuentes de la época –persas, bengalíes, mogolas, francesas, neerlandesas o inglesas– dice una sola buena palabra de Siraj. Según Jean Law, su aliado político, «su reputación era la peor imaginable».

Este joven de mediana estatura, de 24 o 25 años de edad [...] destacaba por su inclinación a todo tipo de libertinaje y por su crueldad repulsiva. Las mujeres de los gentiles [hindús] tienen el hábito de bañarse en el Ganges. Los esbirros informaban a Siraj de las que eran de cierta belleza y les enviaba en botes a llevárselas cuando estaban el agua. También se le ha visto en numerosas ocasiones, cuando el río se desborda, embestir de forma intencionada las barcas que cruzan el río y darles una sacudida o provocarles una brecha, para así experimentar el placer cruel de asustar a cien o más personas –hombres, mujeres y niños– muchos de los cuales no sabían nadar y que, sin duda, perecerían ahogados.

Si era necesario deshacerse de algún ministro o noble, Siraj se presentaba voluntario para ello. Aliverdi Khan, que no podía tolerar oír los gritos de los ejecutados, se retiraba entretanto a algún jardín o casa de las afueras de la ciudad. La gente temblaba ante la sola mención de su nombre. Tal era el temor que inspiraba [...] este joven irresponsable no tenía ningún talento para el gobierno. Solo reinaba por medio del miedo, pero al mismo era sabido que era el más cobarde de los hombres.

Era de natural impulsivo, pero carecía de valor; también era terco e indeciso. Se ofendía con facilidad, incluso ante una infracción menor, y a veces sin motivo aparente. Su carácter presentaba todas las fluctuaciones que el tumulto de pasiones opuestas produce en un temperamento débil. Era traicionero de corazón, más que de espíritu, sin fe ni confianza en nadie y sin ningún respeto por los juramentos que hacía, que violaba con igual facilidad. La única excusa que puede presentase en su favor era que, desde su infancia, siempre se le había denegado la posibilidad de ser soberano. Dada su escasa educación, no aprendió ninguna lección que podría haberle instruido en el valor de la obediencia. [57]

Pero el retrato más condenatorio de Siraj lo esbozó su propio primo, Ghulam Husein Khan, que había formado parte de su personal. Ghulam había quedado profundamente horrorizado por el carácter de este hombre, al que presenta como un violador bisexual compulsivo y psicópata: «Su carácter era una combinación de ignorancia y libertinaje –escribió–. Los grandes [del reino] y los comandantes habían llegado a detestar a este príncipe a causa de su frivolidad, su crudo lenguaje y su dureza de corazón»:

> Este príncipe [...] tenía por deporte sacrificar a su lujuria a casi todas las personas, de uno u otro sexo, de las que se encaprichase, o las convertía sin ningún escrúpulo en víctimas de su maligno temperamento o de las distracciones de su juventud irresponsable [...] [Siraj] despreciaba e insultaba a diario a los viejos comandantes que con tanta fidelidad y tanta bravura habían servido a Aliverdi Khan, los cuales, intimidados por el carácter y lenguaje soez de su nieto, no osaban abrir la boca, o respirar en su presencia. La mayoría de estos, molestos por las expresiones poco honorables con las que se dirigía a ellos, y enfurecidos por las insolentes ideas advenedizas que dominaban su mente, no ofrecían su consejo, le querían mal y deseaban ver su caída. Siraj, por su parte, nunca se preocupaba por pedirle a nadie su opinión.
>
> Siraj era un ignorante del mundo, incapaz de asumir una línea de acción razonada, debido a su completa falta de inteligencia y juicio, pues su cabeza estaba oscurecida por el humo de la ignorancia, pero tan embriagada por las emanaciones de la juventud y el poder y el dominio, que no distinguía entre el bien y el mal, ni entre vicio y virtud. Su imprudencia era tan grande que, en mitad de una expedición militar, clavaba dagas en los corazones de sus comandantes más bravos y capaces con su duro lenguaje y su temperamento colérico. Tales usos, como es natural,

> suscitaba gran negligencia entre aquellos […] llegó a ser tan odiado como el faraón. La gente que se lo encontraba por casualidad solía decir: ¡Dios nos proteja de él! [58]

El error más grave de Siraj fue enemistarse con los grandes banqueros de Bengala, los Jagat Seth. Las maquinaciones de los Seth habían llevado a Aliverdi al poder y todo aquel que quisiera operar en la región hacía bien en cultivar su favor. Pero Siraj hizo todo lo contrario con los dos hombres que dirigían la entidad bancaria. Estos eran Mahtab Rai, propietario del título de Jagat Seth, y Swaroop Chand, su primo, al cual Aliverdi Khan había concedido el título de «marajá». Durante los primeros días de su gobierno, Siraj quiso armar y equipar una fuerza para enfrentarse a su primo de Purnia. Ordenó a los banqueros que le proporcionasen 30 millones de rupias, [*] pero cuando Mahtab Rai le dijo que tal cosa era imposible, Siraj le golpeó. [59] Según Ghulam Husein Khan, «Jagat Seth, el primer ciudadano de la capital, había sido tratado con desprecio y burla y había recibido una mortal ofensa, pues se le amenazó varias veces con la circuncisión. Se había convertido en un enemigo y estaba perdido por completo para [el régimen de Siraj]». [60] Un error fácilmente evitable que lamentaría en un futuro.

A pesar de todo, Siraj ejercía un extraño dominio sobre su abuelo. El anciano no tenía hijos, solo tres hijas, y tras la muerte por viruela de su otro nieto, el hermano mayor de Siraj, fio todas sus esperanzas en el único superviviente. Los dos hombres no podían ser más diferentes. Aliverdi Khan era sabio y disciplinado, mientras que su nieto era un libertino y un ignorante. Aun así, el amor de Aliverdi no conocía límites. Según Ghulam Husein Khan, incluso después de que Siraj se rebelase contra Aliverdi en 1750 y ocupara la ciudad de Patna, su amoroso abuelo insistió en perdonarlo y le escribió «en los términos de un amante apasionado, como un anciano alienado que suplica que se le permita ver una vez más el

rostro amado, pues a su edad provecta su único deleite es gozar de su contemplación». [61]

Durante algún tiempo existió la esperanza de que Aliverdi Khan recobrase la cordura y nombrase sucesor a su yerno, Nawazish Khan, personaje generoso y popular, esposo de su hija mayor, Ghaseti Begum. En la corte, todos coincidían en que hubiera sido el candidato idóneo. Pero, en lugar de ello, en 1754 nombró heredero a Siraj.

Hacia 1755 esto era una cuestión muy grave, pues estaba claro que el anciano nabab, de 80 años edad y aquejado de hidropesía, estaba cercano a su fin. La Compañía estaba particularmente inquieta al respecto, pues no había buscado ganarse a Siraj, sino que, por el contrario se había centrado en cultivar la amistad de Nawazish Khan y de su esposa, a la que Siraj odiaba. Los franceses, por su parte, habían jugado sus bazas de forma más inteligente, cosa que Jean Law esperaba que les diera una ventaja importante en Bengala cuando falleciera Aliverdi. Los ingleses estaban «convencidos de que la violencia del carácter de Siraj y el odio que inspiraba harían que nunca llegase a ser *Subedar* ».

> Nunca se dirigieron a él [Siraj], ni le hicieron ninguna petición para que les asistiera en sus asuntos. Todo lo contrario: evitaron toda comunicación con él. Es bien sabido que en varias ocasiones le negaron la entrada a su factoría de Kasimbazar y a sus casas en la campiña. Siraj ud-Daula, bravucón e ignorante, solía destrozar muebles cuando le placía y se llevaba cualquier cosa que atrajera su capricho. Pero Siraj era incapaz de olvidar ninguna ofensa o desaire que hubiera recibido. Así, ya antes de la muerte de Aliverdi Khan, era bien sabido que Siraj ud-Daula estaba enojado con los ingleses.
>
> Por otra parte, estaban de nuestra parte [los franceses]. Dado que ponerle de buen humor redundaba en nuestro

> interés, siempre le recibíamos en nuestra factoría con mil cortesías, muchas más de las que [Siraj] merecía, y buscábamos su intervención en todas las cuestiones importantes. Esto se logró enviándole presentes de vez en cuando, lo que nos permitió mantener relaciones cordiales. [62]

En marzo de 1756, la salud de Aliverdi Khan empeoró de forma ostensible, después de que un ataque severo de hidropesía le dejase postrado y medio paralizado. Hacia esta época, el viejo nabab fue informado por unos visitantes del sur mogol de la actuación de los europeos en las Guerras Carnáticas de cinco años antes. En particular, se le hizo ver que los europeos habían pasado de ser herramientas útiles de los gobernadores mogoles de la Carnática a titiriteros todopoderosos que creaban y derribaban gobernantes a su antojo. Estas noticias «le causaron una honda impresión –escribió Ghulam Husein Khan–, pues sabía lo muy avara que había sido la Providencia a la hora de dotar a Siraj ud-Daula de entendimiento y prudencia […] era consciente de la forma en que gobernaría, de las malas relaciones que tenía con los mandos militares y lo propenso que era a enemistarse con los ingleses de Calcuta. Solía afirmar, en presencia de todos, que tan pronto como falleciera y Siraj ud-Daula le sucediera, los hombres con sombrero [*] se harían los dueños de todas las costas de la India». [63]

Poco tiempo después, llegó el informe de que la CIO había sido sorprendida haciendo reparaciones no autorizadas, así como que en algunos puntos había reconstruido por completo las murallas de Calcuta. Aliverdi convocó a Siraj y decidió escribir tanto a ingleses como a franceses para ordenarles que desmantelasen sus fortificaciones. Los franceses respondieron con tacto y, por medio del reparto de sobornos entre los gobernantes mogoles de Chandenagar, pudieron evitar derribar sus nuevas y poderosas murallas. Pero la respuesta del gobernador Drake, cuyas fortificaciones eran mucho más modestas, solo consiguió empeorar

la situación. Su contestación para el nabab fue considerada insolente y desafiante, pues cuestionaba la capacidad del primero de proteger a sus súbditos. También daba a entender que los ingleses se disponían a llevar a Bengala la guerra contra los franceses, que tanta devastación había provocado en la Carnática: «No podemos plantearnos aceptar una exigencia de naturaleza tan inusitada», escribió Drake.

> Durante el pasado siglo hemos comerciado en sus dominios [los del nabab] y hemos sido protegidos y apoyados por los diversos subah, siempre hemos obedecido sus órdenes. Esto nos lleva a considerar que su Excelencia está siendo informada por enemigos, que, faltando a la verdad, le han dicho que estamos erigiendo nuevas fortificaciones [...] [Su Excelencia] debe saber la gran pérdida que supuso para nuestra Compañía la captura de Madrás por los franceses, y que parece que va a haber guerra entre nuestras dos naciones. Por tanto, estamos reparando las murallas, que estaban en peligro de ser derribadas por [las inundaciones] del río, pero, por lo demás, no estamos erigiendo nuevas obras defensivas. [64]

En su respuesta, Aliverdi recurrió por última vez a la diplomacia. Despachó a un enviado, Narayan Singh, con la misión de convencer a Drake de que mostrase la obediencia debida, explicarle cuál era el lugar y el estatus de unos mercaderes en un reino mogol e indicarle las consecuencias a las que tendría que enfrentarse la Compañía si esta continuaba desafiando su voluntad.

El viejo nabab pasó sus últimos días presenciando peleas de gallos y aconsejando a su nieto que, siempre que fuera posible, siguiera el camino de la reconciliación: «Dado que la prosperidad del Estado depende de la unión y de la cooperación –dijo– y su ruina depende de riñas y enfrentamientos, si tu gobierno debe basarse en

el acuerdo y en la obediencia, es necesario que sigas con firmeza mis usos y maneras, para que, al fin de tu vida, hayas conseguido mantenerte a salvo de la dominación de tus enemigos. Pero si tomas el camino de la disputa y de la hostilidad, es muy probable que este Estado decline y pierda su buen nombre y que durante un largo periodo de tiempo prevalezcan la zozobra y el remordimiento». [65]

Aliverdi Khan murió el 9 de abril de 1756 a las 5 de la madrugada. Fue enterrado al día siguiente al lado de su madre en el Khushbagh [jardín de Khush]. Esa misma tarde, Siraj ud-Daula atacó el palacio de su tía, Ghaseti Begum, mató o desarmó las tropas que protegían el edificio y se llevó todo su dinero y sus joyas.

Al mes siguiente, el 22 de mayo, Siraj marchaba sobre Purnia con miles de hombres y 500 elefantes para atacar a un primo que consideraba un posible rival, cuando acudió a su encuentro el enviado de su abuelo, Narayan Singh, que regresaba de su misión a Calcuta furioso y humillado. Singh le explicó al nuevo nabab que Drake le había hecho arrestar y expulsar de la ciudad sin concederle ni siquiera una audiencia. Singh se preguntó: «¿Qué honor puede quedarnos [...] cuando un puñado de comerciantes, que no saben ni limpiarse el trasero, replican la orden de su gobernante con la expulsión de su enviado?». Siraj ud-Daula, al escuchar tales palabras, dio media vuelta con su gran expedición y, tras una noche de marcha, se presentó ante la factoría inglesa de Kasimbazar. [66]

La factoría de la CIO cerró las puertas y cargó con metralla los cañones de las almenas. Siguió una situación de calma tensa que se prolongó durante varios días. La factoría fue primero bloqueada y luego sitiada y sus factores no se ponían de acuerdo en si debían ofrecer resistencia militar con las escasas tropas y limitado armamento que tenían a mano o si someterse a Siraj ud-Daula. En un principio, tan solo rodeaban la factoría 300 jinetes mogoles, pero el número de efectivos aumentaba cada día, hasta que, al fin, el 3 de junio, Siraj se presentó en persona con un contingente que los factores de la Compañía, preocupados, cifraron en unos 30 000. [67]

Los ingleses tan solo disponían de 200. William Watts, el factor jefe, tras ser informado por algunos amigos en la corte de Bengala de que el nabab sería magnánimo si se rendían sin condiciones, optó por esto último.

Según el relato de un testigo presencial inglés, «cuando el señor Watts se presentó ante el nabab con manos cruzadas y las muñecas envueltas en un pañuelo, en señal de que era su esclavo y prisionero, [Siraj] le insultó de forma reiterada». [68] Watts fue obligado a abrazar los pies del nabab y gritar: «*Tomar ghulam* , *tomar ghulam* », esto es, «soy vuestro esclavo, soy vuestro esclavo».

> Una vez abiertas las puertas de la factoría, el enemigo entró en gran número, y exigió las llaves de los *godown* [almacenes] tanto públicos como privados. Tan pronto como tomaron posesión de armas y municiones, se comportaron de la forma más insolente, amenazando a los caballeros con cortarles las orejas y las narices y *chabuck* [azotarles], entre otros castigos, a fin de imponerles obediencia […] entonces, [Siraj] ordenó que todos los europeos fueran expulsados de la factoría, y puestos bajo custodia. Los prisioneros fueron enviados, cubiertos de grilletes, a la *cutcherry* [mazmorra] de Murshidabad y allí permanecieron. [69]

Entre los ingleses capturados, saqueados y cubiertos de grilletes figuraba un joven aprendiz de factor de 24 años de edad llamado Warren Hastings. El comandante de la guarnición, teniente Elliot, optó por volarse los sesos para no tener que soportar insultos, humillaciones y cautiverio. [70]

El 28 de mayo, en pleno asedio, Siraj ud-Daula envió a un intermediario armenio a Calcuta con una lista de exigencias para Drake. Estas comunicaban lo siguiente: «Si los ingleses quieren permanecer en mi país deberán aceptar que sus fuertes sean

arrasados, sus fosos rellenados y deberán comerciar en los mismos términos que en los tiempos del nabab Murshid Quli Khan. De no ser así, les expulsaré por completo de las provincias de las que soy Subah [gobernador] […] estoy determinado a obligar a esa nación a aceptar las condiciones citadas […]». [71] Lo que Siraj quería era que los británicos actuasen como lo habían hecho los armenios durante siglos: comerciar como una comunidad de súbditos mercaderes, defendidos no por sus propias fortificaciones, sino por la protección del gobernador mogol. Drake no se molestó en replicar, por lo que, al día siguiente de la rendición de la factoría de Kasimbazar, Siraj marchó con su ejército, que ahora sumaba 70 000 efectivos, a conquistar Calcuta y someter a sus arrogantes mercaderes.




Mientras Siraj ud-Daula marchaba en dirección sur para imponer su autoridad a la Compañía, 1000 millas [1600 km] tierra adentro otro joven príncipe mogol, también de poco más de 30 años, y cuyo futuro estaría fatalmente imbricado con el de Clive y la Compañía, estaba tratando de imponer su autoridad en la fortaleza jat de Hansi, a un centenar de millas [160 km] al oeste de Delhi. El príncipe era un literato, un intelectual humano y afable, «bueno hasta la debilidad», según el conde de Modave, y no estaba hecho para las expediciones de castigo. Su campaña tuvo mucho menos éxito que la del sanguinario y despiadado Siraj ud-Daula. [72]

El príncipe Ali Gauhar, Shah Alam, era un hombre alto, bello y bien proporcionado, dotado de todo el encanto, sensibilidad y erudición de que carecía Siraj ud-Daula. No era un soldado, sino un poeta excepcional en varias lenguas. Era este campo, no las artes de la guerra, lo que despertaba su interés, a pesar de que era

renombrado por su valor en la batalla y por ser un excelente espadachín.

Jean Law, que escribió en términos tan duros acerca de Siraj ud-Daula, describió al joven Shah Alam como poco menos que el príncipe perfecto: «Tiene una estatura por encima de la media, con rasgos atractivos, pero una complexión sorprendentemente atezada», escribió.

> El Shahzada ha tenido la mejor educación, y la ha aprovechado muy bien. Todo lo que observé era favorable. Está versado en lenguas orientales y en historia. Está familiarizado con las lenguas árabe, persa, turca e indostaní. Adora la lectura y nunca pasa un día sin dedicarle varias horas [...]. Tiene una mente inquisitiva, es de natural alegre y libre en el entorno privado, al que con frecuencia admite a sus principales mandos militares, con los que tiene confianza. Yo mismo he recibido este honor con frecuencia. [73]

El desgraciado destino del príncipe fue nacer durante una era en la que la agresión descarnada y la fuerza bruta parecían dar mejor resultado que el carisma o la conciliación. Como él mismo escribió:

> A causa de la perfidia de la nobleza y de los vasallos, ha surgido esta anarquía, y todo el mundo se proclama soberano de su lugar, y se enfrentan entre ellos, y el fuerte prevalece sobre el débil [...] el sacro corazón de su Majestad está profundamente perturbado y considera que si no reivindica el honor de su familia y del imperio, su dignidad sufrirá un menoscabo a ojos de aquellos que solo juzgan por las apariencias [...] en esta era de engaño y espejismos, Su Majestad no confía en los servicios o protestas de lealtad de nadie. [74]

Desde la espectacular reducción del imperio dos décadas antes, durante el reinado de Mohamed Shah Rangila, el hinterland de Shahjahanabad había sucumbido a un desorden feroz, en el que unos y otros se devoraban mutuamente, donde cada aldea era una república autosuficiente y fortificada, en guerra con sus vecinos. Dado que los mogoles proporcionaban poca o nula asistencia en momentos de perturbaciones e invasiones, los aldeanos no veían ningún motivo por el que debían pagar impuestos. La misión del príncipe, según el *Shah Alam Nama* , debía ser «castigar a esos rajás malvados que habían traspasado los límites de la obediencia y a los zamindar que, por mor de la negrura de sus corazones, se habían rebelado, para reprenderlos y obligarles a rendir obediencia». [75] Pero las cosas no funcionaban así. Cuando el príncipe trató de hacer que Hansi obedeciera y pagase los tributos debidos, los aldeanos se limitaron a cerrar las puertas y atacaron y robaron su campamento de noche, al amparo de la oscuridad.

Shah Alam había nacido en el Fuerte Rojo. Nieto del emperador Bahadur Shah I, había sido criado y educado en la «jaula» de los príncipes, esto es, la residencia de los *salatin* [descendientes reales] del Fuerte Rojo en el que los príncipes eran criados con cierto confort, pero no eran libres de abandonar su prisión. Shah Alam tan solo tenía 12 años cuando Nader Shah entró en Delhi y arrebató a los mogoles todos sus tesoros. Creció teniendo siempre presente lo que su dinastía había perdido a manos de persas, afganos y marathas, así como de la necesidad urgente de reconstruir lo perdido. Pero en 1753, en lugar de unirse y resistir, los mogoles se destruyeron a sí mismos en una nueva contienda civil que puso fin a toda esperanza plausible de recuperación imperial.

El visir Safdar Jung, nabab de Avadh, tras una conspiración cortesana para destituirlo, se enfrentó en las calles de Delhi a su antiguo protegido, Imad ul-Mulk, de 16 años de edad, megalómano y nieto de Nizam ul-Mulk. La guerra civil entre el viejo visir y su sustituto adolescente incendió los suburbios de la ciudad por espacio

de seis meses, de marzo a noviembre. Las facciones rivales se repartían las calles de vieja y nueva Delhi; los combates dejaron reducido a ruinas el espacio que las separaba. El poeta Sauda escribió que en Delhi existía un peligro permanente de ser asaltado. Incluso en pleno Shahjahanabad, los hombres iban a las veladas de *mushairas* [recitales de poesía] armados hasta los dientes, como si se encaminasen a la batalla…: «¡Observad la perversa justicia de la época! –escribió–, los lobos campan libres; los pastores están encadenados». [76]

El nuevo visir había sido educado con gran rigor y austeridad por su puritano padre, Ghazi ud-Din, y había pasado los días confiado al cuidado de tutores y mulás. Durante el *yumu'ah* [azalá] musulmán de los viernes quedaba en compañía de eunucos. Nunca se le permitió mezclarse con niños de su edad o presenciar actuaciones de músicos o bailarinas. El resultado de esta educación fue un precoz talento intelectual, pero perjudicado por una ambición sin límites y una profunda amoralidad que le llevó a atacar a todos aquellos que le ayudaron, comenzando por su patrón, Safdar Jung.

Este último había intervenido en el pasado para salvar las posesiones familiares de Imad tras la muerte de su padre y le había concedido, a la edad de 16 años, el importante cargo cortesano de pagador imperial. [77] «A juzgar por todas las apariencias, el joven Imad ul-Mulk era un bello joven, de carácter encantador y afable –escribió Jean Law–. Safdar Jung le trataba como a un hijo. Difícilmente podía imaginar que en realidad estaba acogiendo en su regazo a una serpiente».

> Su encanto y talento natural le permitieron ejercer un dominio completo sobre la mente del emperador […] y no tenía ningún escrúpulo en absoluto en lo que respecta al honor cuando se trataba de alcanzar su objetivo, pues estaba dispuesto a sacrificar a su benefactor […] su conducta solo era dirigida por una astucia extrema y una crueldad repulsiva.

> Siempre se le veía con un rosario en las manos, pero su aparente piedad era como la de Aurangzeb; no era más que absoluta hipocresía. La piedad, cuando es llevada al exceso, es algo que debe temerse. Apenas fue nombrado visir, comenzó a conspirar contra aquellos que le habían servido bien. [78]

La fortaleza de Safdar Jung en la ciudad vieja de Delhi –la zona de Purana Qila– fue saqueada y arrasada y nunca se reconstruyó. Según Ghulam Husein Khan, «la vieja Delhi, que era aún más rica y populosa que Shahjahanabad, la ciudad nueva, fue pillada y saqueada tan a conciencia que infinidad de personas perdieron a sus consortes y a sus hijos, y quedaron en la completa ruina, además del gran número que fue masacrado». [79] A Safdar Jung no le quedó más remedio que retirarse a Avadh. Nunca se recuperó y «la conmoción y la pesadumbre que le provocó su caída le envió a la tumba antes de tiempo», es decir, menos de un año más tarde. [80]

Imad ul-Mulk, a la tierna edad de 16 años, había conspirado y destruido a su primer benefactor, Safdar Jung, y a los 17 decidió deponer a su otro gran protector: el emperador en persona. El emperador Ahmad Shah Gurgani y su madre, Qudsia Begum, fueron hallados escondidos en el jardín situado frente al Rang Mahal, en el Fuerte Rojo. Fueron llevados a prisión e Imad ul-Mulk les hizo sajar los ojos con agujas al rojo vivo. Para reemplazar a Ahmad Shah, Imad puso en su lugar a un emperador títere, Alamgir II, de 55 años de edad, que no tenía experiencia de gobierno y al que sabía que podría controlar. Desde el comienzo, Alamgir fue, como explicó Law, «más esclavo que rey». [81]

De este modo, a la edad de 26 años, Shah Alam, primogénito de Alamgir II, se vio liberado de la «jaula» de los salatin y heredero de un imperio que se desmoronaba. Se le concedieron los títulos de Ali Gauhar y Shah Alam, de excelso linaje, señor del mundo, así como se le obligó a interesarse por la política tanto como por su primera

pasión, más personal: la poesía. Pero la literatura seguía latiendo en el corazón de su mundo. Con el pseudónimo literario de «Aftab» el príncipe se convirtió en un respetado y prolijo autor de obras en urdu, persa, punyabí y en particular en braj bhasha, lenguaje en el cual redactó numerosas y apasionadas odas a Krishna, Shiva y a las diosas Kali y Sarasvati. Muchas de sus obras fueron recopiladas, a petición propia, en un *diwan* (colección de relatos) que tituló *Nadirat-i-Shahi* . Más tarde compuso un *dastan* (romance) titulado *Aja'ib al-Qasas* . [82] Shah Alam tenía inclinaciones sufíes. Al contrario que su padre, el emperador Alamgir II, un puritano estricto que seguía el estrecho camino marcado por el emperador Aurangzeb, Shah Alam creía que Dios no podía hallarse en los rituales de la mezquita, sino en las maravillas de la creación divina.

No malgastes tu tiempo en la mezquita y en la Kaaba, oh, mulá,
ve y busca las huellas del divino amado por todas partes

Durante toda su vida, Shah Alam fue devoto en particular del gran sufí Qu'tb ud-Din Baktiar Khaki, cuyo santuario se hallaba en Mehrauli, la residencia mogola durante el monzón veraniego. Sus versos, impregnados de literatura y pensamiento sufí, suelen establecer un vínculo entre la fecundidad terrenal del monzón, el tiempo de la alegría, del amor y del deseo y la espiritualidad sufí de su santón favorito. Su *raag* , o estilo musical, preferido era el Raag Gaung, hoy perdido, un *raag* monzónico compuesto para cantarse bajo las lluvias y evocar sus muchos placeres:

¡Oh, llegó el tiempo de encontrarme con mi amor!
La rana, el cuco y el pavo real cantan; llama el *koel* .
Las lluvias y las aguas, el trueno ruge y se congregan las nubes,
nuestros ojos ansían beber.

Relumbra el relámpago y estremece mi vida misma; mi amor, ¿cómo dormirás? [83]
Complace la gran belleza de la tierra verde, y las nubes giran en derredor,
este mísero peregrina para implorar un don al señor Qu'tb Ud-Din. [84]

Pero, con todas sus ensoñaciones sufíes, el príncipe no dejaba de temer cada vez más al hombre que había llevado a su padre al poder. El visir Imad ul-Mulk, apenas una década más joven que él, no ocultaba los celos que le inspiraba el bello príncipe heredero. Según el *Shah Alam Nama* , Imad ul-Mulk «cuyo corazón estaba lleno de maldad y engaño, no podía tolerar que nadie más triunfase. No había placer que pudiera compensar la inmensa popularidad del príncipe. De hecho, le causaba enorme desagrado. Comenzó a conspirar y a intrigar. Sus métodos malignos causaron la discordia en todo el reino. La espina de su tiranía creó el caos en el jardín del reino y su alma oscura trajo la desolación a este». [85]

En pleno Ramadán, durante los sofocantes calores de abril, Imad ul-Mulk convocó a Shah Alam a su regreso de su expedición a Hansi. Le halagó con lisonjas y le dijo que deseaba honrarle en el Fuerte Rojo, lo cual, como es comprensible, provocó los recelos del príncipe. Estaba particularmente nervioso, pues no solo había ido a Hansi a recaudar tributos. Según Khair ud-Din, cronista mogol, «el emperador se sentía ofendido por los aires soberbios y altaneros de Imad ud-Mulk y más aún por su dependencia con respecto a él, por lo que cultivó la amistad de todos sus enemigos en la corte. En poco tiempo, las relaciones entre ambos se agriaron de forma patente, lo cual causó desorden y corrupción en el organismo político».

El emperador dio permiso a Shah Alam para salir del Fuerte Rojo, en apariencia para reinstaurar la autoridad real en Hansi y en los distritos circundantes para recaudar impuestos. Pero,

> en secreto, le dio instrucciones para reclutar un ejército para contrarrestar las posibles intenciones hostiles de Imad ul-Mulk, y emplear sus bravos y fieles guerreros para frustrar los designios de ese miserable. [86]

El príncipe, inquieto, regresó sin ninguna prisa a Delhi, mientras reflexionaba acerca de cuál podría ser su siguiente movimiento. Se detuvo para acampar en varios jardines mogoles por el camino y peregrinó para orar en su santuario favorito de Mehrauli. En Haryana, algunos amigos de la corte habían cabalgado a su encuentro para advertirle de que tuviera mucho cuidado, pues se dirigía hacia una trampa. Le dijeron que Imad ul-Mulk, lejos de querer honrarlo, en realidad pretendía devolverle a la «jaula» salatina, de la que había sido liberado hacía poco, tan pronto como pusiera los pies en el Fuerte Rojo. Mientras tanto, Imad ul-Mulk prosiguió su ofensiva diplomática con el envío de mensajes de bienvenida y amistad, así como de «grandes bandejas con exquisiteces culinarias, jarrones de flores y cajas de *paan* [*] » e insistiendo en que le esperaba para recibirlo en el Fuerte Rojo. [87] Pero el príncipe, cada vez más suspicaz, esquivó la celada y estableció su residencia en la gran mansión de Ali Mardar Khan, en el extremo norte de la ciudad, parte de la cual había servido de biblioteca al príncipe sufí Dara Shukoh. [88] «Imad al-Mulk pretendía querer ser amigo del príncipe y continuó halagándole –escribió Khair ud-Din–. Shah Alam, al fin, decidió aparentar que se había tragado sus propuestas engañosas».

> Tal y como ul-Mulk sugería, [Shah Alam] envió algunas tropas a sus fincas para imponer orden y reunir tributos con los que pagar los salarios de sus soldados. Pero retuvo a su lado a sus seguidores más fieles. Situó a la infantería y a la caballería a su lado y emplazó tiradores armados de *jezail* y

mosqueteros en almenas, bastiones y en la puerta fortificada, donde colocó vigías y hombres armados con cohetes.

Durante una quincena, Imad ul-Mulk trató de infundirle una falsa sensación de seguridad. Hasta que al fin, un día, anunció que cabalgaría con una compañía para una visita piadosa al santuario de Qadam Sharif, la huella del Profeta [justo al norte de la residencia del príncipe]. El río Jumma estaba muy bajo de agua, por lo que se dirigieron hacia la mansión de Ali Mardan Khan a través del vado del río, cruzando los mercados hacia la principal puerta de entrada. Rodearon la mansión por las cuatro direcciones, como un anillo rodea un dedo. Imad ul-Mulk, tras situar sus tropas en torno al perímetro como si fuera una guardia de honor, ordenó a sus hombres que custodiaran al príncipe. Las tropas atacaron la mansión por todos lados, algunos rompiendo los muros, otros trepando por los tejados, desde donde disparaban sus mosquetes a los patios. Algunos de los acompañantes del príncipe ofrecieron una resistencia desesperada, pero fueron abatidos. [89]

Según Ghulam Husein Khan, el príncipe «tan solo tenía con él unos pocos hombres, pero los que tenía eran determinados y resueltos».

Montaron en sus caballos y se dirigieron a la parte trasera de la casa, donde había una brecha en el muro que miraba hacia el río. Cayeron por sorpresa sobre sus enemigos y en un momento se abrieron paso entre ellos, dejando el suelo alfombrado de muertos. El príncipe mató a dos hombres con sus propias manos y, durante toda la acción, se condujo con tal destreza y una conducta tan heroica, que los héroes antiguos se habrían mordido los nudillos de asombro de presenciado su valor. El enemigo, avergonzado de ver que su

presa les atacaba, se agrupó y les persiguió con encarnizamiento. En ese momento, la intrépida compañía dio media vuelta, se abalanzó sobre sus perseguidores y, enarbolando sus espadas como si fueran estandartes de batalla, pusieron en fuga a los que venían primero, matando a muchos. [90]

Por la tarde, el peso de los números comenzaba a imponerse al príncipe. Este tan solo disponía de 400 hombres, ante los más de 1500 efectivos de Imad ul-Mulk, entre los que se incluían 60 mercenarios europeos equipados con mosquetes de último modelo, mientras que las tropas del príncipe estaban armadas, sobre todo, con «lanzas, sables y arcos». [91]

Entonces, Mir Jafar y Ali Azam Khan, valientes entre los valientes, dijeron al príncipe que debían atacar y abrirse paso y resolvieron lo siguiente: dispongámonos a morir y caigamos por sorpresa sobre el enemigo. De tener éxito, quebraremos numerosos cráneos y cuellos y escaparemos. De no ser así, caeremos con eterno honor y pasaremos a formar parte de los anales de los bravos. El príncipe escuchaba sentado y, enardecido por las palabras de sus compañeros, se levantó para entrar en liza y combatió heroicamente, abatiendo a muchos enemigos. El valor de sus hombres vino en su ayuda entre cuchilladas y estocadas. Con velocidad y pericia, comenzaron a escapar de la melé.

Pero, al salir de la quebrada, sus enemigos les rodearon, hirieron al caballo del príncipe y se lanzaron a capturar a su persona. Ali Azam Khan, con su bravura acostumbrada, clamó al príncipe: «Shah Alam, estás destinado algún día a beneficiar a infinidad de gentes y, por tanto, tu vida es más preciosa hoy que la nuestra. Corre y gana alguna distancia. Mientras, trataré de detener al enemigo hasta que te hayas

> alejado. ¡Pelearé para abrirte paso, aunque me cueste la vida!». Y diciendo esto, saltó de su caballo y se enfrentó con valor a múltiples enemigos, como un león rugiente, hasta que al fin cayó al suelo, cubierto de múltiples heridas.
>
> Pero el príncipe se había alejado a cierta distancia de la ciudad y había escapado del alcance de sus enemigos. Logró llegar al campamento militar de su amigo [maratha], Athil Rao, que elogió su valor y ordenó que se montasen tiendas para el príncipe y sus hombres. Tras hacer de anfitrión del príncipe y de los suyos varios días, le acompañó hacia el este, a Farrukhabad, donde se le ofreció un regalo-tributo de 3 laj de rupias. [*] El príncipe pasó a los territorios de los rohillas, que se apresuraron a dar la bienvenida a la expedición regia, y le brindaron su hospitalidad como requería la tradición. [92]

El príncipe permaneció unos días en Farrukhabad, donde esperó que se le unieran más partidarios. Sabedor de que Imad ul-Mulk no se detendría ante nada para hacer que lo matasen, Shah Alam decidió no retornar a Delhi. Por el contrario, «resolvió dirigirse al este, para poder tomar posesión de Bengala y Bihar [Purab], que eran provincias ricas y prósperas». [93] Su intención era recuperar el control de manos de los gobernadores que habían dejado de remitir impuestos a Delhi. «Este mundo –anunció–, es como un jardín de flores salpicado de malas hierbas y zarzas, por lo que he decidido arrancar lo malo, para que los leales y buenos entre mi gente puedan descansar en la quietud». [94]

El príncipe, consciente de que le esperaba la incertidumbre y el dolor de la vida en el exilio, «se encaminó hacia el páramo confiando solo en Dios». No era optimista, pero estaba decidido a hacer todo cuanto estuviera en su mano para recuperar su heredad. Pero, tan pronto como se difundió la historia de su valentía en Delhi, y se supo que un nuevo príncipe mogol, joven, popular y audaz, se dirigía al este para restaurar el imperio y poner fin a medio siglo de anarquía,

comenzaron a llegar de todo el Indostán seguidores que venían a unirse a los ejércitos de este nuevo Akbar.

Lo que comenzó como un goteo creció hasta formar un torrente y luego una avenida. En poco tiempo, el príncipe recibió el apoyo de numerosas antiguas familias mogolas cuyas fortunas se habían evaporado a causa de medio siglo de contienda civil. Según Ghulam Husein Khan, a los pocos meses de partir de Delhi habían acudido bajo sus estandartes casi 30 000 soldados. Entre estos se contaba el propio padre de Ghulam Husein, al cual la reina, Zinat Mahal, madre de Shah Alam, había enviado en secreto desde el Fuerte Rojo para que le sirviera como consejero: «El príncipe tenía a su lado varias personas de carácter y distinción, todas unidas a su suerte; pero todas con la misma desgracia que su señor».

> Cuando el príncipe imperial partió de Shahjahanabad, sus circunstancias eran infortunadas y su pobreza tan completa, que pocos se plantearon ayudarle o unirse a su empresa. Además, todos temían el rencor del visir Imad ul-Mulk [...] pero mi padre tomó la previsión de preparar algún equipo de campaña, entre otros elementos necesarios, y de llevar a su servicio, dada la fama de esta expedición y todos los soldados mogoles licenciados que pudo persuadir para que se unieran a él, con la esperanza de mejorar sus fortunas.
>
> Tan pronto como se confirmó que Sham Alam tenía intención de lanzar una expedición a las provincias de Bihar y Bengala, y que era inminente su llegada a Azimabad [Patna], no hubo ni un habitante que, al recordar el buen gobierno recibido de los antepasados del príncipe, no rezase por su victoria y por la buena fortuna de su empresa. No tenían sino una única boca y un corazón con respecto a esta cuestión, aun cuando ninguno de ellos había recibido favor alguno de él, o había probado las migajas que hubieran podido caer de la mesa de Su Bondad. [95]

Pero, en verdad, Shah Alam llegaba tarde. La Bengala a la que se dirigía estaba siendo transformada para siempre por una nueva fuerza de la política india: la Compañía de las Indias Orientales y por las maquinaciones de Robert Clive en particular.



# NOTAS

**1** NAI, Bengal Select Committee, *Letters from Court* , 25 May 1756, vol. XXIII (1756-71), 13 de febrero de 1756.
**2** *Ibid* .
**3** Baugh, D., 2014, 462.
**4** Keay, J., 1991, 111-112.
**5** Chaudhuri, K. N., 1981, 29.
**6** Foster, *sir* W., 1924, 132-133.
**7** Furber, H., 2004, 128-129; Roy, T., 2012, 116-117.
**8** Nechtman, T. W., 2010.
**9** Marshall, P. J., 1998, 267-269; Feiling, K., 1954, 13; Stein, B., 1989, 20.
**10** Forrest, *sir* G., 1918, vol. I, 232-233; Spear, P., 1975, 62-63.
**11** Bence-Jones, M., 1974, 3; Davies, A. M., 1939, 7.
**12** Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 4-5.
**13** Feiling, K., *op. cit* ., 31.
**14** Moon, *sir* P., 1989, 29.
**15** Spear, P., *op. cit* ., 61.
**16** Lenman, B. P., 2001, 99-100.
**17** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 30-31; Baugh, D., *op. cit* ., 67; Bryant, G. J., 2013, 59; Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 194-201; Bence-Jones, M., 65-67.
**18** Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 218.
**19** *Ibid* ., 233.
**20** Marshall, P. J., 2005, 84-85.
**21** *Cit* . en Keay, J., 1981, 21.
**22** Feiling, K., *op. cit* ., 10.
**23** Marshall, P. J., 2005, 148.

**24** Gupta, B. K., 1966, 14. Pero, en esta época, a principios del siglo XVIII, todavía eran los asiáticos, y no los europeos, los principales importadores de metal moneda de Bengala. Uno de los funcionarios responsables de la CIO, que vivió en Bengala en las décadas de 1750 y 1760, escribió que eran los mercaderes asiáticos, no los europeos, los principales importadores de metal moneda de Bengala y que sus importaciones de metales preciosos excedían con creces las de los europeos. Un segundo funcionario de la Compañía, Luke Scrafton, corrobora esta afirmación. *Vid* . Chaudhury, S., 2017, 389-395. Según Richard Eaton, «incluso en una fecha tardía, mediados del siglo XVIII, los comerciantes asiáticos –en particular guyaratís, armenios y punyabís– desempeñaban un papel más importante en la economía mercantil de Bengala que el que representaban los europeos». Eaton señala que, a cambio de las manufacturas textiles, tanto los mercaderes asiáticos como los europeos remitieron al delta cantidades sustanciales de plata, que, una vez acuñada en moneda, monetizó la economía local y alimentó el auge de la frontera agraria. Eaton, basándose en documentos mogoles, ha hecho un excelente trabajo en el delta de Bengala, la frontera agraria en expansión y los cursos cambiantes de los ríos durante el siglo XVIII que permitió a los gobernantes mogoles extender una base agraria rica y fértil, basada en arrozales, un proceso que fue interrumpido por la intervención de la Compañía en Bengala a finales del siglo XVIII. *Vid* . Eaton, R. M., 2000, 263.

**25** Kindersley, Mrs J., 1777, 17. Para este periodo en Calcuta también son de gran interés los artículos Hasan, F., 1991 y Datta, R., 1999.

**26** Chaudhuri, K. N., 1978, 253.

**27** Roy, K., julio de 2005, 651-690; Dighe, V. G., y Qanungo, S. N., 1977, 567-568; Sarkar, *sir* J., 1991, 85. Los archivos de la factoría inglesa describen la anarquía en términos muy gráficos: «Los marathas están saqueando Birbhum (1742) lo cual ha detenido todo negocio, pues mercaderes y tejedores huyen siempre que pueden». Algunos de sus reportes se citan en Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. I, 43.

**28** *Cit* . en Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. I, 44.

**29** Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S., 2003, 236-237.

**30** McLane, J. R., 1993, 163-165; Dimock, E. C. Jr y Gupta, P. Ch. (trads. y eds.), 1965, 28-32. Existen muchos otros relatos que corroboran la narración de Ganga Ram. Los historiadores Salimullah y Ghulam Husein Salim, por ejemplo, confirman estas historias: «Los bargis cortaron las orejas, narices y manos de multitud de personas, o las mataron con numerosas formas de tortura y sufrimiento, como amordazarles con bolsas de tierra, o destruyéndoles» (esto es, ultrajando a sus mujeres); *vid* . Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. I, 44. Sarkar

proporciona una versión más larga del relato de Vidyalankar. Las cartas de la factoría francesa de Chandernagar y del asentamiento inglés de Calcuta explican historias similares de destrucción y abusos.

**31** Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. I, 8.

**32** Gladwin, F. (trad.), 1788, 147-148.

**33** Roy, T., *op. cit* ., 165.

**34** *Ibid* ., 25, 141-142, 165-167.

**35** Bayly, C. A., 1988, 49.

**36** Roy, T., *op. cit* ., 23. El problema de considerar Calcuta una especie de refugio o paraíso fiscal para los mercaderes indios es que tales mercaderes no solo operaban en Calcuta, sino que dependían de extensas redes de comerciantes y suministros que cubrían toda la India oriental y septentrional. El floreciente puerto de Calcuta, y los amplios fondos de la Compañía, la convertían en un imán, pero también es cierto que la ciudad solo podía florecer en simbiosis con grandes sectores de la sociedad mogola tardía. Calcuta no era la única ciudad con un «sistema legal», con lo que es posible que Roy haya sobrestimado el carácter diferenciado de la Compañía a este respecto.

**37** Shustari, S. A. al-L. S., 1802/1847, 427.

**38** *Ibid* ., 434.

**39** Marshall, P. J., 1976, 218-219.

**40** *Vid* . Ward, A., 1996, 8.

**41** Marshall, P. J., 1976, 159.

**42** Scottish Records Office, Hamilton-Dalrymple Mss, legajo 56, GD 110, folios 1021,1021. Stair Dalrymple a *sir* Hew Dalrymple, 3 de enero de 1754; Marshall, P. J., 1976, 159, 215.

**43** *Causes of the Loss of Calcutta 1756* , David Renny, August 1756, OIOC, BL, O.V. 19, 147-161; OIOC, HM vol. LXVI, 821-84.

**44** Lauriston, J. Law de, 2014, 59.

**45** OIOC, Bengal Correspondence, de la junta de directores al consejo de Fort William, 16 de enero de 1752; Gupta, B. K., *op. cit* ., 37.

**46** Watts a Drake y el consejo del Fuerte William, BL, OIOC, Bengal Public Consultations, 15 de agosto de 1755; Gupta, B. K., *op. cit* ., 38.

**47** Calkins, Ph. B., 1969, 25-26.

**48** Losty, J. P., 2013, 82-105; Losty, J. P., 2002; J Losty, J. P., octubre de 2017, 789-799; Mukherjee, T., 2009, 421.

**49** La miniatura muestra a un exiliado de Delhi, Natthu Khan, dirigir la banda en su gran rabab, con el joven y bello cantante Mohamed Khan, de asombrosos ojos azules, mientras sus mayores Chajju Khan y Dindar Khan le acompañaban, uno a cada lado, con el *tambura* , Taj Khan en el *been* y Sita

Ram con el *pakhawaj* ; 1755 es la fecha del fallecimiento de Shahamat Jang. Véase también «Eighteenth-century Mughal Paintings from the Swinton Collection», en *The Burlington Magazine* , CLIX, octubre de 2017, 789-799, fig. 29. Agradezco a Katherine Butler Schofield por la explicación de esta imagen.

**50** Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. II, 156-162; Mukherjee, T., *op. cit* ., 412.

**51** Sarkar, *sir* J. (ed.), 1948, vol. II, 448.

**52** NAI, Home Dept, Public Branch, vol. I, 9 de enero de 1749, 73; Mukherjee, T., *op. cit* ., 389-436.

**53** Gupta, B. K., *op. cit* ., 45.

**54** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 164. Otro buen relato de este periodo es Sarkar, *sir* J., 1952.

**55** Travers, R., 2007, 3; McLane, J. R., *op. cit* ., 6; Marshall, P. J., 1976, 34.

**56** BL, OIOC, IOR, Bengal Public Consultations, 10 de junio de 1753, Range 1, vol. XXVI, f. 169. A pesar de las aplastantes evidencias de que Siraj se comportaba como un Uday Husein en el Bagdad anterior al 11 de septiembre, ha habido diversos intentos poscoloniales de reivindicar su reputación, como por ejemplo el de Sushil Chaudhury, que sostiene que el carácter malvado de Siraj ud-Daula es una tergiversación. *Vid* . Chaudhury, S., 2000, 29-36.

**57** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 65-66.

**58** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 122, 183-184, 188.

**59** Little, J. H., 1956, 165.

**60** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 225. Véase también el excelente capítulo de Subramanian, L. y Ray, R. K., 1991, 19-45.

**61** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 95.

**62** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 52.

**63** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 163.

**64** Gupta, B. K., *op. cit* ., 39, 51; Hill, S. C., 1905, vol. I, 147.

**65** Ali, K., 1952, 58.

**66** *Ibid* ., 63.

**67** Gupta, B. K., *op. cit* ., 54.

**68** *Narrative of the Capture of Calcutta from April 10 1756 to November 10 1756* , William Tooke, BL, OIOC, O.V. 19, Bengal 1756, 5-46; Ray, R. K., 2003, 233.

**69** *Narrative of the Capture of Calcutta from April 10 1756 to November 10 1756* , 5-46.

**70** Feiling, K., *op. cit* ., 21.

**71** Gupta, B. K., *op. cit* ., 14, 53; Hill, S. C., *op. cit* ., vol. I, 3.

**72** Modave, conde de, 1971, 67-68.

**73** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 218-219.

**74** *CPC* ii, n.º 1101; Sarkar, J., *op. cit* ., vol. II, 315, 328.

**75** Ghulam Ali Khan alias Bhikhari Khan, *Shah Alam Nama* , BL, Add 24080, f. 21.

**76** Islam, K. y Russell, R., 1991, 30, 59.

**77** Sarkar, J., *op. cit* ., vol. I, 222.

**78** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 126.

**79** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 334.

**80** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 126; Kai, M., 2018, 110-113.

**81** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 125.

**82** Alam, M. y Subrahmanyam, S., 2012, 434-444.

**83** Este párrafo se basa en el notable ensayo de Schofield, K. y Lunn, D., 2018, 185-218.

**84** *Ibid* . Podría resultar algo reduccionista resumirlo todo a un contraste entre el «sufí» Shah Alam y su «puritano» padre, que también tenía numerosos contactos sufíes. Existía una diferencia, pero la obra de Nile Green sostiene de forma convincente que el sufismo mogol debe verse menos como una rama diferenciada del «islam místico» y más como uno más entre un grupo multifacético de múltiples corrientes, linajes eruditos y linajes sacros que, de hecho, se convirtió, en los comienzos de la Era Moderna, en el *establishment* musulmán. Green, N., 2012.

**85** Ghulam Ali Khan alias Bhikhari Khan, *op. cit.* , BL, Add 24080, f. 18.

**86** Khair ud-Din Illahabadi, F., 1932, BL Or. 1932, 17v-18r.

**87** *Tarikh-i-Alamgir Sani* , BL Mss Or. 1749, f. 166 verso.

**88** *Ibid* ., f. 167 recto.

**89** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., BL Or. 1932, 17v-18r. He añadido algunos detalles extraídos de un relato algo anterior de los mismos hechos, el *Tarikh-i-Alamgir Sani* , BL Mss Or. 1749, f. 166 verso.

**90** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 365-368.

**91** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 254.

**92** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., BL Or. 1932, 17v-18r. He añadido una línea de diálogo extraída del relato de Ghulam Husein Khan de los mismos hechos.

**93** Ghulam Ali Khan alias Bhikhari Khan, *op. cit.* , BL, Add 24080, f. 30.

**94** Dutta, K. K., 1965, 1-2.

**95** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 286-289, vol. III, 189-190; Ray, R. K., *op. cit* ., 333.

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 1,25 y 2 millones de libras = 130 y 210 millones de libras; 1 millón de libras = 105 millones de libras; 8 millones de libras = 840 millones de libras; 3,2 millones de libras = 336 millones de libras; 1,1 millones de libras = 115 millones de libras; 6 millones de libras = 630 millones de libras.

* N. del A: Más de 4 millones de libras actuales.

* N. del A.: El reverendo Nevil Maskelyne era, por descontado, el villano de la exitosa obra de Dava Sobel, *Longitude: The Story of a Lone Genius Who Solved the Greatest Scientific Problem of His Time* , London, Walker, 1995 [ed. en esp.: *Longitud* , Barcelona, Anagrama, 2006]. En su libro, Maskelyne es retratado de forma poco amable. Como escribió un crítico, se muestra como «un funcionario formado en Cambridge, triste, envidioso y esnob, cuyo elitismo y sus privilegios como astrónomo le predisponían contra la inventiva mecánica de Harrison [el héroe del libro, John Harrison], nacido en Yorkshire y criado en Lincolnshire. Es envidioso, mezquino y obstruccionista, y antepone su beneficio personal a un juicio desinteresado».

** N. del A.: Además de generosos beneficios accionariales, la otra cosa de gran valor que podían ofrecer los directores y los funcionarios de la India era, por descontado, patrocinio, esto es, nombramientos para puestos lucrativos en el país para los contactos de los políticos. Esta era otra de las principales razones por las cuales los miembros del Parlamento acudieron en ayuda de la CIO y enviaron a protegerla a las flotas de la Royal Navy y a los regimientos del Ejército británico.

* N. del A.: Casi 19 millones de libras actuales.

* N. del A.: 105 000 libras actuales.

* N. del A.: 390 millones de libras actuales.

* N. del T.: *The hat-men* , es decir, los europeos.

* N. del T.: Nombre por el que se conoce en ciertas regiones de la India a la raíz de betel. En Filipinas se conocía como buyo.

* N. del A.: Casi 4 millones de libras actuales.



# CAPÍTULO 3

## Barrer con la escoba del saqueo

Siraj ud-Daula llevó a sus tropas a Calcuta a una velocidad mucho mayor de la que nadie pensaba que fuera posible. Los ejércitos mogoles destacaban por la lentitud de su marcha y a menudo no avanzaban más de 3 millas [5 km] diarias. Pero Siraj les hizo avanzar con rapidez y cubrió 130 millas [210 km] en diez días a pesar del húmedo calor tropical del junio bengalí.

Después de la caída de la factoría de Kasimbazar, el gobernador Drake creyó durante varios días que todo era una argucia del nuevo nabab y que este nunca se atrevería a atacar el fuerte William. Su información era tan pobre que siguió convencido de esto incluso en el momento en que las fuerzas de Siraj se presentaron ante sus defensas exteriores. Antes de que el consejo de la Compañía en Calcuta se reuniera para debatir una estrategia de defensa coherente, las primeras tropas de Siraj fueron avistadas el 13 de

junio en las inmediaciones de los suburbios del norte, cerca de Dumdum, avanzando directas hacia el foso maratha.

Drake no solo era incompetente; también era sumamente impopular. Según William Tooke, uno de los civiles de Calcuta que se presentó voluntario a la milicia ciudadana, Drake provocaba tal división de opiniones que era poco menos que imposible que pudiera organizar una defensa coherente. «Es indudable que la conducta durante los últimos años del señor Drake ha sido censurable –escribió–, ya que ese asunto indiscreto (por no utilizar una palabra peor) con su hermana, es una circunstancia que jamás se le podrá perdonar. Pues el crimen, que ya de por sí era malo e hizo que todo hombre de carácter y buen sentido le evitase, le llevó a mezclarse con muy malas compañías y cometer mil actos bajos y mezquinos, indignos de cualquier hombre, y mucho menos de un gobernador». [1]

Además, el comandante militar de Drake, el coronel Minchin, tampoco era ninguna garantía. Como escribió más tarde uno de los supervivientes: «Desconozco por completo cuál era la capacidad militar de nuestro comandante. Lo único que puedo decir es que no estábamos contentos de que se la guardase para él, si es que tenía alguna, pues ni yo, y creo que ningún otro, fue nunca testigo de que se comportase, o hablase, como si fuera el oficial al mando». [2]

Watts calculó que Siraj había marchado contra Calcuta con un contingente de 70 000 efectivos. Contra este ejército, Drake disponía de 265 soldados regulares de la Compañía y una milicia, armada pero sin entrenar, de 250 civiles. Es decir, un total de 515 efectivos. [3] Incluía «un grupo de unos 100 armenios que eran completamente inservibles, además de muchachos y esclavos que eran incapaces de sostener un mosquete, por lo que, de hecho, nuestra guarnición no disponía de más de 250 combatientes, oficiales incluidos». [4] Ante semejante situación, la estrategia más juiciosa debería haber sido humillarse, presentar disculpas y negociar. Pero, en lugar de ello, Drake comenzó, tarde, a construir una serie de baterías para cubrir los pasos principales sobre el foso maratha.

Se planteó la idea de demoler algunos de los edificios que se elevaban por encima del fuerte, pero se descartó de inmediato. Según el relato del ayudante general, capitán Grant, «tal era la frivolidad de aquellos tiempos que no se estimó necesario tomar esas medidas»:

> Nuestro conocimiento de los movimientos y de los efectivos del nabab fue siempre muy incierto, y nunca nos convencimos de que se disponía a avanzar contra nuestras baterías. Lo máximo que podíamos imaginar es que formaría un bloqueo y cortaría las provisiones, hasta que llegásemos a un entendimiento […]
>
> Se daba tan poco crédito, incluso hasta el último día, a que el nabab se aventuraría a atacarnos, que la idea de dejar fuera [del perímetro defensivo externo] alguna de las casas europeas provocó una queja generalizada. Y cualquier persona que hubiera propuesto demoler todas las casas que fueran necesarias para hacer defendible el fuerte, su opinión habría sido considerada ridícula, incluso si hubiera habido tiempo suficiente para ejecutar semejante obra, o pólvora suficiente para volarlas. [5]

La «frivolidad de los tiempos» comenzó a disiparse cuando Siraj ud-Daula llegó en persona el 16 de junio y ordenó a su artillería pesada abrir fuego contra la ciudad. Los dos primeros intentos de las fuerzas mogolas de cruzar el foso fueron rechazados con graves pérdidas. Pero por la tarde habían muerto 20 defensores y, «justo antes de que oscureciera, todo el conjunto [de la vanguardia mogola] había avanzado por el sur y logrado cruzar el foso que rodea la ciudad negra, cuya extensión es tan grande y accesible por todas partes que no se pudo hacer nada para detenerlo». [6]

Al día siguiente, la ciudad negra fue saqueada a conciencia. «Gran número [de soldados] entró en nuestros límites y saqueó e

incendió cada casa. Por la tarde, toda la ciudad estaba rodeada […] esta noche varios miles entraron en el gran bazar, donde asesinaron a toda persona que encontraron y saquearon y prendieron fuego a todas las casas». [7] La guarnición no hizo el menor intento de proteger la ciudad negra o de ofrecer refugio en el fuerte a sus aterrorizados habitantes. No es de extrañar, pues, tras el segundo día, todo el personal auxiliar indio había desertado, con lo que la guarnición quedó sin lascares que movieran los cañones ni culíes que acarreasen balas y pólvora, ni carpinteros que construyeran baterías y reparasen las cureñas de las piezas, ni cocineros que alimentasen a la milicia.

En la mañana del día 18, el avance mogol fue rechazado en violentos combates casa por casa al norte del fuerte. Pero las tropas de Siraj avanzaban imparables en el este. Allí, a las tres de la tarde, las fuerzas de la Compañía se vieron obligadas a retirarse de la prisión, donde se habían hecho fuertes, tras sufrir elevadas pérdidas: «La pequeña partida de soldados la defendió con bravura durante seis horas, hasta que, con la mayor parte de los hombres heridos, se vio obligada a retirarse». Por la tarde, los mogoles también habían roto las líneas de la Compañía cerca del Gran Tanque. Las baterías del norte y sudoeste corrían peligro de quedar copadas, por lo que fueron abandonadas de inmediato. Todas las fuerzas de la Compañía se vieron forzadas a retirarse a la línea interior de defensa, esto es, el fuerte: «Lo siguiente que se consideró fue la disposición de la defensa del fuerte, que era lo único que conservábamos ahora», escribió el capitán Grant.

> Pocos esperaban que tuvieran que abandonarse las baterías tan de repente y la mayoría de gente preveía que su caída tendría consecuencias funestas. Pues el enemigo, al lograr la posesión de las casas contiguas al fuerte y a la iglesia, dominaría los bastiones y almenas, por lo que sería imposible servir los cañones, al estar quienes los manejasen expuestos

al fuego de armas ligeras de la gran multitud que las ocuparía, en particular debido a que los parapetos de los bastiones [del fuerte] eran muy bajos, y sus aspilleras tan anchas que apenas ofrecían protección. Teníamos sacos terreros, que podían en cierto modo proporcionar dicho efecto, pero habíamos quedado tan desprovistos de trabajadores de todo tipo que no podíamos hacerlos llevar a las almenas. Y nuestras tropas y milicias estaban tan necesitadas de descanso y alimento que era imposible lograr que hicieran nada. [8]

Un consejo de guerra celebrado a altas horas de la madrugada determinó que tan solo les quedaba munición para un máximo de tres días y que los soldados estaban agotados y en muchos casos borrachos: «La mitad de nuestros hombres están bebidos, no se han enviado suministros de provisiones o agua, el tambor ha tocado generala en tres ocasiones para alertar de que el enemigo estaba bajo las murallas, pero solo unos pocos hombres pudieron ponerse en pie y acudir a las almenas». [9]

«Fue entonces cuando, por primera vez, comenzamos a pensar que corríamos peligro», escribió David Renny, miembro de la milicia.

Estábamos en una situación sumamente inquietante [...] reinaba en el fuerte una confusión inconcebible, dado que había no menos de 2000 mujeres y niños, y no teníamos forma de impedir que entrasen, pues los soldados y milicianos anunciaron que no combatirían si sus familias no eran admitidas en la factoría. El enemigo comenzó a hacer un vivo fuego contra el fuerte desde todos los lados. Nuestra guarnición empezó a murmurar a causa de la falta de provisiones, pues no había ni un solo cocinero en el fuerte, a pesar de que varios se alojaban allí para preparar sus provisiones. Toda la guarnición estaba muy cansada, ya que

llevaba en armas la mayor parte de la noche precedente. Muchos de los soldados y milicianos, que habían obtenido licor, comenzaron a amotinarse y, carentes de mandos, amenazaron con sus bayonetas a varios oficiales.

> Se consideró necesario enviar a nuestras señoras a bordo de algunos barcos, cosa que se hizo. Hacia las 12 en punto [medianoche] llegó la noticia de que el enemigo iba a asaltar el fuerte, pues estaba aprestando escalas bajo los *godown* [almacenes] situados al sur. Todos se dirigieron hacia el telón [muralla] y los escuchamos trabajar. Se dio orden de tocar generala, pero ninguno de los armenios ni de los portugueses se presentó, pues se habían escondido en el fuerte. Arrojamos algunas granadas al enemigo, lo que logró desalojarlos. [10]

Al día siguiente, 19 de junio, la resistencia comenzó a dejar paso al pánico. El principal general del nabab, Mir Jafar Ali Khan, prosiguió el asalto y, a mediodía, cuando se supo que tan solo quedaba munición para dos días, la mayoría del Consejo acordó abandonar el fuerte y retirarse a los buques anclados en el río. Hacia las dos de la tarde, mientras el Consejo seguía debatiendo los planes de retirada, una bala de cañón aterrizó en mitad de la Cámara del Consejo. La reunión se levantó «entre gran estruendo, confusión, tumulto y perplejidad». [11] La moral había tocado fondo y la desesperación alcohólica cundía por doquier. Poco después de la hora de comer dio inicio una evacuación caótica.

Ante la lluvia de flechas incendiarias que caía sobre el fuerte y la orilla, un buque, el Dodally, se dirigió río arriba para evitar arder sin haber recibido orden para ello y las otras naves comenzaron a hacer lo mismo. Las mujeres y niños que esperaban a ser evacuados temieron que los buques partieran sin ellos, por lo que salieron corriendo del fuerte y se dirigieron a la orilla para abordar un buque

y salvarse. Al instante, todos los botes quedaron repletos y algunos volcaron.

Llegados a este momento, «muchos de los caballeros de la orilla, que quizá nunca se habrían planteado abandonar la factoría antes de que todos los demás lo hubieran hecho, saltaron a los botes que había en la factoría y remaron hasta las naves. Entre los que abandonaron la factoría de esta forma irresponsable estaba el gobernador señor Drake […] [y] el comandante Minchin […] esta infortunada decisión fue la causa del escándalo y desgracia que vendrían después». [12] En menos de una hora, todas las naves levaron anclas y comenzaron a dejarse llevar corriente abajo, hacia las junglas de los Sunderbands y más allá, hacia la costa.

«Al ver lo mal que le iban las cosas –escribió Ghulam Husein Khan– el señor Drake lo abandonó todo y escapó, sin avisar siquiera a sus compatriotas».

> Se refugió a bordo de un buque y, acompañado de un reducido número de amigos y personas principales, desapareció de inmediato. Aquellos que se quedaron, al verse abandonados por su jefe, concluyeron que la situación era desesperada, pero, prefirieron la muerte a la vida y combatieron hasta agotar pólvora y balas, para luego apurar valerosos la amarga copa de la muerte; otros, atrapados por las garras del destino, fueron hechos prisioneros. [13]

Lo que quedaba de la guarnición trató de escapar al Prince George, que seguía anclado a cierta distancia, río arriba. Pero, a primera hora de la mañana siguiente, el buque embarrancó con la marea baja y no se pudo mover. «Al ver cortada la retirada, el resto de defensores cerró las puertas y decidió vender sus vidas lo más caro que pudiera, peleando como dementes». [14]

Los apenas 150 miembros de la guarnición que no habían conseguido escapar, comandados por el dublinés John Zephaniah

Holwell, continuaron la resistencia una mañana más. Pero las tropas mogolas atacaron con fiereza y, tal y como había predicho el capitán Grant, Mir Jafar envió a sus tiradores, con sus jezailes de largos cañones, al parapeto de la torre de la iglesia y de las casas que se elevaban sobre las almenas, «que, al ser más elevadas que los muros, dominaban todos los bastiones y nos castigaban de tal manera con sus tiros que ningún hombre podía resistirlo, pues mataban o herían a todo aquel que se dejase ver. Alcanzaron a la mayoría de nuestros oficiales; varios de ellos murieron más tarde a causa de sus heridas. Los oficiales supervivientes se vieron obligados a imponer su autoridad pistola en mano, para que los soldados se mantuvieran en sus puestos». [15]

Hacia media tarde, habían muerto muchos más defensores, y los que aún vivían «habían agotado su fortaleza y vigor». Dado que ya solo quedaba un centenar de combatientes en los bastiones, «hacia las cuatro de la tarde el enemigo solicitó que no disparásemos. En consecuencia, Holwell enarboló bandera de parlamento y ordenó a la guarnición que no disparase».

> Ante lo cual, el enemigo llegó en gran número bajo nuestras murallas y, de inmediato, comenzó a prender fuego a las ventanas y puertas del fuerte, que estaban bloqueadas con balas de algodón y tela, y rompieron la puerta del fuerte mientras escalaban los muros a uno y otro lado. Esto nos sumió en la mayor confusión. Algunos abrieron la puerta trasera y se lanzaron al río; otros fueron a tomar posesión de un bote medio hundido que había frente a la orilla. En un instante quedó tan lleno que no podía moverse. [16]

En el interior del fuerte, las fuerzas de Siraj habían comenzado ya el saqueo: «En pocos minutos, la factoría se llenó de enemigos –recordó John Cook–, el cual comenzó, sin pérdida de tiempo, a pillar todo lo que pudieran llevarse; nos arrebataron relojes, hebillas,

botones, etc., pero no hubo más actos de violencia sobre nuestras personas. Los moros abrieron balas de telas, cajones de coral y plata y arcones de tesoro que hallaron en los apartamentos de los caballeros residentes en la factoría […] solo pensaban en el saqueo». [17]

Esa tarde, tras «barrer la ciudad de Calcuta con la escoba del saqueo», Siraj ud-Daula llegó en su litera para visitar su nueva posesión. [18] Celebró un *durbar* en el centro del fuerte donde anunció que Calcuta sería renombrada Alinagar en honor del imán Alí, algo apropiado para una gran ciudad en una provincia bajo gobierno chií. A continuación, nombró a uno de sus cortesanos hindúes, el rajá Manikchand, alcaide de la fortaleza de Alinagar y ordenó la demolición de la casa del gobernador, pues, aunque su belleza le pareció admirable, la consideró digna «de morada de príncipes, no de mercaderes». Al parecer, Siraj creía que la vivienda era propiedad privada del detestado Drake. [19] «Siraj ud-Daula quedó asombrado de encontrar una guarnición tan pequeña –recordó uno de los prisioneros– y preguntó de inmediato por el señor Drake, con el cual parecía estar muy furioso. El señor Holwell fue llevado a su presencia maniatado y, al quejarse de esta práctica, el nabab dio orden de que le desatasen las manos y le aseguró por su fe de soldado que no le tocarían ni un pelo de la cabeza». [20] Acto seguido, oró en agradecimiento por la victoria en la batalla y fue llevado a su tienda.

Hasta ese momento, la guarnición había sido tratada de forma excepcionalmente correcta para lo que era habitual entre mogoles: no se había esclavizado a nadie, ni había habido ejecuciones sumarias, empalamientos, decapitaciones o torturas: todos castigos rutinarios, desde el punto de vista mogol, contra un súbdito rebelde. Pero, después de que partiera Siraj, las cosas comenzaron a torcerse.

Muchos miembros de la guarnición de la Compañía estaban completamente borrachos. Durante la tarde, un soldado ebrio que

estaba siendo despojado de sus bienes se enfureció, sacó una pistola y mató al mogol que le estaba robando. La situación cambió de inmediato. Todos los supervivientes fueron encerrados en una diminuta celda de castigo, de 18 pies de largo por 14 pies y 10 pulgadas de ancho [5,5 x 4,5 metros] con un ventanuco, escaso aire y poca agua. La celda recibió el nombre de «agujero negro». Allí, según el cronista mogol Yusuf Ali Khan, los oficiales mogoles «confinaron en una pequeña habitación a casi 100 *firangis* [*] que aquel día habían caído víctimas de las garras del destino. La fortuna dictaminó que todos los *firangis* que quedaron confinados en la habitación murieran asfixiados». [21]

Las cifras no están claras y han sido objeto de mucho debate. Holwell, que escribió en 1758 un relato muy colorista del agujero negro, origen de la mitificación del suceso, relató que una mujer y 145 hombres de la Compañía fueron arrojados a su interior, de los cuales murieron 123. [22] Está claro que esto es una exageración. El estudio más exhaustivo de las pruebas disponibles concluye que entraron en el agujero negro 64 personas, de las cuales sobrevivieron 21. Uno de los jóvenes que no pudo salir fue Stair Dalrymple, de 21 años de edad y natural de North Berwick, el cual apenas dos años antes se quejaba de la carestía de la vida en Calcuta y soñaba con llegar a ser gobernador.

Con independencia de la cifra precisa, el suceso suscitó bramidos de indignación farisea en varias generaciones de británicos en la India; 150 años después, seguía siendo presentado en las escuelas británicas como ejemplo de la barbarie intrínseca de los indios y como justificación de la necesidad y justicia del dominio británico. Aunque las fuentes de la época apenas dan cuenta del agujero negro y varios relatos detallados, entre los que se incluyen los de Ghulam Husein Khan, no lo mencionan en absoluto. Pero la Compañía acababa de perder su estación comercial más lucrativa y esto, más que el destino corrido por su temeraria guarnición, era lo que preocupaba a los dirigentes de la Compañía. [23]



La magnitud del desastre que suponía la caída de Calcuta se hizo evidente durante las semanas siguientes.

Todo el mundo se dio cuenta enseguida de que la caída de Calcuta lo había cambiado casi todo: William Lindsay escribió a Robert Orme, futuro historiador de la Compañía, que había sido «una escena de destrucción y desintegración […] tiemblo al pensar en las consecuencias que supondrá, no solo para todos los caballeros en la India, sino también para la nación inglesa en general. No creo que todas las fuerzas que tenemos en la India serán suficientes para lograr restablecernos [en Calcuta] con un mínimo de seguridad, pues ahora estamos faltos de todo, casi como la primera vez que nos establecimos allí». [24]

No era solo la pérdida de vidas y prestigio, el trauma y la humillación lo que horrorizaba a las autoridades de la Compañía. Por encima de todo, era el golpe económico directo para la CIO, que, de forma inevitable, provocaría un declive letal del precio de sus acciones: «Enumeraría lo que la Compañía ha perdido en este triste asunto –escribió el capitán Renny–, mas es imposible, pues la pérdida presente es inmensa. Pero las consecuencias serán aún peores si no se corrige de inmediato».

> Los cargamentos que se esperan de Inglaterra quedarán sin vender y los buques incurrirán en grandes costes de demora, y lo mismo cabe esperar la próxima temporada. El salitre y la seda cruda que necesitamos deberán ser ahora comprados a alto precio a los neerlandeses, franceses, prusianos y daneses, al igual que las muselinas de Dacca […] con lo que tendremos una gran pérdida de ingresos.

> Las otras regiones de India también sufrirán los efectos de la pérdida de Calcuta, pues, si no me equivoco, la costa de Coromandel y Malabar, el golfo de Persia y el mar Rojo, e incluso Manila, China y la costa de África, recibían de Bengala algodón, pimienta, drogas, frutas, conchas marinas, cauríes, estaño, etc. Y también recibían de Bengala mercancías que necesitaban, como seda cruda y sus diversas manufacturas, opio, grandes cantidades de tejido de algodón, arroz, jengibre, cúrcuma, pimienta larga etc., así como muchos otros bienes de todas clases. [25]

La noticia de la caída de Kasimbazar y una primera petición de apoyo militar llegaron a Madrás el 14 de julio. No fue hasta más de un mes después, el 16 de agosto, cuando arribó la nueva del asalto exitoso de Siraj ud-Daula contra el Fuerte William. En circunstancias normales, Madrás habría enviado una delegación a Murshidabad, habrían tenido lugar negociaciones, se habrían presentado disculpas y garantías, se habría pagado una indemnización y el comercio habría continuado como de costumbre, para beneficio de ambas partes. Pero, en esta ocasión, no por buena planificación sino por casualidad, había una segunda opción.

El destino había dispuesto que Robert Clive y tres regimientos de la Real Artillería acabasen de llegar en ese momento a la costa de Coromandel, al Fuerte St. David, al sur de Madrás, a bordo de la flotilla de navíos de guerra del almirante Watson. Estas fuerzas venían a combatir a los franceses, no al nabab de Bengala, y en los debates subsiguientes varios miembros del Consejo de Madrás adujeron que la flota debía permanecer en Coromandel para protegerla de la flotilla francesa, que se creía que venía desde Port Lorient. La llegada de esta, así como la noticia del estallido de la guerra, se esperaba de un momento a otro. Varios miembros del Consejo argumentaban, no sin razón, que, tras haber perdido un

importante puesto comercial, sería una negligencia extrema por parte de la Compañía arriesgarse a perder un segundo.

Además, el almirante Watson, en tanto que fiel servidor de la Corona, consideraba que su misión era defender los intereses nacionales británicos contra los franceses, no defender los intereses económicos de la Compañía contra los gobernantes locales. Pero Clive no tenía intención de dejar pasar su gran oportunidad, en particular porque había perdido cantidades importantes, tanto en inversiones directas en Bengala como en acciones de la Compañía, y defendió con éxito la adopción de una línea de acción más agresiva; logró convencer a los demás miembros del Consejo y persuadió a Watson para que viniera con él, junto con sus cuatro buques de línea y una fragata. Watson tan solo insistió en esperar hasta el inicio del monzón, a principios de octubre, después de lo cual era menos probable que los franceses se arriesgasen a salir a mar abierto. Esto les concedería un plazo de gracia de varios meses con los que restablecer la posición británica en Bengala sin dejar Coromandel en un estado de indefensión criminal. [26]

Pocas semanas más tarde, Clive escribía triunfal a su padre: «Esta expedición, de ser coronada por el éxito, me permitirá hacer grandes cosas. Es, con diferencia, la más grande de mis empresas. Marcho a ella con grandes fuerzas y gran autoridad». A sus jefes de Leadenhall Street se dirigió en términos más mesurados y menos egocéntricos: «Honorables caballeros –escribió– les habrán llegado por numerosas fuentes la noticia de la captura de Calcuta por los moros y de la cadena de infortunios que ha recaído sobre la Compañía en particular y la nación en general».

> Los pechos de todos están llenos de congoja, horror y resentimiento [...] en esta ocasión melancólica, el gobernador y el consejo consideraron adecuado enviarme a este lugar. Tan pronto como se decidió el envío de la expedición, ofrecí mis servicios, que fueron aceptados, y estoy en posición de

> embarcarme a bordo del escuadrón de Su Majestad con un excelente cuerpo de [soldados] europeos, llenos de ánimo y rencor por los insultos y barbaridades infligidos a tantos súbditos británicos. Me permitiré aventurar que esta expedición no solo acabará con la reconquista de Calcuta, sino que la hacienda de la Compañía en esos confines quedará en una situación mejor y más duradera que nunca. [27]

En Madrás, el selecto comité compartía las ambiciones de Clive: «La reconquista de Calcuta, consideramos, no debe ser el fin de la empresa –escribieron a primeros de octubre a los directores de Londres–. No solo deberá restablecer los asentamientos y factorías [de la CIO en Bengala], sino también restituir todos sus privilegios y obtener amplia reparación por las pérdidas soportadas. De no ser así, consideramos que sería mejor no intentar nada, pues lo único que se lograría sería añadir el oneroso coste de este armamento a la pérdida anterior, sin garantizar que sus colonias y su comercio estén a salvo de futuros insultos y exacciones». [28]

Fueron necesarios dos meses para hacer planes detallados, revisar los buques, embarcar los cañones y preparar los suministros. La fuerza de rescate, compuesta por 785 soldados europeos, 940 cipayos y 300 infantes de marina, zarpó el 13 de octubre. Era la fuerza naval-militar más grande jamás reunida por los británicos en la India. Pero los mismos fuertes vientos monzónicos que Watson sabía que impedirían a los franceses aventurarse a salir de puerto estuvieron a punto de hundir toda la expedición. La flota quedó dispersa de inmediato y algunos buques fueron a parar muy al sur, hasta Sri Lanka. El buque insignia de Watson, el Kent, necesitó seis semanas para alcanzar el punto desde el que Clive pudo ver las aguas de la bahía de Bengala teñirse del tono característico del cieno del Ganges. [29]

Hubo que esperar hasta el 9 de diciembre para que los primeros barcos de la expedición remontasen el Hugli aprovechando la marea

baja. La mitad de los soldados de Clive había sucumbido a diversas enfermedades, entre ellas un brote de escorbuto. Seis días más tarde, el Kent largó anclas en Fulta, donde los supervivientes de la debacle de Calcuta se habían refugiado en las inmediaciones de una ciénaga malárica. Poco menos de la mitad de los harapientos refugiados había muerto de fiebres y había sido enterrado en el limo aluvial de los Sundarbans. [30]

Poco después llegaron dos naves más. Mientras esperaban los dos barcos restantes, el Marlborough y el Cumberland, que transportaban el grueso de las tropas y de la artillería de la expedición, Clive escribió a Manikchand, el nuevo alcaide de la fortaleza de Alinagar-Calcuta. En su misiva, le anunciaba su llegada con un contingente de dimensiones sin precedentes, «la fuerza militar más grande que jamás se haya visto en Bengala» y que «venía a pedir satisfacción». Aunque las amenazas de Clive tuvieron escaso efecto. Tal y como explica Ghulam Husein Khan, «en Bengala, a los británicos solo se les conocía por su condición de mercaderes –y nadie en la corte– tenía la menor idea de la capacidad de esa nación para la guerra y tampoco tenían idea alguna de los muchos recursos que podían desplegar en caso de sufrir un revés». [31]

El 27 de diciembre, ante la falta de respuesta de los mogoles, y con sus filas debilitándose a diario a causa de las enfermedades, la expedición de Clive levó anclas y navegó lentamente río arriba sin esperar a que llegasen las dos naves que faltaban. Se deslizaron en silencio entre cocoteros, a través de manglares cubiertos de hojas de loto, en los que abundaban tigres y murciélagos enormes. Cuando estuvieron cerca del primer obstáculo serio, el Fuerte de Budge Budge, cuyas piezas pesadas dominaban un meandro del río, desembarcaron los cipayos, que soportaron 16 horas de marcha, en la que a veces tuvieron que avanzar con el agua hasta el pecho y en algunos puntos atravesar junglas o arrozales cenagosos. [32]

Hacia el atardecer, cuando se aproximaban al fuerte, el rajá Manikchand les tendió una emboscada y apareció de repente en la jungla por un lugar inesperado, que logró sorprenderlos por completo. La confusa escaramuza duró una hora, con graves pérdidas en ambos bandos. Clive, nervioso, estuvo a punto de ordenar la retirada. Pero el rápido fuego por filas de los nuevos mosquetes Brown Bess, y el apoyo de la artillería de campaña, obró su misteriosa magia. Como recordó más tarde el sobrino de Clive, Edward Maskelyne, los mogoles, «quedaron muy alarmados por la precisión de nuestro fuego y completamente sorprendidos al ver cañones, pues consideraban imposible transportarlos por el terreno por el que habíamos marchado la noche precedente. Sus pérdidas estimadas fueron 200 muertos y heridos, 4 *Jemidar* [jefes] y 1 elefante muerto. Su comandante [el rajá Manikchand] recibió un tiro que le atravesó el turbante». [33]

Cuando Manikchand se retiró, las naves de Watson pudieron descargar sus cañones sobre el fuerte, que silenciaron rápidamente las piezas mogolas. Mientras se desembarcaban las tropas para iniciar el ataque por tierra, «un tal Strahan, marinero a bordo del Kent, había bebido demasiado ron, se tambaleó hasta la orilla, vadeó el foso y se le metió en la cabeza escalar una brecha abierta por los cañones de los buques». La guarnición acudió a su encuentro y Strahan «esgrimió su alfanje y disparó su pistola. Luego, tras vociferar tres hurras, gritó: "Este puesto es mío". Sus camaradas corrieron a salvarlo y la guarnición se esfumó en la noche». [34]

La flota continuó río arriba. Se encontraron dos fuertes más, que fueron abandonados sin lucha.

Al amanecer del 2 de enero de 1757, el escuadrón estaba a la vista del Fuerte William. Se desembarcaron los infantes de marina y se disparó una descarga sobre las defensas. Hubo un breve intercambio de fuego, en el que perecieron 9 hombres. Luego, Manikchand volvió a retirarse: «El necio gobernador de la plaza –escribió Ghulam Husein Khan–, intimidado por tanta audacia, y al no

disponer del valor para resistir, consideró más prudente declinar un encuentro y huyó con todo su ejército. El general inglés [Clive], al ver desaparecer al enemigo, tomó posesión de la factoría y del fuerte, izó por doquier sus estandartes victoriosos y despachó a los caballeros refugiados, todos a su antigua morada y cada uno de ellos a su casa». [35]

La gente saludaba. Un hombre colgó una Union Jack de un árbol; [36] pero, cuando salió el sol, pudo contemplarse la magnitud de la devastación sufrida. La casa del gobernador, la iglesia de Santa Ana y las grandes mansiones alineadas a lo largo del río habían quedado reducidas a restos calcinados, que se elevaban irregulares sobre la ribera del río como si fueran los dientes negros y destrozados de unas encías enfermas. Los muelles estaban destrozados. En el interior de las mansiones, el bello mobiliario georgiano, las pinturas de familia e incluso los clavecines habían sido utilizados como leña en unas habitaciones que otro tiempo habían sido salones. En el lienzo oriental del muro del fuerte habían erigido una pequeña mezquita. [37]

Pero, a pesar de todo, a las 8 en punto de la mañana del 2 de enero de 1757, Calcuta, medio en ruinas y devastada, estaba de nuevo en manos de la Compañía.




El 3 de enero, Clive le declaró la guerra a Siraj ud-Daula en nombre de la Compañía. Watson hizo lo mismo, en nombre de la Corona. Era la primera vez que la CIO declaraba la guerra formalmente a un príncipe indio: «Comenzaba un nuevo tipo de juego en el tablero de ajedrez de la época», observó el *Riyazu-s-salatin* de Ghulam Husein Salim. [38]

Clive, como era característico en él, pasó de inmediato a la ofensiva. El 9 de enero, mientras la población reparaba sus casas y los ingenieros comenzaban a reconstruir las fortificaciones del Fuerte William, esta vez demoliendo todos los edificios situados por encima de los muros, Clive y Watson partieron en el Kent para atacar el principal puerto de Siraj ud-Daula, Hughli Bandar, con intención de cobrarse una violenta venganza por la destrucción de Calcuta. A su llegada, castigaron los *ghat* con metralla y, a las cuatro en punto de la tarde, desembarcaron los granaderos, que ocuparon la zona en torno al fuerte. A las 2 de la madrugada, a la luz de la luna llena, asaltaron las fortificaciones con escalas de asedio. Una vez en el interior, se hicieron «los amos del lugar en menos de una hora, con pocas o ninguna pérdida, infligiendo una prodigiosa matanza» a la guarnición dormida. Luego, se lanzaron a saquear y quemar el puerto «para inquietar al enemigo, alarmar a la provincia y utilizar contra Siraj su gran pasión: el miedo. Se dio orden de quemar las casas y destruir en concreto los almacenes a uno y otro lado del río». [39] Las partidas de saqueo se desplegaron para incautar armas y quemar varias aldeas y sus graneros. Por la tarde, estaban de regreso tras los muros del Fuerte William.

Dos semanas más tarde, el 23 de enero, Siraj ud-Daula, tras haber reunido un enorme ejército de 60 000 efectivos, volvió a lanzarse sobre Calcuta. Como en la ocasión anterior, también avanzó con rapidez. El 4 de febrero, Clive recibió la sorprendente noticia de que Siraj y sus fuerzas acampaban en un jardín de recreo situado en los suburbios septentrionales de Calcuta, justo al norte de las murallas. Se enviaron a dos altos representantes de la Compañía para invitarle a conversar, pero Siraj los trató «con tal combinación de altivez y desprecio, que consideraron casi imposible hacer ningún progreso». [40] Los mogoles convocaron a los dos hombres a retornar al día siguiente «para parlamentar» pero estos, temiendo una trampa, no se presentaron. Clive volvió a recurrir a su táctica

favorita de los días de las Guerras Carnáticas: el ataque sorpresa nocturno.

Con la decisión que le caracterizaba, Clive «embarcó de inmediato en el buque del almirante Watson y le explicó la necesidad de atacar al nabab sin demora, así como que necesitaba la asistencia de cuatrocientos o quinientos marinos para transportar munición y arrastrar la artillería, a lo cual [Watson] dio su consentimiento. Los marinos desembarcaron en torno a la una de la noche. Hacia las dos, las tropas estaban dispuestas y, hacia las cuatro, partieron a atacar el campo del nabab». [41]

El nuevo día, 5 de febrero de 1757, amaneció con una espesa niebla invernal que fluía desde el río. En silencio, escribió Edward Maskelyne en su diario, «marchamos 470 soldados, 800 cipayos, 6 piezas de campaña, 1 obús y 70 del tren [de artillería], además de un cuerpo de marinos, la mitad de los cuales arrastraba los cañones, y la otra mitad portaba armas».

> Amanecía cuando llegamos cerca del campo del nabab. Nos dieron el alto y descargaron sobre nosotros un vivo fuego, que fue respondido por la vanguardia de cipayos. El enemigo se retiró y lo perseguimos a través del campamento, hasta llegar a su centro, sin que nos molestase. Allí apareció entre la niebla un cuerpo de 300 jinetes a menos de 10 yardas [9 metros] del batallón, al que disparamos dos [descargas] de fuego por pelotones que les causó tal quebranto que solo escaparon de allí, según todos los testigos, no más de 13 jinetes. Después, todo su ejército comenzó a rodearnos con grandes cuerpos que nos obligaron a mantenerlos a distancia con un fuego sostenido de mosquetería y artillería. Hacía más de dos horas que habíamos entrado en su campo y los jinetes habían lanzado varias cargas contra nuestra retaguardia, aunque no con igual valor que la primera. [42]

Hacia las 11 de la mañana, las fuerzas de Clive regresaron desanimadas a la ciudad, tras haber perdido casi 150 hombres. Entre los caídos se contaban el ayuda de campo de Clive y su secretario, ambos muertos a su lado: «Fue el combate más duro en el que jamás haya participado –escribió Clive a su padre– y el objetivo principal del ataque fracasó» (esto es, la captura o muerte del nabab). [43] Clive no estaba seguro de si la maniobra había sido un éxito o un fracaso, pero sospechaba que había sido lo segundo. Sus guías se habían perdido en la niebla y habían estado muy cerca de atacar el recinto real, disparando a ciegas entre la penumbra, sin saber si estaban alcanzando o fallando el blanco. También había perdido dos piezas, que tuvieron que dejar abandonadas, clavadas en el fango del campamento del nabab. Pero lo que sí que ignoraba era el terror que habían causado a Siraj ud-Daula, que había escapado con vida por poco. Aunque no habían resultado tan afortunados 1500 de sus infantes, 600 jinetes y 4 elefantes. Ghulam Husein Khan relató el asalto desde el punto de vista mogol. Los ingleses «botaron sus lanchas hacia las 2 de la madrugada –escribió– y remaron hacia un extremo del campo enemigo, donde esperaron ocultos el resto de la noche».

> Hacia el amanecer atacaron la retaguardia del ejército y entraron en el campo, donde comenzaron a disparar a placer, cosa que también hicieron los que estaban en los botes, arrojando balas de mosquete como si fuera granizo, de forma que caían muertos o heridos gran número de hombres y caballos expuestos [al fuego]. Dost Mohamed Khan, que, además de ser el comandante principal, era persona de gran valor, quedó herido e incapacitado. Muchos otros oficiales corrieron igual suerte. Se dice que su intención era nada menos que capturar a Siraj y llevárselo.
>
> Por suerte para Siraj, había una niebla y una bruma tan densa, del tipo llamado en hindi *cohessa* , que causaba tal

oscuridad, que, pese a estar siempre muy cerca, los dos hombres [Clive y Siraj] no pudieron verse entre sí. Esta penumbra les hizo equivocarse de camino y no encontraron el recinto privado de Siraj ud-Daula, con lo que el príncipe pudo escapar por poco. Se observó que los ingleses marchaban firmes, con orden y decisión, como si estuvieran en un desfile, disparando sin cesar a uno y otro lado, hasta llegar a la parte frontal del campo, desde donde pudieron retornar sin problema a sus puestos y casas fortificadas, sin perder ni un solo hombre. [44]

Aunque Clive lo ignoraba, este ataque nocturno había supuesto un punto de inflexión decisivo. Aterrorizado por el golpe inesperado, durante la mañana, Siraj levantó el campo y se retiró 10 millas [16 km]. Al día siguiente, envió a un embajador con propuestas de paz. Antes incluso del asalto nocturno, ya era consciente del daño que la destrucción de Calcuta había ocasionado a la economía bengalí, por lo que estaba dispuesto a mostrar cierta generosidad. El 9 de febrero firmó el Tratado de Alinagar, por el que aceptaba casi todas las exigencias de la Compañía, restauraba todos los privilegios ingleses existentes y liberaba de impuestos a los bienes ingleses, además de permitir a la Compañía conservar sus fortificaciones y establecer una ceca. Su única insistencia fue que Drake fuera depuesto: «Díganle a Roger Drake […] que no perturbe nuestros asuntos», algo que la Compañía no tuvo ningún inconveniente en conceder. [45]

Al día siguiente, Siraj ud-Daula inició la marcha de regreso a Murshidabad. Clive y Watson estaban asombrados del éxito alcanzado. Clive estaba dispuesto a regresar a Madrás, tras haber cumplido sus objetivos bélicos a cambio de un coste mínimo y escasas bajas. Como escribió a su padre el 23 de febrero: «Espero regresar en breve a la costa, pues por aquí todo ha acabado». [46]

Watson, por su parte, reportaba a la Corona, no a la Compañía, pues para él la situación se había complicado un poco más. [47] Unos pocos días antes le habían notificado de forma oficial el estallido de los que las generaciones futuras llamaron la Guerra de los Siete Años. Por todo el mundo, desde Quebec al río Senegal, desde Ohio a Hanover, desde Menorca a Cuba, en todos los frentes imperiales, habían estallado finalmente las hostilidades entre Gran Bretaña y Francia. Las instrucciones para Watson llegaron en un paquete procedente de Londres que contenía una copia compulsada de la declaración de guerra y una carta del Almirantazgo donde se ordenaba «a todos los oficiales del Rey hostilizar al enemigo por todos los medios posibles». [48]

Watson no tenía ninguna duda de lo que tenía que hacer: embestir contra los franceses allí donde estuvieran. Y, en el caso de Bengala, tal cosa significaba atacar la colonia gala de Chandernagar, 20 millas [32 km] río arriba.




Las relaciones entre las autoridades de Chandernagar y Calcuta se habían caracterizado siempre por una sorprendente cordialidad. Tras la caída de Calcuta, los franceses de Chandernagar ofrecieron hospitalidad a los refugiados de la Compañía que habían escapado de Siraj ud-Daula y reservaron su ira contra Drake y su Consejo: «Esta vergonzosa huida cubre a todos los europeos de un oprobio tal que nunca podrá ser borrado en estos confines –escribió el gobernador francés, M. Renault–. Todo el mundo les maldice, detesta y aborrece […] en pocas palabras, se diga lo que se diga, esos caballeros, el señor Drake en particular, nunca se liberarán de

semejante infamia. El señor Drake nunca privará a su nación del derecho a ahorcarle, a él y a su Consejo». [49]

Dadas las circunstancias, los franceses, tras la recaptura de la ciudad, se apresuraron a contactar con sus homólogos británicos para acordar un pacto de neutralidad en la región en caso de que estallase la guerra. Calcuta respondió afirmativamente y se entablaron conversaciones. Pero, el 6 de marzo, Watson rompió las negociaciones, horas antes de la firma del tratado de neutralidad. Según Jean Law, el almirante asumió la postura de que «las autoridades de Chandernagar no tienen la potestad de hacer tratados, por lo que declinó firmar el documento. Pero lo que ocurrió en realidad es que, el mismo día fijado para la firma, el almirante fue informado de que los dos buques perdidos y esperados por largo tiempo habían llegado a la embocadura del Ganges. Fue esta noticia la que le hizo cambiar de postura. El contingente inglés se disponía ahora a marchar contra Chandernagar mientras los buques desaparecidos comenzaban a remontar el Ganges». [50]

El 8 de marzo, Clive inició la marcha. Encabezaba un pequeño ejército que había crecido hasta los 2700 efectivos. Se tomó su tiempo: tardó tres días en cubrir las 20 millas [32 km] que separaban las dos estaciones comerciales rivales. Dos días más tarde, el nabab escribió una carta a Clive que este consideró su consentimiento a un ataque contra los franceses. A cambio, la CIO se comprometía a proporcionar asistencia militar a Bengala en caso de ataque del monarca afgano, Ahmed Shah Durrani, que acababa de tomar Delhi en la primera de sus diecisiete expediciones anuales por la India septentrional, y del que se decía que planeaba una incursión de pillaje en dirección al este. El día 12, Clive acampó a 2 millas [3 km] de Chandernagar y exigió a los franceses que se rindieran. Estos se negaron.

Chandernagar, al igual que Calcuta, había superado a todos los asentamientos rivales hasta convertirse en el principal puesto comercial francés en oriente. También al igual que Calcuta era

vulnerable a los asaltos, no tanto por tierra, pues su Fuerte d’Orleans, edificado siguiendo los principios de Sébastien de Vauban, era una fortificación mucho más impresionante que el fuerte William. Pero sus defensas contra ataques fluviales eran mucho menos formidables. Renault, consciente de ese hecho, tan pronto como estalló la guerra hundió cuatro naves y extendió una barra y varias cadenas por el río para impedir que las naves de guerra británicas se acercasen a la vulnerable cara oriental de su fuerte.

A primera hora de la mañana del 23 de marzo, Clive asaltó y tomó la batería francesa principal que dominaba el río. A partir de ese punto, el almirante Watson se hizo cargo de la situación, pues fue el poder marítimo, no las fuerzas terrestres de Clive, las que más bajas causaron. Los franceses, que tan solo disponían de 700 hombres para defender el fuerte, combatieron con valentía y sin posibilidad de relevo entre los edificios en llamas.

También en esta ocasión es el sobrino de Clive el que nos deja el mejor relato de la toma de Chandernagar. Según su diario, «El Kent y el Tyger llegaron por el río –escribió Edward Maskelyne– cuyo pasaje fue muy retrasado por los franceses, que habían hundido cuatro buques en el canal».

> Una vez retirado este obstáculo [después de cortar las cadenas y la barra] los dos buques se acercaron al fuerte, pero antes de situarse a distancia de tiro de mosquete, las 16 piezas de los franceses causaron gran daño. Cuando las naves comenzaron a descargar andanadas, el enemigo no tardó en abandonar sus cañones, pues en dos horas perdieron 150 oficiales y los muros de dos bastiones fueron arrasados. Los *Monsieurs* sacaron bandera [blanca] y se rindieron de inmediato.
>
> [Antes de que se rindieran] habían barrido la cubierta del Kent de todos los tripulantes a excepción del almirante [Watson] y el piloto, capitán Speke, y todos los oficiales

> habían quedado muertos o heridos, pues había cerca de 150 hombres en ambas naves. El Tyger sufrió grandes pérdidas de marinería y el Kent sufrió pérdidas tanto de oficiales como de marineros. El capitán Speke quedó con la pierna destrozada y su hijo Billy perdió su pierna, con parte del muslo, del mismo disparo. Perreau, un joven encantador, recibió un tiro que le atravesó la cabeza y el segundo teniente Hayes perdió un muslo y ha muerto.
>
> Dado que [las fuerzas terrestres] estábamos bajo la cobertura de las casas, sufrimos poco y, por el contrario, hostigamos en gran medida al enemigo con nuestros tiros y nuestras granadas. Debe reconocerse que, considerando todos los factores, los *Messieurs* se defendieron bien, pero el fuerte tan solo resistió dos horas después de que los buques consiguieran llegar a él.

«Pocas veces tendrá conocimiento de una ocasión en la que dos naves han sufrido un daño mayor que el sufrido por el Kent y el Tyger en esta acción –escribió uno de los marinos supervivientes–. Nunca antes habíamos obtenido una victoria a tal alto precio». [51]

La destrucción en el interior del fuerte era tan grave como en las cubiertas de las naves. Al anochecer, las 5 piezas francesas de 24 libras habían sido desmontadas de sus cureñas, «las murallas del [fuerte] d'Orleans estaban en estado ruinoso, casi todos los artilleros muertos y los hombres caían abatidos por mosqueteros situados en los tejados de las casas vecinas y en los penoles y jarcias de los buques. En un solo día de combate, el francés perdió 2 capitanes y 200 hombres entre muertos y heridos». [52]

La captura de Chandernagar supuso un fuerte revés para toda la presencia gala en la India. Como observó Jean Law, «con la caída de Chandernagar, las puertas de todo el país quedaron abiertas de par en par a los ingleses, puertas que les daban acceso a un sendero de gloria y riquezas. De igual modo, el principal puesto de comercio de

la Compañía francesa, el único puerto en el que nuestras naves podían refugiarse, quedó cerrado por largo tiempo. Una colonia floreciente había sido destruida y muchas personas honestas de la India francesa habían quedado arruinadas. De hecho, yo mismo estaba arruinado». [53]

Mientras se libraba esta batalla, Siraj ud-Daula se debatía en un mar de indecisión. Deseaba ayudar a los franceses contra los británicos, pero no se atrevía a dar a la Compañía ninguna excusa para romper el tratado con los mogoles. En cierto momento, envió una fuerza de socorro a Chandernagar, pero dudó y, al final, la retiró. Un día más tarde, para tratar de aprovechar un *fait accompli* , envió un mensaje a Clive en el que expresaba «su indescriptible placer» por su victoria. Al mensaje sumó un regalo.

El joven nabab «quitándose la pelusa de la temeridad de la oreja», como recoge el *Riyazu-s-salatin* , buscó ganarse la amistad de Clive con el regalo de dos leopardos «extraordinariamente buenos en la caza del ciervo». Pero era demasiado tarde. «Pues la flecha del destino no puede detenerla el escudo del esfuerzo, una vez que el dictamen de Dios señala otro camino». [54]



Abril tocaba a su fin y Clive y Watson comenzaron a preparar sus ejércitos para abandonar Bengala y dirigirse a Coromandel, inquietos por el mucho tiempo que habían dejado Madrás indefensa y expuesta a un ataque francés. Toda la campaña de Bengala habría finalizado allí y en aquel momento de no ser por el odio y el desprecio que Siraj ud-Daula inspiraba en toda su corte, en particular en la todopoderosa dinastía de banqueros, los Jagat Seth.

La huida de Siraj ud-Daula de Calcuta tras el asalto nocturno de Clive, seguida de la humillación del Tratado de Alinagar, había quebrado el hechizo de temor con el que Siraj había mantenido amedrentada a su corte. Se había enemistado con muchos de los antiguos jefes militares de su abuelo, en particular con el veterano general Mir Jafar Ali Khan, un soldado de fortuna árabe originario de la ciudad santuario chií de Najaf, en el actual Irak. Mir Jafar había participado en muchas de las victorias más decisivas de Aliverdi contra los marathas y en fechas más recientes había dirigido el exitoso asalto contra Calcuta. Pero, a pesar de haber tomado la ciudad y derrotado a la Compañía en batalla, había sido dejado de lado, pues el cargo de gobernador había ido a parar a un rival hindú, el rajá Manikchand. Mir Jafar y sus camaradas de armas de las guerras marathas, «comandantes de mérito y elevado prestigio, todos merecedores del máximo respeto, estaban cansados de vivir bajo semejante administración –escribió Ghulam Husein Khan– y deseaban librarse de ese gobierno mediante la muerte de Siraj ud-Daula».

> De este modo, cada vez que percibían algún indicio de descontento en alguna parte, o indicios de odio contra el gobierno, enviaban mensajes secretos a los partidarios, exhortándoles a buscar el modo de vengarse y prometiéndoles el apoyo más vigoroso. Mir Jafar Khan, el más importante y el más ofendido de los descontentos, era el más destacado. Jagat Seth le había prometido en secreto darle todo su apoyo. Entre los dos, formaron una confederación [...] otros dignatarios ofendidos se unieron al plan para derrocar a Siraj ud-Daula, cuya ferocidad y desconsideración les provocaba constantes sobresaltos y cuyo temperamento irresponsable les había temblar. [55]

El primer plan de los conspiradores había sido apoyar a la hija de Aliverdi Khan, Ghaseti Begum, pero Siraj había actuado contra ella con tanta rapidez tras la sucesión que el plan nunca llegó a fructificar. Un segundo plan era apoyar al primo de Siraj, Shaukat Jung de Purnea, «subadhar del gusto de Jagat Seth y de los principales moros y rajás», pero este había resultado aún menos de fiar que el propio Siraj. [56] Shaukat entró en combate contra su psicótico primo sumido en tal nube de opio que era «incapaz de levantar la cabeza», o hacer otra cosa que no fuera «escuchar los cantos de sus mujeres, por lo que desmontó de su elefante [...] estaba totalmente sin sentido cuando una bala de mosquete se alojó en su frente y envió a su alma a reunirse con su hacedor». [57]

Ahora que Clive había demostrado su capacidad militar, primero con la reconquista de Calcuta y luego con la toma de Chandernagar, los conspiradores decidieron considerar una tercera opción: la Compañía, con la cual contactaron con intención de utilizar sus fuerzas militares para sus propios fines. William Watts, que acababa de regresar a la factoría inglesa de Kasimbazar en cumplimiento de las cláusulas del Tratado de Alinagar, fue el primero en tener conocimiento de tales voces descontentas. Desde la factoría de la CIO situada en el extremo sur de Murshidabad, supo de las murmuraciones de los nobles desafectos en la corte y de los indicios de un posible golpe, por lo que envió a su agente armenio, Khwaja Petrus Aratoon, a investigar. Este averiguó que Mir Jafar, dado su cargo de pagador del Ejército bengalí, estaba dispuesto a ofrecer a la Compañía la enorme suma de 2,5 crores de rupias [*] si le ayudaban a derrocar al nabab. Investigaciones adicionales revelaron que la conspiración contaba con amplios apoyos entre la nobleza. No obstante, Mir Jafar, un general sin estudios ni talento para la política, era una simple fachada para la fuerza real que había tras el golpe: los banqueros Jagat Seth. «Ellos son, puedo confirmarlo, los *originadores* de la revolución –escribió Jean Law muchos meses más tarde–. Sin ellos, los ingleses no habían conseguido todo lo que

tienen. La causa de los ingleses se ha convertido en la causa de los Seth». [58]

Watts hizo llegar esta oferta a Clive, que continuaba acampado en las afueras de Chandernagar. Este también había comenzado a escuchar por su cuenta rumores de una posible revolución palaciega. El 30 de abril de 1757, Clive menciona por escrito por primera vez el plan con el que su nombre quedaría asociado para siempre. En una carta al gobernador de Madrás, observó que Siraj ud-Daula se comportaba de una forma aún más violenta de lo habitual: «Dos veces a la semana amenaza con empalar al señor Watts [...]. En suma: [Siraj] es un compendio de todo lo que es malo, solo trata con sus sirvientes y es odiado y despreciado por todos».

> Esto me lleva a ponerle a usted al corriente de que hay una conspiración contra [Siraj] de varios grandes del país, encabezados por el propio Jagat Seth. Me han solicitado ayuda, a cambio de todas las prebendas que la Compañía pueda desear. El Comité es de la opinión de que esta debe concederse tan pronto como el nabab esté bajo control. Por mi parte, estoy convencido de que no existirá ni paz ni seguridad mientras reine ese monstruo.
>
> El señor Watts se encuentra en Murshidabad, donde ha tenido numerosas reuniones con los grandes del país. Esperan recibir vuestras propuestas, que es lo único que necesitan para ponerlo todo en marcha, por lo que es posible que muy pronto tengan noticias de una revolución que pondrá fin a toda esperanza francesa de volver a establecerse de nuevo en este país [...] [59]

Los banqueros y mercaderes bengalíes que sostenían el régimen de Siraj ud-Daula se habían vuelto contra este al unirse a los elementos desafectos de su ejército y ahora pretendían traer a las tropas mercenarias de la Compañía de las Indias Orientales para que

les ayudasen a derrocarlo. Esto era algo muy nuevo en la historia de la India: un grupo de financieros indios conspiraba con una corporación comercial internacional para utilizar sus fuerzas privadas para derrocar un régimen considerado una amenaza para los ingresos que obtenían del comercio. [60] No se trataba de ningún plan maestro imperial. En realidad, los hombres sobre el terreno de la CIO estaban ignorando las estrictas instrucciones recibidas de Londres: debían limitarse a rechazar los ataques franceses y evitar contiendas ruinosas con sus anfitriones mogoles. Pero los hombres de la CIO vieron la oportunidad para el enriquecimiento personal, además de beneficios políticos y económicos para la Compañía. Estos disfrazaron la conspiración de la forma que sabían que agradaría a sus jefes, presentando el golpe como si su principal intención fuera excluir para siempre de Bengala a los franceses. [*]

El 1 de mayo, un Comité Secreto formado por altos cargos de la Compañía en Bengala decidió de forma oficial unirse a la conspiración: «El comité opinó por unanimidad que no podía confiarse en la palabra, honor y amistad de este nabab, así que una revolución en el gobierno redundaría en grandes beneficios para los intereses de la Compañía». [61]

El Comité Secreto pasó a regatear los servicios que debería prestar, de nuevo por mediación de Khwaja Petrus, que sirvió de intermediario para su correspondencia cifrada. Poco tiempo después, Mir Jafar y los Jagar Seth incrementaron de forma notable su oferta, hasta un total de 28 millones de rupias para los participantes, esto es, 3 millones de libras esterlinas, o los ingresos anuales de toda Bengala, por su ayuda para derrocar a Siraj, además de 110 000 rupias mensuales destinadas al pago de las tropas de la Compañía. Además, la CIO obtendría derechos de *zamindari* –terrateniente– en las inmediaciones de Calcuta, una ceca en la ciudad y la exención de impuestos para su comercio. El 19 de mayo, además de la oferta citada, Mir Jafar aceptó pagar a la CIO una enorme suma adicional –

1 millón de libras– [**] en compensación por la pérdida de Calcuta y medio millón en indemnizaciones para sus habitantes europeos. [62]

El 4 de junio se llegó a un acuerdo final. Esa tarde, Khwaja Petrus obtuvo para Watts un palanquín cubierto del harén, «como los que se emplean para transportar a las mujeres de los moros, el cual es inviolable, pues, sin conocimiento previo del engaño, nadie osará mirar en su interior». [63] En el interior de este, el inglés fue transportado hasta la casa de Mir Jafar para recibir las firmas del viejo general y su hijo Miran y presenciar su juramento formal, sobre el Corán, de que cumplirían la parte acordada. [64] El 11 de junio, el documento firmado estaba en Calcuta en posesión del Comité Secreto, el cual, a su vez, procedió a firmarlo. Watts y sus hombres partieron de Kasimbazar y escaparon al amparo de la noche por el camino de Chandernagar.

El 13 de junio de 1757, exactamente un año después desde que Siraj diera inicio a su embestida contra Calcuta, Clive envió un ultimátum a Siraj ud-Daula en el que le acusaba de romper las cláusulas del Tratado de Alinagar. Ese mismo día, en cabeza de un reducido ejército de 800 europeos, 2200 cipayos de la India meridional y tan solo 8 cañones, inició su histórica marcha hacia Plassey.




El camino de Calcuta a Murshidabad atraviesa una gran planicie de llanuras aluviales, verdes y llanas, y arrozales cuyos suelos fértiles y enormes cielos se extienden en dirección sur hacia el tremedal del Sundarbans, el delta del Ganges y la bahía de Bengala. Un gran Edén verde de agua y vegetación. En estos humedales, los bueyes aran el rico cieno de los arrozales y los aldeanos pastorean sus

cabras y patos en los bancales. Las casas de campo bengalíes, de tejados de carrizo rojo, están rodeadas de manchas de bambú joven y verde y plantaciones de banianos gigantes, donde por la tarde parlotean bandadas de cotorras.

Bajo el calor premonzónico, Clive hizo marchar a sus cipayos por un bancal cubierto que recorría el enorme mosaico de humedales: arrozales embarrados a medio cosechar, seguidos de arrozales donde los plantones, jóvenes y verdes, acababan de ser trasplantados a las resplandecientes parcelas inundadas. A todas estas tierras las atravesaba la vía fluvial principal, el río Bhagirathi, por el que una flotilla de barcas de madera y bambú –no tenía suficiente calado para los navíos de línea de Watson– seguía a las fuerzas terrestres y proporcionaba transporte a los oficiales de las tropas europeas y suministros de munición y de boca para todos.

A medida que avanzaba hacia el norte, Clive, tras la actividad y los mensajes frenéticos de la semana precedente, comenzó a sentirse nervioso ante el agorero silencio de los conspiradores. El 15 de junio, Clive escribió a los Jagath Seth para asegurarles que continuaba dispuesto a cumplir con los términos pactados:

> Dado que el nabab ha demorado tanto la ejecución del tratado con los ingleses, me dirijo hacia allí con el fin de asegurarme de que se cumplen las cláusulas. Ha llegado a mis oídos que hay muchos disturbios en la ciudad. Espero que mi llegada les ponga fin; somos uno solo y siempre escucharé sus consejos. Me encuentro ahora en Culna y espero estar en Agoa Diep en dos días. Les aseguro que pueden permanecer en la ciudad con total seguridad y que mi ejército obrará del mismo modo que ha hecho hasta ahora y no saqueará nada en absoluto. [65]

No recibió respuesta alguna.

Al día siguiente volvió a escribir, esta vez a Mir Jafar: «He llegado a Tantesaul, cerca de Pattlee. Quedo en espera de sus noticias y tomaré las medidas que desee. Comuníquese por favor conmigo dos veces al día. No me moveré de Pattlee hasta que reciba noticias suyas». [66] Tampoco esta vez hubo respuesta. Clive comenzaba a desconfiar: «He llegado a Pattlee con todas mis fuerzas –escribió el día 17– y me sorprende mucho no recibir noticias suyas. Espero que, al recibo de la presente, me ponga al corriente de sus intenciones». [67]

A pesar del silencio, el día 18 despachó una sección al norte con orden de tomar el fuerte de Katwa, que lograron sin oposición. Era allí donde se suponía que Mir Jafar debía unirse a los efectivos de la Compañía, pero no había ni rastro de su supuesto aliado. Esa tarde, Clive tuvo una rara crisis de confianza: «En verdad, ignoro cómo actuar en la presente situación», escribió al Comité Selecto en Calcuta.

> […] en particular si recibo por carta confirmación de las intenciones de Mir Jafar de mantenerse neutral [es decir, no participar en la inminente batalla]. En el momento presente, se dice que las fuerzas del nabab no superan los 8000 efectivos, pero si obedecen sus órdenes este número puede aumentar fácilmente. Si los atacamos se atrincherarán y carecemos de apoyo. En este lugar, un revés será decisivo: por el contrario, un éxito nos proporcionará la mayor ventaja […] le ruego que me haga llegar sus consideraciones de cómo debo actuar en este momento crítico. [68]

A última hora de esa noche, Clive recibió de Mir Jafar una nota breve y bastante ambigua: «El nabab, al recibir la noticia de su llegada, se ha sentido muy intimidado y me pidió que siguiera siendo su amigo. Por mi parte, dadas las circunstancias del momento presente, considero aconsejable acceder a su petición, pero, aun así,

debe llevarse a cabo lo que acordamos. He reservado el primer día de la luna para mi partida. Dios mediante, llegaré». [69] Clive, aliviado por recibir noticias de Mir Jafar, respondió con mucho mayor detalle de lo que la misiva merecía: «He recibido vuestra carta, que me ha causado la mayor satisfacción tras el gran pesar sufrido a causa de vuestro silencio».

> He enviado un destacamento a tomar posesión de la ciudad y fuerte de Katwa, a la que llegaré mañana con todo mi ejército. Tengo intención de marchar desde allí al día siguiente y espero estar en Moncurra en el plazo de dos días, pero mis movimientos dependerán en gran medida del consejo que reciba de usted. Escríbame acerca de sus intenciones y qué es lo que yo debería hacer. El éxito de nuestra empresa depende de la información mutua; escríbame a diario y en detalle. Si encuentro al ejército del nabab, dígame qué acciones tomará usted y qué debo hacer. De una cosa puede estar seguro: una vez encuentre al nabab, le atacaré en menos de 24 horas. Por encima de todo, guárdese mucho de no ser arrestado por traición antes de mi llegada. [70]

Pero, a la mañana siguiente, tras haber releído la carta de Mir Jafar, Clive empezó a convencerse de que se dirigía hacia una trampa, con lo que, airado, escribió a su supuesto aliado en los siguientes términos: «Me causa gran preocupación que, en un asunto de tan graves consecuencias, en particular para usted, no se esfuerce más».

> Desde que inició mi marcha no me ha proporcionado la más mínima información de las medidas que debo tomar y tampoco sé qué es lo que está ocurriendo en Murshidabad. Es indudable que tiene capacidad para enviarme noticias a

> diario. A mí me resulta más difícil que a usted procurarme mensajeros de confianza. Aun así, el portador de la presente es un hombre inteligente y sensato en el que tengo gran confianza. Comuníquele con total libertad sus ideas; esperaré aquí hasta que se me exhorte a continuar. Considero que las fuerzas del nabab aumentan día tras día. Venga con las fuerzas de que disponga a Plassey o a cualquier otro lugar que considere adecuado –incluso 1000 jinetes serán suficientes– y me comprometo a marchar de inmediato junto con usted sobre Murshidabad. Prefiero la conquista directa. [71]

El 21 de junio, Clive convocó un consejo para decidir si continuaban la campaña. Se hallaban a solo un día de marcha de las plantaciones de mango de Plassey, donde el contingente de Siraj ud-Daula, que había crecido hasta los 50 000 efectivos, se apostaba en una zona segura atrincherada. Clive presentó la información disponible a su consejo militar, el cual votó en términos inequívocos en contra de continuar la campaña. Clive pasó la noche atormentado por las dudas, pero por la mañana decidió continuar a pesar de todo. Poco después, llegó un breve mensaje de Mir Jafar en el parecía querer decir que se comprometía a entrar en acción: «Cuando esté cerca, me uniré a usted».

Clive replicó con brusquedad: «Estoy decidido a arriesgarlo todo en su nombre, pero usted no se esfuerza».

> Esta tarde estaré al otro lado del río. Si se une a mí en Plassey, acudiré a su encuentro, para que entonces todo el ejército del nabab sepa que lucho a su lado [del lado de Mir Jafar]. Permítame recordarle hasta qué punto su gloria y su seguridad dependen de ello. Tenga la convicción de que, si hace esto, usted será el Subah [gobernador] de estas provincias, pero, si no puede hacer esto para ayudarnos, pongo a Dios por testigo que no será por culpa mía, por lo

que espero su consentimiento para concluir un tratado de paz con el nabab. [72]

A las seis en punto de esa tarde, tras recibir una segunda carta, breve y ambigua, Clive volvió a escribir: «A la recepción de su misiva, he decidido dirigirme de inmediato a Plassey. Espero con impaciencia la respuesta a mi carta». [73]

A continuación, Clive ordenó avanzar a sus fuerzas. Los cipayos se adentraron en el paisaje cada vez más acuático, en el que islas de tierra parecían flotar sobre un mosaico de arroyos, ríos y estanques *pukhur* , rebosantes de pesca y alfombrados de lirios. Hacia la tarde, las tropas vislumbraron varias alturas que se elevaban entre las ondulaciones del terreno con abanicos de palmeras, manchas de bambú y hierbas altas en flor. Sobre una de ellas se alzaba una pequeña aldea de cañizo, con sus carros de bueyes y sus pajares e imponentes banianos. Al otro lado, enclaustrado en un meandro del río Hugli, emergía un pequeño pabellón de caza de ladrillo que pertenecía al nabab de Murshidabad y que recibía su nombre de los característicos árboles *palash* , de flores naranjas, que crecían sobre el pabellón. Fue allí, en Plassey, donde Clive se refugió alrededor de la 1 de la madrugada de un chaparrón premonzónico. Sus tropas, empapadas, no tuvieron tanta suerte: acamparon al abrigo de un denso huerto de mangos situado tras la casa.

Pasó la noche y amaneció sin que llegasen más noticias de Mir Jafar. A las 7 de la mañana, Clive, inquieto, escribió en tono amenazador al general para advertirle de que llegaría a un acuerdo con Siraj ud-Daula si Mir Jafar mantenía su silencio y no hacía nada: «He hecho todo lo que podía hacer –mencionaba– y ya no puedo hacer más. Si usted viene a Dandpore, marcharé desde Plassey a su encuentro. Pero si no cumple esto, ruego que me disculpe, pero llegaré a un acuerdo con el nabab». [74] Semejante contratiempo, no obstante, era cada vez menos plausible con cada minuto que pasaba, pues las fuerzas del nabab, que sumaban decenas de miles,

surgieron de su posición atrincherada y comenzaron a cercar el pequeño ejército de la Compañía, hasta superarlo en, al menos, veinte a uno.

La tempestad de la noche precedente había despejado el ambiente y la mañana del 22 de junio amaneció brillante, clara y soleada. Clive decidió trepar al tejado plano del pabellón de caza para obtener una mejor visión de a lo que se enfrentaba. Lo que vio le desanimó: «Numerosos elefantes, todos cubiertos de bordados escarlatas; su caballería, con las espadas desenfundadas que refulgían al sol; sus cañones pesados, tirados por grandes recuas de bueyes; y sus estandartes ondeando, conformaban un fabuloso y pomposo espectáculo».

Clive estimaba que el nabab había reunido 35 000 infantes, 15 000 jinetes y 53 piezas de artillería pesada, supervisadas por un equipo de expertos franceses. Las tropas de Clive estaban de espaldas al meandro del Hugli, por lo que hacia las 8 de la mañana ya no tenían escape. Tanto si Mir Jafar tenía intención de cumplir sus promesas como si no, la única opción realista que les quedaba era combatir.

A las 8 dio comienzo el cañoneo. Tras perder 30 cipayos, Clive retiró a sus hombres al abrigo de la orilla cenagosa que delimitaba la plantación de mangos. El peligro de cerco era ahora real. Un oficial afirmó que Clive dijo: «Debemos combatir lo mejor que podamos durante el día y echarnos los mosquetes al hombro y regresar a Calcuta por la noche. La mayoría de oficiales dudaba tanto del éxito como él mismo». [75] En su reporte oficial, Clive escribió: «Se aproximaron a buen paso [...] y hacia las ocho iniciaron el ataque con numerosas piezas pesadas, apoyadas por todo su ejército».

> Por espacio de varias horas, continuaron haciendo un fuego muy vivo, durante el cual nuestra situación nos sirvió muy bien, pues estábamos emplazados en un gran huerto, rodeado de orillas cenagosas. Tratar de tomar sus piezas era

casi imposible, pues estaban dispuestos en círculo a nuestro alrededor, y a considerable distancia entre ellos, por lo que permanecimos quietos en nuestra posición, en espera de poder lanzar durante la noche un ataque contra su campamento. [76]

Entonces, en torno al mediodía, los cielos comenzaron a oscurecerse, tronaron relámpagos y se desató una tempestad monzónica torrencial sobre el campo de batalla, que empapó a los hombres y convirtió el terreno en un lodazal. Las tropas de la Compañía cubrieron pólvora y fulminantes con lonas para mantenerlos secos; pero los mogoles no lo hicieron. Menos de diez minutos después del inicio del chaparrón, Clive volvió a subir al tejado del pabellón de caza tras haberse puesto un uniforme seco y vio que los cañones de Siraj habían quedado silenciados.

El jefe de la caballería del nabab, Mir Madan, imaginó que las piezas de la Compañía también habrían quedado fuera de combate por el mismo motivo y dio orden de avanzar. Entonces, 5000 jinetes de la caballería afgana de élite se lanzaron contra el ala derecha de la Compañía: «El fuego de la batalla y de la matanza, que hasta entonces se había limitado a rescoldos, estalló ahora en llamas», escribió Ghulam Husein Khan.

Pero la nación de portadores de sombreros no tiene igual en el arte de disparar la artillería y la mosquetería con orden y con rapidez y desencadenaron una incesante lluvia de balas de cañón y de mosquete, con un fuego tan ardiente e interminable, que los espectadores quedaron maravillados y confusos. Los que estaban en la batalla quedaron ensordecidos por el tronar constante y su vista oscurecida por los destellos sin fin de la ejecución. [77]

Entre los muertos se encontraba el propio Mir Madan, «que se había esforzado mucho por dirigir desde el frente, pero fue alcanzado por una bala de cañón en el estómago y murió». [78] «Esta visión hizo cambiar al ejército de Siraj ud-Daula; los artilleros, acarreando el cadáver de Mir Madan, se retiraron hacia las tiendas. Al mediodía, la gente de las tiendas huyó y, de forma gradual, los soldados también comenzaron a dar media vuelta». [79] Llegado este momento, el segundo de Clive, el comandante Kilpatrick, al ver varias baterías mogolas abandonadas, desobedeció las órdenes recibidas y se lanzó por ellas sin permiso. Clive envió varios airados mensajes en los que amenazaba con arrestar a Kilpatrick por insubordinación. Pero lo cierto es que su acto de desobediencia ganó la batalla. Este fue el momento, según recuerda Edward Maskelyne, en el que la marea comenzó a retroceder: «Al ver que muchos enemigos retornaban a su campamento, consideramos que era la ocasión adecuada para tomar uno de los promontorios del terreno desde el que los cañones enemigos tanto nos habían hostigado durante la mañana».

> Al punto, los granaderos del primer batallón, con 2 piezas de campaña y un cuerpo de cipayos, apoyados por 4 secciones y 2 piezas de campaña del 2.º batallón recibió orden de tomar posesión de esta, cosa que hicieron. Su éxito nos animó a tomar posesión de un segundo puesto avanzado, a menos de 300 yardas [274 metros] de la entrada del campamento enemigo […] [80]

En ese momento, un enorme contingente de caballería mogola situado a la izquierda comenzó a distanciarse y alejarse del combate a lo largo de las orillas del Hugli. Se trataba de Mir Jafar, que se retiraba tal y como había prometido. Todas las fuerzas restantes de Murshidabad siguieron su ejemplo y emprendieron la retirada. Pero lo que comenzó como una retirada ordenada pronto se convirtió en

estampía. Grandes cuerpos de infantería mogola comenzaron a huir: «Entonces, tuvo lugar una desbandada general –escribió Clive en su reporte inicial (que se conserva en la actualidad en los Archivos Nacionales de la India– y perseguimos al enemigo 6 millas [9,6 km], pasando junto a más de 40 piezas de artillería que habían abandonado, así como de un número infinito de carros de bueyes y carromatos cargados con impedimenta de todas clases».

> Siraj ud-Daula escapó a lomo de camello y llegó a Murshidabad a primera hora del día siguiente. Envió todas las joyas y tesoro que pudo y le siguió a medianoche, acompañado tan solo por dos o tres sirvientes. Se estima que murieron unos 500 enemigos. Nuestras pérdidas se limitaron a 22 muertos y 50 heridos. [81]




A la mañana siguiente, 24 de junio, Clive remitió a Mir Jafar una nota con notoria hipocresía: «Le felicito por la victoria, que es suya, no mía –escribió–. Me alegrará mucho que se reúna conmigo con la mayor celeridad. Nos disponemos a marchar para completar la conquista que Dios ha tenido a bien concedernos y espero tener el honor de proclamarle nabab». [82]

A última hora de la mañana, Mir Jafar, nervioso y con aspecto cansado, se personó en el campamento inglés. Cuando la guardia se presentó para rendirle honores, retrocedió espantado y solo se tranquilizó cuando, tras ser escoltado a la tienda de Clive, este le abrazó y le reconoció su condición de gobernador de Bengala. Clive no planeaba ninguna felonía. Siempre pragmático, la necesidad de utilizar como títere a Mir Jafar superaba la ira experimentada la

semana precedente. Aconsejó a Mir Jafar que se apresurase a llegar a Murshidabad y asegurar el control de la capital. Watts le acompañaría, con instrucciones de vigilar el tesoro. Clive le seguiría a cierta distancia con el grueso del ejército. Necesitó tres días para cubrir los 80 kilómetros que le separaban de Murshidabad. El camino estaba lleno de cañones abandonados, carros averiados y cadáveres hinchados de hombres y monturas.

Clive debía entrar en la ciudad el 27, pero los Jagat Seth le advirtieron de que había un plan para asesinarlo, por lo que no entró en Murshidabad hasta el día 29, escoltado por Mir Jafar. Ambos hombres, precedidos de música, timbales y banderas, y escoltados por una guardia de 500 soldados, entraron juntos como conquistadores. Clive condujo a Mir Jafar hasta el *masnad* , o plataforma del trono, y le reconoció como gobernador. Acto seguido, afirmó en público, y es posible que con sinceridad, que la Compañía no interferiría en su gobierno, sino que «se dedicaría únicamente al comercio». [83] El anciano general «tomó posesión del palacio y de los tesoros y fue reconocido nabab de inmediato».

Los dos hombres se dirigieron sin demora a presentar sus respetos al hombre que les había colocado en su posición: Mahtab Rai Jagat Seth. «Mantuve una larga conversación con el gran banquero –escribió Clive–, pues es persona de la mayor propiedad e influencia en las tres subas [provincias: Bengala, Orissa y Bihar] y tiene un peso nada desdeñable en la corte mogola, por lo que era natural considerarle la persona más indicada para resolver las cuestiones de ese gobierno. En consecuencia, cuando el nuevo nabab me devolvió la visita esta mañana, le aconsejé que consultase con el Jagat Seth en todas las cuestiones y lo aceptó de buen grado». [84]

La buena predisposición de Jagat Seth resultó ser muy necesaria. Tan solo quedaban en el tesoro unos 1,5 crores de rupias, es decir, mucho menos de lo esperado. Por tanto, para pagar su comisión a Clive y a la Compañía sería necesario negociar un préstamo con los

grandes banqueros. La recompensa de Clive ascendía a 234 000 libras, además de un *jagir* , o finca, con una renta valorada en 27 000 libras anuales. * A la edad de 33 años, Clive estaba a punto de convertirse en uno de los hombres más acaudalados de Europa, aunque solo si se le pagaba el dinero adeudado. Tras diez tensos días de espera, Clive comenzó temer que Mir Jafar no cumpliera sus promesas y que el viejo general volviera a traicionarlo. Como si fueran dos hampones que acaban de dar un golpe, Mir Jafar y Clive se vigilaban mutuamente mientras los Jagat Seth buscaban el dinero. «Me causa infinita inquietud tener que escribir a vuestra excelencia para presentar mis quejas», escribió Clive a Mir Jafar una semana más tarde,

> […] en particular porque es acerca de un tema que considero que afecta a los intereses ingleses. De una cosa estoy seguro: todo lo malo que sucede es ajeno a sus principios y a la bondad natural de su corazón, y si falta algo, debe de ser a causa de vuestros ministros. Pero han pasado ya varios días desde que los señores Watts y Walsh acudieron al tesoro para asegurar el cumplimiento de lo acordado entre vuestra excelencia y los ingleses en presencia de Jagath Seth y llevarlo a término, pero su visita no ha servido de mucho. Por lo que, hasta que vuestra excelencia no resuelva determinar lo que debe pagarse en plata, qué debe pagarse en tejidos y qué en joyas, así como dar órdenes inequívocas a sus sirvientes para que comiencen, no se hará nada.
>
> Estoy muy preocupado por finalizar las cuestiones de dinero, pues, en tanto continúen sin ser resueltas, vuestros enemigos y los míos, por propio interés, se esforzarán por crear disputas y diferencias entre nosotros, que suscitarán placer y expectativas entre nuestros enemigos. Mas los intereses ingleses y los vuestros son uno solo y juntos nos mantendremos, o caeremos.

Clive, como era característico en sus misivas, finalizó su carta con un pasaje que podía interpretarse como una amenaza velada: «Si, Dios no lo quiera, le ocurriera algún incidente, esto supondría el fin de la Compañía inglesa. He optado por comunicar a Vuestra Excelencia mis pensamientos por escrito, pues el asunto era de una naturaleza demasiado delicada como para expresarlo únicamente de palabra». [85]

Mientras Clive esperaba inquieto su pago, Miran, hijo de Mir Jafar, «en respuesta a la insistencia de Jagath Seth», se dedicó a recorrer Bengala en busca del fugitivo Siraj ud-Daula, que había escapado de la capital río arriba «vestido con ropa vulgar [...] y seguido tan solo de su eunuco y de su concubina favoritos». Ghulam Husein Khan escribe que, tras Plassey, Siraj, «viéndose solo en el palacio un día entero, sin un solo amigo con el que desahogar sus pensamientos, y sin un solo compañero digno de tal nombre, tomó una resolución desesperada».

> En mitad de la noche puso a Luft un-Nissa, su consorte, y cierto número de favoritas, en carromatos y sillas cubiertas, que llenó con la máxima cantidad de oro y joyas que podían contener y, con varios elefantes cargados con sus mejores muebles y equipajes, huyó de su palacio a las 3 de la madrugada [...].
>
> Se dirigió a Bagvangolah, donde embarcó en varias lanchas que siempre mantenía dispuestas en ese punto [...] [dos días más tarde] el infortunado príncipe fue atrapado entre las garras del destino. Llegó a la ribera de Rajmahal, donde desembarcó por espacio de una hora, con el fin de cocinar *khichri* [lentejas con arroz] para él, su hija y sus mujeres, que no habían probado bocado en tres días y tres noches. Sucedió que un faquir residía en las inmediaciones. Este hombre, que había sido oprimido y desterrado [por Siraj] durante sus días en el poder, se regocijó de la oportunidad

que se presentaba de desahogar su rencor y disfrutar su venganza. Le expresó su satisfacción por su llegada y, al tiempo que se ocupaba de prepararle algunas vituallas, envió a un mensajero por el agua para proporcionar información a los enemigos del príncipe, que estaban removiendo cielo y tierra para encontrarlo.

Gracias a la información de Shah Dana –pues tal era el nombre del faquir– Mir Quasim [yerno de Mir Jafar] cruzó las aguas y, tras rodear a Siraj ud-Daula con hombres armados, tuvo la satisfacción de capturarle a él, además de a su familia y a sus joyas [...] el príncipe quedó prisionero y fue llevado de vuelta a Murshidabad [...] aunque en un estado lamentable.

Un tal Mahmedy Beg aceptó el encargo [de matar a Siraj]. Dos o tres horas después de la llegada del fugitivo, fue a despacharlo. Siraj ud-Daula, tan pronto como posó su mirada sobre aquel malhechor, pregunto si venía a matarlo. Cuando este le respondió de forma afirmativa, el desdichado príncipe se sumió en la desesperación.

Se humilló ante el Dador de toda Misericordia, pidió perdón por su conducta en el pasado y, dirigiéndose a su asesino, le preguntó: «¿Acaso no están satisfechos con que me conforme con retirarme a algún rincón y finalizar allí mis días con una pensión?». No tuvo tiempo de decir más: pues, al escuchar sus palabras, el matarife le golpeó repetidas veces con su sable. Algunas de sus estocadas acertaron en su bello rostro, tan afamado en toda Bengala por su simetría y dulzura. El príncipe se desplomó en el suelo boca abajo y devolvió su alma a su hacedor, vadeando su propia sangre para emerger de este valle de lágrimas. Su cuerpo fue hecho pedazos por innumerables estocadas y sus despojos fueron arrojados a lomos de un elefante y paseados por la ciudad. [86]

Siraj ud-Daula tan solo tenía 25 años de edad. Poco después, Miran eliminó a todas las mujeres de la casa de Aliverdi Khan: «Alrededor de setenta begum inocentes fueron llevadas a bordo de una barca que fue hundida en un lugar solitario en el centro del Hugli». Las demás fueron envenenadas. Sus cuerpos, sumados a los que fueron llegando a la orilla, fueron enterrados juntos en una larga línea de sepulcros situada junto al viejo patriarca en los jardines sombríos de Khushbagh, al otro lado del Hugli, frente a la pequeña villa con mercado que es todo cuanto queda de Murshidabad. Pero hubo una mujer a la que se le perdonó la vida. Tanto Miran como su padre pidieron la mano de Luft un-Nissa, célebre por su belleza. Pero ella declinó y replicó lo siguiente: «Acostumbrada a montar en elefante, no podría aceptar un asno». [87]




El mismo día que los restos de Siraj ud-Daula fueron paseados por las calles, el 7 de julio, exactamente 200 desde que la expedición comenzó a remontar el Hugli en dirección a Fulta, Clive recibió al fin su dinero. Fue uno de los mayores golpes financieros de la historia: en divisas actuales, alrededor de 232 millones de libras, de los cuales 22 eran para Clive. Este despachó de inmediato sus ganancias río abajo, hacia Calcuta. «El primer fruto de nuestro éxito fue un primer pago de 75 laj de rupias, casi un millón de libras esterlinas, [*] abonado por el *souba* , que fue embarcado en 200 barcas pertenecientes a la flota que nos apoyó durante nuestra marcha río arriba, escoltadas por un destacamento del ejército», escribió Luke Scraffon, uno de los asistentes de Clive.

> Tan pronto como entraron en el gran río se les unieron los buques del escuadrón y, formando una flota de 300 naves, con músicos tocando, tambores redoblando y estandartes al viento, navegaron río arriba mostrando a los asentamientos de franceses y neerlandeses por los que pasaron una escena muy diferente a la de un año antes, cuando estos vieron pasar el ejército y la flota del nabab con los cautivos ingleses y todas las riquezas y el botín de Calcuta. No me atreveré a aventurar qué escena les complació más.

Las ganancias de Clive en 1757 fueron un ejemplo de enriquecimiento personal de espíritu muy similar al de los piratas caribeños que habían fundado la Compañía 157 años antes. Más que la gloria, se buscaba hacer fortunas particulares para los oficiales y tener dividendos para la Compañía; botín, más que poder. Pero esto tan solo era el comienzo. En total, Mir Jafar entregó a la Compañía y a sus servidores alrededor de 1 238 575 libras, cifra que incluía 170 000 para el erario personal de Clive. En total, los nabab de Murshidabad tal vez pagaron a la Compañía, en calidad de «regalos políticos», 2,5 millones de libras en los ocho años que van de 1757 a 1765. El propio Clive estimó que los pagos rondaban los «tres millones de libras esterlinas». [88] [*]

Clive, mientras escoltaba su botín por el Bhagirathi, escribió a su padre que había provocado «una revolución sin parangón en la historia». [89] Era una afirmación de característica inmodestia, pero no andaba muy errado. Los cambios que había impuesto eran permanentes y profundos. Fue la primera vez que una corporación comercial adquiría poder político real y tangible. [90] Fue en Plassey donde la Compañía se erigió en potencia militar en el seno del Imperio mogol. Los marathas que habían aterrorizado y saqueado Bengala en la década de 1740 eran recordados por su crueldad y violencia. Pero el saqueo que la Compañía aplicó a esa misma región una década después fue más ordenado y metódico y su codicia era

más mortífera porque era más experta e implacable y, sobre todo, más permanente. [91]

La Compañía inició una etapa de saqueo y despojo sin límites que los propios británicos denominaron «sacudir el árbol de las pagodas». [92] A partir de este momento, la naturaleza del comercio británico cambió. Si durante la primera mitad del siglo se habían enviado 6 millones de libras, [**] a partir de 1757 se envió a la India muy poca moneda de plata. Bengala, el sumidero en el que desaparecían los metales preciosos extranjeros hasta 1757, se convirtió, después de Plassey, en la cueva del tesoro de la que se extraían riquezas que nunca más retornaron.

Bengala había sido siempre la región del Imperio mogol que producía más excedente y donde este se recaudaba con mayor facilidad. Plassey permitió a la CIO comenzar a hacerse con buena parte de ese excedente. Fue esta coincidencia financiera lo que permitió a la Compañía disponer de los recursos necesarios para derrotar a una serie de rivales hasta conquistar la capital mogola de Delhi en 1803. La Compañía ya no era una más de las muchas corporaciones mercantiles europeas que competían por el mercado y los productos de la India. Se había convertido en un hacedor de reyes y una potencia autónoma de pleno derecho. La Compañía de las Indias Orientales había hecho algo más que apoyar un golpe palaciego por el que había sido muy bien pagada. Había logrado una victoria que había alterado el equilibrio de poder de toda la India.

Los británicos se habían convertido en la potencia político-militar dominante en Bengala. Comenzaban a ver que si expandían su ejército lo suficiente, podrían tomar cualquier región del país que les apeteciera y gobernarla de forma directa o mediante un títere obediente. Es más, muchos indios también comenzaban a darse cuenta de esto, lo cual hizo que todos los gobernantes destronados, desposeídos o insatisfechos acudieran a la Compañía en busca de apoyo. Esto dio lugar, a partir de este momento, a un caleidoscopio de alianzas en perpetuo cambio que provocó una ausencia casi

completa de paz o de estabilidad en la región. De hecho, el efecto más inmediato del golpe palaciego de Clive fue la desestabilización de Bengala. Tres meses más tarde, en septiembre, Clive tuvo que regresar a Murshidabad para tratar de poner orden en el caos creciente. Las exacciones de la Compañía para pagar las soldadas atrasadas de las tropas de Mir Jafar, la parálisis militar ante las rebeliones y las expediciones de castigo de los cipayos de la Compañía habían creado un vórtice de violencia y disturbios. Era cada vez más evidente que Mir Jafar no estaba a la altura de su cargo y que, a pesar de que él y su hijo Miran habían purgado a numerosos miembros del régimen de Siraj ud-Daula, un general que había hecho asesinar a su nabab no podía aspirar a legitimidad alguna. Este se sentaba en un trono «todavía caliente por la sangre de su señor», en palabras de un observador de la época. [93]

A partir de este momento, los soldados, mercaderes, banqueros y funcionarios de la Compañía poco a poco fueron haciéndose con el poder y dejando reducidos a los nabab a una sombra de su antigua grandeza. Clive y los suyos solamente pretendían restablecer el comercio británico en condiciones favorables y garantizar el ascenso al trono de un nabab más amistoso. Aunque, en realidad, lo que habían hecho era socavar, de forma fatal y permanente, la autoridad del nabab y traer el caos a la que, hasta entonces, había sido la región más pacífica y rentable del antiguo Imperio mogol. [94]



## NOTAS

**1** Tooke, W., 1905, 5-46.

**2** John Zephaniah Holwell, *cit* . en Keay, J., 1991, 301.

**3** Watts, W. y Campbell, J., 1758, 14.
**4** John Zephaniah Holwell, *cit* . en Lenman, B. P., 2001, 106.
**5** *An Account Of The Capture Of Calcutta By Captain Grant* , BM Add Mss 29200, f. 38.
**6** *Ibid* .
**7** *Concerning the Loss of Calcutta* , BL, OIOC, HM vol. LXVI, 821-824.
**8** *An Account Of The Capture Of Calcutta By Captain Grant* , BM Add Mss 29200, f. 39.
**9** *Ibid* .
**10** *Account of the loss of Calcutta by David Renny* , BL, OIOC, HM vol. LXVI, 821-824.
**11** «Cooke's Evidence before the Select Committee of the House of Commons», 1812, vol. III, 299.
**12** *Cit* . en Moon, *sir* P., 1989, 42.
**13** Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. II, 190.
**14** *Concerning the Loss of Calcutta* , BL, OIOC, HM vol. LXVI, 821-824.
**15** «Narrative of the loss of Calcutta, with the Black Hole by Captain Mills, who was in it, and sundry other particulars, being Captain Mills' pocket book, which he gave me», BL, OIOC, O.V. 19, 77-92.
**16** *Ibid* .
**17** *Account of the loss of Calcutta by John Cooke Esq. who was in the Black Hole, June 1756* , en «Cooke's Evidence before the Select Committee of the House of Commons», 1812, vol. III, 299.
**18** Ghulam H. S., 1902, 366.
**19** Hill, S. C., 1905, vol. I, 51, carta francesa remitida desde Chandernagar.
**20** *Account of the loss of Calcutta by John Cooke Esq. who was in the Black Hole, June 1756* , en «Cooke's Evidence before the Select Committee of the House of Commons», 1812, vol. III, 299.
**21** Yusuf, A. K., 1982, 120-122.
**22** Holwell, J. Z., 1758.
**23** Existe una extensa bibliografía acerca del agujero negro. El mejor estudio forense de las pruebas primarias es el de Gupta, B. K., 1966, 70-81. También hay buenos relatos en los siguientes volúmenes: Chatterjee, P., 2012, 255; Dalley, J., 2006; Ray, R. K., 2003, 235-237; Colley, L., 2002; Barrow, I., 2008, 7-18. Betty Joseph sostiene que el agujero negro ayudó a la Compañía a evitar el escrutinio público y político del cambio crucial que había experimentado su papel en la India, que hizo que la Compañía pasara de ser una potencia mercantil a una potencia territorial y pudiera iniciar la conquista de la India sin ser sometida a críticas. Joseph, B., 2006, 70-71.

**24** *Concerning the Loss of Calcutta* , BL, OIOC, HM vol. LXVI, 821-824.
**25** *Causes of the Loss of Calcutta 1756* , David Renny, August 1756, BL, OIOC, O.V. 19, 147-161.
**26** Bryant, G. J., 2013, 118-121.
**27** Hill, S. C., *op. cit* ., vol. I, 233, extracto de una carta del coronel Clive al Comité Secreto, Londres, fechado en Fuerte St. George a 11 de octubre de 1756.
**28** Forrest, *sir* G., 1918, vol. I, 278.
**29** Bence-Jones, M., 1974, 94.
**30** Baugh, D., 2014, 286.
**31** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 220.
**32** Bence-Jones, M., *op. cit* ., 98; Feiling, K., 1954, 23.
**33** *Journal of the Proceedings of the Troops commanded by Lieutenant Colonel Robert Clive on the expedition to Bengal* , Captain Edward Maskelyne, Mss Eur O.V. 20, 19.
**34** Ives, E., 1733, *cit* . en Keay, J., *op. cit* ., 307.
**35** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 221.
**36** Ives, E., *op. cit* ., 102.
**37** Feiling, K., *op. cit* ., 23.
**38** Ghulam H. S., *op. cit* ., 369-370.
**39** *Journal of the Proceedings of the Troops commanded by Lieutenant Colonel Robert Clive on the expedition to Bengal* , Captain Edward Maskelyne, Mss Eur O.V. 20, 23-24; Watts, W. y Campbell, J., *op. cit* ., 18.
**40** Watts, W. y Campbell, J., *op. cit* ., 20.
**41** Clive's Evidence – First Report of the Committee of the House of Commons; Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 354-355.
**42** *Journal of the Proceedings of the Troops commanded by Lieutenant Colonel Robert Clive on the expedition to Bengal* , Captain Edward Maskelyne, Mss Eur O.V. 20, 28-30.
**43** Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 359-360.
**44** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 222.
**45** Marshall P. J. (ed.), 2003, 362.
**46** Ray, R. K., *op. cit* ., 244.
**47** Los tres actores británicos de esta historia –la Corona, la Compañía y el Parlamento– rara vez trabajaron como una fuerza unificada. Para un buen análisis de las tensiones entre estos tres elementos, *vid* . el clásico Sutherland, L., 1952.
**48** Baugh, D., *op. cit* ., 291. Cuba era una colonia española que no se vio implicada en la guerra hasta la fase final de esta, cuando España entró en el

conflicto.

**49** Hill, S. C., *op. cit* ., vol. I, 180-181, carta a M Demontorcin, Chandernagar, 1 de agosto 1756.

**50** Lauriston, J. Law de, 2014, 87.

**51** Keay, J., *op. cit* ., 314.

**52** *Cit* . por Sarkar, *sir* J. (ed.), 1948, 484-485.

**53** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 98.

**54** Ghulam H. S., *op. cit* ., 373-374; BL, OIOC, HM 193, 88.

**55** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 193.

**56** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 66.

**57** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 211, 213.

**58** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 82-83.

**59** Hill, S. C., *op. cit* ., vol. II, 368-369, carta del coronel Clive a Mr Pigot, fechada el 30 abril de 1757.

**60** Este es el motivo de la célebre frase del eminente erudito indio K. M. Pannikar, que calificó la batalla de Plassey de «transacción y no batalla, en la que los compradores de Bengala, dirigidos por Jagat Seth, vendieron al nabab a la Compañía de las Indias Orientales». Pannikar, K. N., 1969, 100. Véase también Chaudhury, S., 2017, 336-352.

**61** Fort William Select Committee Proceedings of May 1, 1757, en Hill, S. C., *op. cit* ., vol. II, 370.

**62** Con el fin de no enmarañar aún más un relato ya de por sí complicado, he omitido el importante papel que representó en la conspiración un segundo banquero, este punyabí, llamado Amir Chand, denominado Omichand por la Compañía. Este tuvo un rol notable en la conspiración de Plassey. Clive utilizó a Omichand como negociador y también acompañó a Watts a Murshidabad tras la conclusión del tratado de febrero. Omichand quería su parte del botín de Plassey y exigió un 5 por ciento de todo el tesoro del nabab, con la amenaza de revelar todo el complot a Siraj. Pero, cuando el Comité Secreto se reunió el 17 de mayo, Clive les convenció para que redactasen dos tratados que firmaron Mir Jafar y los británicos, en uno de los cuales se eliminaba el artículo a favor de Omichand. *Vid* . Chaudhury, S., 2000, 127 *passim* .

**63** Carta de Petrus Arratoon a la junta de directores de fecha 25 de enero de 1759, *cit* . en Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 432.

**64** Watts, W. y Campbell, J., *op. cit* ., 98-99.

**65** BL, OIOC, Mss Eur Orme India XI, n.º 153.

**66** BL, OIOC, IOR, HM 193, n.º 158.

**67** *Ibid* ., n.º 159.

**68** Spear, P., 1975, 87.

**69** Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. I, 440.
**70** BL, OIOC, IOR, HM 193, n.º 161.
**71** *Ibid* ., n.º 162.
**72** *Ibid* ., n.º 167.
**73** *Ibid* ., n.º 169.
**74** *Ibid* .
**75** BL, OIOC, Orme Papers, O.V., CLXIV-A, f. 115.
**76** NAI, Home Misc of Ancient Records, 1757, vol. XIX, 120-128, 26 de julio de 1757.
**77** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 230-231.
**78** Ali, K., 1952, 76.
**79** Ghulam H. S., *op. cit* ., 375-376.
**80** *Journal of the Proceedings of the Troops commanded by Lieutenant Colonel Robert Clive on the expedition to Bengal* , Captain Edward Maskelyne, Mss Eur O.V. 20, 30.
**81** NAI, Home Misc of Ancient Records, 1757, vol. XIX, 120-128, 26 de julio de 1757.
**82** BL, OIOC, IOR, HM 193, n.º 172.
**83** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 55.
**84** Hill, S. C., *op. cit* ., vol. II, 437, Clive al comité selecto, Fort William 30 de junio de 1757.
**85** BL, OIOC, IOR, HM 193, n.º 194.
**86** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 235-242.
**87** Ali, K., *op. cit* ., 78.
**88** Marshall, P. J., 2005, 150; McLane, J. R., 1993, 150.
**89** Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. II, 35.
**90** Philip Stern ha demostrado que la Compañía adquirió poder político mucho antes de lo que se creía, pero es indudable que Plassey aumentó inmensamente su poder político. *Vid* . Stern, P. J., 2011.
**91** Ray, R. K., *op. cit* ., 245-246.
**92** Keay, J., *op. cit* ., 317-318.
**93** Dow, A., 1792, vol. III, xxiv.
**94** Marshall, P. J., 1976, 8.

---

* N. del T.: «Extranjero», en particular, europeo. En ciertos países de Oriente Medio, la palabra quiere decir, literalmente, «franco», nombre que se dio a los europeos desde las Cruzadas.

* N. del A.: 1 crore equivale a 10 millones. Son 325 millones de libras actuales.

* N. del A.: Este es un punto crucial. Si la CIO, personificada por sus directores, dirigentes y la mayoría de accionistas, tenía voluntad corporativa, esta era para hacer que las actividades comerciales generasen máximos beneficios y elevados y constantes dividendos para ellos mismos y para sus inversores. Desde finales del siglo XVII, como ha demostrado Philip Stern, la CIO dio la bienvenida a los ingresos de la India para mejorar su capital comercial y, por supuesto, dieron la bienvenida más entusiasta a los ingresos de Bengala conquistados por Clive. Pero los directores rechazaban de forma sistemática los planes ambiciosos de conquista, pues temían que estos se descontrolasen y los enterrasen en deudas. Por este motivo, los ambiciosos planes de conquista de la CIO en India muy rara vez se originaron en Leadenhall Street. Por el contrario, las conquistas, pillajes y saqueos que tuvieron lugar siempre los iniciaban mandos de la Compañía sobre el terreno, fuera del control de la metrópoli, y por varios motivos que irían desde la codicia, la avaricia descarnada y el impulso por enriquecerse con rapidez al deseo de ganar prestigio nacional y frustrar las ambiciones en la India de los franceses. Esto fue así durante todo el periodo; es válido tanto para Clive y Hastings como para Cornwallis y Wellesley.

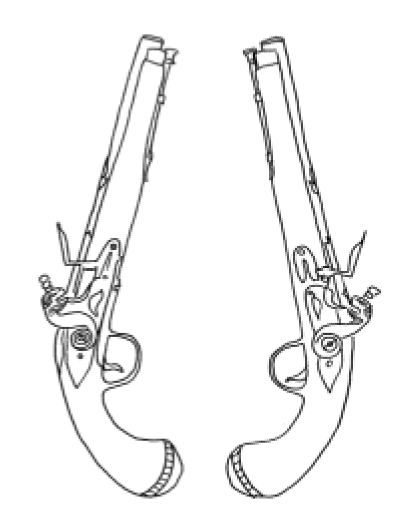
** N. del A.: Las equivalencias actuales de estas sumas son: 3 millones de libras = 315 millones de libras; 110 000 rupias = 1 430 000 libras; 1 millón de libras = 105 millones de libras.

* N. del A.: Las equivalencias actuales son: 1,5 crores de rupias, unos 200 millones de libras; 234 000 libras, unos 25 millones de libras; 27 000 libras, casi 3 millones de libras.

* N. del A.: 100 millones de libras actuales.

* N. del A.: Las equivalencias actuales de estas sumas son: 1 238 575 millones de libras, alrededor de 130 millones; 170 000 libras, unos 18 millones de libras; 2,5 millones de libras, unos 260 millones; 3 millones de libras, más de 300 millones.

** N. del A.: 630 millones de libras actuales.



# CAPÍTULO 4
## Un príncipe de escasa capacidad

Doce meses más tarde, Mir Jafar llegó a Calcuta en visita de Estado para celebrar el primer aniversario de la revolución de Plassey.

Era la primera visita del nabab a la ciudad desde que había encabezado el asalto contra esta, dos años antes, como general de Siraj ud-Daula. También la última antes de que Clive regresara a Londres para volver a intentar hacer carrera en el Parlamento. Era, por tanto, el acontecimiento más espléndido que podía celebrarse en el asentamiento británico, todavía algo maltrecho. Se organizó una visita al teatro, varios conciertos y un gran baile en un lugar algo sorprendente, el juzgado de Calcuta, donde las escasas damas presentes bailaron «hasta que les dolieron los pies».

Aún más sorprendentes, si cabe, fueron los elementos elegidos para embellecer las salas del juzgado para recibir al nabab, el pío musulmán chií: «Doce Venus de cera» descubiertas entre toques de

trompetas, cuernos y timbales. «Estamos tan embebidos con bailes, música y visitas en honor del nabab –escribió Luke Scrafton–, que se han dejado de lado todos los asuntos públicos». [1]

Pero, tras la amistad aparente entre los dos aliados, era quizá inevitable que creciera la desconfianza y la antipatía entre los dos gabinetes rivales de Bengala. «Gracias a Dios que Su Excelencia se ha ido al fin –escribió Scrafton una semana más tarde–. Me ha dado una vida infernal, pues he tenido que acompañarle a todas horas, a él y a sus doncellas, pues no se apartaba ni veinte yardas de su residencia sin llevarlas consigo». [2] Clive, por su parte, habla de Mir Jafar con su característica mordacidad: si antes de Plassey había defendido ante los directores el carácter sin tacha del «humano, generoso y honesto príncipe», al cual honraba «con el mismo respeto de un hijo hacia su padre», ahora se refería a él como «viejo estúpido» y a su hijo Miran como «perro inútil». [3] La indolencia, la incompetencia y el opio, reportó Clive a Londres, habían cambiado a Mir Jafar. El hombre al que había colocado en el trono se había tornado «altivo, avaricioso y ofensivo […] y su conducta había puesto en su contra los corazones de sus súbditos». [4]

Aunque, en realidad, si alguien había cambiado ese era Clive. Inmensamente rico y engreído de su victoria, su autosuficiencia en esta época creció hasta el punto de que comenzó a arrepentirse de compartir el poder con los mogoles. En los despachos remitidos a Londres, flirteó con la idea de hacerse con el control total e inmediato de Bengala por medio de su poderosa hueste de regimientos cipayos. Hacia finales de 1758 escribió al presidente de los directores de la CIO: «Puedo afirmar con cierto grado de confianza que este reino rico y floreciente podría someterse con una pequeña fuerza de 2000 europeos»:

> Los moros son indolentes, suntuosos, ignorantes y cobardes hasta extremos inconcebibles […] los soldados, si es que merecen tal nombre, no tienen la menor lealtad a su príncipe,

el cual solo puede esperar que sirvan al mejor postor. [los soldados] sienten la más absoluta indiferencia por aquel a quien sirven. Estoy plenamente convencido de que tras la batalla de Plassey podría haberme apropiado de todo el país para la Compañía y conservarla con la misma facilidad que lo hace ahora Mir Jafar, el *subah* [gobernador] actual, por medio del terror y la influencia de las armas inglesas […]

El poder del Imperio [mogol] ha quedado muy quebrantado por disturbios internos y quizá solo las sumas de dinero enviadas [desde Bengala] a Delly [Delhi] impiden su completa ruina […] Usted conoce bien la naturaleza y disposición de esos muslimes. No saben lo que es la gratitud; [son] hombres simples de mentes cortas y han adoptado un sistema político característico de este país, a saber: todo lo hacen por medio de la traición, no por la fuerza. Antes tales circunstancias, ¿acaso no sería fácil destruir a un príncipe tan débil como Mir Jafar, o que este se vea influido por otros para que nos destruya? ¿Qué otra cosa sino la fuerza nos permitirá conservar nuestras posesiones presentes, o ampliarlas, pues la traición o la ingratitud nada respetan? [5]

De sus cartas del periodo se deriva, además de desconfianza y desprecio, una sensación de incomprensión mutua entre dos mundos muy diferentes que habían quedado en estrecho contacto. Mir Jafar, por ejemplo, imaginaba que la Compañía era un ser individual. Cuando supo que Clive regresaba a Gran Bretaña, el paquete de presentes que envió a su estimada aliada, la Compañía, iba acompañado de una misiva escrita en persa literario. Esta iba dirigida a un soberano, no a un impersonal consejo de dirección formado por ricos mercaderes londinenses. La traducción del persa de Warren Hastings expresa el «enfático anhelo» de Mir Jafar de verle, deseo «que supera cualquier cosa que pueda escribirse o decirse […] me dirijo a vuestro corazón, repositorio de la amistad

[…] el nabab Sabut Jung Bahadur [Clive], luz de mis ojos, al que estimo más que a mi vida, parte hacia su país. Separarme de él me sume en profunda aflicción. Envíele con presteza de retorno a estos confines y concédame la felicidad de volver a verle». [6]

La incomprensión era mutua. En Londres, mientras los directores digerían la noticia del derrocamiento y asesinato de Siraj ud-Daula, uno de los directores principales le preguntó con inquietud a otro si era cierto que el recién asesinado *sir* Roger Daulat era un baronet. [7]

Pero lo que sí que comprendía con mucha claridad la gente de Inglaterra era la cantidad sin precedentes de dinero –o, por utilizar una palabra recién adoptada por la lengua inglesa, la gran cantidad de *loot* [botín]– que Clive traía consigo. Desde tiempos de Cortés, ningún aventurero había regresado de conquistas lejanas con semejantes tesoros.

El 5 de febrero de 1760, Clive y su esposa Margaret zarparon rumbo a Gran Bretaña a bordo del Royal George. Antes incluso de su llegada corrían rumores en la capital de la riqueza sin precedentes que Clive llevaba consigo. En el *Annual Register* , Edmund Burke especuló que «se cree que el general dispone de 1 200 000 libras en efectivo, billetes y joyas; el joyero de su señora contiene gemas por valor de, al menos, 200 000 libras. [*] Cabe afirmar con propiedad que es el súbdito más rico de los tres reinos».

En realidad, las cifras reales eran algo inferiores. Una vez en Inglaterra, el antiguo gobernador de Bengala, de 35 años de edad, adquirió la propiedad Walcott, en Shropshire, y alquiló una casa en Berkeley Square, el distrito más elegante del Mayfair londinense. Un año más tarde, los Clive compraron a la duquesa de Newcastle la finca Claremont por 25 000 libras, así como un retiro de fin de semana en Esher y varias parcelas circundantes, que ampliaron y agruparon en una única propiedad, por 43 000 libras. También se hicieron en el condado de Clare con un gran latifundio, Ballykilty, que Clive renombró de inmediato Plassey. «Con la llegada de este Creso, el coste de la vida se disparó –anotó en su diario el mordaz Horace

Walpole–. Todo él eran propiedades y diamantes […] si un pedigüeño implora caridad, él responde “amigo, no llevo encima diamantes pequeños”». En este momento, la máquina de chismes funcionaba a pleno rendimiento. Incluso el *Salisbury Journal* publicó que la mascota de *lady* Clive, un hurón, llevaba un collar de diamantes valorado en más de 2500 libras. [8] *

Mientras tanto, la Bengala conquistada por Clive se hundía rápidamente en el caos.



El joven Warren Hastings, que ahora era el residente de la Compañía (el equivalente a embajador) en Murshidabad, fue el primero en hacer sonar la alarma. Hastings urgió a su jefe a que se quedase y solucionase la anarquía que había contribuido a desencadenar y citó en particular la inestabilidad creciente de la corte de Murshidabad. Poco antes de la partida de Clive, Mir Jafar tan solo pudo pagar tres meses de soldadas atrasadas de las trece que adeudaba a su hueste. Esto hizo que los soldados se amotinasen. Algunos incluso pasaban hambre: «Sus caballos son meros esqueletos –escribió– y sus jinetes no están mucho mejor. Muchos de los *Jamadar* [oficiales] visten con harapos». [9] Tan solo habían sido necesarios tres años desde Plassey para empobrecer la que, probablemente, era la ciudad más rica de la India.

Es indudable que Mir Jafar tenía parte de responsabilidad de este embrollo. Al igual que su mentor, Clive, gracias a Plassey había obtenido un gran enriquecimiento personal, el cual no tenía ningún problema en exhibir, incluso cuando sus soldados pasaban hambre. Según Ghulam Husein Khan, a Mir Jafar siempre le habían gustado las joyas de calidad. Pero ahora, «iba cargado de esas cosas

refulgentes; llevaba seis o siete brazaletes en las muñecas, cada uno con un tipo de gema diferente; y también las llevaba colgando del cuello, sobre el pecho, tres o cuatro collares de perlas, cada una de ellos de inestimable valor […] al tiempo que se entretenía escuchando y contemplando los bailes de los cantores, que siempre llevaba con él cada vez que montaba en elefante». [10]

Era evidente para todos que Mir Jafar era incapaz de gobernar Bengala. Era un soldado árabe casi analfabeto, desprovisto de habilidad política y escasa idea de cómo dirigir un Estado o administrar sus finanzas. Tal y como observó Clive con toda calma antes de embarcarse con su fortuna, Mir Jafar había demostrado ser «un príncipe de escasa capacidad, en absoluto dotado del talento de ganarse el amor y confianza de sus cargos principales. Su mala gestión ha sumido al país en una gran confusión». [11] Hacia 1760 habían estallado tres rebeliones simultáneas en sus dominios: en Midnapur, Purnea y Patna. La nobleza mogola y los oficiales del ejército estaban cada vez más furiosos por el enorme tributo que Mir Jafar, de forma tan irreflexiva, había acordado pagar a la Compañía a cambio de su apoyo para derrocar a Siraj ud-Daula y que ahora les privaba de los pagos y salarios que sostenían el motor estatal.

Los Jagat Seth, siempre astutos y vigilantes, estuvieron entre los primeros que comprendieron que, por una vez, habían apoyado a un perdedor. Comenzaron a rechazar financiar expediciones militares para acallar las varias revueltas que habían comenzado a propagarse por todo el país cuales incendios incontrolados. Para evitar nuevos fracasos, los banqueros anunciaron que se dirigían con sus familias en un largo peregrinaje al templo de su deidad, Parasnath, situado en las montañas de Jharkhand. El nabab ordenó a sus tropas que les bloqueasen el paso, pero los Seth vieron que era un farol y prosiguieron su camino.

Mientras Mir Jafar cometía nuevas torpezas y su tesoro se vaciaba, en la corte de Murshidabad florecían las intrigas y su maquinaria militar quedaba paralizada, su hijo Miran, enérgico pero

violento, se volvió cada vez más agresivo. «Tenía inclinación a oprimir y atormentar a la gente –escribió Ghulam Husein Khan, que lo conocía bien–. Era expeditivo y de mente ágil para masacrar personas y cometer asesinatos, algo que se le daba particularmente bien; consideraba todo aquello infame o atroz un acto de prudencia y previsión. Para él, la piedad y la compasión no servían para nada». [12]

La primera preocupación de Miran fue la eliminación sistemática de lo que quedaba de la casa de Aliverdi Khan para evitar cualquier posible golpe. Ya había enviado a sus esbirros a ahogar a todo el harén de Aliverdi Khan y Siraj ud-Daula. A continuación, llegó el turno de cinco de los familiares más próximos de Siraj ud-Daula. Su hermano adolescente, Mirza Mehdi, fue liquidado con especial crueldad y salvajismo: «Aquel desgraciado inocente fue encajado entre dos marcos de madera denominados *takhtah* [tablones] empleados para la preservación de *pashminas* y otros bienes preciosos. Luego, apretaron las cuerdas con gran fuerza y de forma simultánea, las cuales le mataron por aplastamiento. Fue desde ese patíbulo desde donde su alma inocente levantó el vuelo hacia regiones de inocencia imperturbable y reposo eterno». [13] Miran justificaría su acto citando un aforismo de Saadi: «No es propio de un hombre sensato matar a una serpiente y conservar las crías».

Otros posibles rivales, entre los que se incluían varias favoritas del antiguo régimen y dos altos ministros de su propia corte fueron apuñalados, en el *durbar* o en las puertas de palacio, o despachados «con una fuerte dosis de veneno». La paranoia de Miran aumentó a medida que crecía el caos: la lista de posibles víctimas que anotaba en un cuaderno de bolsillo especial pronto superó los 300 nombres. [14] Como reportó Warren Hastings a Calcuta cuando tuvo noticias del asesinato en masa de la familia de Siraj, «ningún argumento puede excusar o mitigar un villano tan atroz, ni tampoco (perdóneme Señor, me permitiré añadir) nuestro respaldo a semejante tirano». [15]

Pero la Compañía, lejos de ayudar a Mir Jafar, minaba la economía que la sostenía, con lo que estrangulaba el cuello de la proverbial gallina bengalí de los huevos de oro. Tras Plassey se expandieron por toda Bengala comerciantes ingleses independientes, que coparon los mercados e impusieron su autoridad de una forma que habría sido imposible antes de la revolución. Hacia 1762, no menos de 33 de esos negocios privados habían establecido más de 400 nuevos puestos comerciales británicos por toda la provincia. Estos nuevos puestos desafiaban el poder de las autoridades locales, se negaban a pagar las escasas tasas, tributos y aranceles que todavía tenían que abonar y se adentraban en territorios a los que no tenían derecho a acceder. De este modo, devoraron la economía de Bengala como una invasión de termitas deshace una estructura de madera robusta en apariencia. [16]

«Empezaron a comerciar con artículos que estaban antes prohibidos y a interferir en los asuntos del país», escribió Henry Vansittart, joven brillante pero pusilánime. Amigo de Hastings, había reemplazado a Clive en el puesto de gobernador, desde el que trataba, con escaso éxito, de contener los abusos. «El nabab se quejaba con mucha frecuencia». [17] Algunos de estos comerciantes operaban a gran escala: en 1762-1763, Archibald Keir empleaba a 13 000 hombres para manufacturar 12 000 toneladas de sal, cuando su comercio estaba prohibido para todo el mundo, a excepción de para el nabab. [18]

Los responsables de la Compañía no fueron los únicos que aprovecharon la situación para hacer fortuna por medio de la fuerza. La Compañía ponía pases, permisos y cipayos a disposición de todo aquel que pagase su precio. Mir Jafar se quejó con especial insistencia de un mercader francés que había conseguido de la Compañia varios *dastak* (pases) y un batallón de cipayos para imponer ventas a la gente de Assam «de forma muy violenta y arbitraria». [19] Según su compatriota, el conde de Modave, M. Chevalier «llevó a la rica provincia de Assam un gran cargamento de

sal y otros artículos, escudándose en pases ingleses y una escolta de cipayos para proteger su mercancía. Empleó su escolta armada para facilitar la venta de sus bienes; tan pronto como se hubo establecido en el valle, envió a sus soldados a los habitantes más ricos y les obligó de forma violenta a comprar cantidades de sal a precios determinados por él mismo. También empleó la violencia para vender el resto de sus mercancías». [20]

Modave observó que, cuanto más se alejaba uno de Calcuta, peor era la situación: «Un europeo que visite el curso alto del Ganges hallará a cargo de los asuntos de la Compañía a meros ladrones que no tienen el menor problema en cometer los más atroces actos de tiranía, o a malhechores cuya villanía despreciable deshonra a la nación británica, pues parecen haber desechado por completo todo principio de honor y humanidad».

> La moral de esta nación, tan digna de respeto, se han depravado aquí de forma tan prodigiosa que solo puede provocar inquietud a todo observador decente y sensato. Soldados y comerciantes británicos se toman todo tipo de libertades en su búsqueda del provecho privado o de impunidad. He visto a muchos olvidar su deber y matar a golpes a indios infortunados para sacarles un dinero que no debían.
>
> El país, postrado, gime bajo la anarquía, las leyes no tienen ningún poder sancionador, la moral se ha corrompido hasta los extremos más bajos, la gente gime bajo múltiples vejaciones, todas provocadas por la decadencia y confusión en la que se ha visto sumido este imperio que antaño había sido grande, pero cuyos legítimos gobernantes carecen de credibilidad y autoridad. Esta tierra rica y fértil se está tornando un desierto. Está perdida, a no ser que una súbita revolución general restaure su antiguo esplendor. [21]

También en esta ocasión fue el joven Warren Hastings el que, desde Murshidabad, hizo sonar la alarma acerca de estas actividades ilícitas. Este reveló la extorsión desenfrenada que estaba teniendo lugar por toda la provincia: «Le imploro me permita comunicarle un agravio que pide a gritos ser corregido –escribió a su amigo y aliado Vansittart–, el cual, de no ser enmendado, hará inútil todo intento de crear una armonía firme y duradera entre el nabab y la Compañía; y me refiero a los abusos cometidos al amparo del nombre de Inglaterra».

> Este mal, estoy seguro, no se limita únicamente a nuestros súbditos, sino que es practicado por todo el país por gente que utiliza de forma falsaria el uniforme de nuestros cipayos, o que se hace llamar *gomastas* [agentes/gestores] de la Compañía. Dado que el gran poder de los ingleses hace que la gente no se atreva a resistir, esto hace que les sea más difícil tener acceso a los que podrían hacer justicia e impide que tengamos conocimiento de los abusos, y fomenta su continuación, para gran escándalo de nuestro gobierno.
>
> Me ha sorprendido ver [a lo largo del Hugli] ondear banderas inglesas en diversos puntos por los que he pasado. En el río no creo haber visto una embarcación que no enarbole una. Pero, con independencia del título que hayan asumido, estoy seguro que su frecuencia no augura nada bueno para los ingresos del nabab, o para el honor de nuestra nación, pero es evidente que todo esto supone un menoscabo para ambos. [22]

«Nada llegará al fondo de estos males –agregó–, mientras no se establezcan ciertos límites entre la autoridad del nabab y nuestros privilegios». [23]

En esa época, Hastings era la estrella ascendente de la administración de la Compañía en Bengala. No había llegado a

conocer a sus progenitores. Su madre había muerto en el parto y su padre se marchó a Barbados, donde se volvió a casar y falleció poco tiempo después. Warren fue criado por su abuelo y educado en una escuela de beneficencia con los niños más pobres de la aldea de Daylesford, en Gloucestershire. En cierto momento, fue rescatado por un tío suyo que le envió a Londres para que estudiase en Westminster, donde se dice que jugó al críquet con Edward Gibbon, el futuro historiador del ascenso y caída de Roma. [*] En Westminster, Hastings pronto destacó y se convirtió en el mejor estudiante del centro, aunque le obligaron a marcharse con tan solo 16 años a causa del fallecimiento de su tío. Su *guardian* en la escuela le buscó un puesto de escribiente en la Compañía y le envío a Bengala, donde llegó en 1756, justo a tiempo de convertirse en prisionero de Siraj ud-Daula tras la caída de la factoría de Kasimbazar. [24]

Hastings trabajaba de comprador de seda en las aldeas de los alrededores de Murshidabad. Hablaba urdu y bengalí con fluidez e hizo grandes esfuerzos por aprender persa. Había comenzado a enamorarse de su país de adopción, por el cual siempre sintió «un amor un poco más grande» que el que sentía por su tierra natal. Un retrato de la época nos muestra a un joven delgado, de indumentaria sencilla y calvicie incipiente, vestido de fustán marrón. Tiene un rostro abierto y expresión de elevada inteligencia, aunque quizá algo melancólica, pero con un asomo de sentido del humor en la comisura de los labios. Sus cartas coinciden con esta impresión: nos revelan a un joven austero, tímido, sensible y de rara entereza que se levantaba al amanecer, se daba un baño frío y luego cabalgaba una hora, a veces con un halcón al brazo. Era una persona solitaria, que apenas bebía «un poco de vino» y pasaba las veladas leyendo, tañendo una guitarra o dedicado al estudio de la lengua persa. Sus cartas a Inglaterra están llenas de peticiones de libros. [25] Desde el principio, defendió con fiereza los derechos de los bengalíes, que desde Plassey habían quedado indefensos ante el saqueo y la explotación de los *gomastas* de la Compañía. Los abusos

de estos agentes eran a menudo tan «escandalosos –escribió–, que su compañía me resulta insoportable [...] estoy cansado de protestar ante personas que son ajenas a la justicia, el remordimiento o la vergüenza». [26] Hastings, brillante, trabajador y lingüista excepcionalmente dotado, ascendió con rapidez hasta convertirse en el residente de la Compañía en la corte de Mir Jafar, donde su misión era tratar de impedir el colapso del régimen del infortunado nabab.

Esto era algo cada vez más probable con cada día que pasaba. La falta de tributos y aranceles reforzaron la presión financiera sobre el nabab y provocó violencia en las calles de Murshidabad, donde los hambrientos cipayos del nabab se tomaban la justicia por su mano. Pero también contribuyó a enemistar a poderosos personajes que, de otro modo, podrían haberse planteado ponerse del lado del régimen apoyado por la Compañía. Una de las primeras víctimas de la nueva ecuación de poder en Bengala fue un influyente mercader de Cachemira llamado Mir Ashraf. Pertenecía a una dinastía de cultos príncipes mercaderes originarios de Patna que se habían enriquecido con la manufactura y el comercio de salitre procedente de los nitratos minerales que surgían espontáneamente de los suelos de Bihar. El salitre, además de ser un ingrediente importante de la pólvora, también era empleado por los mogoles para enfriar la bebida.

La dinastía de Mir Ashraf tenía buenos contactos políticos en la corte de Murshidabad y, hasta la batalla de Plassey, había dominado el comercio de salitre gracias al respaldo del nabab. Esto irritaba a sus homólogos británicos, que no podían competir con la eficiente organización de suministro de Mir. Durante años, se quejaron en vano de que monopolizaba todas las reservas de salitre, lo cual les dejaba fuera del mercado.

Antes de Plassey, las protestas contra Mir Ashraf fueron ignoradas por el nabab Aliverdi Khan, el cual consideraba absurdamente presuntuosas las peticiones de los intrusos ingleses. Pero, menos de dos meses tras la caída de Siraj ud-Daula, los

mercaderes de la Compañía en Patna no solo estaban competiendo con éxito con el negocio de Mir Ashraf, sino que habían llegado a incautar todos sus depósitos de salitre a la fuerza. En agosto de 1757, un factor de la Compañía particularmente agresivo llamado Paul Pearkes, cuyo nombre figura en varias cartas de protesta de Mir Jafar, atacó los almacenes de Ashraf con los 170 cipayos de guarnición en la gran factoría de Patna, la base fortificada de la Compañía en el interior. Su excusa fue una acusación indiscutiblemente inventada: su rival comercial protegía bienes franceses. Pearkes confiscó todo el salitre del almacén y se negó con terquedad a devolverlo, a pesar de la intervención de varios responsables británicos en Patna. Mir Ashraf tuvo que apelar en persona a Clive para que le fueran devueltos sus bienes. [27]

A consecuencia de estos abusos, en torno a 1760, tanto Mir Ashraf como los influyentes Jagat Seth estaban en contra del nuevo régimen y remitían cartas a la única fuerza que consideraban que podría liberar Bengala de la invasión de la Compañía. Se trataba del nuevo emperador mogol, Sham Alam, quien, desde su huida de Delhi, había estado vagando por la planicie del Ganges en busca de un reino que gobernar y reuniendo seguidores que aspiraban a restaurar el antiguo orden mogol. [28]

El 9 de febrero de 1760, apenas cuatro días después de que Clive abandonase la India, Shah Alam cruzó el Karmanasa, frontera de los dominios de Mir Jafar. Allí, anunció a sus seguidores que había llegado el momento de reconquistar para el imperio «la rica y próspera provincia» de Bengala. Su objetivo final, afirmó, era «obtener el dinero e ingresos necesarios para derrocar a Imad ul-Mulk [el demente visir adolescente que gobernaba en Delhi,] […] y a todos aquellos que actuasen en contra de su gobierno». [29]

Pero su primer objetivo, que contaba con el apoyo de Mir Ashraf, que utilizaba ascetas hindúes para enviar y recibir mensajes, era aprovechar la anarquía ingente de los dominios de Mir Jafar y atacar su cuartel general occidental, Patna. En apenas unos días, una gran

parte de la antigua nobleza mogola de Bengala rompió con Mir Jaffar y se pasó al bando del joven emperador, empeñado en una empresa quijotesca para reconstruir el maltrecho Imperio mogol. [30]




Si Murshidabad estaba en decadencia, a la capital mogola, Delhi, le había ido mucho peor. Como si de un cadáver putrefacto al que merodean manadas rivales de chacales se tratara, lo que quedaba de sus riquezas proporcionaba sustento ocasional a la sucesión de ejércitos que pasaba por la ciudad, la cual iba siendo ocupada y saqueada alternativamente por incursiones de marathas del sur y por invasores afganos del norte.

Durante estas ocupaciones sucesivas, Imad ul-Mulk había conseguido aferrarse al poder entre las ruinas de Delhi gracias al respaldo de los marathas, a veces ignorando, a veces acosando a su títere, el emperador Alamgir II, padre de Shah Alam. En vísperas de una nueva invasión afgana (por parte de Ahmed Shah Durrani, esposo de la hija de Alamgir), ul-Mulk, al temer que Durrani se pusiera de lado de su suegro, decidió deshacerse de su estorbo real, antes de que este decidiera hacer lo mismo con él. [31]

Según el relato del *Ibratnama* o *Libro de Admonici* ón de Khair ud-Din Illahabadi, Imad ul-Mulk pasó a la acción a primera hora de la tarde del 29 de noviembre de 1759 en una fortaleza del siglo XIV, el kotla de Firoz Sha, situada al sur del Fuerte Rojo, sobre el Yamuna. «Imad ul-Mulk desconfiaba del rey, así como del ministro Khan i-Khanan, del cual sabía que departía en secreto con el soberano».

> De modo que ul-Mulk asesinó primero a Khan-i Khanan mientras rezaba sus oraciones y luego envió al rey la falsa noticia de que «un derviche errante se ha instalado en las ruinas del kutla de Fiuz Shah [...] ¡es un hacedor de maravillas que vale la pena ver!». Imad sabía que el pío monarca tenía debilidad por los faquires y que no resistiría la invitación de ver a uno llegado de la patria de Ahmed Shah Durrani.
>
> El rey no podía contener su interés, por lo que partió de inmediato. Cuando llegó a la cámara, se detuvo en la entrada; le retiraron la espada con delicadeza y se levantó el telón. Tan pronto como entró, el telón fue bajado de nuevo y atado con fuerza. Mirza Babur, que le acompañaba, vio que el emperador corría peligro y desenvainó la espada para enfrentarse a los asaltantes. Pero se le echó encima una turba de hombres de al-Mulk, que le desarmaron y le arrojaron al interior de una litera cubierta, en la que le llevaron a la prisión de Salatin, en el Fuerte Rojo.
>
> Mientras tanto, los siniestros soldados que estaban esperando al rey aparecieron de entre las sombras y apuñalaron reiteradamente con sus dagas a un hombre desarmado. Le arrastraron por los pies y arrojaron su cadáver a la arenosa orilla del río, le despojaron de su casaca y calzón y le dejaron desnudo durante seis guardias. Luego, le dieron sepultura en el mausoleo del emperador Humayun. [32]

La noticia del asesinato de su padre le llegó a Shah Alam tres semanas más tarde. El príncipe seguía vagando por el este. Su crónica oficial, el *Shah Alam Nama* , nos muestra a un joven príncipe que recorre la llanura del Ganges dando títulos y prometiendo posesiones. Shah Alam trataba de ganar apoyos del mismo modo en que lo haría un moderno político indio que busca la elección:

visitando santuarios, solicitando la bendición de santones y ascetas, celebrando recepciones y recibiendo a partidarios y voluntarios. [33]

Shah Alam no tenía ni tierras ni dinero, pero compensaba esto lo mejor que podía con su inmenso carisma, atractivo físico, temperamento poético y modales refinados. El Señor del Universo no podía entrar en su propia capital, pero su título aún conservaba algo de su magia. Este joven que erraba sin un céntimo era considerado el soberano *de iure* de casi toda India y, por tanto, tenía derecho a conceder los codiciados títulos imperiales. [34] El joven Shah Alam supo aprovechar la mística sacra asociada a la imperial persona y la creciente nostalgia por los pacíficos días del gobierno mogol. De este modo, Alam consiguió reunir cerca de 20 000 seguidores y soldados de fortuna ociosos, la mayoría de ellos tan pobres y mal provistos como él mismo. Era como si el valor del carisma real creciera en importancia, aun cuando la bolsa real estuviera vacía.

Además de dinero, Shah Alam también carecía de un regimiento de infantería moderna a la europea y de artillería que le permitiera sitiar ciudades amuralladas. No obstante, poco después de recibir la noticia del fallecimiento de su padre, la fortuna le proporcionó una solución parcial a ambas cosas, en la persona de un audaz comandante francés de orígenes escoceses, Jean Law de Lauriston. Law había conseguido escapar de Bengala poco después de la caída de Chandernagar y la batalla de Plassey, desastres que habían puesto fin temporal a las ambiciones galas en el norte y este de la India. Seguía huyendo de la Compañía cuando llegó al campamento real y quedó muy gratamente impresionado por aquel príncipe ambicioso y carismático.

Como era característico en él, Shah Alam no trató de ocultar a Law la dificultad de su situación. «Vaya adonde vaya, solo encuentro pretendientes –le dijo–, nababs o rajás, que se han acostumbrado a una independencia que les complace tanto que no tienen intención de comprometerse con mi causa. No tengo otros recursos que los suyos […] a no ser que los cielos se pongan de mi parte con algún

don extraordinario. Con Bengala sumida en el caos, cabe la posibilidad de que los cielos intervengan en mi favor. Pero también podría significar mi fin. Lo único que uno puede hacer es esperar y ver». [35]

Por más halagado que Law se sintiera por esta recepción real, la dura experiencia vivida le hacía ser escéptico acerca de las posibilidades del nuevo emperador, en particular dada su experiencia con la nobleza mogola en la que se apoyaba Shah Alam. Al historiador Ghulam Husein Khan le confió lo siguiente: «He viajado por todas partes, desde Bengala a Delhi, pero no he hallado en ninguna parte nada que no fuera la opresión de los pobres y pillaje de salteadores de caminos».

> Siempre que quería que uno de esos famosos potentados, como Shuja ud-Daula [visir de Awadh], a Imad ul-Mulk o a sus pares, ya fuera por honor o por regular el gobierno, pusiera orden en los asuntos de Bengala y contuviera a los ingleses, ni uno de ellos mostraba el menor interés por la misión. Ni una vez se plantearon lo vergonzoso de su conducta […] los nobles indios son un atajo de zoquetes desordenados e insustanciales, cuyo único motivo para existir es arruinar la vida a una inmensidad de personas. [36]

Law había traído consigo una fuerza, baqueteada pero decidida, compuesta por los 100 últimos soldados franceses del norte de la India y un batallón de 200 cipayos veteranos, muy bien entrenados y disciplinados, efectivos que ofreció a Shah Alam. Este los aceptó de muy buen grado. El 23 de diciembre de 1759, en Gothauli, cerca de Allahabad, el joven emperador salió al fin de la tienda real en las que se había clausurado durante los tres días de luto oficial por su padre.

Según el historiador mogol Shakir Khan, «en el día victorioso de su ascenso al trono imperial, Su Sagrada Majestad, la Sombra de Dios, vicerregente del Siempre Misericordioso, el emperador que es

el refugio de todo el Mundo, entre vítores y apoyos generalizados, ordenó que se acuñasen monedas y se incluyera en la prédica del *jutba* el nombre de Shah Alam, Rey del Mundo, guerrero, emperador, semilla exaltada, con la aureola gloriosa del reinado de los antiguos monarcas persas. ¡Dios le conceda eterno reinado!». [37]

Poco después, el artista de la corte, Mihir Chand, pintó el retrato del ascenso al trono de Shah y se distribuyeron por el campamento rupias recién acuñadas con el nombre de Shah Alam, mientras comandantes y oficiales del Ejército acudían a presentar sus respetos. «Fui honrado con el título de Mir Atish –escribió Law–, esto es, señor de la artillería mogola, con lo que, pese a no tener ni un solo cañón pesado, en teoría todos los cañones y mosquetes del imperio estaban ahora bajo mis órdenes»:

> Acto seguido, se concedieron numerosos cargos a otros tantos oficiales. La ceremonia fue ejecutada a la perfección, acompañada por la música de la *naubat* [trompeta] y salvas de artillería […]
>
> Todo el país ardía, deshecho entre múltiples facciones. Es más, los mismos oficiales de Shah estaban divididos entre sí. No había un mando uniforme y no les habían pagado en meses. Carecíamos por completo de dinero y material bélico […] hice fabricar algunas bayonetas, que fijamos a largos postes, con los que armé a 300 guerreros tribales koli que nos seguían. Les hice marchar en formación tras mis cipayos regulares, lo cual aumentó mucho nuestras fuerzas. También agregué un escuadrón de unos 15 jinetes mogoles, bien armados […] no era muy brillante, pero ahora yo era Mir Atish, de igual modo que Shah Alam era emperador. La idea lo era todo. [38]



La campaña de reconquista de Bengala de Shah Alam tuvo un inicio prometedor. El emperador franqueó el Karmanasa y celebró un *durbar* en el que exigió homenaje al pueblo, terratenientes y gobernantes de Bengala, a los cuales ordenó «limpiar de sus orejas el algodón de la negligencia». En pocos días, tres de los *zamindar* bengalíes principales al oeste del Hugli anunciaron su apoyo, al igual que dos altos mandos del ejército de Mir Jafar. Todos se apresuraron a marchar al oeste con sus tropas para unirse al emperador. [39]

Shah Alam decidió atacar de inmediato, antes de que Miran y el comandante de la Compañía, comandante John Caillaud, pudieran llegar con refuerzos desde Murshidabad. El 9 de febrero, las fuerzas del emperador entablaron batalla en Masumpur, a escasa distancia de Patna, contra los cipayos de la Compañía comandados por el gobernador de Patna, rajá Ram Narain. La batalla se libró en las orillas del río Dehva. «Desde las líneas inglesas llovían balas de mosquete como una tormenta de granizo», escribió Ghulam Husein Khan, pero las fuerzas del joven emperador atacaron primero. Estas «quebraron las filas del enemigo y les hicieron huir […]».

> Tan pronto como se silenció el fuego inglés y el enemigo fue puesto en fuga, Kamgar Khan [comandante de Shah Alam] se lanzó sobre Ram Narain, que se mantenía en su puesto [sobre su elefante] con cierto número de hombres […] el ejército de Ram Narain fue puesto en fuga y el rajá se vio obligado a huir para salvar la vida. Kamgar Khan le arrojó una lanza y le hirió de gravedad […] cayó sin habla dentro de su *houdah* , donde, por fortuna para él, quedó a cubierto por las tablas […] Ram Narain parecía haber quedado sin sentido, por lo que su

cornaca hizo dar media vuelta a su elefante y escapó […] el emperador, satisfecho con su victoria, ordenó tocar música en señal de regocijo, pero prohibió que se persiguiera a los vencidos. [40]

Permitir al ejército derrotado atender a sus heridos podía ser un acto noble, pero Ghulam Husein Khan lo consideró un error fatal: «Si el victorioso hubiera continuado golpeando y persiguiendo al vencido, habrían conquistado de inmediato la ciudad de Patna, pues no quedaba allí ni un solo soldado; la habrían saqueado y habrían acabado con Ram Narain, que no podía moverse. Pero el destino dispuso que la ciudad se salvase, pues Kamgar Khan se contentó con saquear la planicie situada fuera de los muros e imponerle tributo». [41]

Una parte de la comunidad británica de Patna huyó río abajo en barco. Pero el contingente de Ram Narain estaba a salvo en el interior de la ciudad una vez cerraron las puertas, pues el emperador carecía de la artillería o del material de asedio necesario para intentar asaltar las murallas.

Pronto llegaron a Murshidabad exagerados rumores de la victoria del emperador, que provocaron el pánico en la corte. Mir Jafar, consciente de la extrema inestabilidad de su régimen, cayó en un profundo desánimo. [42] Aunque la victoria de Shah Alam fue efímera. Menos de una semana más tarde, el comandante Caillaud y Miran marcharon a Patna, contactaron con la guarnición y se dirigieron a entablar combate contra las fuerzas del emperador. Caillaud comandaba un ala, Miran la otra; fue sobre la caballería de este último sobre las que se lanzaron las tropas del emperador.

«El enemigo atacó con gran espíritu –escribió Caillaud–, si bien con cierta irregularidad, y por cuerpos separados, con arreglo a la forma oriental de combatir». [43]

El ejército de Miran quedó destrozado por la fuerza de la carga: «Sin considerar su alto rango y su destacada posición –escribió

Ghulam Husein Khan–, Miran, preso del pánico, dio media vuelta y huyó, seguido a regañadientes por sus comandantes, quienes le pedían en vano que regresara». Los arqueros del emperador le siguieron y, tras rodear a su elefante, dispararon contra su *houdah* : «Una flecha alcanzó a Miran, que le rompió los dientes; cuando se llevaba la mano hacia la boca, una segunda flecha se alojó en su cuello». Pero la disciplinada compañía de cipayos de Caillaud se mantuvo en su puesto, formó cuadro y atacó el flanco y la retaguardia del ejército mogol a corta distancia, con toda la fuerza de su fuego de mosquetería. El efecto fue devastador. Murieron centenares. Pronto le llegó a las tropas del emperador su turno para huir.

Pero Shah Alam no había recorrido tan larga distancia desde Delhi para rendirse ahora. Envió su impedimenta y su artillería de regreso al campamento, que dejó al cuidado de Law, y tomó una audaz decisión: reunió a un reducido grupo de su élite, la caballería ligera mogola de Kamgar Khan, y, en lugar de retirarse, continuó avanzando, en dirección al este, campo a través. «Estaba resuelto a dejar el enemigo atrás –escribió Ghulam Husein Khan– y, tras atajar a través de colinas y montañas, lanzarse sobre la ciudad indefensa de Murshidabad, donde esperaba capturar a Mir Jafar en persona, y las riquezas de la opulenta capital». [44]




La Compañía se vio sorprendida por la velocidad y el valor de que hizo gala la pequeña unidad de Shah Alam. Pasaron varios días hasta que Caillaud se dio cuenta de lo que había hecho el emperador y adónde se dirigía y pudo formar un destacamento de caballería selecta para iniciar la persecución.

El emperador y Kamgar Khan tenían pues tres días de ventaja. En palabras del *Tarikh-i-Muzaffari* , «pensando que era esencial tomar la ruta más rápida disponible, cruzaron de forma rápida y clandestina varios pasos de montaña, atravesando a marchas forzadas por abruptas montañas y estrechas y oscuras gargantas para luego dirigirse al sur, a través de las planicies bengalíes, recorriendo Birbhum para alcanzar el distrito de Bardhaman». El rajá de dicho distrito, tío de Kamgar Khan, declaró su lealtad a Shah Alam y se alzó en rebelión contra Mir Jafar. [45]

Fue allí, a mitad de camino entre Murshidabad y Calcuta, donde el Ejército imperial cometió el error de hacer una pausa de tres días, que dedicaron a descansar y recibir reclutas, dinero y equipo de la nobleza desafecta de Bengala. Como escribió Caillaud con alivio: «Puede que por falta de resolución o por disensiones entre sus comandantes, [Shah Alam] cometió el error capital e imperdonable de titubear a la hora de atacar al viejo nabab, en el momento en que los dos ejércitos todavía estaban divididos. El retraso arruinó por completo sus planes, en un inicio trazados con tanta maestría y, hasta entonces, ejecutados con tanta firmeza». [46]

Como ya había ocurrido en Patna, donde no culminó su victoria, el retraso dio a los adversarios de Shah Alam tiempo para reagruparse. Cuando el emperador ordenó a sus fuerzas, ahora ligeramente superiores, partir de Bardhaman en dirección norte, Miran y Caillaud habían conseguido alcanzarlo y, el 4 de abril, se unieron al reducido contingente de Mir Jafar. Los tres juntos bloquearon la ruta de Murshidabad.

Se había perdido por completo el vital elemento sorpresa. Las fuerzas combinadas de Mir Jafar desplegaron en Mongalkote, a orillas del río Damodar, desde donde dominaban el vado e impedían al emperador avanzar las pocas millas que le separaban de la ciudad. De haberse dirigido directo a Murshidabad sin desviarse al sur, a Bardhaman, Shah Alam habría encontrado la ciudad prácticamente indefensa. Pero, una semana más tarde, Mir Jafar

seguía recibiendo refuerzos: «Todas esas fuerzas, junto con el contingente militar inglés, se dispusieron a hacer frente al ejército del emperador, acampado en la orilla opuesta».

> Ante las abrumadoras fuerzas enemigas desplegadas en la orilla del Damodar, el emperador comprendió que no podía cruzar y enfrentarse a ellas con alguna esperanza de victoria, por lo que determinó que no tenía más opción que regresar a Patna. Mir Jafar, al verse victorioso de repente, envió a una fuerza en persecución del emperador en retirada. Pero Kamgar Khan y los demás mantuvieron ocupados a sus perseguidores, alternando ataques y retiradas, con lo que consiguieron que sus tropas y su impedimenta volvieran a Patna, donde se reunieron con los cipayos de M. Law. [47]

Había sido un golpe audaz, imaginativo y estuvo muy cerca de ser exitoso. Pero la partida casi estaba acabada. La gente de Bihar, que apenas unos meses antes había acogido a Shah Alam con tanto entusiasmo, estaba cansada de alojar un ejército grande, indisciplinado y derrotado. Según Ghulam Husein Khan, la gente se entusiasmó en un principio con la idea del retorno del orden del gobierno mogol, pero lo único que obtuvo «de estas tropas díscolas y de sus generales anárquicos fueron actos de abuso y extorsión de todas las clases imaginables. Por otra parte, veían la disciplina que ejercían los oficiales ingleses de aquellos días, los cuales ejercían sobre sus tropas una disciplina tan estricta que no toleraban que tocasen ni una brizna de hierba [...] con lo que cambiaron las tornas. Cuando el príncipe hizo su segunda expedición a aquellas regiones, escuché a gente cubrirle de improperios y rezar por la victoria del Ejército inglés». [48]

Tras varios meses de infortunios y deserciones, la derrota final de la hueste del emperador tuvo lugar en la batalla de Helsa, cerca de Bodhgaya, lugar de la iluminación de Buda, el 15 de enero de 1761.

En esta batalla, el Ejército imperial fue arrinconado por varios batallones de casacas rojas cipayos.

La noche previa a la batalla, Law cenó por última vez con el emperador. Fue «un acto muy íntimo, de atmósfera muy relajada, sin ninguna de las habituales limitaciones de etiqueta y ceremonia. Le dije con toda franqueza que nuestra situación era muy mala. El príncipe me abrió su corazón acerca de los infortunios que le acosaban en todo momento. Yo traté de persuadirle de que, por su propia paz y seguridad, sería mejor que dirigiera su mirada a alguna otra región que no fuera Bengala. "¡Ojalá! –dijo–, pero ¿qué dirán si me retiro? El desprecio se sumaría entonces a la indiferencia con la que me tratan mis súbditos"». [49]

La mañana siguiente a primera hora, las tropas de la Compañía tomaron la iniciativa y avanzaron con rapidez desde sus posiciones atrincheradas, «cañoneando a medida que avanzaban». Una precisa bala de una pieza del 12 mató al *mahout* del elefante del emperador. Un segundo tiro hirió al animal, que escapó a la carrera del campo de batalla llevándose con él al emperador. [50] Por su parte, Mir Jafar había vuelto a emplear tácticas insidiosas: corrompió con enormes sumas de dinero al comandante de Shah Alam, Kamgar Khan, así como a varios cortesanos de su séquito, «que, de inmediato, cambiaron de bando y se unieron a las fuerzas del nabab», reportó el soldado de fortuna Jean-Baptiste Gentil. «Después de esto, ya no quedaba ninguna duda del resultado final. El general y sus cortesanos dieron media vuelta y escaparon y se llevaron consigo a la mayor parte del ejército mogol. *Monsieur* Law de Lauriston, jefe de la artillería real, a pesar de su valentía, pericia marcial y esfuerzos denodados, no pudo hacer nada por detenerlos, con lo que el oficial francés cayó prisionero». [51]

Ghulam Husein Khan nos dejó un conmovedor relato de la última resistencia de Law y su determinación de combatir hasta la muerte, a pesar de que el emperador había sido abandonado por todos y traicionado incluso por su comandante en jefe. «M. Law, con un

pequeño contingente, y las pocas piezas de artillería que pudo reunir, combatió con bravura a los ingleses y, durante cierto tiempo, consiguió resistir su inmensa superioridad numérica. El puñado de soldados que seguía a M. Law, desanimados por la huida del emperador y cansados de la vida errante que habían llevado hasta entonces, dieron media vuelta y escaparon. M. Law, al verse abandonado y solo, decidió no escapar. Se situó sobre uno de los cañones y se mantuvo firme en esa postura, en espera de la muerte». [52]

Conmovido por la bravura de Law, el comandante de la Compañía, John Carnac, desmontó y, sin llevar escolta consigo, a excepción de sus oficiales de mayor graduación, caminó hasta Law y, descubriéndose, «agitaron el aire con sus sombreros, como si le hicieran un *salaam* ». Los ingleses le imploraron que se rindiera. «Ha hecho usted todo cuanto cabe esperar de un valiente y no cabe duda de que la pluma de un historiador transmitirá su nombre a la posteridad» [...] «ahora, despréndase de la espada, venga con nosotros y abandone toda idea de enfrentarse a los ingleses».

Law repuso que si «aceptaban esta rendición tal y como estaba ahora, no tenía objeciones. Pero que si la rendición implicaba la deshonra de no portar espada, esto era una vergüenza que no estaba dispuesto a soportar y que debían tomar su vida si no podían aceptar esa condición. Los comandantes ingleses, admirados de su firmeza, consintieron que se rindiera como él deseara. Tras lo cual, el comandante le estrechó la mano, a la usanza europea, y ambos bandos desecharon de inmediato todo sentimiento de enemistad». [53]

Una vez en el campamento de la Compañía, el cronista quedó turbado por la grosería de los soldados de Mir Jafar, que se mofaban del prisionero preguntándole: «¿Dónde está ahora la *Bibi* [amante] Law?».

> Carnac, furioso por tan indecente comentario, replicó: «Este hombre [...] ha luchado con valentía y merece el respeto de

> todo hombre valeroso [...] las impertinencias con las que le castigan puede que sean costumbre entre sus amigos y en su nación, pero no pueden ser toleradas en la nuestra, que tiene por norma no zaherir con ofensas a un enemigo vencido». El hombre que había insultado a Law, frenado por esta reprimenda, se guardó sus palabras y no respondió nada. Se fue muy abatido y, aunque era un importante comandante [...] nadie volvió a hablarle o se puso en pie cuando se marchó.

Este incidente hizo que Ghulam Husein Khan hiciera un raro cumplido a los británicos, nación que consideraba responsable de la destrucción de su patria:

> Esta reprimenda honra mucho a los ingleses. Debe reconocerse, en honor a estos extranjeros, que su conducta en la guerra y en la batalla es digna de admiración, pues el trato que dan al enemigo es el más apropiado, ya sea en el calor de la acción, o en el orgullo del éxito y la victoria. [54]




El 2 de julio de 1761, Miran, «el abominable», el hijo libertino y asesino de Mir Jafar, murió supuestamente alcanzado por un rayo mientras regresaba de la campaña contra Shah Alam. Según John Caillaud, que estaba presente en el campamento, «a medianoche, el joven nabab yacía dormido en su tienda. Aunque el hecho es de por sí singular, no hubo circunstancias extraordinarias. [Miran] murió a causa de un rayo en mitad de una violenta tempestad. El fuego penetró la cubierta de la tienda y le impactó a la izquierda del pecho; pereció envuelto en llamas». [55]

Este hecho tuvo lugar, precisamente, el aniversario de la matanza, perpetrada por Miran, del harén de Siraj ud-Daula, por lo que, desde un principio, corrieron rumores de que su muerte había sido obra de una intervención divina. Pero también se dijo que no había sido en absoluto un accidente, sino que había sido asesinado. La principal sospechosa era una concubina que había perdido a una hermana víctima de las inclinaciones homicidas de Miran, la cual habría ocultado su venganza al prender fuego a la tienda. [56]

Fueron muchos los que se regocijaron de la muerte de aquel príncipe sanguinario y amoral. Pero para su padre, Mir Jafar, fue la gota que colmó el vaso. Ante las exigencias de pago de toda su deuda de la Compañía y las rebeliones de sus súbditos y soldados, el anciano nabab se había apoyado cada vez más en el coraje y resolución de su hijo. Sin él, Mir Jafar se desmoronó. «Nunca había estado del todo en sus cabales –comentó Ghulam Husein Khan–, pero ahora había perdido el escaso juicio que le quedaba. Las cuestiones del ejército y del gobierno abandonadas por completo, cayeron en un estado de confusión indescriptible». [57]

El yerno de Mir Jafar, Mir Qasim, era el hombre más diferente que quepa imaginar con respecto a su caótico e ignorante suegro. Descendiente de nobles persas, Mir Qasim había nacido en las propiedades de su padre situadas cerca de Patna. Era de complexión pequeña y tenía poca experiencia en asuntos castrenses, pero era joven, capaz, inteligente y, por encima de todo, decidido. [58]

Warren Hastings fue el primero en darse cuenta de sus poco comunes dotes. También fue el primero en comunicar a Calcuta la necesidad urgente de una nueva administración en Murshidabad si se quería que Bengala continuara siendo gobernable. La educación de Mir Qasim «había sido la que corresponde a su noble cuna –escribió– y son pocos los requisitos necesarios para los más altos cargos que no posea en alto grado. Ha dado numerosas pruebas de su integridad, capacidad para los negocios y estricto cumplimiento de sus compromisos. Es respetado por los *jamadar* [oficiales] y

personas distinguidas de esta provincia y he visto cartas remitidas a su persona por los principales *zamidar* de Bihar rebosantes de muestras del más alto respeto hacia su persona, así como de su anhelo de servir bajo su gobierno». [59]

Mir Qasim fue enviado a Calcuta a reunirse con el nuevo gobernador, Henry Vansittart. Durante su entrevista, presentó un sofisticado plan para resolver los problemas financieros de la Compañía y saldar la deuda de Murshidabad. El plan consistía en ceder a la Compañía Bardhaman, Midnapur y Chittagong, territorios suficientes para el pago de la manutención de ambos ejércitos. Vansittart quedó impresionado y decidió apoyar un golpe, o una segunda revolución, para situar a Mir Qasim en el trono en lugar de su suegro. El acuerdo fue reforzado por una serie de cuantiosos sobornos, que incluyeron un pago en efectivo a Vansittart de 50 000 libras, así como otras 150 000 [*] para distribuir entre su consejo. [60]

Mientras tanto, en Murshidabad, los acontecimientos se precipitaron el 10 de julio de 1761. Esto dio a la Compañía la excusa y la coartada perfectas para su segundo golpe. Dice el *Riyazu-s-salatin* : «El ejército, exigiendo años de pagas atrasadas, se amotinó de forma unánime». «Los amotinados rodearon el palacio, sacaron a sus dirigentes de sus caballos y palanquines, escalaron los muros de palacio y arrojaron ladrillos a los sirvientes. A continuación, asediaron al nabab en el palacio de Chihil Sutun y le cortaron el suministro de agua y alimento».

> Mir Quasin, en contubernio con Jagat Seth, conspiró con los jefes ingleses [...] hicieron salir a Mir Jafar del fuerte y le subieron a un barco que le llevó río abajo, a Calcuta [como si tuvieran intención de rescatarlo [...] se le dijo que era por su seguridad]. Mientras tanto, Mir Qasim entró en el fuerte, se sentó en el *musnud* [trono] y emitió proclamas de paz y seguridad en su propio nombre. [61]

Mir Jafar quedó escoltado por un destacamento que comandaba el ubicuo comandante Caillaud, «para proteger su persona de los insultos del pueblo. Se le permitió llevarse con él mujeres, joyas, tesoros y cualquier otra cosa que considerase». [62] Mientras la barca bogaba corriente abajo, se dio cuenta al fin de que no había sido rescatado, sino depuesto. Perplejo, Mir Jafar imploró que se le permitiera apelar a su protector, Clive: «Los ingleses me colocaron en el *musnud* –dijo–. Usted puede deponerme si así le place. Han considerado apropiado romper sus compromisos. Yo no romperé los míos. Deseo que me envíen con el Sabut Jung [Clive], pues él hará justicia, o que me permitan viajar a La Meca». [63]

Pero el viejo nabab, una vez caído en desgracia, ya no le servía de nada a la Compañía, por lo que no se le concedió ninguna de ambas opciones. Se le dio una modesta casa en el norte de Calcuta y una pensión igual de modesta y quedó varios meses bajo estricto arresto domiciliario. La segunda revolución orquestada por la Compañía, esta vez contra su propio títere, había resultado aún más fácil que la primera y sin el menor derramamiento de sangre.

Mas el hombre que habían puesto a cargo de Bengala no iba a ser tan fácil de manejar como Mir Jafar. Como afirma sucintamente el *Tarikh-i Muzaffari* : «Mir Qasim logró con rapidez un grado de independencia de los ingleses difícil de imaginar hoy». [64]




Incluso Warren Hastings, ferviente admirador de las capacidades de Mir Qasim, quedó sorprendido por la rapidez con la que cambió las cosas.

El nuevo nabab sacó de inmediato de Murshidabad a los cipayos amotinados y les pagó la soldada de sus arcas personales. A

continuación, se lanzó a solucionar las finanzas del reino. Todo el mundo quedó sorprendido de sus aptitudes administrativas: «Mir Qasim Khan era muy hábil para extraer información y analizar cuentas e informes escritos –escribió el historiador Mohamed Ali Khan Ansari de Panipat–. Se entregó de inmediato al proyecto de poner un mínimo de orden en la tierra de Bengala».

> Mir Qasim hizo venir a los contables y recaudadores de tributo del Estado y examinó con detalle sus cuentas en busca de irregularidades cometidas por los funcionarios del anterior régimen. Hizo venir al rajá Ram Narain [gobernador de Patna, que había contribuido a la derrota de Shah Alam] para que lo interrogasen y exigió ver las cuentas de ingresos de Bihar. Sus recaudadores revisaron todas las sumas supuestamente asignadas al pago de salarios del ejército, luego comprobaron el número de soldados en filas y corrigieron los libros en consecuencia. Hecho esto, el rajá Ram Narain fue encarcelado por varios delitos y se le confiscaron unos 15 laj de rupias [*] de su peculio personal, además de todas sus joyas. [65]

A pesar de tales incautaciones, Mir Qasim tuvo dificultades para pagar el dinero adeudado a los británicos. Incrementó los impuestos hasta casi duplicar la presión fiscal con Aliverdi Khan y reunió 30 [**] millones de rupias anuales, esto es, el doble de la cifra (18 millones de rupias) que recibía el régimen anterior a Plassey. [66] Además, el nuevo nabab diseñó una nueva estrategia para tratar a los británicos. Decidió dejar la baja Bengala más o menos en manos de la Compañía, pero se esforzó por minimizar la influencia de esta en el resto del territorio. Estableció un Estado militarizado y altamente centralizado, financiado con las propiedades y el tesoro incautados a todos los cargos sospechosos de corrupción. Mir Qasim «oprimía a cualquiera que fuera sospechoso de guardar riquezas o que albergase el menor motivo de enemistad hacia él, quitándoles de

inmediato sus tesoros ocultos. De este modo, el oro fluyó en abundancia al tesoro de Mir Qasim Khan». [67]

De acuerdo con su plan de reestructuración, Mir Qasim decidió dejar a su tío a cargo de Murshidabad, que consideraba demasiado vulnerable a las interferencias de Calcuta, y optó por gobernar desde Bihar, lo más lejos posible del cuartel general de la Compañía. Primero se trasladó a Patna, donde ocupó los apartamentos del fuerte que había dejado vacíos el rajá Ram Narain, ahora en prisión. Estableció allí su corte por breve tiempo, hasta que la hostilidad y las interferencias del agresivo factor jefe de la ciudad, William Ellis, le indujeron a trasladarse a corta distancia río abajo, a la vieja fortaleza mogola de Monghyr, donde la Compañía no podría vigilarle.

Desde Monghyr continuó con la reforma de las finanzas. Ordenó a los Jagat Seth reunirse allí con él: les hizo marchar desde Murshidabad con escolta y les confinó en el fuerte. Una vez allí, les obligó a saldar las deudas pendientes del nabab con la Compañía y las soldadas atrasadas de las tropas de Murshidabad.

Con el fin de imponer su voluntad con más facilidad, y también para protegerse de la Compañía, Mir Qasim emprendió la reforma de su hueste. De los 90 000 efectivos que poseía sobre el papel, resultó que, en realidad, contaba con una cifra inferior a la mitad. Licenció a los generales incompetentes y corruptos y comenzó a reclutar nuevos efectivos, con los que formó una nueva fuerza compuesta por 16 000 jinetes de élite mogoles y tres batallones de cipayos a la europea, que sumaban alrededor de 25 000 infantes.

Para instruirla a la usanza europea, Mir Qasim nombró a dos mercenarios cristianos. El primero era un alemán de Alsacia llamado Walter Reinhardt. Apodado Sumru («sombrío»), Reinhardt era un melancólico soldado de fortuna, frío y carente de emociones. Hijo de un granjero pobre propietario de una pequeña finca en el Bajo Palatinado, había conseguido llegar a formar parte de la guardia de coraceros a caballo del Ejército francés, con el que se había batido con valor en la batalla de Ittigen. En Holanda, se le ocurrió

embarcarse en un buque con destino a la India, donde, según uno de sus colegas, el conde de Modave, pronto «adoptó los hábitos y los prejuicios de este país, hasta el punto de que incluso los mogoles creían que había nacido en el Indostán. Habla casi todas las lenguas locales, pero no sabe leer ni escribir. Aun así, mantiene una extensa correspondencia por medio de sus servidores». [68]

El segundo comandante cristiano de Mir Qasim era Khoja Gregory, un armenio de Isfahán al que concedió el título de Gurghin Khan, o «lobo». Ghulam Husein Khan lo conoció en persona y consideraba que era un hombre notable. «De estatura por encima de la media y complexión fuerte, rostro muy claro, nariz aguileña y grandes ojos negros, llenos de fuego». [69] La misión de ambos hombres era entrenar a las fuerzas de Mir Qasim para que igualasen a las de la Compañía. También crearon factorías de armamento para proporcionar a su amo mosquetes y piezas de artillería modernas y de calidad. Mir Qasim pronto «comenzó a acumular y manufacturar todos los cañones y mosquetes que pudo, así como todos los elementos necesarios para la guerra». [70]

El nuevo nabab también estableció una formidable red de inteligencia, con tres espías jefe, cada uno de los cuales controlaba a centenares de informantes. Aunque estos tres espías jefe no tardaron en ser ejecutados a causa de supuestas intrigas. El gabinete de Mir Qasim era tan inquietante como efectivo. «El gobierno era tan suspicaz que pronto se interrumpió todo trato social –escribió Ghulam Husein Khan, a quien el nuevo nabab le inspiraba terror–. Siempre estaba dispuesto a confiscar propiedades, confinar personas y derramar sangre [...] la gente habituada a tener amistades y visitas se vio obligada a recluirse en casa». [71]

Aun así, el historiador no dejó de admirar la extraordinaria aptitud del nabab para la administración: «Tenía algunas cualidades admirables», admitió,

> […] que compensaban las malas. Sabía desentrañar las complejidades de los asuntos de gobierno, en particular los enrevesados misterios de las finanzas; sabía pagar con regularidad a sus tropas y a su hacienda; sabía honrar y premiar a los hombres de mérito y sabiduría; sabía también llevar sus gastos al término justo entre la cicatería y la prodigalidad; y sabía por instinto cuándo debía gastar en abundancia y cuándo con moderación. En todas estas aptitudes era, sin duda, un hombre incomparable y el príncipe más extraordinario de su tiempo. [72]

Pero, más allá de su eficiencia, el reinado del nuevo nabab tenía un lado oscuro. Numerosos hombres comenzaron a desaparecer. Ricos terratenientes y acaudalados burócratas eran convocados a Monghyr, donde eran encarcelados, torturados y despojados de su riqueza, tanto si eran culpables de corrupción como si no. «Muchos fueron ejecutados por una simple sospecha –escribió Ansari–. Estas muertes infundieron tal temor en los corazones de la gente que no se atrevían a hablar en contra de él o de su gobierno y nadie se sentía seguro en su propia casa». [73]



Tras la batalla de Helsa, a principios de enero de 1761, el emperador mogol se había visto en la inesperada tesitura de tener que huir de las tropas mercenarias de una compañía mercantil, en otro tiempo humilde.

Los casacas rojas le perseguían sin cesar. El 24 de enero, el comandante John Carnac escribió a Calcuta para comunicar a sus jefes: «Hemos seguido al príncipe desde el inicio de la acción y tan

de cerca que, en ocasiones, hemos hallado las hogueras encendidas de su campamento […] su ejército debe de estar disperso por completo y tan reducido que es más digno de lástima que de temor». [74]

Pero fue en ese momento, después de que la Compañía hubo derrotado a Shah Alam y su ejército se había desbandado, cuando los británicos comenzaron a comprender por fin el poder moral que el emperador todavía conservaba. Shah Alam lo había perdido todo –incluso su equipaje, su escritorio y su caja de caligrafía, que se cayeron del *houdah* cuando su elefante huyó en estampida del campo de batalla– y ya no podía ofrecer casi nada de valor a sus seguidores. Y, a pesar de todo, estos continuaban mostrándole un respeto reverencial: «Resulta inconcebible cómo el mero nombre del rey despierta el entusiasmo de todas las mentes –escribió Carnac–. Incluso ahora, en su maltrecha situación, es poco menos que adorado por muslimes y gentúes [hindúes]».

Carnac, que era tan buen político como soldado, observó con perspicacia que «está en nuestro poder emplear este sentimiento en nuestra ventaja; pero, entre tanto, ya está puesta también el hacha en la raíz de los males que, desde hace tanto tiempo, han asolado esta provincia». [75]

Tras su derrota, Shah Alam también había reflexionado acerca de su posición en relación con la Compañía y comprendió que ambas partes tenían mucho que ofrecerse mutuamente. Después de todo, no tenía intención de gobernar Bengala de forma directa. Desde los tiempos en que Akbar había nombrado comandante de su ejército a su antiguo enemigo rajput, rajá Jai Singh, los mogoles siempre habían mostrado mucha habilidad para convertir a antiguos enemigos en aliados útiles. ¿Acaso Shah Alam se preguntaba ahora si podría utilizar a los británicos del mismo modo que Akbar había empleado a los rajputs para lograr sus fines? Para la mayoría de indios, la Compañía no tenía ningún derecho legal a gobernar. Era potestad de Shah Alam concederles la legitimidad que necesitaban.

¿Quizá podrían establecer una alianza y las armas británicas le llevarían de regreso a Delhi, derrocar al usurpador Imad ul-Mulk y reinstaurarlo en su trono legítimo?

El 29 de enero llegó al campamento de Carnac un emisario del emperador con una propuesta de acuerdo. Se enviaron y se recibieron embajadas y se remitieron mensajes a Calcuta y se concertó una reunión para el 3 de febrero en una plantación de mangos situada cerca de Gaya. Ghulam Husein Khan estaba allí, ya que su padre se había presentado voluntario para ejercer de intermediario de Shah Alam ante los británicos. «El emperador avanzó hacia el campamento inglés con sus tropas desplegadas en orden de batalla. Al mediodía, el comandante apareció en compañía de sus oficiales».

> [Carnac] se quitó el sombrero y, colocándoselo bajo el brazo, caminó de esa guisa hacia el elefante del emperador; pero el monarca le ordenó venir montado. Carnac subió a su caballo y se acercó, él solo, hasta situarse a tiro de flecha del elefante del emperador. Mi padre seguía al emperador a corta distancia con su elefante; los dos hombres comandaban las tropas imperiales, todas armadas y dispuestas.
>
> En el punto en que las tropas debían acampar, el emperador, a petición del comandante Carnac, entró en una tienda montada en un jardín rodeado de un huerto, donde se llevaron a cabo las ceremonias habituales [de bienvenida] de entrega de *paan* [raíz de betel], *ittar* [perfume] y agua de rosas. Bailarinas y músicos amenizaron la velada. [76]

Al día siguiente, ambos contingentes partieron juntos en dirección a Patna. Muy pocos de la Compañía habían visto nunca un emperador mogol, por lo que, cuando corrió la noticia de la llegada de Shah Alam, toda la comunidad británica de Bihar acudió a verlo y se unió el gentío que abarrotaba las calles para verlo. Era una

escena de notable ironía. Para sorpresa del vencido, los vencedores corrían a honrar al hombre que había pasado la mayor parte del año anterior tratando de expulsarles de la India por todos los medios. Incluso el intérprete para la ocasión, Archibald Swinton, era el mismo que había perseguido el elefante de Shah Alam en el campo de batalla de Helsa y que se había quedado el equipaje personal del emperador. [77]

Pero ambas partes eran conscientes de que la situación les beneficiaba a todos, por lo que todos interpretaron su papel en la charada. «Los ingleses estaban muy atareados convirtiendo su factoría en un salón de audiencias imperial –observó Ghulam Husein Khan–, juntaron un par de esas [largas] mesas que utilizan para comer para formar un trono indostaní».

> [En poco tiempo], la sala, decorada con ricos materiales, asumió un aspecto muy espléndido [...] los ingleses llegaron en gran número. Al saber que el emperador venía de camino, fueron a pie, con el comandante en cabeza, y, tras reunirse con el monarca, continuaron caminando al lado de su trono móvil. El emperador se apeó en la puerta de la factoría, entró en la sala y tomó asiento en su trono. Los ingleses estaban en pie a izquierda y derecha. El comandante hizo una profunda reverencia y tomó asiento. [78]

La única persona que no estaba complacida por este giro de los acontecimientos era el recién nombrado nabab, Mir Qasim. Temía, no sin razón, que ahora que la Compañía tenía al emperador en sus garras, un nabab dócil perdería su utilidad, con lo que podría ocurrir que la Compañía pidiera reemplazarlo. Mir Qasim tenía motivos justificados para estar inquieto: el Consejo de Calcuta había sopesado esta posibilidad, pero había decidido no recurrir a ella por el momento. [79]

Y así fue como Mir Qasim conoció por fin a su emperador, el Refugio del Mundo: en una factoría de opio de la Compañía de las Indias Orientales, sentado en un trono improvisado. Después de una serie de regateos palaciegos entre bastidores, se llegó a un acuerdo. Mir Qasim hizo tres reverencias, ofreció al emperador su obediencia e hizo una *nazar* [ofrenda] ritual de 1001 monedas de oro «y numerosas bandejas cubiertas de ricas y curiosas telas, a las que añadió joyas y otros artículos de valor. El emperador aceptó el homenaje y le honró con una corona de perlas y un tocado de gemas rematado con plumas de águila milana».

En el lenguaje de la corte mogola, esto equivalía a una investidura formal, que confirmaba a Mir Qasim el *subadhari* [cargo de gobernador] de Bengala, Bihar y Orissa. Esto suponía ratificar y legalizar las dos revoluciones sucesivas de la Compañía. A cambio, Mir Qasim anunció que volvería a retomar los pagos anuales de Bengala al emperador mogol, al que prometió un enorme tributo anual de 2,5 millones de rupias, unas 325 000 libras de la época. Por su parte, los ingleses acordaron pagar al emperador un estipendio diario de 1800 rupias. [80] *

Ambas partes tenían motivos para estar satisfechas con la forma inesperada en que se habían resuelto los acontecimientos. Shah Alam, en particular, era más rico de lo que nunca había sido. Ahora recibía un flujo constante de ingresos que unas pocas semanas antes no habría podido soñar. Solo había una cosa que le había decepcionado: Shah Alam quería que su nuevo y útil aliado, la Compañía, enviase de inmediato un regimiento de cipayos para instalarle en el trono de Delhi. Muchos en el ejército, e incluso en Calcuta, veían con buenos ojos una expedición a Delhi. Aunque, dadas las turbulencias de la capital, que en aquel momento acogía otra visita indeseada de Ahmed Shah Durrani, el sanguinario monarca afgano, Vansittart decidió posponer «hasta después de las lluvias» la decisión de reinstaurar al sah. [81]

Al cabo de tres meses, y al ver con impaciencia que su plan de retornar al Fuerte Rojo no progresaba, Shah Alam anunció su partida. Su próxima escala, dijo, sería Awadh, donde esperaba que su rico y poderoso nabab, Shuja ud-Daula, se mostrase más complaciente. Mir Qasim estaba encantado de deshacerse del emperador; para apresurar su partida, le pagó por adelantado y en efectivo la mitad del tributo anual prometido. La Compañía de las Indias Orientales tampoco tenía ningún motivo para retener al emperador, pues ya había obtenido de él todo cuanto necesitaba. Así pues, una vez hubo recibido cartas de sumisión formal de los principales señores guerreros de la India septentrional, el 5 de junio de 1761, Shah Alam partió en dirección oeste, hacia el límite con Awadh. [82]

El comandante Carnac le escoltó hasta las orillas del Karmanasa con una guardia de honor acorde a su rango. El emperador entró en Awadh el 21 de junio, donde fue recibido por el nabab Shuja ud-Daula, que fue honrado con el título de visir imperial. Pero Shuja, al igual que los británicos, advirtió al emperador de que no debía regresar a Delhi mientras los afganos ocupasen la ciudad. Según el mercenario francés Jean-Baptiste Gentil, que por aquel entonces trabajaba para Shuja, «el visir indicó al emperador cuáles eran las verdaderas intenciones de Durrani».

> [Su intención] era obrar la completa destrucción de la casa real de los timúridas una vez que tuviera en su poder a todos sus príncipes, pues todavía quedaba uno en libertad: el propio Shah Alam. El plan de Durrani era conquistar el Indostán y un príncipe mogol solo podía constituir un obstáculo para sus ambiciones. Era, por tanto, de capital importancia, tanto para el emperador como para el Indostán, que no se dejase capturar por el enemigo. Shah Alam agradeció el buen consejo de Shuja ud-Daula y declinó educadamente la invitación de Durrani de acudir a Delhi. [83]

Bengala, mientras tanto, continuaba bajo el gobierno conjunto, cada vez más incómodo, de Mir Qasim y la Compañía.




Durante los dos años siguientes, 1761-1762, las relaciones entre los dos gobiernos rivales de Bengala se hicieron abiertamente hostiles. La causa de este constante deterioro era la violenta codicia con la que los comerciantes privados de la Compañía abusaban de sus privilegios, al introducirse en la economía bengalí y socavar el gobierno de Mir Qasim.

Estos comerciantes privados solían arrestar y maltratar a los funcionarios del nabab, al cual le hacían casi imposible gobernar. A su vez, el nabab se volvió cada vez más paranoico. Creía que William Ellis, factor jefe de la compañía inglesa de Patna, estaba fomentando una rebelión en su contra. Ellis había perdido una pierna en el asedio de Calcuta de 1756 y odiaba todo lo indio. De tal odio derivaba un placer perverso, casi sádico, en despreciar la soberanía de Mir Qasim e ignorar siempre que podía su independencia nominal.

Henry Vansittart consideraba que Mir Qasim era hombre contra quien habían pecado más de lo que él había pecado, cosa en la que estaba de acuerdo su mayor aliado en el Consejo, Warren Hastings. Este había sido ascendido a segundo de Vansittart tras su exitoso periodo como residente en Murshidabad y se hablaba de que podría ser gobernador en el futuro. Hastings, deseoso de que el gobierno conjunto de los mogoles y la Compañía fuera un éxito, había sido el primero en darse cuenta de la gran capacidad de Mir Qasim y ahora se apresuraba a defender a su protegido. «No he conocido a ningún hombre más sincero o de más moderación que el nabab –escribió–. Pero si nuestra parte mostrase la mitad de la predisposición por la

paz de que hace gala [el nabab], no habría surgido ninguna diferencia entre nosotros […] pues este ha sufrido afrentas diarias con ningún espíritu superior al que un gusano pisoteado habría podido tolerar […] el mundo ve cómo la autoridad del nabab es insultada en público, sus funcionarios son apresados y cómo se envían cipayos contra sus fuertes». [84] Y agregó: «Si nuestra gente, en lugar de erigirse en señores y opresores del país, se limitase a un comercio honesto y justo, sería bien acogida y respetada en todas partes». [85]

A principios de febrero de 1762, Ellis se atrevió a arrestar y encarcelar en la factoría inglesa a un alto cargo armenio de Mir Qasim, Khoja Gregory. Mir Qasim escribió a Ellis para recriminar que «mis servidores son sometidos a tales insultos, que no sirve de nada lo que pueda escribir. Semejantes prácticas debilitan mi autoridad hasta extremos indescriptibles». Después de esto, Mir Qasim juró no volver a intercambiar correspondencia con Ellis. [86]

A partir de entonces, Mir Qasim trató con Vansittart y vertió los sufrimientos que atormentaban su corazón en una larga serie de cartas escritas en persa literario. Pero el joven emperador no era ningún Clive, ni capaz de imponer su voluntad a sus colegas, en particular a los que estaban al mando de Ellis en la factoría de Patna. Ellis y sus hombres, escribió Mir Qasim en mayo de 1762, «han decidido desbaratar mi gobierno. Insultan y humillan a mi gente, y, desde las fronteras del Indostán hasta Calcuta, me denigran y me insultan».

> Y tal es el modo en que ustedes, caballeros, se conducen: perturban mi país, saquean a su gente, injurian y deshonran a mis sirvientes con el fin de despreciar mi gobierno y someterme a escarnio. Plantan su bandera y muestran pases de la Compañía y se esfuerzan todo lo posible para oprimir a los campesinos, mercaderes y otros habitantes del país. Se llevan a viva fuerza los bienes y mercancías de los

comerciantes por una cuarta parte de su valor; se valen de violencia y opresión para obligar a los campesinos a pagar cinco rupias por bienes que no valen más que una.

Los *dassak* [pases] para el registro de las barcas que antaño ustedes me hacían llegar, y que yo enviaba a todos los *chokey* [puntos de control], son ignorados por los ingleses y no puedo ni contar las muchas torturas que infligen a mis súbditos, en especial a los pobres [...]

[...] y todos esos agentes de la Compañía tienen tal poder que encarcelan al recaudador local [el principal funcionario del nabab] y le privan de toda autoridad, siempre que les plazca.

Se han establecido en mis dominios alrededor de 400 o 500 factorías [privadas]. Mis funcionarios en todos los distritos han desistido de ejercer sus funciones. Con lo que, a causa de estos abusos, me veo privado de mis ingresos [por aranceles] y sufro pérdidas anuales de 25 000 *laj* de rupias. * En ese caso, ¿cómo podré pagar mi deuda? ¿Cómo podré pagar mi ejército y mi hacienda? En este caso, ¿cómo podré pagar mis deudas y enviar al emperador el pago que le corresponde? [87]

En abril, Vansittart envió a Hastings a Monghyr y Patna para tratar de calmar la crisis incipiente y restablecer la armonía. Hastings escribió por el camino una serie de cartas en las que hace una lírica elegía de la belleza de Bengala, al tiempo que se horroriza por la responsabilidad de la Compañía en su saqueo y violación. A su llegada a Monghyr, donde bandadas de patos se arremolinaban junto a la orilla entre «bellas vistas», escribió con elocuencia y sentimiento de «la opresión llevada a cabo en nombre de Inglaterra» que había observado durante su viaje. «Estoy seguro de que este mal no se limita solo a los que trabajan para nosotros, sino que también es

practicada por todo el país por gentes que se visten de cipayos, y que se hacen llamar gestores [de la Compañía]».

> Un destacamento de cipayos que nos precedía nos proporcionó pruebas suficientes del espíritu voraz e insolente de esa gente cuando se les deja a su discreción. Durante el camino, fueron muchos los que vinieron a mí a quejarse de aquellos; y la mayoría de aldeas y *serais* quedaban desiertas a nuestra llegada, las tiendas cerradas, pues temían que les tratásemos de igual forma […] todo hombre que porta un sombrero se convierte en príncipe soberano tan pronto como sale de Calcuta […] de ser yo el nabab, desearía hallar el modo de proteger del oprobio a mis súbditos o siervos. [88]

Hastings criticaba en particular a Ellis, cuya conducta, consideraba, había sido «tan imprudente, y su desprecio al nabab tan inveterado, que una adecuada representación [del nabab] no podrá hacer otra cosa que pedir que recaiga el más severo castigo de la Compañía sobre él». [89]

En octubre, Hastings volvió a visitar a Mir Qasim en Monghyr, esta vez acompañado del gobernador Vansittart, para que viera con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo. Los dos quedaron consternados y regresaron a Calcuta decididos a poner fin a los abusos. Pero, una vez allí, los dos jóvenes no consiguieron convencer a los restantes miembros del Consejo. Por el contrario, la mayoría decidió enviar a un amigo de Ellis y uno de los miembros del consejo más agresivos, James Amyatt, a reportar sobre el terreno, poner en su sitio a Mir Qasim y exigir que todos los servidores y gestores de la Compañía quedasen exentos por completo del control del gabinete del nabab.

Hastings protestó enérgicamente: «Se propone ahora eximir a todas las personas a nuestro servicio de la jurisdicción del gobierno [del nabab] –escribió–. Esto les concede licencia para oprimir a los

demás […] semejante sistema de gobierno solo puede hacer que sus desdichados habitantes aborrezcan la autoridad y el nombre de Inglaterra. ¿Acaso el nabab, al escuchar los llantos de su gente, que no puede remediar, solo deseará liberarse de una alianza que le somete a tales indignidades?». [90]

Como observó Gentil con buen juicio: «Los ingleses se habrían ahorrado grandes infortunios en su ruptura con el nabab de haber seguido el sabio consejo del señor Hastings. Pero un puñado de consejeros ingleses, arruinados y disolutos y dispuestos a reconstruir su fortuna personal al precio que fuera, continuó presionando para obtener sus fines y provocó una guerra». [91]



En diciembre de 1762, justo cuando Amyatt se disponía a partir de Calcuta, Mir Qasim desplegó una hábil maniobra política. Tras resistir las agresiones de Ellis por espacio de dos años, el nabab decidió que había llegado el momento de responder a los avances de la Compañía. Mir Qasim decidió resistir.

Consciente de que sus funcionarios rara vez conseguían obligar a los puestos avanzados de la Compañía a que pagasen los aranceles e impuestos que debían, los abolió por todo su reino y «declaró que, mientras no pudiera obtener tales tributos de los ricos, se abstendría que obtenerlos de los pobres». [92] De este modo privó a los ingleses de su injusta ventaja sobre los comerciantes locales, aun cuando tal cosa significase sufrir la pérdida de enormes sumas y la solvencia de su gobierno.

Poco tiempo después, el 11 de marzo de 1763, tuvieron lugar los primeros choques armados entre los hombres de Mir Qasim y los de la Compañía. Hubo escaramuzas en Daca y en Jafarganj, donde los

representantes de Mir Qasim, respaldados por su nuevo ejército, comenzaron a resistir las tropelías de los gestores de la Compañía, a menudo plantando cara a su escolta de cipayos. Uno de los cargos de Mir Qasim llegó al extremo de ordenar que se ejecutase a todo aquel que afirmase estar bajo la protección de la CIO. Dos destacados gestores de la Compañía fueron atacados en sus casas; los dos tuvieron que huir por la puerta de atrás y saltar el muro. Asimismo, los hombres de Mir Qasim comenzaron a detener a los barcos británicos que recorrían Bengala, bloqueando los bienes de comerciantes privados de la Compañía e incautándose de su salitre, opio y raíz de betel. En cierta ocasión, unos cipayos trataron de recuperar unos barcos incautados y el roce derivó en un enfrentamiento con descargas de fusilería que dejó varios muertos. Comenzaron a correr rumores de guerra. [93]

El 23 de mayo, el mismo día en que Amyatt llegó a Monghyr con intención de obligar a Mir Qasim a revocar su orden de libre comercio, la policía de Mir Qasim detuvo un barco que había venido con Amyatt en cuanto arribó ante la *ghat* [escalinata]. «La nave venía cargada con numerosos bienes –escribió Ghulam Husein Khan–, bajo los cuales se hallaron [escondidos] 500 mosquetes destinados a la factoría de Patna. Gurgin Khan [el lobo, el comandante armenio de Mir Qasim] pretendía incautarlos, pero el señor Amyatt insistió en que se dejase pasar al barco sin que fuera detenido y ni tan siquiera registrado». [94]

La situación de tensión se mantuvo durante cierto tiempo y Mir Qasim se planteó arrestar a Amyatt. Le dijo que estaba en guerra con la Compañía y que consideraba que la misión de Amyatt era una mera tapadera para encubrir otras maniobras hostiles. Pero, «después de largas conversaciones, [Mir Qasim] consintió en dejar partir al enviado […] el señor Amyatt consideró que era inútil permanecer allí, por lo que decidió regresar [a Calcuta]». [95]

Fue en ese momento cuando Ellis decidió trazar un plan para tomar Patna por la fuerza. Siempre había considerado a Hastings y

Vansittart débiles y pusilánimes, incapaces de dar respuesta a las «pretensiones» de Mir Qasim. De modo que decidió actuar por su cuenta. Pero el servicio de inteligencia de Mir Qasim había conseguido infiltrar espías en el interior de la factoría de Patna, con lo que el nabab pronto fue informado de lo que planeaba Ellis. Su respuesta fue una carta remitida a sus antiguos protectores, Hastings y Vansittart: «El señor Ellis ha llegado al extremo de preparar escaleras y plataformas para tomar el fuerte de Patna; pueden ahora ustedes tomar las medidas que consideren más adecuadas en interés de la Compañía y del suyo propio». [96] Acto seguido, ordenó al «lobo» movilizar sus tropas.

En ese momento, Ellis tenía a su mando 300 europeos y 2500 cipayos. El 23 de junio, aniversario de Plassey, Anderson, cirujano de la factoría de Patna, anotó en su diario: «Los caballeros de la factoría han sabido que un fuerte destacamento de jinetes y cipayos [del "lobo"] venían de camino hacia Patna, por lo que la guerra parece inevitable. Han considerado que lo mejor era atacar primero y hacerse con el control de la ciudad de Patna». El lugar en el que tenían previsto iniciar su insurrección contra el gobierno mogol era exactamente el mismo en el que habían ofrecido su lealtad a Shah Alam apenas dieciocho meses antes.

Los británicos dedicaron todo el día 24 a frenéticos preparativos: se fabricaron escalas de bambú, se limpiaron las armas y se prepararon balas y pólvora. Los cañones fueron uncidos a los arneses y los caballos dispuestos. Justo después de la medianoche, cipayos y mercaderes de la Compañía tomaron sus mosquetes y formaron ante el edificio principal de la factoría. [97]

A la 1 de la madrugada del día 25, las puertas de la factoría se abrieron de par en par y Ellis, en cabeza de sus cipayos, comenzó su asalto contra la ciudad dormida de Patna. La Compañía y los mogoles volvían a estar en guerra.



# NOTAS

**1** Spear, P., 1975, 97.
**2** *Ibid* .
**3** Clive a Mir Jafar, 15 julio 1757, OIOC, HM 193, 180; Bence-Jones, M., 1974, 157.
**4** Clive a John Payne, 11 noviembre 1758, National Library of Wales, Clive Mss 200 (2), 102-104.
**5** Forrest, *sir* G., 1918, vol. II, 119-122.
**6** Khan, A. M., 1969, 10-11.
**7** Price, J., 1778, 136; Marshall, P. J., 1968, 26.
**8** Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. II,179; Nechtman, T. W., 2007, 71-86, 74; Spear, P., *op. cit* ., 119.
**9** Moon, *sir* P., 1947, 35; Khan, A. M., *op. cit* ., 28-29.
**10** Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. II, 262, 270.
**11** Moon, *sir* P., 1989, 62.
**12** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 241.
**13** *Ibid* ., vol. II, 351.
**14** *Ibid* ., vol. II, 262, 250-251, 373; Vansittart, H., 1766, vol. I, 151-153.
**15** Moon, *sir* P., 1989, 86.
**16** OIOC, Bengal Secret Consultations, 30 April, 25, 26, 30 July, 27 Aug 1764, Range A, vol. V, 156-161, 408-421, 444-458; Marshall, P. J., 1976, 118, 128; Bence-Jones, M., *op. cit* ., 156.
**17** Vansittart, H., *op. cit* ., vol. I, 25.
**18** Marshall, P. J., 1976, 120.
**19** *Cit* . en Bence-Jones, M., *op. cit* ., 156.
**20** Modave, conde de, 1971, 48.
**21** *Ibid* ., 282-287.
**22** *Cit* . por Vansittart, H., *op. cit* ., vol. II, 79-84.
**23** Hastings a Vansittart, 25 abril 1762, OIOC, BL Add Mss 29,098, f. 7-8. Véase también Firminger, W. K. y Anderson, W., 1909, 16.
**24** Feiling, K., 1954, 1-11; Bernstein, J., 2000, 32-35.

**25** Feiling, K., *op. cit* ., 39, 66. El retrato se encuentra en la actualidad en la National Portrait Gallery de Londres, NPG 81.

**26** *Ibid* ., 28, 41.

**27** Chatterjee, K., 1996, 118-123. Para otras quejas acerca de Pearkes, *vid* . Vansittart, H., *op. cit* ., vol. I, 28.

**28** Para las misivas de los Jagat Seth a Shah Alam, *vid* . Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. II, 126. Acerca del apoyo de Mir Ashraf a Shah Alam *vid* . BL, Or. 466, *Tarikh-i Muzaffari* de Muhammad 'Ali Khan Ansari de Panipat (en adelante, *Tarikh-i Muzaffari* ), 635-636.

**29** Ghulam Ali Khan alias Bhikhari Khan, *Shah Alam Nama* (en adelante, *Shah Alam Nama* ), BL, Add 24080.

**30** La historiografía del periodo suele contraponer la vieja tesis del declive mogol con las ideas revisionistas que sostienen que hubo autonomía y crecimiento en las provincias. La historia de *Shah Alam* revela una historia más compleja que una simple descentralización. Se dio una situación de gran fluidez y de cambiantes alianzas e intereses políticos que no reflejan de forma correcta las dos posturas contrapuestas.

**31** Rizvi, S. A. A., 1980, 170.

**32** Khair ud-Din Illahabadi, F., 1932, BL Or. 20r-21v.

**33** *Shah Alam Nama* , BL, Add 24080.

**34** Bhargava, K. D., 1960, 1.

**35** Lauriston, J. Law de, 2014, 297.

**36** Sarkar, *sir* J., 1991, vol. II, 315.

**37** *Tarikh-i Shakir Khani* , British Library Oriental manuscripts, Add. 6568, f. 14r.

**38** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 265, 280, 290-291.

**39** *Shah Alam Nama* , BL, Add 24080. Véase también McLane, J. R., 1993, 181.

**40** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 338-341.

**41** *Ibid* ., vol. II, 342.

**42** Hastings a Vansittart, BL, OIOC, Add Mss 29132, f. 103-111; véase también Moon, *sir* P., 1947, 37.

**43** Caillaud, J., 1764, 15.

**44** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 344-345.

**45** *Tarikh-i Muzaffari* , 634-636. Véase también McLane, J. R., *op. cit* ., 181.

**46** Caillaud, J., *op. cit* ., 25.

**47** *Tarikh-i Muzaffari* , 634-635.

**48** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 180.

**49** Lauriston, J. Law de, *op. cit* ., 297.

**50** Dutta, K. K., 1965, 15. Shah Alam también perdió parte de su equipaje y su escritorio, que fue capturado por Archibald Swinton y que hoy se encuentra

en el National Museum of Scotland de Edimburgo.

**51** Gentil, J.-B., 1822, 203-204.

**52** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 404.

**53** *Ibid* ., vol. II, 403.

**54** *Ibid* ., vol. II, 401-403.

**55** Caillaud, J., *op. cit* ., 35.

**56** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 371-372.

**57** *Ibid* ., vol. II, 374.

**58** Hastings a Vansittart, BL, OIOC, Add Mss 29132, f. 103-111.

**59** Hastings a Vansittart, 10 julio 1760, BL, OIOC, Add Mss 29132, f. 103-111.

**60** Moon, *sir* P., 1989, 88; Moon, *sir* P., 1947, 39; Dirks, N. B., 2006, 50.

**61** Ghulam H. S., 1902, 385-386.

**62** Caillaud, J., *op. cit* ., 50.

**63** Lushington a Clive, 3 de diciembre de 1760, *cit* . en Malcolm, *sir* J., 1836b, vol. II, 268.

**64** *Tarikh-i Muzaffari* , 681.

**65** *Ibid* ., 681-689.

**66** Marshall, P. J., 1987, 86.

**67** *Tarikh-i Muzaffari* , 683, 685.

**68** Todos los detalles de Sumru han sido extraídos de Modave, conde de, *op. cit* ., 420-422.

**69** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 500-503.

**70** *Ibid* ., vol. II, 421, 434.

**71** *Ibid* ., vol II, 427, 433.

**72** *Ibid* ., vol. II, 427.

**73** *Tarikh-i Muzaffari* , 683, 688.

**74** Carta de Carnac al comité selecto, 5 de marzo de 1761, Vansittart, H., *op. cit* ., vol. I, 185.

**75** Dutta, K. K., *op. cit* ., 18.

**76** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 406-407.

**77** La familia Swinton la cedió en fecha reciente al National Museum of Scotland de Edimburgo.

**78** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 407.

**79** Moon, *sir* P., 1989, 92-93.

**80** Dutta, K. K., *op. cit* ., 21.

**81** Bryant, G. J., 2013, 161n; Dutta, K. K., *op. cit* ., 47.

**82** Chatterji, N., 1935, 1935.

**83** Gentil, J.-B., *op. cit* ., 205.

**84** Feiling, K., *op. cit* ., 42.

**85** Moon, *sir* P., 1947, 39.

**86** Vansittart, H., *op. cit* ., vol. I, 300-307, 322-323.

**87** *Ibid* ., vol. II, 97-102; Forrest, *sir* G., *op. cit* ., vol. II, 227-228.

**88** Vansittart, H., *op. cit* ., vol. II, 97-102; Feiling, K., *op. cit* ., 46-47; Cheema, G. S., 2017, 66.

**89** Moon, *sir* P., 1989, 98-99.

**90** Moon, *sir* P., 1947, 50-51.

**91** Gentil, J.-B., *op. cit* ., 210.

**92** Ghulam H. S., op. cit., 387-388.

**93** Vansittart, H., *op. cit* ., vol. II, 164-168; véase también Ray, R. K., 2003, 282-287.

**94** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 465-466.

**95** *Ibid* .

**96** Moon, *sir* P., 1989, 100.

**97** Firminger, W. K. y Anderson, W., *op. cit* ., 38.

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 1 200 000 libras = 126 millones; 200 000 libras = 21 millones de libras.

* N. del A.: 25 000 libras = 2 625 000 libras; 43 000 libras = 4 515 000 libras; 2500 libras = 262 500 libras.

* N. del A.: El hecho de que Gibbon fuera cinco años más joven, pues había nacido en 1737 (Hastings había nacido en 1732) hace que esta historia, por desgracia, sea probablemente apócrifa.

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 50 000 libras = más de 5 millones de libras; 150 000 libras = casi 16 millones de libras.

* N. del A.: Casi 20 millones de libras actuales.

** N. del A.: 90 millones de libras actuales.

* N. del A.: Las equivalencias actuales de estas sumas son: 325 000 libras = 34 millones de libras; 1800 rupias = 23 400 libras.

* N. del A.: 32,5 millones de libras actuales.



# CAPÍTULO 5
## Sangre y confusión

Los cipayos de la Compañía formaron dos cuerpos y se desplegaron por toda la ciudad. Un grupo se dirigió hacia las murallas urbanas, donde plantaron sus escalas y treparon en silencio hacia el adarve de la muralla. Tomaron todos los bastiones sin hacer el menor ruido y ensartaron con sus bayonetas a los centinelas que dormían sobre sus armas en las *chhatri* o torres cubiertas.

El segundo grupo, mandado por Ellis, avanzó con la artillería por la calle principal del bazar de Patna. Al cabo de kilómetro y medio, aproximadamente, se encontró fuego de mosquetería, intermitente en un principio, luego más intenso, procedente de los tejados y de los balcones de las *havelis* [mansiones]. Pero continuó avanzando con rapidez. Poco antes del amanecer, los hombres volaron las puertas y se lanzaron al asalto del viejo fuerte mogol. «Cuando entraron en la fortaleza, se arrojaron sobre los soldados. Una mitad

dormía, los otros estaban despiertos en sus troneras improvisadas –escribió el historiador Mohamed Ali Khan Ansari–. Mataron a muchos, pero unos pocos se pusieron a cubierto en las esquinas».

> Los cipayos abrieron la puerta oeste de la ciudadela para que el resto del contingente, que esperaba fuera, pudiera entrar. De nuevo volvieron a dividirse en dos columnas y avanzaron por la calle hacia el distrito del Diwan y su mercado. El gobernador de la ciudad se hallaba en la ciudadela y, tan pronto como se dio cuenta del desastre que estaba ocurriendo, acudió con sus soldados a enfrentarse a los ingleses. El choque tuvo lugar cerca del bazar, donde ambos bandos sufrieron graves bajas.
>
> En los primeros momentos, uno de los comandantes del gobernador avanzó con valentía, pero fue herido por una feroz descarga de metralla. Al ver lo ocurrido, los demás soldados huyeron a la carrera. El gobernador no tenía otra opción que escapar por la puerta este y tratar de reunirse con Mir Qasim en Monghyr para llevarle la noticia del golpe. Mientras tanto, su comandante, aunque herido, había conseguido llegar al palacio de Chihil Sutun [en el interior del fuerte] y cerrar la puerta tras él, para poder esperar y combatir otro día. Los ingleses tenían la ciudad en sus manos. La chusma de su ejército –cipayos de piel oscura de castas inferiores de Telengana– se dedicó a robar mercancías de los talleres. Se dispersaron por toda la ciudad para saquear los hogares de ciudadanos inocentes. [1]

Al no hallar más oposición salvo la ciudadela, que estaba rodeada por completo, Ellis dio licencia a sus hombres para que saqueasen la ciudad a conciencia. Esto «hizo que su valor se trocase en avaricia, pues todos y cada uno de ellos no pensaba en otra cosa que en llevarse todo cuanto pudieran». [2] Los factores de la Compañía, por

su parte, regresaron a la factoría para desayunar. «Todo el mundo estaba muy cansado –comentó el cirujano Anderson–, después de haber tenido que abrirse paso en sangriento combate». [3]

Pero los factores de la Compañía ignoraban que, a apenas 3 millas [5 km] de Patna, el gobernador se había encontrado con un sólido contingente de refuerzo, compuesto por cuatro secciones del nuevo ejército de Mir Qasim. Se trataba de fuerzas enviadas a marchas forzadas desde Monghyr mandadas por el general Markar, uno de los comandantes armenios. Este había partido en cuanto fue alertado por sus espías de los preparativos del golpe. «Marcharon lo más rápido que pudieron –escribió Ghulam Husein Khan– y, siguiendo la ruta de la orilla del río, alcanzaron la puerta oriental de la ciudad, donde se prepararon para lanzar un asalto directo».

> Los ingleses, sin arredrarse, abrieron la puerta. Emplazaron dos cañones en el puente que cruzaba el foso y, desplegados en línea, se dispusieron a recibir al enemigo. Pero uno de los hombres de Markar, que se había adelantado a su comandante, se situó en cabeza de los hombres y atacó a los ingleses con una andanada de cohetes y una descarga de mosquetería que rompió de inmediato la línea de la Compañía. Los ingleses, desalentados por las pérdidas, retrocedieron hacia su factoría. El gobernador, enardecido por el éxito, exhortó a sus comandantes a perseguirlos. Las restantes fuerzas de la Compañía situadas en torres y almenas, al comprobar el desastre, quedaron confusas, perdieron su habitual coraje y huyeron por todas partes. Mir Qasim se hizo con la victoria y las almenas y torres fueron recuperadas. [4]

Las tropas de la Compañía estaban ahora en franca inferioridad numérica, con su disciplina rota y su factoría rodeada y sitiada. Dado que la factoría estaba por debajo de las murallas de la ciudad,

pronto se vio que era indefendible. Ellis abandonó su posición y, tras sacar a sus hombres por la compuerta de aguas, «consiguió embarcarse en unas barcazas con tres secciones de soldados y navegó hacia el oeste, hacia la frontera con Awadh» con intención de escapar a territorio neutral.

> Pero no llegaron muy lejos. Cuando alcanzaron Chhapra, sus barcas fueron atacadas por los *faujdar* de Saran. Poco después se les unió Sumru [Walter Reinhardt, el comandante germano de Mir Qasim], que había venido a marchas forzadas desde su campamento de Buxar junto con algunos miles de cipayos. Rodeados y en inferioridad numérica, no tuvieron otra opción que arrojar sus armas. Todos fueron hechos prisioneros. Los prisioneros ingleses fueron cubiertos de grilletes y llevados por Sumru a la prisión del fuerte de Monghyr. Mir Qasim escribió a todos sus oficiales y personal militar que debía arrestarse de inmediato a todo inglés, allí donde se le encontrase. [5]

Al final de la semana, de los cerca de 5000 efectivos de la CIO en Bihar, 3000 habían resultado muertos, arrestados o se habían pasado a la hueste de Mir Qasim. Entre los caídos se contaba el enviado del Consejo de Calcuta, James Amyatt. Este había conseguido llegar sano y salvo hasta Murshidabad, pero fue atacado y murió en su lancha al resistirse a ser arrestado por el gobernador militar de la plaza. «A pesar de suplicar que se le enviase con vida en presencia de Mir Qasim para ser sometido [al castigo] que este decretase, a una señal [del gobernador] Amyatt y sus acompañantes fueron pasados a cuchillo». [6]

Mir Qasim, furioso, escribió a Calcuta para protestar. Ellis, «como un ladrón nocturno, asaltó la Qila de Patna, robó y saqueó el bazar y a todos los mercaderes y habitantes, destrozando y matando de la mañana a la noche […] Ustedes, caballeros, deberán responder por

los daños causados a los asuntos de la Compañía; y, dado que han devastado la ciudad y destrozado a sus habitantes de forma injusta y cruel, y han saqueado bienes por valor de centenares de miles de rupias, es de justicia que la Compañía pague reparaciones a los pobres, como se hizo en el caso de Calcuta [tras el saqueo de Siraj ud-Daula]». [7]

Pero ya era muy tarde para tal cosa. No había vuelta atrás. En todo Bihar y Bengala, la élite mogola de la provincia se alzó como un solo hombre en apoyo del nabab Mir Qasim, en un último intento a la desesperada por proteger su mundo, que se desmoronaba víctima de la explotación de una compañía mercantil extranjera. Tanto si Mir Qasim era consciente de ello, o no, la guerra total era inevitable.




Una semana más tarde, el 4 de julio de 1763, el Consejo de Calcuta declaró la guerra a Mir Qasim y votó restituir a su anciano suegro el título de nabab, lo cual da idea de su grado de cinismo. Durante su retiro, Mir Jafar se había convertido en un adicto al opio y su mente estaba más nublada aún que antes. Pero seguía siendo descuidado con las finanzas del Estado, pues el viejo nabab aceptó abonar a la Compañía la cifra de 5 millones de rupias [*] por los gastos de combatir a su ambicioso yerno.

Mir Jafar fue llevado de regreso a su antigua capital por una gran fuerza expedicionaria que partió de Calcuta tres semanas más tarde, el 28 de julio, durante la época de más calor del monzón bengalí. Se componía de unos 850 europeos y 1500 cipayos. «Los ingleses, sorprendidos por los acontecimientos, forzaron a los prisioneros de guerra franceses a servir en el ejército comandando por el comandante Adams –escribió Jean-Baptiste Gentil–. Este oficial

avanzó sin perder tiempo hasta Murshidabad, que sometió [el 9 de julio] en una batalla contra el comandante de la plaza librada en Katwa, cerca de Plassey. El comandante llegó a las afueras de Rajmahal en plena temporada de lluvias y su ejército sufrió mucho. Pero capturó la artillería y las municiones del nabab, además de los víveres de su campamento, y, a continuación, asaltó Rajmahal». [8]

Para la Compañía, hacer la guerra al nabab que habían instalado en el trono cinco años antes no solo era un bochorno político; también un desastre financiero. «La Compañía se hundía bajo el peso de la guerra –escribió Luke Scrafton– y necesitó pedir prestadas elevadas sumas de dinero a un interés del 8 por ciento, e incluso con eso se veía obligada a enviar sus naves a Europa con la mitad de la carga [pues no disponía de efectivo suficiente para adquirir los bienes indios que mandaba a Europa]». [9] En lo militar, no obstante, la campaña contra Mir Qasim fue todo un éxito, lento pero constante.

Pronto resultó evidente que el Nuevo Ejército de Mir Qasim no estaba lo bastante bien armado o entrenado para hacer frente a los veteranos cipayos de la Compañía. Esta acumulaba muchas más bajas que contra los ejércitos de caballería mogoles de antaño, pero cada vez que se enfrentaban las infanterías de ambos contingentes, eran las tropas de Mir Qasim las que solían acabar huyendo. La victoria de la Compañía en Katwa, donde el comandante Adams emboscó y mató a uno de los generales más bravos de Mir Qasim, Mohamed Taki, fue seguida tres semanas más tarde por una segunda victoria en Gheria. «Tras una lucha feroz y heroica, las fuerzas de Mir Qasim volvieron a huir y dispersarse –escribió Mohamed Ali Khan Ansari– y el viento de la victoria aleteó en las banderas de la Compañía».

> Las tropas derrotadas escaparon lo más rápido que pudieron, con gran premura, hacia Bihar y la colina fortificada de Udhua Nullah. Aquí, Mir Qasim Khan, en previsión de una situación

> semejante, había preparado una fuerte posición defensiva. En esta remota fortaleza, un torrente muy profundo fluye con fuerza desde las montañas al Ganges. Sus dos orillas son escarpadas y densamente arboladas y no hay ningún camino, salvo el que atraviesa un único puente. Este había sido construido por Mir Qasim, que también había excavado un profundo foso y, sobre este, un sólido muro defensivo conectado con las montañas, el cual rivalizaba con el de Alejandro. Frente a este, había un lago alargado que se extendía desde la montaña hasta cerca del Ganges. Mir Qasim hizo construir un paso de tierra sobre el foso. También había un adarve sobre el muro, que se enredaba y retorcía como los rizos de una novia, y que suponía el único acceso posible a este. Por este motivo, Mir Qasim tenía mucha confianza en el carácter inexpugnable de Udhua Nullah y estaba convencido de que los ingleses nunca la tomarían. Y si lo hacían, sería después de una prolongada lucha. Pero la Fortuna le había girado su rostro. [10]

Fue allí donde los últimos 20 000 efectivos del Nuevo Ejército de Mir Qasim libraron su última resistencia. Durante el primer mes de asedio, las piezas pesadas del comandante Adams no causaron mella alguna en las fortificaciones. Pero los generales de Mir Qasim se confiaron con la efectividad de sus espectaculares posiciones y bajaron la guardia. Como escribió Ghulam Husein Khan, «confiaban tanto en la fortaleza natural de su posición, y en la imposibilidad de que el enemigo se abriera camino, que se volvieron negligentes […] la mayoría de oficiales que tenían algún dinero se acostumbraron al comienzo de la noche a atiborrarse de vino y pasar el resto de la velada contemplando la actuación de las bailarinas, o llevándoselas al lecho». [11]

Tan solo uno de los generales de Mir Qasim trató de hostigar a las fuerzas sitiadoras desplegadas en la falda de la colina. Se trataba

de un enérgico, joven e inteligente comandante de caballería persa recién llegado a la India desde Isfahán. Su nombre era Mirza Najaf Khan, un nombre que sería muy celebrado por las historias mogolas. Najaf Khan halló guías locales y les hizo dirigir a un grupo de sus hombres. Estos atravesaron los marjales situados en la falda de la colina: «Partieron en silencio y vadearon el lago. Al amanecer, atacaron por sorpresa el campamento inglés, donde el anciano nabab Mir Jafar estaba en sus tiendas. Atacaron con tal vigor que las filas de sus soldados quedaron sacudidas como por un terremoto». 12

Por desgracia para los defensores de Mir Qasim, uno de sus guías fue capturado. Una semana más tarde, el 4 de septiembre, este guio a las tropas del comandante Adams por el mismo sendero oculto a través de la ciénaga pantanosa, a retaguardia de los atrincheramientos mogoles. «Los ingleses lograron encontrar la ruta por la que había llegado Mirza Najaf Khan para su ataque sorpresa al alba y también la emplearon –escribió Ansari–. Enviaron a ejecutar esta misión a una de sus secciones de hombres altos [granaderos]».

> En mitad de la noche más negra, cruzaron el curso del lago con agua hasta la barbilla, con sus mosquetes y bolsas de pólvora en alto. De este modo, alcanzaron el emplazamiento defensivo, donde desplegaron escalas y treparon los muros. Los defensores, confiados en la dificultad de cruzar las aguas del *nullah* y del lago, ignoraban al enemigo y dormían profundamente en sus jergones. Los ingleses dispararon y se arrojaron sobre ellos y mataron o hirieron a muchos.
>
> En la oscuridad, tropas de la Compañía se habían concentrado frente a la pasarela y, tan pronto como la forzaron para que se abriera, entraron en tromba. ¡Obraron una matanza como la del Día del Juicio, entre los lamentos de los condenados, que resonaban por doquier! Aquellos que no habían sido masacrados mientras dormían corrieron presas

del pánico al río que bajaba crecido por el monzón y se ahogaron en el gélido y raudo torrente. Esa noche, perecieron casi 15 000 hombres y se capturó un centenar de cañones.

Najaf Khan consiguió escapar de las garras de los ingleses y se dirigió a las montañas. Aunque muchos otros se ahogaron o fueron abatidos a tiros mientras cruzaban el río. Un grupo, encabezado por Sumru, logró reunirse en Monghyr, después de numerosas vicisitudes, con lo que quedaba del ejército de Mir Qasim. Los ingleses redoblaron tambores de victoria e izaron su estandarte de batalla sobre el campamento conquistado. La batalla llegó a su fin hora y media después de que el día amaneciera. [13]




Mir Qasim no estaba aquella noche en el fuerte. Acababa de partir en dirección a Monghyr, por lo que pudo vivir para continuar el combate. Aunque nunca se recuperó por completo de la pérdida de Udhua Nullah. «Estaba como roto en dos; daba múltiples muestras de pena y aflicción y pasaba el día sumido en el mayor pesar […] se desplomó en su lecho, atormentado por el dolor, y dejó de seguir los consejos de Gurgin Khan». [14] Ya no le quedaban muchas opciones, por lo que se retiró a Patna y se llevó consigo a sus prisioneros.

Mir Qasim se obsesionó con la idea de que había sido traicionado y que sus comandantes actuaban en su contra. «Siempre había tenido inclinación por la crueldad violenta –escribió Ansari–, pero ahora que la estrella de su buena fortuna se desvanecía y aparecían grietas en su gobierno, su brutalidad aumentó todavía más».

Triste y preocupado por la sucesión de derrotas, decidió enviar su dinero y joyas, así como a su esposa favorita, al gran fuerte de Rohtas, en compañía de unos pocos miembros de confianza de su séquito. Dejó ir a las demás mujeres de su harén, a las que echó a las calles. Estas dos graves derrotas y la chocante expulsión de las mujeres hicieron que algunos de sus servidores dejasen de respetar su autoridad. Pero, dado que la brutal crueldad de Mir Qasim no permitía a nadie conservar un juicio independiente de palabra o de acción, su autoridad se mantuvo como antes. Cada día se dejaba llenar la mente de sospechas. Hasta que, al fin, dio orden de ejecutar a sus muchos prisioneros. [15]

Mir Qasim, en su paranoia, ordenó primero el asesinato de Gurgin Khan, el Lobo, el más leal de sus comandantes armenios. Jean-Baptiste Gentil fue testigo con sus propios ojos de este acto de extrema locura autodestructiva. «Durante la marcha a Patna –escribió–, los enemigos de Mir Qasim le persuadieron de que estaba siendo traicionado por su ministro Gurgin Khan, del que decían que estaba influido por su hermano, prisionero en el campamento de los ingleses. El nabab juró destruir a su fiel ministro y le calumnió y acusó de traidor. Gurgin Khan era plenamente consciente de estos planes detestables –escribe Gentil–. Yo siempre plantaba mi tienda junto a la del ministro y comíamos juntos».

Un día en que le esperaba para cenar, me hallaba sentado ante los platos enviados desde la cocina del nabab. [Gurgin Khan] tardaba en venir, por lo que comencé a comer. Pero el ministro entró y me detuvo, diciéndome: «¿Qué está haciendo? ¿No sabe que la comida podría estar envenenada? Es usted muy poco precavido. Ya conoce todas las calumnias que corren en mi contra y en la de mi hermano [...] mis enemigos son numerosos, ¡tenga cuidado!». Ordenó de

inmediato que se llevasen aquellas viandas e hizo que trajeran otras preparadas por manos menos sospechosas.

A mitad de camino entre Monghyr y Patna hubo un intento de asesinarlo. Por casualidad yo había hecho disponer, a causa del calor, mi lecho frente a su tienda, por lo que los asesinos pensaron que su plan había sido descubierto y lo pospusieron hasta el día siguiente, que era jornada de marcha. El ministro llegó más tarde de lo habitual a causa del mal estado de los caminos y ordenó que la cena fuera servida de inmediato. Estaba cruzando el campamento de su caballería cuando le abordó entre los caballos un jinete mogol que se quejó de estar falto de dinero y de que los víveres eran prohibitivos, a pesar de que acababa de recibir su salario.

Gurgin Khan se enfureció por la petición de aquel hombre y llamó a uno de sus asistentes; el jinete se retiró. Yo estaba agobiado por el calor y, dado que el ministro estaba hablando de otras cuestiones, le dejé para ir a un lugar más fresco. Apenas había caminado treinta pasos cuando escuché pedir auxilio a los asistentes del ministro. Me giré y vi al jinete atacar a Gurgin Khan con su espada.

Sus asistentes estaban desarmados y vestidos con túnicas ligeras de muselina, al igual que el ministro. Ya era demasiado tarde para acudir en su ayuda, pues había recibido tres tajos con la rapidez del relámpago: el primero le seccionó medio cuello, el segundo le sajó la clavícula y el tercero le abrió los riñones. El asesino le golpeó también el rostro cuando cayó al suelo, pues [Gurgin Khan] trató de escapar hacia su tienda, situada a cincuenta pasos, pero tropezó con las largas riendas de los caballos. Como solo vestía ligeras muselinas, la espada le atravesó limpiamente. Tras abatirlo, el jinete desapareció al momento.

Corrí y ayudé al ministro a subir a su palanquín. Ordené a sus porteadores que le llevasen a su tienda, donde hizo gestos para que le dieran algo de beber; le di agua, pero esta brotó por la herida de su cuello. Al verme, Gurgin Khan me miró fijamente y se golpeó el muslo tres veces, como si quisiera indicarme que había sido víctima de una calumnia y que debía cuidar de mi propia seguridad. [16]

Después de esto, le llegó su turno al rajá Ram Narain, antiguo gobernador de Patna, quien había combatido con tanta bravura contra Shah Alam. El rajá Ram Narain era *kayasth* , una comunidad hindú que servía a los mogoles en calidad de administradores y que, a menudo, enviaban a sus hijos a las madrasas para recibir una educación a la persa. Ram Narain se había educado en el amor por la poesía persa y se contaba entre los discípulos del jeque Mohamed Ali Hazin de Isfahán, posiblemente el poeta persa más grande del siglo XVIII, que residía exiliado en Benarés. Ran Narain, consciente de que su ejecución era inminente, escribió una última serie de rimas al estilo de su *ustad* (maestro de poesía). Sus versos de pesadumbre y resignación se hicieron famosos en toda la región:

¡Basta! Mi vida se desvanece, una vela solitaria,
llamas de su pábilo, lágrimas de cera se deslizan al pie.

Tu belleza insinuante, mis días oscuros, todo eso pasará,
el amanecer del rey, el ocaso del mísero, todo eso pasará.

El visitante del jardín, el risueño brote del rosal, todo es efímero,
gozos y sombras, todo eso pasará. [17]

Poco después de que hubiera compuesto estos últimos versos, el rajá Ram Narain fue ejecutado en su celda por Sumru, por orden de Mir Qasim.

Los siguientes fueron los Jagat Seth. Cuando Ellis y sus acompañantes fueron arrestados, Mir Qasim hizo examinar con sumo detalle los papeles privados de los ingleses que habían sido requisados en la factoría. Entre estos se halló una carta del Jagat Seth Mahtab Rai y su primo, el marajá Swaroop Chand, dirigida a Ellis, en la que le animaban a atacar al nabab y se ofrecían a sufragar los costes de la campaña militar. Los dos hermanos fueron trasladados de su casa de Murshidabad y realojados por orden del nabab en un gran *haveli* en Monghyr, adyacente a un magnífico jardín, donde se les concedió todo tipo de lujos. «Los hermanos eran inmensamente ricos –escribió Gentil–, más allá de lo que cualquier avaro pueda imaginar. Eran, con diferencia, los banqueros más ricos de todo Indostán».

> Con cada transferencia de dinero a Delhi podían hacer nombrar o destituir gobernadores de las provincias bengalíes. Estaban acostumbrados a tenerlo todo y todo el mundo cedía bajo el peso de su oro; por lo que iniciaron tratos con Ellis, Amyatt y los demás, como habían hecho en otras tantas ocasiones anteriores. Pero esta vez les descubrieron.
>
> Cuando el nabab vio la correspondencia, ordenó que los arrestasen y les cubrieran de grilletes. Pero fue solo después del asesinato de Gurgin Khan y de Ram Narain cuando Mir Qasim decidió hacer que los hermanos Jagat Seth sufrieran su castigo. Llegué a la corte al anochecer y me encontré al nabab a solas con su síndico de súplicas, que acababa de presentar una petición en nombre de aquellos dos infortunados. Estos imploraban el perdón y ofrecían 4 *crores* [40 millones] de rupias * si se avenía a concederles vida y libertad.
>
> Al escuchar tales palabras, Mir Qasim se giró hacia mí y exclamó: «¿Escucha lo que dice ese hombre? ¿En nombre de los dos hermanos? ¡Cuatro crores! ¡Si mis comandantes

escuchasen esto correrían a liberarlos y me entregarían a ellos sin dudarlo!».

«¡No te muevas!», dijo al síndico de súplicas e hizo venir a Sumru. Una vez llegó el asesino germano, el nabab le repitió la oferta de los Jagat Seth y le ordenó que los matase de inmediato. De igual modo, prohibió a todos los presentes abandonar su tienda hasta que Sumru volviera con la noticia de que la ejecución se había cumplido. Dijo que los había matado, sin quitarles las cadenas, con su pistola. [18]



En su enloquecida desesperación, Mir Qasim, el 29 de agosto, escribió por última vez a Warren Hastings para solicitarle su permiso «para regresar a su casa y a su corazón y emprender el peregrinaje a los santos lugares [en otras palabras, que se le permitiera retirarse de la vida pública para hacer el *hajj* a La Meca»]. [19]

Hastings, aunque comprendía la situación que había llevado a su protegido a tal grado de brutalidad, también se daba cuenta de que ya era demasiado tarde para salvarle de sus propios actos: estaba bañado en sangre. «El resentimiento acumulado por todas las ofensas sufridas –escribió Hastings–, se veía ahora agravado por su timidez natural y la perspectiva de la ruina casi inevitable, [la cual] a partir de este momento no le permitía pensar en otra cosa y eliminó cualquier otro principio, hasta que se saciaba en la sangre de cualquier persona a su alcance que hubiera contribuido a sus infortunios o tuviera conexión con sus enemigos, que se convertían en objeto de su venganza». [20]

Cuando Mir Qasim comprendió que ni siquiera su antiguo amigo podría salvarle, jugó la última baza que le quedaba. Escribió al

comandante Adams una carta en la que cuestionaba la legitimidad de las acciones de la CIO y le lanzaba una última amenaza. «Durante los últimos tres meses, usted se ha dedicado a devastar las tierras del rey con sus ejércitos –escribió–. ¿Qué autoridad tiene usted? Pero, si bajo su propia autoridad, está usted decidido a continuar sus operaciones, tenga la certeza de que les cortaré la cabeza al señor Ellis y al resto de sus jefes y se las haré llegar». [21]

Poco antes de tomar Monghyr, el 6 de octubre, Adams envió una breve respuesta al ultimátum: «Si se toca un solo cabello de la cabeza de los prisioneros –escribió–, no puede usted esperar clemencia de los ingleses. Tenga por seguro que le guardarán el mayor de los rencores y le perseguirán hasta el último confín de la tierra. Y si, por desgracia, no pueden capturarlo, sin duda recaerá sobre usted la venganza del Todopoderoso, si perpetra un acto tan horrendo como el asesinato de los caballeros que custodia». [22]

La tarde en que la réplica de Adams le llegó a Mir Qasim, Gentil fue convocado por el nabab a su tienda de audiencias, plantada en el fuerte de Patna. «Encontré solo al nabab –escribió–. Me hizo tomar asiento en un pequeño cojín situado junto al trono y dijo»:

> Le escribí al comandante Adams que, si pasaba de Rajmahal, haría ejecutar a todos los prisioneros ingleses en mi poder y lo juré solemnemente sobre el Corán. Ha ignorado mis amenazas. Ha tomado Monghyr y ha avanzado más allá. ¿Debo cumplir mi juramento? Si me hacen prisionero, seguro que me aplican un trato similar. ¡Bien, pues entonces, golpearé primero! ¿Qué me aconseja? ¿No está de acuerdo conmigo?
>
> Sobrecogido por la idea, no le contesté, pues creía que mi silencio sería una expresión más elocuente del horror que sentía, más que ningún argumento bien razonado. Pero Mir Qasim insistió en que le diera mi opinión sincera al respecto, por lo que repliqué: «Debo decirle que cumplir semejante

juramento sería un crimen a ojos de todas las naciones. Sería un crimen sin sentido, que eliminaría toda posibilidad de paz. Si usted matase a esos ingleses en un acto de guerra, nadie protestaría, pues tales son los riesgos que asume todo aquel que entra en combate. Pero asesinar prisioneros, hombres que no son sus enemigos, en el sentido de que no pueden hacerle daño alguno y que han entregado sus armas a los oficiales que le representan a cambio de la garantía de conservar vida y miembros [...] tal cosa sería una atrocidad horrible, sin parangón en los anales de la India. Usted no debe causarles ningún daño, sino protegerlos y procurar todas sus necesidades. Además, ¡no debe desfogar en ellos su odio contra su nación, pues estos le podrían ser de utilidad!».

«Pero –replicó el nabab–, si yo cayera en manos de los ingleses, no me respetarían [...] me harían matar».

«¡Nunca! –repliqué–. No crea tales cosas: le tratarían como trataron a su suegro, cuando le sustituyeron por usted. Si le arrebatasen el cargo de gobernador de Bengala, le proporcionarían los medios para vivir con arreglo a su rango».

«¿Y para qué podrían servirme?», preguntó el príncipe.

«Elija a dos prisioneros entre los más respetables –respondí– y envíelos a negociar la paz. Le garantizo que harán todo cuanto esté en su mano por alcanzar un acuerdo y, tras dar su palabra de honor, volverán para informarle de sus negociaciones».

En aquel momento llegó Sumru y saludó desde cierta distancia. Luego, fue a ocupar su lugar; Mir Qasim le pidió que se sentase a su lado y me instó a que me retirase; dijo, en tono irritado, que mi presencia no era necesaria en su concilio.

Apenas había yo salido de la tienda cuando Sumru también se levantó, saludó al nabab y se fue a disponer la

masacre de los ingleses. Un sargento de cipayos francés, llamado Chateau, se negó a ejecutar la orden de Sumru de matar a los ingleses. Este argumentó que: «Soy francés y, por tanto, enemigo de los ingleses. Pero no soy su verdugo; ¡no tendré nada que ver con esta atrocidad!». Sumru hizo poner bajo custodia a aquel hombre y fue en persona a ejecutar las bárbaras órdenes de su señor. [23]

Eran las 7 en punto de la tarde cuando Sumru llegó con una sección de cipayos al *haveli* donde se custodiaba a los prisioneros ingleses. Llamó primero a Ellis y a su segundo, Lushington, «los cuales, informados de que tenían que tratar un asunto en privado con él, le acompañaron y fueron ejecutados al instante». [24] A continuación, Sumru colocó a sus soldados en las terrazas que dominaban el patio central de los alojamientos de los prisioneros, donde acababan de cenar en una gran mesa al aire libre. Según el conde de Modave, que interrogó en persona a Sumru acerca de lo sucedido, el asesino afirmó que, para tratar de salvar a todos los que pudiera, «gritó que si había algún francés, italiano, germano o portugués entre ellos, que podía marcharse. Pero los prisioneros no comprendieron el significado de tal pregunta y, dado que estaban despachando su cena, contestaron jovialmente que todos eran ingleses». [25]

Tan pronto como finalizó la cena, los platos fueron retirados y los sirvientes se fueron. Sumru ordenó a sus hombres que apuntasen. A continuación, les ordenó abrir fuego. Hizo que los tiradores los abatieran con disparos de mosquete y luego bajaron a rematar con sus bayonetas a los que habían tratado de escapar; un hombre que se había ocultado en la letrina fue ejecutado tres días más tarde. «Se dice que los prisioneros ingleses, mientras conservaron la vida, no perdieron el ánimo y que pelearon contra sus verdugos, incluso con botellas de vino y piedras», pues les habían quitado cuchillos y tenedores después de la cena. [26] Sus cadáveres, «troceados y

deshechos», fueron arrojados a un pozo del patio. Los servidores de la Compañía que estaban prisioneros en otros lugares también fueron asesinados. Tan solo conservaron la vida unos pocos. Entre estos se contaba el popular cirujano y esteta escocés, doctor William Fullarton, salvado gracias a la intervención personal de su viejo amigo, el historiador Ghulam Husein Khan, con el que gustaba conversar acerca de su pasión mutua, las miniaturas mogolas.

Perecieron 45 servidores de la Compañía en lo que los británicos llamaron la masacre de Patna. A esta cifra se suma otra, rara vez mencionada en las crónicas británicas: 200 cipayos de la Compañía presos en varios lugares custodiados por los jefes militares locales, asesinados tras negarse a unirse a las tropas de Mir Qasim. [27] A la mañana siguiente, Mir Qasim levantó el campamento y se dirigió al Karmanasa, río que delimitaba la frontera con Awadh. Llevaba consigo todas las riquezas y las tropas que le quedaban: unos 30 000 maltrechos combatientes y 100 millones de rupias [*] transportadas en 300 elefantes. También llevaban rupias ocultas en carruajes *purdah* . «Gran número de calesas y sillas cubiertas que se suponía que transportaban a algunas de sus damas favoritas, pero que, en realidad, no llevaban otra cosa que bolsas de tela blanca, llenas de monedas de oro, así como joyas de gran valor». [28] Llevaba consigo, en palabras de Gentil, «toda la riqueza acumulada de Bengala, extraída a los terratenientes, que, a su vez, habían saqueado esta rica provincia desde tiempos inmemoriales». [29]

Mir Qasim había enviado mensajes a Shuja ud-Daula, nabab de Awadh, y a Shah Alam, que seguía residiendo en Awadh en calidad de huésped del primero. En sus misivas proponía una gran alianza mogola contra la Compañía, que fue aceptada. Sus respuestas le llegaron cuando estaba cerca de la frontera de Awadh. Los mensajeros le trajeron un ejemplar del Corán, en el que el príncipe «había escrito un salvoconducto, sellado y firmado de su puño y letra, en algunas páginas en blanco del glorioso libro». [30]

Mir Qasim estaba entusiasmado. Durante la marcha, se reunió en privado con Gentil y le dijo que ya no confiaba en ninguno de sus hombres, así como que necesitaba con urgencia nuevos aliados. «Mientras descansábamos de la marcha a la sombra, el príncipe me dijo: “¿Ve a toda esa gente? ¿A todos mis hombres? Los comandantes me critican porque me estoy retirando y no les llevo al combate contra los ingleses […] ¡pero son todos unos traidores! ¡Si les llevase a la batalla no combatirían, sino que me entregarían al enemigo! Les conozco […] son todos unos cobardes sin principios. ¡No puedo confiar en ellos! Y además, ahora tienen demasiado dinero: les he pagado todo lo que les debía desde que partimos de Patna… 25 millones de rupias [*] ”». [31]

Tan solo hubo un hombre que se pronunció en contra de la alianza propuesta. Se trataba del joven oficial de caballería persa, Mirza Najaf Khan, el único entre los comandantes de Mir Qasim que se había batido con honor durante la campaña. Este indicó que Shuja ud-Daula tenía fama de traicionero y que en los últimos años había engañado a casi todo aquel que se había aliado con él: «Nunca –dijo–, se ponga en manos de ese príncipe. Retírese a la fortaleza de Rohta con su familia y su dinero y déjeme a mí la dirección de la guerra». [32]

Pero Mir Qasim optó por ignorar las advertencias y repuso que las aguas de Rohtas nunca le habían sentado bien. El 19 de noviembre, vadeó el Karmanasa y entró en Awadh.




Shuja ud-Daula, nieto del gran visir mogol Safdar Jung y sucesor de este en el cargo de nabab de Awadh, era un hombre gigantesco, de casi 7 pies [213 cm] de estatura y bigotes aceitados que se

proyectaban de su rostro como las alas de un águila. Tenía una inmensa fuerza física: hacia 1763, cuando ya no estaba en su plenitud, se decía que era lo bastante fuerte como para cortar la cabeza de un búfalo de un solo tajo de su espada, o levantar a dos de sus oficiales, uno con cada mano. Una fuente maratha hostil le describe en los siguientes términos: «No es un hombre corriente. Tiene la naturaleza de un demonio [...] si pone su pie en los cuartos traseros de un elefante y le agarra por la cola, este no podrá escapar». [33] [*] Jean Law le describe como «la persona más atractiva que jamás haya visto en la India. Está muy por encima de Imad ul-Mulk por su estatura y creo que también por las cualidades de su corazón y su temperamento. No se dedica a nada que no sea el placer, la caza y los ejercicios más violentos». [34]

Shuja era un hombre sumamente varonil: impulsivo y directo, tenía la capacidad –algo notoriamente raro en la India del siglo XVIII– de inspirar lealtad a sus seguidores. Sus vicios más evidentes eran su ambición arrogante, su altiva prepotencia y una exagerada opinión de sus propias capacidades. El intelectual Ghulam Husein Khan supo ver de inmediato estos defectos, pues lo consideraba un problema, tan alocado como audaz. Shuja, escribió, «era tan orgulloso como ignorante»:

> Tenía una opinión muy elevada de su poder y muy baja de lo que podían hacer sus enemigos. Se creía capaz de conquistar las tres provincias [de Bengala, Bihar y Orissa]. Es cierto que tenía un ejército numeroso provisto de abundante artillería, grande y pequeña, y todos los requisitos necesarios para la guerra, pero no verdadero conocimiento de la forma de emplear tanto poder [...] sin embargo, se consideraba a sí mismo la suma de todas las excelencias [...] [y estimaba] que pedir consejo supondría un menoscabo de su dignidad, incluso si su consejero fuera un Aristóteles [...]

> Estaba tan pagado de sí mismo, y tan orgulloso de haber combatido del lado de Ahmed Shah Durrani, al que tomaba por modelo, que cuando alguien le daba algún consejo acerca de cómo debía dirigir la guerra, este solía cortarle en seco diciéndole: «¡No se moleste; limítese a combatir como yo le ordene!». [35]

La idea de Mir Qasim de una gran alianza mogola contra la Compañía le había inspirado gran entusiasmo. No le cabía ninguna duda de que si él, el nabab de Bengala en el exilio, y el emperador Shah Alam unían fuerzas, recursos y autoridad podrían, como les dijo a los consternados enviados de la Compañía poco tiempo después, «reconquistar Bengala y expulsar a los ingleses. Su Majestad –siempre y cuando los ingleses se presenten en la corte como humildes peticionarios– les asignaría un puesto desde el cual comerciar. Si no es así, será mi espada la que responda a sus propuestas». [36]

Su invitado, el emperador Shah Alam, no estaba tan seguro. La Compañía le había jurado lealtad, por lo que, desde su punto de vista, esta seguía siendo un aliado imperial, como también lo eran Mir Qasim y Shuja. Según Khair ud-Din Illahabadi, el emperador tenía mucha inquietud por las consecuencias de la ambición de Shuja y le espetó sin contemplaciones que «había visto los métodos bélicos de los ingleses cuando estaba en Bengala, por lo que era firme en la decisión de detener los planes del nabab visir, por lo que le dijo»:

> «Un fuego que se ha extinguido no debe volver a atizarse. Los gobernantes de Bengala se han enemistado con los ingleses y lo han pasado mal. Quienquiera que ose atacarlos no podrá escapar a la furia de su infantería. Si 50 000 jinetes indostaníes se enfrentasen a 1000 cipayos en batalla, ¡les resultaría imposible siquiera salvar la vida! Por tanto, será

> mejor proceder con cautela en nuestros tratos con esa gente y enviarles cartas para instarlos a aceptar nuestras propuestas de paz. Además, su respeto y devoción hacia nuestra real persona está más que demostrada y es casi indudable que obedecerán vuestras órdenes regias».
>
> Pero el nabab visir no lo veía de igual modo y contestó: «Los ingleses todavía no han visto la pericia y efectividad de nuestros heroicos comandantes […] ¡bastará un golpe de nuestra caballería real para barrer a esa gente!». Su Majestad, que recordaba el leal servicio de los ingleses, se sentía inclinado a favorecerles. Pero, dado que no podía decidir con independencia, consideró que no podía hacer otra cosa que secundar a su anfitrión, el nabab visir. [37]

Shah Alam y Shuja se hallaban en campaña cerca de Orchha, en Bundelkhand, en el otro extremo de Awadh, cuando les llegó la noticia de que Mir Qasim había franqueado el Karmanasa desde Bihar. Mir Qasim tuvo que esperar hasta febrero de 1764 para encontrarse con su nuevo anfitrión y que se reunieran al fin los tres ejércitos mogoles.

«Al recibir la noticia de que el nabab visir [Shuja] venía a recibirle, Su Alteza Bengalí [Mir Qasim] hizo erigir elevadas tiendas de color escarlata, en las que emplazó los tronos de los dos nabab».

> La caballería y la infantería se alinearon a lo largo del camino por espacio de 6 millas [9 km] y los oficiales portaban sus mejores casacas de paño escarlata y mosquetes nuevos y relucientes. El visir nabab descendió de su elefante y fue recibido en la entrada por Su Alteza con gran pompa y ceremonia. Los dos intercambiaron saludos y, tomándose de las manos, ascendieron juntos a los tronos. Su Alteza Bengalí envió a Su Majestad 21 bandejas con telas y joyas preciosas, así como elefantes majestuosos como montañas. El visir

> nabab quedó impresionado por la opulencia con la que viajaba Mir Qasim y, dada su enorme ambición, soñó con extraer a los ingleses enormes sumas de oro y todas las riquezas de Bengala. Habló con gentileza a su huésped y se dolió por su pérdida; le prometió ayuda y secundó su exigencia de que los ingleses le devolvieran las provincias confiscadas. A continuación, Mir Qasim y Shuja ud-Daula fueron a esperar a Su Majestad el emperador. Montados a lomos de un solo elefante, como la conjunción propicia de dos constelaciones, se dirigieron al campamento real. [38]

En el transcurso de las siguientes semanas los jefes mogoles refinaron sus planes al tiempo que continuaron con la recaudación de tributos de las cortes de Bundelkhand y reuniendo dinero para una operación conjunta que expulsase de Bengala a la Compañía. A principios de marzo volvieron a encaminarse al este, reforzados por un regimiento de prisioneros de guerra franceses comandado por un soldado de fortuna bretón, René Madec. Este había aprovechado la oportunidad para amotinarse contra los oficiales británicos que les habían reclutado a la fuerza para servir en las filas de la Compañía. Los ejércitos aliados «avanzaban en lentas etapas y cubrían la tierra cuales hormigas o langostas». Pero la verdadera magnitud de sus fuerzas no se reveló hasta el 17 de marzo, fecha en la que todos los contingentes acamparon juntos a las afueras de Benarés, cerca del lugar en el que Shuja había ordenado que se tendiera un puente de barcas a través del Ganges.

Los observadores calcularon que se había reunido una hueste sin precedentes, de más de 150 000 efectivos llegados de todos los confines del Imperio mogol. Por un lado, estaban los restos del Nuevo Ejército de Mir Qasim, comandado por Sumru, cuya fama de despiadado había quedado muy reforzada por la masacre de Patna. A su lado, desplegadas a lo largo de la orilla del río, estaban las magníficas tiendas escarlata de la caballería turani de Shah Alam.

Las fuerzas de Shuja eran más diversas aún. Había contingentes de caballería de persas *qizilbash* , con sus gorros de fieltro rojo, y 3000 rohillas afganos, de altas botas y largos abrigos, que, en otro tiempo, habían combatido con Ahmed Shah Durrani; montaban en camellos y caballos armados con largas piezas giratorias que podían penetrar corazas. También estaba el regimiento de desertores franceses de Madec, todavía vestido, irónicamente, con el uniforme de la Compañía. Aunque los efectivos más temidos de Shuja era un gran contingente de *sadhus* nagas, unos 6000 hombres que combatían a pie, cubiertos de cenizas y totalmente desnudos. Armados con porras, espadas y flechas, estaban mandados por los temibles hermanos Gossain, los caudillos Anupgiri y Umraogiri. [39]

Las colosales dimensiones del ejército combinado y las noticias de disturbios y motines de las fuerzas de la Compañía al otro lado del río reforzaron la confianza de sus líderes. Shuja, convencido de la inminencia de una gran victoria, remitió a Calcuta, en su calidad de visir del emperador, un ultimátum para la CIO. En su carta, Shuja calificaba a la Compañía de extranjeros desagradecidos, rebeldes desobedientes y reacios al legítimo orden mogol que habían usurpado «diversas partes de los dominios reales […] entreguen todos los territorios en su posesión –les exigió– y dejen de interferir en el gobierno del país. Vuelvan al lugar que les corresponde [el de humildes mercaderes] y limítense a su profesión original, la del comercio […] o asuman las consecuencias de una guerra». [40]

Shuja escribía en nombre de Shah Alam, el emperador. Pero este, que se había enfrentado en el pasado a la potencia de la máquina bélica de la Compañía, seguía sin estar convencido de la expedición. No era el único. A primeros de abril, Shuja llevó al emperador y a Mir Qasim a conocer al poeta más celebrado de su tiempo, el jeque Mohamed Ali Hazin, que se había establecido en Benarés después de sobrevivir a dos de los mayores cataclismos de su época: el terrible saqueo de Isfahán de 1722 a manos de los afganos y el de Delhi

perpetrado por Nader Shah en 1739. Por aquel entonces, Ali Hazin era un anciano de 72 años reverenciado por todos.

> Cuando el poeta-santo interpeló a Shuja acerca del propósito de su visita, el visir nabab bramó: «¡He tomado la firme determinación de hacer la guerra a los infieles cristianos, y, con ayuda de Dios, les barreremos del Indostán!».
>
> Shuja esperaba recibir las felicitaciones del poeta. Pero el jeque de barbas grises se limitó a sonreír y dijo: «Con tropas inexpertas como las vuestras, que en su mayoría no saben ni desenvainar la espada ni manejar un escudo como es debido, y que no han visto el rostro de la guerra en un campo de batalla moderno, en el que los cuerpos humanos quedan dispersos y destrozados y caen con los hígados reventados, ¿pretende enfrentarse al ejército más disciplinado y experimentado que este país haya visto jamás? ¿Quiere mi consejo? Le diré que esta es una locura vergonzante y que no tiene sentido esperar la victoria. Los *ferengis* son, desde hace mucho, maestros de la estrategia […] vuestra única esperanza de victoria reside en que la unidad y la disciplina desaparezca de sus filas».
>
> Este buen consejo no fue del gusto del nabab visir, pero, por respeto, se abstuvo de contradecir al anciano erudito sufí. Cuando se levantaron para marcharse, el jeque suspiró y dijo: «¡Ojalá Dios ayude a esta caravana de camellos, cuyos jefes no saben lo que es bueno o malo para ellos!». [41]

El 26 de marzo, menos de una semana más tarde, todo el ejército había cruzado el Ganges por el puente de barcas y se dirigía hacia la disputada ciudad de Patna. «El contingente era tan numeroso que, hasta donde alcanzaba la vista, cubría el país y sus llanuras como una inundación y avanzaba como las olas del mar –escribió Ghulam Husein Khan–. No era un ejército, sino toda una

ciudad en movimiento y se podía hallar en él todo cuanto antaño se podía encontrar en la propia Shahjahanabad, cuando aquella bella ciudad era la capital y el centro de todo el Indostán». [42]



Ante el avance del inmenso ejército mogol, el comandante John Carnac, guardián de la frontera con Awadh, abandonó su pesada impedimenta y se retiró con la mayor rapidez que pudo hacia Patna, sin combatir en el paso del Karmanasa ni ofrecer la menor resistencia. Tan solo disponía de 19 000 efectivos. Era, con diferencia, el mayor ejército jamás reunido por la Compañía, pero resultaba enano en comparación con la inmensa hueste de 150 000 guerreros que venía contra ellos. Contaba con menos de dos semanas para preparar muros, atrincheramientos y posiciones modernas de artillería contra sus futuros sitiadores. [43]

Carnac había tenido que enfrentarse a una oleada de motines entre sus agotados cipayos. Pero, a medida que se acercaban a Patna, también empezaron a abrirse grietas entre las fuerzas mogolas. Estallaron disputas entre los *sadhus* nagas y los patanes y secciones enteras estuvieron a punto de enzarzarse en sangrientos choques. Corrió entre los comandantes el rumor de que Shah Alam se comunicaba en secreto con la Compañía. «Su Majestad se oponía rotundamente a combatir contra los ingleses –escribió Ansari–, con lo que en toda la campaña no participó en las deliberaciones ni en los planes; durante las batallas se dedicó a observar a distancia el combate de sus vasallos». [44]

«Había tan poco orden y disciplina en esas tropas –escribió Ghulam Husein Khan–, y los hombres estaban tan poco habituados al mando, que peleaban en mitad del campamento, matándose y

asesinándose mutuamente y se marchaban a saquear y merodear sin el menor escrúpulo ni control. Nadie investigaba tales asuntos [...] aquellos hombres ingobernables no tenían reparos en matar y despojar a la gente de su propio ejército si quedaban rezagados, o si los hallaban en algún lugar solitario. Se comportaban de igual modo que salteadores de caminos [...] se llevaban todas las cabezas de ganado que encontraban». [45] «La tropa de saqueadores –añade Ansari– era tan destructiva que, en un radio de 10 millas [16 km] no dejaba rastro de bonanza, cultivos o presencia humana [...] el pueblo llano quedó reducido a la desesperación». [46]

El 3 de mayo de 1764, la hueste combinada mogola llegó al fin ante las murallas de Patna y entró directamente en batalla a causa de la insistencia de Shuja. Sus consejeros más avezados «imploraron al nabab visir que dirigiera la batalla a distancia, cerca de Su Majestad el emperador, sentado sobre un elefante alto desde donde pudiera ser visto, como el sol magnífico y benefactor. Verlo controlar la batalla, valeroso y calmado, animaría a sus tropas a mantenerse firmes y no perder su buen ánimo».

Pero Shuja, como era de esperar, no haría nada de eso.

> «Yo soy, con diferencia, el más experimentado en la guerra –dijo–. ¡No puedo quedarme quieto en un punto! ¡Debo tener el caballo más raudo para llegar, de inmediato, allí donde mis fieles soldados me necesiten!». De este modo, se situaron, él y sus fuerzas de élite, al frente y al centro, donde desplegó sus efectivos. Con sus hombres más bravos salió de detrás del amparo de los edificios de las afueras y avanzó lentamente hacia las líneas inglesas. Un rugido surgió de sus filas y el polvo levantado por la carga de caballería cubrió cielo y tierra. Las líneas inglesas, vistas desde lejos, asemejaban una nube roja y negra y las balas llovieron sobre las tropas del nabab visir como hojas otoñales. Una y otra vez, un gran número de soldados caían en el polvo y se retorcían, ensangrentados. [47]

Fueron los *sadhus* nagas, «desnudos por delante y por detrás», los que encajaron el fuego más intenso. Fueron abatidos a centenares pero, enardecidos por el *bhang* (hachís), se arrojaban hacia las trincheras inglesas, una oleada tras otra, ciegos ante el peligro. Mientras tanto, Mir Qasim y sus hombres se mantenían a retaguardia, «muy por detrás de las líneas de las fuerzas de Shuha, y se limitaban a observar a distancia la acción militar».

> El nabab visir envió a Mir Qasim un mensaje en el que le comunicó: «Yo y vuestros colegas estamos en el fragor de la batalla […] constantemente, ante mis propios ojos, mis servidores ofrecen sus vidas como polillas que corren hacia la lumbre de las velas ¡mientras usted no hace nada, salvo observar a distancia! ¡Venga y únase al combate contra los ingleses y, si no es capaz de ello, al menos envíe a Sumru con su artillería moderna!». Pero Su Alteza Bengalí parecía estar clavado en el sitio y ni se movió ni envió a Sumru en auxilio de su aliado.
>
> El día declinaba y los Gossain y los nagas continuaron su ataque. Fue entonces el turno de los rohillas de entrar en liza, comandados por el nabab visir. La batalla fue feroz, la artillería inglesa era cegadora y terrorífica. Dispersos por el ensangrentado campo de batalla se veían cráneos seccionados y cuellos rotos, como una alfombra de amapolas y tulipanes silvestres. Había a uno y otro lado fuego ensordecedor y centellear del metal de las espadas, como si la mano del Destino abofetease el rostro del Tiempo. Pero el comandante Carnac no perdió su temple y, como si fuera una Maldición del Cielo, atacó a aquellas tropas de pétreos corazones hasta dejarlas retorcidas sobre el campo de batalla o enviarlas al valle de la no existencia.
>
> El nabab visir recibió dos impactos de bala durante la acción, pero no hizo ningún caso de sus heridas. Al calor de la

batalla, envió un nuevo mensaje en el que vilipendiaba a Su Alteza Bengalí. Este replicó: «¡El día ha finalizado, es el momento de regresar a nuestras tiendas! ¡Siempre podemos volver mañana!».

Aún más extraña que su réplica fue la acción del viento; pues, tras haber soplado todo el día hacia el oeste, a espaldas de las tropas de Shuja, arrojando polvo y briznas a los ojos de las fuerzas inglesas, de pronto cambió y comenzó a soplar desde el este, lo que cegó a los efectivos del nabab visir con espinas e inmundicias y humo y pólvora del campo de batalla. Por ello, al fin, Shuja ordenó batir tambores y se retiró para que le trataran sus heridas y ya no pensó más en combatir. [48]




El sitio de Patna se prolongó tres semanas más bajo el intenso calor de mayo. Ambos bandos, sorprendidos por la magnitud del derramamiento de sangre y la brutalidad del combate que acababan de presenciar, se mantuvieron en sus líneas. Si la batalla no había sido decisiva, tampoco lo había sido el asedio.

Aun así, Shuja continuó presionando a los cipayos de la Compañía y se expuso constantemente al peligro, de forma que, en cierta ocasión en que estaba explorando una posición avanzada con tan solo dos centinelas, fue reconocido, perseguido y casi capturado por una patrulla de la Compañía. «El nabab visir podría haber caído cautivo en garras de sus enemigos, pero mantuvo su presencia de ánimo y, empuñando con fuerza las riendas de su montura, se retiró raudo hasta escapar de aquella trampa mortal». [49] Pero, a pesar de la bravura de Shuja, los hombres de Carnac habían tenido tiempo de construir atrincheramientos bien elaborados y defendidos, «que

asemejaban un muro que vomitaba fuego y llamas». [50] Lo único que consiguió Shuja fue incrementar su irritación y disgusto por la falta de esfuerzo de sus aliados, en particular de Mir Qasim. Veía que no era momento de tomar medidas contra su invitado, pero decidió hacerlo cuando la ocasión se presentase.

De todos los aliados de Shuja, el único que hizo verdaderos esfuerzos fue el aventurero francés René Madec: «Estoy ahora en disposición de combatir a los ingleses –escribió el bretón– y de vengar todos los agravios que me han causado a mí y a mis compatriotas».

> Atacamos sus atrincheramientos con una energía que no esperaban, pero estaban tan bien fortificados que no pudimos tomarlos al asalto durante los veinte días que duraron nuestros ataques. El nabab me exhortaba con frecuencia a que no me expusiera a tales riesgos, pero yo no podía hacer otra cosa que tratar de destruir la nación que ha destruido la mía. Empleé hasta mi último nervio para buscar su destrucción total, pero no recibía apoyo de los demás, de forma que, en esta campaña, nada salió con arreglo a mis planes. Al final, las lluvias nos obligaron a aplazar nuestras operaciones hasta la próxima campaña y a retirarnos a nuestros cuarteles de invierno. [51]

El 14 de junio de 1764, transcurridas tres semanas de constantes pérdidas y sin ganancias perceptibles, Shuja se cansó del sitio y ordenó batir timbales de retirada. Los mogoles ignoraban que la ciudad se estaba quedando sin suministros y Carnac, desanimado y agotado, valoraba rendirse. Shuja marchó con sus efectivos en dirección oeste, bajo la primera tempestad monzónica, y se estableció en el fuerte de Buxar, a orillas del Ganges y cerca de la frontera con Awadh. Allí se atrincheró, construyó cuarteles y determinó continuar la invasión de Bengala en otoño, tras la

festividad de Dusshera. Los defensores de la Compañía, exhaustos y conscientes de lo cerca que habían estado de la inanición y de una rendición miserable, se abstuvieron de perseguir a las fuerzas de Shuja.

Pero este, en lugar de entrenar a sus hombres y preparar de forma activa la siguiente campaña, se «sumió de nuevo en un círculo de entretenimientos, placeres y diversiones, sin dedicar ni un pensamiento a la cantidad necesaria de balas [de cañón], o a su calidad, o a la de la pólvora, ni consultar a nadie métodos para combatir al enemigo. Llegó incluso a declinar escuchar las peticiones de uno de los oficiales de artillería que solicitaba suministros. Era descuidado y desatento con todas esas cuestiones y prefería dedicar su tiempo a jugar a los dados, observar el vuelo de las palomas, ver las actuaciones de las bailarinas y divertirse con todo tipo de pasatiempos».[52]

Solo hubo algo en lo que actuó con decisión. Pero no fue contra sus enemigos de la Compañía, sino contra su aliado Mir Qasim, a cuya inactividad achacaba en público el fracaso de su asalto contra Patna. Hizo venir al comandante de Mir Qasim, Sumru, y, con promesas de riquezas y propiedades, se ganó al asesino germano y le ordenó que se llevase los bienes de Mir Qasim. «Sumru y sus tropas rodearon la tienda de Su Alteza y se llevaron a la fuerza los cofres con el tesoro. Luego, los soldados de Sumru se establecieron en el campamento de las tropas del nabab visir».

> Estos incidentes llevaron a Mir Qasim a proferir, de forma muy imprudente, comentarios pocos elogiosos hacia el nabab visir, que le fueron comunicados por sus espías. De inmediato, el nabab visir ordenó a sus hombres arrestar a Su Alteza y hacerle venir con escolta armada.
>
> Por la mañana, el ejército del nabab visir rodeó las tiendas de Su Alteza Bengalí y se llevó todo cuanto pudo encontrar en los aposentos de las mujeres o en las cantinas. Mir Qasim,

desesperado, se hizo faquir y trató de protegerse fingiendo un brote de locura. Se vistió con un gorro y una camisa de color bermellón, dejó su trono y se puso en cuclillas a media distancia, rodeado por algunos de sus amigos, que también habían perdido el juicio y también vestían ropajes de brillantes colores, al estilo de los derviches. Los soldados del campamento le señalaban y se burlaban a carcajadas. Poco después, el oficial se llevó a Mir Qasim y le hizo montar en un elefante que había sido adquirido para él; el oficial se sentó en la parte trasera del *houdah* . [Mir Qasim] partió entre las burlas del gentío al campamento del nabab visir, donde Su Alteza Bengalí fue encarcelado en la prisión que le habían asignado. [53]

En el espacio de unos pocos meses, Mir Qasim había pasado de ser uno de los más poderosos y acaudalados gobernantes de la India al prisionero de Shuja, encadenado y sin un céntimo.



Cuatro meses más tarde, el 22 de octubre, las casacas rojas de los cipayos de la Compañía fueron vistas marchar a lo largo de las orillas del Ganges hacia Buxar, entre una sucesión de huertos de mangos y redoble de timbales. Habían llegado refuerzos de Calcuta: cipayos de la Compañía y un regimiento de tropas del rey mandados por uno de los oficiales británicos más efectivos de la India, un *Highlander* de 38 años, audaz, frío y despiadado: el comandante Hector Munro.

Jean-Baptiste Gentil, ahora al mando de la infantería de Shuja, cabalgó a encontrarse al nabab y le urgió a que entrase en acción de inmediato: «Conozco bien a los ingleses y sus métodos de guerra –

dijo–. No debería subestimarlos. ¡Debe reaccionar! ¡Déjese de placeres embriagadores y disponga a sus tropas!».

> Ahora que los ingleses todavía no habían formado en línea de batalla y sus barcazas aún no habían llegado por el río para descargar armas y equipos militares, ahora que están ocupados plantando sus tiendas, ¡es el momento de atacar! Dios Todopoderoso nos permitirá derrotarlos y dispersarlos. Pero si esperamos a que se consoliden, ¡será difícil imponerse! El nabab visir se limitó a reír y respondió: «Será mejor que me deje a mí y a mi juicio la táctica y la estrategia para hacer frente a esa gente!». [54]

Aquella noche, Shuja envió escoltados a sus mujeres y a su dinero a su capital de Faizabad, mientras sus efectivos velaban armas, alertas ante una posible embestida nocturna, el tipo de asalto por el que la Compañía era temida. Pero este no se produjo. El plan original de Shuja, al parecer, era combatir una batalla defensiva al amparo de sus atrincheramientos, tal y como la Compañía había hecho en Patna. Aunque, en el transcurso de la mañana, al comprobar su enorme superioridad numérica sobre las tropas de la Compañía, cambió de idea y decidió librar una batalla ofensiva. «Al amanecer, Munro desplegó sus tropas en orden de batalla –escribió Ansari– y comenzó a disparar su artillería, que infligió un gran daño a sus enemigos. Esto persuadió al nabab visir de que debía cambiar su plan de batalla, salir de sus reductos y combatir en campo abierto con su caballería». [55]

Y así fue como Shuja ordenó avanzar desde su sólida posición defensiva, para sorpresa de Munro, que, en un principio, no creía los reportes de sus mensajeros: no podía comprender por qué Shuja malgastaría una ventaja defensiva tan inmensa. Poco después, la artillería pesada de Madec abrió fuego. Les respondieron las piezas de la Compañía, más ligeras, móviles y de tiro más rápido: «Ingleses

y franceses –observó Ansari–, cuales tigres o leopardos, iniciaron el combate con gran ánimo […] con refulgir de espadas y estruendo de cañones». [56]

Hacia las 9 en punto, ambos ejércitos estaban desplegados uno frente a otro, separados por un marjal; el ala izquierda mogola se apoyaba en la ancha extensión del Ganges. Los nagas y la caballería afgana de Shuja, emplazados a la derecha de la línea mogola, iniciaron la batalla rodeando el marjal, girando a retaguardia de Munro y atacando por detrás a la formación de la Compañía, allí donde estaban situados los granaderos.

En poco tiempo, el flanco de la Compañía quedó roto y la caballería de Shuja superó a los granaderos y llegó hasta las reservas, sableando a diestro y siniestro. Como escribió el teniente Gabriel Harper: «Me atrevo a afirmar que si 1000 o 2000 jinetes de la caballería enemiga se hubieran comportado como los que atacaron a los granaderos, habríamos perdido la batalla […] La suerte, una vez más, jugaba en nuestra contra. Soy de la opinión de que los cipayos no habrían podido resistir el cañoneo cinco minutos más». [57] Pero, una vez que la caballería mogola se abrió paso, se lanzaron sobre el campamento de la Compañía, donde pusieron en fuga a la caballería irregular que protegía la impedimenta, el dinero y la munición. De inmediato, desmontaron y se entregaron al pillaje. A partir de ese momento, Shuja perdió el control sobre su caballería afgana, que no volvió a desempeñar ningún papel en la batalla.

Al final, como siempre, fue la disciplina superior de los efectivos de la Compañía lo que se impuso aquel día. Munro solía recordar a sus soldados que «la disciplina regular y la obediencia estricta a las órdenes es la única superioridad con que los europeos cuentan en este país». Los acontecimientos del día demostraron que tenía razón. [58] Incluso después de haber perdido impedimenta y munición, los cipayos de Munro, formados en cuadro, resistieron con firmeza, pese a sufrir bajas sin precedentes a causa del fuego concentrado de las piezas pesadas de Madec y Sumru.

Los primeros prisioneros ingleses comenzaron a llegar maniatados en presencia de Shuja, que dio por hecha su victoria. Ordenó que sonasen fanfarrias de victoria y varios comandantes abandonaron su puesto para presentar sus felicitaciones. Gentil, que se hallaba junto a Shuja en el centro de la línea mogola, vio descorazonado lo que ocurrió a continuación: «Los ingleses parecían derrotados por completo –escribió–. Habían perdido su munición y sus víveres, así como su impedimenta y su montante para gastos militares».

> Munro había reconocido su derrota y ordenó que las barcazas de suministros se acercasen al campo de batalla lo antes posible, pues el Ejército inglés no tenía otra opción de retirada salvo el río. Pero hubo mucho retraso en la ejecución de estas órdenes y, mientras tanto, la caballería mogola se dedicó a saquear el campamento inglés en lugar de hostigar al enemigo y no darle respiro. Al ver esto, Munro, a pesar de que había perdido todo, lanzó una carga a la desesperada contra las tropas de nuestra ala izquierda. [59]

Munro, consciente de que había llegado su momento, cabalgó a lo largo de la línea y, esquivando las descargas de metralla de los cañones mogoles, ondeó su sombrero y ordenó un avance general. «Gracias a este acto de bravura desesperada –escribió Gentil–, Munro quedó dueño del mismo campo de batalla que, instantes antes, había creído que debía abandonar». [60] Los cipayos de la Compañía «ya habían iniciado la retirada –escribió Madec–, convencidos de su derrota. De haber tenido los medios, habrían huido todos. Pero, justo porque no tenían los medios para escapar, reunieron todo su coraje y, al ver nuestra ala izquierda, junto al Ganges, despoblada y sin apoyos, cargaron contra ella con una valentía temeraria sin parangón». [61]

Shuja, que no podía creer el súbito giro de fortuna, mantuvo su posición y trató de reorganizar a sus fuerzas. «Se veía a sí mismo acogiendo la adorable figura de la Victoria en sus brazos, pero, de repente, se encontró, como en un espejo, estrangulado en brazos del íncubo de la Derrota. Se quedó clavado en el sitio, mirando incrédulo esta horrible y repentina transformación». Las líneas mogolas se desmoronaban ante él y fue el caudillo naga Anupgiri quien, pese a haber sufrido una herida grave en un muslo, persuadió a Shuja ud-Daula para que escapase. «¡No es momento para una muerte inútil! –dijo–. Otro día venceremos con facilidad y nos cobraremos venganza». [62] Shuja resolvió vivir y se dirigió al puente de barcas que había tendido a través del río, mientras que los nagas desnudos libraban una feroz acción de retaguardia. Tan pronto como Shuja, Sumru y él mismo hubieron cruzado, el caudillo naga ordenó la destrucción del puente.

Esto detuvo el avance de la Compañía, pero también condenó a los hombres que no habían logrado cruzar, en particular a la valerosa retaguardia naga. Trataron de vadear los bajíos, pero eran abatidos por los cipayos de la Compañía desplegados a lo largo de la orilla del río. «Un elevado número de ellos trató de cruzar el río profundo y cenagoso que fluía tras el campamento –escribió Ghulam Husein Khan–, pero se atascaron en el lodo y perdieron la vida, víctimas de la artillería y de la sucesión de andanadas que los telingas [cipayos] descargaban sin descanso sobre el enemigo en fuga […]». [63]

A los efectivos de la Compañía les había llegado su turno de sacar tajada. «Todo cuanto pertenecía al visir o a sus oficiales, tiendas, mobiliario y otras propiedades, cayó en manos de los vencedores –escribió Ghulam Husein Khan–. Numerosos establecimientos de banqueros, llenos de monedas de oro y plata, así como tiendas de mercaderes repletas de bienes preciosos, fueron desvalijados en un instante. Se tomó posesión de 200 piezas de artillería, con lo que las tropas inglesas capturaron un botín inmenso […] ¡solo Dios sabe las riquezas que poseía aquel ejército! En aquel

campamento había riquezas inmensas, comparables a las de la misma capital del Indostán». [64]

Buxar fue una batalla breve y confusa, aunque sangrienta. Las fuerzas de la Compañía sumaron 850 muertos, heridos o desaparecidos de 7000 hombres que llevó al campo de batalla. Esto es más de una octava parte del total. Las pérdidas mogolas fueron muy superiores, tal vez en torno a los 5000 muertos. El resultado de la lid fue incierto durante largo tiempo. Es por esto que constituyó una de las batallas más decisivas de la historia de la India, más incluso que la batalla de Plassey, más célebre y librada siete años antes.

Los tres grandes ejércitos del universo mogol se habían unido para derrotar a la Compañía y expulsarla de la India. Pero cayeron derrotados y la Compañía se erigió en la fuerza militar dominante en el nordeste de la India. Buxar consolidó el dominio de Bengala y de la costa y abrió el camino para que la Compañía se extendiera tierra adentro, en dirección al oeste. La Compañía, que había comenzado siendo una empresa dominada por corsarios y antiguos piratas del Caribe, ya había experimentado una primera transformación: ser una respetable corporación mercantil internacional, con un valor tan consolidado que sus acciones se consideraban casi un tipo de divisa internacional. Ahora, la Compañía volvía a transformarse por segunda vez. De ser un instrumento mercantil que operaba desde enclaves costeros dispersos, se había convertido en el gobernante de un rico imperio en expansión de la Asia meridional.

Fue este momento, más que en ningún otro, en el que la corporación mercantil logró sentar los cimientos de su conquista territorial de la India. De la crisálida de un emporio comercial había surgido una potencia imperial autónoma, apoyada por un gran ejército, más grande que el de la Corona británica, que ahora se disponía a ejercer control administrativo sobre 20 millones de indios. Un organismo mercantil se había transformado en el soberano *de facto* de la mayor parte de la India septentrional. Como manifestó un

observador de la época: «Tras muchas e inesperadas contingencias, una sociedad privada de comerciantes [se ha convertido] en un gabinete de príncipes asiáticos». [65] El resultado de esto fue calificado por Adam Smith de «extraña absurdidad»: un Estado compañía. [66]

Veinte años más tarde, el comerciante de té y viajero Thomas Twining hizo un alto en su travesía por el Ganges para visitar el campo, ahora vacío, de la batalla de Buxar. Twining escribió en su diario que «podría decirse que aquí termina la extraordinaria serie de logros militares que situó a las mejores regiones de Asia bajo el dominio de mercaderes británicos, que arribaron a las costas de la India como aventureros menesterosos. Existen en la historia muy pocos acontecimientos más notables que tales hechos. Unos resultados tan desproporcionados a los medios causantes son del todo inexplicables». [67]

Twining tenía razón. La Compañía lo había apostado todo… y había ganado. El Imperio mogol yacía a sus pies, completamente derrotado. El escenario estaba dispuesto para la absorción empresarial más extraordinaria de la historia. [68]




En los días posteriores a la victoria de la Compañía en Buxar, los tres aliados mogoles sufrieron destinos muy dispares.

Durante su huida de Buxar, Shuja liberó a Mir Qasim de su prisión. Pero, despojado de poder y fortuna, y perseguido por la Compañía por su responsabilidad en la masacre de Patna, este hábil gobernante nunca más halló un lugar en el caleidoscopio político del siglo XVIII mogol. Vagó por el Indostán y murió pobre cerca de Agra, en una pequeña propiedad rural. Se dice que sus hijos ni siquiera pudieron permitirse pagar la mortaja de su padre. [69]

Shuja ud-Daula, como era de esperar, optó por combatir y lanzó una serie de incursiones de guerrillas montadas contra los batallones de la Compañía que avanzaban por el interior de Awadh. Aunque, poco a poco, le fueron obligando a retirarse a los confines de su reino, despojando a sus seguidores. El general (antes comandante) Carnac se apropió de la mansión de Shuja en Faizabad, que empleó como residencia personal. La Compañía logró arrinconar a Shuja en la gran fortaleza de Chunar, pero escapó cuando esta fue asaltada. El 3 de mayo de 1765, Shuja libró, y perdió, una última batalla en Kora. Desde ese momento, pasó varios meses huido por sus antiguos dominios, para, al fin, refugiarse con los rohillas del *doab* del Ganges.

En último término, fue el soldado de fortuna francés, el cosmopolita Jean-Baptiste Gentil, quien negoció su rendición en julio de ese mismo año. Gentil señaló a la Compañía que Shuja, bajo protección británica, podría ser restaurado en el trono y servir de Estado cojín entre las ricas tierras de Bengala y la anarquía sin ley de los territorios en disputa en torno a Delhi, que seguían siendo recorridos, entre sangre y caos, los contingentes rivales de afganos y marathas.

Como Shuja veía garantizada vida y libertad, decidió entregarse. Llegó, como salido de la nada, al campamento de Munro, sentado en su enorme palanquín con una escolta de tan solo 200 jinetes. [70] «Eran casi las cuatro de la tarde –escribió Gentil– y el general estaba todavía cenando. Como es costumbre de los ingleses, tomaba oporto después de los postres. La nube de polvo que levantó la escolta de caballería del nabab-visir hizo que sonasen las alarmas, redoblaran los tambores y que todo el mundo corriera a su puesto. Al instante, llegaron dos mensajeros que anunciaron la llegada del nabab-visir». [71]

Para su sorpresa, Shuja vio cómo «los caballeros ingleses se descubrieron, le hicieron grandes demostraciones de respeto, según la costumbre de su país, y se condujeron con gran afabilidad. Se

pusieron en pie juntando las manos [es decir, aplaudiendo]». [72] Shuja fue reinstaurado en una versión reducida de su antiguo reino, bajo la estrecha vigilancia de un residente británico y custodiado por un regimiento de cipayos de la Compañía, por cuya presencia tenía que pagar un enorme subsidio, además de una inmensa indemnización de guerra de 5 millones de rupias. [*] [73]

Por su parte, el emperador Shah Alam hizo todo cuanto estuvo en su mano por restablecer sus relaciones con la Compañía, con la que había sostenido una correspondencia secreta durante toda la campaña de Buxar. Desde su punto de vista, Buxar había sido una batalla librada entre tres de sus servidores, todos los cuales habían jurado lealtad al trono mogol, y, por tanto, era un conflicto en el que debía mantenerse neutral. Durante la lucha permaneció en su tienda, con el fin de hacer patente su desaprobación por la insensata estrategia de confrontación de Shuja. [74]

Poco después de Buxar, mientras Shuja y su hueste escapaban a Awadh para continuar la lucha, Shah Alam, acompañado de su guardia mogola, se mantuvo cerca del campo de batalla y envió mensajeros a Munro para negociar un acuerdo. Como había ocurrido 18 meses antes, tras su derrota de Helsa, Shah Alam jugó bien sus cartas, pues sabía que era más útil a la Compañía como aliado que como enemigo.

Apenas finalizada la batalla, «y tan pronto como vio al nabab visir huir al otro lado del río, el emperador, al haber quedado en libertad, envió al inglés un mensajero con túnicas de honor para Munro, Mir Jafar y Vansittart, con lo que abrió las negociaciones. Estos vieron la oportunidad de mejorar su posición y redoblaron el paso para reunirse con [el emperador] en pocas horas». [75]

El emperador quería que la Compañía supiera que Shuja no era su amigo e incluso amenazó con que si el visir y los británicos llegaban a un acuerdo, «iré a Delhi, pues no puedo pensar en volver a ponerme de nuevo en manos de un hombre que me ha causado tantos quebrantos». [76] Munro, por su parte, era consciente de que

un Shah Alam en manos de la Compañía podría dar a las ambiciones expansionistas de esta el sello de legitimidad mogol: «Para evitar a los reyes o nobles del imperio cualquier motivo de celos y ofensa de nuestro poder –escribió a Calcuta–, todo lo haremos con la sanción de su Autoridad, de forma que todo lo que detentamos lo recibimos de él y que actuamos en la guerra bajo su Autoridad». [77]

Shah Alam, protegido por la Compañía y la escolta personal de su antiguo adversario, el general Carnac, fue primero a Benarés y desde allí a Allahabad, donde la Compañía le alojó en el magnífico y antiguo fuerte edificado por su ancestro Akbar en un lugar propicio, la confluencia entre el Yamuna y el Ganges. Allí esperó la llegada del hombre que los directores de Londres habían enviado a Calcuta para poner orden en el embrollo creado por la codicia de sus funcionarios; no hay mejor guardabosque que un antiguo cazador furtivo.

Se trataba, nada menos, que de la persona, recién ennoblecida y cada vez más rolliza, de Robert Clive, barón de Plassey.




La noticia de la guerra contra Mir Qasim y de que Bengala volvía a ser «escenario de confusión y derramamiento de sangre» llegó a la sede de Leadenhall Street en febrero de 1764. Poco después, también la nueva de la masacre de Patna. Se hablaba de derrotas, gastos para el combate en aumento y caos militar, lo cual provocó el pánico de los inversores y el desplome del mercado de valores. El precio de las acciones de la Compañía cayó un 14 por ciento. [78] En una reunión de accionistas, un inversor propuso el retorno inmediato de Clive, en calidad tanto de gobernador como de comandante en jefe. [79] los accionistas aprobaron la resolución por unanimidad.

Desde su llegada a Inglaterra, Clive había logrado un título de par del reino, si bien uno de Irlanda, considerado menos grande que uno de Inglaterra, pero que también daba a su poseedor un asiento en la Cámara de los Lores. Había adquirido tierras y acumulado propiedades y había andado en disputas con los directores de la Compañía, pero no tardó en aburrirse: «No somos tan felices en Inglaterra como usted imagina –escribió a Carnac en mayo de 1762–. Muchos de nosotros añoramos nuestra vida en la India». [80] De este modo, cuando se le ofreció el cargo de gobernador de Bengala, con poderes sin precedentes para reformar el gobierno y asentar el control de la Compañía sobre grandes extensiones de Asia, no se lo pensó. Al atardecer del 4 de junio de 1764, zarpó de Portsmouth a bordo del Kent rumbo a su tercer destino en la India. Esta vez, dejó a su mujer y a sus hijos en el muelle y se hizo acompañar de un *chef* francés, un cuarteto de músicos y doce docenas de cajas de champán. [81]

Como siempre, Clive tuvo un sentido de la oportunidad –o tal vez de fortuna– extrañamente preciso. En abril de 1765, cuando el Kent amarró en el muelle de Madrás, Clive recibió de inmediato la noticia de la victoria de Munro en Buxar, la ocupación de Awadh y la muerte de Mir Jafar, que había sido recién restituido en el trono. Consciente del efecto positivo que tal noticia tendría sobre el precio de las acciones de la Compañía, lo primero que hizo fue enviar un mensaje cifrado secreto a su agente de Londres para que hipotecase todas sus propiedades y comprase todas las acciones de la Compañía que pudiera. [82] Acto seguido, escribió a los directores. Despiadado e incisivo como siempre, comprendía hasta qué punto aquella noticia había cambiado de manera radical el panorama político: «Hemos llegado al fin a esta crítica coyuntura, que había previsto hace mucho tiempo –escribió al secretario de la CIO–. Es decir, la coyuntura en la que es necesario determinar si podemos, o debemos, quedarnos con todo [el Imperio mogol]».

Mir Jafar ha muerto y su hijo natural es menor de edad. Shuja Dowla ha sido expulsado de sus dominios; está en nuestra posesión y decir que todo el imperio está en nuestras manos es apenas una hipérbole […] ¿Cabe dudar de que un gran ejército de europeos nos garantizaría la Soberanía, si puede llamarse así, y no solo para mantener a raya la ambición de cualquier príncipe del país, sino también de que nos haría tan verdaderamente formidables que ni franceses, ni neerlandeses ni ningún otro enemigo se atreverían jamás a importunarnos?

Es indudable que debemos convertirnos en nabab, en todo salvo en el nombre, y, quizá sin disimulo […], debemos seguir adelante, pues no es posible retroceder […] si el objeto de la Compañía son las riquezas y la estabilidad, entonces este es el método, el único método, que tenemos ahora para lograrlas y consolidarlas. [83]

El nuevo gobernador llegó a Calcuta el 3 de mayo de 1765, agotado tras un viaje de casi un año. Pero sabía que, antes de descansar, debía adentrarse sin demora en el país para solucionar el vacío de poder, inestable y explosivo en potencia, del Indostán, sin resolver desde Buxar. «Debe establecerse, de ser posible, una paz de firmes y duraderos cimientos –escribió a Carnac–.Y, con el fin de lograr tal objeto, concluyo que debo marchar a reunirme con usted en campaña, y no demorarme demasiado, sino llegar a algún tipo de acuerdo con el rey». [84] Clive no se demoró: el 25 de junio partió de Calcuta en dirección a Allahabad.

Su primer encuentro fue con Shuja ud-Daula. Clive veía la lógica de la solución propuesta por Gentil: en lugar de colocar todo Awadh bajo la administración directa de la Compañía, sería mucho más sensato reinstaurar a Shuja como títere subordinado y ordeñar sus recursos al tiempo que se le concedía protección nominal.

El 2 de agosto, Clive se reunió en Benarés con el arrepentido Shuja ud-Daula y le expuso sus planes. Shuja, que apenas tres meses antes se enfrentaba a la completa ruina, no podía creer su suerte y dejó abundante constancia de su gratitud personal y lealtad hacia Clive. Poco después, Clive escribió satisfecho a su Consejo: «Si es posible hallar entre los muslimes confianza, gratitud por los favores y otros principios de valor, Shuja Dowlah los posee en mucho mayor grado de lo que se haya podido contemplar en este país». [85]

Clive estaba determinado a añadir un toque político final de su propia cosecha. Decidió que Shuja cediera una pequeña parte de sus dominios, en la región de Allahabad y Kora, para que sirviera de patrimonio imperial para el mantenimiento de Shah Alam. Se harían vagas promesas al emperador de apoyar su largamente soñado retorno a Delhi, a cambio de aceptar la gestión de las finanzas de las tres ricas provincias orientales de los dominios del emperador: Bengala, Bihar y Orissa. Se trataba de la cesión de lo que la terminología legal mogola denominaba *Diwani* , u oficina de gestión económica de las provincias mogoles.

Esta cesión, además de aplicar un barniz de legitimidad mogola a las conquistas de la Compañía, también le posibilitaba recaudar los impuestos de 20 millones de personas y generar así unos ingresos estimados de 2 a 3 millones de libras anuales, [*] una cantidad ingente para los estándares dieciochescos. La conquista de las muchas riquezas de Bengala, con sus fértiles arrozales que proporcionaban enormes excedentes, sus industriosos tejedores y ricas minerías, abrió inmensas oportunidades a la Compañía y generó los recursos financieros con los que continuar construyendo el ejército más poderoso de Asia. Los enormes beneficios de Bengala, que durante tanto tiempo habían alimentado el tesoro mogol, podrían, como sabía Clive, hacer a la Compañía tan inexpugnable como lo habían sido los mogoles en el pasado, así como proporcionar los recursos para, algún día, conquistar el resto del país.

El 1 de agosto se iniciaron las negociaciones entre los consejeros de Shah Alam y los de Clive. El día 9, la barcaza del gobernador atracó en el fuerte de Allahabad, donde Clive se quejó de sufrir el tormento «de moscas e insectos». Fue aquí donde conoció por primera vez al joven emperador, cuyo «grave porte rayaba en la tristeza». [86]

Aunque ya se habían trazado las líneas maestras del acuerdo, las negociaciones prosiguieron tres días más, pues Shah Alam esperaba recibir de la Compañía un pago más elevado. Por una vez, fue Clive quien cedió: «Considero que 20 [laj de rupias, 26 millones de libras actuales] es más que suficiente [para la pensión del emperador] –escribió–. No obstante, dado que nuestra intención es utilizar a Su Majestad para algo muy extraordinario, a saber, obtener nada menos que un *sanad* [orden legal] sobre todos los ingresos del país, no merece la pena ahorrar 6 laj de rupias para desairar al rey, si este decidiera considerarlo una ofensa». [87] El acuerdo definitivo se ultimó la tarde del 11 de agosto.

A la mañana del día siguiente, 12 de agosto, el emperador fue entronizado en una butaca forrada de seda, peligrosamente encaramada sobre la mesa del comedor de Clive. La ceremonia, que tuvo lugar en el interior de su tienda, no duró mucho. Como escribió Ghulam Husein Khan: «Un asunto de tal magnitud, despojado de subterfugios y pretensiones, y que en cualquier otro tiempo hubiera requerido el despacho de embajadores sabios y negociadores sagaces, así como prolongados parlamentos y conferencias entre la Compañía de las Indias Orientales y el rey de Inglaterra, y muchas negociaciones y debates de los ministros, se hizo y finalizó en menos tiempo del que suele requerir la venta de un jumento o de una bestia de carga». [88]

Fue un momento de enorme importancia. De un plumazo, y a cambio de un pago, relativamente modesto, de 2,6 millones de rupias, [*] y la cínica promesa de Clive de que la Compañía gobernaría «acorde con las leyes de Mahoma y del imperio», el emperador

reconoció todas las conquistas de la Compañía y le cedió el control financiero de todo el nordeste de la India. A partir de ese momento, 250 funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales gestionarían, con el respaldo de una fuerza militar de 20 000 cipayos indios, las finanzas de las tres provincias más ricas de la India. Bengala dejó de tener gobierno independiente durante los próximos 200 años. Para una compañía que cotizaba en bolsa y cuya principal *raison d'etre* era el beneficio, constituyó un momento de transformación revolucionaria.

Aunque el potencial militar de la Compañía quedaba enmarcado dentro del ritual mogol, el cambio radical obrado por el Tratado de Allahabad fue evidente en breve tiempo. Tal y como observó en la época el *Riyazu-s-salatin* : «Los ingleses han adquirido el dominio sobre las tres *subah* [provincias] y han nombrado sus oficiales de distrito, evalúan y recaudan ingresos, administran justicia, nombran y destituyen recaudadores y se encargan de otras funciones de gobierno. Se impone la autoridad y la influencia del inglés […] y sus soldados están acantonados por todos los dominios del nabab, en apariencia como sus servidores, pero con influencia sobre todas las cuestiones. Solo el cielo sabe qué es lo que resultará en el futuro de este estado de cosas». [89]

En realidad, el resultado pronto fue muy evidente. Bengala estaba siendo saqueada de una forma más brutal y concienzuda que nunca y el joven nabab de Bengala se vio reducido a la condición de figura ritual y sin poder. En palabras de Clive, «lo único que le quedaba era el nombre y la sombra de su autoridad». [90] Puede que el nabab y sus sucesores sobrevivieran cierto tiempo como gobernadores nominales en sus enormes palacios ribereños de Murshidabad, pero ahora era la CIO la que gobernaba y explotaba Bengala. Clive puso cuidado en distanciar a la CIO de las cuestiones cotidianas de la administración. Incluso se mantuvieron los métodos existentes de recaudación de impuestos, gestionados por funcionarios mogoles desde las oficinas de Murshidabad. Pero ahora,

en la cúspide de la pirámide administrativa se hallaban los funcionarios británicos, con sus levitas y pelucas empolvadas, los cuales tomaban todas las decisiones y se llevaban todos los ingresos. Por primera vez, una corporación mercantil se había convertido al tiempo en propietario colonial y en Estado corporativo, con libertad legal para hacer todo aquello que hacen los gobiernos: regular la legislación, administrar justicia, establecer tributos, acuñar moneda, proporcionar protección, imponer castigos, hacer la paz y la guerra.

Desde ese momento, los beneficios de las tierras de las porciones de la India controladas por la Compañía pasaron a considerarse beneficios netos de la CIO, lo cual, como escribió Clive, «cubriría todas las expensas de la inversión [los bienes comprados para su exportación a Londres] proporcionaría todo el tesoro de China [el dinero empleado para comprar té a la China] y respondería a todos los gastos del resto de asentamientos en la India e inlcuso conservar un considerable balance de tesorería a su favor».

Hasta entonces, las monedas de oro habían representado el 75 por ciento de las importaciones de la CIO a Bengala y eran la fuente de buena parte de las «prodigiosas y antiguas riquezas de la provincia». Pero ahora la Compañía ya no necesitaba enviar nada desde Gran Bretaña para pagar los textiles, especias y salitre que quería comprar y exportar: los ingresos impositivos de la India financiaban todas esas compras. India, a partir de ese momento, fue tratada como una vasta plantación que ordenar y explotar, cuyos beneficios se enviaban a ultramar, a Londres. [91]

En consecuencia, como manifestó Richard Becher, el nuevo residente de la Compañía en Murshidabad, «la primera consideración era reunir de este país las sumas más grandes que se pueda». En otras palabras, obtener el mayor beneficio posible por medio de impuestos a la tierra y luego transferir el excedente a cuentas bancarias londinenses. [92]

Para Clive y sus accionistas, constituyó un nuevo triunfo: «Parece que la Fortuna ha decidido acompañarme hasta el final –escribió Clive a su amigo y biógrafo Robert Orme–. Cada objetivo, cada deseo descabellado está a punto de cumplirse. He llegado a la cima de todo cuando ambiciono y afirmo que la Compañía, a pesar de las envidias, malicias, facciones y resentimientos, se ha convertido en la empresa más opulenta del mundo». [93] El valor de la CIO en bolsa se disparó de forma espectacular, lo cual le supuso a Clive inmensas ganancias personales: su valor casi se dobló en ocho meses.

Pero, para la gente de Bengala, la cesión del *Diwani* fue una catástrofe sin paliativos. El nabab ya no podía proporcionar un mínimo de protección a su pueblo. Los recaudadores de impuestos saqueaban al campesinado para extraer las rentas de la tierra y nadie sentía la más mínima responsabilidad por el bienestar del agricultor medio. Mercaderes y tejedores fueron obligados por la Compañía a trabajar por debajo del precio de mercado. También incautaron por la fuerza textiles hechos para sus rivales franceses y neerlandeses. Los comerciantes que se negaban a firmar documentos de conformidad con las condiciones draconianas de la Compañía eran azotados, encarcelados o humillados en público y se les obligaba a arrastrar la nariz por el suelo. [94] Unos pocos años más tarde, en 1769, Becher anotó: «Un inglés debe sentir dolor al pensar que, desde el ascenso de la Compañía al *Diwani* , la condición de la gente de este país es mucho peor que antes; no me cabe duda de este hecho. Este bello país, que florecía bajo el gobierno más arbitrario y despótico, está ahora al borde de la ruina». [95] Todos los indicadores económicos eran malos, escribió, y empeoraban cada día. Los ingresos de la tierra habían descendido desde que el *Diwani* fue transferido, la moneda escaseaba y el comercio interno de Bengala se estaba reduciendo. [96]

Ghulam Husein Khan, con diferencia, el observador más agudo de su época, comprendió con rapidez lo que esto significaría. Primero, conllevó la extinción de toda su clase social, la nobleza

mogola, cuyo poder siempre había residido en su pericia como jinetes; esta quedó desempleada, pues la Compañía la reemplazó por infantes reclutados en su mayoría entre hindúes rurales de origen rajput y brahmán. Mucho tiempo antes de que ningún otro reflexionase acerca de los efectos de este nuevo colonialismo corporativo y su infantería de choque, Ghulam Husein Khan ya se lamentaba del destino de «lo que queda de la antigua nobleza […] que, en estos tiempos duros, ya no dispone de un solo recurso bajo la bóveda del cielo indostaní […] muchos han abandonado sus hogares y sus comarcas y otros muchos, al negarse a dejar sus moradas, se han aliado con el hambre y la desesperación y finalizan sus vidas en la pobreza, en un rincón de sus viviendas».

Ghulam calculó que estos cambios dejarían sin empleo a entre 40 000 y 50 000 jinetes en Bengala y Bihar, además de dispersar «a miles y miles de mercaderes» que siguieron el camino «de la numerosa caballería». Esto, a su vez, tuvo importantes efectos sobre la economía y la civilización. «Los numerosos artesanos a la que la nobleza daba siempre ocupación, a veces en sus propias casas», vieron que sus patrones ya no podían mantenerlos a ellos o a sus *kar-khanas* [talleres]. Era difícil encontrar otro empleo, pues «los ingleses son ahora los gobernantes y los amos del país» y, «dado que sus artes y oficios no les sirven de nada a los ingleses», los artesanos ya solo podían robar o mendigar.

> Debido a que estos gobernantes cubrían todas sus necesidades desde su país, esto supuso que los artesanos y artífices de la tierra sufrieran de manera constante. Vivían en la angustia y les resultaba difícil procurarse el sustento. Ya que ahora los ingleses son los gobernantes y los amos de este país, además de los únicos ricos en él, ¿a quién puede acudir esa pobre gente para ofrecer sus productos artesanos, para poder obtener un beneficio para sus gastos? Tan solo algunos

> de ellos pueden ganarse el sustento con los ingleses: carpinteros, orfebres, herreros, etc. [97]

Es más, como escribió Ghulam Husein Khan, las conquistas de la Compañía supusieron una forma de explotación imperial completamente diferente con respecto a todo lo experimentado por la India hasta entonces. Ghulam explicó en detalle, mucho antes que ningún otro indio, lo que significaba ser una colonia sometida y qué diferente del gobierno mogol era esta forma de colonialismo corporativo, extraña y absolutamente ajena. «Pronto se vio que el dinero comenzó a escasear en Bengala», escribió. En un principio, nadie sabía si «esta escasez se debía a la opresión y exacciones de los gobernantes, o a la cicatería del gasto público, o quizá a la gran exportación de moneda que se envía cada año al país de Inglaterra». Aunque en poco tiempo quedó claro que la extracción de riqueza era real. Enseguida fue corriente «ver cada año a cinco o seis ingleses, o más incluso, regresar a su país con enormes fortunas. Este país ha sido despojado de laj y más laj» de rupias. [98]

Esto, escribió, era muy diferente al sistema de los mogoles. Estos, aunque al principio eran extranjeros, estaban determinados «a establecerse para siempre [en la India] y fijar su residencia permanente en este país, para convertir su conquista en un patrimonio para sí mismos y hacerlo su propiedad y heredad»:

> Esto les llevó a aplicar todo su genio a garantizar la felicidad de sus nuevos súbditos. Nunca cejaron en ese empeño, hasta el punto de casarse con las nativas y tener hijos y familia con ellas, así como nacionalizarse en el país. Sus sucesores inmediatos, tras aprender el lenguaje del país, se comportaban con sus habitantes como hermanos de madre y de lenguaje […] [hindúes y musulmanes] se han fusionado en uno, como leche y azúcar calentadas a fuego lento. [99]

Por contra, escribió, los británicos no sentían nada por el país, ni siquiera por sus aliados y sirvientes más estrechos. Esta es la razón por la que los indios que recibieron bien a los ingleses pronto cambiaron de parecer, porque «estos nuevos gobernantes no se preocupan por los problemas de los indostaníes y aceptan que sean saqueados, esquilmados, oprimidos y atormentados sin misericordia por funcionarios nombrados por ellos».

> Los ingleses tienen la costumbre de venir por unos años y luego regresan a su país nativo, sin que ninguno de ellos muestre la menor inclinación por instalar su residencia en la tierra. Y cuando cumplen esa costumbre, viene otro. Y todos obedecen, como si fuera un mandato divino, la misión de reunir todo el dinero que puedan en este país y llevarse luego esas ingentes sumas al reino de Inglaterra. Por lo que no cabe sorprenderse de que estas dos costumbres, combinadas, destruyan y arruinen este país y constituirán una eterna barrera para que nunca vuelva a florecer. [100]

Como Macaulay escribió tiempo después, la Compañía veía a Bengala «del mismo modo que un bucanero veía un galeón». [101] Fueron necesarios cinco años para que se revelasen los plenos efectos de este régimen de saqueo descontrolado. Aunque, cuando lo hicieron, el resultado constituyó un horror sin precedentes. Se habían sentado las bases de la gran hambruna bengalí de 1770.




# NOTAS

1 BL, Or. 466, *Tarikh-i Muzaffari* de Muhammad ʽAli Khan Ansari de Panipat (en adelante, *Tarikh-i Muzaffari* ), 700-702.
2 Firminger, W. K. y Anderson, W., 1909, 40.
3 *Ibid* ., 24.
4 Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. II, 473-474.
5 *Tarikh-i Muzaffari* , 703.
6 *Ibid* ., 704.
7 Ray, R. K., 2003, 277; Shreeve, N., 1996, 11-12.
8 Gentil, J.-B., 1822, 216-218.
9 Scrafton, L., 1770, 48-49.
10 *Tarikh-i Muzaffari* , 710-713.
11 Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 496.
12 *Tarikh-i Muzaffari* , 710.
13 *Ibid* ., 711.
14 *Ibid* .
15 *Ibid* ., 715.
16 Gentil, J.-B., *op. cit* ., 218-221.
17 *Tarikh-i Muzaffari* , 708.
18 Gentil, J.-B., *op. cit* ., 226-227. He optado por seguir el relato de Gentil dado que este parece haber sido testigo de los hechos. No obstante, existen relatos contradictorios de la muerte de los Jagat Seth. Ghosha, por ejemplo, afirma que fueron asesinados sin piedad por el mismo nabab: «Vinieron acompañados de su fiel servidor (*khidmatgar* ) Chuni, que no pudo ser persuadido bajo ningún motivo de que les dejase solos, de modo que cuando Kasim Ali [Mir Qasim] les disparó flechas, se puso delante de ellos y cayó primero y luego los dos primos». *Vid* . Ghoshe, L., 1881, 346.
19 Firminger, W. K. y Anderson, W., *op. cit* ., 1.
20 Moon, *sir* P., 1947, 54.
21 Shreeve, N., *op. cit* ., 16.
22 *Ibid* .
23 Gentil, J.-B., *op. cit* ., 227-234.
24 Shreeve, N., *op. cit* ., 18.
25 Keay, J., 2014, 48.
26 *Tarikh-i Muzaffari* , 713.
27 Al contrario que el agujero negro de Calcuta, la masacre de Patna ha sido casi olvidada. Los libros de historia británicos apenas la mencionan y está completamente ausente en los libros de historia indios.
28 Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 518.
29 Gentil, J.-B., *op. cit* ., 35.

**30** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 514.
**31** Gentil, J.-B., *op. cit* ., 35.
**32** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 512.
**33** The *Bhausahebanci Bhakar* , *cit* . en Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S., 2003, 232-233.
**34** *Cit* . en Sarkar, *sir* J., 1991, vol. II, 316.
**35** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 528, 558.
**36** Fakir Khair ud-Din, `*Ibrat Nama* (en adelante, `*Ibrat Nama* ), BL Or. 1932, 38v-39r.
**37** *Ibid* ., 39r.
**38** *Ibid* ., 40v-41r.
**39** Los nagas estaban algo familiarizados con los mosquetes y algunos de ellos incluso combatían a caballo, de acuerdo con lo que explica Ghulam Husein Khan de la defensa de Allahabad en 1751. No obstante, es cierto que eran excelentes combatientes cuerpo a cuerpo. William Pinch detalla la evolución de su estilo militar en el Capítulo 2 de Pinch, W., 2006. Resulta difícil hacerse una idea clara de la distribución de armas entre los soldados nagas. No obstante, *vid* . la descripción de la prolongada insurgencia sanyasi/faquir en Bengala en el artículo Lorenzen, D. N., enero-marzo de 1978, 61-75.
**40** *CPC* 1, items 2130-2131, 2136; Srivastava, A. L., 1939, vol. I, 182; Ray, R. K., 1998, 518-519.
**41** `*Ibrat Nama* , BL Or. 1932, 41v.
**42** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 530.
**43** *Ibid* ., vol. II, 531.
**44** `*Ibrat Nama* , BL Or. 1932, 42v.
**45** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 530.
**46** `*Ibrat Nama* , BL Or. 1932, 42v.
**47** *Ibid* ., 43v.
**48** *Ibid* ., 43v-44r.
**49** *Ibid* ., 44r.
**50** *Ibid* .
**51** Madec, R.-M., 1983, 71.
**52** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 565.
**53** `*Ibrat Nama* , BL Or. 1932, 44r.
**54** *Ibid* ., 45v.
**55** *Ibid* .
**56** *Ibid* ., 45r.
**57** Srivastava, A. L., *op. cit* ., vol. I, 232.
**58** Moon, *sir* P., 1989, 111.

**59** Gentil, J.-B., *op. cit* ., 258-259.
**60** *Ibid* .
**61** Madec, R.-M., *op. cit* ., 74.
**62** `*Ibrat Nama* , BL Or. 1932, 45v.
**63** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 530.
**64** *Ibid* .
**65** Entick, reverendo J., *et al* ., 1774, vol. IV, 533.
**66** Stern, P. J., 2011, 3.
**67** Twining, T., 1983, 144-145.
**68** Acerca del telón de fondo político de la época, *vid* . Vaughn, J., 2019.
**69** Keay, J., *op. cit* ., 53, 89.
**70** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 583-584.
**71** Gentil, J.-B., *op. cit* ., 259.
**72** Sadasukh, D., 1867-1877, vol. VIII, 408.
**73** Barnett, R., 1980, 73.
**74** Farooqui, A., 2013, 8-9.
**75** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. II, 571.
**76** Shah Alam II al Consejo, n. d., recibido en Calcuta, 6 diciembre 1764, NAI, Foreign Department Secret Consultations, 1764, 2A, 738; *CPC* 1, lv, 353.
**77** Dutta, K. K., 1965, 28-29.
**78** Bengal Despatches, febreo de 1764, *cit* . en Bence-Jones, M., 1974, 205.
**79** Spear, P., 1975, 130-131.
**80** Clive a Carnac, 7 mayo de 1762, *cit* . en Bence-Jones, M., *op. cit* ., 208.
**81** Bence-Jones, M., *op. cit* ., 208.
**82** Bowen, H. V., 1987, 905-920. Acerca del saqueo de Clive y sus consecuencias en Gran Bretaña, *vid* . los excelentes ensayos Lenman, B. y Lawson, Ph., diciembre de 1983, 801-829 y Philips, C. H., 1948, 695-702.
**83** BL, OIOC, BL G37/4/1, f. 42; Barnett, R., *op. cit* ., 74.
**84** Dutta, K. K., *op. cit* ., 38.
**85** Clive y Carnac al Consejo, 14 julio, *cit* . en Srivastava, A. L., *op. cit* ., vol. II, 10; Barnett, R., *op. cit* ., 75.
**86** *Cit* . en Bence-Jones, M., *op. cit* ., 219.
**87** Clive a Sykes, 3 de agosto de 1765, *cit* . en Barnett, R., *op. cit* ., 74.
**88** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 9-10. El jeque Itesamuddin, que participó en la redacción del texto del Tratado de Allahabad junto con otro *munshi* , afirma que Shah Alam, al ver a Clive y Carnac prepararse para marchar después de la firma del tratado les dijo, con lágrimas en los ojos, que le estaban abandonando en manos de sus enemigos, sin pensar ni un momento en su seguridad (Itesamuddin, M., 1827º, 5). *Vid* . Itesamuddin, M., 1827.

Itesamuddin viajó en 1767 del subcontinente a Inglaterra para presentar a Jorge III de Inglaterra la petición de Shah Alam. *Cit* . en Jacob, S., 2017, 141.

**89** Ghulam H. S., 1902, 398, 413-414.

**90** Forrest, *sir* G., 1918, vol. II, 335.

**91** La cuestión de la importancia relativa de las importaciones de metal moneda a la economía bengalí es objeto de polémica. *Vid* . Datta, R., 2000. También lo es hasta qué punto la Compañía despojó sin piedad Bengala de sus activos. Como me comentó Peter Marshall en una carta, «uno puede sostener con argumentos sólidos que "a partir de entonces, la India fue tratada como si fuera una vasta plantación que ordenar y explotar y todos sus beneficios fueron enviados a ultramar". Pero considero que tampoco puede ignorarse la existencia en la CIO de un discurso de gobierno justo que se remonta al siglo XVII, retórica que los directores trataron de aplicar, aunque sin éxito, a partir de 1757. El que fracasaran en tal empeño fue el motivo evidente del aumento de la intervención del Estado. Un saqueo sin control dejaría a Bengala en la ruina, lo cual, como repite una y otra vez el dicho, supondría matar a la gallina de los huevos de oro. Los directores trataron de asegurar que la gallina estuviera bien cuidada. Muchos de sus funcionarios en la India, Hastings en particular, sin duda compartían este discurso. Cabe afirmar, de forma razonable, que las consideraciones de buena gobernanza cedían, en particular en tiempos de emergencia, a los imperativos de la maximización de beneficios, pero no considero posible negar la existencia de los primeros». Agradezco mucho a P.J.M. por tener la amabilidad de revisar mi manuscrito y por todos sus ánimos y su ayuda durante tantos años.

**92** Bowen, H. V., 1991, 111-112; Moon, *sir* P., 1989, 125.

**93** Bence-Jones, M., *op. cit* ., 221.

**94** Prakash, O., 2013, 224-241.

**95** Dutta, K. K., *op. cit* ., 45; Moon, *sir* P., 1989, 125; Wilson, J., 2016, 115.

**96** *Cit* . en McLane, J. R., 1993, 195.

**97** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 3, 46, 192-193, 202-204. Véase también el brillante análisis de las observaciones de Khan en Ray, R. K., *op. cit* ., 514-515. Véase también Marshall, P. J., 2005, 260.

**98** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 158-213. En referencia a la extracción anual de riquezas de Bengala, Alexander Dow escribió: «[La Compañía] comenzó a vaciar el embalse sin desviar ningún curso de agua para evitar que se agotase». *Cit* . en Guha, R., 1983, 33.

**99** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 158-213.

**100** *Ibid* ., vol. III, 32, 181, 194-195.

**101** Moon, *sir* P., 1989, 224.

* N. del A.: 65 millones de libras actuales.

* N. del A.: 520 millones de libras actuales.

* N. del A.: Más de 1 millón de libras actuales.

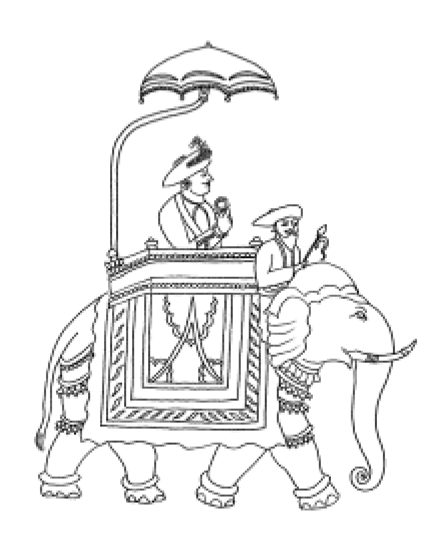
* N. del A.: 325 millones de libras actuales.

* N. del A.: El *Bhausahebanci Bhakar* llega incluso a explicar que Shuja nació en circunstancias milagrosas: un faquir le dio a comer a su madre, que era estéril, un fruto. Al momento, «se tornó fecunda y, al igual que Kumarar Rama y Polia Rama, el niño nació dotado de un vigor sin igual». *Cit* . en Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S., 2003, 232-233 (*vid* . Bibliografía).

* N. del A.: 65 millones de libras actuales.

* N. del A.: Entre 210 y 315 millones de libras actuales.

* N. del A.: 325 000 libras, que equivalen a 34 millones de libras actuales.



# CAPÍTULO 6
## Asolados por la hambruna

El monzón de 1768 trajo muy escasas lluvias al nordeste de la India. Al verano siguiente, en 1769, no llovió en absoluto. El intenso calor continuó sin interrupción, los ríos perdieron caudal, las cisternas se secaron y los *pukhurs* , los estanques de peces presentes en el centro de todas las aldeas bengalíes, se convirtieron primero en cieno pegajoso, luego en tierra seca y, al final, en polvo.

Los funcionarios de la Compañía desplegados por la Bengala rural vieron con preocupación la sequía, pues eran conscientes del efecto que tendría sobre sus ingresos. El suelo de los arrozales, escribió uno de ellos, «está tan endurecido por falta de agua que los *ryott* [granjeros] apenas pueden ararlo y prepararlo para la siguiente cosecha». Los arrozales, «cuarteados por el calor del sol, comienzan a asemejar campos de heno». [1]

El precio del arroz creció sin parar, semana tras semana, hasta multiplicarse por cinco. En octubre, la sequía comenzó a dar paso a la hambruna. En Murshidabad se reportó una «gran escasez y carestía». [2] Hacia noviembre, se decía que los campesinos «estaban totalmente incapacitados para cultivar las valiosas cosechas de algodón y moreras […] que suele venir tras la abundante cosecha de arroz». [3] Un mes más tarde, Mohamed Reza Khan, responsable de la administración de Murshidabad, reportó a Calcuta que los jornaleros hambrientos habían comenzado «a vender a sus hijos para obtener dinero y no tener que desprenderse de sus bienes y su ganado. Los arados permanecen inmóviles y muchos de ellos han abandonado sus casas». [4]

Los primeros en pasar hambre fueron los que no tenían tierras, «jornaleros, trabajadores, obreros de manufacturas y gente empleada en el río [barqueros]», pues estos «carecían del acceso a los depósitos de grano que tienen los campesinos». [5] Estos trabajadores, artesanos rurales y pobres urbanos, desprovistos de protección y de red de seguridad, fueron los primeros en caer enfermos de malnutrición y luego morir uno tras otro de inanición o de diversas dolencias. Hacia febrero de 1770 se había perdido en torno al 70 por ciento de la cosecha habitual de arroz. Su precio era diez veces superior al normal, con lo que el hambre comenzó a generalizarse.

James Grant, que estaba destinado en el interior del país, cerca de Rajmahal, reportó en su distrito una privación creciente. «En el campo, hay muertos y agonizantes dispersos por caminos y campos; en las ciudades, calles y pasajes están atestados de muertos y moribundos –escribió–. Acudían a Murshidabad multitudes, [donde] durante varios meses se alimentó a diario a 7000. La misma práctica se repitió en otros lugares; pero sus buenos efectos apenas se discernían en la devastación general […] era imposible salir sin respirar aire fétido ni escuchar llantos desesperados, tampoco sin ver grandes multitudes, de todas las edades y sexos, en todos los

estados de sufrimiento y muerte […] al final, sobrevino una calma siniestra». [6]

«La gente continuó muriendo durante el sofocante verano de 1770 –escribió *sir* William Hunter–. Los granjeros vendieron su ganado y también sus aperos de labranza; devoraron el grano para la cosecha; comerciaron con sus hijos y sus hijas, hasta que, al final, ya no quedó nadie que se los comprara. Se comieron las hojas de los árboles y la hierba de los campos […] en junio, el residente ante el Durbar afirmó que los vivos se alimentaban de los muertos. Día y noche, un torrente de míseros, hambrientos y plagados de enfermedades entraba en las grandes ciudades […] [de modo que pronto] las calles quedaron bloqueadas por montones promiscuos de muertos y agonizantes». [7]

En junio de 1770, la devastación azotaba a toda la provincia. En las calles de Murshidabad había 500 óbitos diarios por inanición. [8] El arroz escaseaba incluso en Calcuta, en cuyas calles fallecieron 76 000 personas entre julio y septiembre. «Toda la provincia parece un matadero», reportó un funcionario. Aunque la cifra total es objeto de debate, se estima que aproximadamente 1,2 millones de personas –un bengalí de cada cinco– murieron de inanición aquel año. Fue una de las mayores tragedias de la historia de la provincia. [9]

La hambruna no afectó a toda la provincia, pues en Bihar oriental la situación era ligeramente mejor. Aunque en los distritos más afectados falleció una tercera parte del campesinado y dos terceras partes de la antigua aristocracia mogola quedaron en la ruina. La mitad de los artesanos rurales pereció. El Hugli bajaba lleno de cuerpos hinchados, que descendían lentamente hacia el mar. En sus orillas, cubiertas de cadáveres, «perros, chacales, buitres y pájaros y bestias rapaces de todo tipo engordaron y se volvieron torpes de tanto comer carne humana». [10] «Los más viejos de la provincia afirman no recordar nada igual», informó Henry Verelst, sucesor de Clive en el cargo de gobernador. [11]

En julio de 1770, cuando ya era evidente que las lluvias tampoco llegarían por tercer año consecutivo, Mohamed Reza Khan escribió a sus amos de Calcuta para reportar no solo el elevado número de muertos y moribundos, sino también que los incendios estaban destruyendo las vigas de madera de los graneros vacíos. Otros muchos fallecieron a causa de las enfermedades, como el brote de viruela que se llevó al joven nabab, Saif ud-Daula: «¿Cómo describir la miseria del pueblo causada por la grave sequía y la escasez de grano? –escribió–. A diario mueren *laj* [miles] de personas […] cuando todo el país está a merced de una hambruna, el único remedio es la misericordia de Dios». [12]

En realidad, había disponibles otros remedios que no requerían intervención divina. Desde tiempos inmemoriales, las hambrunas causadas por la falta de lluvias habían sido una terrible constante de la historia de la India. Pero, desde hacía siglos, y en particular en tiempos de los mogoles, se disponía de una compleja red de reservas de grano, obras públicas y medidas de lucha contra el hambre para contrarrestar los peores efectos de la sequía. Hubo incluso algunos innovadores administradores mogoles que tomaron iniciativas para importar arroz y establecer cocinas para pobres. [13]

Ghulam Husein Khan se mostró especialmente impresionado por el trabajo de Shitab Rai, el nuevo gobernador de Patna. Antiguo lugarteniente del rajá Ram Narain, había esquivado la muerte por muy poco cuando su jefe fue ejecutado por Mir Qasim. Shitab Rai demostró ser el administrador más efectivo de la región: «Conmovido por el sufrimiento del pueblo, Shitab Rai cubrió con munificencia las necesidades de los pobres, de los decrépitos, de los viejos y de los necesitados –escribió el historiador–. En aquel año terrible, en el que el hambre y la muerte acechaban juntas por doquier y segaban vidas humanas por miles, Shitab Rai supo que en Benarés el grano era un poco más barato y abundante, por lo que reservó una suma de 30 000 rupias [*] y ordenó que las barcas y

remeros de su hacienda trajeran de forma regular a Patna, tres veces al mes, el grano adquirido en Benarés».

> El grano desembarcado en Patna se vendía a precio de Benarés. Una vez descargado, las barcas se enviaban a otro viaje, de forma que siempre había barcas desembarcando y cargando. De este modo, durante todo el tiempo que duró la hambruna, sus barcas, divididas en tres escuadrones, se empleaban en todo momento para traer grano, que su gente vendía al precio de origen, sin imputar sobrecostes, pérdidas y transporte, y que compraban hambrientos que acudían de todas partes.
>
> Pero, dado que todavía había un gran número de personas que no podía permitirse comprar grano, Shitab Rai ordenó que se dividieran en cuatro grupos y se alojaran en cuatro jardines vallados, donde los guardias los vigilaban casi como si fueran prisioneros. Aunque también eran atendidos a diario por funcionarios que hacían un recuento y eran asistidos por numerosos sirvientes que venían a ciertas horas cargados de vituallas aderezadas para los muslimes y con mucha variedad de grano, legumbres y vasijas de cerámica, así como leña para los gentúes [hindúes] y varios asnos cargados de moneda menuda, además de cantidades de opio, *bhang* [hachís], tabaco y otros tantos artículos, que se distribuían entre todas las personas en función de lo que acostumbrasen tomar. Esto ocurría cada día sin falta.
>
> Al ser informados de semejante generosidad, los ingleses y neerlandeses [de Patna] siguieron su ejemplo y alojaron a los pobres en varios cercados, donde se les alimentaba y cuidaba con regularidad. De este modo, una multitud inmensa fue rescatada de las fauces de una muerte inminente [...] pero [en otras regiones de Bengala] nadie se planteó tomar medidas similares. De hecho, algunos de los encargados de

> cuidar de los pobres estaban tan empeñados en proteger sus ganancias que, en lugar de procurarles grano abundante, utilizaban métodos violentos para proteger sus intereses. Cuando por ventura llegaba al mercado alguna barca cargada, se llevaban el grano a la fuerza. [14]

Hubo unos pocos funcionarios de la Compañía que hicieron lo que pudieron por detener la hambruna. En algunos puntos se logró evitar el acaparamiento y la exportación de arroz. [15] En Murshidabad, el residente, Richard Becher, «abrió seis centros para la distribución gratuita de arroz y otros suministros». También advirtió al Consejo de Calcuta acerca de las terribles consecuencias de no alimentar a los hambrientos y observó que los caminos, por lo general pacíficos, ahora eran inseguros y que los atracos, en otro tiempo desconocidos, estaban ocurriendo a diario, obra de los necesitados y desesperados que buscaban sobrevivir. [16] El gobernador de Calcuta, John Cartier, también hizo denodados esfuerzos por aliviar la miseria en la capital de la Compañía. Costeó «un almacén de grano con el que alimentó cada día a 15 000 durante algunos meses. Pero ni siquiera esto pudo impedir que muchos miles murieran a causa de las penurias. Las calles estaban pobladas por sujetos míseros y cada día se recogían y se arrojaban al río 150 cuerpos sin vida». [17]

Pero los esfuerzos de la Compañía para aliviar la hambruna fueron insignificantes en muchas de las áreas más afectadas. El funcionario principal de la CIO en Rangpur, John Grose, solo se dignó a repartir 5 rupias [*] diarias de arroz entre los pobres, a pesar de que, hacia junio de 1770, «la mitad de los jornaleros y trabajadores» había muerto y toda el área había quedado sumida «en un silencio sepulcral». [18] Es más, la administración de la Compañía, en su conjunto, no emprendió ninguna acción de lucha contra el hambre. Tampoco puso semillas ni crédito a disposición de los más vulnerables, ni proveyó de material a los campesinos para

cultivar la siguiente cosecha, aun cuando el gobierno disponía de abundantes reservas de efectivo para tal fin. Por el contrario, con el fin de mantener sus beneficios en un momento de producción baja y alto gasto militar, la Compañía, en una de las faltas más graves de responsabilidad corporativa de la historia, fue muy estricta en la recaudación de impuestos y, en algunos casos, incluso aumentó los tributos en un 10 por ciento.

Para obligar a los campesinos a pagar, se enviaban destacamentos de cipayos al campo que montaban horcas en lugares visibles de las que colgaban a aquellos que se resistieran a abonar impuestos. [19] Las familias hambrientas también tenían que pagar: no se autorizó ninguna exención por criterios humanitarios. En Murshidabad, Richard Becher, aterrado por lo que estaba presenciando, escribió a Calcuta para pedir instrucciones: «¿Debo permanecer impasible y ver cómo se comenten los actos de opresión más viles sin poder dar satisfacción a los agraviados? –preguntó–. Los enviados de nuestro gobierno se enriquecen a costa de la gente, por no decir que a costa de su miseria». [20] A consecuencia de estos despiadados métodos recaudatorios, la hambruna no tuvo ningún efecto sobre los libros de cuentas de la Compañía, pues los tributos recaudados fueron, en palabras de Warren Hastings, «mantenidos a la fuerza en sus niveles habituales». [21] En febrero de 1771, el Consejo pudo comunicar a los directores de Londres que «a pesar de la gran severidad de la reciente hambruna, y en consecuencia la alta reducción de población, hemos conseguido cierto incremento [de ingresos]». [22]

El Consejo argumentó que tenía la responsabilidad de mantener las defensas de Bengala y proteger sus conquistas militares, por lo que autorizó el gasto de un 44 por ciento de su presupuesto anual de 22 millones de libras [*] en el ejército y en la construcción de fortificaciones. Esto supuso un rápido aumento del tamaño de sus regimientos de cipayos, que alcanzó los 26 000 efectivos. [23] El único arroz que almacenaban iba destinado al consumo de los cipayos de

su contingente. No se planteó ninguna reducción del presupuesto militar, a pesar de que una quinta parte de Bengala perecía de inanición. [24]

Es más: llegaban constantes reportes de que comerciantes de la Compañía se dedicaban a la acumulación, usura y especulación del grano. En el momento más severo de la hambruna, Mohamed Reza Khan informó a Calcuta de que los gestores privados de la Compañía «monopolizan el grano». [25] Un autor anónimo, es posible que John Debrit, envió a Inglaterra un reporte que fue publicado íntegro en *Gentleman's Magazine* : «Tan pronto como la sequía estacional anunció la inminente escasez de arroz, nuestros caballeros al servicio de la Compañía, en particular aquellos cuyas estaciones les proporcionaban las mejores oportunidades, se dedicaron a comprar todo el arroz que pudieron».

> Cuando los efectos de la escasez se hicieron más y más evidentes, los nativos se quejaron al nabab de Murshidabad de que los ingleses habían acaparado todo el arroz. Esta queja fue presentada al presidente y al Consejo por el ministro del nabab que reside en Calcuta: pero los intereses de los caballeros implicados eran demasiado poderosos en el Consejo, por lo que este se tomó a risa sus protestas.
>
> En muchos lugares, nuestros caballeros compraron el arroz a 120 y 140 *seer* [*] por rupia, que luego vendieron a 15 *seer* por rupia a los mercaderes negros [indios], con lo que las personas implicadas hicieron grandes fortunas. Uno de nuestros escribientes en el Durbar, que también tenía interés [en este negocio], y cuya renta era inferior a 1000 rupias anuales, ha remitido este año a Inglaterra una cifra estimada de 60 000 libras [**] . [26]

Este especulador desconocido no fue un caso único. En 1770-1771, cuando la hambruna golpeaba con crudeza a Bengala, los

ejecutivos de la Compañía transfirieron a Londres la mareante cifra de 1 086 255 libras, esto es, alrededor de 100 millones de libras al cambio actual. [27]

A finales del verano de 1770, los efectos de las políticas de la Compañía eran tan horrorosos que nadie podía ignorarlos, ni siquiera los más obtusos y acaudalados de sus directores, encerrados tras los muros de sus mansiones de Calcuta. Como dijo Debrit en audiencia en Londres, «el nabab y algunos grandes del país distribuyeron arroz gratis entre los pobres, hasta que sus reservas comenzaron a agotarse […] cuando cejaron estas donaciones, muchos miles marcharon hacia Calcuta, con la esperanza de que los ayudásemos».

> En esta época Calcuta ya estaba muy afectada. Muchos miles caían a diario en las calles y en los campos, cuyos cuerpos deshechos por el calor de la estación, cuando el aire es muy infeccioso, nos hizo temer las consecuencias de la peste. Teníamos 100 personas empleadas en la *Cutchery* [***] por cuenta de la Compañía que se dedicaban, con palanquines, carretas y porteadores, a acarrear los muertos y arrojarlos al río Ganges.
>
> Una mañana desde la ventana de mi habitación he contado 40 cuerpos sin vida, que yacían a menos de 20 yardas del muro, junto con muchos centenares agonizantes de hambre, retorciéndose con sus estómagos contraídos hasta el hueso. He enviado a mi sirviente a pedir, a aquellos que todavía conservaran fuerzas, que se alejasen, mientras las pobres criaturas extendían sus brazos y gritaban «¡Baba! ¡Baba! ¡Padre! Padre! Este sufrimiento es obra de vuestros compatriotas y estoy aquí para morir, si así le place a Dios, en vuestra presencia. No puedo moverme, haced conmigo lo que tengáis que hacer».
>
> En el mes de junio, nuestra situación era aún peor, pues tan solo se podían comprar en los bazares 3 *seer* de arroz y

de muy mala calidad. Cuando se compraba, había que llevárselo a casa en secreto para evitar los asaltos del gentío hambriento de las calles. No se podía caminar por la ciudad sin ver multitudes de moribundos que gemían: «¡Dios mío! ¡Dios mío! Ten piedad de mí, me muero de hambre». En otros lugares se veían perros, chacales, puercos, buitres y otras bestias y aves de presa alimentarse de los despojos de los numerosos muertos.

Los nativos me señalaron que nunca se había visto una cantidad tan grande de estos animales y que en esta triste ocasión eran de gran utilidad, pues los buitres y otras aves sacan ojos e intestinos mientras que otros animales roen pies y manos, de modo que la gente de la *Cutchery* no tiene gran cosa que llevar al río. Aun así, lo pasan muy mal. He observado a dos de ellos acarrear en un palanquín 20 cabezas y los restos de las carcasas que habían dejado las aves de presa. Luego, lo arrojaban al río todo junto.

En esta época no podíamos tocar el pescado, pues el río también venía lleno de cadáveres. Muchos de los que comieron pescado murieron de repente. Puercos, patos y ocas también se alimentaban básicamente de los cuerpos, por lo que la única carne de que disponíamos era el cordero, cuando podíamos obtenerlo, pues era muy caro y tan malo a causa de la sequía de la estación que un cuarto del animal apenas pesaba libra y media.

Con el cordero hacía un poco de caldo y, después de cenar, había tal vez 100 pobres en la puerta esperando las sobras, que les hice enviar cortadas en pedazos pequeños, para que el mayor número de ellos pudiera compartirlo; después de que uno succionara los huesos hasta dejarlos secos y los tirase, he visto a otro recogerlo del suelo cubierto de arena y a otro hacer lo mismo, y luego un tercero y así sucesivamente. [28]



Mientras Bengala era devastada por la hambruna y «la mayor parte de su tierra [estaba] sin cultivar […] a causa de la falta de habitantes», en Londres, los accionistas de la Compañía, satisfechos de que los ingresos impositivos se mantuvieran en niveles normales y el precio de las acciones estuviera en su nivel más alto de todos los tiempos –más del doble con respecto a la época anterior al *Diwani* – lo celebraron votando un dividendo sin precedentes del 12,5 por ciento. [29]

Los accionistas no sabían que este iba a ser uno de los precios más altos al que jamás llegarían las acciones de la Compañía. También ignoraban que a esto le seguiría un largo periodo de infortunios sin precedentes –financieros, políticos y militares– que causarían un daño inmenso a la CIO, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero, y que la dejarían al borde de la bancarrota y de la liquidación definitiva.

Ya a finales de 1771 había un cambio de tono en Londres. Corrían historias de la inhumanidad de la Compañía en Bengala: el número de muertos y moribundos era demasiado inmenso como para ocultarlo. Las cartas de Horace Walpole reflejan el descubrimiento gradual de que, tras los ingentes beneficios de la CIO, había algo profundamente podrido en las operaciones indias de la Compañía. «Los gemidos de India han ascendido a las alturas –escribió–, allí donde el general nacido en el cielo [Clive] será, sin duda, repudiado».

> ¡Somos peores que los españoles en el Perú! Fueron carniceros, pero, por más diabólico que fuera su empeño, lo fueron por principios religiosos. Nosotros hemos asesinado,

depuesto, saqueado, usurpado. ¿Qué tenéis que decir al hecho de que la hambruna de Bengala, en la que han perecido tres millones de personas, haya sido provocada por el acaparamiento de alimentos de los funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales? Todo esto va a salir a la luz, está saliendo a la luz [...] a no ser que el oro que inspiró tales horrores pueda silenciarlo. [30]

Sus palabras hallaron eco en la Cámara de los Lores. Lord Chatham, esto es, el antiguo primer ministro, William Pitt, procedía de una dinastía que hizo su fortuna en la India; su padre, Diamond Pitt, amasó, cuando era gobernador de Madrás, la fortuna que hizo posible la carrera política de Pitt. Aunque a este no le gustaba que se lo recordasen. Hizo sonar la alarma: la CIO estaba importando sus prácticas corruptas desde la India hasta los mismísimos escaños de la madre de todos los parlamentos. «Las riquezas de Asia han sido derramadas sobre nuestras cabezas –declaró en el Parlamento británico– y no solo han traído lujo asiático, sino también, me temo, principios de gobierno asiáticos. Los importadores de oro extranjero, sin contactos ni intereses naturales en el terreno, se han abierto camino hasta el Parlamento por medio de un torrente tal de corruptelas que ninguna fortuna hereditaria privada podía resistir». [31]

A principios de 1772, el *London Post* publicó una serie de artículos que revelaban de forma explícita los crímenes y asesinatos que se atribuían a la Compañía en India. [32] En abril, la *Gentleman's Magazine* , la misma publicación que había editado el artículo de Debrit acerca de la hambruna de Bengala, advirtió de que la CIO podría repetir «en esta isla [Gran Bretaña] las mismas crueldades que han deshonrado a la humanidad y hecho llover la sangre de inocentes nativos sobre las planicies de la India [...] ¡abajo ese resto de poder inconstitucional, la Compañía de las Indias Orientales, la despótica corporación de comerciantes de Indias!». [33]

A medida que transcurrió el año, se fueron publicando más y más artículos, panfletos y libros que incidían en la catastrófica mortalidad de Bengala, con lo que la India se convirtió «en parte del menú diario de los periódicos» londinenses y la opinión pública se fue posicionando en contra de la Compañía y sus *nabobs* repatriados. En particular en contra de Clive, su representante más notable y destacado. [34] Un panfleto denunciaba «indios torturados para que revelaran sus riquezas: ciudades, pueblos y aldeas saqueadas; *jaghir* y provincias despojadas; tales eran los "placeres" y las "religiones" de los directores y sus funcionarios». [35] En esta época, Walpole comenzó a clamar abiertamente en su correspondencia contra las «iniquidades de nuestra Compañía de las Indias Orientales, ese nido de monstruos [...] y criadero de *nabobs* » a todo aquel que quisiera escucharlo. [36]

Aquel verano, la Compañía fue objeto de escandalosas habladurías en Londres. Algún tiempo antes se había dado a la imprenta una brillante sátira que atacaba a los directores de la CIO: *Debates in the Asiatic Assembly* [Debates de la Asamblea asiática]. Entre los personajes de la obra figuraban *sir* Janus Blubber, Shylock Buffalo, Jaundice Braywell, *sir* Judas Venom, Donald Machaggies, Caliban Clodpate, Skeleton Scarecrow y el malvado lord Vulture, [*] claramente basado en Clive. En la obra, todo el grotesco elenco ensalza a lord Vulture y solo un personaje –George Manly– se atreve a denunciar a los demás, a los que califica de «atajo de forajidos [...] una escandalosa conjura para saquear y arrebatar».

Manly exige que «se investigue en profundidad [...] la avaricia y opresión [de lord Vulture] y la gestión tiránica de sus negocios, su inhumanidad y su falta de respeto por el orden [...] ¿Debemos contemplar sin alterarnos los ingenios empleados en todo tipo de oscuras prácticas, de promesas y amenazas, de corrupción y prostitución?». Lord Vulture, afirma Manly, «hace oídos sordos a cualquier sentimiento de justicia y humanidad –y exige que la Compañía sea rescatada– de la profusión deliberada de esta harpía

insaciable, cuya ambición no tiene parangón y cuya avaricia no conoce límites».[37]

En junio de 1772, el teatro Haymarket, situado frente a Piccadilly Circus, escenificó la obra *The Nabob* , recién escrita por el propietario del Haymarket, Samuel Foote. En esta sátira subida de tono, *sir* Matthew Mite es un odioso advenedizo, un ridículo «nabob» recién llegado de la India que trata de emplear su botín de Bengala para casarse con una familia de rancio abolengo y comprar, por medio de corruptelas, un escaño en el Parlamento por la circunscripción de Bribe’em [**] . En cierto momento de la función, el asistente de Mite, Touchit, explica los métodos que Mite y sus compinches emplearon para hacer sus fortunas:

> TOUCHIT : Primero nos introducimos con astucia y nos vamos consolidando poco a poco, hasta que, pasado un tiempo, ya seamos demasiado fuertes para los nativos y entonces los echamos de sus tierras y tomamos posesión de su dinero y sus joyas.
> ALCALDE : ¿Y no le parece, señor Touchit, que es una conducta poco civilizada por nuestra parte?
> TOUCHIT : ¡En absoluto! Esa gente no es mucho mejor que tártaros o turcos.
> ALCALDE : No, no, señor Touchit, es justo al revés: son ellos los que han sacado los tártaros que llevamos dentro.[38]

Durante el verano, hubo ataques contra la Compañía en múltiples formas. Algunos la acusaron casi de genocidio en la India; otros, de corromper el Parlamento; unos pocos se centraron en el arribismo social de los *nabob* repatriados, con sus bolsas rebosantes de diamantes indios, sus propiedades recién compradas y sus burgos podridos. Muchos adujeron, con razón, que una empresa privada que gozaba de un monopolio comercial del gobierno no debía dirigir un imperio de ultramar. «El comercio y la espada no debería ser

gestionada por la misma gente –escribió Arthur Young en un volante de amplia difusión–. La actividad de los comerciante debe ser el trueque y el intercambio, no librar batallas y destronar príncipes». [39]

Uno de los ataques más contundentes contra la Compañía provino de un oficial de la CIO repatriado, el filósofo, comerciante e historiador escocés Alexander Dow, que concluyó su erudita traducción del persa de la *Historia del Indostán* de Ferishta con una crítica devastadora contra el gobierno de la Compañía en Bengala. El ataque de Dow, humano, bien informado y argumentado, era producto de su rabia y consternación por la incompetencia y barbarie de la administración de la Compañía. También constituía un testimonio de valor incalculable de una persona inteligente e informada. «Bengala, por la suavidad de su clima, la fertilidad de su suelo y la naturaleza trabajadora de los hindúes, siempre destacó por su comercio –escribió–. La balanza comercial de todas las naciones siempre favorecía a Bengala, que era el pozo en el que desaparecían el oro y la plata, sin la menor posibilidad de que retornase […] [pero, desde que la Compañía se hizo cargo] el país quedó despoblado por calamidades públicas de toda índole».

> En el espacio de seis años, la mitad de las grandes ciudades del opulento reino quedó desolada; las tierras más fértiles del mundo, yermas; y cinco millones de personas indefensas y diligentes fueron expulsadas o arruinadas. La falta de previsión puede ser más fatal que el barbarismo innato; y [los funcionarios de la compañía] ignoraban la sangre y la ruina, pues su único objeto era el botín.
>
> Un enemigo bárbaro puede dar muerte a un adversario inerme, pero un conquistador civilizado puede arruinar naciones sin usar la espada. Los monopolios y el comercio exclusivo se suman a los impuestos adicionales […] los infortunados quedaron privados de los medios al tiempo que las cargas que se les exigían eran, con peculiar absurdidad,

incrementadas […] Podemos fechar el comienzo del declive en el día en que Bengala cayó bajo el dominio de extranjeros. Estos estaban más preocupados por mejorar sus emolumentos del momento presente que por garantizar a la nación una ventaja permanente. Con una notoria falta de previsión, empezaron a desecar el estanque, sin desviar hacia él ningún arroyo para evitar que se agotase […]

«El esqueleto de Bengala se blanquea ahora al viento –concluyó Dow– y ha sido roído casi hasta el tuétano». [40]

Hubo muchos escritos condenatorios contra la CIO. Pero el más influyente y dañino, con diferencia, fue *Considerations on Indian Affairs* [Consideraciones acerca de asuntos de la India], de William Bolts, publicado en 1772. [41] Bolts, de orígenes anglo-neerlandeses, había sido uno de los funcionarios menos escrupulosos de la Compañía. Socio de William Ellis en Patna, estuvo implicado en las brutales transacciones de la Compañía durante el reinado de Mir Qasim. Pero se enemistó con Clive y fue expulsado de Bengala por comercio ilegal. Bolts juró hundir al antiguo gobernador. A su regreso a Londres, comenzó de inmediato a denunciar las actividades de la Compañía. Con sus *Considerations on Indian Affairs* , Bolts trató de destruir a Clive con la revelación de los actos más turbios de la Compañía en Bengala, en muchos de los cuales se había visto él mismo implicado. [42]

Bolts escribió que algunos funcionarios de la Compañía «encarcelaban injustamente a los nativos y a los mercaderes negros [indios] y, por medio de la violencia, les extorsionaban para abonar elevadas sumas de dinero». También mencionaba la automutilación de los tejedores, que «se cortaban los pulgares» para evitar que los obligasen a trabajar en las factorías de seda, en un régimen similar al de una prisión. [43] No había justicia para los responsables: «Observamos la impotencia del poder de este lado del océano, pues nadie que delinque en la India es llevado ante la justicia en Europa».

La idea de Bolts que más daba que pensar fue que el Tratado de Allahabad, según el cual la Compañía afirmaba haber obtenido el *Diwani* , era un sinsentido legal inventado por Clive para enmascarar la realidad de sus conquistas militares. La Compañía, escribió, «es soberana de reinos extensos, ricos y poblados, con un ejército regular de más de 60 000 hombres a sus órdenes». El nabab de Bengala y Shah Alam eran meros «nabab nominales [...] títeres» que bailaban al son de la CIO. Las tierras que esta poseía no lo eran por leyes o tratados, sino que eran «posesiones adquiridas y detentadas por violencia o usurpación». Esto era así porque «ya no existe ley o Imperio [mogol]». La Compañía se ha convertido «en un gobierno absoluto de monopolistas» que había empobrecido Bengala y estaba minando los intereses a largo plazo de Gran Bretaña. Comparado con el Raj de la Compañía, escribió Bolts, el gobierno mogol que le precedió era un modelo de principios de comercio justo, que fomentaba a mercaderes y artesanos. [44]

La solución que proponía Bolts era que la Corona asumiera el control de Bengala, que pasaría a ser una colonia gubernamental. Esto pondría fin al saqueo de la provincia por obra de una Compañía con ánimo de lucro. Bolts se dirigía en todo momento al rey, al cual sugería que debía asumir su legítima posición y extender su benigna mano para proteger a sus «súbditos de Asia», tanto británicos como indios.

En realidad, la publicación estaba plagada de medias verdades rencorosas y falsas acusaciones; muchos de los peores abusos que enumera eran, en realidad, obra del propio Bolts y de su amigo Ellis. De todos modos, *Considerations* tuvo una enorme influencia. Anticipaba muchas de las futuras críticas contra el imperio y abrió nuevos campos de confrontación por aquel entonces novedosos, pero que en el futuro se hicieron mucho más comunes. Así, por ejemplo, era la primera vez que un autor abordaba la cuestión de cómo hacer frente a una multinacional cuyos tentáculos se extendían mucho más allá de las fronteras nacionales. También se formulaba

relevantes preguntas acerca de cómo detener a un propietario de excesivo poder e inusual riqueza. ¿Qué ocurriría, se interrogaba Bolts, si un rico magnate se hacía tan poderoso y pudiente que el Estado nación no pudiera controlarlo? ¿Qué ocurriría si alguien podía comprar el poder legislativo y utilizar su riqueza para corromper parlamentarios y lograr sus objetivos mercantiles?

La *London Magazine* publicó extensos extractos de la obra. Como alguien le comentó por carta a Warren Hastings, el libro, a pesar de sus exageraciones y evidentes prejuicios, «es engullido de muy buena gana por el público, que está decidido a corregir tales abusos por medio del Parlamento». [45] Para Horace Walpole, el texto suponía la prueba de las maldades que sospechaba desde hacía tiempo que había cometido la Compañía. Bolts, «dirigió la acusación directamente a lord Clive, al cual [...] presenta como un monstruo del asesinato, de la usurpación y de la extorsión, y lanza contra él la grave acusación de prácticas monopolísticas, en abierto desafío a las órdenes de la Compañía [...] Tales monopolios se consideran la causa de la posterior hambruna de Bengala y la pérdida de tres millones de habitantes. Basta una pequeña muestra de tales crímenes para inspirar horror». [46] Bolts concluye su invectiva con una advertencia acerca de la estabilidad financiera de la Compañía. «La Compañía puede ser comparada a un edificio descomunal –escribió–, edificado a toda prisa sobre unos cimientos que no han sido examinados ni asegurados con detenimiento, y que está habitado por propietarios provisionales y gobernadores divididos por intereses diferentes y opuestos entre sí [...] mientras uno de ellos sobrecarga la estructura, el otro se dedica a socavar sus cimientos». [47]

Este pasaje resultó profético. Pues, tan solo cinco meses más tarde, los cimientos financieros de la CIO se hundieron de la forma más espectacular.



El 8 de junio de 1772, un banquero escocés llamado Alexander Fordyce desapareció de su oficina; había dejado deudas por valor de 550 000 libras. * Su banco, Neal, James, Fordyce y Down, quebró poco después y se declaró en bancarrota. A la semana siguiente, cerró sus puertas otra institución con importantes inversiones en acciones de la Compañía: Douglas, Heron & Co., también conocida como Ayr Bank. Esto dio inicio a una crisis financiera que se expandió con rapidez tanto por Gran Bretaña como por toda Europa.

Durante la semana siguiente, al otro lado del mar del Norte quebraron varios bancos neerlandeses que contaban con fondos especulativos de acciones de la Compañía de las Indias Orientales. En menos de quince días, cerraron diez bancos más por toda Europa y otros veinte antes de que terminara el mes. En menos de tres semanas, cayeron treinta bancos como fichas de dominó. [48]

Tal acontecimiento tuvo repercusiones globales, que incluyeron suicidios en Virginia y, ya más cerca de Gran Bretaña, la bancarrota de *sir* George Colebrooke, secretario de la Compañía de las Indias Orientales, lo cual no contribuyó a recuperar la confianza en su gestión. El Banco de Inglaterra tuvo que intervenir, pero este también estaba en peligro. «Estamos en una situación muy triste: bancarrotas continentales, pérdida de crédito universal y desconfianza sin fin –escribió en junio David Hume a Adam Smith–. ¿Alguno de estos hechos afecta a su teoría? ¿Tendrá ocasión de revisar algunos capítulos [de *La riqueza de las naciones* ]?». [49]

Un mes más tarde, el 10 de julio de 1772, llegó a la Casa de las Indias Orientales un paquete de facturas por valor de la enorme suma de 747 195 libras, remitido desde la India por funcionarios de la Compañía que retornaban a Gran Bretaña. En ese momento,

había verdadera preocupación acerca del estado de las finanzas de la CIO, pues los giros enviados a Londres para su cobro entre 1771 y 1772 rondaban los 1,5 millones de libras. [50] Hubo quien se planteó si la CIO tenía que autorizar tales pagos, pero el comité contable insistió en que debían abonarse, pues, de no hacerlo, «el crédito de la Compañía sufriría muy grave perjuicio».

Al mismo tiempo, la hambruna provocó un descenso de los ingresos de las tierras de Bengala, mientras que en los almacenes de Londres se acumulaban enormes remesas de té a un precio excesivo de la CIO. El *stock* sin vender había pasado de alrededor de 1 millón de libras en 1762 a más de 3 millones en 1772. Esto coincidió con la duplicación del gasto militar entre 1764 y 1770. Además, el coste del dividendo del 12,5 por ciento añadió casi 1 millón anual [*] a los gastos de la CIO. Los libros de cuentas estaban muy lejos de cuadrar. [51] Durante la segunda mitad del año, la Compañía dejó de abonar el pago anual de aranceles y luego el de los préstamos del Banco de Inglaterra. A medida que empezó a conocerse la noticia de la crisis, los valores de la CIO se desplomaron 60 puntos en un solo mes. Poco después, la CIO se vio obligada a humillarse y mendigar un elevado préstamo al Banco de Inglaterra. [52]

El 15 de julio de 1772, los directores de la Compañía solicitaron al Banco de Inglaterra un préstamo de 400 000 libras. Quince días más tarde, regresaron para pedir 300 000 más. El banco solo disponía de 200 000. Había facturas impagadas por valor de 1,6 millones de libras y obligaciones por más de 9 millones, mientras que los activos de la Compañía valían menos de 5 millones. [53] En agosto, los directores comentaron al gobierno, de manera confidencial, que necesitarían un rescate sin precedentes de 1 millón de libras más. [*]

La CIO ya estaba profundamente endeudada. Entre 1769 y 1772, había pedido prestados 5,5 millones de libras [**] al Banco de Inglaterra. Tal y como escribió el secretario a Warren Hastings, «nuestras cuitas domésticas se nos echaron encima: un pesimismo

generalizado surgido de tan inmensa bancarrota ha provocado el casi estancamiento del crédito público, ha afectado en grado sumo a nuestras ventas y ha hecho que el Banco de Inglaterra (nuestro único recurso) sea muy cauteloso». [54] Poco tiempo después, un informe redactado por Edmund Burke retrataba a los servidores de la Compañía «separados tanto del país que les envió allí como del país en el que se encuentran» y preveía que los problemas financieros de la CIO podían, en potencia, «arrastrar [al gobierno] como una piedra de molino, hacia un abismo insondable […] esta maldita Compañía será como una víbora, la destrucción del país que la acogió en su seno». [55]

Al mismo tiempo, existía un amplio consenso en que era la riqueza de la India la que estaba propulsando la economía británica, así como en que «la primera y más inmediata consecuencia» de la caída de la CIO sería una «bancarrota nacional» o, lo que era lo mismo, «la interrupción del pago de los intereses de la deuda nacional». [56]

El economista y teórico político Thomas Pownall escribió que «por fin, la gente empieza a ver que los asuntos de la India ya no son simples apéndices financieros conectados al imperio, sino que la participación de sus beneficios ha llegado hasta el mismo armazón de nuestras finanzas […] la gente tiembla de horror con la sola idea del hundimiento de la parte india de nuestro sistema. Saben que su caída significaría, necesariamente, la ruina del conjunto del edificio del Imperio británico». [57] Tal era, ciertamente, el punto de vista del rey. Jorge III escribió que, en su opinión, «la verdadera gloria de esta nación» dependía de la riqueza de la India, que suponía «el único método seguro para rescatar este país de la lamentable situación en que se encuentra, causada por el peso de la deuda que le aprisiona». [58]

El 26 de noviembre se convocó una sesión del Parlamento para debatir acerca de la crisis financiera de la Compañía de las Indias Orientales, así como de las acusaciones generalizadas de corrupción

y malas prácticas contra funcionarios de la CIO. El contraste entre la bancarrota de la Compañía y las grandes riquezas de sus empleados era demasiado flagrante para que no se investigara. También había aquí un elemento personal: el 40 por ciento de los miembros del Parlamento poseía acciones de la CIO y sus finanzas habían sufrido un grave quebranto a causa de la caída de su valor.

Era cada vez más obvio que si el Parlamento votaba el rescate de la Compañía, valorado en 1,4 millones de libras, [*] tenía que haber un *quid pro quo* , esto es, cierto grado de supervisión parlamentaria de la CIO a cambio de autorizar un préstamo de tal magnitud. Por primera vez, existía un amplio consenso en que la CIO no era capaz de solucionar sus problemas y en que, de no intervenir el Parlamento, se perderían Bengala y sus inmensos réditos.

Como declaró el diputado William Burrell, «Señor, no cabe permitir que ningún caballero piense que esta es una cuestión trivial que afecta al gobierno o a la oposición. No, señor, es una cuestión del imperio; y tal vez de este asunto dependa si Gran Bretaña sea el primer país del mundo, o que quede postrada y arruinada». [59]




El 18 de diciembre de 1772, los directores de la Compañía de las Indias Orientales fueron convocados al Parlamento, donde se vieron sometidos a la feroz interpelación del Comité Selecto de Asuntos Exteriores [Select Committee] del general John Burgoyne, establecido para investigar los abusos de la CIO en la India, en particular las acusaciones de desfalcos y aceptación de sobornos. Se acusó de corrupción a diversos funcionarios de la Compañía, entre ellos a Clive, a quien Burgoyne describió como «el delincuente más viejo, por no decir el principal». En su informe final, el Comité

calculó que entre 1757 y 1765 se habían distribuido en Bengala «presentes» por un valor superior a los 2 millones de libras [*] y afirmó que «las grandes sumas de dinero […] de las que se habían apropiado» Clive y sus compinches, «para deshonor y detrimento del Estado», debían ser reembolsadas a la Corona. [60]

Clive respondió el 21 de mayo de 1773 con uno de sus célebres discursos, aquel en el que protestaba enérgicamente por verse tratado como un «vulgar robaovejas». Después de Plassey, bramó, «un gran príncipe dependía de mi complacencia; una ciudad opulenta se tendía a mi merced; sus banqueros más ricos se disputaban mis sonrisas; ¡caminé entre cofres que solo se abrían para mí y de los que tomaba oro y joyas a manos llenas! ¡Señor presidente!, en este momento, me asombro de mi templanza».

Clive habló poderosamente en su defensa por espacio de dos horas y, tras hacer una última petición, «déjenme mi honor, llévense mi fortuna», abandonó la Cámara con lágrimas en los ojos entre gritos exultantes de «¡así se habla!». [**] Subió a su carroza y regresó a su casa, sin saber si «a la mañana siguiente le quedaría un solo céntimo». [61] El debate se prolongó hasta bien avanzada la noche y una creciente mayoría de diputados atacó la moción de Burgoyne y sumaron enmiendas hasta hacerla prácticamente inofensiva. También hubo una segunda moción en la que se ensalzaba a Clive por sus «grandes y meritorios servicios a este país». En último término, después de una noche de debate, Clive quedó exonerado, por 95 votos a favor y 155 en contra. [62]

Puede que el primer ministro, lord North, hubiera perdido una batalla, pero seguía determinado a poner coto a la CIO. Poco después del rechazo de la moción de censura de Burgoyne, North declaró: «Considero, señor, que el Parlamento debería tener derechos sobre la Compañía de Indias Orientales […] sus continuos excesos, los fraudes cometidos en Gran Bretaña y la opresión en el extranjero que todo el mundo podría denunciar, tendrían que ser examinados por la Corona». [63] Su objetivo era colocar a todos los

territorios indios de la CIO, así como a los 20 millones de indios que allí residían, bajo la autoridad del Estado. Como expresó un diputado, la Cámara debe «intentar rescatar tantos nativos infelices y diligentes del yugo del gobierno bajo el que viven sometidos». [64]

Pero North también fracasó en este empeño. La Compañía disfrutaba de privilegios por escrito, garantizados por la Corona y defendidos con tenacidad por sus accionistas. Es más, muchos miembros del Parlamento poseían acciones de la CIO y los impuestos que pagaba esta contribuían demasiado a la economía. Los aranceles, por sí solos, generaban 886 922 libras anuales, [*] por lo que ningún gobierno podía plantearse dejar que la Compañía se hundiera. En última instancia, le salvó su envergadura: la Compañía generaba cerca de la mitad del comercio de Gran Bretaña. No cabía duda de que era demasiado grande para dejarla caer.

Dadas las circunstancias, pronto quedaron claras las líneas maestras del acuerdo entre la Compañía y el Parlamento y, con estas, la nueva alianza con el Estado. Se aprobaría un préstamo colosal de 1,4 millones de libras [**] que la Compañía necesitaba para escapar de la inminente bancarrota. A cambio, aceptaba someterse a un Acta Regulatoria [Regulating Act] definida por la ley india de lord North de junio de 1773, que sometería a la CIO a un mayor control parlamentario. El Parlamento también podría nombrar a un gobernador general que supervisaría no solo la presidencia de Bengala, sino también la de Madrás y Bombay. El 19 de junio de 1773, la ley de lord North fue aprobada por 47 votos a 15. La primera multinacional beligerante del mundo fue salvada por uno de los primeros megarrescates de la historia. El Estado nación obtenía, a cambio de salvar a una corporación en quiebra, el derecho a regularla y controlarla. Pero, a pesar de la retórica parlamentaria, la CIO siguió siendo un poder imperial semiautónomo en toda regla, aunque incorporado en la maquinaria del Estado hanoveriano. En sí misma, el Acta Regulatoria sirvió de poco para aliviar los peores excesos de la CIO. Aunque sentó un precedente y marcó el

comienzo de un proceso de constantes interferencia del Estado en los asuntos de la Compañía, que culminó con su nacionalización 80 años más tarde, en 1858.

El hombre al que el Parlamento dio el primer cargo de gobernador general no era ningún recién llegado a la India, sino un veterano de la Compañía de 41 años de edad. Warren Hastings era uno de sus cargos más inteligentes y experimentados: austero, erudito, diligente y adicto al trabajo. La misma acta también preveía el nombramiento de tres consejeros gubernamentales que supervisarían el trabajo de Hastings en nombre del Parlamento. Entre ellos se encontraba un joven secretario parlamentario, brillante y leído, pero también extrañamente malévolo, vengativo y con una insaciable ambición que respondía al nombre de Philip Francis. Hijo de un pastor protestante irlandés, había nacido en Dublín pero se había criado en Londres, donde, como él mismo escribió, «emprendió el camino de la vida sin la más mínima ventaja de cuna o de fortuna». Francis era muy consciente de su condición de *outsider* y arribista social, por lo que «siempre estaba en guardia contra sí mismo». También era un obrero cualificado de la política. Amante del subterfugio, el engaño y la intriga, era el principal sospechoso de la autoría de las cartas de «Junius», unos ensayos incendiarios contra Jorge III y sus ministros publicados entre 1768 y 1772 y ampliamente difundidos entre las colonias americanas y la Europa continental. [65] La incapacidad de Hastings y Francis de trabajar juntos, así como la ambición del segundo de hacer destituir a Hastings para poder ocupar su puesto de regente de Bengala, «este glorioso imperio que había sido enviado a salvar y gobernar», serían la causa de las muchas dificultades que experimentaría la Compañía y paralizaría su gobierno en la India durante los años venideros. [66]

La otra baja provocada por el Acta Regulatoria y los debates parlamentarios en torno a esta fue, tal vez de forma algo sorprendente, el propio Clive. Aunque el Parlamento lo exoneró,

nunca se recuperó del trato recibido por Burgoyne y su Comité Selecto. Se había librado de una reprobación formal, pero ahora era una figura profundamente impopular. Todo el país le veía como lord Vulture, la personificación monstruosa de la corrupción y falta de principios de la Compañía de las Indias Orientales.

Poco después de la aprobación del Acta Regulatoria, Clive partió al extranjero para hacer el *Grand Tour* ; a su paso por Francia, cenó con algunos de sus antiguos adversarios de la Compagnie des Indes. Dedicó un año a recorrer los lugares de la Antigüedad clásica de Italia, coleccionando piezas de arte y reuniéndose con algunos de los personajes más poderosos y populares de Europa. Pero nunca recuperó su paz interior. En el pasado, ya había sufrido depresión y durante su juventud había tratado de suicidarse en dos ocasiones. Desde entonces, a pesar de mantener una apariencia externa de autoconfianza y calma impasible, al menos había tenido una recaída importante. A esto había que sumar gota y terribles dolores estomacales. El 22 de noviembre de 1774, poco después de regresar a Inglaterra, y con tan solo 49 años, Robert Clive se suicidó en su casa de Berkeley Square.

Su antiguo enemigo Horace Walpole se hico eco de los primeros rumores que circularon por Londres. «Ciertamente, había una enfermedad en su caso –escribió–, pero el mundo piensa que hay algo más que enfermedad. Su constitución estaba desordenada y quebrantada y sufría dolores violentos y convulsiones. El lunes pasado llegó a la ciudad muy enfermo. El martes, su médico le dio una dosis de láudano, que no tuvo el efecto deseado. Acerca de lo que siguió después, hay dos historias. Según una, el médico repitió la dosis; la otra dice que la duplicó él mismo, en contra de lo que se le había aconsejado. En pocas palabras [...] ¡Ha puesto fin, a la edad de 50 años, a una vida llena de gloria, culpa, arte, riqueza y ostentación!». [67]

La verdad era algo más desagradable: Clive se cortó la yugular con un abrecartas romo. Se hallaba en su casa con su mujer,

Margaret; su secretario, Richard Strachey y la mujer de Strachey, Jane. Tal y como dejó escrito esta última, los violentos cólicos estomacales de Clive interrumpieron la partida de *whist* que estaban jugando. Este salió del salón «a visitar el excusado». Al ver que tardaba en regresar, Strachey dijo a Margaret Clive: «Debería ir a ver dónde está mi señor». Margaret «fue a buscarlo. Abrió la puerta y encontró a lord Clive con el cuello cortado. Se desmayó y vinieron los criados. Patty Ducarel se manchó las manos con un poco de sangre, pero se la lamió». [68]

El cadáver de Clive fue sacado de Berkeley Square en mitad de la noche y llevado a la iglesia de su aldea natal, Moreton Say. Fue enterrado allí en una ceremonia nocturna secreta, en una tumba sin lápida ni nombre, en la misma iglesia en la que había sido bautizado medio siglo antes.

Clive no dejó ninguna nota de suicidio, pero Samuel Johnson comentó la opinión generalizada en cuanto a sus motivos para quitarse la vida. Clive, escribió Johnson, «había adquirido su fortuna por medio de tales crímenes, que adquirir consciencia de ello le impulsó a cortarse el cuello». [69]



El 19 de octubre de 1774 arribaron al fin al muelle de Calcuta los tres consejeros de la Corona nombrados con arreglo al Acta Regulatoria: Philip Francis, el general Clavering y el coronel Monson. Nada más llegar, se sintieron ofendidos, pues se les saludó con 17 cañonazos, en lugar de los 21 reglamentarios. La recepción fue «infame y deshonrosa» […] «No hubo guardia, ni nadie que nos recibiera o nos indicara el camino, ni tampoco recepción formal». [70]

Warren Hastings empeoró aún más la sensación de agravio, pues les recibió para comer en su casa ataviado con un atuendo informal: «El señor Hastings podría haberse puesto una camisa con chorreras», escribió el secretario de Philip Francis, que también era su cuñado. El general Clavering escribió de inmediato una carta de protesta formal a Londres. Hacia el final del desangelado almuerzo, Warren Hastings se estaba planteando dimitir. La nueva organización política no podía haber tenido un comienzo más desafortunado.

Aunque lo peor estaba por llegar. Al día siguiente, 20 de octubre, en la primera reunión formal de los nuevos consejeros, su primer acto fue inquirir acerca de la reciente Guerra Rohilla y preguntar si Hastings había cedido tropas de la Compañía a su aliado Shuja ud-Daula de Awadh. El objetivo de Hastings era ayudar a Shuja a detener las incursiones de los rebeldes afganos rohillas y estabilizar la frontera occidental. Pero Francis, con razón, señaló que los efectivos de la Compañía habían sido cedidos en calidad de mercenarios y que, mandados por Shuja, habían participado en atrocidades terribles contra los afganos vencidos.

Hastings, siempre vulnerable a las críticas, escribió que la malicia extrema tornaba el aire casi irrespirable. «Oscuras alusiones, insinuaciones misteriosas, ácidas invectivas y reflexiones irónicas son las armas a las que me he habituado», escribió poco tiempo después. [71] Francis redactó satisfecho que «el sudor corría por el rostro de Hastings, le saltaban las lágrimas, sacudía la cabeza y recorría la habitación de un lado a otro, molesto». [72] Poco después, Francis remitió al primer ministro, lord North, un despectivo informe de Hastings. «Sin negarle algún talento, de tercera o cuarta categoría –argumentaba–, todos quedamos decepcionados de sus capacidades y juicio, así de sus otras aptitudes. En su defensa, diré que, en un principio, pensé que padecía un estado de delirio, pero él mismo me ha quitado esa idea [...]». [73]

Bajo la malévola influencia de Clive, que siempre desconfió de la indiofilia de Hastings, Francis llegó a la India convencido de que

Hastings era el origen de todas las calamidades y corrupción de Bengala. Como remitió a su protector, que por aquel entonces regresaba del último tramo de su *Grand Tour* , «el señor Hastings es el más corrupto de los villanos». El único aliado de Hastings en el Consejo, Richard Barwell, era «un zoquete presuntuoso, ignorante y falso». [74]

Philip Francis sostuvo estos puntos de vista hasta el día de su muerte. Desde el mismo momento de su llegada a Calcuta buscó hundir a Hastings por todos los medios, bloquear sus iniciativas y revertir todo lo que había hecho. «Bengala está arruinada y el señor H lo ha hecho él solo –escribió pocas semanas después de su llegada–. En el siguiente barco enviaré tal informe de situación que hará temblar hasta al último hombre de Inglaterra». [75] Los otros dos consejeros, ambos soldados irascibles y no demasiado brillantes, hicieron todo cuanto sugería Francis, el cual les había convencido de sus argumentos durante el año de travesía por mar hasta Bengala.

Pero Hastings tenía buenas razones para sentirse agraviado. Lejos de ser considerado la encarnación de la corrupción de la Compañía, hasta la llegada de Francis le había considerado un hombre de intachable reputación. Alto, delgado, austero, de habla pausada y mordaz erudición, Hastings fue uno de los pocos funcionarios de la Compañía que se opusieron a los peores excesos de esta. Era objeto de admiración general por sus notables capacidades administrativas y su carácter trabajador. El artista William Hodges, que remontó el Ganges en compañía de Warren Hastings, remarcó su vestimenta sencilla, que contrastaba con la pompa de sus colegas, y observó la firmeza con la que impidió que sus sirvientes tratasen con rudeza a los indios comunes. Constantemente prestaba dinero a amigos en apuros y cuidaba de los suyos con consideración y generosidad. Su lista de pensionados incluía a la viuda de su primer sirviente en Kasimbazar e incluso a un ciego que solía cantar para él en las calles de Calcuta. [76] Ghulam Husein Khan, que dice pocas cosas buenas de los funcionarios

británicos, recogió en su historia un largo y singular pasaje en el que ensalza la lucha de Hastings por dar justicia a la gente corriente durante el gobierno de la Compañía, así como su generosidad: «Quiera el Todopoderoso conceder gracias y favores que recompensen al gobernador por haber acudido presuroso a socorrer a tantas familias afligidas [...] y por escuchar los gemidos y sollozos de tantos miles de oprimidos, que saben sufrir, pero no pueden hablar». [77]

Hastings era mucho más consciente que ninguno de sus coetáneos de los muchos defectos del régimen de la Compañía y escribió acerca de ellos en términos inequívocos. «Poseen vastas posesiones, pero actúan con si fueran meros comerciantes, que hacen del lucro inmediato su primer principio. Reciben unos ingresos inmensos, pero no ejercen autoridad para proteger a las personas que los pagan [...] [tales] paradojas irreconciliables que son muy dañinas para nuestro carácter nacional [...] y bordean en la inhumanidad». [78] Hastings estaba decidido a impulsar los cambios necesarios para hacer más justo, efectivo y responsable el gobierno de la Compañía. Los funcionarios de la Compañía, escribió, a menudo ignoran las lenguas y las costumbres locales, con lo que los peticionarios indios no pueden oponerse a sus abusos y su opresión. Esto, en su opinión, era «la raíz de todo el mal que se extiende por todos los conductos de nuestro gobierno». [79] Al asumir el gobierno general, dejó escrito: «Dios no quiera [...] que el gobierno de este bello país continúe siendo una simple poltrona para una sucesión trienal de aventureros indigentes cuyo único objetivo es hacer fortuna». [80]

Entre su nombramiento, en febrero de 1772, y la llegada de Francis y los otros dos consejeros, dos años y medio después, Hastings había hecho mucho por revisar y reformar los peores aspectos del gobierno de la Compañía en Bengala. A su llegada a Calcuta, le aterraba el desbarajuste que había heredado: «El nuevo gobierno de la Compañía consiste en un enorme montón de

materiales a medio digerir, desordenados como el propio caos –escribió–. Los poderes del gobierno están por definir; la recaudación de impuestos, la provisión de inversiones, la administración de justicia (si es que existe tal cosa), el cuidado de la política, todo está en el mismo montón y lo ejercen las mismas manos, aunque, con mucha frecuencia, estas dos últimas responsabilidades son desatendidas por completo por no saber a quién acudir». [81]

Hastings se puso a trabajar de inmediato. Comenzó por convertir la CIO en un servicio administrativo. Su primer gran cambio fue trasladar todas las funciones de gobierno de Murshidabad a Calcuta. Se prescindió del mito de que Bengala seguía siendo gobernada por el nabab. A partir de ese momento, la Compañía gobernó abiertamente: «Calcuta es ahora la capital de Bengala –escribió– y cada oficina y departamento de la provincia trabaja desde ella […] ya era hora de establecer la autoridad de la Compañía y habituar al pueblo y al nabab a su soberanía». [82] No obstante, Hastings deseaba retener y revivir el sistema mogol ya existente y gobernar por medio de funcionarios indios. Solo la oficina del gobernador general y su consejo reemplazarían al nabab. Llegó incluso a proponer que no se permitiera a ningún europeo residir fuera de Calcuta, con excepción de unas pocas factorías escogidas asociadas a los negocios de la Compañía.

Trabajó con extraordinaria energía durante todo 1773. Unificó sistemas monetarios, ordenó codificar las leyes hindúes y resumir los libros de jurisprudencia de los musulmanes, reformó el sistema de impuestos y aranceles, fijó las rentas de la tierra y puso fin a los peores abusos cometidos por los agentes locales en representación de comerciantes privados. Creó un eficiente servicio postal, apoyó la iniciativa de James Rennell de cartografiar el territorio y construyó una serie de graneros públicos, entre los que se incluye el gran Gola de Patna, para garantizar que nunca se repitiera la hambruna de 1770-1771. [83]

Fue en esta época cuando el diplomático y explorador del Tíbet George Bogle conoció a Hastings. Bogle le describió como «un hombre preparado en todos los aspectos para el cargo que ocupa. Posee firmeza, pero también moderación de carácter; es rápido y resolutivo en sus asuntos y habla con elegancia. Conoce las costumbres y disposiciones de los nativos, cuya lengua entiende, y, aunque no es afable, es una persona accesible para todo el mundo. Durante su administración se han corregido numerosos abusos y se han establecido muchos reglamentos útiles para cada uno de los departamentos de gobierno». [84]

Toda la obra de Hastings se basaba en un profundo respeto por la tierra en la que había vivido desde antes de cumplir los 20 años. Pues, al contrario que Clive, Hastings era un admirador de la India. Cuando llegó al cargo de gobernador no solo hablaba bien el bengalí y el urdu, sino que también conversaba con fluidez en persa literario y cortesano. Era incluso capaz de entonar «aires indostaníes». Sus cartas, entre las que se incluyen algunas dirigidas a su amigo Samuel Johnson, revelan un profundo afecto por India y los indios, algo por completo ausente en las racistas misivas de Clive. «Nuestros súbditos indios –escribió Hastings– están más libres de las peores inclinaciones de la naturaleza humana que ninguno de los pueblos que habitan la faz de la tierra, nosotros incluidos. Son amables, benevolentes y están más inclinados a mostrar gratitud cuando se les trata con amabilidad que prestos a vengar las ofensas sufridas. Aborrecen el derramamiento de sangre, son leales y afectuosos en su servicio y sumisos a la autoridad legal». [85] A Hastings le desagradaba en particular el tono y los modales altaneros con los que los funcionarios de la Compañía trataban a los indios: «Existe entre los europeos, en particular entre los de más baja estofa, una ferocidad de modales que choca con el temperamento amable de los bengalíes y que da a estos últimos una superioridad difícil de disimular, incluso sin el peso adicional de la autoridad». [86]

A medida que transcurrieron los años, cuanto más estudiaba Hastings la cultura india, más respeto sentía por ella. En 1784, se fundó la Sociedad Asiática [«Asiatick Society»] con su patronazgo y la guía del erudito persa y pionero del orientalismo *sir* William Jones, que había llegado para supervisar el nuevo sistema legal. Esta sociedad, entre otros proyectos, financió la primera traducción del *Bhagavad Gita* , para la cual Hastings redactó una introducción justamente celebrada. «No hace mucho, eran muchos los que consideraban a los habitantes de la India criaturas apenas superiores a la vida salvaje –escribió– y, aunque me temo que este prejuicio no ha sido erradicado por completo, considero que se ha reducido. Cada ejemplo que muestre su verdadero carácter nos hará ser más generosos hacia sus derechos naturales y nos enseñará a valorarlos en su propia medida. Pero tales ejemplos tan solo pueden ser obtenidos de sus escritos. Estos sobrevivirán mucho tiempo después de que el dominio británico de la India haya dejado de existir y las fuentes que otrora le dieron su riqueza y poder hayan caído en el olvido […] en verdad, amo a la India un poco más que a mi propio país». [87]

Dirigida por Jones y Hastings, la Sociedad Asiática se convirtió en catalizador de un torrente de eruditos escritos acerca de la civilización de lo que Jones denominaba «este maravilloso país». La Sociedad estableció una relación duradera con la intelectualidad bengalí y abrió el camino para el descubrimiento de las raíces profundas de la historia y de la civilización de la India. Jones dejó escrito que en la India había encontrado la Arcadia. Fue un momento, raro en la historia del imperio, de genuina comprensión intercultural. [88]

Es más, el interés de Hastings por el *Bhagavad Gita* no era meramente por su antigüedad. Algunos aspectos de su filosofía guiaron su vida personal. Su máxima principal se inspiraba en el siguiente *sloka* [verso] del *Bhagavad* : «Pon tu ánimo en la acción, mas nunca en su recompensa. Actúa sin pensar en la retribución;

mas no cejes en el cumplimiento de tu labor. Quienes han visto y se han unido al saber, renuncian a los frutos de sus acciones y, libres de las ataduras del nacimiento, encaminan sus pasos hacia la morada de la salvación». [89] *

Por el contrario, Philip Francis veía la India con los ojos de Clive. Escribió con desprecio de los «nativos atrasados e ignorantes de Bengala», además de anticiparse a Macaulay al sostener que el inglés debía ser la lengua del gobierno en la India. [90] «La vulgaridad del bengalí es proverbial –se quejaba–, no podía concebirse una más refinada depravación». Esta divergencia de pareceres apenas dejaba terreno neutral entre ambos. Hastings acabó por detestar a Francis con la misma intensidad que a su némesis, «ese hombre frívolo, el más vil de los correveidiles [...] carente de cualquier principio de generosidad u hombría». Pero, por más que rabiase, Hastings no podía imponerse a la mayoría hostil de su consejo en Bombay. «Los tres somos reyes», se pavoneaba Francis, con lo que Madrás y Bombay comenzaron a ignorar también las órdenes de Hastings. [91]

Fue así como se inició en Bengala un periodo de intenso conflicto político y parálisis gubernamental que generó lo que Ghulam Husein Khan (que estaba perplejo por los métodos de toma de decisiones de la Compañía) calificó de «infinidad de disturbios y confusión que entorpecían a perpetuidad las ruedas del gobierno». No había «un responsable que se impusiera a todos ellos, con pleno poder y autoridad». Por el contrario, el Consejo tenía la autoridad, «lo que los ingleses llaman un comité, de cuatro o cinco hombres [...] en perpetua discordia entre sí, y también en perpetuo suspense acerca de su postura y de si van a ser sucedidos por otro». El resultado fue un «constante fracaso» que afectaba a «cada una de las iniciativas» de la Compañía. «Este país parece no tener dueño», concluye el historiador. [92] Hastings se habría mostrado de acuerdo. Como escribió él mismo: «Todos los asuntos quedaron paralizados, pues mi consejo estaba ocupado en reunir pruebas de mi demérito y de las virtudes de mis adversarios». [93]

Los muchos enemigos de la Compañía en la India pronto se dieron cuenta de la parálisis política de Bengala. Hubo dos centros de poder que decidieron poner a prueba la fuerza de su adversario, ahora dividido y debilitado. Ambas cortes tenían sus capitales en el sur: la Compañía controlaba el norte y el este de la península, pero en el sur y en el oeste la situación era muy diferente.

El primero de estos núcleos poderosos eran los marathas, que durante los casi setenta años transcurridos desde la muerte de Aurangzeb habían sido, con diferencia, la mayor potencia militar de la India y los principales responsables del lento desmembramiento del Imperio mogol. En 1761, los marathas encajaron un importante revés en la batalla de Panipat a manos de los afganos de Ahmad Shah Durrani. Rodeados, mal abastecidos, hambrientos y al borde de la inanición, los marathas sufrieron un catastrófico asedio en las llanuras de Panipat. Durante las semanas previas a su aniquilación final, sus comandantes cayeron muertos uno tras otro bajo el intenso fuego artillero de los afganos. Primero Balavant Rao Mehendale, luego Govindpant Bundele: «La tierra temblaba, la gente comenzó a maldecir y decían que caían centellas a la tierra». [94] En el día decisivo, 7 de enero de 1761, los marathas, desesperados y hambrientos, trataron de romper el cerco y escapar. Bajo su estandarte amarillo fueron masacrados por la artillería a lomos de camellos y las cargas de caballería en masa de los afganos, que contaban con suministros de todo tipo. Al final de ese día, habían caído 28 000 marathas en el campo de batalla, entre los que se incluían sus jefes más jóvenes y el único heredero del *peshwa* , abatido por una bala en el pecho. Al día siguiente, Durrani ordenó que los 40 000 cautivos marathas que se habían rendido fueran ejecutados hasta el último hombre. Poco después, el *peshwa* Ballaji Rao murió de pena: «Su mente quedó sumida en la confusión y comenzó a vilipendiar y maldecir a su gente». [95] Pero, una década más tarde, Durrani había muerto y los marathas empezaron a recuperarse. Volvieron a controlar buena parte del centro oriental de

la India y ambicionaban extender su influencia desde el Kaveri hasta el Indo.

El segundo centro de poder era una nueva fuerza recién surgida en la década de 1770. Se trataba del sultanato de Mysore de Haidar Ali y su formidable hijo, el sultán Tipu. Haidar, de origen punyabí, había ido ascendiendo en las filas del ejército de Mysore, en el que introdujo muchas de las innovaciones que había aprendido de las tropas francesas durante las Guerras Carnáticas. A principios de la década de 1760 depuso a Wodiyar, rajá de Mysore, y se hizo con el control del Estado mediante lo que hoy calificaríamos de golpe militar. Una vez en el poder, incrementó de inmediato el tamaño del ejército y lo empleó para ocupar las tierras de una serie de pequeños Estados vecinos.

Haidar importó de Francia oficiales para que entrenasen a sus hombres e ingenieros para que reconstruyeran las defensas de la isla-fortaleza de Srirangapatna. Haidar y Tipu llegaron incluso a tratar de crear una armada, que en torno a 1766 se componía de 2 buques de guerra, 7 naves de menor porte y 40 *gallivat* , todos mandados por un marino europeo llamado Stannett. [96]

Cada uno en su momento, los marathas y el sultanato de Mysore de Tipu, serían los dos adversarios militares más fieros y difíciles a los que se enfrentaría la Compañía. Los obstáculos finales para la conquista de la India peninsular.




Los directores, ya desde hacía cierto tiempo, estaban alarmados ante la rápida mejora de las técnicas militares indias en toda la región: la Compañía ya no lograba victorias fáciles como las de la era de Plassey, en la década anterior. Los Estados indios habían

necesitado unos treinta años para ponerse al día con las innovaciones en tecnología, táctica y disciplina de los europeos, que habían motivado los primeros éxitos de la Compañía. Pero, hacia mediados de la década de 1760, la distancia se había acortado. «Los progresos de los nativos en el conocimiento del arte de la guerra, tanto en Bengala como en la costa de Coromandel, es una circunstancia muy alarmante», observaron los directores, que urgieron al Consejo de Bengala para que no permitiera «que ningún oficial o soldado europeo entre al servicio de los gobiernos del país» y que «impidieran, siempre que pudiesen, todas sus mejoras militares». [97]

La inquietud de los directores quedó plenamente justificada en agosto de 1767. Haidar Ali declaró la guerra a la Compañía y descendió los montes Ghats al este de Bangalore con un enorme contingente de alrededor de 50 000 hombres, que incluía 23 000 jinetes y 28 000 cipayos –unos 20 batallones– muy disciplinados y entrenados. La Compañía ignoraba que Haidar contase con tantas y tan disciplinadas fuerzas. Pero esta no fue la única sorpresa: los fusiles y cañones de Mysore estaban basados en los últimos modelos franceses y su artillería tenía mayor calibre y alcance que ninguna de las piezas de que disponían los ejércitos de la Compañía.

Además, los efectivos de Mysore eran, en muchos otros aspectos, más innovadores y empleaban tácticas más renovadas que las de los ejércitos de la Compañía. Habían aprendido el arte de disparar cohetes desde sus unidades de camellos para dispersar formaciones de caballería enemiga mucho antes de que el Ejército británico adoptase el sistema de cohetes de William Congreve. [98] Haidar y Tipu también crearon un gran «parque» de bueyes formado por bestias de la raza blanca del Decán que les permitía trasladar con rapidez infantería y suministros por todo su reino, un perfeccionamiento logístico que la Compañía acabaría copiando.

En septiembre de 1767, mientras Haidar se enfrentaba al principal ejército de Madrás cerca de Trinomalee, Tipu, de 17 años

de edad, lanzó una audaz incursión tras las líneas de la Compañía y llegó hasta los jardines de los suburbios de Madrás. Cabalgó veloz por las llanuras de la Carnática con su caballería de élite y, al no encontrar oposición, comenzó a saquear y quemar las grandes villas georgianas del Consejo de Madrás, emplazadas en las laderas del monte St. Thomas. Estuvo cerca de capturar al gobernador de Madrás y podría haberlo logrado de no haberse distraído su caballería con el saqueo. «Nunca había visto tropas negras comportarse tan bravamente como las de Haidar», escribió un capitán de la Compañía que les vio en acción. [99]

La Compañía acabó pidiendo la paz y logró comprar a Haidar. Se firmó un tratado y las fuerzas de Mysore se retiraron a su reino. Pero el hecho de que la Compañía podía ser sorprendida y derrotada con tanta facilidad fue motivo de satisfacción en muchas cortes de la India, en particular en las de Haidar en Mysore y la de los marathas en Pune.

Doce años más tarde (1779), fue en Pune donde la Compañía sufrió su primera gran derrota desde la victoria de Plassey. En febrero, sin consultar a Hastings, el Consejo de Bombay se implicó en la política interna de los marathas y firmó un acuerdo con uno de sus caudillos derrotados, Raghunath Rao, al cual le ofrecieron restituirle en el trono de Pune como regente del joven *peshwa* maratha. El 24 de noviembre, una expedición no autorizada por Calcuta partió del puerto de Bombay en dirección a Pune con tan solo 2000 cipayos, unos pocos centenares de jinetes y artilleros y una hueste de 7000 jinetes marathas al mando de Raghunath Rao. Comandaba la expedición el viejo coronel Egerton. El segundo en el mando era el antiguo adversario de Shah Alam, John Carnac, que recientemente había asumido un importante cargo en la presidencia de Bombay.

El contingente de Egerton avanzó lentamente hacia el interior. El 30 de diciembre alcanzó al fin la cima de los montes Ghats, tras una marcha de 1 milla [1,6 km] diaria; 19 000 bueyes acarrearon

cañones y suministros por los tortuosos senderos. Llegar a Karli, a tan solo 8 millas [12 km] y sede de famosos monasterios rupestres budistas, les llevó once días más. Para entonces, se habían quedado sin suministros, además de dar a los marathas tiempo de sobra para que prepararan sus defensas. A su llegada a Karli, Egerton observó horrorizado que les esperaba un gran contingente de 50 000 marathas reclutados por el joven caudillo maratha Mahadji Scindia. [*]

Carnac fue el primero en darse cuenta de que su situación era desesperada. Escribió a Bombay para quejarse amargamente de que «las ideas militares del coronel Egerton parecen derivar de las prácticas que observó durante el breve tiempo que estuvo en Alemania y procede con la misma cautela que requeriría enfrentarse a un enemigo europeo, cuando en este país el único método de obtener el éxito es avanzar y adelantarse».

> Si continuamos de este modo, avanzando con lentitud de un puesto a otro, es difícil decir cuándo podría finalizar la campaña, pues todas las ventajas están de su parte [del enemigo], ya que el terreno está profundamente roturado por quebradas y cubierto de matorral y monte bajo donde dispone de numerosos puestos donde acecharnos […] los marathas merodean en las inmediaciones y de 11 a 3 de la tarde nos disparan con su artillería y cohetería […] no creo que el coronel Egerton pueda resistir mucho más tiempo. [100]

El 9 de enero de 1779 las fuerzas de la Compañía alcanzaron Talegaon, a tan solo 18 millas [29 km] de Pune. Cuando llegaron, vieron que el lugar había sido saqueado y despojado de suministros. Al amanecer de la mañana siguiente, se dieron cuenta de que estaban rodeados y de que su línea de suministros había sido copada. La caballería maratha liquidaba rezagados, robaba bueyes de la Compañía y disuadía a las partidas de *banjara* (comerciantes itinerantes) de arriesgar sus rebaños para tratar de abastecer a la

expedición de la Compañía. [101] Para empeorar la situación, Egerton estaba enfermo de gravedad. Raghunath Rao le imploró que continuase su marcha e insistió en que bastaría con llegar hasta las afueras de Pune, a unas pocas millas de distancia, para que sus partidarios se alzasen y acudieran en su ayuda. Pero el comandante de la Compañía perdió su temple. Dos días más tarde, una vez agotados los suministros, arrojó sus piezas pesadas a la cisterna de un templo, quemó lo que quedaba de sus suministros y, a medianoche, iniciaron una retirada marcada por el caos y el hambre. Los marathas pronto detectaron sus movimientos, los rodearon y se lanzaron sobre la columna en el antelucano: murieron 350 antes del mediodía. Egerton no tenía otra opción que rendirse. Seis días más tarde, firmó el humillante Tratado de Wadgaon, por el que se comprometía a entregar a Raghunath Rao varios rehenes y la cesión de una franja del territorio de la Compañía. [102]

La reputación del ejército de la Compañía nunca volvió a ser la misma. Pero la expedición de Pune no solo puso de relieve los límites de su poder militar, sino que también expuso sus ambiciones. La Compañía aspiraba a remodelar e intervenir la política de toda la región sudasiática. Fue en este momento cuando el brillante primer ministro maratha, Nana Phadnavis, «el Maquiavelo maratha», se dio cuenta de la necesidad urgente de que las potencias indias, fueran cuales fuesen sus diferencias, se unieran y formasen una alianza contra los intrusos extranjeros y atacarlos con un frente unido ahora que su liderazgo era débil y estaba dividido. [103]

El 7 de febrero de 1780, un año después del Tratado de Wadgaon, Nana Phadnavis tomó la pluma para escribir una carta a su viejo adversario Haidar Ali. En su misiva, Phadnavis ofrecía enterrar el hacha de guerra si el sultán de Mysore unía sus fuerzas a las suyas para hacer la guerra a la Compañía. «Los británicos –escribió–, se han hecho intolerablemente beligerantes. Durante los últimos cinco años, su agresión ciega ha violado tratados solemnes».

> Primero hacen lindas promesas, en un tono tan seductor que uno se permite creer que son la única fuente de fe y honestidad que pueda hallarse en el mundo. Pero no es necesario mucho tiempo para desengañarse. Pronto se da uno cuenta de su genio maligno.
>
> Se ganan a cualquier miembro desafecto del Estado y, a través de él, obran su ruina. Dividir y robar es su principio rector. Están tan cegados por el interés egoísta que nunca respetan los acuerdos escritos. Tan solo Dios puede escrutar sus bajas intrigas. Su objetivo es subyugar a los Estados de Pune, Nagpur, Mysore y Haiderabad, uno tras otro, ganándose la simpatía de uno para derribar a los otros. Saben muy bien cómo destruir la cohesión india. Son expertos en el arte de crear insidias y en destruir la armonía de cualquier Estado. [104]

Haidar y Tipu aceptaron la propuesta y comentaron que «la supremacía de los ingleses ocasionaba males a todas las criaturas de Dios». [105] En mayo, con la llegada del calor que anticipaba el verano, se diseñó una Triple Alianza que lograse «la expulsión de la nación inglesa de la India». Un mes más tarde, en junio, llegó a Madrás la noticia de que Haidar Ali había recibido de Francia un enorme envío de armas y suministros militares. De Vellore llegaron también reportes de que Haidar Ali estaba reuniendo un gran contingente en las llanuras de Bangalore.

El 17 de julio, Haidar Ali marchó de nuevo en dirección a la planicie de la Carnática. Esta vez había reunido un ejército dos veces más grande que el que había reclutado para su última invasión, trece años antes. Disponía de poco menos de 100 000 hombres, entre los que se incluían 60 000 de caballería, 35 000 infantes entrenados a la europea y 100 bocas de fuego. Para su sorpresa, esta vez la Compañía tampoco había hecho ningún preparativo para su defensa. Las pocas fuerzas de esta en la Carnática estaban desperdigadas y repartidas en pequeños contingentes por todo el

país; tampoco se había hecho ningún preparativo para reunir bueyes para el transporte o acumular reservas de víveres. Es más, aunque sobre el papel la presidencia de Madrás disponía de 30 000 hombres, pronto se vio que en el plazo de un mes solo podría concentrar algo menos de 8000. La velocidad del avance de Haidar redujo aún más ese número. Muchos cipayos tenían a sus familias en Arcot, con lo que cuando esta cayó en manos de los efectivos de Haidar, un gran número de cipayos desertó de sus regimientos para proteger a sus mujeres e hijos. Los esfuerzos de la Compañía para organizar la defensa de la Carnática resultaron por complejo ineficaces. Las guarniciones se rendían de buen grado a las fuerzas de Haidar, o abrían sus puertas a cambio de sobornos. [106]

Se envió de inmediato un barco a Calcuta para pedir ayuda militar de Bengala, pero allí la situación era todavía más confusa que en Madrás, donde Tipu había vuelto a saquear las ricas mansiones del monte St. Thomas y St. Thome. Mientras Haidar saqueaba la región de Madrás, Vellore y Arcot, incendiaba aldeas y destruía las últimas reservas de víveres de la Compañía, la disputa entre Hastings y Francis, que había paralizado a la Compañía durante seis años, llegó a su enconado clímax final.

El 14 de agosto, Hastings escribió una nota pública en la que acusaba a Francis de embustero y bravucón: «No confío en sus promesas de sinceridad –rezaba– pues estoy convencido de que es incapaz de tal cosa, así como de que su único propósito y deseo es obstaculizar y derrotar toda medida que yo pueda tomar».

> Tal ha sido la inclinación y el espíritu manifiesto de todas sus acciones desde un comienzo […] juzgo su conducta pública de acuerdo con mi experiencia de su conducta privada, que he visto que estaba vacía de verdad y honor. Esta es una grave acusación, pero la hago de forma templada y deliberada, desde el firme convencimiento de que se lo debo al público y a mí mismo, pues es el único remedio para los

artificios de los que he sido víctima, que amenazan con cubrir sus intereses de deshonra y ruina. El único remedio contra un fraude contra el que la ley no ha previsto nada es su exposición pública. [107]

Al día siguiente, 15 de agosto de 1780, Philip Francis retó a duelo a Warren Hastings.



Los dos duelistas y sus padrinos se reunieron a las 5.30 de la mañana del 17 de agosto en una arboleda situada en el extremo oeste del Belvedere, la antigua casa de veraneo de Mir Jafar, que había sido adquirida por Warren Hastings. [*]

Hastings apenas había podido dormir. Se había pasado la mayor parte de la noche redactando una carta de despedida a su amada esposa, Marian, que se le debía entregar en caso de que muriera. Comenzaba así: «Mi corazón sangra al pensar en lo que debes de estar sufriendo y sintiendo si esta carta llega a tus manos […] no dejaré nada que lamente perder, salvo a ti. Cuánto te he amado y cuánto te amo, más allá de todo cuanto la vida puede darnos, solo Él lo sabe. Marian mía, no me olvides. *Adieu* , la más amada entre las mujeres. Mis últimos pensamientos serán para ti. Recuérdame y ámame. Una vez más, adiós». [108] Con esto, Hastings durmió como pudo en un sofá hasta las 4 de la madrugada, hora en la que su padrino, el coronel Thomas Deane Pearse, llegó para recogerlo en su carroza.

«Llegamos a Belvedere exactamente a la hora fijada, las 5.30 –escribió Hastings– y nos encontramos al señor F[rancis] y al coronel Watson caminando por la carretera. Perdimos algún tiempo

buscando un lugar discreto. Nuestros padrinos propusieron que nos situásemos a una distancia medida, que los dos (según un ejemplo reciente de Inglaterra) acordaron en 14 pasos. El coronel Watson dio 7 pasos y marcó la posición. Yo estaba situado hacia el sur. Recuerdo que no había viento. Nuestros padrinos (creo que fue el coronel Watson) propusieron que nadie comenzase primero, sino que cada uno escogiera el momento adecuado para disparar».

Fue en este momento cuando quedó de relieve, como observó Pearse, «que ambos caballeros no estaban familiarizados con la etiqueta habitual para tales ocasiones». De hecho, ninguno de los dos mayores intelectuales británicos en Bengala sabía cómo funcionaba su arma. Francis dijo que nunca había disparado una en su vida y Hastings afirmó que solo recordaba haberlo hecho en una ocasión. De modo que tuvieron que ser sus padrinos quienes las cargasen, pues, al ser los dos militares, sabían utilizar armas de fuego.

Hastings, siempre caballeroso, dejó que Francis disparase primero. Este apuntó y apretó el gatillo. La llave se accionó, pero el arma no disparó. El padrino de Francis tuvo que volver a intervenir y puso pólvora nueva y limpió el pedernal. «Regresamos a nuestras posiciones –escribió Hastings–. Volví a proponer recibir el primer disparo, pero el señor F apuntó por dos veces y por dos veces retiró su arma». Por fin, Francis volvió a «apretar el gatillo –escribió Pearse–, pero la pólvora se había humedecido, con lo que el arma tampoco disparó. El señor Hastings abandonó su posición para dar tiempo al señor Francis para revisar su arma, cosa que se hizo con un cartucho que le proporcioné, pues no llevaba pólvora de repuesto. De nuevo, los dos caballeros se situaron en sus posiciones, en pie, uno frente a otro». [109]

«Consideré que ahora era yo quien debía probar puntería –escribió Hastings–. Así lo hice y, cuando determiné que había apuntado correctamente, disparé».

Su arma disparó al mismo tiempo, con tan poca diferencia que no estoy seguro de quién fue el primero, pero creo que fue la mía seguida de la suya. Se tambaleó de inmediato, su rostro expresó una sensación de haber sido alcanzado y sus miembros, lenta pero gradualmente, se derrumbaron. Cayó y dijo, pero no en voz alta: «Muerto soy».

Corrí hacia él, aterrado por la noticia y puedo decir que sin ninguna alegría por mi éxito. Los padrinos también corrieron en su auxilio. Vi su casaca agujereada en el lado derecho y temí que la bala le hubiera atravesado; pero se sentó sin mucha dificultad e incluso trató de ponerse en pie con nuestra ayuda, pero le fallaban las piernas y se dejó caer en el suelo.

El coronel W[atson] propuso que, dado que nos habíamos reunido para satisfacer el honor, y no por una cuestión de rencor personal, debíamos darnos la mano, o que el señor F debía ofrecerme la suya. Así lo hicimos; el señor F de buen grado y le expresé mi pesar por la situación en la que se encontraba. Se sentía más cómodo yaciendo sobre su espada. Se trajo un catre de casa del comandante Tolley. Dado que este carecía de palanquín, fue enviado en este a Belvedere, donde permanece. El coronel P[earse] y yo regresamos a nuestra casa de la ciudad. Fuimos a ver al doctor Campbell y expresé mi deseo de que el doctor Francis [médico personal de Hastings] le acompañase. Ambos acudieron de inmediato. Consideraron que la herida no era peligrosa, pues había entrado bajo la costura del chaleco, un poco por debajo del hombro, y que había atravesado tanto los músculos como la piel que cubre la columna, a distancia visible de la piel del lado opuesto.

Tan pronto como regresé a casa, envié al señor Marham a buscar a *sir* E [Elijah Impey, juez jefe] para informarle de lo ocurrido y que esperaría a los acontecimientos. Si el

desenlace era fatal me entregaría de inmediato a su autoridad, para que la ley tome medidas en mi contra. [110]

Pero no fue necesario arrestar a Hastings. El doctor reportó que la bala de Hastings «había penetrado el costado derecho del señor Francis, pero una costilla la había desviado e impidió que entrase en el tórax. Siguió su trayectoria oblicua hacia arriba, pasó junto a la columna sin dañarla y fue extraída a 1 pulgada [2,5 cm] a la izquierda de aquella. La herida no reviste gravedad, por lo que el paciente no corre peligro». [111]




Diez días más tarde, el 25 de agosto de 1780, el principal contingente de tropas de la Compañía en la India meridional partió de Madrás y se dirigió hacia el sur, siguiendo el camino de la costa en dirección a Kanchipuram, al encuentro de Haidar. Encabezaba la expedición *sir* Hector Munro, el general *Highlander* que, quince años antes, había conseguido vencer *in extremis* en Buxar al romper las líneas de Shuja ud-Daula. Aunque, en esta ocasión, tan solo había podido reunir 5000 cipayos –que no habían recibido su paga y estaban al borde del motín– para combatir a un ejército de 100 000 hombres.

Veinticinco millas [40 km] al norte, un segundo escocés, el coronel William Baillie, recibió orden de reunirse con Munro en Kanchipuram con su destacamento de 2800 hombres, en su mayoría cipayos locales, acompañados por unos pocos centenares de *Highlanders* recién llegados. Si los dos pequeños ejércitos podían agruparse, tan solo estarían superados por 10 a 1 y podrían tener alguna posibilidad de hacer frente a los efectivos de Mysore. Pero,

estando divididos, ni una ni otra formación tenía muchas posibilidades de imponerse a una fuerza tan bien entrenada y disciplinada como la que había reunido Haidar, cuyo ejército, según Ghulam Husein Khan, «cubría la llanura como las olas de un mar embravecido, seguido de un cortejo de artillería que no tenía fin». [112] Munro debería haber esperado a la llegada de Baillie, pero supo que en Kanchipuram había un almacén repleto de provisiones que Haidar podía capturar. De modo que, impaciente como siempre, Munro avanzó con su reducido contingente, a pesar de que hubiera bastado un día de espera para que los dos contingentes se unieran.

La tarde del 25 de agosto, Baillie acampó a la orilla del pequeño río Kortalaiyar, al noroeste de Madrás. Aquella tarde se desató el monzón y llovió copiosamente y sin parar durante doce horas. Con la primera luz del día, se vio que el Kortalaiyar se había convertido en un torrente furioso, imposible de vadear. Baillie tardó once días en cruzarlo. Cuando lo hizo, Tipu había situado 11 000 jinetes de élite entre Baillie y Munro. [113] Ahora podría liquidar la vulnerable columna de Baillie cuando le placiera.

El primer choque tuvo lugar el 6 de septiembre. Ese día, los dos ejércitos sostuvieron un duelo de artillería a larga distancia. El pequeño contingente de Baillie, «que deambulaba por los arrozales bajo una densa cortina de lluvia, hundido hasta las rodillas», estaba mucho más expuesto y sufrió graves pérdidas. Aunque ninguno de los dos ejércitos entabló combate. Ambos se limitaron a pedir refuerzos. [114] Haidar envió un gran contingente a su hijo, pero Munro se negó a moverse del templo principal de Kanchipuram, que había fortificado para resistir un asedio.

La única concesión que hizo fue despachar una columna de 1000 cipayos y 9 camellos con munición para que se reuniera con el contingente de Baillie y los trajera al templo. La columna de auxilio avanzó con rapidez en la noche, evitó a la caballería de Mysore al amparo de la oscuridad y, tras dar un gran rodeo para no encontrarse con las fuerzas principales de Tipu, consiguió reunirse

con Baillie, lo cual aumentó sus fuerzas hasta los 3800 efectivos y 10 piezas de campaña. Los oficiales de la columna de socorro imploraron a Baillie que partiera de inmediato y que aprovechase la oscuridad para reunirse con las fuerzas de Munro refugiadas en el templo de Kanchipuram, situado a tan solo 9 millas [14 km] de distancia. Pero Baillie ignoró su consejo y no partió hasta la primera luz de la mañana. Este titubeo tuvo fatales consecuencias.

Baillie levantó el campo al amanecer. Media hora más tarde, hacia las 5.30 de la mañana, cuando marchaba por una pendiente que descendía hacia un río situado en la planicie, vio la pequeña aldea fortificada de Pollilur que le bloqueaba el paso. Estaba repleta de tropas y artillería de Tipu y había más artillería atrincherada a su izquierda. Ambos destacamentos llevaban esperando horas, pues los espías de Tipu le habían informado la noche anterior de los horarios y de la ruta exacta de Baillie. Descargaron de inmediato un intenso cañoneo contra su columna expuesta. Las tropas de Baillie estaban dispersas por el sendero, que estaba elevado y expuesto sobre un terraplén, con arrozales embarrados a ambos lados y un río a cierta distancia a su derecha. Incapaz de avanzar, y sin otra opción que retirarse, Baillie ordenó a sus hombres formar en cuadro, «amontonados unos encima de otros, con tres cuerpos de profundidad», con la impedimenta y la munición en el medio. Las tropas de Tipu salieron de sus atrincheramientos y en menos de una hora bloquearon todos los caminos que llevaban a Kanchipuram.

El cañoneo continuó con intensidad creciente. Las filas delanteras del cuadro de Baillie encajaron el fuego de unas 30 piezas. Baillie se contaba entre los heridos, pues había sido alcanzado en una pierna por una bala de cañón, pero continuó dando órdenes desde un palanquín. Hubo entonces una pausa de media hora en la que cesó el fuego y se hizo un extraño silencio.

Treinta minutos más tarde, los soldados de las primeras filas reportaron el sonido distante de timbales batientes y el retumbar de los *nageshwaram* (oboes tamiles). Los efectivos de la Compañía

vieron alzarse a lo lejos una gran nube de polvo, que pronto reveló largas hileras de color escarlata que avanzaban hacia ellos. Los escoceses dieron por hecho que era Munro que acudía en su ayuda y profirieron sonoros vítores. Pero cuando las columnas estuvieron más cerca, pudieron ver que, en realidad, era el ejército principal de Haidar –unos 25 000 jinetes y 30 batallones de cipayos– que venían a sellar su destino. «Pronto fuimos rodeados por la caballería de Haidar –escribió un oficial escocés–, seguidos de sus cañones que formaron una especie de semicírculo a nuestro alrededor, en número de al menos 50, y abrieron intenso fuego». [115]

Durante la hora siguiente, el cuadro escocés, dirigido por Baillie, rechazó trece cargas sucesivas de la caballería de Mysore. Al ver que no podía quebrar la línea, Haidar ordenó una pausa e hizo traer sus piezas más pesadas. Hacia las 8 de la mañana comenzó un cañoneo aún más intenso y a corta distancia: la metralla segaba las densas filas de los casacas rojas. «Nuestro destino fue sufrir el cañoneo más intenso que se haya visto jamás en la India –escribió el hermano menor de Baillie, John–. Caíamos por decenas». [116] Dos carros de munición fueron alcanzados y estallaron de forma simultánea, lo que abrió «grandes brechas en ambas líneas, por las cuales la caballería pudo atacar. Les siguieron los elefantes, que remataron nuestra derrota». [117]

Baillie, después de gastar toda la reserva de pólvora, trató de rendirse. Ató un pañuelo a su bandera y lo agitó en alto. Junto con su segundo al mando, David Baird, ordenó a sus hombres que depusieran las armas. Pero el fuego disperso de algunos cipayos que no escucharon tal orden hizo que la caballería de Mysore ignorase la rendición y no diera cuartel. Los jinetes entraron a degüello contra las tropas indefensas y desarmadas. «Tuvo lugar una masacre terrible […] nos ofrecían cuartel, pero te abatían tan pronto como deponías las armas». [118]

Según un teniente del 73.$^{er}$ Regimiento de *Highlanders* : «El último combate fue el más terrible de todos, entre el choque de

armas y escudos, el piafar y las coces de los caballos, lanzas rotas, refulgir de espadas ensangrentadas, juramentos e imprecaciones […] y concluyó con los gemidos y los gritos de los hombres mutilados, caballos heridos que caen entre soldados moribundos, el horrendo rugido de los elefantes que pisotean aquí y allá, agitando sus terribles cadenas contra amigos y enemigos».

> Los que fueron salvados de una muerte inmediata estaban tan apelotonados que solo podían ponerse en pie con dificultad. Varios se estaban ahogando y otros no podían moverse del lugar a causa del peso de los muertos que tenían encima y, por tanto, estaban a merced del enemigo […] algunos fueron pisoteados por los elefantes, camellos y caballos. Los que fueron despojados de sus ropas yacían expuestos bajo el sol abrasador, sin agua y padecieron una muerte larga y miserable, expuestos a las depredaciones de voraces alimañas. [119]

De un total de 86 oficiales murieron 36 y otros 34 resultados heridos y capturados; tan solo 16 prisioneros fueron capturados ilesos. Baillie encajó una herida en la cabeza y otra en la espalda, además de perder una pierna. Baird recibió dos sablazos en la cabeza, una bala en el muslo y un lanzazo en el brazo. Su ayuda de campo y primo, James Dalrymple, recibió una herida grave en la espalda y «dos cortes en mi cabeza». [*] Fueron capturados cerca de 200 prisioneros. La mayor parte del destacamento, formado por 3800 hombres, fue aniquilada. [120]

Los soldados de Mysore comenzaron a despojar a muertos y moribundos y a pillar lo que pudieron de los cadáveres. «Empezaron a quitarme los botones de la casaca, pues pensaban que eran de plata –escribió John Baillie, que también había resultado herido–. Luego me arrancaron los lazos de mis polainas y de la espalda de mi

casaca. Uno de ellos me clavó al suelo con la culata de su mosquete mientras un segundo trataba de quitarme las botas».

> Sacó una con dificultad y, supongo que enfurecido por no poder sacar la otra, me dio un tajo en el muslo derecho que llegó hasta el hueso. Poco después pasó por allí otro individuo que me clavó con premeditación la espada en mi otro muslo […] una vez se fueron, uno de los cipayos de Haidar vio que seguía con vida, me levantó, me apoyó contra un árbol y me dio un poco de agua.
>
> Yací allí boca abajo junto con un artillero al que le habían volado la cabeza. Mis heridas comenzaron a volverse rígidas, por lo que no podía moverme de la posición en la que me hallaba, o defenderme de las nubes de moscas que se metían en mis heridas, al parecer dispuestas a chuparme la poca sangre que me quedaba. Estaba cubierto de moscas de la cabeza a los pies. Era una tortura para el cuerpo y también para la mente, pues me recordaba constantemente mi propia indefensión.
>
> Cuando ya había abandonado toda esperanza de recibir auxilio, pasaron por allí dos franceses en busca de supervivientes. Me apoyé en uno de ellos y me llevaron hasta su campamento, donde llegué a las ocho en punto de la tarde a la tienda de un cirujano francés. No tenía más instrumental que un cuchillo, un par de tijeras y una espátula de hierro, ni más medicinas que un tarro grande de ungüento lleno de tierra y del color y la consistencia del aceite para el cabello. Pero nos dio media botella diaria de arac con el que limpiábamos nuestras heridas. Aunque la botella era muy poca cantidad para tantos, nos hizo un gran servicio. Nuestras heridas eran muy feas: a un oficial que había recibido un sablazo en el oído le sacamos 26 gusanos vertiendo un poco de arac en su interior. [121]

Baillie fue atado a una cureña de cañón y llevado en presencia de Haidar, donde le obligaron a sentarse a sus pies en un semicírculo junto con los demás supervivientes, pues el sultán premiaba a sus oficiales en proporción al número de cadáveres o cabezas de soldados europeos que le traían. «Algunos habían sido arrastrados hasta su campamento, tan deshechos y cubiertos de sangre y polvo que eran irreconocibles; otros se desmoronaron sin habla en el camino [...] sus guardias no les daban agua».

> Los guardias golpearon a los prisioneros con sus rifles. Otros fueron liberados de sus atroces torturas, que habían resistido entre una sucesión de desmayos, pues se volvieron insensibles por completo a los castigos de sus guardias. La triste suerte de los que me rodeaban, los cadáveres y los rostros convulsos de los moribundos me llevaron a pensar que pronto moriría. Con la llegada de la oscuridad llegó el horror: los gemidos de los moribundos, los aullidos y depredaciones de los chacales, que se sumaban a la lluvia torrencial y el sonido de truenos en la lejanía. [122]

Las tornas habían cambiado. Los efectivos de la Compañía habían aprendido en ese momento lo que significaba la derrota, el cautiverio, sufrir maltrato. Munro, cuya actuación había sido un factor clave en el desastre, regresó con su aterrorizado ejército a Madrás, donde fue recibido con burlas y abucheos por las calles. Munro calificó la batalla de Pollilur como «el golpe más severo jamás sufrido por los ingleses en la India». [123]

Aún vendrían cosas peores. Había tantos amputados de la Compañía que no había suficientes ordenanzas médicos indios para llevárselos del frente. El cirujano Thomas Davis escribió que «he tratado de salvar el mayor número de miembros que he podido», pero se vio obligado a amputar muchos por falta de material médico adecuado. [124] De los 7000 prisioneros que capturó Tipu en el

transcurso de varios meses de guerra contra la Compañía, unos 300 fueron circuncidados y convertidos al islam a la fuerza y obligados a utilizar y vestir ropas y nombres musulmanes. A finales del año, uno de cada cinco soldados británicos en la India era prisionero en la sofisticada fortaleza de Seringapatam. Aunque más humillante aún fue el hecho de que varios tamborileros de regimientos británicos fueron obligados a vestir ropas femeninas –*ghagra cholis* – y danzar como bailarinas (*nautch* ) para diversión de la corte. [125]

Al cabo de diez años de cautividad, uno de esos prisioneros, James Scurry, se había olvidado de cómo sentarse en una silla o utilizar cuchillo y tenedor. Su inglés «era chapurreado y confuso, había perdido su lengua vernácula», su piel se había oscurecido y adoptado «el semblante cetrino de los negros» y ya no le gustaba vestir ropas europeas. [126]

Era la peor pesadilla colonial y en su variante más intolerable: el cautivo que prefiere los modos de su captor, el colonizador colonizado.




Dos días después de Pollilur se envió un bajel especial desde Madrás a Calcuta para informar al Fuerte William del desastre. La noticia llegó el 20 de septiembre. Cuando Warren Hastings supo de la catástrofe, se dio cuenta de inmediato de lo que significaba: «Nuestros ejércitos –escribió a Londres–, habituados desde hace tanto tiempo a la conquista, no se recuperarán con facilidad de la impresión de este terrible revés, ni operarán con la misma confianza de antaño mandados por jefes poco exitosos». [127] Lord Macartney escribió a Inglaterra desde Madrás en términos similares: «Los indios sienten menos terror a nuestras armas; nosotros tenemos menos

desprecio por su oposición. Nuestros avances futuros, por tanto, no deben medirse con arreglo a los éxitos del pasado». [128]

La Compañía, con una deuda superior a los 10 millones de libras, [*] y sin poder pagar sus salarios, se enfrentaba ahora a la unión de las potencias más poderosas de la India, con el apoyo de los franceses. [129] En privado, Hastings se imaginaba «a bordo de un gran buque que hace aguas y se dirige directo hacia la costa, que, de no mediar un milagro, no podrá escapar al naufragio». [130]

Muy pocos no se habrían mostrado de acuerdo. La posición de la Compañía en la India nunca había parecido tan endeble. Un primer estudio de la derrota expresó su sorpresa ante el hecho de que los rivales indios de la Compañía no hubieran aprovechado la oportunidad crucial que les ofreció Pollilur: «De haber enviado los franceses ayuda al enemigo a tiempo –escribió–, como era del todo razonable esperar, y de haber los estados marathas, en lugar de ser espectadores pasivos [...], unido sus fuerzas confederadas y actuado al unísono, no cabe ninguna duda de que los británicos habrían sido despojados de casi todos sus asentamientos en la península. De haber explotado Haidar su éxito tras la derrota de Baillie, visto el desánimo y quebranto del resto del ejército, no habría habido apenas posibilidad de evitar que cayeran en manos del enemigo, junto con el Fuerte St. George, como presas casi indefensas». [131] Por fortuna para la Compañía, Haidar estaba decidido a preservar sus fuerzas. Evitó más batallas decisivas y se centró en hostigar con su caballería las líneas de suministro de la Compañía. Esta mantuvo su posición en el sur únicamente gracias a la falta de confianza e iniciativa de sus adversarios, así como al rápido envío de refuerzos desde Calcuta. Durante los meses siguientes, Hastings, gracias a una imaginativa combinación de acción militar y hábil diplomacia, consiguió romper tanto la Triple Alianza como la unidad de la Confederación maratha. El 17 de mayo de 1782 firmo el Tratado de Salbai, una paz separada con el comandante maratha Mahadji Scindia, que pasó a ser aliado de los británicos. Los enemigos de la

Compañía habían perdido una gran oportunidad. En 1780 hubiera bastado un último esfuerzo para expulsar para siempre a la Compañía. Nunca más volvería a presentarse una oportunidad similar. En el futuro, los *durbar* de Pune y de Mysore lamentarían amargamente no haber pasado de inmediato a la ofensiva.

Durante 1780 los británicos sufrieron graves reveses en otras partes del mundo, reveses que tuvieron una serie de conclusiones lógicas. En América, los patriotas se habían rebelado contra el rey, entre otros motivos por los intentos gubernamentales de vender los *stocks* de té de la Compañía de las Indias Orientales, encarecidos por los impuestos británicos. El Boston Tea Party, el suceso que reforzó el apoyo por la futura Guerra de Independencia (el hundimiento en el puerto de Boston de 90 000 libras de té de la CIO, por valor de 9659 libras, más de un millón de libras en la actualidad) fue en parte provocado por el temor a que se permitiera a la Compañía operar en las trece colonias como había hecho en Bengala.

Un autor patriota, John Dickinson, temía que la CIO, tras saquear la India, dirigiera ahora «su mirada a América, un nuevo teatro en el que escenificar su talento para la rapiña, la opresión y la crueldad […]» [132] Dickinson calificaba el té de «maldita inmundicia» y comparaba la perspectiva de que América sufriera la opresión corrupta de la Compañía de las Indias Orientales con ser «devorados por las ratas». Esta Compañía «casi en bancarrota», dijo, tras haberse dedicado a «corromper su país» y perpetrar «barbaridades, extorsiones y monopolios sin parangón» en Bengala buscaba ahora hacer lo mismo en América. «Pero, gracias a DIOS, no somos cipayos, ni marathas». Se debería ordenar a los alguaciles americanos decir en sus rondas, cada noche a las 12 en punto, «guardaos de la Compañía de las Indias Orientales». [133]

Tras una guerra terrible, los patriotas consiguieron que se retirasen las tropas gubernamentales enviadas a restaurar el orden. En el mismo momento en que Munro se retiraba aterrorizado a

Madrás perseguido por Haidar, en América las fuerzas británicas estaban próximas a sufrir la derrota final de Yorktown. La subsiguiente rendición de todos los efectivos británicos en América tendría lugar en octubre. Existía la creciente sensación de que el Imperio británico se desmoronaba por todas partes. Un año más tarde, un miembro del Parlamento observó que «en Europa hemos perdido Menorca, en América trece provincias y las dos Pensacolas; en las Indias occidentales, Tobago; y algunos asentamientos en África». [134] Como escribió Edmund Burke: «Los cimientos del Imperio británico se tambalean». [135]

El Parlamento publicó un reporte, en seis volúmenes, de todas estas derrotas. «La compra británica de la India –declaró ante el Parlamento un alto mando militar de la Compañía–, es más imaginaria que real, pues [no es posible] someter a un territorio tan vasto con una disparidad de números tan grande. Temo que los indios descubran que no somos más que hombres, como ellos mismos». [136] Horace Walpole, con su estilo habitual, lo describió de forma más sucinta: «Tanto India como América se están escapando». [137]



# NOTAS

**1** OIOC, SCC, P/A/9, 29 de noviembre de 1769.
Existe un gran corpus académico de la terrible hambruna de Bengala de 1769-1779. La mejor aportación acerca de la hambruna bengalí y sus efectos sobre la Bengala rural es la de Datta, R., 2000, 238-284. Datta sostiene que, si bien es cierto que las conquistas militares, el desorden político y las exacciones de la Compañía contribuyeron a hacer más vulnerables a los campesinos, con la Compañía hubo un gran cambio agrario y económico que

reforzó la intensidad de la hambruna. La prosperidad de Bengala era vulnerable y estaba experimentando grandes cambios ecológicos. El curso de los ríos se estaba desplazando hacia el este y con aquel también se desplazaban los cultivos. Mientras que el oeste de Bengala se desecaba, lo cual hizo que fuera muy vulnerable a la hambruna cuando no llegaron las lluvias, el este estaba en plena expansión. La región oriental escapó a la hambruna de 1769-1770, pero, como demuestra Datta, más tarde fue devastada por las inundaciones.

Con los nabab, Bengala había experimentado una fuerte intensificación del cultivo de arrozales. Esto formó parte de un prolongado proceso de transformación ecológica en la que el delta de Bengala oriental había constituido una frontera agraria en la que los dirigentes mogoles habían fomentado la deforestación de bosques, el control de aguas y el cultivo de arrozales, desde finales del siglo XVI hasta mediados del XVIII. *Vid* . Richards, J. F., 2003, 33. El trabajo pionero en este campo es obra de Richard Eaton, el cual, en su estudio de la frontera de Bengala, argumenta que los responsables de la provincia bengalí reforzaron su autoridad en el campo por medio del fomento del cultivo intensivo de arrozales en una época en la que declinaba el poder mogol de Delhi. Este sistema de mecenazgo introducido por los nabab, y que tuvo un papel decisivo en el crecimiento constante de la producción de grano alimentario, llegó a su fin en 1760 con el dominio de la Compañía de las Indias Orientales en la región bengalí. *Vid* . Eaton, R. M., 1993, 5. El texto de Datta enfatiza la expansión del mercado regional de grano, pues esto podría haber hecho que los campesinos fueran más vulnerables a los cambios bruscos de precio. También señala el hecho fundamental del desequilibrio geográfico de la hambruna, que fue más severa en Bengala occidental y en Bihar y prácticamente inexistente en Bengala oriental. Por tanto, no es posible hablar de una mortalidad generalizada por toda Bengala y situar la cifra en 10 millones. Peter Marshall, veterano historiador de la CIO, está de acuerdo con la mayor parte de las aportaciones de Datta. También me comentó por carta que: «El concepto comúnmente aceptado, desde las polémicas de la época a nuestro tiempo, es que la conquista británica arruinó Bengala. Supongo que formo parte de una minoría cuando comparto la opinión, expuesta con suma autoridad por Rajat Datta, que no cree en la influencia decisiva de los británicos, y aún menos en la de individuos concretos, acerca de la suerte que corrió la provincia. Por descontado, no cabe duda de que Bengala era, sobre el papel, una provincia sumamente fértil y productiva, que había desarrollado una economía comercial sofisticada […] comercialización que los británicos estimularon por

medio de su sector exportador y la gran conurbación de Calcuta. ¿Su acceso al poder político ejerció efectos adversos? Es probable. Es posible que impusieran tributos más elevados, aun cuando no tenían capacidad de extraerlos directamente de las masas campesinas. Los ingleses regularon algunos comercios, como por ejemplo la sal o los textiles de alta calidad en provecho propio y en contra de los mercaderes y artesanos indígenas, pero seguramente no tenían capacidad de interferir de forma significativa en el enorme comercio de grano. En conjunto, dudo que los británicos "causaran" la hambruna o que obrasen, como explica usted en su capítulo octavo, la recuperación de Bengala con Hastings y Cornwallis […] creo que Bengala hizo su propia historia […] yo no acreditaría a Hastings la recuperación de Bengala, pues considero que tal cosa no estaba al alcance de Hastings ni de ningún otro personaje británico».

Es evidente que se trata de un tema complejo que implica cuestiones de historia ecológica y política: el jurado no ha llegado todavía a ningún veredicto. No obstante, he tratado de argumentar que, tanto si la Compañía era responsable directa, o no, de la hambruna, o si los factores ecológicos desempeñaron un papel de mayor importancia, su respuesta incompetente hizo la hambruna de Bengala occidental mucho más mortífera y su excesiva presión fiscal exacerbó los sufrimientos de los bengalíes con el gobierno de la Compañía, lo cual fue, ciertamente, la opinión de numerosos observadores, tanto británicos como indios, que escribieron las historias del desastre de la época.

**2** OIOC, Bengal Public Consultations, 23 de octubre de 1769.

**3** Datta, R., *op. cit* ., 244.

**4** Khan, A. M., 1969, 218.

**5** Datta, R., *op. cit* ., 244.

**6** *Cit* . en McLane, J. R., 1993, 196.

**7** Con respecto al reporte de Richard Becher acerca del canibalismo, *vid* . OIOC, SCC, P/A/10.

**8** Datta, R., *op. cit* ., 252; Travers, R., 2007, 72.

**9** Con respecto a la hambruna emplearé las cifras de Datta, R., *op. cit* ., 264, que ha llevado a cabo el trabajo más extenso y detallado de la hambruna. Datta considera incorrecta la cifra, ampliamente citada, que dio Hastings (que estaba en Londres en aquel tiempo). Este afirmó que murieron 10 millones de personas, esto es, una tercera parte de la población. La cifra de Datta se basa en un estudio detallado, aldea por aldea, de los ingresos impositivos de los años previos y posteriores a la hambruna y demuestra que el hambre fue mucho peor en Bengala occidental, así como que vastas regiones de Bengala

oriental no se vieron afectadas. Véase también Wilson, J., 2016, 114 y Khan, A. M., *op. cit* ., 219.

**10** Price, J., 1783, vol. I, 33. Véase también Wilson, J., *op. cit* ., 114.

**11** OIOC, HM, vol. CII, 94. Véase también Wilson, J., *op. cit* ., 113.

**12** Khan, A. M., *op. cit* ., 219.

**13** Datta, R., *op. cit* ., 259.

**14** Khan, S. G. H. T., 1790-1794, vol. III, 56.

**15** Hunter, W. W., 1868, 43-45.

**16** Khan, A. M., *op. cit* ., 219; Mukhopadhyay, S. C., 1988, 388.

**17** Bernstein, J., 2000, 11.

**18** Datta, R., *op. cit* ., 259.

**19** Fisher, M., 1997, 35-36.

**20** Mukhopadhyay, S. C., *op. cit* ., 388.

**21** Datta, R., *op. cit* ., 256-260; Robins, N., 2006, 90.

**22** Dutt, R. Ch., 1908, 52.

**23** Marshall, P. J., 1987, 134.

**24** Mukhopadhyay, S. C., *op. cit* ., 378; Khan, A. M., *op. cit* ., 217.

**25** Khan, A. M., *op. cit* ., 222.

**26** *Gentleman's Magazine* , septiembre de 1771. El autor se limita a firmar «JC», pero algunos pasajes son muy similares a algunos párrafos de las memorias de John Debrit.

**27** Robins, N., *op. cit* ., 94.

**28** *Gentleman's Magazine* , septiembre de 1771.

**29** Mukhopadhyay, S. C., *op. cit* ., 399.

**30** *Cit* . en Forrest, *sir* G., 1918, vol. II, 383.

**31** *Cit* . Bowen, H. V., 2006, 16.

**32** Bowen, H. V., 1991, 95.

**33** *Gentleman's Magazine* , abril de 1767, 152; Robins, N., *op. cit* ., 17.

**34** Marshall, P. J., 2005, 199.

**35** Micklethwait, J. y Wooldridge, A., 2003, 42.

**36** *Cit* . en Nechtman, T. W., 2010, 87.

**37** Greene, J., P., 1767, Robins, N., *op. cit* ., 103.

**38** Extraído del Acto II de *The Nabob* , obra de Samuel Foote, *cit* . en Marshall, P. J., 1968.

**39** Young, A., 1772, 518.

**40** Dow, A., 1792, vol. III, V; Ranajit Guha señala que mucho antes de que R. C. Dutt y Digby y los futuros nacionalistas, la frase «extracción de riquezas» ya era de uso común entre los funcionarios de la Compañía, como por ejemplo Dow. Guha, R., 1983, 33-34.

**41** Bolts, W., 1772-1775, 1772-1775.
**42** Hallward, N. L., 1920; Kuiters, W. G. J., 2002. Lucy Sutherland afirma que Bolts fue el responsable de que la opinión pública se volviera en contra de Clive. Sutherland, L., 1952, 221.
**43** Esta historia es el origen del futuro mito nacionalista de que los británicos les cortaban los pulgares a los obreros para destruir la producción textil india y favorecer la importación de algodón de Lancashire.
**44** Nicholas B. Dirks presenta un buen análisis de los escritos de Bolts en Dirks, N. B., 2006, 250-254. Véase también Travers, R., *op. cit* ., 61-62.
**45** Ralph Leycester a Warren Hastings, marzo de 1772, BL, Add Mss 29133, f. 72.
**46** *Cit* . en Dirks, N. B., *op. cit* ., 15.
**47** *The Monthly Review* (1772); véase también Robins, N., *op. cit* ., 78, 96.
**48** Bowen, H. V., 1991, 127; Hamilton, H., 1955-1956, 405-417.
**49** Smith, A., 1987, 162, *cit* . por Emma Rothschild en su brillante ensayo inédito «The East India Company and the American Revolution».
**50** Marshall, P. J., 2005, 212.
**51** Bowen, H. V., 1991, 117.
**52** BL, Add Mss, 29133, f. 534, *cit* . en Bowen, H. V., 1991, 119-121.
**53** Bernstein, J., *op. cit* ., 81. Robins, N., *op. cit* ., 90-95.
**54** Bowen, H. V., 1991, 127.
**55** *Cit* . en Wilson, J., *op. cit* ., 129.
**56** Anón, *The Present State of the British Interest in India* , *cit* . en *Monthly Review* , vol. XLVIII (1773), 99.
**57** Pownall, Th., 1781, 4. Cit. en Bowen, H. V., 2006, 17.
**58** Jorge III a Grafton, 9 de diciembre de 1766, en Jorge III, 1927-1928, vol. I, 423-424. *Cit* . en Marshall, P. J., 2005, 209.
**59** Bowen, H. V., 1991, 85.
**60** Forrest, *sir* G., op. cit., vol. II, 404-405.
**61** *Ibid* ., vol. II, 408-409.
**62** Nechtman, T. W., *op. cit.* , 84.
**63** 28 de mayo de 1773, BL, Egerton Mss, 249, ff. 84-86.
**64** BL, Egerton Mss, 240, 221, 225-226.
**65** Acerca de los argumentos a favor de que Francis sea «Junius», *vid* . Cannon, J. (ed.), 1978.
**66** *Vid* . el brillante artículo Colley, L., noviembre de 2010, 117-148. Véase también Weitzman, S., 1929; Feiling, K., 1954, 138.
**67** Walpole, H. (ed.), Lewis, W. S. *et al* ., 1937-1983, vol. XXXII, 61-62.
**68** *Cit* . en Bence-Jones, M., 1974, 300, 356. Patty Ducarel era hermana del general Gustavus Ducarel (1745-1800).

**69** Nechtman, T. W., *op. cit.* , 87; Bence-Jones, M., *op. cit* ., 299.
**70** Travers, R., *op. cit* ., 150-151.
**71** Feiling, K., *op. cit* ., 133.
**72** *Ibid* .
**73** Weitzman, S., *op. cit* ., 227.
**74** *Ibid* ., 221-222.
**75** *Ibid* ., 224.
**76** Feiling, K., *op. cit* ., 232-233.
**77** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 168.
**78** Moon, *sir* P., 1989, 148.
**79** Travers, R., *op. cit* ., 139.
**80** Moon, *sir* P., 1947, 113.
**81** Hastings, W. y Gleig, G. R. (eds.), 1841, vol. I, 317.
**82** Hastings a J. Dupre, 11 de noviembre de 1772, BL, Add Mss 29,127, f. 63v. Hastings a L. Sullivan, Kasimbazar, 7 de septiembre de 1772, *ibid* ., f. 38v.
**83** Bernstein, J., *op. cit* ., 89-90.
**84** *Cit* . en *ibid* ., 57.
**85** Moon, *sir* P., 1989, 149.
**86** Moon, *sir* P., 1947, 87.
**87** *Cit* . en Bernstein, J., *op. cit* ., 147. Con respecto a Jones, *vid* . Mukherjee, S. N., 1968.
**88** Feiling, K., *op. cit* ., 138.
**89** *Bhagavad Gita* , 2, 47-51, traducido para mí por *sir* James Mallinson. Acerca del aprecio de Hastings hacia estos versos, *vid* . Feiling, K., *op. cit* ., 238.
**90** Colley, L., noviembre de 2010, 121; Moon, *sir* P., 1947, 348.
**91** Algunos historiadores poscoloniales han adoptado una actitud más benigna hacia Francis. Entre ellos destaca Ranajit Guha, uno de los fundadores de los *Subaltern Studies* . Guha ha escrito con admiración de sus extensas lecturas de pensadores radicales franceses y de su rigor intelectual, que enfocó en proyectos de reforma agraria, administrativa y monetaria en Bengala. *Vid* . Guha, R., *op. cit.* , capítulos 3-4.
**92** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 184-186.
**93** Feiling, K., *op. cit* ., 160.
**94** Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S., 2003, 230, donde se cita el *Bhausahebanci Bhakar.*
**95** *Ibid* ., 231. Véase también la excelente obra de Kulkarni, U. S., 2011; Sarkar, *sir* J., junio de 1934, 258-273 y 547-558.
**96** Habib, I. (ed.), 1999, XXII.

**97** Carta de la junta de directores al consejo de Bengala, 27 de abril de 1765, en Srinivasachari, C. S. (ed.), 1949-1958, vol. IV, 96.

**98** Con respecto al calibre de la artillería de Mysore, *vid* . Lafont, J.-M., 2000, 157. Acerca de los cohetes, *vid* . Colley, L., agosto de 2000, 190.

**99** Capitán Mathews, *cit* . en Chatterjee, P., 2012, 85.

**100** John Carnac al consejo de Bombay, 1 de enero de 1779, BL, OIOC, P/D/63, f. 132.

**101** Respuestas a las resoluciones, 24/01/1782, BL, IOR, bscc P/D/68, ff. 617-618, 24, *cit* . en Vartavarian, M., 2014, 486-510, 494.

**102** Gordon, S., 1993, 164.

**103** Con respecto a Nana Phadnavis y su celebrada red de inteligencia, *vid* . Bayly, C. A., 1996, 31-32.

**104** Sardesai, G. S., 1946, vol. III, 97-98.

**105** Ray, R. K., 1998, 519.

**106** Wilks, M., 1820, vol. II, 261-262; Vartavarian, M., 2014, 491.

**107** Bernstein, J., *op. cit* ., 134.

**108** *Ibid* .

**109** *Ibid* ., 113-114.

**110** BL, Add Mss 39, 878, f. 36; Moon, *sir* P., 1947, 249.

**111** Bernstein, J., *op. cit* ., 82.

**112** Khan, S. G. H. T., *op. cit* ., vol. III, 125.

**113** Capitán Muat, *Account of the Defeat at Pollilur* , BL, IOR, HM 223, 117.

**114** *Ibid* .

**115** John Baillie, *Account of Pollilur* , BL, IOR, HM 223, 160-166.

**116** *Ibid* .

**117** Capitán Wood, *Account of Pollilur* , BL, IOR, HM 211, f. 246.

**118** Capitán Muat, *Account of the Defeat at Pollilur* , BL, IOR, HM 223, 83-85.

**119** Testimonio de un teniente del 73.$^{er}$ Regimiento *Highlander* , cit. en Tritton, A., 2013, 271-272.

**120** *Ibid* ., 243, 248-253, 262-263.

**121** John Baillie, *Account of Pollilur* , BL, IOR, HM 223, 160-166.

**122** Tritton, A., *op. cit* ., 272-274.

**123** *Cit* . en Hasan, M., 1951, 15.

**124** Ross a Macartney, 07/06/1781, IOR, HM 330, ff. 259-2661; Davis a Coote, 02/07/1781, Add. Mss 22439, f. 9, *cit* . en Vartavarian, M., 2014, 507.

**125** En realidad, en la India los muchachos y jóvenes de ciertas castas de tamborileros hereditarios se dedicaban a bailar como muchachas. Desde la perspectiva de los de Mysore, en realidad esto no era tan extraordinario ni

escandaloso como parece. Pero para los británicos, por supuesto, era una humillación inmensa. Colley, L., 2002, 276-291; Colley, L., agosto de 2000.

**126** Scurry, J., 1824, 252-253.

**127** Bryant, G. J., 2013, 291.

**128** BL, OIOC, HM 246, f. 335.

**129** Feiling, K., *op. cit* ., 246.

**130** Moon, *sir* P., 1947, 5.

**131** «Incomplete Draft (1785) of an account of the Mysore War (1780-84)» , BL, OIOC, Mss Eur K 116, f. 84. *Cit* . en Jasanoff, M., 2005, 158.

**132** Marshall, P. J., 2005, 330-332.

**133** *Cit* . por Emma Rothschild en su ensayo inédito «The East India Company and the American Revolution».

**134** *Narrative of all the Proceedings and Debates … on East India Affairs* (1784), 89, *cit* . en Colley, L., 2002, 272.

**135** Feiling, K., *op. cit* ., 230.

**136** *Parliamentary History* , 21 (1780-1781), 1201-1202, *cit* . en Colley, L., 2002, 275.

**137** Walpole, H. (ed.), Lewis, W. S. *et al* ., *op. cit* ., vol. XXIX, 123.

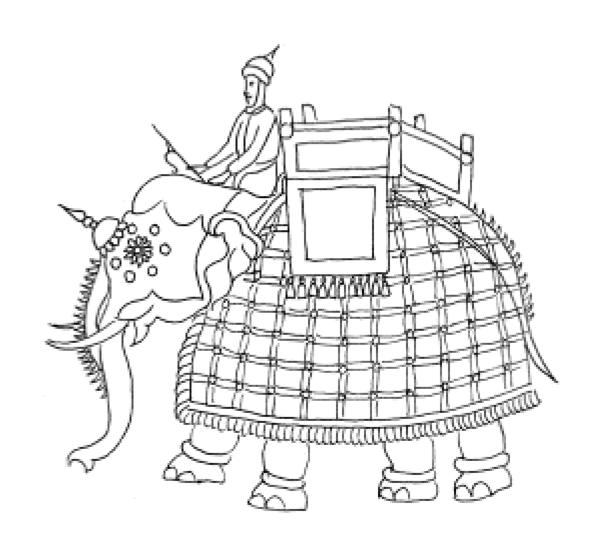
* N. del A.: 390 000 libras actuales.
* N. del A.: 65 libras actuales.
* N. del A.: 2310 millones de libras actuales.
* N. del T.: Un *seer* , o *sihr* , es una medida de peso tradicional de la India y Oriente Medio. Su valor es diverso según la región. En Bengala, un *seer* equivalía a 80 *tolas* (932 g).
** N. del A.: Las cifras equivalentes actuales son: 1000 rupias = 13 000 libras; 60 000 libras = más de 6 millones de libras.
*** N. del T.: Juzgado, sala de justicia hindú.
* N. del T.: *Vulture* , «buitre»; *Venom* , «veneno»; *Scarecrow* , «espantapájaros»; *Shylock* , usurero de *El mercader de Venecia* (W. Skakespeare); *Blubber* , «grasa», «tocino»; *Jaundice* , «cinismo», «inquina»; *Clodpate* , «necio», «majadero»; *Manly* , «viril», «valeroso».
** N. del T.: *Bribe'em* , es decir, *Bribe Them* , «sobórnalos» (del verbo *To Brive* , «sobornar»). *Touchit* es *Touch it* , esto es, «tócalo».
* N. del A.: Casi 58 millones de libras actuales.
* N. del A.: Los equivalentes actuales de estas cifras son: 747 195 libras = 78 455 475 libras; 1,5 millones = 157 millones de libras; 1 millón de libras = 100 millones de libras; 3 millones de libras = 300 millones de libras.
* N. del A.: 400 000 libras = 42 millones de libras; 300 000 libras = 31millones de libras; 200 000 libras = 21 millones de libras; 1,6 millones de libras = 168 millones de libras; 9 millones de libras = 945 millones de libras; 5 millones de libras = 525 millones de libras; 1 millón de libras = 105 millones de libras.
** N. del A.: 577 millones de libras actuales.
* N. del A.: 147 millones de libras actuales.
* N. del A.: 210 millones de libras actuales.
** N. del T.: *Hear, hear!* en el original, derivado de *Hear him, hear him!* (literalmente: «escúchenle, escúchenle»). Frase empleada en el Parlamento británico desde finales del siglo XVII para expresar aprobación por las palabras de un parlamentario ya que están prohibidos los aplausos.
* N. del A.: Más de 93 millones de libras actuales.
** N. del A.: 147 millones de libras actuales.
* N. del T.: *Bhavagad Gita* , J. Mascaró (trad. e intro.), J. L. Abeleira (ed.), Barcelona, Penguin, 2008, capítulo 2, versos 47 y 51.
* N. del A.: El capitán James Stewart fue uno de los caídos el 4 de enero de 1779 cerca de Karli; se subió a un árbol para ver dónde se hallaba el ejército maratha y fue abatido por un tirador. Doscientos años más tarde, Stewart, o Ishtur Phakda, pues tal es el nombre que se le da en los alrededores de Karli,

se ha convertido en una deidad tántrica local, a la cual la policía del lugar –entre otros– ofrecen cada semana sacrificios de sangre. El santuario en honor de su cabeza, que en algún momento quedó separada del cuerpo, se encuentra en el cuartel de la policía, un poco más allá de las celdas. Si el jefe de estación le ignora, según el oficial de guardia, Ishtur Phakda «le da una buena bofetada». Con mi más sincero agradecimiento al gran historiador de los marathas, Uday S. Kulkarni, que no solo me explicó esta historia, sino que también me guio en una prolongada búsqueda del obelisco que señala el lugar de su muerte. También me llevó a un segundo santuario –cubierto de sangre de cabra– donde yace su cuerpo y a un tercero, situado en la sede de la policía local de Wadgaon.

* N. del A.: El edificio todavía existe. Se encuentra en Alipore, a pocos minutos a pie del hotel Taj Bengal. En la actualidad acoge la Biblioteca Nacional de la India.

* N. del A.: Cuando la madre de *sir* David Baird supo que su hijo había sido capturado por Tipu, y que los prisioneros habían sido maniatados de dos en dos, comentó: «Me apiado del hombre que haya sido encadenado a nuestro Davie». *Cit* . de Forrest, D., 1970, 48 (*vid* . Bibliografía). En los Archivos Nacionales de la India ha sobrevivido hasta nuestros días una carta de James Dalrymple dirigida a su padre, *sir* William Dalrymple, sacada de forma clandestina de la prisión de Seringapatam. Según una nota escrita por el nieto anglo-indio de James, G. Wemyss Dalrymple: «El papel fue enrollado e introducido en una pluma y luego entregada en el interior de un nativo, que la hizo llevar a la prisión. Con esa misma pluma, [James] escribió la carta. La tinta, tinta india sólida, también estaba dentro de la pluma. La carta fue sacada de la prisión por el mismo nativo y por el mismo procedimiento». BL, OIOC, Eur Mss, E 330.

* N. del A.: 1000 millones de libras actuales.



# CAPÍTULO 7
## La desolación de Delhi

En la mañana del 12 de abril de 1771, Shah Alam montó en su elefante ricamente enjaezado y, entre una fanfarria ensordecedora de trompetas y el retronar de los tambores *nagara* portados a lomos de camello, salió por la puerta abovedada del fuerte de Allahabad.

Después de un exilio de más de doce años, el emperador regresaba a su hogar. Sin embargo, no iba a ser un viaje fácil. En su ruta, Shah Alam atravesaría provincias que hacía mucho que se habían sacudido la autoridad mogola y tenía sobradas razones para creer que sus enemigos tratarían de capturarlo, neutralizarlo e incluso asesinarlo. Es más, su destino final, la ruinosa capital de los mogoles, Delhi, estaba siendo devastada por el choque de los ejércitos de afganos y marathas.

Pero el emperador se había preparado. Le acompañaban sus partidarios y 16 000 soldados de reciente reclutamiento. Ha

sobrevivido una pintura mogola que muestra su marcha. Una larga columna de tropas serpentea y forma amplios y anchos meandros a lo largo de las orillas del Yamuna, a través de un fértil paisaje. Al frente del cortejo van los músicos. Luego les siguen los maceros y los portadores de las insignias mogolas: los parasoles imperiales, el estandarte dorado del pez *mahi maratib* , el rostro de un sol radiante y una mano de Fátima, todos ellos en mástiles dorados con gallardetes de seda roja. Luego el emperador, elevado en su elefante y rodeado del bosque de lanzas de su guardia de corps.

A continuación marchan los príncipes imperiales, que viajan en una hilera de elefantes cubiertos de telas color azafrán bordadas con las insignias del emperador. Les siguen las numerosas mujeres del harén imperial en sus carruajes cubiertos; luego los cañones pesados de asedio, tirados por yuntas cuádruples de elefantes. Detrás, hasta donde la vista alcanza, se extiende el grueso del ejército. Las unidades están divididas en batallones de infantería de cipayos, caballería, artillería y el cuerpo de camelleros con sus cañones. Cada una de las formaciones la comanda un oficial montado en un elefante con un *houdah* cubierto. La expedición sigue el curso de un río, desde donde es escoltada por dorados pontones reales, y avanza a través de bosques y prados junto a islas sembradas de templos y villorrios punteados por minaretes. [1]

El momento quedó retratado debido a que, ya en la época, fue considerado un punto de inflexión crucial en la política de la India del siglo XVIII. Shah Alam había desistido de que la Compañía cumpliera sus muchas promesas de darle un ejército, o ni siquiera una escolta armada, para reconquistar su capital. Si la Compañía no le prestaba su ayuda, entonces tendría que buscar nuevos aliados. Esto, de manera inevitable, quería decir sus enemigos ancestrales, los marathas. Pero, por más grandes que fueran los peligros, el emperador estaba dispuesto a jugárselo todo por recuperar el trono del pavo real, el trono de sus ancestros. [2]

Cuando los funcionarios de la Compañía fueron informados al fin de los planes del emperador, escribieron inquietos a Shah Alam que «no podían de ningún modo apoyar la iniciativa política de Su Majestad –y que no consideraban– que el momento presente fuera adecuado para una empresa tan grande y arriesgada, que provocaría múltiples perturbaciones por todo el imperio». [3] «Su Majestad debe ser consciente de que se ha propuesto una misión formidable. Si considera que los marathas son sus amigos está en un gran error, pues son notoriamente volubles y poco de fiar [...] Se complacerán de ver en apuros a Su Majestad y el objeto de su supuesta lealtad es tenerle entre sus garras con el objeto de utilizar su nombre para lograr sus fines». [4]

Tras esta preocupación por el emperador, en apariencia benigna, estaba la profunda inquietud de la Compañía. El anuncio de Shah Alam de su partida inminente había sido del todo inesperado. La Compañía no solo quería mantener al emperador en sus manos para legalizar y legitimar todas las decisiones que tomase. También temía las consecuencias de que otros le capturasen con la misma intención. Los marathas eran el rival más formidable de la Compañía en la India. Dominaban casi toda la costa occidental del subcontinente y también buena parte del interior central. La Compañía se daba cuenta, demasiado tarde, «de la influencia adicional que ganarían los marathas de tener en sus manos a la persona del emperador, cuyo nombre servirá para sancionar sus depredaciones futuras». [5]

Uno de los cargos más altos de la Compañía, el general Barker, fue despachado a Allahabad para tratar de hacer entrar en razón al emperador. Incluso los principales consejeros de Shah Alam le advirtieron de que estaba «despojándose de la sustancia para aferrarse a una sombra [...] así como sacrificando sus intereses a la gratificación vana de residir en el palacio imperial». También le advirtieron de los peligros de confiar en los marathas, «la misma

gente cuya conducta pérfida y ambición insaciable ha sido fatal para tantos miembros de vuestra augusta familia». [6]

Pero Shah Alam ya había tomado una decisión. Según Barker, «hizo oídos sordos a todos los argumentos». [7] El emperador llegó incluso a amenazar con el suicidio si la Compañía trataba de impedírselo. La vida en Allahabad como títere de la Compañía le resultaba insoportable desde hacía mucho tiempo y ahora anhelaba retornar a casa, fueran cuales fuesen los riesgos. «Suspiraba por los placeres de la capital», escribió William Francklin, un funcionario de la Compañía que le conoció bien y que en el futuro escribió la primera biografía del emperador. [8]

El Consejo acabó comprendiendo que no le quedaba otra opción que aceptar la decisión del emperador como mejor pudiera. En enero de 1771, Francklin se dirigió a los directores de Londres: «No está en nuestro poder impedir que el rey dé este paso [...] a no ser que impongamos a su persona una completa restricción, cosa que estimamos que Sus Señorías no aprobarán, pues a nuestros sentimientos de humanidad les provoca igual repugnancia». [9] Barker escribió al emperador: «Dado que Su Majestad ha acordado todo esto en secreto con los marathas, el que esto suscribe ha recibido instrucciones de no impedir, ni dar apoyo, a la resolución real». [10]

De hecho, la Compañía no podía acusar a nadie más salvo a sí mismo de la drástica decisión del emperador. La razón principal de arriesgarlo todo en una expedición a Delhi era el tratamiento descortés que había recibido de los funcionarios de la CIO desde su llegada a Allahabad, seis años antes: «Los ingleses ahondaron el infortunio de Shah Alam II con su insultante falta de respeto –escribió Jean-Baptiste Gentil, que visitó al emperador en el fuerte de Allahabad–. Lo hacían constantemente y en un escenario –el palacio de su antepasado Akbar– que a todas horas le recordaba el poder y la gloria pretérita de la casa de Timur».

Tal cantidad de insultos le obligaron a abandonar lo poco que le quedaba de su otrora opulenta herencia y retornar a Delhi a vivir en las chozas miserables que habían sido improvisadas para su regreso. Aún peor, [la Compañía] incrementó su desdicha al negarse a pagarle los 26 laj de rupias * acordados en el Tratado de Allahabad de 1765.

Un mero jefe de batallón, por propia iniciativa, arrestó y encarceló a uno de los servidores de mayor rango de Shah Alam. Al punto, el emperador pidió al oficial que liberase a su sirviente y prometió que este sería más cuidadoso en el futuro, aun cuando no había cometido una ofensa merecedora de semejante trato. ¿Puede usted creer lo que hizo? El oficial hizo traer de inmediato al hombre y lo azotó con una fusta de montar en presencia del mensajero del emperador mientras decía: «¡Así es como castigo a quien no me muestra el debido respeto!». Poco tiempo después, el brigadier Smith, que se alojaba en el palacio imperial, prohibió a los músicos del emperador que hicieran sonar la tradicional fanfarria de trompetas *naubat* , que se interpreta desde una cámara situada sobre la puerta de entrada al palacio. Pero los músicos tocaron igualmente, por lo que Smith envió a sus guardias a arrojarlos de la cámara superior, a ellos y a sus instrumentos. Por suerte, los músicos escaparon a tiempo, de modo que tan solo lanzaron al suelo a sus instrumentos.

La naturaleza pendenciera y grosera de este oficial privó al infortunado emperador de la paz interior que podría haber disfrutado en Allahabad, hasta el punto de que las humillaciones sufridas a diario le obligaron, como digo, a abandonar su palacio de Allahabad para vivir en Delhi, a orillas del Yamuna, y trocar una provincia rica y fértil por una villa ruinosa. [11]

Los desconsiderados insultos de los oficiales de menor rango no hicieron más que reforzar el resentimiento que Shah Alam sentía hacia sus superiores. Se sentía traicionado y con razón. En el transcurso de sus muchos intentos de hacer que la Compañía cumpliera sus promesas, hubo un incidente con Clive que fue particularmente doloroso.

En 1766, Sham Alam llegó al extremo de enviar a su homólogo inglés, Jorge III, una petición de ayuda, «en consideración de la amistad y nobleza de corazón de mi hermano de Inglaterra». En su misiva, Shah Alam se comprometía a aceptar la soberanía del rey hanoveriano a cambio de ser instaurado en Delhi por tropas de la Compañía. Pero Clive interceptó las cartas del emperador remitidas al rey junto con un *nazr* (regalo ceremonial) de joyas raras por valor de 100 000 rupias; [*] ni una ni otras fueron nunca entregadas. Clive hizo entrega de los presentes al monarca a su regreso a Londres, como si fueran sus regalos y sin mencionar en absoluto al emperador. El enviado de Shah Alam consiguió llegar a Gran Bretaña y escribió un notable libro de sus viajes, *The Wonders of Vilayet* , que reveló al público indio, por vez primera, la tristeza del invierno británico y la naturaleza pendenciera de los escoceses aficionados al *whisky* . Aunque la Compañía se aseguró de que nunca se le concediera audiencia con el rey o con algún miembro del gobierno. [12]

En diciembre de 1769, Calcuta se volvió a negar a escoltar al emperador a Delhi, esta vez «a causa de lo inadecuado del momento». Shah Alam llegó al fin a la conclusión de que no tenía sentido confiar en la Compañía. Si alguna vez conseguía llegar a Delhi, sería con la protección de sus propias tropas, por lo que tenía que encontrar nuevos aliados que lo llevasen allí donde él quisiera. [13]

Una serie de drásticos cambios en la política del Indostán permitieron al emperador pasar a la acción. En la década que siguió a la derrota maratha de Panipat, en 1761, en la que perecieron 35 000 hombres –toda una generación de guerreros y caudillos

marathas–, los afganos dominaron el Indostán de 1761 a 1770. [14] En 1762, Ahmed Shah Durrani expulsó del Fuerte Rojo al enemigo adolescente de Shah Alam, Imad ul-Mulk, e instaló en el cargo de gobernador a Najib ud-Daula, un rohilla nacido en Afganistán. Najab, de la tribu yusufzai, había iniciado su carrera en la India como un humilde tratante de caballos, pero había ascendido con rapidez gracias a su pericia como guerrero y como estratega político.

Najib fue «el amo de Delhi, invicto pero no sin rivales, por espacio de nueve años». Este logró «mantener su posición gracias a un brillante alarde de aplomo y equilibrio» en un nido de víboras enfrentadas. [15] Pero Najib murió en octubre de 1770 y a Allahabad llegó el rumor de que su hijo y sucesor, el indisciplinado Zabita Khan, «presumía de haber entrado en el serrallo real para tener trato con algunas de las damas clausuradas en este. Una de ellas, la propia hermana del rey». [16] El honor mogol había quedado en entredicho y la reina madre, Zeenat Mahal, escribió a su hijo para que acudiera de inmediato a poner orden.

El arquitecto principal de las incursiones afganas al norte de la India, Ahmed Shah Durrani, había regresado a sus montañas natales para morir allí. Padecía los estadios terminales de una enfermedad que le afectaba desde hacía mucho tiempo. A su rostro lo devoraba lo que las fuentes afganas califican de «úlcera gangrenosa», es posible que lepra o algún tipo de tumor. Poco después de su gran victoria de Panipat, la enfermedad de Ahmed Shah empezó a consumir su nariz, que fue reemplazada por un apéndice colmado de diamantes. Hacia 1772 le caían gusanos desde la parte putrefacta de la nariz en la boca y en los alimentos que consumía. Sin esperanzas de hallar una cura, regresó a su cuna, en las alturas de Toba, adonde había ido para escapar del calor veraniego de Kandahar. [17] Era evidente que ya no estaba en condiciones de marchar en auxilio de sus hermanos rohillas: los afganos de la India ahora estaban solos. [18]

En mayo de 1766, los marathas lanzaron una expedición, relativamente modesta, al norte del Chambal; era su primera incursión desde Panipat. En 1770 regresaron de nuevo, esta vez con un «ejército oceánico» de 75 000 efectivos, que derrotó a los jats del rajá de Deeg y se adentró profundamente en territorio rohilla, hasta el este de Agra. [19] Era cada vez más evidente que el futuro iba a ser de los marathas y que los días de dominación afgana tocaban a su fin.

Al contrario que la monarquía Durrani, ya en declive, entre los marathas habían surgido dos jóvenes líderes rivales que habían demostrado tanto determinación como pericia militar para restablecer y expandir hacia el norte el reino maratha. El primero de estos jóvenes era Mahadji Scindia. De orígenes humildes, Scindia había sido derribado en el campo de batalla de Panipat por un jinete afgano que le hirió por debajo de la rodilla con su hacha de batalla y le dejó allí para que se desangrase. Pero Scindia logró arrastrarse hasta un lugar seguro, aunque le quedó una importante cojera para el resto de su vida. Incapaz de hacer ejercicio, se había vuelto inmensamente gordo. Aun así, era un político brillante, capaz, astuto y de elevada inteligencia. [20]

Su gran rival, Tukoji Holkar, también había escapado a la muerte por muy poco en las llanuras de Panipat. Pero era un hombre muy diferente. *Bon vivant* y galante, aficionado a las mujeres y a la bebida, pero desprovisto de la sutileza o inteligencia de su rival, estaba en desacuerdo en muchos temas con Scindia, hasta el punto de que su señor, el *peshwa* maratha, tenía que intervenir con frecuencia para advertir a los dos rivales de que dejasen sus disputas y cooperasen entre ellos. Aunque en lo que ambos hombres sí estaban de acuerdo era en que había llegado el momento de revivir las grandezas marathas en el Indostán, y que la mejor forma de conseguir tal cosa era instaurar a Shah Alam en Delhi bajo su protección conjunta, para, de ese modo, controlar sus asuntos. [21] Sabían que el amo de Delhi era siempre el amo del Indostán.

A finales de 1770 llegó a Allahabad un mensaje secreto de Scindia, en el que este ofrecía a Shah Alam protección si deseaba retornar a Delhi. El emperador, en respuesta, envió discretamente un mensajero a ambos líderes marathas para tantear la posibilidad de una alianza. Ambos rivales aceptaron la propuesta y se llegó a un entendimiento. El 15 de febrero de 1771 se formalizó el acuerdo entre los marathas y el hijo de Shah Alam, el príncipe heredero, que se hallaba en Delhi en calidad de regente. Según el acuerdo, los marathas expulsarían a Zabita Khan y a los afganos de la capital, después de lo cual Scindia escoltaría a Shah Alam a Delhi y le haría entrega del palacio. A cambio, Shah Alam les pagaría 40 laj de rupias. [*] El emperador ratificó los términos del acuerdo secreto el 22 de marzo de 1771.

Mediado el verano, los marathas cruzaron el Yamuna con un gran contingente y lograron capturar Delhi y expulsar a la guarnición de Zabita Khan. A continuación, vadearon el Alto Ganges y se adentraron en Rohilkhand, saqueando e incendiando todo a su paso. Zabita Khan se retiró a Pathargarh, su fortaleza inexpugnable en los páramos del nordeste de Meerut. Todas las piezas encajaban ahora en su lugar. [22]

Tan solo restaba decidir un último asunto: el comandante del nuevo ejército de Shah Alam. Aquí el emperador contó con un raro golpe de suerte, pues su elección recayó en un hombre que demostraría ser su mayor baza y su más leal servidor. Mirza Najaf Khan acababa de entrar al servicio de Shah Alam. Era el joven oficial de caballería persa que se había distinguido contra la Compañía a las órdenes de Mir Qasim.

Najaf Khan, de apenas 35 años, atractivo, sofisticado y encantador, llevaba en sus venas la sangre de la dinastía safávida y era aliado por vía matrimonial del nabab Shuja ud-Daula de Awadh. Era un diplomático refinado, hábil gestor de ingresos y mejor soldado. Había observado con detenimiento las tácticas y la estrategia de la Compañía mientras combatía del lado de Mir Qasim

y aprendió el orden del fuego por filas, las maniobras de la infantería a la europea y los pormenores de la balística artillera. Los oficiales de la Compañía que lo conocieron quedaron impresionados: era «un comandante de gran ánimo, activo y valeroso, de modales corteses y respetuosos –escribió William Francklin después de tratar con él–. Su incansable atención le permitió regularizar y restaurar el orden de todos y cada uno de los departamentos». También, algo aún más inusual en la época, era «hombre humano y benevolente». [23]

Pocos creían que Shah Alam tuviera muchas posibilidades de regresar sano y salvo a Delhi. Aún menos eran los que creían que tuviera la más remota oportunidad de restablecer el dominio mogol en su capital, o de que lograse algún grado de independencia de los marathas, que era evidente que querían utilizarlo para sus propios fines, como había hecho la Compañía. Pero, si había un hombre que podía ayudar a Shah Alam a vencer en todos esos frentes, este sin duda era Najaf Khan.

Tal y como afirmó el historiador Shakir Khan: «Es mejor un solo hombre, decidido y valeroso, que comprenda bien la estrategia, que mil indecisos». [24]



A 20 millas [32 km] de Allahabad, el emperador entró en Awadh. Esa misma noche, llegó a Serai Alamchand, donde, el 30 de abril, se presentó el nabab Shuja ud-Daula.

No se habían visto las caras desde su huida del campo de batalla de Buxar, siete años atrás. Con Shuja vino otro veterano de aquella batalla, el temible jefe naga, Anupgiri Gossain, ahora ennoblecido con un título mogol de estilo persa, «Himmat Bahadur», es decir, «de Gran Coraje». Al igual que todos los demás, Shuja trató de

disuadir a Shah Alam de continuar hacia Delhi. Pero, «al ver que la decisión de Su Majestad era firme», aceptó ceder al emperador los servicios de Anupgiri, junto con su hueste de 10 000 *gossain* de a pie y a caballo, así como 5 cañones, numerosos carros tirados por bueyes repletos de suministros, tiendas y 12 laj de rupias * en dinero, «pues consideraba que si Su Majestad se une a los marathas con efectivos insuficientes quedará por completo a su merced». [25] Pero declinó acompañar al emperador, así como le advirtió de que la expedición acabaría mal. [26]

El general Barker reiteró las advertencias de Shuja y escribió al emperador: «Han llegado las lluvias y, de continuar la marcha real, esta acabará en un desastre. Si Su Majestad se detiene en Kora [el extremo occidental de Awadh] las tropas inglesas estarán a su servicio. Si, Dios no lo quiera, Su Majestad va más allá de los confines de Kora y sufre una derrota, no nos consideraremos responsables». [27]

Pero el emperador mantuvo su temple. Permaneció casi tres semanas en Serai Alamchand encerrado en su tienda con Mirza Najaf Khan, «invisible para nadie más» y planeando hasta el último detalle de su marcha y cómo superar los diversos obstáculos. Enviaron en secreto a un eunuco de confianza con 2,5 laj de rupias * en bolsas de oro para comprar apoyos entre los nobles marathas. Su misión era descubrir cuál de los caudillos marathas rivales estaba más abierto a aceptar el dominio de Shah Alam y a iniciar negociaciones para devolver el Fuerte Rojo a manos mogolas. [28]

El 2 de mayo, el emperador levantó el campo y avanzó hacia el oeste. Inició una sucesión de lentas marchas hasta alcanzar el último acantonamiento de la Compañía, situado en Bithur, en las afueras de Kanpur. El general Barker se presentó para despedir en persona al emperador. Se llevó a todos los oficiales británicos del ejército de Shah Alam, pero, en un gesto de buena voluntad, le dejó dos batallones de cipayos y le regaló cuatro piezas de campaña. [29]

Durante la semana siguiente, el ejército de Shah Alam avanzó bajo un calor agobiante hasta más allá de Kannauj y se adentró en territorio rohilla. El 17 de julio, el monzón descargó toda su fuerza sobre la columna, «con lo que las intensas lluvias caídas impidieron su avance». Los ejes de sus cañones se hundían en el lodo monzónico y los elefantes vadeaban con lentitud caminos que más parecían canales que vías de tránsito. [30] A finales de agosto, el ejército del emperador, empapado y desorganizado por la lluvia incesante, llegó al fin ante Farrukabad. Aquí, el emperador se enfrentó a su primer desafío real.

El nabab rohilla de Farrukhabad, Ahmad Khan Bangash, había fallecido hacía poco tiempo. Para demostrar su resolución, Shah Alam decidió exigir que todas las propiedades del nabab fueran cedidas a la Corona, a la usanza tradicional de los mogoles. El nieto y sucesor del nabab se resistió a obedecer sus exigencias. Reunió un contingente que rodeó a la columna del emperador y se dispuso a atacar su campo. Shah Alam envió mensajes urgentes a Mahadji Scindia en los que le solicitaba ayuda militar. Había llegado el momento de la verdad: ¿cumplirían su compromiso los marathas y se convertirían en protectores imperiales, o se mantendrían al margen y observarían cómo sus enemigos afganos atacaban a su nuevo protegido?

Dos días más tarde, cuando los rohillas se preparaban para la batalla, aparecieron en el horizonte varios miles de soldados marathas de Scindia. El joven nabab de Bangash, al verse superado en número, pidió la paz y aceptó pagar a Shah Alam un *peshkash* (tributo) de 7 laj de rupias * a cambio del reconocimiento imperial de su herencia. El Shah confirmó al joven nabab sus propiedades y luego marchó con sus ganancias a Nabiganj, a 20 millas [32 km] de Farrukhabad, a pasar el resto del monzón. [31]

El 18 de noviembre, Mahadji Scincia se presentó al fin en persona en el campamento imperial. El príncipe Akbar le hizo entrar en el *durbar* del emperador, para que todo el mundo viera si el

caudillo maratha se guiaba conforme a la etiqueta de la corte mogola y ofrecía sumisión plena al emperador. Tras un momento de titubeo, para alivio de los mogoles, el cojo Scindia se prosternó ante el emperador y «reclinó su cabeza a los pies del emperador, quien le hizo levantarse, le palmeó el regazo y le ensalzó. A causa de su cojera, se le ordenó sentarse frente a la silla dorada del emperador». [32] A continuación, Scindia ofreció al emperador *nazars* (presentes ceremoniales) en señal de obediencia, tras lo cual el emperador «tuvo a bien colocar sus manos benefactoras sobre su espalda. Transcurridas dos horas, se le permitió retirarse y regresó a su campamento». [33]

Dos días más tarde, Scindia hizo una segunda visita, durante la cual los dos caudillos, el mogol y el maratha, definieron sus planes y su estrategia. El 29 de noviembre, los ejércitos confederados levantaron sus campamentos y avanzaron juntos sobre Delhi. [34]

Shah Alam partió de su campamento, situado cerca de Sikandra, el día de Año Nuevo de 1772. Esa misma tarde llegó a Shahdara, en la orilla izquierda del Yamuna, desde donde pudo ver al fin las cúpulas y muros de su capital que se alzaban al otro lado del río. La guarnición maratha hizo una salida para acudir a su encuentro y se llevó consigo a Zeenat Mahal, la emperatriz madre, al príncipe heredero, Jawan Bakht, y «no menos de veintisiete hijos [del emperador]». [35] Shah Alam les recibió a todos en durbar formal.

Cinco días más tarde, a las 8.15 de la mañana, con banderas desplegadas y tambores batientes, Shah Alam entró en las ruinas de Shahjahnabad por la puerta de Delhi. Ese día, la festividad propicia de Eid al-Fitr, que marca el fin del mes de ayuno ritual del Ramadán, fue recordada como su *bazgasht* , o retorno.

Ese fue el día en que asumió su lugar en el palacio de sus padres, lo que puso fin así a doce años de exilio. Los mogoles habían vuelto al trono del pavo real. [36]



La nueva misión que tenía Shah Alam ante sí era nada menos que la reconquista de su imperio perdido, empezando por la región de Delhi.

El emperador y Mirza Najaf Khan tenían en mente dos objetivos inmediatos: el rajá jat de Deeg había usurpado extensos territorios justo al sur de la capital, entre Delhi y Agra. Aunque urgía más someter al caudillo rohilla Zabita Khan, al que se acusaba de desobedecer los llamados del emperador y de haber deshonrado a la hermana de este. Tal asunto no podía esperar. Shah Alam dejó a su hueste acampada al otro lado del río, en las afueras de la ciudad, donde pasó poco más de una semana ofreciendo oraciones del Eid en el Eidgah, * honrando la tumba de su padre en el sepulcro de Humayun, revisando lo que quedaba de sus antiguos cotos de caza y visitando a parientes que no había visto en mucho tiempo. El 16 de enero regresó a su campamento de Shahdara. A la mañana siguiente, partió con Mirza Najaz Khan y Mahadji Scindia para atacar la fortaleza de Zabita Khan.

El ejército se dirigió primero hacia las estribaciones del Himalaya y luego giró hacia el este en Saharanpur, Allí trataron de vadear el Ganges en Chandighar, a un día de marcha corriente abajo de Haridwar. La artillería de Zabita Khan estaba atrincherada en la otra orilla y cubría todos los puntos de cruce, desde donde disparaban metralla al otro lado del río. Era invierno: las lluvias del monzón habían remitido hacía mucho tiempo, pero el deshielo de primavera del Himalaya no había comenzado aún. Según el cronista maratha que viajaba con Shah Alam, una hora antes del amanecer del 23 de febrero: «El emperador alcanzó la orilla del Ganges y dijo con urgencia “si es mi destino ser soberano, ábrenos un camino”. El río

resultó ser vadeable, pues el agua tan solo cubría hasta las rodillas y la mitad inferior de la pierna». El ejército imperial cruzó el río y, con la llegada del alba, entabló combate, espada en mano. «Tres millas [cinco kilómetros] a la derecha, Mahadji Scindia y sus oficiales también cruzaron el río, cabalgaron río arriba y cayeron sin previo aviso sobre la retaguardia afgana». [37]

El momento decisivo llegó cuando Mirza Najaf Khan consiguió desplegar sus unidades de camellos en una isla situada en mitad del río, desde la que dispararon a bocajarro sus cañones contra las prietas filas afganas del otro lado de la orilla. Una hora después del amanecer, Zabita Khan dio por perdida la lucha y huyó hacia el refugio del Himalaya. Varios altos oficiales de Zabita fueron capturados escondidos entre carrizos y torrentes. [38]

Los dos ejércitos convergieron sobre la gran fortaleza pétrea de Pathargarh, donde Zabita Khan había puesto a buen recaudo familia y tesoro. La fortaleza era de construcción reciente y estaba bien aprovisionada; en teoría, podía resistir bastante tiempo bajo asedio. Pero Najaf Khan conocía su oficio. «Najaf Khan cerró el canal por el que llegaba agua a la fortaleza –reporta el cronista maratha–. Por espacio de cuatro días, ambos bandos dispararon balas de cañón como si fueran nubes de lluvia. Al fin, se abrió una brecha en un gran bastión del fuerte. La guarnición pidió cuartel de inmediato». [39] El Qiladar envió un mensajero a Najaf Khan para ofrecer la capitulación si se respetaban las vidas y el honor de la guarnición. Najaf aceptó el ofrecimiento.

El 16 de marzo se abrieron las puertas de entrada a Pathargarh: «Los marathas se situaron en la entrada del fuerte –escribió Khair ud-Din–. Los pobres salieron primero; les despojaron y les registraron y les dejaron ir casi desnudos. Al ver esto, los ricos arrojaron al foso cofres llenos de gemas y dinero para esconderlos. Otros se tragaron sus monedas de oro». [40]

Después, los marathas entraron y comenzaron a llevarse a sus tiendas a las aterrorizadas mujeres y criaturas, incluidos los del

propio Zabita Khan. Todos fueron desnudados y muchos violados e ultrajados. En el caos de sangre y violencia, la tumba del padre de Zabita Khan, Najib ud-Daula, fue abierta, saqueada y sus restos desperdigados. El emperador y Najaf Khan intervinieron y salvaron como pudieron a la familia más cercana de su adversario, al que enviaron a Delhi con una escolta armada. Las familias de los afganos que deseaban regresar a sus montañas marcharon hacia Jalalabad con escolta. [41] Entre los cautivos liberados había numerosas mujeres marathas capturadas en la batalla de Panipat, hacía más de una década. [42]

Los sitiadores dedicaron dos semanas al saqueo de Pathargarh, en las que desenterraron tesoros y drenaron el foso para encontrar las joyas que habían sido arrojadas allí. Se dijo que el botín que había reunido Najib durante sus treinta años como gobernador de Delhi ascendía a la enorme suma de 150 laj de rupias [*] y que incluía caballos, elefantes, cañones, oro y joyas.

El hijo menor de Zabita Khan, Ghulam Qadir, fue uno de los prisioneros enviados como rehenes a Shahjahanabad. El emperador poco menos que lo adoptó y le dio una vida llena de comodidades en los jardines y palacios imperiales de Qudsia Bagh, al norte de Shahjahanabad. Aunque Shah Alam se arrepentió en un futuro de haber hecho esto. Ghulam Qadir, a pesar de que su padre continuaba resistiendo contra el emperador y urdiendo rebeliones contra el reinado de Shah Alam, tuvo la vida lujosa de un príncipe imperial. Este, en palabras de un príncipe mogol, llegó a ser tan arrogante «como el mismo faraón». [43] Un noble veterano, que había perdido a un hermano a manos de Zabita Khan, pidió que se le compensara con la cabeza de Ghulam Qadir. Pero Shah Alam protegió al muchacho, pues un hijo no debía ser responsable de las fechorías de su padre: «Si es su padre quien ha cometido tales crímenes ¿por qué debería matarse a este niño inocente? –preguntó–. Si es venganza lo que buscas, entonces captura a Zabita Khan y mátalo». [44]

Tal vez fue esto lo que dio lugar a habladurías de un vínculo extraño entre el muchacho y el emperador. Pronto corrió por palacio el rumor de que el afecto del emperador por su joven protegido rohilla había superado ciertos límites. Según el *Waqi'at-i Azfari* , las chismosas memorias de un príncipe mogol de la época, «cuando Su Majestad acogió bajo su real protección a este miserable desagradecido, hizo gala de una compasión notable».

> Tras educarle amable y pacíficamente en Shahjahanabad y alojarle en Qudsia Bagh, le adjudicó guardias y le enviaba tres veces al día enormes bandejas de viandas. El sah le convocaba con frecuencia a su real presencia y se apiadaba de su estado. Acariciaba la espalda del muchacho con su bendita mano e insistía en que aprendiera a leer y escribir. Le dio el título imperial de Raushan ud-Daula y, cuando el muchacho sollozaba porque echaba de menos a sus padres, el sah le prometía que pronto le enviarían a casa. Pero, a causa de las circunstancias políticas del momento, ciertos altos nobles de la corte no deseaban que Ghulam Qadir fuera liberado y enviado junto con su padre. Ellos impidieron que Su Majestad liberase al réprobo.
>
> En aquella época, Su Majestad apreciaba mucho a Ghulam Qadir, al cual concedía acceso a su intimidad, pues llamaba a su rehén «mi hijo amado». El autor recuerda varios pasajes de poesía *rejta* [urdu] que Su Majestad recitó en un banquete en el jardín en honor de Ghulam Qadir. Uno de los versos [que hacía un juego de palabras con el nombre literario de Shah Alam, *Aftab* , «el sol»] decía lo siguiente:
>
> Él es mi hijo especial; los otros son meros esclavos,
> ¡oh, Dios! Mantén siempre habitada la casa de mi devoto.
> Ojalá su jardín de deseo continúe en flor.
> Ojalá el otoño jamás franquee los límites de su jardín.

Ojalá sea cultivado a la sombra de Dios,
en tanto brille *Aftab* (el sol)
y las estrellas celestiales refuljan en el cielo. [45]

Es muy posible que no exista una base firme para esta historia, ni para la broma homófoba de Azfari de que Ghulam Qadir sufría *ubnah* , picor en el trasero. Las relaciones homosexuales eran algo bastante aceptable entre superiores e inferiores en esta época y no se consideraban algo inusual o motivo de bromas groseras. La chanza de Afzari radica en que Ghulam Qadir era el «trasero» (lo cual indica su condición de inferior), no la «parte superior», lo cual, al parecer, era una distinción importante en aquel tiempo. Aunque algunas fuentes van más allá. Según el *Najib-ul-Tawarikh* , obra compilada cien años más tarde, en 1865, Ghulam Qadir era muy atractivo y el emperador Shah Alam II temía o sospechaba que las mujeres del harén real se estaban interesando por él. Por lo que, un día, el emperador hizo drogar y castrar a su joven favorito. Esta práctica está confirmada por una extendida tradición, pero los muchos relatos contemporáneos no lo mencionan, y también se dice en otras que el príncipe rohilla tenía barba, lo cual no hubiera sido posible de haber sido eunuco. [*]

Por otra parte, si el joven Ghulam Qadir sufrió afectos indeseados en su jaula dorada durante su cautiverio mogol, lo cual es bastante posible, esto sin duda explicaría en parte la violencia extrema y psicótica que desencadenó contra sus captores unos pocos años más tarde, cuando cambiaron las tornas. [46]



El Delhi al que regresó Shah Alam una vez finalizada su campaña contra Zabita se parecía muy poco a la magnífica capital en la que había crecido. Los treinta años de guerras incesantes, conquistas y saqueos transcurridos desde 1739 habían dejado la ciudad despoblada y en ruinas. Un viajero describió lo que era llegar a Delhi en esta época: «Hasta donde alcanza la vista, todo son edificios ruinosos, largos muros, vastos arcos y partes de cúpulas [...] es imposible contemplar las ruinas de esta urbe grande y venerable sin caer en la más profunda melancolía [...] [los restos] se extienden a lo largo de las orillas del río, durante no menos de 14 millas [22 km] [...] la gran Masjid, construida en piedra roja, está en un estado de gran decrepitud. A su lado se halla el [Chandni] Chowk, ahora en ruinas. Incluso el mismo fuerte se está deteriorando con rapidez, después de haber cambiado de dueño con tanta frecuencia durante los últimos setenta años [...]». [47]

El aventurero suizo Antoine Polier esbozó una visión igualmente sombría. Delhi, escribió, era ahora «un montón de ruinas y escombros». Las mansiones estaban desmoronadas, los bellísimos balcones esculpidos habían sido aserrados y empleados por los rohillas para hacer leña; los canales del Bazar de Faiz y del Chandni Chowk estaban secos y obstruidos. «Las únicas casas en buen estado eran las que pertenecían a mercaderes o banqueros», observó el conde de Modave. [48] Una tercera parte de la ciudad estaba completamente destrozada. Polier hizo responsable al padre de Zabita Khan, Najib ud-Daula, al que acusó de «haber cometido toda clase de desmanes en la ciudad [...] las devastaciones y saqueos de Nader Shah y Ahmed Shah Durrani eran como violentas tempestades que lo arrollan todo a su paso, pero que amainan pronto. Por el contrario, el caos infligido por los rohillas en el transcurso de una década se asemeja a una pestilencia que mantiene una agitación constante y asola al país». [49]

El gran poeta urdu Mir regresó de su exilio en esta época, con la esperanza de que el declive de Delhi fuera corregido tras tantos años

de infortunio. A su llegada, no podía creer el grado de devastación de la ciudad. Vagó desesperado por las calles abandonadas y expoliadas en busca de sus antiguos lugares preferidos y trató, en vano, de encontrar algo que le resultara familiar. «¿Qué puede uno decir de los pilluelos del bazar, cuando ya no queda ni bazar? –escribió–. Los bellos jóvenes han muerto, los píos viejos han muerto. Los palacios están en ruinas, las calles perdidas bajo los escombros […]».

> De repente, me encontré en el vecindario en el que había vivido: donde había reunido amigos y recitado mis versos; donde viví una vida de amor y lloré muchas noches; donde me enamoré de bien amadas altas y esbeltas y canté sus gracias. Pero ahora no vi ningún rostro familiar con el que pasar algún momento de felicidad. Cuanto más avanzaba, más desorientado me sentía. No podía reconocer ni mi vecindario ni mi casa […] me quedé inmóvil y horrorizado. [50]
>
> Aquí donde crecen los espinos, extendidos sobre túmulos de polvo y ruinas,
> estos ojos míos vieron una vez jardines floreciendo en primavera.
>
> Aquí en esta ciudad, donde el polvo recorre las vías desiertas,
> donde antaño un hombre podía venir y llenar su regazo de oro.
>
> Fue ayer cuando estos ojos vieron casa tras casa,
> donde hoy solo quedan en pie muros y dinteles ruinosos.
>
> Sijs, marathas, ladrones, descuideros, pedigüeños, reyes, todos
> nos depredan.

Feliz aquel que no tenga riquezas, pues esa es hoy la verdadera
riqueza.

La época no es como la de antaño, Mir,
los tiempos han cambiado, la tierra y los cielos han cambiado.

Las lágrimas fluyen como ríos de mis ojos sollozantes.
Mi corazón yace ruinoso, como yace la ciudad de Delhi. [51]

Tampoco estaba claro que la paz definitiva hubiera llegado a la ciudad. Ya en el momento de la caída de Pathargarh, la frágil alianza entre mogoles y marathas pareció a punto de romperse debido a las disputas por el botín. «Los marathas descreídos han tomado toda la artillería y los tesoros de Zabita Khan, así como sus elefantes, caballos y otras propiedades –reportó un cronista de palacio– y ofrecen al emperador una parte irrisoria». [52]

Los marathas contestaron que el emperador todavía les tenía que pagar los 40 laj de rupias que les había prometido a cambio de reinstaurarlo en el trono. En respuesta, el emperador poco podía hacer, aparte de recriminar a sus aliados su escasa lealtad: «Tuvo lugar un hostil altercado entre el emperador y el enviado maratha, que se marchó furioso». Al final, Scindia entregó al emperador tan solo 2 laj [*] de rupias de los 150 que supuestamente había tomado en la ciudadela de Zabita. Shah Alam estaba lleno de justa indignación: «Durante seis meses no se ha pagado ni un *dam* del salario de mis soldados –dijo–. Mis hombres solo reciben alimentos después de tres o cuatro días de ayuno». [53]

La cuestión seguía sin estar resuelta cuando los dos ejércitos retornaron a Delhi. En diciembre de 1772 la tensión había escalado hasta tal grado de hostilidad que el viernes 17 los marathas lanzaron un ataque contra el pequeño contingente de Shah Alam, cuyas fuerzas se atrincheraron entre las ruinas del viejo fuerte de Purana

Qila. Durante esta escaramuza, al aventurero bretón René Madec, que acababa de ser reclutado por su amigo Mirza Najaf Khan, le impactó una bala en un muslo. «El emperador propuso llegar a un acuerdo –escribió Madec en su *Mémoire* –, pero los marathas querían extraer todas las ventajas de su reciente victoria y obligaron al infortunado príncipe a bailar a su son».

> [Los marathas] estaban decididos a no permitirle incrementar sus fuerzas militares, lo cual le hubiera permitido igualar efectivos. Todo lo que querían era que Shah Alam continuase dependiendo de ellos. Sus condiciones eran que el emperador tan solo retendría las tropas estrictamente necesarias para su protección personal […] después de este asunto, el emperador se vio reducido a una condición lamentable. No había pagado a sus hombres antes de la batalla y ahora aún menos podía pagarlos. Me daba cuenta de que mis soldados estaban al borde de la rebelión. [54]

Las cosas podrían haberle ido muy mal a Shah Alam, pero la situación se solucionó en el último minuto. A principios de septiembre de 1773, llegó un mensaje inesperado desde Pune que anunciaba la muerte por consunción del joven *peshwa* maratha, Narayan Rao. Tuvo lugar una violenta disputa sucesoria entre las muchas facciones de la Confederación maratha. Cuando llegó a Delhi la noticia de la lucha por el poder, tanto Scindia como su rival, Holkar, comprendieron que era esencial regresar a Pune lo más rápido que pudieran para proteger sus intereses. En su prisa por llegar a Pune, los dos partieron antes de una semana, con lo que Shah Alam y Mirza Najaf Khan quedaron como los dueños indiscutidos de Delhi.

Fue así como la expedición a Delhi de Shah Alam finalizó con el único resultado que nadie había previsto. Los marathas, tras haber ayudado a Shah Alam a regresar al trono de Delhi, se retiraron

varios años, durante los cuales se dedicaron a batallar entre ellos. En el monzón de 1773, Shah Alam había dejado de ser el títere despojado de poder que había sido la mayor parte de su vida; para su sorpresa, ahora era soberano de sus dominios y uno de los generales más grandes del siglo XVIII comandaba sus ejércitos.

Shah Alam tenía ahora 49 años, es decir, estaba acercándose al final de la mediana edad para los estándares mogoles. A pesar de sus infortunios en batalla, podía mirar hacia atrás y recordar con gratitud muchos aspectos de su vida. Había evitado ser asesinado por Imad ul-Mulk y había sobrevivido a cuatro batallas campales con los cipayos de la Compañía, después de las cuales los vencedores le habían jurado lealtad. Había regresado a Delhi y ahora ocupaba el trono del pavo real, independiente en su reino y sin deber obediencia a nadie. Esto, para Shah Alam, era poco menos que un milagro, que atribuía sin dudarlo a la intervención divina.

El *Nadirat-i-Shai* , *Diwan-e-Aftab* es una recopilación de 700 de los mejores versos y canciones de Shah Alam, que abarcan desde ghazal (poemas líricos), al *nayika bheda* de 1797, una selección de versos compilados por orden de él. Esta obra comienza con un ghazal de súplica a su Creador, escrito en torno a esta época, que muestra la seriedad con la que se tomaba sus deberes regios y hasta qué punto creía que su deber era un mandato divino, con la exclusiva supervisión de Dios:

> ¡Señor! Me has concedido Tu Gracia, el imperio
> obedecen a mi palabra el reino de los corazones y las mentes.
>
> En este mundo [*alam* ] Tú me has denominado Rey-del-Mundo
> [*Shah Alam* ]
> Acuña una moneda en mi nombre para beneficio de este
> mundo y el siguiente.

Me han convertido en el sol [*aftab* ] del cielo del reinado.
Ilumina el mundo con la luz de mi justicia.

Aun cuando tenga categoría regia, en tu corte sagrada soy un mendigo.
Admite en Tu presencia a este suplicante desesperado.

Pues, dado que Tú eres el juez Más verdadero y Supremo,
¡oh, Dios, te rezo a ti!
Que la justicia de mi reino insufle vida a las rocas y a los desiertos.

Con tu ayuda, Moisés prevaleció sobre el déspota faraón.
Tu ayuda divina hizo de Alejandro soberano del reino de Darío.

También tú has hecho brillar mi nombre en este mundo
[*alam* ] como
el sol [*aftab* ]
Desde el sol de mi benevolencia, llena de luz los corazones de amigos
y enemigos.

En la próxima campaña había nuevas conquistas que alcanzar, pero antes debía disfrutarse del monzón y agradecer su triunfo. Como dijo el emperador a los comandantes marathas antes de su partida, no podía acompañarles a sus campañas pues necesitaba estar en Delhi «para el matrimonio del guía espiritual de mis hijos y el *urs* [festival] de mi *pir* [guía espiritual]», el gran santo sufí Qu'tb ud-Din Baktiar Khaki de Mehrauli. [55] La última vez que Shah Alam había estado en el santuario de su *pir* había sido doce años antes, cuando había acudido a pedir su bendición y su protección antes de huir de Delhi. Ahora quería agradecer al santo por hacerle regresar sano y salvo.

Primero convocó a Mirza Najaf Khan y en durbar le recompensó formalmente por sus servicios con el cargo de pagador general y le regaló fincas en Hansi y Hissar, al oeste de la capital. [56] Luego fue a pasar el monzón en la residencia de recreo de Mehrauli, con sus pabellones de mármol, sus columpios, sus huertos de mangos y sus cascadas. Allí celebró su retorno a la manera tradicional de los mogoles: con peregrinaciones a santuarios sufíes, música, canciones, recitales de poesía, fuentes y entregándose a los banquetes y al amor en las tiendas plantadas en los jardines vallados de Mehrauli.

Es hacia esta época cuando se cree que Shah Alam escribió uno de sus versos más celebrados, una serie de ragas monzónicos escritos en el estilo musical, hoy perdido, del Raag Gaund. Estos versos rezumantes de lluvia que «celebran la unión inminente entre las nubes y la tierra, el amante y el amado» [57] eran cantados para celebrar la belleza fecunda de la estación, dar gracias al santo patrón de Mehrauli por su protección y pedirle sus bendiciones para lo que habría de venir:

El pavo real murmura sobre las alturas, mientras las ranas se
reúnen alborotadas.
¡Mira las bellas cascadas, retira las telas que las cubren!

Te imploro, señor Qu'tb-ud Din, que cumplas los deseos de
mi vida.
Yo te adoro, por favor, escúchame, siempre estoy a tus pies.

Sal en este bello día; aspira el aire y las delicias del jardín,
sacia tu sed y solázate en la contemplación de las bellezas del
Raag Gaund.

Concede riquezas y un país a Shah Alam y llena su casa de
tesoro,
mientras pasea bajo los mangos y contempla las cascadas. [58]



Mientras Shah Alam se relajaba y festejaba en Mehrauli, Najaf Khan seguía trabajando. Primero se hizo con el control de las fincas que le habían concedido en Hansi y luego utilizó sus rentas para pagar a las tropas. Comenzó a reclutar y entrenar nuevos batallones, entre ellos uno formado por rohillas desposeídos, que, al haberse quedado en la miseria tras la caída de Pathargarth, no tuvieron más remedio que unirse a sus antiguos enemigos. Cuando corrió la voz de que Shah Alam ambicionaba reconquistar su imperio, acudieron a Delhi veteranos de toda la india en busca de empleo en el nuevo ejército de Mirza.

Mirza Najaf era consciente de que las nuevas tácticas militares europeas que se habían extendido en el sur y este de la India seguían siendo desconocidas en el Indostán, donde todavía regía el antiguo estilo de guerra a caballo irregular. Tan solo los jats contaban con un puñado de batallones de cipayos a medio entrenar. Es por esto que trató de reclutar a todos los mercenarios europeos que pudo para que entrenasen a sus soldados. A comienzos de la década de 1770, esto significaba reclutar a los soldados de fortuna franceses que habían quedado sin empleo y habían tenido que emigrar hacia el oeste a causa de la sucesión de victorias de la Compañía en Bengala, y la negativa de esta a tolerar la presencia de mercenarios galos en las tierras de su nuevo aliado, Awadh. [59]

Najaf, con constancia, los fue reclutando uno tras otro. Primero el soldado de fortuna bretón René Madec. Más tarde, reclutó al asesino alsaciano de Mir Qasim, Walter Reinhardt, conocido como Sumru y casado con Farzana, una notable y enérgica bailarina de Cachemira, que pasó a la memoria popular como Begum Sumru. Era la madre del hijo de Sumru y viajaba por toda la India septentrional con su

marido mercenario; pronto demostró ser tan dura y despiadada como él. Mientras Sumru marchaba con Najaf Khan, la Begum pacificó y consolidó las propiedades que Shah Alam les había concedido en Sardhana, cerca de Meerut.

La pareja creó en poco tiempo un pequeño reino en el Doab. Cuando el conde de Modave fue a visitarles, quedó asombrado de su opulencia. Pero Sumru, observó, no era feliz, pues parecía que le perseguían los fantasmas de aquellos a los que había asesinado: ahora era «devoto, supersticioso y crédulo, como todo buen germano. Ayuna todas los días de guardar [festividades católicas]. Da limosna y paga todas las misas que puede. Teme al diablo tanto como a los ingleses […] A veces, parece sentirse a disgusto con su vida, lo cual no le impide mantener un numeroso serrallo, muy por encima de sus necesidades». [60] Esto tampoco le impidió protegerse contra los adversarios humanos tanto como contra los demoníacos. El conde reportó que, de todos los jefes mercenarios, Sumru era «el mejor equipado de municiones de guerra […] su campamento militar está en perfecto orden […] su artillería está en muy buen estado y dispone en su parque artillero de unos 1200 toros de Gujarati [para arrastrar los cañones]». [61]

También estaba el aventurero suizo Antoine Polier, un experto ingeniero militar que había colaborado con la Compañía en la reconstrucción del Fuerte William de Calcuta después de que Siraj ud-Daula hubiera destrozado el viejo. Pero Polier ansiaba horizontes más amplios y marchó a Delhi, donde ofreció a Najaf Khan su pericia como ingeniero militar y su experiencia en asedios. Por último, también figuraba el brillante y refinado conde de Modave. Antes de que la bancarrota le obligase a tomar el camino del este, el aristócrata había sido amigo y vecino de Voltaire en Grenoble y confidente del duque de Choiseul, ministro de Exteriores galo. Modave escribió y tradujo numerosos libros a un elegante francés y sus agudas y detalladas memorias del periodo son, con diferencia, el testimonio más sofisticado de las campañas que vendrían.

Poco después se unieron al ejército de Mirza soldados de un tipo muy diferente: los nagas melenudos de Anupgiri Gossain, quien, tras desertar del servicio de Shuja ud-Daula, llegó con 6000 guerreros desnudos y 40 cañones. Estos nagas siempre constituían excelentes tropas de choque, pero eran particularmente efectivos contra hindúes. El conde de Modave recuerda una ocasión en la que la Compañía envió a un batallón a detener a unos nagas que estaban «saqueando, robando, masacrando y causando el caos […] [pero] en lugar de cargar contra los nagas, los cipayos hindúes arrojaron sus armas y se postraron a los pies de aquellos santos penitentes que, sin perder un instante, se quedaron con las armas de los cipayos y continuaron robando y saqueando». [62]

En agosto, Najaf había reunido al mando de estos comandantes veteranos seis batallones de cipayos armados con cohetes y artillería, además de un fuerte contingente de caballería mogol, unos 30 000 jinetes en total. Con tales efectivos, los mogoles se disponían a reconquistar su imperio.



Najaf Khan dio inicio a su campaña de reconquista muy cerca. El 27 de agosto de 1773 sorprendió y tomó el puesto septentrional más avanzado de Nawal Singh, rajá de Deeg. La posición era un gran fuerte de adobe llamado Maidangarhi que el gobernante jat había edificado, en abierto desafío a la autoridad imperial, al sur de Mehrauli, en un punto visible desde el alminar de Qutab. «Sus rústicos defensores combatieron largo tiempo, pero llegó un momento en que ya no pudieron resistir más. Najaf Khan capturó el fuerte y pasó a cuchillo a todos los hombres que encontró allí». A continuación, Najaf Khan capturó una serie de fuertes de adobe

menores con los que el rajá jat había cercado las tierras al sur de Delhi. [63]

Nawal Singh pidió la paz, al tiempo que se preparaba para la guerra y buscaba establecer una alianza con Zabita Khan, que había regresado hacía poco a sus tierras devastadas y ansiaba venganza. Pero Najaf Khan avanzó tan rápido que impidió que se cerrase un pacto. Su veloz marcha aplastó a las tropas de Nawal Singh. El 24 de septiembre se adentró en el país de los jats. La tarde del 30 de octubre en Barsana, al norte de Deeg, mientras el sol declinaba sobre vastos campos de mijo, mató y decapitó al principal general jat y derrotó a su ejército. Junto con él, quedaron muertos sobre el campo de batalla 3000 hombres. Los cipayos jats trataron de disparar por filas, pero no dominaban bien esta práctica. Las tropas de Najaf Khan, tras calcular la cadencia de carga y disparo de sus enemigos, se arrojaron al suelo cuando abrieron fuego y avanzaron a la carrera contra las líneas jats «con las espadas desnudas» antes de que pudieran recargar. Najaf fue herido en la batalla, pero el inmenso botín capturado en el campamento jat sirvió para financiar el resto de la campaña. [64]

Cuando corrió la voz de la pericia militar de Najaf Khan, sus enemigos comenzaron a huir a su paso, lo cual permitió a Najaf tomar, en rápida sucesión, el fuerte de Ballabgarh, a medio camino de Agra, además de fuertes menores jats en Kotvan y en Farrukhnagar. [65] A mediados de diciembre, Najaf Khan puso sitio al fuerte de Akbar el Grande en Agra. Dejó a Polier a cargo las obras de asedio y se dirigió hacia el sur con la mitad del contingente para capturar la poderosa fortaleza de Ramgarh. Tras tomarla por sorpresa, la renombró Aligarh.

El 8 de febrero de 1774, Polier, tras haber disparado más de 5000 balas de cañón contra las murallas del fuerte de Agra, consiguió al fin abrir brecha. Poco después, la fortaleza se rindió; Sumru y su brigada quedaron como guarnición. [66] El 29 de abril de 1776, al fin, tras un asedio de cinco meses, el inexpugnable bastión jat de Deeg

cayó en manos de Najaf Khan. El rajá había huido y la inanición había debilitado a la guarnición. Madec escribió que tres de las esposas de Nawal Singh imploraron al eunuco de palacio que las matase tras la captura de la ciudad: «Se estiraron sobre la alfombra y [el eunuco] les cortó la cabeza a las tres, una detrás de otra, y, por último, se dio muerte a sí mismo sobre los cadáveres». [67] La ciudadela fue saqueada y los defensores pasados a cuchillo: «Se vertió mucha sangre y se cortó el cuello incluso a mujeres y niños –escribió el conde de Modave–. Las mujeres eran violadas; tres viudas del antiguo rajá prefirieron suicidarse antes que padecer tal destino. Luego, los saqueadores prendieron fuego a la ciudad. El fuego se expandió al polvorín y, durante tres días consecutivos, hubo terribles explosiones. Najaf trató de detener los saqueos, pero necesitó tres días para volver a controlar a sus tropas». [68]

Shah Alam censuró a Najaf Khan por el saqueo: «Le he enviado a poner orden en el reino, no a saquearlo –le escribió–. No vuelva a hacerlo. Libere a los hombres y mujeres que ha capturado». [69] A pesar de sus críticas, en menos de cuatro años Najaf Khan había capturado todos los bastiones principales del corazón de las tierras mogolas y sometido los vasallos más rebeldes del emperador. Los rohillas fueron aplastados en 1772 y luego en 1774; en 1777 fueron capturados al fin todos los bastiones de los jats. Hacia 1778, los sijs habían sido forzados a retirarse al Punyab y Jaipur había ofrecido su sumisión. Se restableció una soberanía testimonial sobre Awadh y parte de Rajputana.

Después de cuarenta años de incesantes derrotas y pérdidas, el Imperio mogol comenzaba a despertar del coma. Por primera vez en cuatro décadas, Delhi volvía a ser la capital de un pequeño imperio.



Mientras Mirza Najaf Khan se ocupaba de dirigir el ejército, Shah Alam permaneció en Delhi, dedicado a restablecer su corte e insuflar vida a su capital muerta. El mecenazgo imperial permitió que afluyeran artistas y escritores y estos empezaron a regresar. Además de los poetas Mir y Sauda, también regresaron de su exilio voluntario en Lucknow los tres pintores más representativos de su época, Nidha Mal, Khairullah y Mihir Chand. [70]

Con el restablecimiento de la corte, era inevitable que regresasen también las habituales intrigas cortesanas, muchas de ellas dirigidas contra Najaf Khan, quien, además de ser un forastero inmigrante, también era un chií persa. El nuevo ministro suní de Shah Alam, Abdul Ahad Khan, celoso del creciente poder y la popularidad de Najaf Khan, trató de convencer al emperador de que su comandante conspiraba para derrocarlo. Dejó llegar a oídos de Shah Alam que Najaf Khan planeaba unir fuerzas a las de su pariente Shuja ud-Daula para fundar una nueva dinastía chií que reemplazaría a los mogoles. «Abdul Ahad era cachemiro y pasaba de los 60 años de edad, pero era tan ágil y vital como un hombre en la flor de la vida –escribió el conde de Modave–. Se había entrenado para las intrigas de la vida cortesana desde su primera juventud, pues su padre había servido en un puesto similar con Mohamed Shah Rangila».

> En apariencia, no podía haber una persona más decente y cortés que este Abdul Ahad Khan, pero todas sus ambiciones políticas no fueron sino una red de falsos engaños, cuyo fin era obtener dinero para sí mismo y suplantar a todo aquel que le hiciera sombra. Odiaba en particular a Najaf Khan, comandante de las tropas del emperador, pues solo dependía de sí mismo y, por tanto, controlaba su partida. Esto hacía que Najaf Khan fuera temido y detestado por el mismo emperador. [71]

Najaf Khan ignoró las habladurías y continuó sus conquistas con una serenidad que impresionó a los observadores: «Su perseverancia no tiene parangón –escribió Polier–. La paciencia y entereza con la que encaja los reproches e impertinencias de esta chusma cortesana es admirable». [72] Modave coincide con él: «No tengo palabras para describir el rostro impasible y flemático con el que Najaf Khan contemplaba todas estas intrigas en su contra –escribió–. Estaba bien informado hasta de los menores detalles, que comentaba con sorna con sus amigos, a los que señalaba a menudo que solo los débiles se rebajan a utilizar medios tan mezquinos».

> Nunca mostró ningún signo de inquietud y continuó su campaña contra los jats [...] era consciente del poder que podía ejercer en Delhi y, a menudo, confiaba a alguno de sus íntimos que podía, si así lo deseaba, cambiar las cosas en un instante, enviar al *Padshah* de vuelta a la prisión de los príncipes y poner a algún otro en el trono. Pero que se abstenía de recurrir a tales métodos violentos por temor a ser odiado y granjearse enemistades. Prefería sufrir con paciencia las nimias frustraciones y humillaciones que le lanzaban, con la seguridad de que, mientras tuviera un ejército fuerte, tenía poco que temer de sus impotentes rivales. [73]

En tales circunstancias, era inevitable que surgiera una desconfianza educada y cortés entre el emperador y su comandante más brillante. Esta se manifestaba de un modo sutil que Modave se complacía mucho en observar: «Existe en Delhi la costumbre tradicional –escribió– de agasajar al emperador con manjares preparados, listos para comer [...] a lo cual el monarca responde enviando platos similares a aquellos a los que desea honrar».

> Los platos escogidos para el emperador eran colocados en grandes bandejas que se cubrían con una tela sellada con las

armas del remitente; todo esto era enviado al serrallo real. El Padshah hacía que todas las viandas que llegaban de la cocina de Najaf Khan fueran arrojadas al Yamuna. Cuando el emperador correspondía al favor, Najaf Khan recibía el don regio con numerosas reverencias y gran ceremonia. Pero, tan pronto como los criados reales se retiraban, los alimentos eran entregados a los *hahal-khwar* , que de muy buena gana se daban un festín [...] estos muchachos se encargaban de limpiar los excusados de las casas, por lo que puede uno imaginarse cuál era su estatus y su función. [74]

A pesar de esto, tanto Modave como Polier consideraban a Shah Alam digno de admiración. El 18 de marzo de 1773, poco después de haber entrado a su servicio, Polier fue recibido en audiencia oficial por el emperador en el salón del trono, el *Diwan-i-Khas* . Se le concedieron unos elegantes alojamientos en el haveli de Safdar Jung, cerca de la puerta de Cachemira, y se le regaló un elefante, una espada y un caballo. El emperador en persona le anudó la joya de su turbante y le enviaba viandas de la mesa real. Poco después, Polier anotó en su diario: «Shah Alum tiene alrededor de 50 años de edad [...] de complexión fuerte y buena constitución, tiene un tamaño por encima de la media y su aspecto, a pesar de tener un aire melancólico, tiene un notable grado de dulzura y benignidad, que despierta la simpatía del observador».

En público, su porte es grave y reservado, pero cuando la ocasión lo requiere está lleno de gracia y condescendencia. Indulgente con sus servidores, queda satisfecho con facilidad con sus servicios y rara vez les encuentra fallos, o señala los descuidos de los que puedan ser responsables. Es un padre devoto que profesa a sus hijos el mayor de los afectos, si bien se ciñe a los usos de la corte, limitados por una gran subordinación y restricción.

Es un observador devoto y estricto con las ceremonias de su religión, aunque debe reseñarse que no deja de tener un fuerte rastro de superstición. Conoce bien las lenguas persa y árabe, en particular la primera, y no desconoce algunos de los dialectos de la India, con los que a menudo se solaza componiendo versos y canciones.

Ha demostrado repetidas veces que no carece ni de coraje ni de ánimo y, en más de una ocasión, su constancia y entereza se han visto sometidas a severas pruebas, que ha soportado con un temple de infinito mérito. Pero desde el principio concedió demasiada confianza a sus ministros, y a menudo se guardaba su opinión, más acertada, para dejar que se impusiera la de uno de sus servidores, con frecuencia por motivos muy diferentes a aquellos que debiera dictar semejante confianza.

Este ha sido siempre el punto flaco de Shah Alum, en parte debido a la indolencia y en parte a su mente confiada, que le impide ver designio alguno en las lisonjas de un sicofanta e interpreta como afecto a su persona lo que no es otra cosa que un intento de imponerse y obtener su confianza. De hecho, dos de las debilidades más evidentes del rey es su gran afición a los halagos y la confianza, a menudo inmerecida, que deposita en sus ministros. Aunque no puede decirse que sea un gran monarca, debe admitirse que sus numerosas y buenas cualidades le harían merecedor, en la vida privada, de la condición de hombre bueno y benevolente [...] [75]

El conde de Modave, por lo general bastante cáustico, tenía una opinión similar del emperador. Modave le consideraba bienintencionado, amable, cortés, pero carente tanto de sagacidad como de sabiduría. «Es bueno hasta la debilidad –escribió– y su aspecto físico y su porte irradian inteligencia y amabilidad. He tenido

en numerosas ocasiones el honor de estar cerca de él y pude observar en su rostro expresiones de inquietud que revelan un príncipe sumido en profundas reflexiones».

> El Padshah es un padre tierno y afectuoso, que abraza en público a sus hijos pequeños. En Delhi me explicaron que tiene 27 hijos varones, que gozan todos de una salud desbordante. Cuando aparece en público suelen acompañarle tres o cuatro de sus vástagos. Le he visto salir a caballo del Palacio Fuerte para ir a galopar por la campiña de los alrededores, acompañado de varios jóvenes príncipes también montados, que muestran a su padre su pericia y destreza con diversos deportes y juegos. Otras veces le he visto en el interior del Palacio Fuerte ir de una estancia a otra, seguido de sus hijos menores, de 3 a 6 años de edad; los eunucos se encargaban de transportar tan noble carga.
>
> Viajes y aventuras han ensanchando la mente del príncipe y sus tratos con franceses e ingleses le han proporcionado un conocimiento general de los asuntos del mundo que, seguramente, le han ayudado a guiarse en la consecución de sus ambiciones. Pero, una vez regresado a Delhi, sus asuntos estaban en tal embrollo, y las tentaciones del perezoso recreo eran tan fuertes, que todas las buenas cualidades del príncipe quedaron sin efecto, al menos por el momento […]
>
> Aunque este príncipe tenía buenas cualidades –inteligencia, amabilidad y capacidad de comprensión– su mezquindad ocasional puede arruinarlo todo. Rodeado de mujeres, vive una existencia lánguida y afeminada. Uno de sus pasatiempos diarios es un juego de tablero al que se entrega con sus concubinas favoritas, con dados oblongos del tamaño del dedo anular [*chaupar* ] […] En cada partida que juega el *Padshah* con sus damas se apuestan 3 o 4 paisas,

que paga si pierde, e insiste en recibir cuando es él quien gana, según dictan las reglas.

Tiene todos los defectos de los gobernantes débiles, a saber, odia a aquellos a quienes se ve obligado a encumbrar, como es el caso de su general, Najaf Khan. Los dos desconfían el uno del otro y chocan constantemente [...] a pesar de que Shah Alam ha tomado parte en la guerra, nunca ha mostrado mucho interés por la profesión castrense, aun cuando la posición en que se encuentra exige que haga del combate su principal ocupación. Uno pierde el tiempo en vano tratando de persuadirle para que parta en campaña; desde su regreso a Delhi, ha ignorado o rechazado todas las propuestas que se le han hecho al respecto.

Su ministro [Abdul Ahad Khan] está tan ávido de autoridad y riquezas que utiliza su influencia sobre el ánimo de Shah Alam con el único propósito de distanciar al príncipe de los servidores que le son verdaderamente leales, a los que reemplaza por su propia gente. La irritación que esta conducta causa a todos en la corte, en particular a Najaf Khan, el más importante de todos, ha ocasionado cábalas e intrigas [...] Shah Alam, recela de su general [Najaf] y desconfía de sus ministros, que carecen de crédito, y siempre teme una pequeña revolución palaciega que le devuelva a la prisión en la que nació. [76]

Aunque el problema más serio para la corte no eran las intrigas ni las divisiones internas, sino más bien la perenne falta de fondos de Shah Alam. El 9 de septiembre de 1773, Shah Alam escribió a Warren Hastings para solicitarle que remitiera el tributo de Bengala. Le informó de que no había recibido dinero de la Compañía «durante los dos últimos años y nuestras cuitas, por tanto, son ahora muy grandes». También recordó a la Compañía las obligaciones del

tratado: remitir rentas y entregarle las tierras que se le habían concedido en Kora y en Allahabad. [77]

La petición no tuvo éxito. Hastings, aterrado por el sufrimiento que la gran hambruna estaba causando a los bengalíes, decidió suspender todos los pagos «a este miserable rey de restos y pedazos». [78] «Se me ha confiado el cuidado y protección de la gente de estas provincias –escribió– y su condición, que el momento presente bordea la miseria, quedaría en el estado más ruinoso si extrajera al país la poca riqueza que le queda». [79] Pero esto no le impidió permitir que sus homólogos de la Compañía remitieran a Inglaterra cantidades mucho mayores.

«Puedo prometer que no haré más pagos mientras se encuentre en manos de los marathas –escribió Hastings a los directores un año más tarde–. Y trataré de no pagar *nunca más* , si puedo evitarlo. Considero inverosímil […] que la riqueza de la provincia (que es su sangre) sea extraída para abastecer a la corte de un falso rey, ¡un ídolo de su Creación! Pero aún más asombroso es que le sigamos rindiendo homenaje cuando no es más que la herramienta de los únicos enemigos que tenemos en la India, que lo único que buscan son medios para cumplir su objetivo, que es nuestra ruina». [80] Cuando sus colegas del Consejo señalaron que la Compañía controlaba Bengala gracias a la carta de concesión del emperador, Hastings replicó que consideraba que la Compañía controlaba Bengala gracias a la «licencia natural» de la espada. En 1774, Hastings decidió de forma oficial suspender todos los pagos a Shah Alam. [81]

Esto supuso una severa pérdida para el tesoro de Shah Alam, el cual rara vez podía pagar el salario completo a sus soldados. Como observó un reporte de la Compañía, «los gastos de su ejército superan en tanto sus ingresos que una considerable parte de este pasa meses sin recibir sustento alguno, salvo el que adquiere por crédito o botín. Esto hace que numerosos cuerpos abandonen el

servicio constantemente y otros igual de numerosos se alistan, pues [el emperador] acoge a todos los aventureros». [82]

Esto podía gestionarse mientras Najaf Khan recuperaba el patrimonio imperial en la región de Delhi y traía a palacio todo el botín capturado a los jat y las rentas del Indostán. Los verdaderos problemas empezaron cuando esta riqueza comenzó a agotarse y Najaf Khan se retiró, enfermo y exhausto, a Delhi.




Najaf Khan enfermó por primera vez en el invierno de 1775 y quedó confinado en el lecho varios meses. Durante su enfermedad, los jats se rebelaron. En abril se recuperó y encabezó una segunda campaña para restablecer la autoridad imperial en Hariana.

En noviembre de 1779 el taimado ministro cachemiro Abdul Ahad Khan perdió la confianza del emperador tras comandar una catastrófica campaña contra los sijs de Patiala. A consecuencia de la debacle, Shah Alam nombró regente, o *Vakil-i-Mutlaq* , a su rival, Mirza Najaf Khan. Tenía 42 años de edad, pero el emperador tenía que haberle ascendido años antes, pues todos los observadores coinciden en que Mirza era, con diferencia, el dirigente mogol más capaz. Aunque, tan pronto como Mirza Najaf Khan se hizo con las riendas del gobierno, comenzó a padecer largos periodos de fiebres y enfermedad. «Las puertas de la felicidad parecían abrirse para las gentes de aquel tiempo –escribe un cronista–. Los ciudadanos creyeron ver la felicidad en el espejo. Pero [después de que Najaf Khan se retirase a su lecho] las cornetas y timbales de las tropas que se dirigían a la ciudad fueron como veneno que disolvió tales pensamientos». [83]

Eran muchos los que sentían celos del meteórico ascenso de este inmigrante chií. Para explicar su ausencia de la vida pública, se hicieron correr rumores de que Mirza Najaf Khan se había convertido en un esclavo del placer, que pasaba sus días en el lecho con las bailarinas de Delhi. En su *Ibratnama* , Khair ud-Din Illahabadi afirma que el gran comandante había sido llevado por el mal camino por un eunuco malevolente: «Un tal Latafat Ali Khan consiguió ganarse la confianza de Mirza Najaf [...] y ejercer una gran influencia sobre él».

> Con el pretexto de su bienestar, [el eunuco] animó con descaro a Mirza, que debía dedicar su tiempo a combatir y derrotar a los enemigos del Estado, a probar los placeres, hasta entonces desconocidos, de la voluptuosidad. Latafat Ali Khan introdujo en los aposentos de Mirza a una prostituta experimentada, que día y noche había dormido con mil hombres. La hacía presentarse sin pudor en su intimidad, hasta que Mirza quedó prendado de ella y, poco a poco, se convirtió en su esclavo sexual. Esto permitió a Latafat Ali Khan recibir inagotables sumas de dinero y regalos; pero el vino y la mujer pronto minaron las fuerzas de Mirza.
>
> Mirza dedicaba todo su tiempo a esta mujer, adoraba su belleza y bebía vino en exceso, con ojos inflamados y debilitados, el cuerpo febril y destemplado, hasta que cayó enfermo de gravedad. Pero no cuidó su salud y continuó festejando mientras pudo, ignorando el consejo de los doctores de moderar su conducta. Su enfermedad llegó a un grado que ya no podía curarse o al menos tratarse. Las amargas aguas de la desesperación anegaron su cabeza y el Cielo dictaminó que debía morir de forma repentina en la flor de su virilidad. [84]

Con independencia de los detalles de la vida sexual de Najaf Khan, la verdad acerca de su enfermedad era mucho más cruel. En

realidad, el tiempo que pasó en cama no lo vivió en un éxtasis sexual, sino padeciendo dolor y escupiendo sangre. El comandante había contraído consunción [tuberculosis]. Hacia agosto de 1781 estaba postrado en el lecho. Aguantó los tres primeros meses de 1782, enjuto y cadavérico, más vivo que muerto. «Todos, desde el emperador al más humilde habitante de Delhi, hindúes y musulmanes por igual, estaban preocupados por la vida de su amado héroe –escribió Khair ud-Din–. Cuando lo que podían hacer los humanos ya no sirvió de nada, se encomendaron a los poderes celestiales y rezaron por su recuperación. La noche del 7.º día de Rabi se hizo en nombre del Mirza una gran ofrenda (*bhet* ) en el santuario de la diosa Kalka Devi [cerca de Oklah] y se invocó la bendición de la deidad para que recuperase su salud. El nabab distribuyó dulces entre brahmanes y muchachos y liberó vacas que debían sacrificarse. Se pagó en efectivo a los matarifes y se les advirtió severamente de que nadie debía molestar a esos animales. Pero todo fue en vano». [85] Cuando el emperador, lleno de remordimientos, vino a comienzos de abril a despedirse, Najaf Khan estaba «tan débil que no pudo ponerse en pie o hacer los saludos de rigor»:

> Al ver el estado en que se encontraba el Mirza, Su Majestad lloró y colocó su mano con suavidad sobre su hombro para confortarlo […] los rumores de la inminente muerte del nabab corrieron por la ciudad. Sus mujeres abandonaron los aposentos privados y, entre lloros y lamentos, se arremolinaron en torno a su lecho, lo cual devolvió a su rostro una última chispa de consciencia. Hizo llamar a su hermana y suspiró con remordimiento: «Siéntate un momento junto a mi almohada y proyecta sobre mí tu misericordiosa sombra, concédeme tu compañía unos momentos». Mientras susurraba estas palabras, cerró los ojos. Dicen que todavía

quedaba una guardia nocturna cuando el aliento de la vida abandonó la arcilla de su cuerpo. [86]

Mirza Najaf Khan falleció el 6 de abril de 1782, con tan solo 46 años de edad. Durante diez años había luchado en inferioridad de condiciones, y a menudo sin que se lo agradecieran, para restituir a Shah Alam el imperio de sus ancestros. A partir de ese momento, como dijo un historiador: «Los rayos de esperanza de la gloria mogol que habían comenzado a brillar se disiparon bajo la gran nube de la anarquía». [87] Najaf Khan fue recordado como el último gran potentado del reinado mogol de la India y recibió el título honorífico de Zul-Fiqaru'd-Daula (Espada Suprema del Reino). [88] Fue enterrado en una modesta tumba en un jardín a corta distancia de la de Safdar Jung. [*] Como ocurrió con tantas de las obras de su vida, nunca se completó.

Casi de inmediato, la corte se desintegró en facciones rivales y los lugartenientes de Najaf Khan se entregaron a la pugna por el poder. Afrasiyab Khan, el oficial más capaz de Najaf Khan y el elegido por este último para sucederle, era el hijo converso de un comerciante hindú y contaba con el apoyo de Anupgiri Gossain y su batallón de ascetas guerreros. Pero, a causa de sus orígenes humildes, contaba con escasos apoyos en la corte.

El gran adversario de su ascenso era Mirza Mohamed Shafi. Aristocrático y sofisticado, era sobrino nieto de Najaf. El 10 de septiembre de 1782, organizó un contragolpe palaciego; dirigió las operaciones militares desde lo alto de la escalinata de la Jama Masjid. Las dos facciones rivales batallaron en las calles de Delhi, mientras que, fuera de la ciudad, los sijs, los jats y los rohillas aprovecharon la oportunidad para volver a alzarse en rebelión como un solo hombre. Shah Alam trató de reconciliar a ambos bandos por medio de una alianza matrimonial, pero fue en vano. [89] En menos de dos años, los dos pretendientes habían sido asesinados y se habían perdido casi todas las ganancias territoriales de Mirza Najaf Khan.

Comenzaron a hacerse bromas de que el imperio de Shah Alam se extendía de Delhi a Palam: el *Sultanat-i Shah Alama z Dili ta Palam* , esto es, una distancia de apenas 10 millas [16 km].

El cronista maratha reportó a Pune que «la ciudad vuelve a estar en una condición muy ruinosa. Día y noche, los Gujar cometen *dacoity* [robo con violencia] y roban a los transeúntes. Por la noche, los ladrones entran en las casas y se llevan a los tenderos y a otras personas acaudaladas para pedir rescate. Nadie intenta impedirlo». [90] Las partidas de guerra sij volvieron a atacar los suburbios septentrionales. Como observó Polier, los sijs «partieron tras las lluvias y lanzaron incursiones contra sus vecinos con cuerpos de 10 000 o más jinetes. Saquean todo aquello que pueden y queman las ciudades». [91]

Tres monzones fallidos sucesivos, seguidos de una severa hambruna que afectó a todo el Indostán, barrió a alrededor de una quinta parte de la población rural y reforzó aún más la sensación de caos y destrucción. [92] En Lucknow, el nabab Asaf ud-Daula construyó su gran sala de velatorio de Imambara, que proporcionó empleo a 40 000 personas y ayudó a combatir el hambre. Pero Shah Alam no tenía recursos para hacer nada parecido. [93] El poeta Sauda expresó en sus cartas la sensación creciente de desesperación: «El tesoro real está vacío –escribió–. Nada sale de las tierras de la corona; el estado de la oficina salarial desafía toda descripción».

> Soldados, funcionarios, todos carecen de empleo. Los documentos con autorizaciones de pago al portador son papel usado: el farmacéutico los rasga para envolver con ellos sus medicinas. Hombres que antaño tenían cargos de *jagir* o que estaban a sueldo del tesoro real ahora buscan empleo como alguaciles de aldea. Su espada y su escudo han ido a parar hace tiempo a la casa de empeños y cuando salen, lo hacen con el bastón y el cuenco de un vagabundo. No hay palabras

> para describir cómo viven hoy esos hombres, antaño grandes. Su guardarropa ha ido a parar a una tienda de harapos […]
>
> ¿Cómo describir la desolación de Delhi? No hay casa en la que no se escuche la llamada del chacal. Por las noches, las mezquitas están apagadas y desiertas y tan solo se ve lumbre en una casa de cada cien. Los bellos edificios que antaño hacían olvidar su hambre al hambriento están ahora en ruinas. En sus jardines, que habían sido bellos en otro tiempo y el ruiseñor dirigía al rosal sus canciones de amor, la hierba crece hasta la altura de la cintura entre columnas caídas y arcos en ruinas.
>
> En las aldeas de los alrededores, las muchachas ya no acuden a buscar agua al pozo ni conversan a la sombra de árboles frondosos. Las aldeas que rodean la ciudad están desiertas, los mismos árboles han desaparecido y el pozo está lleno de cadáveres. Shahjahanabad, no merecías tan terrible destino. Hubo un tiempo en que vibrabas de vida y amor y esperanza, como el corazón de un joven amante. A ti, por quien los hombres navegaban por el océano del mundo para verte, la orilla prometida, adonde acudían hombres a reunir perlas de tus tierras. Ahora, allí donde en otro tiempo refulgía la luz de los candelabros, ya no arde ni una lámpara de barro.
>
> Los que antaño habían vivido en grandes mansiones ahora malviven entre las ruinas. Miles de corazones, antaño llenos de esperanza, se hunden hogaño en la desesperación. Ya solo cabe decir esto: vivimos en el más oscuro de los tiempos. [94]

Incapaz de imponer orden en su corte, y amenazado por todas partes por el resurgir de sus enemigos, a Shah Alam no le quedó otra opción que volver a contactar a Mahadji Scindia, que había retornado de nuevo al Indostán tras una ausencia de once años: «Debe usted asumir la regencia de mi casa –le dijo Shah Alam– y

regir mi imperio». [95] Junto con una carta de súplica, Shah remitió un verso en urdu:

> Al haber perdido mi reino y mi riqueza, me encuentro en sus manos,
> haga Mahadji lo que desee. [96]

Al buscar por segunda vez la protección de Mahadji Scindia, Shah Alam había tomado una decisión inteligente en muchos aspectos. El poder de Scindia había crecido enormemente desde 1772, año en que partió de Delhi para poner orden en el Decán. En aquel momento, Scindia y Tipu eran dos de los más poderosos caudillos indios. Sus tropas se entrenaban en las últimas técnicas militares francesas dirigidas por una de las mayores figuras militares de la India del siglo XVIII, el conde Benoît de Boigne, que las transformó hasta dejarlas irreconocibles. En poco tiempo ganó gran fama su «muro de fuego y hierro», que infligía enormes destrozos a los mejores ejércitos indios que se enfrentaron a ellos. [97]

De Boigne se encargó de transferir a los marathas de Scindia tecnología militar europea sofisticada que incluía cañones armados con las miras más modernas, alturas ajustables y alzas movibles. Además, la introducción de baquetas de hierro permitió que sus efectivos mejor entrenados pudieran disparar tres veces por minuto. Los cipayos marathas, desplegados en filas triples, podían mantener un fuego constante sobre el enemigo, lo cual les proporcionaba una capacidad destructiva sin precedentes. Se ha calculado que un escuadrón de caballería que lanzase una carga al galope a 300 metros de uno de los batallones de De Boigne debía enfrentarse a unas 3000 balas antes de alcanzar las bayonetas de los cipayos.

Una década más tarde, cuando los batallones de Scindia completaron su entrenamiento y alcanzaron sus efectivos, muchos los consideraban la hueste más formidable de la India, con un nivel sin duda igual al ejército de la Compañía. [98] Los adversarios rajputs

de Scindia aprendieron a rendirse antes que a tratar de derrotar a los nuevos batallones del conde de Boigne. Ajmer, Patán y Merta cesaron la lucha tras un breve bombardeo antes de sufrir la inevitable masacre sistemática de hombres y caballos que De Boigne desencadenaba sobre sus enemigos. Un comandante llegó a advertir a su esposa, desde su lecho de muerte: «Resiste [contra Scindia] si no viene de Boigne. Pero si viene este, ríndete». [99]

En noviembre de 1784, Sciencia se encontró con Shah Alam en Kanua, cerca de Fatehpur Sikri. Scindia volvió a postrarse, colocó su cabeza sobre los pies del emperador y le pagó 101 mohur de oro, con lo que asumió el cargo de *Vakili-Mutlaq* , vacante tras la muerte de Mirza Najaf. Pero, como observó un comentarista británico, «Scindia en teoría era ahora el esclavo, pero [en realidad] era el amo inflexible del infortunado Shah Alam». [100]

Al fin y al cabo, el general maratha tenía sus propias prioridades y proteger al emperador nunca había figurado entre ellas. Los visitantes reportaban que la familia imperial pasaba hambre en ocasiones, pues no se había tomado ninguna previsión para proporcionarle alimento. [101] Cuando Scindia venía de visita, les traía regalos insultantemente baratos, como «los dulces de sésamo que suelen darse a esclavos y caballos». Ordenó, sin consultar al emperador, que los matarifes de Delhi dejasen de sacrificar vacas. [102] Por fin, en enero de 1786, partió con sus fuerzas hacia Jaipur para tratar de reunir fondos y extender el dominio maratha hasta el Rajastán. El Fuerte Rojo quedó desprotegido, con la guarnición de un único batallón al mando de Anupgiri Gossain.

Durante la ausencia de Scindia en Rajastán, Ghulam Qadir, que ahora tenía 20 años de edad, vio que el Fuerte Rojo, con todos sus tesoros, estaba casi indefenso. Zabita Khan había muerto hacía poco y Ghulam Qadir le había sucedido. Este recibió no solo la hacienda de su padre, sino también la de su madre y sus tíos paternos, a los cuales Qadir encarceló de inmediato e incautó todos sus bienes. «El mísero desagradecido se comportaba como si fuera el mismo faraón

–escribió Azfari–. Decía grandes necedades y, entre obscenidades, fanfarroneaba a grandes voces: "Pronto iré a Shahjahanabad a cobrarme mi venganza por cualquier medio posible. Jugaré al juego de la venganza y hundiré el Fuerte Rojo en el Yamuna". Los rumores se extendieron con un incendio sin control. La noticia estaba en boca de todos, tanto plebeyos como nobles: Ghulam Qadir llegaría y arrancaría la ciudad de sus cimientos». [103]

A mediados de julio de 1788 Ghulam Qadir pasó de las palabras a los hechos. Montó a caballo y avanzó con un contingente rohilla hacia Delhi, decidido a vengar a su padre, represaliar al emperador y hacer pagar a sus antiguos captores por lo que le habían hecho a él y a su pueblo.



El 17 de julio, los rohillas llegaron y acamparon en Shahdara, en la orilla del Yamuna al otro lado del Fuerte Rojo. Hubo gran nerviosismo en palacio, pero el emperador mantuvo la calma e insistió en que no había motivo para alarmarse. «No sé por qué este joven huérfano es objeto de tanta hostilidad –dijo–. Este Ghulam Qadir es un hijo de la Casa de Su Majestad y ha tomado su sal. [*] ¿Qué posibilidad hay de que tome alguna medida violenta o precipitada? Todo esto no es más que calumnias difundidas por el pueblo. Calmaos, hijos míos». [104]

En el transcurso de los días siguientes sucedieron dos cosas que hicieron mucho más amenazadora la presencia de los rohillas. En primer lugar, Ghulam Qadir recibió un mensaje de la anciana viuda del emperador Ahmad Shah, la emperatriz viuda, o Malika-i-Zamani Begum, en otro tiempo aliada del abuelo de Ghulam Quadir, Najib ud-Daula. La anciana le ofreció doce laj [**] a los rohillas si deponían a

Shah Alam y restituían en el trono a ella y a su nieto, Bedar Bakht, primo del emperador. En segundo lugar, Anupgiri Gossain, que se hallaba acampado con su pequeño batallón en Qudsia Bagh, se asustó del gran tamaño del contingente rohilla situado en la orilla opuesta. En la noche del día 28, levantó el campamento y se marchó a buscar refuerzos… o al menos eso es lo que alegaría tiempo después. [*]

Con la primera luz del día 29, los rohillas vieron que ya no había nadie guardando el paso del Yamuna y que ni siquiera las puertas de la ciudad estaban defendidas. «Con la velocidad del relámpago y del viento», Ghulam Qadir cruzó con rapidez con una barca cargada de hombres y material militar. [105] Desembarcó en su antigua residencia, Qudsia Bagh, y, antes de que los mogoles pudieran reaccionar, tomó la puerta de Cachemira. Situó a sus hombres en el parapeto y esperó a que los pontones trajeran sus piezas de asedio y al resto de las tropas.

Una vez cruzaron el río 2000 rohillas, les hizo entrar en la ciudad, directos al Fuerte Rojo. Encontraron las puertas cerradas y tomaron posiciones en la mezquita dorada, situada frente a la puerta de Delhi. Ghulam Qadir envió un mensaje al interior: «¡Este miembro de la corte, nacido en esta casa, ha sufrido en manos del destino y busca refugio a la sombra regia y espera una recepción amable!». [106]

«Los rohillas juraron [sobre el Corán] que no tenían intención de causar ningún daño –escribió el cronista maratha–. Dijeron que lo único que querían era que el emperador impusiera su real mano sobre sus cabezas. Después de que Ghulam Qadir jurara formalmente que venía a su soberano en paz y como su aliado, el emperador envío a sus eunucos a decirle que le recibiría en audiencia, pero solo a él y a diez o veinte de su séquito». [107] Pero el eunuco jefe, Mansur Ali Khan, que también era el *nazer* o supervisor de la administración del fuerte, había salvado la vida de Ghulam Qadir en la caída de Pathargarh y ahora trataba de congraciarse con este. En contra de las órdenes del emperador, abrió las grandes

puertas dobles del fuerte y permitió a los afganos entrar con sus 2000 hombres. «El *nazer* puso las puertas del fuerte en manos de los hombres de Ghulam Qader Khan –escribió Khair ud-Din–. Ghulam Qader Khan, ahora dentro del fuerte, situó a sus jefes militares rohillas para que vigilasen las calles, pasajes y puertas, tanto externas como internas, del fuerte y de los aposentos reales». [108]

Los soldados del destacamento rojo de Najaf Khan seguían dispuestos a combatir. En el *Diwan-i-Khas* , el salón del trono, el hijo favorito de Shah Alam, el príncipe Akbar, reunió a los demás shahzadas y solicitó permiso para entablar combate. «Solo nos queda una opción –dijo–. Si nos lo permite, mis hermanos y yo caeremos sobre esos traidores y hallaremos con valor el martirio». Pero el emperador sacudió la cabeza. «Nadie puede escapar a los dictámenes del Altísimo –dijo–. No cabe luchar contra la perdición. El poder está ahora en manos de otros». [109]

Ghulam Qadir actuó con rapidez. Los príncipes y los guardias reales fueron desarmados de inmediato. Los guardias fueron expulsados del fuerte y los príncipes encerrados en la Moti Masjid de Aurangzeb. Luego, Ghulam Qadir hizo algo que en otra época habría sido considerado una violación imperdonable de la etiqueta: se sentó en los cojines del trono imperial al lado del emperador. «Le pasó la mano por el cuello y sopló humo de tabaco en el rostro de su soberano». [110] Fue así como comenzó lo que el cronista maratha calificó de «danza de demonios», un reinado de terror que se prolongó nueve semanas. [111]

Aquella tarde, Ghulam Qadir se retiró al campamento que había instalado en uno de los jardines de palacio, el Hayat Baksh Bagh. A la mañana siguiente, 30 de julio, los rohillas volvieron al salón del trono. «Cuando el rey vio que se atrevían a entrar en su asiento (*sarir-e khas* ) les reprochó con suavidad: "Confié en vuestra palabra y en el juramento que hicisteis sobre el Santo Corán –dijo el emperador–, veo que he sido engañado"».

Mientras el emperador seguía hablando, el rohilla hizo venir al príncipe Bedar Bakht. Ghulam Qadir dio un paso adelante, sacó la daga del emperador de su funda y, sin decir palabra, envió al emperador a la prisión imperial de Salimgarh y situó en el trono a Bedar Bakht. Se redoblaron tambores y se acuñaron monedas con el nombre del nuevo emperador, Bedar Shah. [112] «El emperador no pudo hacer otra cosa que morderse la mano de asombro con los dientes de la reflexión». [113]

Según el despacho del enviado maratha, «a continuación, Ghulam Qadir exigió a Malika-i-Zamani [abuela del muchacho] el dinero prometido».

> Ella vino desde su mansión de la ciudad al fuerte y dijo: «Una vez que registre a las gentes de los mahales imperiales y a las begum, os proporcionaré el dinero. Si seguís mi consejo, todos vuestros asuntos florecerán». Pero Ghulam Qadir replicó: «Ahora, todo el dinero y las propiedades del fuerte me pertenecen [...] tienes que darme lo que me prometiste».
>
> Acto seguido, Ghulam Qadir confiscó todo el dinero, mobiliario y el guardarropa de Shah Alam, así como las alhajas y las bandejas de oro y plata de la hacienda imperial. Luego registró a las begum y a las princesas y les arrebató todos los ornamentos y vestidos que encontraron, incluso los que llevaban puestas; tan solo dejaron intactas sus narices y orejas. Luego despojó a los habitantes masculinos del fuerte. A los habitantes de Delhi que se habían refugiado allí en busca de seguridad les tomó todas sus propiedades y les hizo salir. Qadir comenzó a excavar en los suelos de las casas y dijo: «Shah Alam trató de ocasionar la ruina de mi casa y, en connivencia con los marathas y con Mirza Najaf Khan, fue a Pathargarh y ultrajó a mis mujeres. Incluso ahora trata de hacer venir a Scindia y devastar mi casa. No me queda otro remedio que cobrarme venganza». [114]

Se arrancó la lámina de oro de la cúpula de la mezquita dorada. [115] «Con la complicidad del *nazer* , Mansur Ali Khan, [los afganos] extendieron la mano de la opresión sobre la gente de la ciudad». [116] En breve tiempo se arrebató a los joyeros y banqueros de la ciudad joyas por valor de 25 crores de rupias. [*] Mientras saqueaba la ciudad y el palacio, los rohillas, según Azfari, «se entregaban día y noche al consumo de grandes cantidades de sustancias embriagadoras, en particular *bhang* , *bauza* y *ganja* ». [117]

Poco a poco, Ghulam Qadir se fue tornando más y más brutal. Comenzó a torturar a los sirvientes, los colgó cabeza abajo sobre el fuego para que revelasen el lugar en que se escondía el tesoro del emperador. [118] «Trajeron a algunas de las bailarinas y procuradoras de placer favoritas de Shah Alam sin velo ni vestidos y se llevaron al campamento *daira* , donde se les obligó a complacer a patanes borrachos». [119] Los rohillas arrastraron por una letrina al eunuco jefe, Mansur Ali, y estuvieron a punto de dejar que se ahogase en la alcantarilla que había debajo: «Ghulam Qadir dijo a sus esbirros: "¡Si este traidor (*namak-haram* ) no entrega siete laj de rupias [**] antes de la siguiente guardia, llenadle la boca de excrementos!"». [120] Cuando el eunuco protestó porque le había salvado la vida cuando era un niño, este replicó: «¿Acaso no recuerdas el viejo proverbio?: "No es juicioso matar a una serpiente y dejar con vida a sus retoños"».

Según un informe remitido a Warren Hastings, «al nuevo rey Bedar Shah no se le permitía cambiar de atuendo y se veía obligado a implorar a Ghulam Qadir que le diera una rupia para comprar comida. Pero el rohilla se negó a verle si su Majestad no venía a pie a mendigar. Las viejas reinas de Mohamed Shah [Rangila] que habían visto Delhi en su máximo esplendor, antes de la invasión de Nader Shah, fueron despojadas y expulsadas de sus casas. Shah Alam pasó siete días sin recibir otro alimento que no fuera pan negro y agua». [121]

Ghulam Qadir estaba convencido de que el emperador todavía le ocultaba muchos tesoros, por lo que el 10 de agosto le hizo venir, a él y a los príncipes, desde la prisión de Salimgarh. Según Khair ud-Din, los rohillas ordenaron primero «que el príncipe Akbar y el príncipe Suleiman Shukoh fueran atados y azotados con sacudidores de alfombras […] al instante, brotó sangre de sus bocas y narices. Shah Alam exclamó, "¡lo que tengáis que hacer, hacédmelo a mí! Ellos son jóvenes e inocentes". Entonces, Ghulam Qadir dijo a un siniestro grupo de afganos: "Arrojad al suelo a ese bocazas y cegadlo"». [122]

Shah Alam miró de hito en hito a Ghulam Qadir y dijo: «¿Qué? ¿Vais a destruir estos ojos, que han dedicado sesenta años al estudio del sagrado Corán?». [123] Pero apelar a la religión no ejerció ningún efecto sobre el afgano.

> Aquellos hombres le derribaron y le clavaron agujas en los ojos. Le apalearon con bastones para impedir que se levantase y Ghulam Qadir le preguntó, burlándose, si veía algo. Él replicó: «Entre tú y yo no veo nada salvo el sagrado Corán». El emperador, sus mujeres y sus hijos pasaron toda la noche lamentándose a grandes voces. Ghulam Qadir pasó aquella noche en el Moti Mahal. Se retorcía como una serpiente al escuchar aquellos llantos y ordenó a sus sirvientes que apaleasen y matasen a los que los proferían. Pero los hombres, temerosos del interrogatorio en el día del juicio, se guardaron de ponerles la mano encima. Al día siguiente, Ghulam Qadir dijo a Bedar Shah: «Ven, te mostraré algo». Ghulam Qadir fue a ver a Shah Alam y le dijo: «Encuéntrame algún oro, o te enviaré en compañía de los muertos». Shah Alam le vilipendió y le reprochó, diciendo: «Estoy en tu poder, córtame la cabeza, pues es mejor morir que vivir así».

Ghulam Qadir Khan dio un salto y, a horcajadas sobre el pecho de su víctima, ordenó a Qandahari Khan y a Purdil Khan que le colocasen las manos en el cuello y le sujetasen los codos. Con su cuchillo afgano [en lugar de seguir la práctica tradicional de cegar con agujas] Qandahari Khan vació la cuenca de uno de los ojos de Shah Alam y luego aquel bellaco insolente le sacó el otro. Shah Alam palmoteaba el suelo como un pollo al que le hubieran cortado el cuello.

A continuación, Ghulam Qadir ordenó que les clavasen agujas en los ojos a los príncipes Akbar, Suleimán Shikoh y Ahsan Bakht. Las damas imperiales salieron de detrás de las cortinas y se arrojaron a los pies de Ghulam Qadir. Pero este se las quitó de encima dándoles puntapiés en los senos y diciendo: «Atad a esos tres, que ya pensaré qué hacer con ellos en otro momento». Luego ordenó a algunos miembros de su séquito que los apaleasen hasta dejarles sin sentido y los arrojó de nuevo a la mazmorra. Después ordenó que viniera un pintor y dijo: «Que venga a pintar de inmediato mi semblanza, cuchillo en mano, sobre el pecho de Shah Alam, arrancándole los ojos». También prohibió a sus sirvientes que llevasen agua o comida ni a Shah Alam ni a sus hijos. [124]

Aquella noche, tres ayudas de cámara y dos aguadores trataron de aliviar la sed del emperador. Ghulam ordenó que los cinco, uno tras otro, fueran ejecutados y que se dejase pudrir sus cuerpos allí donde habían caído, junto al emperador, que sollozaba.

El día 25, Ghulam Qadir dirigió su atención hacia los príncipes imperiales. Si en un pasado era posible que hubiera sido utilizado como catamito, ahora había llegado su turno de humillar a los varones de la casa real. Obligó a veinte príncipes, entre los que se incluían los futuros emperadores Akbar Shah y su hijo, Bahadur Shah Zafar, a cantar y bailar para los oficiales rohillas: «Estos se negaban, pero [los afganos] no les hacían caso y les decían: "¡Hace mucho

que escucho comentarios maravillados de vuestros bailes y canciones!"».

> Entonces, Ghulam Qadir ladró a sus guardias: «¡Si se atreven a poner más excusas, afeitadles las barbas! ¡Qué digo, afeitadles todo el cuerpo!». A los príncipes y sus hijos no les quedó otra opción que obedecer la orden, por lo que comenzaron a tocar música y a danzar, girando caderas, hombros y cuellos. Qadir, excitado y entusiasmado por su actuación, les dijo: «¿Qué premio queréis que os conceda por vuestra actuación?». Ellos replicaron: «Nuestro padre y nuestros hijos necesitan agua y alimento con urgencia, le agradeceríamos su permiso para poder proporcionárselos».
>
> Qadir dio una orden a tal efecto, ordenó a sus esbirros que se retirasen y se echó a dormir con la cabeza en las rodillas del príncipe heredero, Mirza Akbar Shah. Se quitó la espada y su daga, que dejó a la vista y al alcance de los príncipes. Cerró los ojos por una hora y luego se levantó y dio a cada uno de los príncipes una bofetada, mientras se burlaba de ellos: «¿Estáis dispuestos a tragar todo esto y todavía os engañáis pensado que podéis ser reyes?».
>
> ¡Ahá! Os estaba poniendo a prueba: si quedase una chispa de honor varonil en vuestro corazón ¡habríais echado mano de mi espada y mi daga y me habríais despachado en un instante! Cubriéndoles de improperios, les ordenó que se retirasen de su presencia e hizo que los enviasen de vuelta a prisión. [125]

Algunos príncipes, desesperados, se lanzaron desde los baluartes de palacio y se ahogaron en el Yamuna. Otros murieron de hambre algún tiempo después. «Salado, el eunuco (*Namakin Khwaja-sara* ) entró para anunciar que uno de los hijos de Shah Alam, de 10 años de edad, acababa de expirar de hambre y sed. El rohilla bramó:

“¡Excava un agujero donde cayó muerto y tíralo ahí y no te molestes en cambiar las ropas que llevara puestas!”». [126]

Durante los días siguientes, Ghulam Qadir rompió el último tabú que todavía quedaba: dirigió su atención a las mujeres del rey, sagradas e intocables. El 29 de agosto, la emperatriz viuda Malika-i-Zamani Begum fue despojada de sus ropas y expuesta al sol sin agua ni alimento. Este mismo día, un grupo de princesas más jóvenes fueron desnudadas, examinadas minuciosamente «en todos sus orificios», manoseadas, azotadas y, por último, violadas. Las traducciones de época victoriana han censurado estos pasajes, pero el original persa de Khair ud-Din explicar la brutal historia con todo detalle. Una tarde, Ghulam Qadir fue informado de que «Mirza Hika y Mirza Jhaka tenían hijas de gran belleza. Aquella noche, hizo traer a las pobres infortunadas al Moti Mahal e hizo que las exhibieran ante sí sin velos ni ropajes y se perdió en la contemplación de su belleza».

> A continuación, invitó a los esbirros que le eran más próximos a venir a aquel lugar privado para mostrarles aquellas bellezas sin par y se las cedió para que las gozasen en pecado. Cuando Bedar Shah supo lo que estaba ocurriendo, se golpeó cabeza y pecho y envió a un macero a detener a aquel embaucador. Pero el funcionario regresó, excusándose: «¿Qué puede decirle un sirviente como yo a un señor de la guerra como él?».
>
> Entonces, Bedar Shah se dirigió a Ghulam Qadir en persona: «¡No puedes comportarte de este modo! ¡Es un ultraje, ni siquiera las hijas de tu enemigo merecen esto! ¡No debes repetir los pecados del padre en sus hijos! ¡Shah Alam jamás miró de forma irrespetuosa a las hijas o hermanas de tu padre! ¡Ceja en tu conducta!». Pero Ghulam Qadir le lanzó una piedra y contestó: «¡Quiero enviar a esas muchachas a mi harén para que sean mis concubinas y follarlas cuando me

plazca! Entregaré las hijas de los príncipes a mis afganos: ¡de su esperma surgirá una nueva generación de hombres, viriles y valerosos! ¡Durante el saqueo de Pathargarh, los oficiales del rey se condujeron de forma mucho peor con las doncellas de mi padre! Cuando mis esbirros toman a las princesas y se las llevan a sus aposentos para gozarlas, sin tan siquiera un simulacro de ceremonia matrimonial, ¡solo tienes que pensar que estás presenciando un retorno a aquellos tiempos!». [127]

Como escribió Azfari: «Cualquiera que escuchase aunque solo fuera una fracción de las calamidades e infortunios de estos tiempos sería suficiente para ensordecer. Y si su oído sobreviviera, y fuera incluso capaz de sentir compasión, entonces es seguro que su vesícula estallaría a causa de tanta amargura». [128]




Mahadji Scindia necesitó hasta mediados de septiembre para reunir efectivos y material de guerra suficientes para acudir en ayuda del emperador. El monzón había vuelto de nuevo y el avance era lento, pues los caminos inundados hacían casi imposible la marcha. El ejército maratha no llegó a Shahdara hasta el día 21. Allí enlazaron con los gossain guerreros de Anupgiri y un batallón de cipayos remitido desde Sardhana por Begum Sumru y el hombre con el que cohabitaba desde la muerte de su marido en abril de 1778. Se trataba de un mercenario irlandés llamado George Thomas, el rajá de Tipperary, un antiguo grumete que había desertado de su barco en Madrás y se había hecho un nombre como artillero y fundidor de cañones de talento.

Para encabezar el ataque contra Ghulam Qadir, Scindia había enviado a dos de sus lugartenientes de más confianza. Uno de ellos era Rana Khan, que 17 años antes, durante la batalla de Panipat, había encontrado a Scindia desangrándose en una zanja y le había llevado a lugar seguro. Scindia, para agradecerle por haberle salvado la vida y cuidarle hasta que recuperó la salud, entrenó a Rana, que era musulmán y había sido un *bhisti* , o aguador. Gracias a su talento y valentía ascendió con rapidez hasta ser uno de los principales generales de Scindia. El otro líder de la operación de rescate era un refinado mercenario de Saboya, Benoît de Boigne, que estaba entrenando un ejército de infantería moderna para Scindia.

El 29 de septiembre la fuerza de rescate cruzó el río, pero, para su sorpresa, se encontró con las puertas de la ciudad abiertas. Se adentraron en la urbe desierta y rodearon el Fuerte Rojo mientras esperaban la llegada de la artillería, que avanzaba con lentitud por las carreteras inundadas por el monzón.

Tres días más tarde, al mediodía del 2 de octubre, justo cuando los cañones de asedio de Scindia se acercaban a la ciudad, los cielos de Delhi fueron sacudidos por una explosión monumental, «cuyo estruendo recordaba la trompeta del ángel de la muerte en el Día del Juicio –escribió Azfari–. El día se oscureció por la explosión del depósito, que proyectó pólvora, cañones, puertas y muros que oscurecieron el cielo con polvo y humo. La escena recordaba el verso coránico: "Cuando el sol queda envuelto en la oscuridad". El desmoronamiento de los bastiones del fuerte, la ruptura de las puertas y muros y el derrumbarse de los tejados de la zona, todo ello podía resumirse en un solo verso: "Y las montañas serán como vaporosos mechones de lana"».

> Murió un elevado número de habitantes en mi área del fuerte a causa de su gran proximidad al polvorín. Pero varios de mis hermanos y una de mis tías, por la gracia de Dios, siguen

> vivas, aunque han sufrido graves heridas. El cielo se oscureció y llovieron de los aires cañones, rocas, ladrillos y yeso. El sonido de los gemidos y los gritos se alzó al cielo: reconocimos las voces que aullaban de dolor, pero no nos podíamos ver las caras a causa del humo y el polvo. El sonido de esta explosión terrorífica se escuchó hasta Bahadur Gahr, a 20 millas [32 km] de Delhi. Todos los hombres temblaron y se preguntaron: «¿Acaso el cielo se ha precipitado sobre la tierra?». [129]

Cuando las nubes de humo comenzaron a dispersarse, los supervivientes pudieron ver una sucesión de barcas de remos que se alejaban río arriba y un único elefante cargado de tesoros que avanzaba torpemente por la orilla. Después de casi tres meses, Ghulam Qadir había partido al fin y se había llevado consigo todo lo que había saqueado, junto con 19 príncipes, entre los que se incluía el príncipe Akbar, como rehenes. Había dejado a Shah Alam en el Fuerte Rojo, supuestamente para que fuera incinerado en la explosión que había dejado como regalo de despedida para los mogoles. [130]

Anupgiri, quizá a causa de la mala conciencia por haber desertado de su puesto nueve semanas antes, fue uno de los primeros en entrar en el fuerte. Junto con un reducido grupo de hombres trepó por una cuerda que extendió uno de los príncipes y abrió las puertas al resto del ejército, que empezó a extingir los fuegos. Los miembros supervivientes de la familia real comenzaron a salir de sus escondrijos. Su visión conmovió a los más endurecidos veteranos de la fuerza de rescate. Los príncipes y princesas, descuidados, ennegrecidos por el humo, esqueléticos y sucios, se reunieron con sus libertadores y sollozaron de alivio.

La imagen del emperador era aún más impactante. Había conseguido hacerse fuerte en su celda de la prisión, pero Rana Khan pudo convencerle de que saliera. [131] En un principio rechazó recibir

tratamiento. Se envió a un cirujano a cuidar sus heridas, pero este «se dirigió al cirujano y, arrojando al suelo el ungüento para sus ojos, dijo: "Muchos de mis hijos y nietos han muerto de hambre y sed. Ahora ya solo nos queda esperar a la muerte"». [132]

Mientras Rana Khan se hacía cargo del emperador y su fuerte y traía agua y comida, además de cierto número de barberos para recortar las barbas imperiales, Begum Sumru y De Boigne partieron en busca de Ghulam Qadir y su tesoro. El rohilla se dirigía a Pathargarh, pero no pudo pasar del fuerte de Meerut donde, el 12 de diciembre, sus perseguidores lo alcanzaron y lo rodearon. Sin provisiones para resistir un asedio, decidió abandonar sus rehenes y tratar de abrirse paso esa misma noche, «acompañado de 500 jinetes que todavía estaban con él. En cabeza de estos, salió a toda velocidad del fuerte y cargó contra el enemigo con tal vigor que, aunque se intentó todo para hacerle prisionero, logró atravesar la línea y darse a la fuga». [133]

No llegó muy lejos. Al igual que Siraj ud-Daula, era demasiado conocido para escapar sin llamar la atención. «En la oscuridad de la noche, sus compañeros le perdieron –escribió Khair ud-Din–. Qadir deambuló de un lado a otro».

> Trató de encontrarlos, pero no lo consiguió. El camino estaba lleno de agua y lodo; el caballo metió la pezuña en un agujero y arrojó a Ghulam Qadir a una zanja. La noche era oscura y el camino estaba erizado de acacias espinosas, por lo que no sabía hacia dónde ir. Cuando llegó la mañana, vio un lugar habitado y fue hacia allí. Al llegar al lugar, se alojó en la casa de un brahmán. Pero el brahmán había sufrido en el pasado a manos del rufián y su aldea había sido arrasada. Ahora que su opresor estaba a su alcance, tras invitarle a entrar, cerró rápidamente la puerta. [134]

El brahmán envió un mensaje a su zamindar, que a su vez alertó a los marathas. Al mediodía, los hombres de Scindia entraron en la aldea y rodearon la casa. Capturaron a Ghulam Qadir, lo ataron y le encerraron en una jaula. Luego le enviaron en un humilde carro de bueyes, con cadenas en sus piernas y un collar en su cuello, al cuartel general de Scindia, «protegido por dos regimientos de cipayos y un millar de jinetes». Ghulam Qadir fue exhibido algún tiempo en la jaula, que fue colgada para que el ejército lo abuchease y se burlase de él. [135] Luego, «por orden de Sciencia, le cortaron las orejas y se las colgaron del cuello, le ennegrecieron el rostro y le llevaron por toda la ciudad».

> Al día siguiente le rebanaron nariz, lengua y labio superior y volvió a ser paseado por la ciudad. En el tercer día, le arrojaron al suelo, le vaciaron los ojos y volvieron a hacerle desfilar por la ciudad. Después de esto le cortaron las manos, luego los pies, luego los genitales y, por último, la cabeza. El cadáver fue colgado, cabeza abajo, de un árbol. Una persona de confianza me relató que un perro negro, con blanco alrededor de los ojos, vino y, sentado bajo el árbol, lamía la sangre que iba goteando. Los espectadores le arrojaban piedras y terrones, pero no se movía de allí. El tercer día, el cadáver desapareció, igual que el perro. [136]

Mahadji Scindia envió las orejas y los globos oculares en un cofre al emperador Shah Alam como regalo de felicitación. Luego hizo que Mansur Ali Khan, el eunuco jefe que había permitido entrar en el fuerte a los afganos, «muriera aplastado bajo las patas de un elefante». [137] Pero Shah Alam ya había dejado de preocuparse por los asuntos de este mundo. Cuando Begum Sumru vino a presentar sus respetos, lo encontró sentado entre los restos calcinados del Shah Burj, entregado a la serena recitación del Corán. Acababa de componer unos versos y se los recitó:

Los vientos de la calamidad han sido desatados por nuestra mutilación,
nuestro gobierno imperial ha sido cruelmente destruido.

El exaltado sol (*aftab* ) del reinado antaño iluminó los cielos,
más ahora lloramos la oscuridad de nuestra ruina cuando el ocaso se cierne sobre nosotros

Este malnacido hijo de un afgano destruyó nuestra real dignidad.
¿Quién, salvo Dios, podría ahora trabar amistad con nosotros?

Amamantamos la simiente de la serpiente, le dimos alimento,
pero, al fin, devino nuestro verdugo.

Preñados de peligros están las riquezas y honores de este mundo,
y ahora el Destino ha hecho eternos nuestros sufrimientos.

Ahora que ese joven afgano ha destruido la dignidad de mi Estado,
¡ya solo te veo a ti, al Más Grande!

Señor, ten piedad de mí.

Un pecador




# NOTAS

1 Victoria & Albert Museum (V&A), IS.38-1957.

**2** El trono del pavo real de Shah Jahan y sus muchas gemas había sido robado y destruido hacía mucho tiempo. Tan solo quedaba una réplica de madera en mitad de un palacio medio en ruinas.

**3** NAI, Select Committee Proceedings, 2 Jan to 6 Dec, 1771, n.º 18; Headquarters, Allahabad, 20 de abril de 1771, 177-181.

**4** *CPC* 3, 134-135, n.º 504, 14 de diciembre de 1770; *CPC* 3, 98, n.º 329, 11 de agosto, al rey; *CPC* 3, 194, n.º 719, 22 de abril, al rey; Dutta, K. K., 1965, 57.

**5** NAI, Select Committee Progs, 2 Jan to 6 Dec, 1771, n.º 18; Fort William, 20 de abril de 1771, 177-181.

**6** Francklin, W., 1798, 36.

**7** NAI, Select Committee Progs, 2 Jan to 6 Dec, 1771, n.º 18; Fort William, 17 de mayo, 184-187.

**8** Francklin, W., *op. cit* ., 27-28.

**9** NAI, Select Committee Progs, 2 Jan to 6 Dec, 1771, n.º 18; Fort William, 17 de mayo, 184-187.

**10** *CPC* 3, 190-191, n.º 702, 14 de diciembre de 1770, del general Barker al nabab Shuja ud-Daula; *CPC* 3, 189, n.º 698, del general Barker al rey.

**11** Gentil, J.-B., 1822, 257-289.

**12** Fisher, M. H., 2012, 276-277. I'tisam al-Din's book, *Shigrif-namah-i Vilayet* se encuentra en BL, Or. 200. Para una traducción inglesa del original bengalí, *vid* . I'tisam al-Din, 2001.

**13** Chatterji, N., 1939, 129.

**14** Existe una pegadiza tonada popular de la batalla de Panipat que da una idea del desastre que causó. Qanungo, K. R., 1968, 81-113.

**15** Spear, P., 1951, 16.

**16** Sarkar, *sir* J., 1991, vol. II, 329.

**17** Singh, G., 1925, 326. Véase también Khan, G., 1998, 72-78 y Dutta, K. K., *op. cit* ., 49-50.

**18** Singh, G., 1959, 326.

**19** Sarkar, *sir* J. (ed.), 1953, vol. I., 21.

**20** Edwards, M., 1970, 172.

**21** Sardesai, G. S., 1946, vol. 3, p. 138.

**22** Husain, I., 1994, 138.

**23** Francklin, W., *op. cit* ., 50, 70. 450

**24** BL, Add 6585, Shakir Khan, *Tarikh-i Shakir Khani* , f. 91.

**25** *CPC* 3, 216, n.º 798, del nabab Shuja ud-Daula, 22 de junio de 1771.

**26** *Ibid* .

**27** *CPC* 3, 215, n.º 795, del general Barker al rey, 20 de junio de 1771.

**28** *CPC* 3, 225, n.º 828, 22 de mayo; de Raja Shitab Ray, 20 de julio; NAI, Select Committee Progs, 2 Jan to 6 Dec, 1771, n.º 18; Fort William, 6 de julio de 1771, 266-269.

**29** Dutta, K. K., *op. cit* ., 58-59.

**30** NAI, Select Committee Progs, 2 Jan to 6 Dec, 1771, n.º 18; Allahabad, 17 de julio de 1771, 258-259.

**31** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 36; Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. II, 330-331.

**32** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., I, 47.

**33** NAI, Foreign Select Committee Progs, 1772-1773, vol. XX, 10 de enero de 1772.

**34** Dutta, K. K., *op. cit* ., 59.

**35** Modave, conde de, 1971.

**36** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 55; Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. II, 331.

**37** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 57.

**38** Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. III, 32.

**39** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 58.

**40** Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. III, 34; Khair ud-Din Illahabadi, F., 1932, 207-208.

**41** Husain, I., *op. cit* ., 144.

**42** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. II, 516.

**43** Mirza ʽA. B., 1957, 5.

**44** *Ibid* .

**45** *Ibid* ., 5-6.

**46** Este párrafo deriva del brillante ensayo de Alam, M. y Subrahmanyam, S., 2012, 433-444.

**47** *Cit* . en Dutta, K. K., *op. cit* ., 81.

**48** Modave, conde de, *op. cit* ., 231.

**49** Blake, S. P., 1991, 167.

**50** Naim, C. M. (trad., intro. y notas), 1998, 83-85, 93-94.

**51** Islam, K. y Russell, R., 1991, 221-222, 247-248.

**52** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 45.

**53** Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. III, 35.

**54** Madec, R.-M., 1983, 170.

**55** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 61.

**56** Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. III, 55.

**57** Estas traducciones se han tomado del bello ensayo de Schofield, K. y Lunn, D., 2018, 219-254.

**58** *Ibid* ., 219-254.

**59** Modave escribe bien al respecto. *Vid* . Modave, conde de, *op. cit* ., 427-428.

**60** *Ibid* ., 420-422.

**61** *Ibid*., 422.
**62** *Ibid*., 103.
**63** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit*., vol. I, 68-69. «Esta victoria sería –como escribe Khair ud-Din– la primera página del libro de victorias de Mirza Najaf Khan y el primer peldaño de la escalera de su fortuna». *Cit*. en Qanungo, K. R., 1925, 145-146.
**64** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit*., vol. I, 72-73. Acerca de la batalla de Barsana *vid*. Growse, F. S., 1883.
**65** El fuerte de Ballabhgarh fue capturado el 20 de abril de 1774. Farukhnagar cayó el 6 de mayo de 1774. *Vid*. Sarkar, *sir* J., *op. cit*., vol. III, 64.
**66** *Ibid*., 83.
**67** Barbé, E., 1894, Sec. 48.
**68** Modave, conde de, *op. cit*., 438. Khair ud-Din retrató el valor de los jats durante su guerra contra Mirza Najaf Khan. Según Khair: «Ni un solo hombre trató de salvar la vida. Si hubieran combatido juntos habrían matado a muchos más y habrían podido escapar [del fuerte]». Qanungo añade que «no parece que en Deeg ardiera ningún *johar*; mujeres y niños fueron pasados a cuchillo». *Vid*. Qanungo, K. R., 1925, 174, fn. 15.
**69** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit*., vol. I, 75.
**70** Sharma, Y., 2012, 126-130.
**71** Modave, conde de, *op. cit*., 434-435.
**72** Polier, A., 1947, 99.
**73** Modave, conde de, *op. cit*., 432-434.
**74** *Ibid*., 217-218.
**75** Polier, A., *op. cit*., 67-69.
**76** Modave, conde de, *op. cit*., 254-269.
**77** *CPC* 4, p. 95, n.º 506, 9 de septiembre 1773, del rey.
**78** Moon, *sir* P., 1989, 158.
**79** Dutta, K. K., *op. cit*., 69.
**80** Moon, *sir* P., 1947, 158-159.
**81** Strachey, *sir* J., 1892, 97.
**82** BL, IOR, HM/336, f. 1-8.
**83** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit*., 116v.
**84** *Ibid*., 117r-120v.
**85** *Cit*. en Qanungo, K. R., 1925, 185-186.
**86** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit*., 120v.
**87** Rizvi, S. A. A., 1982, 29.
**88** Ghalib, 1987, 435.
**89** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit*., vol. I, 105-106.

**90** *Ibid* ., 146.
**91** *Ibid* ., 124; Singh, G., 1970, 239, 24.
**92** Spear, P., *op. cit* ., 21.
**93** Bayly, C. A., 1983, 102.
**94** Islam, K. y Russell, R., 62-63.
**95** Dutta, K. K., *op. cit* ., 86.
**96** Rizvi, S. A. A., *op. cit* ., 47.
**97** *Cit* . en Lafont, J.-M., 2000, 179.
**98** *Ibid* .
**99** Compton, H. (ed.), 1943, 8-9; Lafont, J.-M., *op. cit* ., 185.
**100** Rizvi, S. A. A., *op. cit* ., 29-30.
**101** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 127.
**102** Alam, M. y Subrahmanyam, S., *op. cit* ., 416-423.
**103** Mirza 'A. B., *op. cit* ., 6.
**104** *Ibid* ., 8.
**105** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 212.
**106** *Ibid* .
**107** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 195.
**108** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 214.
**109** *Ibid* ., f. 213. Este pasaje está traducido en la obra de Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), 1867-1877, vol. VIII, 246.
**110** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 214. Véase también Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. III, 270.
**111** Dutta, K. K., *op. cit* ., 101.
**112** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., v. Este pasaje está traducido en Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), *op. cit* ., vol. VIII, 246-247.
**113** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 214.
**114** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 199.
**115** Sarkar se equivocó de mezquita, pues escribió que «Qadir retiró la lámina de oro de la Jami Masjid y la vendió, pero Maniyar Singh le impidió arrancar el resto, pues le advirtió de que semejante ultraje a un edificio sacro provocaría el alzamiento armado de toda la población de la ciudad». *Vid* . Sarkar, *sir* J., *op. cit* ., vol. III, 273.
**116** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 214.
**117** Mirza 'A. B., *op. cit* ., 9.
**118** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 214.
**119** *Ibid* ., f. 215.
**120** *Ibid* ., f. 216.
**121** BL, Add Mss 29171, ff 319-320, Jonathan Scott a Warren Hastings.

**122** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., ?v. Este pasaje está traducido en Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), *op. cit* ., vol. VIII, 248.

**123** Francklin, W., *op. cit* ., 127.

**124** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 216. Este pasaje está traducido en Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), *op. cit* ., vol. VIII, 249, pero he añadido algunos detalles censurados por los autores victorianos.

**125** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., f. 217r. Sin traducir hasta ahora.

**126** *Ibid* .

**127** *Ibid* . Esta sección fue muy expurgada por Elliott y Dowson. El lenguaje del original persa es brutal: «Mi-khwaham ke in-ha-ra dar zomra-ye parastaran-e khod dakhel nemayam wa dad-e mobasherat deham! wa hama dokhtaran-e salatin be Afghana separam, ke az notfa-ye an-ha farzandan-e jawan-mard be-ham-resad».

**128** Mirza 'A. B., *op. cit* ., 8.

**129** *Ibid* ., 9.

**130** Keay, J., 2014, 183-184.

**131** *Ibid* ., 184.

**132** Sarkar, *sir* J. (ed.), *op. cit* ., vol. I, 200.

**133** Francklin, W., *op. cit* ., 189.

**134** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* ., ?v. Este pasaje está traducido en Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), *op. cit* ., vol. VIII, 253.

**135** Francklin, W., *op. cit* ., 190.

**136** Khair ud-Din Illahabadi, F., *op. cit* .,?v. Este pasaje está traducido en Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), *op. cit* ., vol. VIII, 254.

**137** Francklin, W., *op. cit* ., 190.

---

* N. del A.: 33,8 millones de libras actuales.

* N. del A.: Más de 1 millón de libras actuales.

* N. del A.: 52 millones de libras actuales.

* N. del A.: Casi 16 millones de libras actuales.

* N. del A.: Más de 3 millones de libras actuales.

* N. del A.: 9 millones de libras actuales.

* N. del T.: En el sur de Asia, una musalla o *eidgah* es un campo abierto para la celebración de oraciones del *Eid* , como el *Eid al-Fitr* (primer día posterior al Ramadán) o el *Eid al-Adha* , el día principal de la temporada de peregrinación a La Meca o *hajj* .

* N. del A.: 195 millones de libras actuales.

* N. del A.: *Vid* . Syed Mustafá Bareilwi, *Ghulam Qadir Ruhela* , Lahore, n.d., 55. Tanto Afzari y el *Ibratnama* afirman que Ghulam Qadir amenazó con violar a las mujeres del harén mogol, «para tomarlas como concubinas y follarlas cuando me plazca», prueba adicional de que a Ghulam Qadir no se le consideraba un eunuco en aquella época.

* N. del A.: Los equivalentes actuales de estas sumas son: 40 laj de rupias = 52 millones de libras; 2 laj de rupias = 2,6 millones de libras.

* N. del A.: Najaf dio su nombre a la localidad de Najafgarh, en el sudoeste de Delhi. La calle situada cerca de su tumba, al sur de Jor Bagh, también recibe su nombre de Najaf Khan.

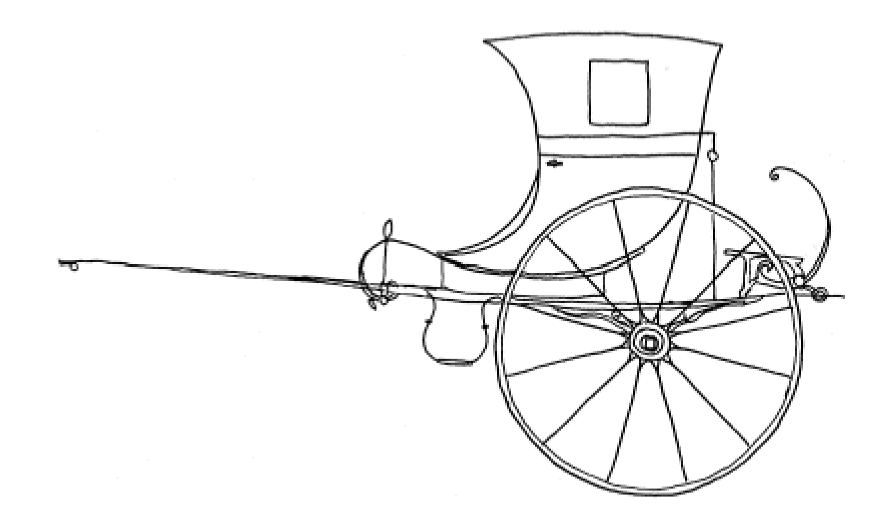
* N. del A.: *Namak parvardah* , esto es, criado y mantenido a expensas de Shah Alam.

** N. del A: 15,6 millones de libras actuales.

* N. del A.: William Pinch, en su *Warrior Ascetics and Indian Empires* , Cambridge, Cambridge University Press, 2006, 2, sostiene que Anupgiri conspiró con Ghulam Qadir y que se carteaba con este desde hacía tiempo.

* N. del A.: 3250 millones de libras actuales.

** N. del A.: 9 millones de libras actuales.



# CAPÍTULO 8
## El proceso de Warren Hastings

Al mediodía del 13 de febrero de 1788, al mismo tiempo que Ghulam Qadir se disponía a asaltar Delhi, grandes multitudes se reunieron frente al Parlamento de Londres para ver a los miembros de la Cámara de los Lores entrar en procesión en Westminster Hall para el proceso de Warren Hastings.

Los pocos asientos reservados para el público cambiaban de propietario por sumas notables, hasta 50 libras. * Aun así, había tanta gente que quería entrar que, como observó uno de los responsables del proceso [*impeachment* ], la audiencia «se apelotonaba en la puerta hasta las nueve, hora en que se abren las puertas, y entonces todos entran a la carrera, como las que tienen lugar en el teatro cuando Garrick interpreta al rey Lear […] las damas están vestidas y presentes en el patio del palacio a las seis [de la mañana] y se sientan de nueve a doce, hora en que comienza

el asunto […] algunas personas, y creo que incluso algunas damas, duermen en los cafés se las inmediaciones de Westminster Hall, para asegurarse de estar puntuales en la puerta». [1]

Además de los 170 lores, había jueces empelucados y cubiertos con armiños, leguleyos de oscuras togas en representación de ambas partes y 200 miembros de la Cámara de los Comunes. La reina, «vestida de satén beis con un tocado sencillo, ornamentado por un leve toque de diamantes», ocupó su lugar en el Royal Box junto con su hijo y dos de sus hijas, la duquesa de Gloucester y su séquito, entre los que se contaban los duques de Cumberland, Gloucester y York. También estaba el príncipe de Gales, acompañado por Charles James Fox. Entre los que hicieron cola para poder entrar figuraban la gran actriz y cortesana Sarah Siddons, Joshua Reynolds, la escritora Fanny Burney y el historiador Edward Gibbon.

Por más teatral que fuera la ocasión –de hecho, uno de los fiscales era el dramaturgo Richard Brinsley Sheridan– no solo se trató del espectáculo político más fastuoso de la época de Jorge III. También supuso el momento en que los británicos estuvieron más cerca de someter a juicio al Imperio indio de la Compañía. Y lo hicieron con uno de sus mejores oradores, el estadista *whig* y teórico político anglo-irlandés Edmund Burke, que recibió el apoyo de su rival, Charles James Fox, mucho más radical, pero no menos elocuente. A Warren Hastings se le acusaba nada menos que de la violación de la India, o, por usar las palabras del discurso inicial de Burke, se le incriminaba la comisión de «injusticia y traición a la fe de las naciones»:

> Diversos tipos de extorsión y otros ejemplos de mala administración […] el empobrecimiento y la despoblación de todo el país […] un ejercicio de autoridad injusto, premeditado y pernicioso […] la destrucción de la antigua administración del país […] crueldades inauditas y devastaciones innombrables […] crímenes surgidos de las

> peores inclinaciones del hombre: avaricia, rapacidad, orgullo, crueldad, maldad, soberbia, ignorancia, ferocidad, traición, crueldad, temperamento maligno […] en breve, todo aquello que constituya la extinción total de todo principio moral y de todo lo que no manifieste una negrura inveterada de corazón, el más negro de los corazones, un corazón corrompido y gangrenado hasta el fondo […] hemos traído ante vuestra presencia a su jefe, al Capitán General de la Iniquidad, la encarnación de todos los fraudes, estafas, violencia y tiranía de la India. [2]

Hastings, explicó Burke, era, simple y llanamente, un criminal: «Es un ladrón. Roba, hurta, saquea, oprime, extorsiona». Hastings era «un catedrático, un doctor en la disciplina» del crimen. [3] Pero su exposición revelaría cosas aún peores: Hastings, dijo Burke, también era «una rata», «una comadreja», «el guardián de una zahúrda que se revuelca en la corrupción» […] «Como una bestia salvaje, gruñe sobre los muertos y los moribundos». [4]

Tan maligno como aquel hombre era la institución a la que representaba. Pues, dado que Bengala estaba bajo el gobierno de la Compañía, una corporación, no existían, a juicio de Burke, ninguno de los controles y equilibrios que hacen justos y legítimos a los gobiernos de las naciones. «La Compañía de las Indias Orientales no representa a la nación británica en India – declamó–. Cuando los tártaros entraron en China y en el Indostán, cuando godos y vándalos entraron en Europa, cuando los normandos pasaron a Inglaterra […] lo hicieron como nación».

> La Compañía en India no existe como una nación. Nadie puede ir allí si no es para ir a servirla […] son una nación de colocaciones. Son una república, una mancomunidad, sin pueblo […] y la consecuencia de esto es que no hay un

> pueblo que controle, vigile y equilibre el poder del gobierno […]
>
> Esto ha dado lugar a un abuso, encabezado por el señor Hastings, en contra de la autoridad de la Compañía de las Indias Orientales y de todas las autoridades del país […] ha corrompido sus manos y acallado a este gobierno con sobornos. Ha empleado opresión y tiranía en lugar de gobierno legal; y, en lugar de esforzarse por proporcionar recompensas honestas, honorables y adecuadas a las personas que sirven al público, les ha permitido depredar a este sin el más mínimo grado de control. [5]

Burke hizo una pausa dramática antes de articular su demoledora sentencia:

> Recuso, por tanto, al señor Warren Hastings y le acuso de delitos y faltas graves. Le recuso en nombre de la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña reunida en el Parlamento, cuya confianza ha traicionado. Le recuso en nombre de la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña, cuyo carácter nacional ha deshonrado. Le recuso en el nombre del pueblo de la India, cuyas leyes, derechos y libertades ha subvertido, cuyas propiedades ha destruido, cuyo país ha devastado. Le recuso en el nombre y en virtud de las leyes eternas de la justicia, que él ha violado. Le recuso en el mismo nombre de la naturaleza humana, que ha ultrajado, herido y oprimido con crueldad, en personas de los dos sexos y de toda edad, rango, situación y condición de vida. [6]

El discurso inicial de Burke, por sí solo, necesitó cuatro días, en el transcurso de los cuales denunció el uso generalizado de torturas por parte de la Compañía en su despiadada búsqueda de botín. También acusó a Hastings de «moralidad geográfica […] como si,

una vez cruzada la línea del ecuador, todas las virtudes murieran». La ley natural, afirmó, significaba que la justicia y los derechos humanos eran universales: «Las leyes de la moralidad –declaró– son las mismas en todas partes y no hay acción que no sea considerada en Inglaterra un acto de extorsión, desfalco, soborno y abuso que no sea también un acto de extorsión, desfalco, soborno y abuso en Europa, Asia, África y en todo el mundo». [7]

El gobierno de la Compañía, prosiguió, no ha hecho nada por la India, salvo despojarla de sus bienes. «Cada rupia de beneficio ganada por un inglés es una rupia que la India pierde para siempre. Todos los demás conquistadores [...] han dejado tras de sí un monumento. Si nos expulsaran hoy de la India, no quedaría nada que testimoniase que había sido propiedad, durante el periodo infame de nuestra dominación, de nadie superior a un orangután o un tigre [...] [La Compañía se asemeja más] a un ejército que se dedica a saquear al pueblo con el pretexto del mercadeo que a ninguna otra cosa [...] [sus actividades son] más próximas al robo que al comercio». [8] Ahora, argumentó Burke, era deber de los allí reunidos asegurarse de que las corporaciones, al igual que los individuos, respondan de sus actos ante el Parlamento.

Cuando Burke pasó a relatar la violación de las vírgenes bengalíes y de sus madres a manos de los recaudadores de impuestos de la Compañía –«eran sacadas a rastras, desnudadas, expuestas a la vista del público y cacheadas delante de todo el mundo [...] colocaban los pezones de las mujeres sobre el borde de un bambú afilado y se los arrancaban de sus cuerpos»– varias mujeres de la audiencia se desmayaron. Según Macaulay, «las damas de la galería, poco acostumbradas a tales alardes de elocuencia, estaban presas de un estado de emoción incontrolable. Sacaban sus pañuelos; se pasaban unas a otras botellas de sales; se escuchaban llantos histéricos y alaridos y tuvieron que llevarse a la señora Sheridan, víctima de un síncope». [9]

El propio Sheridan tomó el relevo de Burke para exponer los argumentos de la acusación, lo cual se prolongó otros cuatro días. Este lanzó una prolongada invectiva contra la negrura moral de Hastings, que comparó con «la oblicuidad retorcida de una serpiente [...] cambiante, ambigua, oscura e insidiosa». En lo que respecta a sus jefes, la Compañía, esta combinaba «la avaricia de un usurero con el despilfarro de un pirata [...]. Con una mano blandían una maza, mientras con la otra vaciaban bolsillos». [10]

Su discurso fue considerado una de las proezas de oratoria más imponentes de su época. Incluso el presidente del Parlamento quedó sin habla. Al final de su apasionada escenificación, Sheridan susurró: «*My Lords* [...] he hablado» y se tambaleó hacia atrás hasta aterrizar en brazos de Burke. «Toda la cámara –parlamentarios, pares del reino y visitantes– prorrumpieron en un espontáneo y tumultuoso aplauso [...] muy pocos de los presentes tenían los ojos secos». [11] Gibbon, preocupado por el estado de su amigo, pasó al día siguiente para asegurarse de que Sheridan estuvieran bien: «Está perfectamente bien –anotó en su diario–. Es un buen actor». [12]

Algunos de los cargos y de las ideas de la acusación, como por ejemplo la idea de derechos humanos universales o «naturales», eran importantes, profundos incluso. [13] Casi todo lo demás era tremendamente entretenido y escandaloso. El único problema era que, gracias a las maquinaciones del vengativo Philip Francis, el Parlamento había procesado al hombre equivocado.

Al comienzo de su carrera, Burke había defendido a Robert Clive de una investigación parlamentaria, con lo que ayudó a exonerar a alguien que era, de forma indiscutible, un saqueador despiadado y sin principios. Y ahora estaba empleando su talento para la oratoria contra Warren Hastings, un hombre que, dada su posición, era, sin duda, el símbolo de todo el sistema de opresión mercantil que explotaba la India, pero que también había hecho mucho por iniciar el proceso de regulación y reforma de la Compañía y que,

probablemente, había hecho más que ningún otro responsable de esta por poner coto a sus peores desmanes.

El proceso había sido la venganza final de Philip Francis contra el hombre que le había disparado en duelo y al cual continuó odiando con pasión obsesiva. Tan pronto como se recuperó de la herida recibida, en octubre de 1780, Francis dimitió de su cargo y embarcó rumbo a Londres. Allí utilizó su nueva riqueza india para comprar un escaño parlamentario y comenzar a abogar por la destitución de Hastings.

En febrero de 1782, Edmund Burke, por aquel entonces una estrella en ascenso del partido *whig* , prestó oídos a Francis. Burke nunca había estado en la India, pero parte de su familia se había arruinado al especular con acciones de la Compañía de las Indias Orientales. Burke y Francis trabajaron en una serie de informes conjuntos para el Comité Selecto que revelaba las fechorías de la Compañía en la India. Antes de conocer a Francis, Burke se había definido como «un gran admirador» de los talentos de Hastings. [14] Pero Francis empleó sus artimañas para hacerle cambiar de parecer. Hacia abril de 1782 Burke había elaborado una portentosa lista de veintidós cargos contra Hastings que presentó ante la Cámara. [15] En mayo de 1787, después de cinco años de campaña obsesiva para ensuciar el nombre y reputación de Hastings, Burke y Francis persuadieron al Parlamento de que había suficientes pruebas para procesarlo. El día 21, Hastings, que acababa de regresar de la India, fue arrestado por el sargento de armas [*Serjeant-at-Arms* ] que lo entregó al Bastón Negro [*Black Rod* ]. Se le llevó al estrado de la Cámara de los Lores, donde, de rodillas y humillando la cabeza, tuvo que escuchar los cargos en su contra.

Es indudable que Hastings no era ningún ángel y que durante su mandato la CIO había sido tan explotadora como siempre. Después de la partida de Francis, Hastings asumió ideas más conservadoras, pseudo-monárquicas e incuso despóticas de su autoridad, algo que disgustaba de forma particular a Burke. [16] Es más, durante la crisis

militar de comienzos de la década de 1780, cuando parecía que la Compañía podía ser expulsada con facilidad de la India, Hastings se había visto obligado a reunir dinero con rapidez para librar la guerra y salvar Madrás y Calcuta. Para tal fin, Hastings presionó a los príncipes aliados de la Compañía para que contribuyeran y utilizó algunos métodos sumamente dudosos para reunir las sumas que necesitaba. Estos métodos incluyeron presionar al nabab de Lucknow, Asaf ud-Daula, para que despojase a la fuerza a sus tías, las Begum de Awadh, a las que debía proteger en virtud de la tradición del *purdah* . Hastings también empleó amenazas contra el rajá de Benarés, Chait Singh, lo cual provocó un alzamiento local y casi le costó la vida a Hastings. Hubo otras decisiones de carácter dudoso. En particular, Hastings no intervino para perdonar la vida de Nandakumar, antiguo *diwan* del nabab de Bengala, que había presentado pruebas falsas de la corrupción de Hastings, pruebas que entregó a Philip Francis. Nandakumar había sido sentenciado a muerte por falsificación por el juez jefe de Calcuta, *sir* Elijah Impey, un antiguo amigo de Hastings de los tiempos de la escuela de Westminster. Esto hizo que Burke y Francis le acusaran de no haber impedido lo que, en su opinión, había sido el «asesinato judicial» de un informador.

Todos estos cargos eran, en teoría, graves acusaciones. Pero, con todo, Hastings no dejaba de ser el cargo más responsable y benévolo de todos los que la Compañía había enviado a la India. Cada una de las cartas que había enviado desde que tenía poco más de 20 años estaba llena de indignación por la forma en que los responsables de la Compañía explotaban la India y maltrataban a los indios sin escrúpulos. Muchos de sus amigos íntimos eran indios y se consideraba a sí mismo el honorable defensor de la justicia para el pueblo de Bengala. Había criticado con severidad y hecho campaña contra aquellos que saqueaban el país y destrozaban la economía bengalí e hizo todo cuanto estuvo en su mano por hacer más próspera y sostenible la explotación de esta. Tomó medidas

concretas para asegurar que no se repitiera la terrible hambruna de 1770. Entre ellas, se incluyó la construcción del gran Gola de Patna, que hoy sigue en pie. Su sucesor dijo de él que era, con diferencia, el más popular de todos los dirigentes británicos en la India, «objeto del amor indiscutible del pueblo». [17]

Hastings no solo era digno; también lo parecía. Lejos de tener la apariencia de un «nabab» nuevo rico, fanfarrón y vocinglero, su porte era solemne, intelectual y más bien austero. De pie en el estrado con su levita de negro riguroso, medias blancas y cabellos grises, el enjuto Hastings más parecía un ministro puritano que se dispusiera a dar un sermón que un panzudo saqueador. Con sus casi 6 pies [182 cm] de estatura, apenas pesaba 50 kg: «De hábitos austeros, muy calvo, con un ademán placido y pensativo, pero lleno de inteligencia cuando se enardecía».

A causa de la influencia de Francis, los artículos de recusación de Hastings estaban llenos de fantasías y distorsiones fáciles de refutar, que buscaban aprovechar la ignorancia de la audiencia de las cuestiones y de los personajes implicados. También estaban mal redactados y carecían del detalle legal necesario. Muchos de los discursos más floridos no eran más que acusaciones *ad hominem* , mezcla de historias falsificadas y rumores no demostrados. Hastings no había comenzado su carrera «como un tratante fraudulento de ganado». Chait Singh de Benarés no era, como se alegaba, «un príncipe soberano». Hastings no había sido el que declaró la guerra a los marathas. Nunca había dado órdenes de «extirpar a los rohillas». Los eunucos de la begum de Awadh nunca fueron flagelados. [18] La defensa de Hastings necesitó muchas semanas para corregir los múltiples errores factuales en los que se había basado la acusación.

Si aquel proceso demostró algo, esto fue la ignorancia descarnada de los británicos acerca del subcontinente que habían estado saqueando a conciencia, y con tan grandes beneficios, por espacio de treinta años. De hecho, la confusión de algunos de los

cargos era cómica: así, por ejemplo, Burke confundió al señor de la guerra afgano Hafiz Rahmat Khan, individuo analfabeto y poco menos que un filibustero, con el poeta y místico persa del siglo XIV Hafez, el cual, en el momento del proceso, llevaba 400 años en su sepultura. [19]

Por tanto, pocos se sorprendieron cuando, después de siete años, el 23 de abril de 1795, Hastings fuera exonerado de todos los cargos. Aunque las cicatrices del proceso le marcaron durante las últimas décadas de su vida, lo que provocó, en sus propias palabras, «años de depresión y persecución […] aparte de verme falsamente acusado de los crímenes más atroces, todos los fiscales me atacaron durante todas sus alegaciones ante el tribunal y con el lenguaje más virulento, agravado por epítetos groseros y vulgares de los que no existe ejemplo alguno en la jurisprudencia, ni en este ni en ningún otro país». [20]

Sin embargo, el juicio, por más mal concebido y ejecutado que estuviera, sirvió para algo. El proceso de Hastings demostró que la Compañía debía responder de sus numerosas fechorías ante el Parlamento, además de hacer pública la corrupción, violencia y venalidad de la CIO, lo cual sentó las bases para futuros controles, regulación y supervisión gubernamental. Este proceso, iniciado en 1773 con el Acta Regulatoria, fue ampliado por el Acta India (India Act) de Pitt de 1784, que sometió a supervisión del Estado las transacciones político-militares de la Compañía y culminó con la nacionalización de la Compañía setenta años más tarde, en 1858. Pero esta transformación ya había comenzado en 1784. Ese año, Alexander Dalrymple, hidrógrafo retirado de la Compañía, lo puso por escrito con claridad meridiana: «La Compañía de las Indias Orientales debe ser considerada desde dos vertientes a partir de ahora –escribió– la comercial y la política. Aunque las dos son inseparables, por lo que, si la política no ha de estar al servicio del comercio, esto resultará sin duda en la destrucción de la Compañía». [21]

A la vista del espectáculo del juicio de Hastings, el Parlamento eligió al reemplazo del primero precisamente por su condición de hombre incorruptible. El general lord Charles Cornwallis había rendido las trece colonias americanas del Imperio británico a George Washington, quien las declaro una nación libre e independiente.

La misión de Corwallis era asegurar que no ocurriera lo mismo en la India.



A su llegada a Calcuta, en agosto de 1786, Cornwallis heredó una Bengala mucho más floreciente que el páramo hambriento que había recibido a Hastings catorce años atrás.

Esto se debía, en parte, a las reformas de Hastings. Calcuta se había convertido en una megalópolis en expansión, con una población de más de 400 000 personas, más del doble que en tiempos de Plassey. Conocida en aquellos años como la ciudad de los palacios o el San Petersburgo de Oriente por sus moradores británicos, así como como el paraíso de naciones, *Zannat-al-Bilad* , por la vieja aristocracia mogola, la cabeza de puente de la Compañía en la India era, sin discusión, la ciudad colonial más rica, grande y elegante de Oriente. «Imagínese todo lo glorioso de la naturaleza, combinado con todo lo bello de la arquitectura –escribió William Hunter poco después de su llegada– y se hará una ligera idea de lo que es Calcuta». [22]

La ciudad era próspera y crecía con rapidez. Lo único que le faltaba era una normativa urbanística. «Un extraño no puede dejar de contemplar con asombro y cierta irritación la ciudad de Calcuta – escribió el conde de Modave–. Habría sido sumamente fácil convertirla en una de las ciudades más bellas del mundo. Hubiera

bastado con seguir una planta regular. Uno no puede llegar a intuir por qué los ingleses no aprovecharon tan bello emplazamiento y concedieron a todo el mundo libertad para construir según los gustos más extraños y la planificación más extravagante. Con excepción de dos o tres calles correctamente alineadas, el resto es un laberinto de callejuelas tortuosas. Se dice que tal cosa es efecto de la libertad británica, como si dicha libertad fuera incompatible con el buen orden y la simetría». [23]

Los británicos no eran los únicos que vivían bien, o de forma extravagante, gracias a este nuevo *boom* : también florecieron las dinastías bengalíes de mercaderes y prestamistas. La familia Mullick, por ejemplo, tenía palacios barrocos por toda la ciudad y acostumbraba a desplazarse por Calcuta en un carruaje ornado tirado por dos cebras. Pero el *boom* también llegó a los más humildes jornaleros bengalíes. Hacia finales de la década de 1780, sus salarios habían aumentado alrededor de un 50 por ciento en una década. [24]

De hecho, las finanzas de Bengala estaban en su condición más saneada desde tiempos de Aliverdi Khan, en las décadas de 1740 y 1750. A finales de la década, Cornwallis reportó a Londres que los beneficios superaban a los gastos en 2 millones de libras. Tras cubrir el déficit de otras regiones, aún quedaba 1,3 millones de libras para «invertir», comprar bienes de exportación, que Cornwallis calculaba que se venderían en Londres por valor de 2,4 millones de libras. [*] [25] Tras una etapa de incertidumbre, la Compañía volvía a generar actividad y obtener sólidos beneficios. Parte de estos procedía de la introducción de nuevas cosechas, como el azúcar, opio e índigo, pero la mayor parte se debía a la fertilidad natural de Bengala, que cada año producía excedente de arroz. Las mismas rentas agrarias bengalíes que en otro tiempo habían sostenido al Imperio mogol ahora mantenían al Raj de la Compañía. [26]

Y no solo generaban beneficios la agricultura y las rentas de la tierra. El comercio también florecía. Desde la casi bancarrota de la

Compañía en 1772, las exportaciones desde Bengala se habían multiplicado por cinco y ahora superaban los 15 millones de rupias, esto es, alrededor de 5 millones de libras. Y todos los signos apuntaban a que esto continuaría. [27] Los textiles bengalíes de calidad, en particular las piezas de algodón, muselinas y sedas finas, se vendían bien, por un valor anual del orden de 28 millones de rupias. [*] También se vendía bien el opio de Malwa y el algodón gujaratí; pero el mayor éxito fue el té de la China. [28] Hacia 1795, sus ventas se habían doblado en menos de una década, hasta alcanzar los 20 millones de libras (9000 toneladas). Un antiguo director de la CIO escribió que era como si el té se hubiera convertido «en el alimento de todo el pueblo de Gran Bretaña». [29] Cornwallis informó a Londres de que «la demanda de bienes bengalíes duplica la cantidad que puede producirse».

El resultado de esto fue que la escasez monetaria que había paralizado la economía bengalí en la década de 1770 se convirtió en algo del pasado. La ceca de Calcuta acuñaba 2,5 millones [**] de rupias cada año. [30] Las posesiones de la Compañía en India oriental –las tres provincias de Bengala, Bihar y Orissa– eran, en todos los aspectos, los Estados posmogoles más ricos de todo el sur de Asia, dotados de recursos muy superiores a las de cualquiera de sus rivales.

Todo esto significaba que el Estado de la Compañía podía seguir expandiendo su ejército y destinar 3 millones de libras anuales a gastos militares, una suma que ninguna otra potencia del sur de Asia podía igualar. [31] De los 2900 cipayos de 1757, después de Plassey, en el momento de la llegada de Cornwallis el ejército de Bengala había crecido hasta cerca de 50 000 hombres. [32] La Compañía también podía permitirse elegir a los mejores candidatos en el mercado de trabajo militar, pues pagaba a sus cipayos mucho más que ningún otro y con mucha más regularidad. Los cipayos del ejército de Bengala con rango de «caballeros soldados» ganaban alrededor de 300 rupias anuales, mientras que sus homólogos de Mysore

cobraban 192 rupias (cuatro veces más que las 48 rupias que Tipu pagaba a un soldado raso). Los de Awadh ganaban al año la mísera cifra de 80 rupias. [*] [33] Como dijo con acierto Burton Stein: «La conquista de la colonia de la India fue comprada y combatida a partes iguales». [34]

A su vez, estos cipayos recibían el apoyo de una sofisticada máquina bélica, dirigida desde los arsenales del Fuerte William y las fábricas de armas de Dumdum. En 1787, Mir Alam, ministro de Haiderabad, pasó varios meses en Calcuta, donde quedó asombrado de la magnitud del complejo militar de la Compañía en la ciudad. Quedó particularmente impresionado por los arsenales que vio en el Fuerte William: «300 000 mosquetes almacenados en buen orden y fáciles de repartir, fábricas de municiones a pleno rendimiento y entre 2000 y 3000 cañones en posición, además de entre 5000 y 6000 en reserva, listos para su uso». [35] Cuarenta años antes, en 1750, la Compañía era una corporación mercantil con una pequeña fuerza de protección y un puñado de fuertes ruinosos. Hacia 1790 había convertido sus posesiones indias en un Estado fiscal-militar bajo estricto control y protegido por el ejército más poderoso de toda Asia.

De este modo, cuando en 1791 volvió a vislumbrarse la posibilidad de una guerra contra el sultán Tipu de Mysore, los ejércitos de Cornwallis disponían de cantidades sin precedentes de recursos humanos, armamento y suministros militares. Los generales de la Compañía tenían sobradas razones para sentirse confiados. Si la guerra contra Tipu era inevitable, tendrían ocasión de vengar la lamentable derrota de Pollilur de veinte años antes.



En 1783, Haidar Ali de Mysore había fallecido a causa de un tumor supurante «del tamaño de un plato» en su espalda. Su hijo Tipu se apresuró a reemplazar a su padre en el trono.

El gobernador de Madrás consideraba a Tipu «el joven y animoso heredero de Haidar, pero libre del oprobio de los vicios y la tiranía de su padre». [36] Según un cronista británico, Tipu, que ahora tenía 33 años de edad, «medía alrededor de 5 pies y 7 pulgadas [170 cm]. Era de constitución excepcionalmente bien hecha con la excepción del cuello, que era corto. Tenía piernas, tobillos y pies bellamente proporcionados, brazos largos y musculados, con apariencia de gran fortaleza, pero sus manos eran demasiado finas y delicadas para un soldado […] tenía un rostro notablemente blanco para un muslime de la India, de hechuras delicadas y un semblante delicado e interesante, cuyo rasgo más destacado eran unos ojos negros grandes y vivaces». [37]

Haidar, en su lecho de muerte, había escrito a Tipu para aconsejar a su hijo acerca del arte del buen gobierno. Le advirtió de que la Compañía buscaría explotar cualquier debilidad durante la sucesión: «El mayor obstáculo que deberás superar son los celos de los europeos –escribió–. Los ingleses son hoy todopoderosos en la India. Es necesario debilitarlos por medio de la guerra».

En opinión de Haidar, la opción con mayor posibilidad de éxito era *divide et impera* : «Los recursos del Indostán no son suficientes para expulsar a los ingleses de las tierras que han invadido. Enfrenta entre ellas a las naciones de Europa. Es con ayuda de los franceses como podrás conquistar a los ejércitos británicos, que están mejor entrenados que los de la India. Los europeos tienen tácticas más fiables; contra ellos, utiliza siempre sus mismas armas».

A continuación se despide de su hijo y le desea buena suerte: «Si Dios me hubiera concedido una vida más larga, tú solo habrías tenido que disfrutar del éxito de mis empresas».

> Mas, para conquistar esas ricas provincias dejo en tus manos una población de doce millones de almas, tropas, tesoro y recursos inmensos. No necesito avivar tu coraje. A menudo te he visto combatir a mi lado y tú serás heredero de mi gloria. Recuerda, por encima de todo, que el valor puede elevarte al trono, pero no es suficiente para mantenerlo. Puede que conquistes una corona a causa del apocamiento del pueblo, pero esta se te escapará si no te apresuras a ganar su amor. [38]

Tipu, ya antes de heredar, era uno de los comandantes militares más temidos y admirados de la India; capaz y valeroso, metódico y diligente, era, por encima de todo, innovador. Estaba decidido a obtener un arsenal de conocimiento y pericia europeos, así como a hallar la forma de emplearlo contra sus enemigos. Tipu ya había demostrado en el campo de batalla ser capaz de tal cosa, pues había derrotado a la Compañía no solo en Pollilur, sino en dos ocasiones posteriores. En 1782 aniquiló a un contingente británico comandado por el coronel John Braithwaite en las afueras de Tanjore. Un año más tarde, justo antes de su ascenso al trono, emboscó y desbarató una tercera columna de la Compañía a orillas del río Coleroon (Kollidam). Aunque la verdadera sorpresa fue que Tipu demostró ser tan imaginativo en la paz como en la guerra.

Tipu comenzó a importar tecnología industrial traída por ingenieros franceses y experimentó con el uso de la energía hidráulica para impulsar su maquinaria. También despachó enviados a la China meridional para que trajeran huevos de gusanos de seda con los que establecer en Mysore una industria sericultora, que todavía hoy produce riqueza para la región. Introdujo la irrigación y construyó presas, hasta el punto de que incluso sus enemigos británicos tuvieron que admitir que su reino «estaba bien cultivado y poblado de habitantes industriosos, con ciudades [entre las que se incluía Bangalore] de reciente fundación y extenso comercio».

Aún más notable fue el hecho de que creó el equivalente a una compañía mercantil estatal provista de sus propios barcos y factorías. La normativa regulatoria del «departamento comercial» de Tipu ha sobrevivido hasta nuestros días. Nos proporciona detalles del comercio estatal de bienes valiosos como la madera de sándalo, seda, especias, coco, arroz, sulfuro o elefantes, que eran importados y exportados de Srirangapatna. Se establecieron 30 centros comerciales en Mysore y en otras regiones de la costa occidental hasta puntos situados muy al norte, como Kutch, así como en Pondicherry y en Haiderabad. Se fomentó que los responsables reclutasen asistentes formados para la dirección de tales mercados, cada uno de los cuales juraba su cargo en función de su religión. Los ingresos recaudados por los funcionarios del Estado proporcionaron el capital comercial y se reguló la aceptación de depósitos de particulares para su inversión en el comercio estatal con dividendos preestablecidos. Se establecieron también factorías en Muscat y por todo el golfo Pérsico. Tipu llegó incluso a pedir a sus embajadores en Estambul que se hicieran con la concesión de la *ijara* –granja– de Basora para que, al igual que los europeos, pudiera establecer un asentamiento en ultramar que sirviera de base para sus naves. [39]

Tipu siguió el consejo de su padre de ganarse el amor de sus súbditos, para lo cual buscó seducir y proteger a los hindúes de sus dominios. Desde el inicio de su reinado, colmó los templos hindúes de su reino de presentes, honores y tierras. Muy pocos archivos de su cancillería han sobrevivido, pero gracias a los de los templos de la región sabemos, por ejemplo, que en 1784 cedió unas tierras a un tal Venkatachala Sastra y a un grupo de brahmanes, a los que suplicó que «rogasen por que tuviera una vida larga y próspera». Un año más tarde envió al complejo de templos de Melkote doce elefantes y un timbal, junto con unos versos en sánscrito que dejaban constancia de la concesión de unas tierras «a los templos y brahmanes de las orillas del Tungabhadra». Tipu prosiguió haciendo concesiones, a razón de tres o cuatro grandes regalos de dinero,

campanas, pensiones, aldeas, joyas o *padshah lingam* por año, durante el resto de su reinado. La mayor parte de estos dones se entregaba a cambio de peticiones de oraciones, *pujas* «por el triunfo de las armas del rey» o procesiones en los templos. [40]

Pero el templo que recibió las donaciones más generosas fue el gran templo de Sringeri, como testimonia un legajo de cartas descubierto en su interior en la década de 1950. Tipu expresa el horror que le inspira el daño causado al templo por una incursión de pindaris [caballería irregular] durante la invasión maratha de Mysore: «Es indudable que una gente que ha pecado contra un lugar de tanta santidad sufrirá las consecuencias de sus fechorías –escribió Tipu–. Aquellos que cometen actos malvados entre risas, cosecharán las consecuencias con llanto. La destrucción de su linaje será la conclusión indudable de la perfidia contra los gurús». [41]

Tipu, junto con una elevada suma en efectivo y un envío de grano «para la consagración de la diosa Sarada» y «alimentar a mil brahmanes», solicitó a los *swami* que «por favor recen por el aumento de nuestra prosperidad y la destrucción de nuestros enemigos». Poco tiempo después, acompañando al presente de un elefante envió una segunda nota en la que se decía que «aquellos que atentan contra los gurús y contra nuestro país ¡perecerán pronto, por gracia de Dios! Es seguro que aquellos que se llevaron elefantes, caballos, palanquines y otros enseres de vuestro monasterio serán castigados por Dios. Hemos enviado ropajes para la diosa. Por favor, consagren a la diosa y recen por nuestro bienestar y la aniquilación de nuestros enemigos». [42]

Todo esto era algo más que habilidad de estadista. Tipu, a pesar de ser un musulmán devoto que se consideraba un defensor del islam, abrazó el culto sincrético de su época, pues creía sin titubear en el poder de los dioses hindúes. En sus sueños, que anotaba con toda diligencia cada mañana en un libro de sueños, Tipu se encontraba no solo a santos sufíes muertos hacía mucho tiempo, sino también a dioses y diosas hindúes. En uno de los que anotó, se

veía en un templo en ruinas con ídolos cuyos ojos se movían: uno de ellos le habló y Tipu ordenó que el templo fuera reconstruido. [43] Existe constancia de que Tipu ordenaba a sus soldados, hindúes y musulmanes, hacer abluciones rituales en ríos sagrados, «por consejo de los augures [brahmanes]» para limpiar de sus tropas la cobardía y hacerlas superiores en batalla a los marathas. Tipu también creía firmemente en los poderes sobrenaturales de los santones, tanto hindúes como musulmanes. Como escribió en 1793 al *swami* de Sringeri: «Sois el *Jagatguru* , el preceptor del mundo […] los países en los que residen personajes sacros como usted prosperarán, con buenas lluvias y cosechas». [44]

Los británicos siempre retrataron a Tipu como un bárbaro salvaje y fanático. En verdad, Tipu era un *connaisseur* y un intelectual, cuya biblioteca contenía unos 2000 volúmenes en varias lenguas, en su mayoría de jurisprudencia, teología y ciencias seculares. También acumuló una extensa colección de instrumentos científicos modernos, que incluían termómetros y barómetros. [45] En cierta ocasión, durante una incursión en las afueras de Madrás, las tropas de Tipu capturaron una serie de volúmenes académicos de botánica india. Tipu ordenó que los libros fueran reencuadernados y enviados a engrosar su biblioteca. La cultura de innovación que fomentó en Mysore contrasta vivamente con el hombre que imaginaban en Calcuta. Era un tecnócrata modernizador que, como bien dice Christopher Bayly, «trató de combatir el poder del mercantilismo europeo con sus propias armas: monopolio estatal y una agresiva ideología expansionista». La tecnología militar francesa que importó era más avanzada incluso que la de la Compañía. Su fracaso se debió, únicamente, a que los recursos de la Compañía eran ahora mayores y se expandían a un ritmo bastante más rápido que los de Mysore.

No obstante, Tipu tenía graves defectos que lo hacían vulnerable a sus enemigos; solía ejercer una violencia innecesaria contra los adversarios derrotados, de una virulencia superior incluso a los

estándares de la época. Esto creaba enemigos irreconciliables cuando hubiera sido posible, y mucho más juicioso, la conciliación. A los rebeldes les cortaba brazos, piernas, orejas y narices antes de ahorcarlos. Tenía por norma circuncidar y convertir con gran brutalidad al islam a los enemigos capturados y a los rebeldes de su reino, tanto hindúes como cristianos, indios y británicos. Con frecuencia, destruía los templos y las iglesias de los vencidos, a una escala particularmente terrorífica en las campañas en Malabar, Mangalore y Coorg. Muchísimas personas fueron obligadas a emigrar: en un solo año se trasladaron a Mysore 60 000 cristianos del sur de la Carnática. [46] Los misioneros portugueses escribieron que Tipu «ataba desnudos a cristianos y a hindúes a las patas de los elefantes, a los que hacía ir de un lado para otro hasta que los cuerpos de las malogradas víctimas quedaban despedazadas».

A su megalomanía y agresividad contraproducente las remataba una completa falta de habilidad diplomática. En septiembre de 1786, cuando Cornwallis llegó a Calcuta, Tipu ya estaba en guerra tanto con el *peshwa* maratha como con el nizam de Haiderabad, los cuales habían sido aliados de su padre. Al contrario que Haidar, que se unió a la Triple Alianza contra los británicos, los agresivos ataques de Tipu contra sus vecinos alarmaron de tal modo a marathas y haiderabadíes que, cuando fueron cortejados por Cornwallis, aceptaron formar una nueva triple alianza, pero esta vez con la Compañía y contra el reino de Tipu.

Como si no hubiera hecho suficientes enemigos, Tipu decidió romper relaciones con Shah Alam, con lo que se convirtió en el primer gobernante indio que rechazaba incluso la soberanía nominal del emperador mogol. Tipu ordenó que el sermón de los viernes, el *jutbah* , fuera leído en su nombre, no en el del emperador, pues, según él, «en cuanto a esos idiotas que introducen el nombre de Shah Alam en la *jutbah* , esto se debe a que son unos ignorantes, pues la verdadera condición del supuesto emperador es la siguiente: está esclavizado y es un personaje sin importancia, un sirviente de

Scindia que le paga 15 000 rupias al mes. * Ante tal circunstancia, pronunciar el nombre de alguien a sueldo de los infieles en la recitación del sagrado *jutbah* es un pecado manifiesto». [47]

En diciembre de 1789, Tipu abrió un nuevo frente. Ya había conquistado todo el norte de Malabar, hasta Cochín, y ahora decidió someter al rajá de Travancore, situado al sur. El rajá se había protegido con unas fortificaciones notables, las llamadas líneas de Travancore: una muralla resguardada por un foso de 16 pies [4,8 metros] y coronada por un seto de bambú impenetrable. Además, había firmado un tratado de mutua defensa con la Compañía.

De este modo, cuando, al amanecer del 29 de diciembre de 1789, Tipu abrió una brecha en las defensas de Travancore con su artillería pesada y envió a sus cipayos de élite, los tigres, a masacrar a las desprevenidas tropas del rajá, se vio en guerra no solo contra los marathas, los haiderabadíes y el pueblo de Travancore, sino también con su enemigo más antiguo y enconado: la Compañía de las Indias Orientales.



Al igual que las dos guerras precedentes, la Tercera Guerra Anglo-Mysore comenzó con una ofensiva de Tipu, de violencia y velocidad sin precedentes, contra la Carnática. A principios de diciembre de 1790 llegó a Tiruchirappalli, donde superó sin mayor esfuerzo a un lento ejército de la Compañía. Luego cayó sobre la costa entre Madrás y Pondicherry, donde su caballería quemó y devastó pueblos y aldeas indefensos. A mediados de enero, la gran ciudad-templo de Tiruvannamalai fue sometida a un sangriento saqueo.

La Compañía era incapaz de igualar la velocidad de marcha de Tipu. Un oficial, el comandante James Rennell, anotó que las tropas

de Mysore podían hacer «tres marchas por cada una de las nuestras [...] la rapidez de Tipu era tal que ningún ejército organizado como el nuestro pudo nunca obligarle a aceptar batalla en campo abierto». [48] Esto se debía, en parte, a que cada oficial de la Compañía viajaba con un mínimo de seis sirvientes, un equipo completo de mobiliario de campaña, «con sus sábanas (no menos de 24 juegos); algunas docenas de botellas de vino, brandy y ginebra; té, azúcar y galletas; un cesto de aves de corral vivas y una cabra lechera». [49] Las tropas de Tipu no tenían tales estorbos.

Pero Cornwallis no tenía intención de permitir que Tipu le marease. Estaba decidido a redimir su reputación militar, manchada por la rendición de Yorktown de una década antes, por lo que decidió encabezar en persona el contraataque. «Hemos perdido tiempo y nuestro adversario ha ganado reputación, lo cual son las dos cosas más valiosas en la guerra –escribió Cornwallis–. No me queda más remedio que ir en persona [...] y ver si yo puedo hacerlo mejor». [50]

A comienzos de febrero de 1791, la rechoncha figura del marqués de Cornwallis montó a lomos de su caballo de batalla y partió de Madrás en cabeza de un contingente de 19 000 cipayos. El 21 de marzo había superado los Ghat orientales y alcanzado la meseta situada al otro lado, sin hallar oposición. A continuación, tomó al asalto la segunda ciudad más grande de Tipu, Bangalore. Allí se reunió con él su aliado haiderabadí, Mir Alam, que llevó consigo 18 000 jinetes mogoles.

En mayo, la fuerza combinada estaba dispuesta y comenzó a adentrarse en el territorio de Tipu. Pero fue allí donde comenzaron los problemas. Tipu había devastado campos y aldeas a lo largo de la línea de marcha de Cornwallis, por lo que escaseaban los víveres. Cuando estuvieron cerca de la isla-capital de Tipu, Srirangapatna, habían muerto 10 000 bueyes de transporte y los que quedaban estaban al borde de la inanición y a duras penas podían tirar de sus cargas. La falta de carros de bueyes hizo que las clases de tropa

europea, cipayos y vivanderos tuvieran que acarrear pesadas cargas de munición para el tren de artillería de retaguardia. A estos problemas se sumaban las enfermedades que afectaban al ejército y la llegada temprana del monzón, que echó a perder buena parte de sus raciones de arroz y dejó empapados a sus efectivos enfermos. Los vivanderos de castas inferiores se vieron obligados a sobrevivir a base de alimentarse de la carne en descomposición de bueyes muertos. Poco después, una epidemia de viruela asoló las filas de la Compañía. [51] El 24 de mayo, tras una breve escaramuza con Tipu, Cornwallis ordenó la destrucción del tren de sitio y las piezas pesadas y la retirada a Bangalore.

Su ejército en retirada tan solo había recorrido medio día de marcha entre el lodo cuando, cerca de la ciudad-templo de Melkote, apareció en el camino una formación de 2000 jinetes que se situó delante de ellos. Sonaron las alarmas y se intercambiaron algunos tiros antes de que se dieran cuenta de que la caballería no era de Tipu: eran los marathas, los nuevos aliados de la Compañía. A estos jinetes les siguió un contingente mucho mayor con numerosos suministros, tanto para los bueyes como para los hombres de Cornwallis.

Tras semanas de escasez y privaciones cada vez mayores, los soldados de la Compañía no daban crédito a la profusión de bienes disponibles en el bazar maratha: «Telas inglesas, cortaplumas de Birmingham, los más ricos chales de Cachemira, joyería costosa y rara, además de bueyes, ovejas, aves de corral y todo aquello que pueden proporcionar las ciudades más florecientes». [52] Los hambrientos cipayos y vivanderos acudieron a toda prisa al campamento maratha a comprar alimentos a precios desorbitados. Los oficiales británicos adquirieron todos los carros de bueyes que pudieron, que fueron puestos de inmediato en servicio. [53] Juntos, los tres ejércitos aliados marcharon de retorno a Bangalore a esperar que pasaran las lluvias y preparar un nuevo ataque cuando amainase el monzón y bajase el nivel de los ríos.

Tras dos meses de descanso, festines y desfiles militares con sus aliados marathas y haiderabadíes, Cornwallis volvió a enviar a sus hombres a poner sitio a las fortalezas montañosas que protegían los pasos de los Ghat. Comenzaron por las posiciones de las colinas de Nandi, que dominaban Bangalore, y el temible fuerte de Savandurga, encaramado en una cima casi vertical y considerada una de las fortalezas más inexpugnables del Decán. A primeros de año, Cornwallis consolidó sus rutas de suministro para asegurarse de que no se repitieran los fallos logísticos de mayo.

El 26 de enero de 1792, los tres ejércitos partieron de Bangalore para un segundo intento de arrinconar en su guarida al Tigre de Mysore. Cornwallis disponía de 22 000 cipayos, 12 000 marathas y un número ligeramente superior de haiderabadíes. [54]

Tipu disponía de un ejército mayor –más de 50 000 cipayos y jinetes– pero era un general demasiado cuidadoso para arriesgarse a una batalla campal contra tan formidable fuerza. Por lo que permaneció en las magníficas fortificaciones de Srirangapatna, que habían sido diseñadas por ingenieros franceses con arreglo a los últimos avances científicos y las técnicas de Sébastien de Vauban en cuanto a diseño de fortificaciones a prueba de artillería, adaptados por el libro *La Fortification Perpendiculaire* del marqués de Montalembert. Estas técnicas le proporcionaban las defensas más avanzadas del siglo XVIII y tenían en cuenta el aumento de la potencia de fuego de cañones, bombas y minas, así como las últimas tácticas de asalto y sitio de fuertes. [55] Penetrar tales defensas era el desafío al que se enfrentaba el ejército de Cornwallis.

A última hora del 5 de febrero de 1792, los tres ejércitos llegaron por segunda vez ante los formidables muros de la isla de Srirangapatna. Cornwallis no esperó a que Tipu moviera primero. Sin comunicar sus planes a sus aliados, atacó de inmediato para aprovechar la ventaja de la noche sin luna. Concentró sus fuegos sobre el campamento fortificado de Tipu, situado en las alturas del

otro lado de la isla que dominaba y protegía los puentes y vados del Kaveri. Tipu, que creía que Cornwallis esperaría a reunir a todos sus efectivos, fue sorprendido por completo. Tras resistir valerosamente durante dos horas, hacia medianoche se retiró a la isla y se encerró tras los muros de su ciudadela.

Una vez que Tipu abandonó el campamento y los vados quedaron desprotegidos, Cornwallis lanzó a una segunda columna contra la fortaleza situada en el extremo este de la isla. Con la llegada del nuevo día, el *Lal Bagh* , el bello jardín rojo, estaba en manos de Cornwallis. James Kirkpatrick, que se hallaba en la segunda columna, el día anterior había divisado al otro lado del río el magnífico palacio de estilo mogol de Tipu, el «Lall Baug, en todo su esplendor». Pero, como escribió a su padre, el jardín «por desgracia [...] fue sacrificado a las urgencias de la guerra». El palacio fue convertido en hospital para los heridos y el bello jardín quedó «abarrotado de suministros para el asedio. Avenidas enteras de cipreses, altos y majestuosos, fueron abatidas en un momento. Tampoco se salvaron de la ruina los naranjos, manzanos, sándalos o incluso los fragantes parterres de rosas y jazmines. Habrías podido ver en nuestras baterías fascinas de ramas de rosales, atadas con jazmines y fijadas con estacas de madera de sándalo. Los propios zapadores quedaron aromatizados [...]». [56]

Aunque ni siquiera la «alarmante mortalidad» de las tropas europeas, ni las «miasmas infecciosas de millones de cadáveres pútridos que cubrían la superficie de la tierra en 20 millas [32 km] a la redonda de la capital» podían hacerle dejar de ver la asombrosa belleza de la ciudad que había venido a sitiar: «Los palacios y los jardines, tanto los de la isla como los de fuera de la ciudad, superan con creces al palacio y los jardines de Bangalore en extensión, gusto y magnificencia y se dice que son inferiores a los del interior de la ciudad». [57]

Al día siguiente, Tipu lanzó una serie de contraataques poco efectivos, pero, ante lo desesperado de su situación, cada vez más

soldados desertaban. Se vio obligado a enviar un mensaje a Cornwallis, por mediación de unos oficiales prisioneros de la Compañía, para proponerle negociaciones de paz. Cornwallis aceptó, pero sus condiciones fueron severas. Tipu debía ceder la mitad de su reino, pagar una indemnización de 30 millones de rupias, * liberar a todos sus prisioneros de guerra y entregar a sus dos hijos menores como rehenes para garantizar que se completase el pago. Las tierras fronterizas con los marathas debían entregarse al *peshwa* ; las más cercanas a Haiderabad, al nizam; y la Compañía recibiría los territorios de los Ghat orientales, así como los de Coorg y las tierras de Malabar, ricas en especias.

Con el tratado ya firmado, los dos jóvenes príncipes –Abdul Khaliq, de 8 años de edad, y Muizuddin, de 5– fueron entregados a Cornwallis el 18 de marzo de 1792. Los muchachos fueron llevados a lomos de elefante a Madrás, lo que, en general, pareció agradarles, aunque era evidente que no les gustaba que los obligasen a permanecer sentados durante toda la escenificación del *Mesías* o del *Judas Macabeo* de Händel. [58] Tras causar sensación entre la sociedad de Madrás por su dignidad, inteligencia y educación, los dos príncipes fueron devueltos a Tipu dos años más tarde, cuando este pagó el último plazo de la indemnización.

Tipu había sufrido un golpe devastador. En el transcurso de la guerra había perdido 70 fuertes y 800 cañones, además de acumular 49 340 bajas. Había tenido que aceptar la pérdida de la mitad del reino que había heredado de su padre. Aunque era evidente que, a pesar de la derrota, Tipu no tenía intención de doblegarse.

Fue en esta época cuando contactó con el nizam Ali Khan de Haiderabad: «¿Acaso no sabéis cuál es la costumbre de los ingleses? –escribió–. Allí donde asienten sus talones, van poco a poco haciéndose con el control de todos los asuntos». Según las fuentes marathas, una noche, no mucho después de que se firmase el tratado, Tipu se presentó en secreto en el campo maratha y pidió ser llevado a la tienda del general, el «anciano señor brahmán»

Haripant Phadke: «Debéis comprender que no soy vuestro enemigo en absoluto –le dijo–. Vuestro verdadero enemigo es el inglés y de él es de quien debéis guardaos». [59]



1792 fue, en muchos aspectos, el punto de inflexión decisivo de la Compañía de las Indias Orientales en la India. Antes de esta fecha, la Compañía solía estar a la defensiva y siempre insegura. Pero, tras ese año, comenzó a ejercer un dominio cada vez mayor. También hasta este punto la CIO era, en lo que respecta a los territorios, una potencia india relativamente menor, que tan solo controlaba 388 500 kilómetros cuadrados de un total de 4,17 millones, esto es, un 9,3 por ciento de la masa terrestre india, casi todo en el norte y en el este. [60] Pero, tras arrebatar vastas extensiones a Tipu en el sur, el Raj de la Compañía estaba en camino de ser no solo una gran potencia militar y económica, sino también territorial.

La posición de la Compañía quedó aún más reforzada con las reformas iniciadas por Cornwallis. En las Américas, Gran Bretaña había perdido sus colonias, pero no a manos de los nativos americanos, sino de los descendientes de los colonos europeos. Cornwallis estaba decidido a asegurarse que nunca surgiera en la India una clase colonial que pudiera desafiar al Gobierno británico, como había ocurrido, para vergüenza del propio Cornwallis, en América. En este periodo, uno de cada tres hombres británicos de la India cohabitaba con mujeres indias y había una cifra estimada de más de 11 000 anglo-indios en las tres ciudades de la presidencia. [61] Cornwallis promulgó una serie de leyes descarnadamente racistas que prohibían trabajar en la Compañía a los hijos nacidos de la unión de hombres británicos y esposas indias, o *bibis* .

En 1786 se emitió una orden que vetaba a los huérfanos anglo-indios de los soldados británicos la posibilidad de servir en el ejército de la Compañía. En 1791 se cerró la puerta aún más: nadie con un pariente indio podía ser empleado en las ramas civil, militar y marítima de la Compañía. Un año más tarde, esto se amplió a «la oficialidad de los buques de la Compañía». En 1795, se sancionaron leyes adicionales, en las que se descalificaba de forma explícita a cualquiera que no tuviera dos padres europeos para el servicio en los ejércitos de la Compañía, salvo en calidad de «flautistas, tamborileros, músicos y herreros». A los anglo-indios, al igual que a sus antepasados británicos, también se les prohibió poseer tierras. Excluidos de este modo de todas las fuentes de empleo más lucrativas, los anglo-indios se vieron abocados a un rápido descenso en la escala social. Algo que continuó hasta que, un siglo más tarde, los anglo-indios habían quedado reducidos a una comunidad de oficinistas, carteros y conductores de trenes. [62]

Durante la administración de Cornwallis también se expulsó a muchos indios –los últimos supervivientes de la antigua administración mogola de Murshidabad– de altos cargos gubernamentales, acusados, de forma por completo espuria, de que siglos de tiranía habían alimentado «la corrupción» en ellos. [63] Los no europeos eran tratados con creciente desdén por los responsables, exclusivamente blancos, del cuartel general de la Compañía en el Fuerte William. Hacia esta época, el secretario militar de Warren Hastings, el comandante William Palmer, que estaba casado con una princesa mogola, escribió para expresar su desazón por la nueva etiqueta con respecto a los dignatarios indios que Cornwallis había introducido en Calcuta: «Se les recibe –escribió– con la mayor frialdad y desprecio y puedo asegurarle que se dan cuenta y les hiere; sin duda expresarán su rencor cuando tengan oportunidad». [64]

A continuación, Cornwallis se dedicó a realizar una serie de reformas impositivas y agrarias para garantizar un flujo constante de

rentas, en particular en tiempos de guerra, además de reformar el control de la Compañía sobre las tierras que había conquistado. El Acuerdo Permanente [Permanent Settlement] de 1793 concedía derechos absolutos sobre sus tierras a los terratenientes zamindar, con la condición de que pagasen una renta que los responsables de la Compañía fijarían a perpetuidad. Mientras los zamindar pagasen sus rentas con puntualidad, conservarían la posesión de las tierras que producían tales rentas. Pero si no podían pagar, entonces las tierras serian vendidas a algún otro. [65]

En poco tiempo, estas reformas produjeron una revolución en la propiedad rural de la Compañía en Bengala. Muchas fincas viejas fueron divididas y numerosos antiguos sirvientes se apelotonaron en las salas de liquidación para comprar las posesiones de sus antiguos amos. Durante las décadas siguientes, las medidas impositivas draconianas hicieron que casi un 50 por ciento de las fincas cambiase de manos. Muchas antiguas familias terratenientes mogolas quedaron en la ruina y se vieron obligadas a vender. Se produjo una sociedad agraria de enormes desigualdades y la vida de las familias campesinas fue más dura que nunca. Pero, desde el punto de vista de la Compañía, las reformas de Cornwallis tuvieron un éxito inmenso. Los ingresos de las rentas de la tierra fueron estabilizados y aumentaron enormemente. Ahora, los tributos llegaban puntuales y al completo. Es más, aquellos que habían comprado tierras a los antiguos zamindar estaban uniendo sus destinos, en muchos aspectos, al nuevo orden de la Compañía. Fue así como comenzó a surgir en Bengala una nueva clase de banqueros y comerciantes probritánicos, hindúes en su mayoría, en los que la Compañía podía delegar la responsabilidad del gobierno local.

De este modo, mientras la vieja aristocracia mogola perdía sus cargos, vino a reemplazarla en la cima de la escala social de la Bengala gobernada por la Compañía una nueva clase funcionarial hindú. Este grupo emergente, los *bhadralok* (clases medias altas)

bengalíes, representados por familias como los Tagore, Deb y Mullick, reforzó su dominio de los cargos medios de Calcuta, así como el control de la producción agrícola campesina y el comercio de los bazares. Estas familias participaron en el comercio de las nuevas cosechas –Dwarkanath Tagore, por ejemplo, hizo una fortuna en esta época comerciando con índigo– al tiempo que prestaba dinero a la Compañía, a menudo con un interés muy alto, del orden del 10-12 por ciento. Fueron los préstamos de esta clase social los que contribuyeron a financiar los ejércitos coloniales, permitieron la adquisición de los mosquetes, cañones, caballos, elefantes y bueyes y que pagaron los salarios de los contingentes que empleó la Compañía para librar y vencer sus guerras contra los demás estados indios. El expansivo imperio indio de la Compañía no se podría haber logrado sin el apoyo político y económico de comunidades locales y grupos regionales de poder. El edificio de la Compañía de las Indias Orientales se sostenía en el delicado equilibrio que esta mantenía entre mercaderes y mercenarios, sus rajás y nabab aliados y, sobre todo, sus dóciles banqueros. [66]

En último término, fue el acceso a reservas ilimitadas de crédito, en parte gracias a flujos estables de rentas agrarias, y en parte gracias a la cooperación de prestamistas y financieros indios, lo que situó a la Compañía en una posición de ventaja con respecto a sus rivales indios durante esta época. Lo que ahora marcaba la diferencia ya no era la superior tecnología militar europea, sino su capacidad administrativa. Fue su capacidad de movilizar y transferir inmensos recursos financieros lo que permitió a la Compañía desplegar el mayor y mejor entrenado ejército de todo el mundo oriental. Las mayores firmas del periodo –las casas de Lala Kashmiri Mal, Ramchand-Gopalchand Shahu y Gopaldas-Manohardas–, muchas de ellas con sede en Patna y Benarés, gestionaban las remesas militares mayores y se encargaban de emitir letras de cambio en Bombay, Surat o Mysore, además de hacer grandes préstamos de efectivo, todo lo cual hacía posible el pago regular, el

mantenimiento, armamento y aprovisionamiento de las tropas de la Compañía. Esta, por su parte, compensó en 1782 estos servicios de valor incalculable. Ese año anunció que la casa de Gopalda sería, a partir de entonces, la banca del gobierno en lugar de los Jagath Seth. El apoyo de la Compañía permitió a la citada casa acceder a la India occidental, donde, hasta entonces, no había tenido presencia. [67]

Tal y como explicó Rajat Kanta Ray: «En lo que respecta al sistema indígena de crédito comercial, la Compañía estaba mejor situada que las potencias indias a causa de su reputación de corporación capitalista internacional que concedía gran importancia al pago de sus deudas. Además, se sabía que tenía el mayor excedente de rentas de todo el país para garantizar los grandes préstamos contratados con los *sahukaras* [prestamistas]». [68] Los comerciantes y financieros de la India veían en la Compañía a su aliado natural. Los británicos, escribió Hari Charan Das, «no interferían en la riqueza de banqueros, mercaderes y hombres acaudalados, ni con otras personas que residen en las ciudades […] todo lo contrario, son amables con los que tienen riqueza». [69]

Tal y como los Jagat Seth ya habían descubierto cuarenta años atrás, la Compañía de las Indias Orientales hablaba un lenguaje que los financieros indios podían comprender y les ofrecían un grado de seguridad mucho mayor que sus rivales. [70] En última instancia, todo era una simple cuestión de dinero. Hacia finales de siglo, Bengala proporcionaba un excedente anual de 25 millones de rupias cuando Scindia a duras penas podía reunir 1,2 millones netos [*] de sus territorios de Malwa. [71] No debe sorprendernos, por tanto, que Scindia comentase con inquietud que «sin dinero era imposible reclutar un ejército o hacer la guerra». [72]

En último término, fue a la Compañía de las Indias Orientales, no a los marathas ni a los sultanes de Mysore, a la que los financieros de toda India decidieron dar su apoyo. [73] De hecho, por más que la Compañía fuera un organismo depredador, era una decisión muy

fácil de tomar. Hacia 1792, apenas quedaba oposición creíble. Tipu había sido derrotado y había perdido la mitad de su reino. Con todo su valor y su determinación, haría falta un milagro para que pudiera reunir recursos suficientes para derrotar a la Compañía como había hecho en el pasado en Pollilur.

Mientras tanto, la gran Confederación maratha, la potencia que controlaba más territorios y disponía de los ejércitos más grandes y formidables, se estaba desmoronando lentamente. El 1 de junio de 1793, tras años de abierta rivalidad y relaciones cada vez más tensas, Holkar y Scindia se enfrentaron en la batalla de Lakheri. Tukoji Holkar sufrió una contundente derrota a manos de Mahadji Scindia. Cuando informaron del resultado de la lid al emperador ciego Shah Alam, este se limitó a sonreír y comentó: «El poder de los marathas pronto será destruido». [74] Estaba en lo cierto. Durante la subsiguiente ronda de disputas sangrientas, «los príncipes marathas se parecían tanto a una confederación como una bolsa de hurones». [75]

Ya no era difícil predecir el futuro. Hacia la década de 1790, el conde de Modave, por ejemplo, no albergaba ninguna duda de lo que le aguardaba a la India en el porvenir: «Estoy convencido de que los ingleses se establecerán en el Imperio mogol, pero de forma precaria y con gran incertidumbre –escribió– y no me cabe duda de que, a su debido tiempo, lo perderán».

> Aunque lo controlarán el tiempo suficiente para extraer de él cantidades prodigiosas de dinero, que les permitirá ejercer el rol que se han arrogado a sí mismos, esto es, el de ser la principal, o más bien la única potencia, superior a todas las otras, entre las naciones comerciantes de Europa.
>
> ¿Quién puede detenerlos? En el Indostán, la anarquía destruye la esperanza de que germine o brote nada nuevo; la gente vive entre privaciones y miserias, pese a tener tantas oportunidades para hacerlo bien. Los ingleses en Bengala

están observando atentamente esta curiosa situación y esperan beneficiarse, pues su apetito por el lucro es tan voraz como su manía por la conquista.

No albergo ninguna duda de que estas perturbaciones perpetuas, que ocupan a todas las fuerzas armadas de este imperio, son bienvenidas por los ingleses, que las consideran un medio seguro para hacerse con el mismo imperio, pedazo a pedazo. Se me antoja que esta conducta corresponde con exactitud a esta estrategia a largo plazo; atizan con sumo cuidado los fuegos de la discordia civil, que, a continuación, se ofrecen a resolver y, tan pronto como les es posible, apoyan su mediación con una demostración de fuerza militar.

Esta pauta de conducta, de la cual no se han desviado en años, les ha permitido ocupar el control de numerosas regiones situadas más allá de los confines de Bengala, de tal modo que pronto serán los amos del Ganges, desde Allahabad al océano. Practican el juego de avanzar sin que nadie los vea nunca dar un paso adelante […] en suma: practican con asiduidad la vieja máxima política seguida por los romanos, esto es, en palabras de Tácito, mantienen en todas partes a los regentes [hereditarios de la región] con el fin de utilizarlos como instrumentos para reducir al pueblo a la esclavitud.

La Compañía inglesa se ha quedado sola en este vasto escenario, donde se prepara, en secreto y en silencio, para ampliar inmensamente el papel que desempeña en él. Todas sus intrigas, sus planes y sus iniciativas apuntan a este único y ambicioso objetivo. Una por una, todas las potencias de la India están siendo reducidas, ya sea por medio de terror, intrigas, halagos, promesas o amenazas. Cada día que pasa, la Compañía inglesa está un paso más cerca de este objetivo. No me cabe ninguna duda de que, desde hace algunos años, el objeto de todas sus especulaciones y cálculos ha sido la

> invasión del Indostán y la conquista de todo el comercio de las Indias Orientales, una provechosa compensación por todo lo que ha perdido en América. Si se tiene en consideración la potencia de la armada inglesa y la fortaleza de sus posiciones militares en la costa de la India se da uno cuenta de que, dados los medios de que ya dispone, tan solo necesita hacer un pequeño esfuerzo para completar este gran y magnificente proyecto.
>
> Cuando llegue el momento de pasar a la acción, su plan, por más vasto y complejo que sea, estará completado, hasta el más mínimo detalle, con toda la información necesaria preparada. Entonces, sus operaciones serán ejecutadas con tal rapidez y éxito que asombrarán a toda Europa. [76]

En opinión de Modave, la Compañía era inexpugnable. Aunque estaba pasando por alto una cosa. Sí que existía una fuerza que podía detener en seco a la Compañía. La patria de Modave, por aquel entonces presa de una revolución y liderada por un coronel corso de fuerte acento que respondía al nombre de Napoleón Bonaparte, que le había declarado la guerra a Gran Bretaña el 1 de febrero de 1793. Cuatro años más tarde, en diciembre de 1797, Tipu despachó una embajada para solicitar la ayuda de Napoleón contra la Compañía. Lo que el sultán de Mysore ignoraba era que el ejército que necesitaba ya se preparaba en Tolón. En abril de 1798, fecha de llegada de la embajada de Tipu a París, Napoleón estaba esperando la oportunidad de partir de Tolón con sus 194 naves, que transportaban a 19 000 de sus mejores hombres, y cruzar el Mediterráneo con destino a Egipto. Napoleón tenía muy claros sus planes.

Antes de 1788, Napoleón había anotado en los márgenes de un libro acerca de la guerra a la turca las siguientes palabras: «Invadiremos la India a través de Egipto y restableceremos la antigua ruta a través de Suez, lo cual provocará el abandono de la

ruta del cabo de Buena Esperanza». Tampoco preveía toparse con grandes problemas: «La estocada de una espada francesa es todo lo que hace falta para derrumbar todo ese entramado de *grandeur* mercantil». [77] En 1798, Bonaparte remitió una carta a Tipu en la que respondía a sus peticiones de ayuda y trazaba las líneas maestras de su gran estrategia:

> Ya os han informado de mi llegada a las costas del mar Rojo con un ejército innumerable e invencible, que arde en deseos de liberaros y desencadenaros del yugo de hierro de Inglaterra. No quiero dejar pasar esta oportunidad de testimoniaros mi deseo de que me informéis, por vía de Muscat y Mocha, de vuestra situación política. Desearía que me enviéis, a Suez o a El Cairo, a alguna persona inteligente y de vuestra confianza con quien pueda conferenciar. ¡Ojalá el Todopoderoso incremente vuestro poder y destruya vuestros enemigos!
>
> Vuestro, etc., etc.
>
> Bonaparte [78]




# NOTAS

**1** *Cit* . en Nechtman, T. W., 2010, 104.
**2** Burke, E., 1991, vol. VI, 275-276, 457.
**3** *Ibid* ., vol. I, 361, vol. VI, 275-276.
**4** Feiling, K., 1954, 355.
**5** Burke, E., *op. cit* ., vol. I, 361, vol. VI, 285-287.

**6** Saxena, V. K. (ed.), 1987, vol. I, 13-14.
**7** Burke, E., *op. cit* ., vol. V, 401-402.
**8** *Ibid* ., vol. I, 79.
**9** Macaulay, Th. B., 1892, 362.
**10** *Cit* . en Robins, N., 2006, 133.
**11** *Cit* . en Matthew, H. C. G. y Harrison, B. H. (eds.), 2004, vol. XVIII, 81.
**12** Feiling, K., *op. cit* ., 357.
**13** Jennifer Pitts, «Edmund Burke's peculiar Universalism», en Pitts, J., 2005.
**14** *Ibid* ., 285.
**15** *Ibid* ., 339.
**16** El carácter más despótico de la fase final del periodo de Hastings como gobernador general está bien explorado en el fascinante estudio de Otis, A., 2018.
**17** Moon, *sir* P., 1989, 222.
**18** Feiling, K., *op. cit* ., 354.
**19** *Ibid* ., 111.
**20** BL, Add Mss 39903, f. 34r.
**21** Dalrymple, A., 1784, 73.
**22** Kincaid, D., 1938, 22, 95.
**23** Modave, conde de, 1971, 77.
**24** Datta, R., 2012, 361.
**25** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 245.
**26** Marshall, P. J., 2005, 243.
**27** Marshall, P. J., 1987, 114; Datta, R., *op. cit* ., 346.
**28** Bowen, H. V., 1998, 535; Bayly, C. A., 1988, 35; Datta, R., *op. cit* ., 358.
**29** *Cit* . en Bowen, H. V., 2006, 241-242; Furber, H., 2004, 175.
**30** Datta, R., *op. cit* ., 346.
**31** Marshall, P. J., op. cit., 248-251.
**32** Datta, R., *op. cit* ., 363.
**33** *Ibid* ., 362-363; Bayly, C. A., 1988, 85. Véase también Alavi, S., 1995.
**34** Stein, B., 1989, vol. V, 1 n.s., 21.
**35** Shustari, S. A. al-L. S., 1802/1847, 427.
**36** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 247.
**37** *Cit* . en Forrest, D., 1970, 205.
**38** Michaud, J., 1924, 47-48.
**39** Stein, B., 1985 (abril de 1984), vol. XIX, n.º 3, 387-413, 403. Véase también Habib, I. (ed.), 1999, xxxi.
**40** Chetty, A. S., 1999, 101-111.

**41** B. A. Saletore, «Tipu Sultan as a Defender of Hindu Dharma», en Habib, I. (ed.), *op. cit* ., 125.
**42** Íbid., 126.
**43** Habib, I. (ed.), *op. cit* ., xxvii. Véase también Husain, M. (trad.), 1900?
**44** Habib, I. (ed.), *op. cit* ., xxvi.
**45** Jasanoff, M., 2005, 184-185; Habib, I. (ed.), *op. cit* ., xxxiv.
**46** Row, T. V., 1883, 812-813. Véase también Stein, B., 1989, vol. V, 1 n.s.
**47** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 248.
**48** Rennell, J., 1792, 33.
**49** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 251.
**50** *Cit* . en Forrest, D., *op. cit* ., 149.
**51** Cornwallis a Malet, 25 de marzo de 1791, BL IOR, MMC P/252/60, ff. 2005-2006; Cornwallis a Oakeley, 30 de abril de 1791, MMC P/252/61, ff. 2318-2319; carta desde Madrás, 15 de julio de 1791, BL IOR, HM 251, ff. 9-11; Cornwallis a Oakeley, 24 de mayo de 1791, BL IOR, MMC P/252/62, ff. 2827-2829; Cockburn a Jackson, 12 de julio de 1791, BL IOR, MMC P/252/63, ff. 3317, 3321; Torin a Cornwallis, 21 de octubre de 1791, National Archives, PRO 30/11/45, f. 5. *Cit* . en Vartavarian, M., 2014, vol. 57, n.º 4, 486-510, 496.
**52** *Cit* . en Sardesai, G. S., 1946, vol. III, 193.
**53** Military Operations BL, IOR, HM251, ff. 746-747, cit. en Vartavarian, M., *op. cit* ., 497.
**54** BL, OIOC, Eur Mss F228/52 Dec 1791, f. 1.
**55** Lafont, J.-M., 2000, 186.
**56** BL, OIOC, Eur Mss F228/52 Dec 1791, f. 2.
**57** *Ibid* .
**58** Forrest, D., *op. cit* ., 200.
**59** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 192.
**60** Datta, R., *op. cit* ., 342.
**61** Ghosh, D., 2006; Dalrymple, W., 2002.
**62** Saksena, R. B., 1941, 21; Hawes, Ch., 1996, capítulo 4; Dalrymple, W., *op. cit* ., 50-52; Bayly, C. A., 1988, 70.
**63** Bayly, C. A., 2004, 111.
**64** Anderson Correspondence, BL, Add Mss 45, 427, Wm Palmer a David Anderson, 12 de noviembre de 1786, f. 196.
**65** Marshall, P. J., 1987, 122-125.
**66** Bayly, C. A., 2004, 111; Marshall, P. J., 1987, 122-125; Bayly, C. A., 1983, 466-467, 474, 479; Bayly, C. A., 1988, 108, 150.

**67** Chatterjee, K., 1993, 296-297. Este argumento fue presentado por primera vez en la década de 1980 por Bayly, C. A., 1983 y por el ensayo pionero de Leonard, K., 1979, así como en Leonard, K., 1981. Véase también el punto de vista opuesto en Richards, J. F., 1981 vol. XXIII, n.º 2.

**68** Ray, R. K., 1998, 516-517.

**69** Das, H. Ch., 1867-1877, vol. VIII, 229.

**70** A costa, según Washbrook, Bayly y, en fechas más recientes, y de forma diferente, Parthasarathi, de hacer a la economía india relativamente estática e incapaz de responder de forma efectiva a los nuevos desafíos de la industrialización británica. No obstante, esto es objeto de debate: Tirthakar Roy presenta un relato más optimista.

**71** Ray, R. K., 517.

**72** Sarkar, *sir* J., 1991, vol. III, 254.

**73** La Compañía, por descontado, no solo dependía del «dinero local»; también podía extraer recursos de la propia Compañía y del Estado británico. *Vid* . el importante artículo de Ward, J. R., febrero de 1994, 44-65 acerca del rol de los consumidores domésticos en la financiación del mercado del té.

**74** Rizvi, S. A. A., 1982, 44.

**75** Según las bellas palabras de Ferdinand Mount. *Vid* . Mount, F., 2016, 185.

**76** Modave, conde de, *op. cit* ., 549-550.

**77** Napoleón a Tipu, 7 Pluviôse VII [26 de enero de 1799], OIOC, P/354/38. La segunda cita, que también es citada por Roberts, A., 2001, 16-17, data en realidad de 1812, cuando Napoleón flirteaba con la idea de emprender una segunda expedición a oriente. Aunque indica que Bonaparte consideraba que la India habría caído en sus manos muy fácilmente durante su primera expedición. Con respecto a la expedición egipcia de Napoleón, el volumen Jasanoff, M., *op. cit* . es especialmente bueno.

**78** *Cit* . en Malcolm, *sir* J., 1836, vol. I, 310.

* N. del A.: 5250 libras actuales.

* N. del A.: Las sumas actuales equivalentes son: 2 millones de libras = 210 millones de libras; 1,3 millones de libras = 136 millones de libras; 2,4 millones de libras =252 millones de libras.

* N. del A.: Los equivalentes actuales a estas sumas son: 5 millones de libras = 525 millones de libras; 28 millones de rupias = 364 millones de libras.

** N. del A.: 2,5 millones de rupias equivalen a 32,5 millones de libras actuales.

* N. del A.: 3 millones de rupias = 315 millones de rupias; 300 rupias = 3900 libras; 192 rupias = 2494 rupias; 48 rupias = 624 libras; 80 rupias = 1040 libras.

* N. del A.: 195 500 libras actuales.

* N. del A.: 390 millones de libras actuales.

* N. del A.: Las cifras actuales equivalentes son: 25 millones de rupias = 325 millones de libras; 1,2 millones de rupias = 15,6 millones de libras.




# CAPÍTULO 9
## El cadáver de la India

El 17 de mayo de 1798, dos días antes de que la flota de Napoleón zarpase de Tolón y atravesara rauda el Mediterráneo rumbo a Alejandría, un velero solitario, un esbelto Indiaman, se disponía a remontar el río Hugli tras siete meses de navegación oceánica. A bordo viajaba un hombre que cambiaría la historia de la India tanto como Napoleón cambió la de Francia. Aunque su nombre ha quedado hoy prácticamente en el olvido, este hombre conquistó más territorio, y con más rapidez, que el que Napoleón conquistó en Europa.

En diciembre de 1756, cuando Robert Clive remontó ese mismo río y describió en sus cartas el punto en el que las aguas de la bahía de Bengala adoptaban el tono característico del limo del Ganges, los únicos hombres de la Compañía que quedaban en Bengala eran los fugitivos de Calcuta. Estos, maltrechos y castigados por la malaria,

estaban muriendo a docenas en Fulta, en el manglar del Sunderban. La misma Calcuta estaba en ruinas. Pero ahora, 42 años más tarde, Calcuta era una de las mayores ciudades de Asia, la Compañía dominaba por completo el este y el sur de la India y había logrado cercar toda la península. El pasajero que se dedicaba a contemplar la vista desde la camareta del navío era consciente de que el motivo preciso por el que se le había enviado a oriente era consolidar y culminar esta obra de conquista corporativa.

Era su primera impresión de Bengala y lo que vio le animó: «No hay nada que iguale la magnificencia de la ruta de mi llegada –le dijo a su mujer una vez llegó–. Por espacio de casi 3 millas [5 km] el río, que es tan grande como el Támesis en Londres, está bordeado de casas de campo, bellas y de sólida construcción, con pórticos y columnatas. La ciudad es una concentración de soberbios palacios del mismo estilo y cuenta con la mejor fortaleza del mundo. El verde de los parterres supera nada que hayas visto nunca [...] lo cual es un efecto extraordinario en un país tan caluroso. Los árboles son más bellos, su follaje más exuberante, que los de ningún país europeo [...] Arthur vino a nuestro encuentro a unas pocas millas de la ciudad y a la llegada al fuerte fui saludado con una salva de artillería». [1]

El pasajero era el nuevo gobernador general, Richard, marqués de Wellesley; [2] «Arthur» era su hermano pequeño, que también había sido destinado a la India y que, con el tiempo, eclipsó a Richard y recibió el título de duque de Wellington. Entre los dos transformarían tanto la India como Europa.

No había nada de inevitable en todo esto. Los dos hermanos no eran nobles relevantes, ni políticos distinguidos, ni tampoco poseían grandes fortunas. Eran protestantes anglo-irlandeses de la nobleza menor de provincias y sus principales bazas eran su fría autoconfianza, agilidad mental y un descaro extraordinario. Al igual que su predecesor, Clive, ambos eran autócratas agresivos y pragmáticos que consideraban que la mejor forma de defensa es el

ataque. Al igual que el primero, parecían no titubear nunca y se mantuvieron imperturbables ante fuerzas que habrían amedrentado a hombres más nerviosos y con menos temple.

En esta etapa de sus vidas, la estrella de la familia era Richard, no Arthur. Había entrado en la Cámara de los Comunes a la edad de 24 años, donde no tardó en ser nombrado lord del Tesoro y se hizo amigo íntimo del primer ministro, William Pitt. Ahora, con 37 años, había desembarcado en Calcuta para suceder a lord Cornwallis en el cargo de gobernador general de las posesiones de la Compañía en la India. Richard Wellesley era un joven de singular autocontrol. Tenía frente alta, cejas espesas y oscuras y una prominente nariz romana. Sus ojos eran azules, profundos e inquisitivos, y tenía una barbilla firme, cuya prominencia era reforzada por unas patillas de boca de hacha. Su boca pequeña transmitía firmeza de propósitos. En su expresión, su mirada como de búho permitía entrever brillantez, pero también un carácter despiadado. Se adivina en todos sus retratos un rastro de sospecha, tal vez incluso de paranoia, defecto que fue encubriendo cada vez más con una máscara de arrogancia extrema.

En lo que Wellesley se diferenciaba de forma marcada de sus predecesores en el cargo era en su actitud hacia la Compañía a la que se suponía debía servir. Del mismo modo que la Calcuta de aquellos días era completamente diferente a la pequeña y destartalada ciudad que había conocido Clive, la Compañía era ahora una criatura muy diferente a aquella a la que había servido aquel. En la India podía tener un poder inmenso, con un ejército unas veinte veces más grande que el que comandó Clive. Pero en Londres, el Parlamento había limado de forma constante sus poderes e independencia, primero con el Acta Regulatoria de lord North de 1773 y, más tarde, con el Acta India [India Act] de Pitt de 1784. Estas dos leyes habían conseguido arrancar buena parte del control de los asuntos políticos y militares de la India británica a los directores de la Compañía de la sede de Leadenhall Street y se lo

habían trasladado al Comité de Control [Board of Control], el organismo gubernamental establecido en 1784 para controlar a la Compañía, con sede al otro lado de la ciudad, en Whitehall.

Wellesley era, sin duda alguna, un hombre del gobierno y, al contrario que sus predecesores, no se molestó en ocultar su «absoluto desprecio» hacia las opiniones «de la *India House* , ese cubil despreciable». [3] Aunque logró para los directores un vasto imperio, le faltó muy poco para provocar la bancarrota de la Compañía y desde el principio quedó claro que había puesto sus miras en objetivos mucho más ambiciosos que en mantener los márgenes de beneficio de la Compañía a la que se suponía debía servir, pero cuyo espíritu mercantilista aborrecía.

Wellesley, sin que lo supieran los directores de la Compañía, había llegado a oriente con dos objetivos muy claros. Estaba decidido a asegurar el dominio británico en la India y también estaba igualmente determinado a expulsar a los franceses de sus últimos asentamientos en el subcontinente. En este aspecto, obedecía las indicaciones de Henry Dundas, presidente del Comité de Control, el cual transmitió a Wellesley su francofobia en una serie de prolijas reuniones previas a la partida rumbo a la India del nuevo gobernador general.

Dundas, en particular, había ordenado a Wellesley que «limpiase» los últimos núcleos del poder principesco indio «contaminados» por la influencia francesa, esto es, las cortes del sultán Tipu de Mysore, el nizam Ali Khan de Haiderabad y el grupo de caudillos rivales que gobernaban la gran Confederación maratha, todos los cuales habían reclutado ejércitos de cipayos entrenados por mercenarios y renegados franceses que, en algún momento, podían emplearse contra los británicos y a favor de los franceses. Dada la situación de crisis nacional en que se hallaba el Gobierno británico, no estaban dispuestos a tolerar tal cosa. Gran Bretaña estaba en guerra no solo con Francia, sino también con Holanda y España. Su último aliado –Austria– acababa de dejar el combate, había estallado un motín en

la flota del canal de la Mancha y Napoleón planeaba la invasión de Irlanda, que también estaba al borde de la rebelión, y de la costa meridional de Inglaterra. [4]

Las ideas de Wellesley acerca de la amenaza francesa contra la Compañía en la India cobraron forma definida cuando, a mitad de camino de su viaje de ida, su buque hizo escala en el cabo de Buena Esperanza para reaprovisionarse. Allí, Wellesley conoció a finales de enero de 1798 a un alto diplomático de la Compañía que estaba tomando las aguas para tratar su gota y restablecer su maltrecha salud. El nivel de francofobia del comandante William Kirkpatrick era comparable al de Wellesley. Pero, al contrario que este último, conocía muy bien la India, pues había pasado allí toda su vida adulta y había sido residente de la Compañía tanto en Delhi como en Haiderabad. En la India, Kirkpatrick había establecido contacto directo con los mercenarios galos que Wellesley estaba decidido a derrotar y expulsar.

Wellesley pidió al comandante Kirkpatrick que le respondiera por escrito a un formulario con una serie de preguntas acerca de las tropas francesas al servicio del nizam de Haiderabad, en particular acerca de un batallón «comandado por un francés que respondía al nombre de Raymond –y cuyos oficiales– eran franceses afectos a los principios más virulentos y notorios del jacobinismo […] un grupo de franceses armados de gran fanatismo, diligencia y actividad […] la base de una facción francesa permanente en la India». [5] Las respuestas que recibió Wellesley le impresionaron hasta tal punto que, aparte de limitarse a remitirlas, sin editar, a Dundas, también imploró a Kirkpatrick para que abandonase sus planes de regreso a Inglaterra y fuera con él a Calcuta en calidad de secretario militar.

Durante los días que Wellesley pasó en el cabo, ambos permanecieron enclaustrados: Kirkpatrick se dedicó a informar a su nuevo jefe de sus opiniones acerca de la amenaza francesa y de qué medidas debía tomar el nuevo gobernador general para contenerla. Kirkpatrick le dio información de los batallones de cipayos, bien

equipados y bajo mando francés, que el brillante general Benoît de Boigne había entrenado para Scindia. El saboyano De Boigne se había retirado a Europa y había cedido sus batallones a un comandante mucho menos formidable llamado Pierre Perron. Pero Kirkpatrick había sido testigo de la pericia del contingente que había creado, en particular de la eficiencia despiadada de sus formaciones de artillería. Tres años antes, en marzo de 1795, el comandante inglés había estado presente en la batalla de Khardla, donde fue testigo de la desintegración de la hueste del nizam de Haiderabad bajo su fuego. Kirckpatrick no se hacía ilusiones con respecto al nuevo ejército de Scindia: este era formidable y casi imposible de distinguir del de la Compañía en uniforme, instrucción, armamento e incluso en los orígenes étnicos y de casta de sus cipayos.

Wellesley se sintió particularmente alarmado por el grado de control que había logrado ejercer una banda de 500 revolucionarios franceses formada por mercenarios, consejeros, técnicos y oficiales, sobre el ejército del sultán Tipu, el enemigo más implacable e incansable de la Compañía. Kirkpatrick le informó de que en mayo de 1797 las tropas francesas de Tipu habían llegado al extremo de establecer un club jacobino en Srirangapatna: «Se izó la bandera nacional [la tricolor] entre el retronar de la artillería y la mosquetería del campo» mientras se quemaban los símbolos de la monarquía borbónica prerrevolucionaria. Se entonaron himnos republicanos durante la plantación del «árbol de la Libertad» –una especie de *maypole* jacobino– y, mientras se coronaba el árbol con «el gorro de la Igualdad», la asamblea «juró odio a todos los reyes, con excepción del sultán Tipu, el victorioso, el aliado de la República de Francia, para hacer la guerra a los tiranos y profesar amor a la madre patria, así como a la tierra del Ciudadano príncipe Tipu». Por último, hacían un juramento solemne de apoyar la constitución republicana, «¡o morir con las armas en la mano […] vivir libres o morir!». [6]

Al final de la ceremonia, el cuerpo francés desfiló por el patio de armas de Srirangapatna, donde les esperaba el príncipe ciudadano. A su llegada, Tipu ordenó un saludo con 2300 cañones, 500 cohetes y toda la mosquetería que sus efectivos podían desplegar. «Contemplad –anunció el ciudadano Tipu– mi saludo al estandarte de vuestro país, que me es muy querido y del que soy su aliado. En mi país siempre lo llevaré bien en alto, como lo está en nuestra república hermana! ¡Id y concluid vuestro festival!». [7]

El mayor temor de Wellesley era que las diversas unidades de mercenarios franceses se unieran para hacer frente a la Compañía en caso de que volviera a estallar una guerra contra Tipu. Wellesley notificó a Londres que

> […] ante el presente estado de debilidad del gobierno del nizam de Haiderabad, el cuerpo francés a su servicio podría unirse al sultán Tipu y, en un golpe repentino, intentar hacerse con los territorios del nizam y situarlos bajo el dominio de Francia en alianza con el sultán Tipu. El interés e inclinación de Scindia, que también mantiene a su servicio un gran ejército mandado por un oficial francés, le conducirían a un compromiso con el sultán Tipu y los franceses. Así pues, es factible la unión de los oficiales franceses y de los cuerpos que están al servicio respectivo del nizam, de Scindia y Tipu y asentar el poder de Francia sobre las ruinas de los estados de Pune y el Decán. [8]

Tan pronto como llegó a Calcuta, Wellesley comenzó a trazar planes para enviar tropas al sur y encarar esta amenaza. El 8 de junio leyó algo que aceleró sobremanera sus planes: las declaraciones en un diario de Calcuta de M. Malartic, gobernador general francés de la isla Mauricio, en las que hacía pública la intención de Tipu de concluir una alianza ofensiva y defensiva con los franceses, así como que «tan solo espera al momento en que los

franceses lleguen en su ayuda para declarar la guerra a los ingleses, pues arde en deseos de expulsarles de la India». [9]

El destino de Tipu quedó sellado desde ese mismo momento. La prioridad de Wellesley pasó a ser erradicar todo rastro de influencia francesa antes de que pudiera llegar ninguna expedición militar gala. En junio escribió al general Harris, comandante en jefe de Madrás y veterano de las campañas de Cornwallis contra Tipu, para anunciarle su decisión de «convocar sin demora a nuestros aliados y reunir un ejército en la costa con la mayor premura posible –con vistas a– lanzar un golpe súbito contra Tipu antes de que este pueda recibir ayuda extranjera». [10]

A comienzos de agosto, Wellesley había completado su plan de campaña, que fue enviado a Dundas. Este recogía «las medidas […] más aconsejables con el fin de frustrar las operaciones conjuntas del sultán Tipu y de Francia». [11] En lo que concernía a Wellesley, Tipu había demostrado su condición de enemigo y de depredador y debía, por tanto, ser aplastado de inmediato: «Las pruebas de su hostilidad premeditada son completas –escribió–. Al tiempo que profesa una predisposición amistosa, sujeta a los tratados de paz y amistad existentes, el sultán Tipu, sin que exista provocación por nuestra parte, ha manifestado su pretensión de obrar nuestra total destrucción». [12]

No obstante, Wellesley decidió liquidar primero a la fuerza de revolucionarios franceses de Haiderabad, al mando de Raymond.



Aunque es cierto que muchos de los escritos de Wellesley de la época tienen cierto aire de paranoia francófoba, lo cierto es que el nuevo gobernador estaba en lo cierto al considerar a Raymond una

amenaza potencial contra la Compañía. Ciertos documentos recién descubiertos demostraban que Raymond se carteaba con los oficiales galos del cuerpo de De Boigne al servicio de Scindia y con los que trabajaban para Tipu en Srirangapatna, donde el propio Raymond había trabajado antes de entrar al servicio del nizam.

Las ambiciones de Raymond fueron reveladas por una serie de cartas de apasionado patriotismo que remitió a principios de la década de 1790 al cuartel general francés de Pondicherry. En sus misivas, Raymond proclamaba su lealtad a Francia y a su revolución: «Estoy dispuesto a sacrificarlo todo –escribió al gobernador de Pondicherry– y me sentiré muy afortunado si en algún momento las circunstancias me permiten demostrar el amor y la lealtad que profeso a mi país». Con el gobernador de Mauricio fue aún más explícito: «Siempre consideraré mi primer deber seguir [las órdenes] que considere darme […] si alguna vez puedo ser útil a Francia, estoy dispuesto a verter mi sangre por ella una vez más. Es mi mayor empeño cumplir este deber y ganarme vuestra opinión favorable». [13]

James Achilles Kirkpatrick, el nuevo residente británico de Haiderabad y la persona en la que recayó la misión de expulsar al cuerpo francés, era el hermano menor del nuevo secretario militar de Wellesley. Su misión estaba lejos de ser fácil. Los ingresos personales de Raymond eran enormes: sus fincas, por sí solas, rentaban 500 000 rupias anuales. [*] Además, en los primeros meses de 1798, Raymond había vuelto a convencer al nizam para que incrementase sus efectivos, hasta superar los 14 000 hombres. Estos contaban con su propia fundición de cañones y un tren completo de artillería, tirado por 5000 bueyes de su propiedad. El cuerpo, además de su excelente artillería, también manufacturaba sus propias espadas, mosquetes y pistolas e incluso disponía de un pequeño destacamento de caballería de unos 600 sables. Para empeorar aún más las cosas, Raymond era muy popular en la corte de Haiderabad.

El heredero, Sikander Jah, sentía tal predilección por el francés que llegó incluso a jurar «por la cabeza de Raymond». [14]

Pero, en la mañana del 25 de marzo de 1798, Raymond fue encontrado muerto. Tan solo tenía 43 años de edad. Corrió el rumor de que la causa podría haber sido el veneno, es posible que administrado por la facción del Durbar favorable a la Compañía. Fuera cual fuese la verdad, lo cierto es que la repentina muerte de Raymond le dio una oportunidad a Kirkpatrick. También ayudó el que uno de los ministros del nizam, Mir Alam, hubiera visitado recientemente Calcuta, donde quedó asombrado del tamaño y magnitud de los acantonamientos y fábricas de armas de la Compañía, y también que otros muchos altos responsables del Durbar de Haiderabad estuvieran convencidos de que la Compañía era la potencia emergente de la India. Estos insistían en que una alianza con la Compañía era esencial para la seguridad de Haiderabad, pues estaba rodeada por dos vecinos mucho más poderosos, Mysore al sur y los marathas al oeste, en Pune.

Seis meses más tarde, tras semanas de duras negociaciones, se firmó un tratado secreto de alianza militar entre Haiderabad y la Compañía. Se establecerían en Haiderabad 6000 efectivos de la Compañía para la protección del nizam. A cambio, el nizam pagaría a la Compañía un subsidio anual de 41 710 libras [*] y licenciaría al cuerpo francés. Aunque el tratado no especificaba ni cómo ni cuándo se debía llevar a cabo todo esto.

Tras la firma del acuerdo transcurrió un mes de calma tensa durante el cual el nuevo destacamento de la Compañía, compuesto por cuatro batallones y un tren de artillería, recorrió lentamente las 150 millas de distancia [240 km] entre Haiderabad y las inmediaciones de Guntur, en la costa. Guntur era la localidad controlada por la Compañía más cercana. Dos meses antes, Wellesley había ordenado concentrar allí a las unidades de la Compañía para preparar la marcha a Haiderabad. [15]

Durante las horas previas al amanecer del 22 de octubre, las tropas de la CIO cercaron en silencio los acantonamientos franceses y emplazaron sus piezas en un cerro que dominaba las líneas francesas, no muy lejos de donde se erigían un templo griego clásico y un obelisco en homenaje a Raymond. Los hombres de la Compañía lograron una completa sorpresa. Cuando despuntó el día, las fuerzas francesas se despertaron y vieron que estaban rodeadas. A las 9 en punto, Kirkpatrick ofreció a todo aquel que se rindiera el pago de todos los salarios adeudados. Tenían «un cuarto de hora para formar pabellones con sus armas y marchar hacia la bandera de protección que estaba plantada a una media milla [800 metros] a la derecha del campo. Si no lo hacían, serían atacados de inmediato». [16]

El cuerpo francés permaneció indeciso durante unos treinta minutos. Dos mil jinetes de la Compañía se concentraron en el flanco derecho del campamento francés y otros 500 esperaban a la derecha; en el centro había 4000 infantes de la Compañía. Reinaba un completo silencio. Entonces, poco después de las 9.30, para alivio de Kirkpatrick, los cipayos comunicaron que aceptaban los términos de la capitulación.

La caballería de la Compañía se adelantó y rápidamente tomó posesión del polvorín, almacenes, molinos de pólvora, fundiciones y cañones mientras los cipayos franceses huían hacia la bandera bajo la que debían rendirse. «Era, a un tiempo, una visión gloriosa y lastimera», pensó Kirkpatrick. [17] En cuestión de pocas horas, el cuerpo francés más grande en la India, de 14 000 hombres, había sido desarmado por un contingente tres veces inferior en número. No se había disparado un solo tiro ni se había perdido una sola vida.

Kirkpatrick pasó toda la tarde viendo cómo los soldados deponían las armas desde el tejado de la residencia británica. Aquella noche, con una mezcla de agotamiento y euforia, escribió a su hermano William que «la supresión de miles de soldados de Raymond, cosa que vi perfectamente esta noche desde el tejado de mi casa con el

catalejo, tan claramente como si hubiera estado allí, es la imagen más bella que haya visto en mi vida».

Dos horas más tarde, James envió una posdata a su hermano con noticias aún mejores: ¿acaso William no sabía la noticia, llegada en un correo urgente de Bombay, «de la gloriosa acción naval del almirante Nelson»? El 1 de agosto, Nelson había hundido en la batalla del Nilo a casi toda la flota francesa en la bahía de Abukir, con lo que desbarató las esperanzas de Napoleón de emplear Egipto como base desde la que atacar la India. Desde el mismo momento de la llegada de la expedición de Napoleón a Egipto, parecía muy posible que la India fuera la siguiente y que incluso pudiera llegar a ser una colonia francesa. Pero ahora ese peligro había quedado muy reducido. [18]

La operación se había ejecutado con gran pericia y Wellesley estaba muy satisfecho. Ese mismo mes, escribió a Dundas: «Espero que disfrute de la sutil conquista de un ejército de 14 000 hombres al mando de oficiales franceses al servicio del nizam […] mis despachos no comentan un hecho curioso, y es que el estandarte del citado ejército era la bandera tricolor; la primera de esas características izada en el continente de la India. Este estandarte ha caído en mis manos y lo enviaré a Gran Bretaña, pues es el mejor comentario que cabe hacer en defensa de nuestras operaciones para aplastar la influencia francesa en la India». [19]

Una vez asegurado el control de Haiderabad, Wellesley podía ahora marchar contra su principal adversario: el sultán Tipu.




El 4 de noviembre de 1798 Wellesley escribió una sarcástica misiva a Tipu en la que le informaba de la catastrófica derrota de sus aliados

franceses en la batalla del Nilo: «En la confianza en la unión y afecto que existe entre nosotros, he considerado que esta información le causará sincera satisfacción, con lo que no podía privarme del placer de comunicársela». [20] Tipu replicó con igual ironía, en una carta de apariencia amigable pero con la misma malicia. En esta, Tipu comentaba a lord Wellesley que «resido en mi casa, pero a veces salgo a que me dé el aire y, en ocasiones, me divierto cazando en un punto que sirve de lugar de recreo». [21]

Cuando Wellesley volvió a escribir, la alianza de la Compañía con Haiderabad ya estaba consolidada y el cuerpo francés había sido desmantelado, con lo que el gobernador general se sentía mucho más confiado en la fortaleza de su posición. Esta vez, su tono fue muy diferente: «Es imposible que considere que ignoro los contactos existentes entre usted y los franceses, que, como usted sabe, son enemigos inveterados de la Compañía –escribió–. Y tampoco se me antoja necesario o apropiado que le siga ocultando la sorpresa y preocupación que me inspira su predisposición a implicarse, con todas las ruinosas consecuencias que tal cosa conlleva, en una asociación que amenaza con minar los cimientos de la amistad entre usted y la Compañía, introducir en su reino los principios de la anarquía y de la confusión y […] destruir la religión que usted profesa». [22] Pero Tipu no se dejó engañar: «Dada mi frecuente predisposición a hacer excursiones y monterías –replicó–, partiré a una nueva expedición de caza […] continúe gratificándome con sus cartas amistosas en las que me informa de su bienestar». [23]

En aquel momento, Wellesley se hallaba ocupado dando los toques finales a sus planes de invasión. Ya disponía de los fondos para librar la guerra, pues, tras ganarse el apoyo de los banqueros marwaris de Bengala, Wellesley remitió a Bombay y a Madrás la enorme suma de 10 millones de rupias [*] que había reunido en el mercado de caudales de Calcuta. [24] Una oportuna inyección de tesoro procedente de Europa aportó más dinero. [25]

Wellesley escribió al residente en Pune, William Palmer, que debía lograr a toda costa que los marathas rompieran relaciones con Mysore y se unieran a la guerra contra Tipu en cumplimiento de la Triple Alianza firmada por Cornwallis. A regañadientes, el *peshwa* prometió a Palmer que los marathas enviarían 25 000 soldados a la Compañía. No obstante, Pune puso todas la excusas posibles y los efectivos no llegaron a tiempo de entrar en acción. [26] También se remitió un mensaje al nizam para que movilizase a sus hombres en apoyo de sus nuevos aliados británicos de acuerdo con el tratado firmado cinco meses antes por Kirkpatrick y el nizam.

Wellesley subió el tono de su propaganda contra Tipu, en un proceso de denigración similar a enfrentamientos más recientes entre los occidentales y líderes musulmanes contestatarios. Su propaganda le retrataba como «un enemigo cruel e implacable», «una bestia de la jungla», «fanático intolerante» con un «odio arraigado hacia los europeos» que siempre tenía «en su lengua proyectos de yihad». Este tirano era también «un gobernante opresivo e injusto [...] [un] tirano sanguinario, un negociador pérfido» y, por encima de todo, «un fanático furioso». [27]

Al mismo tiempo, también se dirigió al consejo de directores para garantizar que no estaba emprendiendo vanas aventuras a sus expensas. «Aunque he considerado que era mi deber movilizar sus ejércitos en todas las regiones de la India –les escribió–, todas mis ideas y expectativas apuntan a la preservación de la paz, que en la crisis presente solo puede garantizarse por preparativos bélicos». [28]

Esta carta era tan poco sincera como todas las que había remitido a Tipu, dado que Wellesley, en realidad, no tenía la menor intención de mantener la paz. Todo lo contrario: le entusiasmaba la idea de emplear el contingente privado de los directores para librar una guerra del todo evitable contra las fuerzas de la India bajo mando francés.



El 25 de diciembre de 1798, día de Navidad, lord Wellesley embarcó en Calcuta rumbo a Madrás para poder controlar mejor las operaciones desde su base meridional. Llegó el último día del año. A su llegada, le recibió el nuevo gobernador de Madrás. Se trataba de Edward, lord Clive. Este personaje, de escasa agudeza, era hijo de Robert Clive, cuya victoria en Plassey, 35 años atrás, había dado inicio a la transformación de la Compañía de las Indias Orientales, que pasó de ser una corporación mercantil a una potencia imperial de propiedad privada con un ejército permanente y posesiones territoriales mucho más extensas que las de su país de origen. Tras su primera reunión, Wellesley escribió que el joven Clive era un «hombre digno, cumplidor, obediente y caballeroso, de excelente temperamento. Pero que carecía del talento, conocimiento, capacidad de trabajo y firmeza necesarios para la situación presente. ¿Cómo diablos ha llegado hasta aquí?». [29] A partir de ese momento, Wellesley poco menos que ignoró a su anfitrión y se ocupó de gestionar los detalles de su ofensiva contra Tipu sin implicar de ningún modo a Edward Clive.

En ese momento, el tren de sitio del general Harris, que incluía arietes y equipo de minado, ya había llegado a Vellore, el último fuerte bajo control británico antes de la frontera de Mysore. Las fuerzas británicas allí destacadas, 20 000 cipayos de la Compañía de las Indias Orientales, 1400 granaderos británicos de élite mandados por Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, y un batallón de *Highlanders* escoceses con sus *kilts* se dedicaron a ejercicios de instrucción mientras Harris esperaba la orden de avanzar. [30]

Tipu contaba con una red de espías de extraordinaria eficiencia y sabía con exactitud lo que ocurría más allá de sus fronteras: «Ha

llegado recientemente a mis oídos –escribió– que, según conversaciones de personas interesadas, se están llevando a cabo preparativos militares». [31] Mientras lord Wellesley ultimaba sus planes bélicos, Tipu trató, con igual energía, de obtener apoyo de los últimos ejércitos nativos que podían enfrentarse a la Compañía y les advirtió de que, con independencia de las diferencias que hubieran podido tener en el pasado, esta era su oportunidad de unirse y derrotar a los británicos.

El 8 de enero, James Kirkpatrick reportó desde Haiderabad que Tipu había escrito al nizam para implorar su perdón si había infringido algún tratado y le pedía su alianza, con el argumento de que los ingleses «pretendían extirpar a todos los musulmanes y colocar en su lugar a portadores de sombreros». [32] Dos días más tarde, el 10, llegaron a Wellesley unos despachos de Pune que informaban de que una delegación de embajadores de Tipu se había presentado en la corte maratha en busca de apoyo militar. [33]

Los espías de Wellesley le informaron de que el sultán Tipu había llegado incluso a escribir a Zaman Shah, nieto de Ahmed Shah Durrani y regente de Afganistán. «El deber de los jefes de los fieles es unirse para extirpar a los infieles –les escribió Tipu y le propuso que– tras deponer al rey patético [Shah Alam], que había reducido la fe a tal estado de debilidad», debían repartirse la India entre ellos. [34] Pero era demasiado tarde.

Wellesley ya estaba preparado, con lo que Tipu no tendría tiempo de forjar las alianzas que necesitaba para protegerse. [35] En su lecho de muerte, su padre, Haidar Ali, le había advertido de que siempre se enfrentase a la Compañía en alianza con otros regentes indios; solo de ese modo podría estar seguro de la victoria. Ambicioso y confiado, Tipu había ignorado ese consejo. Y ahora, cuando más necesitaba de su apoyo, combatiría solo.

Tipu debía de ser consciente de sus escasas posibilidades de éxito: en su libro de sueños anotó uno que relataba la llegada en el último minuto de una fuerza de rescate «de 10 000 francos

[franceses]». El 20 de diciembre, al sultán le despertó una pesadilla: un gran ejército de regimientos de ingleses cristianos con cabezas de cerdos marchaba sobre su capital. [36] Pero no tenía intención de echarse atrás. Cuando supo que Wellesley había iniciado la invasión de su reino, se dice que comentó: «Prefiero vivir un día como un león que toda una vida como una oveja […] es mejor morir como un soldado que ser un miserable servidor de los infieles, uno más de su lista de rajás y nababs a sueldo». [37]




El 3 de febrero de 1799, el general Harris recibió la orden de movilizar sus efectivos y, «con la menor demora posible […] entrar en el territorio de Mysore y poner sitio a Seringapatam». Como era característico en él, el gobernador general envió instrucciones detalladas de cómo debía proceder y le ordenó que, fueran cuales fuesen las circunstancias, no se debía abrir negociaciones hasta que el ejército estuviera ante las murallas de Srirangapatna. [38]

El día 19 se unieron a las fuerzas del general Harris los cuatro batallones de la Compañía de Haiderabad mandados por el coronel James Dalrymple además de cuatro batallones de cipayos y más de 10 000 jinetes haiderabadíes. El 5 de marzo, los dos ejércitos, seguidos de unas 30 000 ovejas, enormes reservas de grano y 100 000 carros de bueyes, cruzaron la frontera de Mysore. [39] Les seguían no menos de 100 000 vivanderos que superaban a los combatientes a razón de cuatro a uno. Wellesley consideraba que su contingente era «el mejor que jamás haya hecho campaña en la India». Pero también era enorme y poco manejable y avanzó hacia Srirangapatna a un ritmo agónicamente lento, 5 millas diarias [8 km] al tiempo que iba despojando el territorio a su paso «de todo artículo de

subsistencia que el país pueda dar», como si se tratase de una vasta nube de langostas. [40]

Tras haber tenido que ceder la mitad de su reino en 1792, los recursos de Tipu eran ahora mucho más limitados que durante la campaña de Cornwallis, por lo que era consciente de que su mejor posibilidad de éxito era concentrar todas sus tropas en su isla-capital fortificada. Tan solo lanzó dos breves salidas, una contra una reducida fuerza británica que, procedente de Bombay, atravesó las montañas desde Coorg y una segunda incursión contra el contingente principal de Harris en Bangalore, donde Tipu encabezó en persona una vigorosa carga de caballería. Después de esto, Tipu se retiró tras la gran muralla de Srirangapatna para reforzar sus defensas y prepararse para el sitio.

Tipu solo contaba con 37 000 efectivos, por lo que estaba en ligera inferioridad numérica con respecto a los aliados. Aun así, seguía siendo un adversario formidable. Nadie olvidaba que, en las tres guerras precedentes, las fuerzas de Tipu habían derrotado en varias ocasiones a la Compañía. De hecho, dos de los comandantes más destacados de la Compañía en esta campaña, *sir* David Baird y su primo James Dalrymple, habían sido prisioneros de Tipu. Tras la desastrosa derrota de Pollilur, en 1780, fueron capturados y pasaron 44 largos meses de cautiverio en «el mayor desastre jamás acontecido a las armas británicas en la India». [41]

El 14 de marzo las fuerzas de Harris habían superado Bangalore y ocupado varios fuertes clave en las alturas circundantes. Tres semanas más tarde, el 5 de abril, el ejército llegó al fin a la vista de Srirangapatna. Al día siguiente, Arthur Wellesley encabezó un ataque fallido contra sus defensas externas; trece cipayos de la Compañía fueron capturados por las fuerzas de Tipu y torturados hasta la muerte. El día 7 dio comienzo el asedio. [42]

Con su característico ingenio y tenacidad, Tipu resistió por todos los medios. Como escribió un soldado británico, [Tipu] «combatía cañón a cañón […] y lanzaba [escaramuzas nocturnas] a la

desesperada […] la escena pronto se hizo tremendamente grandiosa. Granadas y cohetes de un peso fuera de lo común llovían sobre nosotros desde el lado SO, mientras desde la cara norte del fuerte las piezas de 14 libras destrozaban las trincheras con metralla, mientras que el resplandor de nuestras baterías, que a menudo se incendiaban […], era la señal para que los tigres [las unidades de élite de Tipu, vestidas con uniformes con rayas de tigre] se adelantasen y disparasen mortificantes descargas de mosquetería». En conjunto, fueron capturados unos 120 franceses, entre los que se incluían 20 oficiales. [43]

El pequeño cuerpo francés, de unos 450 efectivos, todos ellos con cucardas republicanas y coronas de laurel, también «se comportó con gran ánimo». El 22 de abril hizo una salida contra las posiciones británicas de la orilla norte de la isla. «Algunos de ellos cayeron ante nuestras bayonetas en el interior del atrincheramiento y otros fueron muertos cerca del lugar». [44]

Tipu se defendió con bravura y pericia. Por algún tiempo pareció que las tropas de la Compañía no lograban avanzar. «Durante la noche, el enemigo continuó reparando sus parapetos desmoronados –escribió un oficial– y por la mañana nos sorprendió haciendo aparecer varias piezas en una nueva obra que circundaba el jinete del N.O [...] comenzó a cundir cierta desesperación. Concluimos que, de no cambiar pronto la situación, este lugar verdaderamente formidable, y defendido de manera tan valiente, no cambiaría de dueño sin un gran derramamiento de sangre». [45]

Pero el ejército de Wellesley disponía de cantidades sin precedentes de artillería pesada y emplazó 40 piezas de 18 libras para abrir brecha en las murallas y 7 obuses de 8 y 5,5 pulgadas para hacer llover fuego en el interior de las murallas. Además, también contaba con 57 cañones de 6 libras para dar apoyo directo al ejército sitiador contra la infantería de Tipu. [46] Hacia finales de abril, la mayoría de las piezas de Tipu en el extremo norte y oeste de la isla habían sido desmontadas. El 3 de mayo, la artillería del

contingente de Haiderabad se sintió lo bastante segura para adelantase a menos de 350 yardas [320 metros] del extremo más vulnerable de las murallas, hasta lograr abrir esa misma tarde una brecha sustancial. Harris dispuso el asalto para el día siguiente. [47]

Esa mañana, tras inspeccionar la brecha y darse un baño, Tipu consultó a sus astrólogos brahmanes. Estos advirtieron al sultán de presagios particularmente funestos. Tipu les dio «tres elefantes, dos búfalos, un buey y una cabra», además de un caldero de hierro lleno de aceite utilizado para la adivinación, y les pidió «que orasen por la prosperidad del imperio». Tipu sospechaba que su destino ya estaba sellado. [48]

A la 1 del mediodía, en el momento de mayor calor del día, la mayoría de cipayos de Tipu se retiró a descansar para la tarde. En las trincheras de la Compañía, David Baird se puso en pie y dio a sus hombres «un trago de aguardiente y una galleta. Blandiendo su espada, les dijo: "¿Estáis preparados?". "Sí", replicaron. "Entonces, ¡adelante, muchachos!"». [49] Baird saltó de la trinchera y dirigió una partida de asalto de 4000 hombres que atravesó el río Kaveri y los bajíos en dirección a la brecha. Sus dos columnas superaron el glacis y se adentraron en la ciudad, divididas a izquierda y derecha por los baluartes entre feroces combates cuerpo a cuerpo.

Tras ser informado de que el asalto había comenzado, Tipu interrumpió su almuerzo en palacio y cabalgó directo a la brecha, acompañado de su escolta formada por soldados del batallón del León de Dios, una unidad de élite. Cuando llegaron, los efectivos de la Compañía se habían adentrado en las murallas. Ya no podía hacer otra cosa que subir a los baluartes y vender cara su vida. En inferioridad numérica, combatieron con bravura contra el arrollador torrente de cipayos; Tipu encajó dos heridas de bayoneta y una bala de mosquete perdida en el hombro izquierdo. Sus servidores le pidieron que se rindiera, pero Tipu replicó: «¿Estáis locos? ¡Guardad silencio!».

Fue allí, entre la puerta de agua y los baluartes del interior del fuerte donde Tipu libró «su último y valeroso combate», cuya gallardía reconocieron hasta sus adversarios británicos más acérrimos. [50] Un destacamento de casacas rojas se abrió camino entre las puertas. Un granadero vio una hebilla de oro relucir en la cintura de un herido; trató de arrancarla, pero recibió un tajo mortal de la espada del sultán. Segundos después, uno de sus compañeros disparó a Tipu a bocajarro en la sien. Después de cuatro guerras contra la Compañía en un periodo de 32 años, el Tigre de Mysore había caído al fin, espada en mano, sobre un montón de cadáveres y moribundos. [51]

En cuestión de horas, la Compañía se hizo con el control de la ciudad. Esa noche, tras el ocaso, uno de los cortesanos de Tipu, Raja Khan, llevó a Baird a ver el cuerpo de su soberano. «La escena era conmovedora –escribió un testigo–. El número de cuerpos era tan grande, y el lugar tan oscuro, que era imposible distinguir a los presentes». Tuvieron que retirar los cadáveres uno a uno y examinar sus rostros a la luz trémula de una lámpara. Baird encontró al fin a Tipu; el destino había querido que su cuerpo fuera hallado a tan solo 300 yardas [275 metros] de la puerta de la prisión en la que Baird había sufrido su cautiverio. [52]

El cuerpo del sultán se hallaba en el fondo de un montón de muertos y heridos, despojado de todas sus joyas. Sus ojos estaban abiertos y su cuerpo tan caliente que, por breves momentos, a la luz de la lámpara, Baird se preguntó si podría seguir con vida. Pero, tras tomarle el pulso, le dio por muerto: «Su gesto no estaba en absoluto convulsionado, sino que tenía una expresión de severa compostura –escribió Baird–. [53] Su vestido se componía de chaquetas de fino lino blanco», recordó un segundo testigo de los hechos. Por debajo de estas, vestía «calzón suelto de seda floreada, con una faja carmesí de seda y algodón en la cintura y una bella bolsa colgada al hombro con una correa de seda roja y verde; su cabeza estaba descubierta, pues había perdido el turbante en la confusión de la caída; tenía un

amuleto en el brazo, pero ningún tipo de ornamento». * El cadáver fue colocado en un palanquín y llevado a palacio, donde la familia de Tipu, ahora cautiva, confirmó su identidad. [54]

Las bajas de Mysore habían sido inmensamente superiores a las de los aliados. Habían muerto unos 10 000 soldados de Tipu, mientras que los aliados habían perdido unos 350 cipayos de la Compañía y de Haiderabad: «Es apenas posible –escribió un cronista británico– describir en términos precisos los ejemplos de horror y el espectáculo atroz que presentaban a los sentidos los cuerpos de los muertos, en todas las posturas y en todas las direcciones, yaciendo en los miradores y por toda la calle principal». [55] Aunque los horrores solo acababan de comenzar.

Aquella noche, la ciudad de Srirangapatna, morada de 100 000 personas, fue entregada a una orgía desenfrenada de violaciones, saqueó y asesinato. Arthur Wellesley dijo a su madre que: «Apenas han quedado en la ciudad casas sin saquear y tengo entendido que en los bazares del campamento nuestros soldados, cipayos y vivanderos están poniendo a la venta joyas del mayor valor, lingotes de oro, etc. Llegué la mañana del 5 a asumir el mando y, con gran esfuerzo, ahorcando, azotando, etc., etc., logré poner orden en el transcurso de ese día […]». [56]

Esa tarde, a las 16.30, la procesión funeraria del sultán avanzó, lentamente y en silencio, entre muchedumbres de supervivientes dolientes. Las gentes abarrotaban las calles y «muchos se prosternaban ante el cuerpo y expresaban su pena con sonoros lamentos». [57] El cortejo llegó ante la cúpula en forma de cebolla del sepulcro de Haidar Ali, situado en el jardín de Lal Bagh.

Allí descansaron los restos de Tipu al lado de los de su padre, «consagrado como *shahid* , o mártir de la fe por sus seguidores mahometanos […] con las honras militares debidas a su elevado rango». [58] Los británicos, que durante toda la campaña habían sido bombardeados por propaganda que calificaba a Tipu de tirano brutal, quedaron sorprendidos al ver lo mucho que era amado por su

pueblo, tanto por hindúes como por mahometanos. También quedaron igualmente sorprendidos al ver lo próspero que era su reino, «bien cultivado, populoso y de habitantes trabajadores, con ciudades de reciente creación y un comercio en expansión», así como lo muy popular que era entre sus servidores: «Numerosos miembros hindúes de su servicio personal que cayeron en nuestras manos reconocían que era un amo indulgente y benévolo». [59]

Mientras tanto, el Comité de Botín [Prize Committee], cuya misión era la distribución del mismo, comenzó a reunir lo que quedaba de las posesiones de Tipu y el contenido de su tesorería. Lo que encontraron les dejó asombrados: «La riqueza del palacio era tal que, incluso para ojos como los nuestros, acostumbrados a la visión de grandes tesoros […] en especie, joyas, monedas de oro y balas de telas costosas, todo superaba nuestras estimaciones». [60]

Se acumularon en total alrededor de 2 millones de libras [*] de láminas de oro, joyería, palanquines, armas y corazas, sedas y chales: «Todo cuanto el poder puede requisar, o el dinero adquirir». [61] Entre todos los objetos, el de mayor magnificencia era el trono de oro de Tipu, ornado de pedrería y fastigios con forma de cabeza de tigre cubiertos de joyas. «Soberbiamente decorados, [tenía la forma] de un *houdah* apoyado en el lomo de un tigre. Las partes sólidas estaban hechas de madera negra y estaba recubierto en su totalidad de una lámina del oro más puro, del grosor de una guinea y fijado por clavos de plata, con forma de rayas de tigre y bellamente pulimentado». [62]

Incapaces de decidir a quién adjudicar aquello, los agentes encargados de distribuir el botín lo partieron en pedazos, con lo que destruyeron una de las grandes maravillas de la India dieciochesca. El primero en lamentar su pérdida fue el propio Arthur Wellesley. Escribió a los directores que «me habría causado placer poder enviar de una pieza el trono a Inglaterra, pero el celo indiscreto de los agentes de reparto del botín ha roto en pedazos tan soberbio monumento consagrado a la arrogancia del sultán antes incluso de

haber podido tener conocimiento de la existencia de semejante trofeo». [63]

El sangriento saqueo de Srirangapatna alcanzó tal notoriedad que llegó incluso a inspirar una de las primeras novelas de detectives, *La Piedra Lunar* (*The Moonstone* ), de Wilkie Collins. La novela comienza con la caída de la ciudad, durante la cual John Herncastle, primo del narrador, se hace con «el diamante amarillo, gema famosa en los anales nativos de la India [...] que había estado engastada en la frente de la deidad india de cuatro manos que simboliza la luna». Para conseguirlo, Herncastle, «quien sostenía una antorcha en una mano y una daga de la que se desprendían gotas de sangre en la otra», asesina a los tres guardianes de la Piedra Lunar. El último de los guardianes le advierte, en su agonía, de que la maldición del diamante le perseguirá hasta la tumba: «¡La Piedra Lunar habrá de tomar, sin embargo, su venganza sobre ti y los de tu sangre!». En el transcurso de la trama, el diamante trae la muerte y el infortunio a casi todo aquel que entra en contacto con la gema, hasta que es recuperada por sus misteriosos guardianes hindúes... Algo que aún no ha ocurrido con el verdadero botín de Srirangapatna. [64] [*]

Las piezas más selectas del tesoro de Tipu fueron adquiridas por la nuera de Clive, Henrietta, condesa de Powis, en el viaje de placer por la India meridional que realizó al año siguiente. Henrietta, aburrida de la compañía de su marido, Edward Clive, el obtuso gobernador de Madrás, le dejó en su nuevo puesto y se dedicó a recorrer las antiguas tierras de Tipu. Siempre que llegaba a un acantonamiento de la Compañía se veía rodeada de infantes que ansiaban cambiar por efectivo las joyas que les habían correspondido, cosa que Henrietta hacía con mucho gusto. De esta forma, sin mucho esfuerzo, la condesa de Powis reunió una de las colecciones de arte indoislámico más impresionantes de toda Europa. El tesoro fue enviado a la sede de la familia Clive, donde quedó expuesto junto con el botín obtenido, cuarenta años antes, del palacio de Siraj ud-Daula en Murshidabad. Todavía sigue allí.

En el tratado que puso fin a la guerra, los hijos de Tipu fueron enviados al exilio en el fuerte de Vellore y las mejores tierras del estado de Mysore fueron divididas entre la Compañía y el nizam de Haiderabad. Los restos fueron entregados a la dinastía hindú de los Wadyar, cuyo trono había sido usurpado por Haidar y Tipu. El heredero de la dinastía resultó ser un niño de 5 años que fue hallado viviendo «en la miseria […] en una especie de establo con un cobertizo adjunto». [65] El muchacho fue informado de que ahora era el rajá y, tras una breve ceremonia, quedó a cargo de lo que quedaba del estado de Mysore, bajo la estrecha vigilancia del residente británico. Los Wadyar trasladaron su capital de vuelta a Mysore y las ruinas de Srirangapatna quedaron abandonadas. Nunca se recuperó.

Hoy, se levanta una pequeña aldea junto a los cimientos del antiguo palacio de Tipu y las cabras pastan en lo que en otro tiempo fueron sus magníficos jardines de recreo. Además de las majestuosas fortificaciones de diseño francés, el edificio mejor preservado de la antigua capital de Tipu es, irónicamente, el antiguo templo hindú de Sri Ranganatha, que daba nombre a la capital de Tipu. Este no solo protegía el templo, sino que también le cubría de valiosos regalos que aún pueden verse en nuestros días, así como sus bellas imágenes de la era Vijayanagara. Ni una sola de estas había sufrido el castigo del cincel iconoclasta, a pesar de estar en el centro de la capital de un gobernante al que sus enemigos británicos calificaban de «fanático intolerante».

En la actualidad, la mayor parte de la capital de Tipu es tierra de pastos. Es muy poco lo que queda para dar testimonio del antiguo esplendor del reino del Tigre de Mysore, el gobernante indio que hizo más que ningún otro por resistir la embestida de la Compañía.



Cuando le informaron de la muerte de Tipu, lord Wellesley alzó su copa y dijo: «Damas y caballeros [...] brindo por el cadáver de la India». [66]

En menos de dos años, Wellesley había conseguido desarmar al mayor contingente francés en la India y derrotar y destruir el segundo mayor ejército del subcontinente. Ahora, el único obstáculo que le impedía el completo dominio de la India peninsular era el cuerpo maratha al mando francés. Tarde o temprano, un nuevo conflicto era inevitable.

Los marathas todavía controlaban grandes extensiones de la India occidental, central y meridional: un territorio mucho más extenso que el que poseía la Compañía. De haber sido capaces de formar un frente unido, se habrían erigido en la potencia dominante de la India. Pero sus fuerzas estaban más divididas que nunca y Wellesley lo explotó con gran placer.

El acto final de la gran Confederación maratha comenzó con la muerte, el 13 de marzo de 1800, de su veterano primer ministro, el brillante Nana Phadnavis, que había controlado la diplomacia y la administración marathas durante un cuarto de siglo. [67] Nana, «el Maquiavelo maratha» había sido uno de los primeros en comprender la amenaza vital que la Compañía suponía para todos los gobernantes independientes de la India y quien, en 1780, había aunado a la Triple Alianza con el objetivo de expulsar a la Compañía de la India.

Phadnavis también se había esforzado mucho por mantener unidos a los componentes de la Confederación. Por desgracia para los marathas, era el último representante de la talentosa generación que había llegado al poder tras el desastre de la derrota de Panipat,

en 1761. Su muerte llegó al cabo de cinco años, 1795-1800, que habían sido testigos de la desaparición del *peshwa* y los miembros principales de las casas de Scindia y Holkar. «Con la muerte del gran ministro Nana Phadnavis –escribió el residente británico en Pune, general Palmer– desaparecieron toda la sabiduría y la moderación del gobierno maratha». [68] Wellesley no necesitaba hacer gran cosa. Podía quedarse en Calcuta y presenciar desde allí el desmoronamiento de la gran Confederación.

En ausencia de Nana, los tres nuevos líderes de la Confederación, tres adolescentes ambiciosos, pendencieros y carentes de experiencia (el nuevo *peshwa* , Baji Rao II; el nuevo jefe de la casa de Scincia, Daulat Rao; y el nuevo jefe de la casa de Holkar, Jaswant Rao) eran libres para conspirar e intrigar unos contra otros sin que nadie les pusiera freno. En un momento en que Wellesley movía con gran sutileza por el tablero de ajedrez del subcontinente las piezas de una Compañía cada vez más militarista y mejor armada y financiada, los marathas se hundían sin remedio en disputas internas. Su única esperanza de victoria contra la Compañía pasaba por permanecer unidos. Pero, con cada día que pasaba, esa unidad era cada vez más y más lejana. [69]

La política de la India septentrional, desde hacía mucho tiempo, había sido dominada por la antigua disputa hereditaria entre las dinastías de Scindia y Holkar. Al pasar a la siguiente generación esta se hizo aún más enconada y violenta. Cuando Mahadji Scindia murió, en 1794, su sucesor Daulat Rao tan solo tenía 15 años. El muchacho heredó el magnífico ejército que Benoît de Boigne había creado para su predecesor, pero no mostró ningún talento o visión para su uso. El general Palmer, el mayor experto de la Compañía en la política maratha, había sido un gran admirador de Mahadji Scindia; pero su sucesor no le impresionaba en absoluto. Le describió en los siguientes términos: «Un joven manirroto [...] débil [y] desprovisto por completo de decencia o principios».

> Sus ingresos se habían reducido con rapidez mientras que su ejército había sido incrementado de forma innecesaria y ahora debe a sus tropas más de 1 crore [10 millones de rupias, 130 millones de libras actuales], a pesar de que había obtenido desde su llegada al *musnud* [trono] 5 crores por medio del robo y la opresión más desvergonzada. La fidelidad de sus oficiales y su cuerpo de europeos han impedido hasta ahora su derrocamiento, pero no podrán protegerlo mucho más tiempo […] Ignora por completo sus asuntos y es incapaz de ver cuáles son sus verdaderos intereses, no siente el menor respeto por el honor o el carácter, ni tiene la más mínima benevolencia. Sus sirvientes aprovechan todos estos defectos y su gobierno es un escenario de confusión, fraude y rapiña. [70]

Tampoco era de gran ayuda que el nuevo *peshwa* , Baji Rao II, también fuera joven e inexperto. Su carácter, según Palmer, «no es mejor que el de Scindia, pero él también quiere el poder para cometer todas las fechorías que pueda. En su conducta privada, no obstante, es decente, mientras que Scindia es bastante laxo. Mi papel aquí [en Pune] es sumamente problemático y mortificante, pues me encuentro con dos jóvenes que no son capaces de ver ni su propia conveniencia, ni tienen en cuenta los derechos de los demás». [71]

Baji Rao era un muchacho de 21 años menudo, tímido y de aspecto apocado. Su labio inferior caído y su mandíbula transmitían debilidad y pronto demostró no estar a la altura del desafío que suponía mantener unidas las facciones que componían la base de su poder. Es más, tanto él como Scindia sentían una hostilidad irreconciliable hacia el tercer poder maratha, el tuerto Jaswant Rao Holkar, el Bastardo de Indore.

El rol tradicional del *peshwa* era actuar como mediador entre los señores de la guerra marathas y mantenerlos unidos. Pero, en abril

de 1802, Baji Rao, provocó un nuevo e innecesario conflicto con los Holkar. El hermano mayor de Jaswant Rao, Vitoji, fue hecho prisionero, de forma inesperada, por las tropas del *peshwa* . Baji Rao, complacido de su captura, ordenó que lo colgasen de cadenas, que le dieran 200 latigazos y que lo atasen a la pata de un elefante para darle una muerte lenta. Vitoji fue arrastrado entre alaridos por todo el palacio, mientras Baji Rao contemplaba la escena entre risitas desde una de las terrazas. [72] Poco tiempo más tarde, Baji Rao invitó a palacio a los antiguos aliados de Nana Phadnavis; les acusó de conspiradores y les hizo arrestar. [73]

Como su apodo da a entender, Jaswant Rao era hijo ilegítimo, fruto de la unión de Tukoji Holkar con una concubina. Con el ascenso de su medio hermano y heredero legítimo, Jaswant Rao, pasó a ser un fugitivo. Partió a la jungla con una banda de forajidos que sobrevivían como podían por los eriales de la región de Indore. Tras el asesinato de Vitoji, Jawant, tras invocar la asistencia de la deidad familiar en Jejuri, y reforzado por su reputación de líder valeroso y hábil, marchó, en compañía de una tribu de 200 fieles guerreros *bhil* , hacia la fortaleza de su hermano en Maheshwar, donde se hizo coronar sucesor.

En Maheshwar, Jawant Rao Holkar juró, el 31 de mayo, vengarse de los responsables del asesinato de su hermano. Dirigió primero su atención contra Scindia y se dedicó a pillar el territorio de su enemigo y saquear y quemar sus palacios. Los dos rivales pasaron la mayor parte de 1801 combatiendo por las colinas y campos del centro de la India, pero sin llegar a ningún resultado decisivo. Sus dos ejércitos se desangraron en marchas y contramarchas entre Ujjain y Burhanpur. Según el cronista Munna Lal: «Los otros comandantes del Decán, que podían ver las cosas tal y como eran en realidad, se esforzaron por hacer la paz con Jaswant Rao, pues consideraban que el odio mutuo entre nosotros los marathas era una deshonra: la prosperidad nace de la unidad, mientras que la discordia tan solo traerá nuestra ruina. Aunque, como los tiempos no

eran favorables, sus buenos consejos no causaron efecto. Día tras día, las llamas de la discordia ardían con creciente violencia». [74]

Por fin, Jaswant Rao franqueó el Godavari hacia el sur y se dirigió a Pune con su hueste. El *peswha* , desesperadamente falto de aliados, recurrió a la única fuerza que seguía en la partida tras la muerte de Tipu y convocó al residente británico para solicitar una alianza.

Esta era la oportunidad de Wellesley de ahondar en las divisiones de la Confederación maratha y paralizar su maquinaria bélica. Le ofreció a Baji Rao las mismas condiciones que había ofrecido al nizam: una alianza defensiva y una guarnición permanente de cipayos de la Compañía que permanecería en Pune para su protección a cambio del pago anual de una elevada suma. El *peshwa* aceptó. Pero, antes de que las tropas de la Compañía pudieran llegar a protegerle, él y Scindia tendrían que enfrentarse al ejército de Holkar, que avanzaba veloz en dirección a Pune.

El domingo 25 de octubre de 1802, festividad del Diwali, los dos ejércitos se hallaron frente a frente en un ancho valle boscoso situado en Hadaspur, a escasos kilómetros de la capital maratha. La batalla dio comienzo a las 9.30 de la mañana con un prolongado duelo artillero. El combate continuó indeciso hasta poco después de la 1 en punto, momento en que Jaswant Rao encabezó en persona una carga de caballería masiva sobre los cañones de Scindia, «como el tigre que se arroja sobre un rebaño de ciervos». Quedó herido de gravedad en la acción, pero obtuvo una victoria decisiva. [75] Baji Rao, desconcertado y asustado, había huido mucho antes de que la batalla, en la que perecieron 5000 de sus hombres, estuviera perdida.

El joven *peshwa* pasó un mes desplazándose de una colina fortificada a otra con su guardia de corps y esquivando las patrullas de Jaswant Rao. Se ocultó cierto tiempo en la fortaleza de Sinhagarh, al sur de Pune, y luego consiguió llegar a la espectacular e inaccesible altura fortificada de Raigad, donde el primer gran

maratha, Shivaji, había sido coronado y desde donde desafió a los ejércitos de Aurangzeb. Durante todo este periodo, Baji Rao se mantuvo en estrecho contacto con sus nuevos aliados de la Compañía, que no tardaron en lanzar una operación de rescate.

El *peshwa* recibió instrucciones de marchar desde Raigad hacia la costa, donde se escondió en el antiguo refugio de piratas de Suvarnadurg. Poco después se embarcó en el HMS Herculean, comandado por el emisario de Wellesley, el capitán Kennedy. Baji Rao y sus hombres fueron alimentados y entretenidos y se les proporcionó 2 laj de rupias [*] en oro para su uso personal. Quince días después, el 16 de diciembre, el bergantín atracó en Bassein –la moderna Vassai– donde fue recibido con salvas de artillería. Vassai, un antiguo puesto comercial portugués situado un poco más al norte de Bombay, era una extraordinaria ciudad en ruinas llena de iglesias jesuitas derruidas y conventos dominicos en los que poderosos banianos se entrelazaban entre claustros ruinosos y frontones barrocos que iban siendo engullidos poco a poco por la jungla.

Fue en esta ciudad donde Baji Rao firmó el tratado de alianza con la Compañía, que reconocía al primero como señor de todos los marathas. Una nutrida guarnición británica se instaló en un acuartelamiento que vigilaba el palacio del *peshwa* en Pune, donde las armas británicas volvieron a reinstaurarle en el trono. El documento, conocido como Tratado de Bassein, fue ratificado el 31 de diciembre de 1802, último día del año. Cuando Holkar supo los términos del acuerdo, se limitó a declarar que «Baji Rao ha destruido el estado maratha. Ahora, los británicos le darán el mismo tratamiento que dieron al sultán Tipu». [76]

Con el Tratado de Bassein, Wellesley consideraba que había conseguido, y sin derramamiento de sangre, convertir a los marathas en subordinados de la Compañía, como también había hecho con el nizam. Aunque otros observadores más avezados no estaban tan seguros. Tan pronto como conoció los detalles del acuerdo, el residente en Haiderabad, James Kirkpatrick, escribió un

despacho oficial en el que advertía que ninguno de los señores marathas –el verdadero poder en los dominios del *peshwa* – permitirían a los ingleses controlar a Baji Rao como si fuera su títere. Kirkpatrick predijo que las acciones de Wellesley, en lugar de traer la paz, conseguirían lo que Baji Rao había sido incapaz de lograr, esto es, unir a los marathas y que el conjunto de ejércitos marathas se concentrarían en una «confederación hostil» contra la Compañía.

Wellesley, como era de esperar, se enfureció por la impertinencia de Kirkpatrick. Escribió una réplica irritada a Haiderabad, en la que sostenía que una resistencia unida de los marathas era ahora «categóricamente imposible» y que el residente era culpable de «ignorancia, insensatez y traición» por sugerir lo contrario. Pero Kirkpatrick mantuvo su postura y replicó que sus fuentes de información indicaban que «tal confederación es muy probable» y que Holkar se disponía incluso a ocupar Pune y que otro de los principales caudillos marathas, Raghuji Bhosle, rajá de Berar, planeaba unirse allí con el primero.

Kirkpatrick estaba en lo cierto. En pocos meses, la Compañía volvería a estar en guerra y, esta vez, contra las fuerzas más numerosas, mejor armadas y entrenadas a las que nunca se había enfrentado.




El último superviviente de la vieja generación de dirigentes era el emperador Shah Alam. De 75 años de edad, el viejo rey ciego continuaba sentado en la réplica del trono del pavo real en su palacio en ruinas, el gobernante invidente de un imperio ilusorio.

El emperador había sobrevivido a todos sus enemigos: Nader Shah, Imad ul-Mulk, Clive, Carnac, Shuja ud-Daula, Ghulam Qadir.

Aunque, en realidad, esta fue su única victoria. En la senectud, al menos era realista. A su presunto heredero, Akbar Shah, le comentó que, desde el día en que llegó a Delhi solo había tenido de emperador el nombre. Era, dijo, un prisionero de alto rango y sus hijos no debían considerarse a sí mismos otra cosa. [77]

Mahadji Scindia había mostrado un interés ocasional por el bienestar del emperador, pero había fallecido en 1794. Su sucesor, Daulat Rao, era completamente indiferente a su supuesto cargo de *vakil-i-mutlaq* , o visir, del emperador. Tenía aún menos interés por mantener la corte mogola situada en el extremo norte de sus dominios, que nunca visitó tras su ascenso al *musnud* . Así, mientras el emperador permaneció protegido por este, con una guarnición maratha en el Fuerte Rojo, la familia imperial vivió en la pobreza, olvidada por sus protectores.

Estos eran un grupo de oficiales franceses encabezados por Louis Guillaume François Drugeon, un aristócrata saboyano que se encargaba de la protección de la persona del emperador y del mando de su guardia de corps; y por Louis Bourquien, un mercenario galo de orígenes humildes al que un historiador maratha describe como «repostero, pirotécnico y pusilánime». El mando del conjunto recaía en el comandante en jefe de Scindia, el general Pierre Perron, hijo de un tejedor provenzal que vivía con sus tropas a unas 100 millas [160 km] al sudeste, en la imponente fortaleza de Aligarh. [78]

En la British Library se conservan varios volúmenes del diario de palacio, el *Roznamchai-Shah Alam* . Estos revelan mejor que ninguna otra fuente del periodo el grado de deterioro de la vida cortesana mogola a causa de la falta de recursos. Vemos que un príncipe fue descubierto arrancando piezas de mármol y piedras semipreciosas incrustadas del suelo de la torre de Asad Burj «con la intención de venderlas. Fue llevado en presencia de su majestad, que le advirtió que se abstuviera de cometer tales actividades maliciosas». Una princesa discutió con el rey acerca de unas joyas que la primera se

había visto obligada a empeñar. Una concubina fue acusada de robar los ornamentos del nabab Mubarak Mahal. Los hijos del monarca se quejaban de no recibir sus salarios; los primos reales más lejanos trataron de escapar de la prisión salatina, con el argumento de que no recibían suficiente comida y de que estaban al borde de la inanición. El rey replicó que «a causa del estado exánime del imperio, es necesario que los príncipes se conformen con lo que los amos de Pune [los marathas] proporcionen para gastos».

En cierta ocasión especialmente reveladora, el rey ciego tuvo que reprender a los sirvientes reales cuando un jefe maratha que venía de visita arrojó un puñado de monedas al suelo de la sala de audiencias y todos los presentes, olvidando todo decoro cortesano, se lanzaron a por ellas; algunos llegaron incluso a pelear a puñetazos en el interior del *Diwan-i-Am* . Mientras tanto, llegaban de la ciudad delegaciones a quejarse de las incursiones de los gujjar en el interior de las murallas y las depredaciones de los sijs en los suburbios exteriores. [79]

Shah Alam también estaba alarmado por los reportes acerca de la violencia e inestabilidad generada por la guerra civil maratha, de la cual hacía responsable a Daulat Rao: «Su Majestad expresó su profundo pesar por tales hechos –reportó su biógrafo, Munna Lal–, y afirmó que "este individuo de mal agüero busca ahora sembrar la desunión entre sus iguales. Con una conducta tan fea e inapropiada, está serrando la rama en la que se apoya. Todo esto acabará en escándalo y desastre"». [80]

Frustrado por las vicisitudes mundanas, el emperador se centró cada vez más en el aspecto espiritual. En cierta ocasión llegó de Lahore un celebrado derviche y los príncipes imperiales fueron enviados a las puertas de la ciudad a darle la bienvenida. También se reportó que una concubina «vio en sueños que si Su Majestad visitaba Qadam Sharif y ordenaba la liberación de una vaca roja, la situación del imperio mejoraría». El emperador ordenó que se hicieran ambas cosas. [81]

El único placer que le restaba a Shah Alam era su obra literaria. Durante su séptima década vital dedicó la mayor parte de su tiempo libre a editar la composición poética de su vida, de la que extrajo un único volumen con sus versos favoritos y el *Nadirat-i-Shahi, Diwan-i-Aftab* . También dictó lo que los especialistas consideran que fue la primera novela en urdu de Delhi, una obra enorme y ambiciosa de 4000 páginas titulada *Ajaib ul-Qasas* . Esta *dastan* (narración) es una reflexión acerca del oficio de reinar y narra la historia de un príncipe y una princesa sujetos al capricho de poderes fuera de su control. Los protagonistas viajan desde la India a Constantinopla recorriendo una sucesión de islas mágicas y reinos demoníacos. Si bien la sensación de indefensión del príncipe en manos del destino refleja la experiencia vital de Shah Alam, el espléndido entorno cortesano del *dastan* contrasta con la realidad paupérrima de la vida diaria de Shah Alam bajo el régimen de abandono del joven Scindia.

Si Daulat Rao ignoraba el valor de controlar al viejo emperador mogol, es indudable que lord Wellesley sí que lo conocía. Era consciente de un hecho vital. Puede que Shah Alam ya no controlase ningún poder militar de importancia, pero seguía detentando una gran autoridad simbólica y sus decisiones conferían legalidad instantánea. «A pesar de la privación total de Su Majestad de poder real, dominio y autoridad –escribió–, casi todos los estados y pueblos de la India continúan reconociendo su soberanía nominal. Las monedas de todas las potencias llevan acuñado el nombre de Shah Alam […]». [82]

A finales de junio de 1803 quedó claro que Scindia no aceptaría el Tratado de Bassein, por lo que la guerra era inevitable. Wellesley comenzó a trazar planes detallados para invadir el Indostán y capturar tanto la antigua capital mogola como su emperador. Una vez «destruido el contingente de M. Perron –escribió–, invadiré las posesiones de Scindia y estableceré una alianza con los rajputs». [83] «Ocuparé Agra y Delhi –le dijo a su hermano Arthur y así– colocaré la persona del mogol bajo protección británica […] tan pronto como

sea factible». [84] Ese fue el momento en que la Compañía pasó a ser, tanto en lo simbólico como en los hechos, la potencia predominante de la India, que reemplazaba a mogoles y marathas.

Los británicos llevaban mucho tiempo utilizando al confidente de Shah Alam, Sayyid Reza Khan, para comunicarse discretamente con el emperador. Wellesley decidió remitir una carta secreta a Shah Alam en la que le ofrecía asilo y la apertura de negociaciones para volver a colocar a los mogoles bajo la protección de la Compañía como treinta años antes, en 1772, cuando el emperador partió de Allahabad. «Vuestra Majestad tiene plena constancia de los sentimientos de inquebrantable respeto y afecto que el Gobierno británico profesa a vuestra real persona y a vuestra real familia», comenzaba la misiva, con su estilo característico, una combinación de lisonja, sarcasmo y medias verdades. «Las ofensas e indignidades a las que vuestra Majestad y su ilustre familia han sufrido desde que su Majestad, en mala hora, puso la protección de vuestra persona en manos del estado maratha, han sido causa de constante preocupación para la Honorable Compañía».

> Me apena profundamente que las circunstancias de estos tiempos no hayan favorecido la intervención del poder británico para liberar a Vuestra Majestad de la injusticia, rapacidad e inhumanidad. En la presente crisis, es probable que Vuestra Majestad tenga de nuevo oportunidad de situarse de nuevo bajo la protección del Gobierno británico y aprovecharé cualquier oportunidad que me permita obedecer el dictado de mi sincero respecto y afecto hacia vuestra casa real. [85]

El comandante en jefe de Wellesley, lord Lake, recibió orden de «dar a Su Majestad muestras constantes de reverencia, respeto y atención y toda consideración por el confort de Su Majestad y de Su Real Familia –así como asegurarle que– se harán las provisiones

adecuadas para el sostenimiento de Vuestra Majestad y de vuestra familia y hacienda». Esto sonaba generoso, pero el siguiente párrafo dejaba entrever las verdaderas intenciones de Wellesley. Este sugería que el emperador seguramente preferiría abandonar el Fuerte Rojo y residir más cerca de Calcuta, en el modesto fuerte provincial de Monghyr, cerca de Patna. [86] Pero el caballeroso lord Lake malinterpretó las intenciones de Wellesley. Fue más allá y asumió el tono de un súbdito, no el de un amigable protector: «Estoy cordialmente dispuesto a dar a Vuestra Majestad toda prueba de mi lealtad y afecto –escribió– y considero un distinguido honor, y un privilegio especial, ejecutar las órdenes de Vuestra Majestad».

Aunque la sutil diferencia de tono no pasó inadvertida al emperador.




Dos ejércitos de la Compañía, uno en el norte y otro en el sur, se preparaban para intervenir en el inminente conflicto. En el norte, Lake se dedicaba a instruir a sus hombres en su puesto avanzado situado «en las vastas ruinas de la antigua ciudad de Kannauj». Esta se hallaba cerca de la frontera occidental de la Compañía con los marathas, «entre altas hierbas que cubrían restos de espléndidos edificios y tumbas de príncipes y ocultaban una rica variedad de piezas de caza, que incluían lobos, chacales y tigres». [87]

Lake, con tan solo 17 años, había servido junto con Federico el Grande, de quien aprendió la efectividad de la artillería ligera a caballo, o, como los llamaba él, «cañones galopantes». Lake llevó esta novedad castrense a la India: «Se asignaron dos de esos cañones, de 6 libras, a cada regimiento de caballería –escribió el comandante William Thorn– y nada superaba la velocidad y

exactitud de las maniobras de esta gran formación de caballería, cuyos movimientos combinados eran ejecutados en el más perfecto orden –lo que pronto provocaría– terror a la caballería maratha». [88] Lake hacía trabajar muy duro a sus hombres, pero también sabía ganárselos con su espléndida hospitalidad. Cuando estalló la guerra necesitó estas reservas de confianza y popularidad para persuadir a sus tropas de encarar a la magnífica artillería maratha.

En el sur, el hermano menor de lord Wellesley, Arthur Wellesley, que acababa de ser ascendido a comandante en jefe, también estaba inmerso en los preparativos para la próxima contienda. Andaba ocupado reuniendo efectivos, arroz y otras provisiones en la antigua capital de Tipu, Srirangapatna, donde había reclutado parte de las antiguas unidades y artillería de este, y, lo más importante, su vasta maquinaria de transporte –32 000 bueyes y 250 000 reses blancas de Mysore– y las había integrado en su ejército. [89] Al igual que Lake, sometió a sus hombres a un riguroso programa de entrenamiento, que incluía el paso de ríos de corriente rápida con *coracles* (bote pequeño). Mientras, en las colinas circundantes, Wellesley «maniobraba su futuro ejército y nos instruía en la uniformidad de movimientos, que le permitiría derrotar adversarios veinte veces superiores en número». [90]

A principios de marzo de 1803, Arthur Wellesley partió para devolver a Pune al *peshwa* Baji Rao II, ahora bajo la protección y el firme control de los Wellesley, y volver a elevarlo al trono. A comienzos de abril cumplió su propósito, y sin disparar un tiro, pues Holkar optó por la cautela al retirarse con su contingente al noroeste, recorriendo el Decán en dirección a Aurangabad. Baji Rao retomó su vida palaciega, ya no como caudillo maratha, sino como títere británico. Aun así, parecía estar «satisfecho con su rutina de baños y oraciones, comidas, bebidas y entretenimientos, sin tener que ocuparse de preocupaciones externas [...] se organizaban a diario suntuosos festines con platos profusamente decorados. La selección de platos es motivo de acaloradas discusiones [...]». [91]

La facilidad con la que Arthur Wellesley logró su objetivo le llevó a subestimar el valor y la pericia de los marathas. Este se burló del antiguo residente, teniente coronel John Ulrich Collins, el cual le había advertido de que «su infantería y sus cañones le asombrarán». Era un grave error: muy pronto, las huestes marathas demostrarían ser el adversario más formidable al que jamás se había enfrentado la Compañía. Uno de los oficiales del general Wellesley, al recordar las advertencias de Collins, dejó escrito en sus memorias que «durante el viaje de regreso nos divertíamos, incluido el general, mofándonos a expensas del "reyezuelo Collins". Ignorábamos que pronto descubriríamos cuánta verdad había en sus palabras». [92]



Mientras sus generales estaban ocupados con el entrenamiento e instrucción de sus tropas, el gobernador general se hallaba en Calcuta ultimando los apoyos financieros y diplomáticos para su próxima guerra.

Dirigido por Wellesley, el contingente de la Compañía se había expandido con mucha rapidez. En pocos años, sus filas habían aumentado casi en un 50 por ciento ya habían aumentado de los 115 000 a los 155 000 hombres. Durante la siguiente década, su número siguió creciendo, hasta los 195 000, lo cual le convirtió en uno de los mayores ejércitos permanentes de estilo europeo del mundo, cuyo tamaño duplicaba al del británico. También había reclutado una impresionante caballería, montada en robustos corceles europeos y sudafricanos. Su misión era proteger las lentas y torpes columnas de infantería y artillería de ataques de flanqueo de caballería ligera irregular india, como había ocurrido, con

consecuencias fatales, en Talegaon y en Pollilur. Esta era una clase de guerra en la que los marathas eran hábiles en particular. [93]

Wellesley, al contrario que Warren Hastings, que siempre andaba escaso de efectivos, no tenía ningún problema para pagar la soldada a este gran ejército en expansión. Una vez superada la agitación rural provocada por las reformas de Cornwallis, la Compañía obtenía en Bengala un superávit anual por valor de 25 millones de rupias. Esto contrastaba con Scindia, que tan solo podía obtener 1,2 millones de rupias [*] de su base territorial de Malwa, que carecía de regadíos adecuados. A su vez, este excedente constante permitió a la Compañía fácil acceso al crédito del mercado monetario de Bengala, hasta el punto de que, con Wellesley, la deuda de la Compañía en la India se triplicó con creces entre 1798 y 1806.

La Compañía también podía redistribuir con eficiencia estos recursos financieros por toda la India. Los banqueros de Benarés y de la casa de Gopaldas-Manohardas, con sede en la costa occidental, disfrutaban de la protección del ejército de la Compañía, con lo que comenzaron a enviar a sus representantes para que lo acompañaran y a proporcionar efectivo tanto a las unidades como a los pagadores del ejército. De hecho, los banqueros de la India al completo comenzaron a competir entre ellos por financiar a la Compañía. Dos casas bancarias de Benarés, Mannu Lal y Beniparshad, llegaron a solicitar que la Compañía les garantizase «que les honrase con darles preferencia para proporcionar los suministros de efectivo que pudieran ser necesarios para uso del ejército». [94]

En última instancia, la Compañía de las Indias Orientales triunfó en la guerra precisamente porque había hallado la forma de proporcionar una base financiera segura a su poderoso contingente mercenario. Siempre lograba con más facilidad que sus adversarios persuadir a los *seth* , *sahukara* y *shroff* de la India para que les proporcionasen el efectivo necesario para abonar las soldadas del ejército y alimentar a sus hambrientos hombres. Por el contrario,

como observó el joven Arthur Wellesley, «no hay un solo maratha en todo el país, desde el *peshwa* hasta el más humilde jinete, que tenga ni un chelín». Esto no tenía nada de sorprendente, pues, hacia 1801, como también recogió Arthur, las devastaciones del conflicto civil maratha «no había dejado en pie ni un árbol ni una mazorca de maíz en 150 millas [240 km] en torno a Pune». [95]

En la corte mogola, la situación también estaba muy mal, pues, como reportó un enviado maratha, «no se veía dinero por ninguna parte». [96] Esto hizo que tanto Scindia como Holkar, que debían muchas soldadas a sus tropas y cuyos *sahukaras* se negaban a prestarles más dinero, se vieron en la misma posición que un antiguo *peshwa* maratha, que se veía a sí mismo «hundido en el infierno del acoso de los acreedores [...] me postro ante ellos hasta enrojecer la piel de mi frente». [97]

Pero Richard Wellesley era un adversario demasiado astuto y despiadado como para limitarse a fiarlo todo al uso de la fuerza bruta militar o al poder monetario de la Compañía. Experimentaba el mayor de los placeres moviendo sus piezas sobre el tablero de ajedrez hasta frustrar o atrapar a sus enemigos sin remedio.

Wellesley envió mensajes para seducir, corromper y comprar a los mercenarios al servicio de los marathas, a menudo impagados. El comandante en jefe de las fuerzas de Scindia en el norte, general Pierre Perron, había invertido los ahorros de toda su vida, 280 000 libras [*] en acciones de la Compañía, por lo que fue uno de los primeros en mostrar interés en llegar a un acuerdo financiero beneficioso para ambas partes. [98] Lake fue autorizado a «concluir un pacto con M. Perron para garantizar la seguridad de sus intereses personales y sus propiedades, acompañado de una remuneración razonable que le induzca a poner en vuestras manos todos sus recursos y su poder militar». [99]

El viejo caudillo asceta Anupgiri Gossain, ahora conocido como Himmat Bahadur, también fue convencido para llegar a un acuerdo con sus antiguos enemigos y establecer una alianza entre la

Compañía y sus guerreros nagas, basados en Bundelkhand. Esto se hizo a pesar de que los informadores de Wellesley le advirtieron de que «Himmat Bahadur no es de fiar […] un nativo dijo de él que era como un hombre que cruzaba un río con una barca debajo de cada pie, presto a abandonar la que se hundiera». [100]

Wellesley también hizo denodados esfuerzos por impedir que las huestes marathas solucionasen sus diferencias. Wellesley aplicó la vieja máxima romana *divide et impera* , divide y vencerás, e hizo todo lo que pudo para impedir la reconciliación de Scindia y Holkar, cosa que logró. Hacia finales de junio de 1803, Holkar había reunido todo su ejército cerca de Aurangabad, pero seguía siendo reacio a aliarse contra la Compañía con los asesinos de su hermano. Entonces Wellesley dio un golpe maestro: envió a Holkar una carta interceptada a Scindia en la que este conspiraba con el *peshwa* Baji Rao para derrocar a Holkar una vez finalizase la contienda: «Hagámosle creer que satisfacemos sus exigencias –escribió Daulat Rao–. Una vez finalice la guerra, desataremos sobre él toda nuestra venganza». [101]

Tras recibir esta misiva, Holkar, que ya había marchado dos días en dirección a Scindia, dio media vuelta y declinó unirse a la coalición. Poco después, volvió a cruzar el Narmada y regresó hacia su base de Maheshwar, en la India central. [102] Esto permitió a Wellesley batir por separado a Scindia y a su aliado Raghuji Bhosle, rajá de Berar, para luego marchar contra Holkar. Esto, quizá más que ningún otro factor, constituyó la mayor ventaja de que dispuso la Compañía contra sus adversarios marathas, todavía poderosos en lo militar, pero fragmentados en lo político.

Detrás de todas estas maniobras estaba la gestación, por parte de Wellesley, de una nueva y agresiva concepción del Imperio británico en la India, más como una empresa estatal que como una corporación privada. Una visión marcadamente nacionalista y descarnadamente expansionista, mucho más de lo que jamás habrían soñado sus predecesores de la Compañía. El 8 de julio, *sir*

George Barlow detalló esta idea por primera vez en un memorando oficial: «Es absolutamente necesario –escribió– que no se permita la existencia de ningún estado nativo en la India que no esté sometido al control del poder británico, o cuya acción política no esté bajo su absoluto control». [103] Esta idea de control total del Gobierno británico sobre toda la península india dio lugar, en última instancia, al Raj británico y, con él, a un futuro en el que mogoles y marathas, pero también la misma Compañía, cedieron el control a la Corona británica.

Como de costumbre, Wellesley no se molestó en comunicar a sus supuestos jefes, los directores de la Compañía, lo que estaba planeando. En Leadenhall Street, el pomposo estilo de gobierno de Wellesley provocaba un nerviosismo creciente. El viajero lord Valentia, a su llegada a Calcuta, aplaudió el estilo imperial de Wellesley. Escribió que era mejor que la India «fuera gobernada desde un palacio y no desde un departamento contable». Pero el uso y despilfarro de los fondos de la Compañía por parte de Wellesley estaba erosionando sus apoyos entre los directores y provocó los primeros debates en torno a su posible destitución. [104] Los directores enviaron claras señales de advertencia a Wellesley: «No nos parece en absoluto necesario para el bienestar de nuestro gobierno en la India que se adopte la pompa, magnificencia y ostentación de los gabinetes nativos. Los gastos que provocaría semejante sistema resultarían muy dañinos para nuestros intereses comerciales». [105]

Con su disimulo habitual en el trato con sus superiores, hasta bien entrado 1803 Wellesley seguía prometiendo a los directores «una solución rápida y sin demora de los acuerdos alcanzados con su Alteza el *peshwa* , así como el ajuste amistoso de las diferencias existentes entre los caudillos marathas, por medio de la intermediación e influencia del poder británico». [106] Quizá esa primavera Wellesley seguía albergando esperanzas de que se podría intimidar a Scindia y hacer que reconociera el Tratado de Bassein y,

al igual que el nizam y el *peshwa* Baji Rao antes que él, se le forzase a aceptar la protección de la Compañía. Pero la primavera dejó paso al verano de 1803 y tales sueños se desvanecieron con rapidez, tal y como confirmaban los despachos cada vez más sombríos de su enviado, el coronel Collins. En julio, Wellesley remitió a Scindia un ultimátum para que se retirase al norte del Narmada o asumiera las consecuencias.

Daulat Rao Scindia no se echó atrás sino que, al igual que Tipu, comenzó a prepararse para las hostilidades. El 1 de agosto de 1803 presentó a Collins una declaración formal de guerra y le ordenó que se retirase de su campamento. Los correos urgentes necesitaron una semana para llevar la noticia a Calcuta, pero lord Wellesley tan solo necesitó unas pocas horas para dar la orden de poner en marcha sus planes de campaña, cuidadosamente elaborados, en no menos de cuatro frentes. Se lanzarían ataques menores a lo largo del litoral de Orissa y de Gujarat y dos embestidas principales cuyo objetivo era tomar el control de todo el Decán y el Indostán al completo. [107]

El gobernador general remitió una breve nota a Scindia y a Bhosle: «Aunque no deseo hacerles la guerra, ustedes dos han dado claros signos de su intención de atacarnos, pues han reunido numerosas fuerzas en las fronteras del nizam y se han negado a abandonar sus posiciones. Han rechazado la mano amistosa que les ofrecía, por lo que, sin más parlamentos, daré inicio a las hostilidades. Toda la responsabilidad recae en ustedes». [108]




El 4 de agosto, el general Arthur Wellesley recibió la noticia de la declaración de guerra de Scindia. El día 6 levantó el campo y se dirigió hacia el norte con 40 000 soldados, en dirección a la

poderosa fortaleza de Ahmednagar, que capturó el día 11 tras un breve bombardeo y el pago de un cuantioso soborno a los mercenarios franceses y árabes que la defendían. En su interior se hallaron grandes cantidades de pólvora, parte del tesoro de Scindia y abundantes reservas de víveres. Arthur Wellesley estableció una guarnición en el fuerte y lo convirtió en su base, desde la cual envió exploradores en busca del ejército maratha principal.

Mientras tanto, Scindia y Bhosle habían logrado reunir sus unidades y marcharon con su ejército confederado en dirección sur para saquear los territorios del nizam en la región de Aurangabad y hacer que Wellesley abandonase la seguridad de sus fortificaciones. En esto tuvieron éxito. Wellesley dejó una sólida guarnición para proteger Ahmednagar y avanzó en dirección este para defender el territorio de su aliado y detener el avance maratha. Los dos contingentes se avistaron al fin en la polvorienta llanura aluvial al norte del paso de Ajanta. Eran las primeras horas del 23 de septiembre y las fuerzas de Wellesley venían de completar una marcha nocturna de 18 millas [29 km].

El día anterior, el general británico había dividido a sus efectivos en dos para ahorrarse el retraso que hubiera supuesto enviar todo su hueste de una vez por el angosto desfiladero de Ajanta. Una parte se adelantó en dirección oeste mandada por su segundo, el coronel Stevenson. Por tanto, disponía de menos de 5000 hombres; una mitad cipayos madrasíes, la otra *Highlanders* escoceses con sus *kilts* . En ese momento, sus exploradores le informaron de que el campamento de Scindia se hallaba a tan solo 5 millas [8 km] de distancia y que los marathas se disponían a avanzar. Su pequeño ejército estaba exhausto por la marcha nocturna. Pero, temeroso de que su presa escapara si esperaba, Wellesley decidió lanzarse de inmediato directo al ataque, sin dar tiempo a sus hombres para descansar o esperar a la otra parte del contingente.

Tras alcanzar la cresta de una pequeña loma, el general vio a los dos ejércitos marathas desplegados ante él junto a la aldea

fortificada de Assaye. Sus tiendas y *qanats* (cercados entoldados) se extendían no menos de 6 millas [9 km] a lo largo de las orillas del Khelna, un río poco profundo, hasta el punto en que este confluía con un arroyo menor, el Juah. Wellesley calculó que había unos 10 000 infantes y un número cinco veces superior de caballería irregular. Era evidente que no esperaban un ataque, pues los bueyes de tiro de su artillería pastaban en la ribera del río.

Wellesley dejó atrás la impedimenta y los suministros con una escolta y se lanzó adelante, como si pretendiera lanzar un golpe frontal a través del río. Entonces, en el último momento, giró en dirección este y cruzó los meandros del Khelna por un vado desguarnecido, cuya posición había intuido por la proximidad de dos pequeñas aldeas a uno y otro lado. Su intuición fue acertada: el agua tenía una profundidad que iba de la rodilla a la cadera, por lo que Wellesley consiguió cruzar con todos sus efectivos sin que se les mojase la pólvora. Aun así, la artillería tuvo problemas para atravesarlo, pues varios cañones quedaron atascados en el lodo, con lo que su infantería tuvo que formar y enfrentarse a las primeras descargas del bombardeo maratha sin la cobertura de su propia artillería.

Arthur Wellesley esperaba que la velocidad y sorpresa de su movimiento confundiera a los marathas y le permitiera atacar su flaco derecho desprotegido. Pero, para su sorpresa, las tropas de Scindia no solo se habían desplegado en formación de batalla, sino que supieron rotar a la izquierda para enfrentarse a la nueva dirección del ataque y en perfecto orden. Era una difícil maniobra que daban por hecho que serían incapaces de ejecutar; pero la efectuaron con la precisión de un desfile.

Esta no sería más que la primera de una serie de sorpresas que se llevaría Arthur Wellesley en una batalla que, tiempo después, recordó como la más dura de todas las que había librado, incluso más encarnizada que su futuro choque en Waterloo contra Napoleón. «Su infantería es la mejor que jamás haya visto en la

India, con excepción de la nuestra –escribió a su amigo John Malcolm–. Te aseguro que su fuego era tan denso que hubo un momento en que dudé si podría hacer avanzar a nuestros hombres. Todos coinciden en que fue la batalla más feroz de todas las libradas en la India. Nuestras unidades se comportaron de forma admirable; los cipayos me dejaron asombrado». [109]

Particularmente impactante fueron los cañones pesados de Scindia, que resultaron ser tan mortíferos como había advertido Collins. «El fuego de la artillería enemiga fue realmente terrible –recordó el comandante John Blakiston–. En el espacio de menos de 1 milla, 100 piezas tiraban con pericia y rapidez y escupían fuego sobre nuestras endebles filas. No es ninguna sorpresa que nuestros cipayos aprovechasen cualquier irregularidad del terreno para refugiarse del mortífero chaparrón, o que, en unas pocas ocasiones, los esfuerzos denodados de los oficiales no lograsen persuadirlos para avanzar». [110] El comandante Thorn comparte esta opinión: «Todos los oficiales presentes, que habían sido testigos de la potencia de la artillería francesa en las guerras de Europa, coincidían en que en la batalla de Assaye las piezas enemigas estaban igual de bien servidas». [111]

El propio general vio cómo dos de sus caballos y varios miembros de su plana mayor caían abatidos por la nube de metralla arrojada por los artilleros marathas. Un gran proyectil estuvo a punto de darle a Wellesley mientras cruzaba el Khelna y decapitó al dragón que le servía de ordenanza, el cual se había detenido en mitad de la corriente. Varios relatos de la batalla mencionan la imagen horrenda del jinete decapitado: «El cuerpo se mantenía sentado por la maleta, estribos y otros apéndices de la silla de montar […] el caballo, aterrorizado, tardó algún tiempo en deshacerse de su truculenta carga». [112]

Los cipayos de la infantería de línea de Madrás y los *Highlanders* del ala derecha de Wellesley fueron sometidos a un fuego de particular violencia, pues los artilleros marathas trataron de

destrozar el núcleo de la formación de Wellesley con grandes granadas de cadenas y metralla disparadas a corta distancia y a quemarropa. Los proyectiles chirriaban por el aire con un terrorífico sonido «y derribaban, con cada tiro, hombres, caballos y bueyes». [113]

Aun así, la infantería de Wellesley mantuvo su avance con ritmo sostenido, entre la humareda. Dispararon una única descarga, cargaron a la bayoneta contra las piezas marathas y mataron a los servidores junto con sus piezas. «Ninguno abandonó su puesto hasta que las bayonetas estuvieron en sus pechos […] nada podía superar la pericia o la bravura de que hicieron gala sus *golumdauze* [artilleros]». [114]

Los británicos avanzaron para expulsar a los hombres de Scindia de su posición de retaguardia, pero todavía les aguardaba una sorpresa final. Una vez que las líneas de la infantería británica superaron a muchos de los «muertos» que yacían en torno a los cañones, estos «se pusieron en pie de repente, tomaron los cañones que el ejército acababa de dejar atrás y reabrieron un feroz fuego sobre la retaguardia de nuestros efectivos, que, ignorantes de lo que ocurría a su alrededor, perseguían ansiosos al enemigo en fuga». Las líneas británicas fueron castigadas con más metralla hasta que el general británico en persona encabezó una carga de caballería a la desesperada «contra el enemigo resucitado» en el transcurso de la cual perdió un segundo caballo, abatido por el fuego enemigo. [115]

Dos horas más tarde, tras una última resistencia en la aldea fortificada, los marathas de Scindia abandonaron el campo y volvieron a cruzar el Juah. Dejaron 98 piezas en manos de los británicos. Ambos bandos había sufrido bajas terribles. Los marathas perdieron alrededor de 6000 hombres. Wellesley algo menos, pero sus pérdidas sumaban la tercera parte de sus efectivos sobre el campo de batalla: 1584 de sus 4500 soldados fueron incinerados o enterrados en las llanuras de Assaye. [116] De hecho, sus unidades habían quedado tan castigadas que Wellesley dictaminó que era

imposible perseguir a Scindia y a sus hombres. Escribió a su hermano mayor que «la infantería francesa [entrenada por los franceses] de Scindia era mucho mejor que la de Tipu, su artillería excelente y su munición tan buena, y tan bien fabricada, que pueden utilizarla los nuestros. Nunca pudimos utilizar la de Tipu. Nuestras pérdidas son grandes. Esta acción, en mi opinión, es la más dura que jamás hayamos librado en este país». [117] Como escribió uno de los altos mandos de Wellesley a su general: «Espero que no vuelva a tener ocasión de comprar más victorias a un precio tan elevado». [118]

Dada la futura celebridad de Arthur Wellesley tras su triunfo en Waterloo, Assaye se ha considerado durante mucho tiempo la victoria crucial de la contienda maratha. Pero, en la época, la mayoría de miradas estaba fijada más al norte, donde, mucho antes de Assaye, el comandante en jefe, lord Lake, avanzó con rapidez sobre la capital mogola. Su marcha se consideró en la época el capítulo final de la conquista de la Compañía del antiguo Imperio mogol.

Richard Wellesley escribió en términos inequívocos a Lake: «La derrota de Perron es, ciertamente, el primer objetivo de la campaña». Lake, insistió, debía comprender la importancia crucial «de asegurar la persona y la autoridad nominal del mogol contra los designios de Francia, así como incrementar la reputación del nombre de Gran Bretaña que resultaría del ofrecimiento de asilo honorable a la persona y familia de ese infortunado y mutilado monarca». [119]




Lord Lake, a quien le gustaba afirmar ser descendiente del héroe de la tradición artúrica Lanzarote del Lago, no era hombre que admirase

la diplomacia, o a quien le gustase que le dijeran lo que tenía que hacer. Se decía de él que, en cierta ocasión, le espetó a un contable del ejército: «Al infierno sus cuentas […] ¡Preocúpese de combatir!». Esta frase se convirtió en su máxima. Con 60 años de edad y veterano de la Guerra de los Siete Años, y, en fechas más recientes, de la Guerra de Independencia estadounidense, en la que combatió contra Washington en Yorktown, seguía siendo famoso por su encanto juvenil y su inmensa energía; a menudo se despertaba a las 2 de la madrugada para encabezar la marcha con sus refulgentes ojos azules. [120]

Decidido a pasar a la ofensiva, Lake partió de Kanpur el 7 de agosto, el día que tuvo conocimiento de la declaración de guerra, a pesar de que estaba en plena temporada del monzón y de que los caminos estaban desbordados por el lodo. Se dirigió en dirección oeste hacia la fortaleza de Perron en Aligarh. Lake tenía intención de librar una campaña rápida, por lo que llevó a un contingente pequeño pero muy bien entrenado de 10 000 efectivos que incluía una división de caballería equipada con cañones galopantes, poca artillería pesada y ningún material de asedio.

Aunque su intención de encabezar una fuerza pequeña y móvil fue impedida por la realidad india. A principios del siglo XIX, los ejércitos de la Compañía de las Indias Orientales habían acumulado un enorme complejo de asistentes y personal auxiliar, con lo que la fuerza expedicionaria sumaba más de 100 000 personas, entre ellas cornacas y culíes, segadores de hierba [*grass cutters* ] y palafreneros, personal de servicio de tiendas [*tent lascars* ], cuidadores de bueyes [*bullock-men* ], *banjarrah* recolectores de grano, cambistas, «curanderas, acróbatas y grupos de bailarinas y de devotas del placer». Esta cifra, por descontado, no incluía a los miles de elefantes, camellos, caballos, ganado aviar y rebaños de cabras y ovejas que venían pisándoles los talones: «La marcha de nuestro ejército se asemeja a una ciudad o ciudadela en movimiento –recordó el comandante Thorn– con forma de rectángulo, cuyos

flancos eran defendidos por bastiones de espadas y bayonetas relumbrantes». [121]

Después de tres semanas de difícil marcha bajo intensas lluvias, vadeando lodo y carreteras inundadas, con los hombres acarreando sobre sus cabezas cajas de munición cuidadosamente selladas, el 29 de agosto el ejército de Lake entró en territorio maratha y llegó ante la poderosa fortaleza poligonal de Aligarh, dotada de enormes muros de diseño francés, torres esquineras reforzadas y un profundo foso.

Aligarh estaba considerado uno de los fuertes más poderosos y mejor aprovisionados de todo el Indostán; un asedio hubiera requerido meses. Pero Lake, durante la marcha, había estado negociando con el general Perron el precio que este cobraría por entregar la fortaleza a los británicos. [122] Por medio de intermediarios, ambos comandantes llegaron a un acuerdo, de modo que cuando el contingente de Lake avanzó sobre el cuartel general de Perron este, obediente, se retiró junto con su guardia de corps tras una brevísima escaramuza y unas pocas salvas de los cañones galopantes de Lake.

Perron comunicó a sus hombres que se dirigía a Agra y Delhi para reunir refuerzos. A su segundo al mando, el coronel Pedron, «un hombre robusto y entrado en años, que vestía chaqueta verde con charreteras y bordados dorados», le envió una carta notoriamente cínica. «Recuerde que es usted francés –le escribió– no permita que ninguna de sus acciones manche el renombre de su nación. En pocos días, espero poder enviar al general inglés de vuelta, tan o más rápido que como vino. No le quepa ninguna duda: el ejército del emperador, o el del general Lake, hallará su tumba frente a Allyghur [Aligahr]. Cumpla con su deber y defienda el fuerte mientras quede piedra sobre piedra. Recuerde a su nación. ¡Los ojos de millones de personas están fijos en usted!». [123]

Pero estas valerosas palabras serían desmentidas por su última conversación antes de escapar por el camino de Delhi. Uno de sus oficiales de caballería, de sangre mestiza, escocesa y rajput, trató de acompañarlo, pero este se deshizo de él. «¡Ah, no, no! ¡Todo ha

acabado! –gritó Perron– confuso y sin su sombrero», al joven James Skinner. «Esa gente [la caballería] no se ha portado bien. No se busque la ruina y pásese a los británicos. ¡Nosotros ya no tenemos nada que hacer!». [124]

Ante la desconfianza francesa, todos los anglo-indios presentes en las fuerzas marathas, incluido el propio Skinner, se pasaron al otro bando: «Fuimos al general Lake, el cual nos recibió con amabilidad», escribió Skinner. [125] Pedron y muchos de sus colegas mercenarios franceses tampoco tenían ningún inconveniente en rendirse si se les garantizaba un salvoconducto para regresar a Francia con sus ahorros intactos. Pero Lake no había tenido en cuenta el honor de los oficiales marathas y rajputs de Scindia, los cuales rehusaron con obstinación todos sus ofrecimientos para que depusieran las armas y se retiraron tras los muros para aprestar su defensa. Una vez en la fortaleza, destituyeron y encarcelaron a Pedron, eligieron un comandante maratha y se dispusieron a combatir a muerte.

Lake continuó negociando durante tres días en los que hizo una serie de extravagantes promesas, pero los defensores se mantuvieron firmes. «Intenté por todos los medios conseguir que esa gente cediera el fuerte –escribió Lake– y les ofrecí una suma de dinero muy cuantiosa, pero estaban decididos a resistir, lo que hicieron con gran obstinación y, debo decir también, con gran gallardía». [126]

Lake se sentía impresionado por el desafío que tenía ante él. «No es posible describir el poder de esta plaza –escribió a Wellesley–. Un [navío de línea de] 74 cañones podría navegar por su foso». [127] Aunque Lake no podía dejar de ser un sexagenario hiperactivo y limitarse a ordenar un asedio. Además, se había dejado en Kanpur su tren de asedio. Por ello, el 4 de septiembre optó por la única alternativa que le quedaba: un asalto frontal sobre la puerta principal de una fortaleza considerada inexpugnable desde hacía mucho tiempo. Un desertor irlandés de la guarnición de Scindia, el

teniente Lucan, se ofreció para dirigir el grupo de asalto, supervisado por el lugarteniente de Lake, el coronel Monson.

Dicho grupo de asalto partió dos horas antes del amanecer. Al poco, tuvo un primer golpe de suerte. Si los marathas se hubieran retirado tras el foso y destruido el puente, Lake no podría haber hecho gran cosa. Pero los defensores habían destacado un piquete de 50 hombres con una pieza de 6 libras tras un parapeto situado ante el fuerte y habían dejado el puente intacto y las puertas abiertas de par en par. Lucan y su grupo de asalto se acercaron al amparo de la oscuridad y hallaron a los hombres en su puesto, fumando. «Se lanzaron sobre ellos como leones», escribió Skinner y degollaron a todos los que trataron de resistir. El resto, «corrió hacia el portal y entró. El grupo de asalto trató de entrar con ellos, pero les cerraron la puerta».

> Pero, en lugar de retirarse, aquellos bravos muchachos permanecieron sobre el *goonjus* [puente] bajo uno de los fuegos de fusilería y artillería pesada más intensos que jamás haya visto [...] [tratando de escalar los muros]. Solo retrocedieron al amanecer, cuando se retiraron unas cien yardas [...] y en su huida, se llevaron el cañón [abandonado] maratha. [128]

Dispararon el cañón dos veces, y luego una tercera, pero no consiguieron reventar la puerta reforzada. Mientras esperaban la llegada de un cañón más grande, continuaron sus intentos de trepar por los muros con escalas. Como había ocurrido antes, los marathas de las almenas los rechazaron, pues les esperaban con largas picas. Por fin, los asaltantes llevaron un cañón pesado de 12 libras hasta la puerta, pero antes de que pudiera disparar su peso le hizo caer dentro de la galería de un túnel que los defensores, con gran pericia, habían excavado bajo el área situada frente a la puerta. El cañón quedó medio fuera y medio dentro del túnel subterráneo.

Mientras Monson y Lucan trataban de estabilizar la pieza, los atacantes fueron castigados por el fuego de mosquetería que llegaba de arriba y los tiros de dos morteros pesados que disparaban metralla y que los defensores habían preparado y posicionado para ese momento preciso. Para aumentar aún más el caos, los defensores comenzaron a descender por las escaleras que los británicos habían apoyado contra los muros. Uno de ellos hirió a Monson en un muslo con su pica y cuatro de sus hombres resultaron muertos. [129] «Este infortunio nos causó un considerable retraso. Perdimos en ese momento a muchos de nuestros oficiales y soldados. Nunca había sido testigo de una escena semejante. La salida se convirtió en todo un matadero y tuvimos grandísimas dificultades para empujar el cañón sobre los muertos y los heridos». [130]

En el campamento de la Compañía, Lake estaba a punto de tocar retirada y cancelar el ataque. Pero, en el último minuto pudieron enderezar el cañón, apoyarlo sobre la madera de la puerta y disparar. La carga no contenía bala, pero la presión de la pólvora a bocajarro consiguió al fin hundir una de las enormes puertas. [131] «Me hallaba cerca de lord Lake –escribió Skinner– y vi y escuché todo lo que ocurrió».

> No cabe duda que el Dios del Cielo protegía a aquellos nobles muchachos […] pues volaron media puerta y, tras dar tres hurras, corrieron al interior. Los rajputs resistieron como bravos soldados y, desde la primera a la segunda puerta, ambos bandos libraron un combate a la desesperada. La carnicería fue horrible […] [Lake] espoleó su caballo y galopó hasta la puerta. Cuando vio a tantos de sus héroes yacer allí, brotaron lágrimas de sus ojos. «¡Es el destino de los buenos soldados!», dijo. Y, dándose la vuelta, galopó de regreso a su campo y entregó el fuerte al saqueo. [132]

Durante las horas siguientes, los 2000 hombres de la guarnición fueron masacrados. No se pidió ni se concedió cuartel. «Muchos enemigos fueron muertos mientras intentaban escapar a nado por el foso después de que hubiésemos entrado. Le señalé a un artillero que asustase con su pieza a un hombre que, en aquel momento, se lanzaba al agua para salvarse –escribió John Pester, oficial de intendencia de Lake–. El soldado esperó con toda calma a que asomase y le acertó en la cabeza».

> Dado que el ardor del combate ya había pasado, le recriminé a aquel hombre por qué lo había matado. Este repuso que aquella mañana había perdido a algunos de sus camaradas más cercanos y quería vengarlos. Además me recordó que habían recibido orden de no perdonar a nadie [...] se colocaron guardias en los almacenes y en cada puerta tan pronto como estuvieron en nuestra posesión y se liquidó a todo el enemigo. Apenas pudo escapar alguno, pues los que cruzaron el foso a nado fueron abatidos por la caballería en la llanura y todos los que fueron hallados en la plaza fueron pasados a cuchillo. [133]




A medianoche del 1 de septiembre, un fuerte terremoto afectó al alminar de Qutab, erigido en el siglo XII y símbolo del establecimiento del dominio islámico sobre la India. Su planta superior se desmoronó: «En Delhi, y en otros muchos sitios, numerosos edificios se derrumbaron de sus cimientos –escribió Munna Lal, biógrafo de Shah Alam–. En varios lugares, la tierra se resquebrajó y se abrió. De haber durado apenas un instante más,

habría desencadenado el Día de la Resurrección. * Los sabios lo consideraron un augurio funesto, que anunciaba la llegada de desastres en aquellos tiempos». [134]

Shah Alam, siempre atento a presagios y premoniciones, se sintió alarmado. Se hallaba, al fin y al cabo, en una posición difícil. Durante buena parte de su vida adulta no había podido hacer otra cosa que elegir entre la protección de los marathas y la de la Compañía. Había utilizado a ambos para sus propios fines y ambos le habían abandonado en momentos cruciales de su vida. Pero cuando llegó la noticia de que Perron se había rendido a lord Lake a cambio de un salvoconducto para él, su familia, sus diamantes y su fortuna, el emperador consideró que la Compañía estaba en posición de claro dominio. Había llegado el momento de reabrir negociaciones.

Shah Alam calculó que su mejor posibilidad de éxito pasaba por contactar en secreto con Wellesley, mientras mantenía aparente obediencia a sus amos franceses y marathas, que seguían acantonados en su fuerte y conformando su guardia de corps. Así pues, mientras ponía su sello en proclamas que afirmaban que combatiría contra la Compañía, la cual había «ocupado todo el país y renunciado a su lealtad al trono», autorizó a Sayyid Reza Khan a cartearse con Lake, al cual le explicó que «la carta pública que el emperador ha escrito y el anuncio de que marchará en campaña no son actos voluntarios, sino que han sido obligados y son del todo contrarios a sus deseos […] el emperador dice "resistiré todo cuanto pueda, pero estoy en sus manos, por lo que no puedo hacer nada"». [135]

No obstante, Shah Alam no podía olvidar que Hastings había suprimido de forma unilateral el pago del *Diwani* de Bengala que se le debía conforme a las cláusulas del Tratado de Allahabad. De modo que pidió que, antes de comprometerse a unir sus destinos a los de la Compañía, se le garantizase por escrito que se le pagaría lo que se le adeudaba: «Considerando, por tanto, que cuando los ingleses ganen posesión del país podrían olvidarse de mí, es necesario que el

general [Lake] resuelva este punto con el gobernador general y que a partir de ahora no haya ninguna falta de obediencia o causa de insatisfacción hacia mí». [136] Al mismo tiempo, el emperador se negó a permitir que los hombres de Scindia se llevasen a su heredero, Akbar Shah, a la batalla.

Desde la defección de Perron, la autoridad militar del Fuerte Rojo había recaído en el teniente coronel Louis Bourquien, quien, en otro tiempo, se había ganado la vida preparando fuegos artificiales y tartaletas en Calcuta, «su habilidad para los asuntos culinarios era superior a su habilidad para los militares». [137] Aunque, fueran cuales fuesen sus talentos, las tropas de Scindia le seguían siendo leales y estaban determinadas a vengar la masacre de sus hermanos de armas de Aligahr.

Cuando llegó la noticia de que Lake avanzaba con rapidez desde Aligahr y de que este había decidido ignorar Agra para marchar a la conquista de Delhi y «liberar» al emperador lo antes posible, Bourquien hizo cruzar a su ejército de 19 000 efectivos al otro lado del Yamuna desde los *ghats* del Fuerte Rojo a Shahdara. La zona era llana y en algunos puntos pantanosa, pero encontró una loma baja que dominaba la ruta hacia la ciudad. Dispuso una emboscada cerca del río Hindon, en un punto en el que el camino era flanqueado por dos lagos pantanosos. En ese emplazamiento, todo contingente que avanzara hacia la ciudad desde Aligahr tenía que atravesar un estrecho paso entre dos ciénagas. A continuación, ocultó su centenar de piezas pesadas en un semicírculo situado tras un grupo de altas palmas de hoja de elefante situadas en la base de la colina y esperó la llegada de Lake.

La tarde del 10 de septiembre, Lake acampó a sus hombres al norte de la tumba de Akbar, en Sikandra. Al atardecer, sus espías le trajeron la noticia de que el ejército de Scindia había cruzado el Yamuna y que se disponía a bloquear su paso; pero traían muy poca información concreta del paradero del contingente. Pronto circuló la idea de que, al día siguiente, se libraría la batalla final por el control

de la Delhi de los mogoles: «Al recibir esta información, bebimos una botella más de burdeos –escribió el intendente Pester– y, sin reflexionar mucho más acerca del destino de la batalla, nos divertimos hasta pasadas las nueve». [138]

Lake, como tenía por costumbre, despertó a sus efectivos a las 2 de la madrugada. La marcha final hacia la capital de los mogoles comenzó una hora más tarde, a las 3. A las 10, tras una marcha de 18 millas [29 km] el sol comenzaba a castigar a la columna y Lake ordenó un alto para desayunar junto a un lago pantanoso a orillas del Hindon. Las unidades montaron tiendas, se quitaron las botas, encendieron fuegos y los cipayos cocinaron sus *parathas* . El general envió un trago a sus oficiales.

Pero, de repente, una serie de brillantes resplandores y estallidos de artillería pesada «desbarataron no solo la quietud del día, sino también los tímpanos de los hombres situados más cerca de los cañones […] la onda expansiva generada por el estampido allanó la hierba que los cubría y fue seguida de inmediato de las sensaciones auditivas, innaturales y mucho más inquietantes, que experimentan los oídos ensordecidos. La metralla y las cadenas segaron la hierba con un sonido cortante al que seguía un tintineo metálico o un golpe sordo en función de si los proyectiles impactaban contra equipos o contra la carne de hombres y caballos». [139]

Fue una masacre. Una de las muchas bajas fue Pester, alcanzado por una de las primeras descargas: «Una bola de metralla atravesó la cartuchera de mis pistolas y destrozó la culata de una de ellas. Sentí temblar a mi caballo; una segunda bala de metralla le había alcanzado en el costado y se alojó bajo la piel; una tercera le atravesó. Entró por un lado de sus cuartos traseros y salió por el otro. Se tambaleó y cayó encima de mí». [140]

Se desató el caos, pero los marathas permanecieron en su posición defensiva en la altura, sin avanzar y poner en fuga a los aterrorizados cipayos de la Compañía. Esto dio tiempo a Lake a reorganizar a sus hombres. Lake decidió que haría salir a Bourquien

de su consolidada posición. Ordenó a su infantería que simulase una retirada entre dos alas de caballería que permanecían ocultas tras la hierba alta. Los marathas mordieron el anzuelo y se lanzaron adelante, pero cayeron víctimas de una maniobra en pinza. La infantería de la Compañía dio media vuelta y avanzó metódicamente a la bayoneta, apoyada por los cañones galopantes. «Les arrojamos al Yamuna –escribió Pester, que había sufrido graves contusiones–. Cientos de ellos fueron aniquilados al tratar de cruzarlo».

> La artillería volante se presentó y el río parecía hervir del fuego de la metralla que esta arrojaba sobre el enemigo que se había lanzado al agua. Durante un tiempo, fue, literalmente, un río de sangre. Semejante escena, en otro tiempo, hubiera helado el alma de un hombre. Después de esto, dimos media vuelta y volvimos al campo de batalla a recoger a nuestros soldados y oficiales heridos […]
>
> Allí, la escena era verdaderamente impactante […] unos 30 cirujanos, cubiertos de sangre por completo, operaban a los infortunados soldados cuyas piernas y brazos habían quedado destrozados. La muerte, en todas sus formas, presidía aquella asamblea de miserias humanas. Sus exclamaciones eran suficientes para conmover al más duro de los corazones. Muchos se desmayaban e incluso morían durante la intervención; otros soportaban el dolor con toda la entereza que podían […] en una esquina de la tienda había una pila de piernas y brazos, muchas de las cuales aún con botas y ropa. [141]

Aquella noche, cinco comandantes franceses se entregaron y lord Lake escribió a Wellington para informarle de lo ocurrido. [142] También añadió: «Vuestra Excelencia observará que nuestras pérdidas han sido muy grandes […] hemos encajado el fuego más intenso que jamás haya presenciado […]». [143] Luego se extendió

acerca de la valentía y la pericia mostrada por sus adversarios marathas: «Sus batallones están extraordinariamente bien equipados –escribió– y tienen una artillería muy numerosa, que se desempeña de forma inmejorable».

> Todos los cipayos del enemigo se comportaron extraordinariamente bien y sus artilleros permanecieron con sus piezas hasta que los mataron a golpe de bayoneta [...] nunca en mi vida me había visto en una situación tan severa y rezo a Dios por no tener que volver a verme en otra semejante. Su ejército está mejor equipado que el nuestro; no reparan en gastos y tienen tres veces más hombres por pieza que nosotros. Esa gente combatió como demonios, o, mejor dicho, como héroes y, de no haberles atacado con la misma disposición que habríamos empleado contra el ejército más formidable al que pudiéramos enfrentarnos, tengo la convicción de que, en la posición que nos encontrábamos, habríamos fracasado. [144]

La batalla de Delhi fue terrible, pero también la última vez en que tropas británicas se enfrentaron a oficiales franceses en Asia meridional. Esto ponía fin a más de un siglo de rivalidad, que había provocado un gran derramamiento de sangre –en su mayor parte sangre no europea– por todo el subcontinente. También puso fin al siglo de infortunios del Indostán, durante el cual los ejércitos rivales habían saqueado el territorio y se habían enfrentado por su posesión. Como escribió tiempo después Khair ud-Din: «El país florece hoy y está en paz. El ciervo duerme con el leopardo, el pez con el tiburón, la paloma con el halcón y el gorrión con el águila». [145] Por supuesto, Khair ud-Din escribía para halagar a sus amos británicos, pero había cierto grado de verdad en lo que decía. En comparación con los horrores del siglo precedente, «la gran

anarquía», los cincuenta años siguientes fueron recordados con el nombre de «la calma dorada».

De hecho, la batalla de Delhi decidió el futuro destino de la India. Los marathas eran el último poder indígena de la India con capacidad militar para derrotar a la Compañía y expulsarla del sur de Asia. Scindia y Holkar aún librarían más batallas antes de rendirse, pero después de Assaye y Delhi el resultado de la guerra estaba muy claro. La última potencia que podría haber echado a la Compañía había sido humillada y estaba a punto de ser conquistada.

Los territorios de la Compañía de Bengala, Madrás y Bombay quedaron ahora unidos en una entidad territorial a la que se sumó el Decán y la mayor parte del Indostán. Con esto, se consolidó un imperio terrestre que controlaba más de medio millón de millas cuadradas [1,2 millones de km$^2$ ] y que, cincuenta años más tarde, se convirtió en el Raj británico. [146] Poco tiempo después, la Compañía alcanzó tratados con todos los estados rajputs que habían sido feudos de Scindia: Jodhpur, Jaipur, Macheri, Bundi y el rajá jat de Bharatpur. Todos los regímenes principales de la India peninsular habían sido anexionados o eran aliados de la Compañía por medio de un proceso de conquista, colaboración y anexión. Como explicó Arthur Wellesley a su entusiasmado hermano: «Vuestra política y nuestro poder han reducido a todas las potencias de la India a la condición de meros figurantes». [147]

La mayor parte de la India peninsular fue administrada por unos 600 funcionarios civiles de la Compañía protegidos por 155 000 cipayos indios. [148] El ejército de la Compañía era, sin lugar a dudas, la fuerza militar predominante y el gobernador general que lo controlaba el verdadero emperador. Lord Wellesley no solo había ganado más súbditos para Gran Bretaña que los que esta había perdido una década antes en Norteamérica –alrededor de 50 millones–, sino que también había creado un cuadro de jóvenes comprometidos con su proyecto imperial que lo continuarían cuando él ya no estuviera. [149] Los ambiciosos protegidos de Wellesley

estaban trabajando para el establecimiento y expansión del Estado colonial anglicizado, que proporcionaría una infraestructura administrativa a este nuevo imperio, regimentada con eficiencia, pero cada vez más remota y ajena. Como escribió uno de ellos, un joven diplomático llamado Charles Metcalfe: «Soberanos sois y como tales debéis actuar». [150]

En Londres, sorprendentemente, no hubo apenas conciencia de lo que se había conseguido. El país continuaba obsesionado por la lucha contra Napoleón, con lo que, a pesar de la extensión del territorio conquistado por Wellesley, existía escaso interés por lo ocurrido en la India fuera de las organizaciones o personas directamente implicadas. Incluso el jefe superior de Wellesley, el secretario de Exteriores lord Grenville, se declaró «en la más completa ignorancia de todos los aspectos de este asunto» cuando se debatió la agresiva política expansionista de lord Wellesley en una Cámara de los Lores medio vacía. [151]

Pero, en India, todos sabían que había tenido lugar una gran revolución. Numerosos musulmanes, encabezados por el puritano imán de Delhi, Shah Abdul Aziz, consideraron aquel momento, por primera vez desde el siglo XII, el instante en que India había dejado de pertenecerles. «Los cristianos ejercen control absoluto desde Calcuta –escribió en 1803 Shah Abdul Aziz en una fatua de la yihad–. India ha dejado de ser *Dar ul-Islam* ». [152] Los responsables de la Compañía lo vieron con igual claridad: «Somos los amos absolutos de la India –escribió Thomas Munro– y nada podrá inquietar nuestro poder si tomamos las medidas adecuadas para consolidarlo». [153] Los cimientos de la supremacía británica se habían erigido. Con la salvedad de unos pocos meses durante el gran alzamiento de 1857, la India permaneció, para bien y para mal, bajo control británico durante los siguientes 144 años. No logró su libertad hasta agosto de 1947.



Shah Alam y la familia real observaron con inquietud la batalla desde el tejado del Fuerte Rojo. Hacia última hora de la tarde pudieron contemplar desde su privilegiada posición a los lanceros de la Compañía perseguir a los cipayos marathas delante de sus pabellones de mármol. Estos «les lanceaban en las orillas del río que fluye bajo el fuerte de Delhi. El emperador envió de inmediato un mensajero para felicitar al comandante en jefe por nuestra victoria y declaró que "esperaba recibir en sus brazos al general que venía a salvarlo"». [154]

Al día siguiente, 15 de septiembre, según el *Shah Alam Nama* :

> El general Lee plantó su tienda en el otro lado del Yamuna y envió a Sayyid Reza Khan, que durante largo tiempo había sido el representante de la Compañía ante la corte imperial, a solicitar humildemente una audiencia en el Portal Celestial. También pidió que se les proporcionasen barcas para cruzar el río. El Monarca Universal dio orden a su Comandante del Río de que enviase embarcaciones sin demora. El general cruzó el Yamuna y se alojó en las inmediaciones del viejo fuerte de Purana Qila. Al día siguiente, Sayyid Reza Khan presentó a Su Majestad la misiva del Gobernador General en la que le expresaba sus mejores deseos y su leal amistad. Su Majestad honró al mensajero regalándole túnicas. [155]

El 16 de septiembre, el príncipe heredero, Akbar Shah, tenía que presentarse en el campamento de lord Lake a mediodía. Pero, con el característico sentido de la puntualidad de los mogoles, no se presentó hasta las 3 de la tarde, cuando los cipayos llevaban

formados más de tres horas. El comandante William Thorn era uno de los que estaba en filas, en posición de firmes y sudando con su casaca de fustán rojo bajo el bochorno pegajoso del monzón. «Cuando finalizaron las ceremonias de rigor –escribió– y Su Alteza montó en su elefante y se formó la cabalgata, ya eran más de las 4 de la tarde».

> Dado que la distancia era de 4 millas [6 km], Su Excelencia [Lake] no llegó a palacio hasta el anochecer. La presión del gentió que tuvo que atravesar fue tan grande que tuvo enormes dificultades para mantener la línea; pues la población de Delhi estaba concentrada en una masa sólida e incluso los patios de Palacio estaban repletos de espectadores, deseosos de presenciar el resurgir de la Casa de Timur, que tanto tiempo había estado bajo sospecha. [156]

El recuerdo de los asedios y saqueos marathas no se había olvidado en Delhi, por lo que las unidades de Scindia siempre habían sido impopulares. Al parecer, nadie sentía pena porque se fueran. Con respecto a lo que cabía esperar de los nuevos protectores del emperador, la población de la capital mogola se mantuvo, por el momento, curiosa y a la expectativa:

> Tras progresar con lentitud entre la inmensa concurrencia, todos deseosos por contemplar al libertador de su soberano, el comandante en jefe llegó a palacio y fue llevado a un aposento donde los ojos de los presentes antaño habían quedado deslumbrados por el esplendor de la magnificencia oriental [...]
>
> Mas ahora, tal es la vanidad de las grandezas terrenales y la incertidumbre del poder mortal, el descendiente del gran Akbar y de Aurangzeb el victorioso, fue hallado en un estado digno de lástima, cegado y envejecido, despojado de su

> autoridad y reducido a la pobreza. Se encontraba sentado bajo un pequeño palio andrajoso, un fragmento del patrimonio real que era una burla al orgullo humano. Semejante escena causó profunda impresión en las mentes de aquellos que la presenciaron. [157]

Según el *Shah Alam Nama* , a pesar de la escena, Lake «inclinó su cabeza a los pies del trono imperial» y conversó con el emperador ciego por mediación de su segundo, el coronel *sir* David Ochterlony. El padre de Ochterlony era un *Highlander* , un escocés de las Tierras Altas que se había establecido en Massachusetts. Cuando estalló la revolución, su familia, que era lealista, huyó a Canadá y David se incorporó al ejército de la Compañía en 1777. Nunca regresó al Nuevo Mundo. Había hecho de la India su hogar y estaba determinado a no abandonarlo nunca. Había reunido una serie de esposas indias, a las que regaló un elefante a cada una, por medio de las cuales había aprendido a hablar urdu y persa con fluidez. Este hecho impresionó y sorprendió al cronista Munna Lal, que observó que Da'ud Akhtar-Luni Bahadur (pues así le llamaba) «tenía una comprensión y una agudeza sin igual y estaba muy versado en letras persas. A petición del emperador, se quedó en la corte para asesorar a Su Majestad en las negociaciones políticas y financieras». [158]

Ochterlony leyó a Shah Alam las cartas, cuidadosamente redactadas, que Wellesley había remitido para la ocasión. En ellas, el gobernador general se describía a sí mismo como «el feliz instrumento de la recuperación de la dignidad y quietud de Vuestra Majestad, al amparo del poder de la Corona británica». [159] A su vez, escribió Munna Lal: «Su Majestad, con el fin de mostrar su agradecimiento a Kampani Sahib Bahadur, donó a los dos hombres ricas túnicas y concedió el título de nabab Samsam al-Daula, Khan Dauran Khan, al general Gerald Lake. El coronel [Ochterlony] también recibió un regalo, finas túnicas adecuadas al rango de nasir al-Daula, Muzaffar Jang». [160] * Ochterlony, a su vez, anunció el

regalo de 600 000 rupias de Wellesley, que ponía a disposición de Shah Alam para sus gastos más inmediatos, y se comprometió a proporcionarle 64 000 rupias mensuales ** «por el coste de los sirvientes de la real hacienda, los príncipes y los cortesanos principales, pilares del Estado». [161]

En los días siguientes, lord Lake celebró en Delhi un *durbar* para todos los nobles de la corte mogola y algunos otros «que se declararon afectos a los ingleses». [162] Estos incluían a la Begum Sumru, que había enviado un batallón de sus soldados a combatir junto con los marathas y que estaba preocupada de que esto, sumado al papel de su marido en la masacre de Patna, pudiera hacer que sus fincas fueran confiscadas. No obstante, durante la cena que siguió al *durbar* , logró ganarse a Ochterlony, que, con el tiempo, se convirtió en un amigo íntimo.

Begum Sumru también se presentó ante lord Lake, pero la situación fue algo más problemática. Lake, que había bebido de más, se sorprendió al verse abordado por una mujer que, en otro tiempo, había sido considerada una de las cortesanas más bellas de Delhi, «en lugar de por un caudillo de poblada barba», como escribió Skinner. Lake, «un tanto animado por el vino que acababa de tomar, se adelantó con galantería y, ante la consternación de los presentes, la tomó entre sus brazos y la besó». Esto suponía una violación de todas y cada una de las normas de etiqueta mogola; un silencio sombrío se hizo en toda la cena. «El error podría haber sido motivo de gran embarazo, pero la presencia de ánimo de la dama lo solucionó. Tras recibir con cortesía las atenciones de Lake, se dirigió con calma a los asombrados presentes: "Esto es –dijo– el saludo [de perdón y reconciliación] de un padre a su hija". La Begum era de confesión cristiana, por lo que la explicación encajaba a la perfección. No obstante, espectadores más experimentados habrían sonreído al ver el aspecto de clérigo alegre con casaca roja que presentaba Su Señoría». [163]

Lake partió poco después a Agra para capturar el fuerte, eliminar las últimas resistencias marathas y obtener su gran victoria final sobre Scindia en Laswari. Ochterlony, que acababa de ser nombrado nuevo residente de la Compañía, estableció su residencia en las ruinas de un antiguo edificio mogol que, en otro tiempo, había sido la biblioteca del príncipe sufí Dara Shukoh, hijo mayor de Shah Jadan, y, en fechas más recientes, la casa de la que el joven príncipe Shah Alam había escapado de Imad ul-Mulk, hacía casi cincuenta años. [164] Mientras tanto, se dispuso un alojamiento y hospital para la caballería y la artillería cerca de la puerta de Cachemira. El haveli de Qamar al-Din, cerca de la puerta Ajmeri, se convirtió en la nueva aduana. Se ocuparon diversas mansiones antiguas para uso de la nueva administración de la Compañía y se estableció un sistema de tribunales duales anglo-mogoles. [165] La nueva administración conjunta anglo-mogol se estableció en el territorio con rapidez.

La conquista de Delhi por parte de la Compañía fue, desde cualquier punto de vista, un momento de enorme significación. Para Shah Alam, invidente y carente de poder, «un simple rey de ajedrez» en palabras del poeta Azad, la conquista solucionó al fin el dilema que le había atormentado toda su vida: cómo gobernar el imperio de sus ancestros timúridas, desde dónde y bajo la protección de quién. [166] Estaba ahora en su 77.º año de vida. Cuando era un muchacho había visto a Nader Shah entrar en Delhi y llevarse el trono del pavo real, en el cual estaba engastado el gran diamante Koh-i-Noor. Había escapado al intento de Imad ul-Mulk de asesinarlo y había sobrevivido a repetidas batallas con Clive. Había combatido a la Compañía en Patna y en Buxar, concedido el *Diwani* a Clive en Allahabad y desafiado a la Compañía al recorrer el país para regresar a Delhi. En compañía de Mirza Najaf Khan, había estado cerca, contra todo pronóstico, de reconstruir el imperio de sus antepasados, para luego ver cómo todo esto se desvanecía como un espejismo a causa de la muerte prematura del último de los grandes generales mogoles. Por último, en su momento más amargo, el

emperador había sido asaltado y cegado por su antiguo favorito, el demente Ghulam Qadir. Ahora, bajo las alas protectoras de Wellesley y con una pensión de la Compañía, pudo al menos vivir sus últimos años en el trono de sus ancestros, en su amado Fuerte Rojo, con confort y seguridad y con cierto grado de dignidad.

Tres años más tarde, el 1 de abril de 1806, el segundo de Ochterlony, William Fraser, uno de los primeros graduados de la nueva universidad de Fuerte William fundada por lord Wellesley, relató en una carta remitida a su padre, en Inverness, sus impresiones del viejo emperador y su corte. «En uno de los últimos festivales musulmanes –escribió–, acompañé al rey a la mezquita, y quedé muy conmovido por la dignidad y humidad con la que toda la corte ofrecía sus plegarias al Todopoderoso».

> Estuve en todo momento junto al rey y no podía evitar admirar la extrema nobleza de su porte, aspecto y gestos. La pérdida de los ojos no desfigura en absoluto su expresión. Pero la historia de su pérdida y de su infortunio elevan al máximo vuestra piedad y veneración. Con su muerte, y no antes, podremos decir que la saga de Timur se ha extinguido como dinastía. Esta comenzó con el cojo y finalizará con el ciego. [167]

Difícilmente podía decirse que había sido un reinado glorioso, pero es indudable que su vida destacó por su amabilidad, decencia, integridad y erudición en un tiempo en que tales cualidades no abundaban. Por encima de todo, Shah Alam demostró una determinación extraordinaria a pesar de verse sometido a una sucesión de pruebas horrorosas. En el transcurso de su vida sufrió una larga serie de reveses. Pero nunca se rindió y solo durante un breve tiempo –tras la violación de su familia y acabar cegado por los rohillas– se abandonó a la desesperación. En las circunstancias más adversas imaginables, las de la Gran Anarquía, había gobernado una

corte de elevada cultura y, además de escribir excelentes versos, había sido un generoso auspiciador de poetas, eruditos y artistas.

Es más, había guiado a su dinastía en sus momentos más bajos y había logrado mantener viva la llama mogola durante lo peor de la Gran Anarquía. Había conseguido crear un nuevo modelo de gobierno, en el que la ausencia de poder real permanecía escondido bajo una aura de reinado de origen divino y una cortina dorada de alta cultura y modales cortesanos, elementos todos que derivaban de sus ancestros timúridas. Este concepto siguió siendo lo bastante atractivo como para que, medio siglo más tarde, la corte de su nieto se convirtiera en el núcleo de la mayor revuelta anticolonial de la historia. Un alzamiento que estuvo cerca de poner fin al dominio británico y que muy bien podía haber significado el inicio de una nueva época de gobierno mogol. [168]

Para la Compañía, también esta fue una ocasión histórica, la culminación de su larga lucha para derrotar a los marathas y arrebatarles el control del antiguo Imperio mogol. Al mismo tiempo, también representaba el acto final de la penetración gradual de la Compañía en el sistema mogol. Durante este proceso, una corporación accionarial de la City londinense se apropió poco a poco del poder del imponente Imperio mogol y ya con Wellesley asumió, en cierto modo, los símbolos de su grandeza.

En último término, la Compañía impuso su predominio al situarse en la posición de regente del emperador mogol, lo cual le proporcionaba cierta legitimidad ante los indios al amparo de la legalidad imperial. En fecha tan tardía como 1831, el reformista bengalí Raja Rammohan Roy insistía en que «la mayor estabilidad del poder del Gobierno británico se consiguió gracias a la amistad agradecida del monarca, quien, aunque carecía de posesiones territoriales, seguía siendo considerado por las naciones del Indostán la única fuente legítima de honores o poder». [169] La Compañía comprendió la importancia de infiltrase en el sistema mogol en lugar de limitarse a destruirlo o abolirlo.

Wellesley declaró a los directores: «Me aterra que en Inglaterra se sospeche» que tenía intención de «colocar a la Compañía de las Indias Orientales, de forma directa o indirecta, en el trono de los mogoles». [170] Aunque, en realidad, eso era exactamente lo que había hecho. En menos de cincuenta años, una corporación multinacional se había hecho con el control de casi todo el antiguo Imperio mogol. También había creado, llegada esta fase, una administración y un complejo funcionariado civil, había construido buena parte de los muelles de Londres y estaba cerca de generar la mitad del comercio británico. Su gasto anual, solo en Gran Bretaña –alrededor de 8,5 millones de libras– [*] equivalía a cerca de una cuarta parte del gasto anual total del Gobierno británico. [171] No resulta en absoluto sorprendente que la Compañía se refiriera a sí misma como «la sociedad mercantil más grande del universo». Sus ejércitos tenían más tamaño que los de casi todas las naciones Estado y su poder abarcaba todo el globo. De hecho, sus acciones se consideraban algo así como un divisa refugio global. Como escribió Burke: «La constitución de la Compañía comenzó siendo comercio y acabó siendo imperio», o más bien, como admitió uno de sus directores, como «un imperio dentro de un imperio». [172]

No obstante, a pesar de sus enormes recursos, para financiar seis años de guerras incesantes Wellesley había estado a punto de quebrar la Compañía. Su déficit anual se disparó hasta cerca de los 2 millones de libras [**] por año. La deuda total de la Compañía, que ascendía a 17 millones de libras en el momento de la llegada de Wellesley a la India, se había elevado hasta los 31,5 millones. [*] Entre 1800 y 1806 tuvo que enviarse desde Londres a Bengala plata por valor de 3,9 millones [**] para comenzar a pagar la ingente deuda que había acumulado Wellesley. [173] La gota que colmó el vaso fue el coste de la nueva sede gubernamental de Calcuta, que lord Wellesley había comenzado a construir, de dimensiones palaciegas, al estilo de los mogoles. Los directores afirmaron que, con Wellesley, el gobierno de la India «se había vuelto despótico».

El 6 de noviembre de 1803, la Junta de Directores remitió al Comité de Control del gobierno una serie de objeciones contra Wellesley, al que acusaban de:

> […] entrometerse en la constitución establecida para el gobierno de la India británica y, cuando se le comentó este particular con el fin de efectuar la reducción del gasto público prometida […], en lugar de responder a sus inquietudes [Wellesley] se embarcó, de forma innecesaria en su opinión, en ambiciosos planes de política exterior que condujeron de forma inevitable a guerras que […] en opinión del Consejo, han producido numerosos y graves males, han disminuido aún más la posibilidad de reducir la deuda y gastos del país y ha trocado la seguridad y respeto del poder británico por una supremacía incierta y, es de temer, por la desafección de todos los estados de la India. [174]

A finales de 1803 se tomó una decisión definitiva. Wellesley, el hacedor de imperios, el intruso gubernamental en el nido de la Compañía, sería sustituido.




En 1803, los directores se salieron con la suya, pero, en última instancia, fue el Gobierno británico quien se impuso a la Compañía. A pesar de que esta se había hecho más fuerte y más invencible cada día, mucho más de lo que nunca lo había sido, durante la primera mitad del siglo XIX estuvo cada vez más controlada y sometida por el Estado británico. La idea de que una corporación dirigiera lo que ahora era la colonia más importante del país comenzó a verse, cada vez más, como una anomalía.

Un autor anónimo, probablemente James Mill, expresó muy bien la situación en el *Edinburgh Review* pocos meses después de la destitución de Wellesley. «De entre todos los sistemas políticos visionarios y extravagantes propuestos –redactó–, ninguno ha sido lo bastante absurdo como para proponer que la forma más aconsejable de gobernar un imperio era entregarlo al cuidado de un grupo de mercaderes residentes a muchos miles de millas». [175] En 1813, el Parlamento abolió el monopolio comercial de la Compañía con oriente, lo cual permitió a otros comerciantes y agencias establecerse en Bombay y Calcuta. [176]

En torno a 1825 existía en el Parlamento una creciente oposición a la existencia de la Compañía de las Indias Orientales. Un diputado remarcó que el poder e influencia de esta era tan grande que «de no ser tan remota la fuente de su riqueza, la mera existencia de semejante organización sería un peligro, no solo para la libertad del súbdito, sino también para la estabilidad del Estado». Cinco años más tarde, un segundo miembro del Parlamento clamaba contra los políticos que permitían la existencia «de un poder gigantesco opuesto a la riqueza del reino y sobre el cual el parlamento tiene un control muy *débil* e *indirecto* ». [177] En sesión parlamentaria, James Silk Buckingham fue aún más allá: «La idea de entregar a una compañía accionarial […] la administración política de un imperio habitado por 100 millones de almas era tan ridícula que si se propusiera hoy por primera vez sería considerada no solo un absurdo, sino un insulto para el entendimiento más simple del reino». [178]

En 1833, el Parlamento por fin tomó medidas con la aprobación de la ley de la Compañía de las Indias Orientales, que suprimía su derecho a comerciar y la convertía en una especie de corporación gubernamental. La Compañía, que en otro tiempo había presidido un vasto imperio comercial –y que, incluso en esta etapa, ganaba, solo del comercio del té, 1 millón de libras anuales– [*] pasó su última etapa dedicada en exclusiva a gobernar el imperio. [179]

Al fin, el 10 de mayo de 1857, el ejército privado de la CIO se alzó contra su propietario. Durante el aplastamiento de la rebelión, después de nueve meses de incertidumbre, la Compañía se entregó a ahorcar y asesinar a muchas decenas de miles de sospechosos de ser rebeldes en las ciudades bazar situadas en el curso del Ganges. Es probable que este fuera el episodio más sangriento de toda la historia del colonialismo británico. A consecuencia de la Rebelión de la India –el motín indio [Indian Mutiny], como se conoce en Gran Bretaña; o la Primera Guerra de Independencia, como se denomina en la India– el Parlamento privó a la Compañía de todo su poder.

Se habían rebasado los límites. El Estado victoriano, alerta ante los peligros de la codicia e incompetencia empresariales, domó sin problemas a la corporación más voraz de la historia. La armada de la Compañía fue suprimida y su ejército pasó a estar controlado por la Corona. En 1859, en el interior de los muros del fuerte de Allahabad –en el mismo lugar donde Clive, con la firma del *Diwani* , había convertido a la Compañía en una potencia imperial– el gobernador general lord Canning anunció de forma oficial que las posesiones indias de la Compañía serían nacionalizadas y pasarían a ser controladas por la Corona británica. La reina británica, y no los directores de la CIO, gobernaría la India a partir de ese momento.

La Compañía de las Indias Orientales continuó malviviendo quince años más hasta el momento en que expiró su licencia. En 1874 cerró sin hacer apenas ruido, «con menos alboroto –dijo un cronista– que la quiebra de un ferrocarril regional». [180]

Su nombre comercial es hoy propiedad de dos hermanos de Kerala que se dedican a la venta de «condimentos y comestibles de calidad» en una tienda del West End londinense.



# NOTAS

**1** *Cit* . en Butler, I., 1973, 134.

**2** Cuando llegó por primera vez a la India, Richard Wellesley todavía era conocido por el título de 2.º *Earl* [conde] de Mornington. Para facilitar la comprensión del texto le denomino marqués Wellesley, título que no adquirió hasta 1799.

**3** *Cit* . en Moon, *sir* P., 1989, 341.

**4** Butler, I., *op. cit* ., 134.

**5** Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1970, 16.

**6** *Cit* . en Buddle, A., 1999, 33.

**7** La fuente principal de este párrafo es *Proceedings of a Jacobin Club formed at Seringapatam by the French soldiers in the Corps commanded by M. Domport* , 1799; Michaud, J., 1924, 108-109. Véase también Forrest, D., 1970, 250-252; Jasanoff, M., 2005, 150-151, 159-160.

**8** *Cit* . en Compton, H. (ed.), 1943, 8-9.

**9** Forrest, D., *op. cit* ., 254.

**10** *Ibid* ., 259.

**11** Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1840, vol. I, 159.

**12** Wilks, M., 1820, vol. II, 689.

**13** La traducción íntegra de la correspondencia de Raymond puede consultarse en Sarkar, *sir* J., 1997, 125-144.

**14** Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 382-386.

**15** Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1840, vol. I, 209. Véase también Weller, J., 1972, 24-25.

**16** Lushington, S. R., 1840, 235.

**17** Kaye, J. W., 1856, vol. I, 78.

**18** *Ibid* ., vol. I, 78n.

**19** *Cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 281.

**20** *Cit* . en Butler, I., *op. cit* ., 166.

**21** *Cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 284.

**22** *Cit* . en Butler, I., *op. cit* ., 167.

**23** *Cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 285.

**24** Tripathi, A., 1979, 4, 46-47, 72, 80-81; Ray, R. K., 1998, 516-517.

**25** Stein, B., 1989, vol. V, 1 n.s. 21. Véase también Peers, D., 2012, 33.

**26** Gupta, P. C., 1939, 57. La política del periodo, incluso para los estándares marathas, era de una complejidad extrema. La muerte del *peshwa* (ya fuera por accidente o suicidio) en octubre de 1795 había dejado abierta la cuestión del sucesor del *peshwa* debido a que los únicos miembros supervivientes de la

familia de este, Baji Rao y su hermano Chimaji, estaban en prisión (eran hijos de Raghunath Rao, caído en desgracia) y los hermanos Rao y Nana Phadnavis se detestaban mutuamente. Dio comienzo entonces una prolongada pugna entre Daulat Rao, que todavía estaba en Pune, y Nana por controlar al siguiente *peshwa* . Baji Rao, tras su apariencia de bondad y buen corazón, era un maestro del engaño. Prometió dinero a Scindia y obtuvo la connivencia de Nana. Al cabo de 14 meses era *peshwa* , pero carecía de dinero y dependía de las armas de Scindia y de la experiencia administrativa de Nana. No obstante, la desconfianza mutua era profunda y Nana y Daulat Rao estaban enfrentados. Nana quería que Scindia se marchase al norte. Scindia quería dinero y consideraba que solo Nana disponía de este. Scindia utilizó una astuta treta para engañar a Nana: con «la palabra de un oficial europeo» llamado Filose, Scindia le atrajo a su campamento para una reunión de despedida y le arrestó. Nana fue retenido en el campamento de Scindia durante tres meses, aunque se negó a dar ningún dinero. Fue enviado preso a Ahmednagar. La administración colapsó, con lo que Nana tuvo que ser liberado y restaurado en su cargo. Aunque las sospechas continuaron: ninguno de los consejos de Nana eran aceptados. Tras el ataque británico contra Tipu, Nana imploró el envío de un ejército. A finales de abril de 1799 escribió a los británicos que él mismo dirigiría un contingente. Pero era demasiado tarde. En 1799, Nana rechazó la oferta británica de una parte de la provincia de Tipu a cambio de un tratado humillante. Falleció en 1800.

**27** *Cit* . en Kirkpatrick, W., 1804. Véase también Brittlebank, K., 1997, 11.

**28** *Cit* . en Butler, I., *op. cit* ., 162.

**29** *Cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 277.

**30** Forrest, D., *op. cit* ., 270-271.

**31** *Cit* . en Butler, I., *op. cit* ., 166.

**32** OIOC, India Office Library, Kirkpatrick letters, Mss Eur F228/11 f. 10.

**33** Gupta, P. C., *op. cit* ., 58.

**34** Michaud, J., *op. cit* ., 100-103.

**35** *Ibid* ., 129.

**36** Husain, M. (trad.), 1900?; Michaud, J., *op. cit* ., 165-167.

**37** *Cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 285; Bayly, C. A., 1988, 97.

**38** Butler, I., *op. cit* ., 170.

**39** En este periodo, la organización de los carros de bueyes y de las ovejas para alimentar al ejército era una de las principales preocupaciones de James Kirkpatrick. *Vid* . OIOC, Kirkpatrick papers, Mss Eur F228/11, pp. 14, 15, 28, etc.

**40** El comentario de Wellesley se cita en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 286; la frase siguiente en Buddle, A., 1999.
**41** *Cit* . en Buddle, A., 1999, 15.
**42** Price, D., 1839, 430.
**43** *Cit* . en Buddle, A., 1999, 34.
**44** Beatson, A., 1800, 97, 139-140; Price, D., *op. cit* ., 434-435.
**45** Price, D., *op. cit* ., 418-421.
**46** Wheatley, capitán G. R. P., 1912, 255.
**47** Weller, J., *op. cit* ., 73.
**48** Michaud, J., *op. cit* ., 169; Forrest, D., *op. cit* ., 290.
**49** Wilkin, capitán W. H., 1912, 68.
**50** Price, D., *op. cit* ., 427.
**51** Forrest, D., *op. cit* ., 291.
**52** Beatson, A., *op. cit* .
**53** Wilkin, capitán W. H., *op. cit* ., 73.
**54** Beatson, A., *op. cit* ., 123.
**55** Moor, E., 1794, 24-32.
**56** *Cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 288.
**57** Beatson, A., *op. cit* ., 148.
**58** Price, D., *op. cit* ., 432.
**59** Moor, E., *op. cit* ., *cit* . en Sen, A., 1977, vol. I, 46.
**60** Price, D., *op. cit* ., 434-435.
**61** *Vid* . Forrest, D., *op. cit* ., 299. Véase también Buddle, A., 1999, 37.
**62** Anón., 1800, 102; Buddle, A., 1990, 36.
**63** Arthur Wellesley a la Junta de Directores, enero de 1800. *Cit* . en Buddle, A., 1990, 38.
**64** Collins, W. W., 1868.
**65** *Cit* . en Butler, I., *op. cit* ., 188.
**66** *Cit* . en Abdus Subhan, «Tipu Sultan: India's Freedom-Fighter par Excellence», en Ray, A. (ed.), 2002, 39.
**67** Acerca de Nana Phadnavis, *vid* . Duff, G., 1826; Srivastava, A. L., 1964; Sen, S. N., 1974.
**68** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 314.
**69** *Ibid.* , 314. Véase también Singh, R. (ed.), 1998.
**70** *Archives Departmentales de la Savoie, Chambery, De Boigne Archive, bundle AB IV* , Wm Palmer a de Boigne, Poona, 13 de diciembre de 1799.
**71** *Ibid* .
**72** Sardesai, G. S., 1946, vol. III, 371.
**73** Gupta, P. C., *op. cit* ., 23.

**74** Munshi Munna Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406, Oriental Research Library, 536.
**75** Sarkar, *sir* J., 1991, vol. III, 173-175.
**76** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 371.
**77** Rizvi, S. A. A., 1982, 43.
**78** Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 346-347; Farooqui, A., 2013, 31.
**79** *Roznamcha-i-Shah Alam* , BL, Islamic 3921. Todos los ejemplos son de los meses de Shabaán y Ramazán, noviembre-diciembre de 1791.
**80** Munshi Munna Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406, 535.
**81** *Roznamcha-i-Shah Alam* , BL, Islamic 3921. Ambos ejemplos son de los meses de Shabaán y Ramazán, noviembre-diciembre de 1791.
**82** Del gobernador general al comité secreto de la Junta de Directores, 13 de julio de 1804; Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1840, vol. IV, 153.
**83** Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1840, vol. III, 230-233.
**84** *Ibid* ., vol. III, n.º xxxv, 27 de junio de 1803.
**85** BL, IOR, H/492 ff. 251-252, Wellesley a Shah Alam, 27 June (Political Consultations, 2 de marzo de 1804).
**86** BL, IOR, H/492 f. 241, Wellesley a Shah Alam, 27 June (Political Consultations, 2 de marzo de 1804). Véase también Spear, P., 1951, 35. Monghyr era una de las antiguas capitales de Mir Qasim.
**87** Pearse, coronel H., 1908, 150.
**88** Thorn, *Major* W., 1818, 80.
**89** Bayly, C. A., 1988, 86.
**90** Welsh, J., 1830, vol. I, 147. Véase también Sarkar, *sir* J., 1991, vol. IV, 227.
**91** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 398-399.
**92** Blakiston, J., 1829, vol. I, 145. *Cit* . en Cooper, R. G. S., 2003, 81.
**93** Bayly, C. A., 1988, 85; Wilson, J., 2016, 187; Bowen, H. V., 2006, 47; Micklethwait, J. y Wooldridge, A., 2003, 4.
**94** Cartas remitidas por un agente al gobernador general. Extracto de los volúmenes (registros) 1-21 Commissioner Banares pre-Mutiny Agency Records. Véase también la excelente aportación de Subramanian, L. y Ray, R. K., 1991, 57-59.
**95** *Cit* .en Bayly, C. A., 1988, 102.
**96** *Ibid* ., 102-103, 106, 108; Ray, R. K., 1998, 516-517; Bayly, C. A., 1983, 211-212.
**97** *Cit* . en Duff, G., *op. cit* ., vol. I, 431.
**98** Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 328.
**99** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 413-414.

**100** Pinch, W., 2006, 106-107, 114. Thomas Brooke al comandante Shawe, secretario de lord Wellesley. BL, Add Mss 37, 281 ff. 228b-229f.

**101** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 403-405.

**102** *Ibid* ., vol. III, 397.

**103** Memorando del 8 de julio de 1802, *cit* . en Fisher, M. H., 2012, 263.

**104** Para una excelente narración del estilo imperial de Wellesley, *vid* . Bence-Jones, M., 1973 capítulo 2.

**105** *Cit* . en Davies, Ph., 1985, 35.

**106** Butler, I., *op. cit* ., 306.

**107** Sarkar, *sir* J., 1991, vol. IV, 229.

**108** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 402.

**109** 26 de septiembre, AW a JM, *Supplementary Despatches of Arthur, Duke of Wellington, KG, 1797-1818* , vol. IV, 160. Véase también *Major* Burton, 1900, «Wellesley's Campaigns in the Deccan», *Journal of the United Services Institution India* , n.º 29, 61.

**110** Blakiston, J., *op. cit* ., vol. I, 164-165. *Cit* . en Cooper, R. G. S., *op. cit* ., 108.

**111** Thorn, *Major* W., *op. cit* ., 279.

**112** La obra de Cooper, R. G. S., *op. cit* . contiene el mejor relato de la batalla. Visité el campo de batalla con el actual duque de Wellington y los mapas de Cooper fueron de inestimable ayuda. Mientras escribo estas líneas tengo ante mí una bala de plomo de mosquete de la Compañía que encontré en Pipalgaon en nuestro recorrido por el campo de batalla.

**113** Colebrook, *sir* T. E., 1884, vol. I, 63-69.

**114** *Cit* . en Sarkar, *sir* J., 1991, vol. IV, 276. Véase también Wilson, J., *op. cit* ., 173.

**115** Thorn, *Major* W., *op. cit* ., 276-277.

**116** Cooper, R. G. S., *op. cit* ., 116.

**117** Brett-James, A. (ed.), 1961, 84-85.

**118** *Sir* Thomas Munro, *cit* . en Moon, *sir* P., *op. cit* ., 321.

**119** Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 204; Ray, R. K., 1998, 522.

**120** Pearse, coronel H., *op. cit* ., 1; Moon, *sir* P., *op. cit* ., 323.

**121** Thorn, *Major* W., *op. cit* ., 87-89.

**122** Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 299-301.

**123** Fraser, J. B., 1851, vol. I, 265; Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 302-303. Compton considera esta carta «indudablemente característica, contiene toda la jactancia, vanagloria e inefable vanidad francesa».

**124** Fraser, J. B., *op. cit* ., vol. I, 253-254; Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 301.

**125** Fraser, J. B., *op. cit* ., vol. I, 251.

**126** Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 303-304.

**127** *Ibid* ., 231.
**128** Fraser, J. B., *op. cit* ., vol. I, 266.
**129** Thorn, *Major* W., *op. cit* ., 96-97.
**130** *Ibid* .
**131** El mejor relato moderno del asalto contra Aligarh es también el de la maravillosa obra de Cooper, R. G. S., *op. cit* ., 161-163.
**132** Fraser, J. B., *op. cit* ., vol. I, 266-267.
**133** Pester, J., 1900?, 156-157.
**134** Munshi Munna Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406, 46th Year of the Auspicious Reign, 535; Hasan, M. Z., 1920, vol. III, 7.
**135** BL, OIOC, IOR/H/492 f. 301, f. 305, Proclama de Shah Alam.
**136** BL, OIOC, IOR/H/492 f. 292, Proclama de Shah Alam.
**137** Sardesai, G. S., *op. cit* ., vol. III, 419; Compton, H. (ed.), *op. cit* ., 340-341, Cooper, R. G. S., *op. cit* ., 188.
**138** Pester, J., *op. cit* ., 163.
**139** Este magnífico pasaje ha sido extraído de Cooper, R. G. S., *op. cit* ., 172 y deriva, a su vez, del diario del capitán George Call, vol. I. 22, National Army Museum, Acc. No. 6807-150.
**140** Pester, J., *op. cit* ., 166.
**141** *Ibid* ., 169.
**142** Sarkar, *sir* J., 1991, vol. IV, 246.
**143** Pearse, coronel H., *op. cit* ., 197.
**144** Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1840, vol. III, 445. Despacho secreto del comandante en jefe general Lake al gobernador general Richard Wellesley.
**145** Fakir Khair ud-Din Illahabadi, *'Ibrat Nama* , BL Or. 1932, f. 1r.
**146** Bowen, H. V., *op. cit* ., 5.
**147** Wilson, J., *op. cit* ., 176.
**148** *Ibid* ., 122, 187. En julio de 1806, lord Wellesley inauguró la universidad del Fuerte William para formar una nueva generación de altos funcionarios de la administración civil de la India.
**149** Bowen, H. V., *op. cit* ., 5.
**150** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 328, 343.
**151** Butler, I., *op. cit* ., 333.
**152** Ray, R. K., 2003, 327; Ray, R. K., 1998, 526.
**153** Moon, *sir* P., *op. cit* ., 328, 343.
**154** Pester, J., *op. cit* ., 174.
**155** Munshi Munna Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406, 46th Year of the Auspicious Reign, 542.
**156** Thorn, *Major* W., *op. cit* ., 125.

**157** *Ibid* ., 125-126.

**158** Munshi Munna Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406, 46th Year of the Auspicious Reign, 544.

**159** Dutta, K. K., 1965, 115.

**160** Munshi Munna Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406, 46th Year of the Auspicious Reign, 544.

**161** BL, OIOC, IOR H/492, f. 349.

**162** Dutta, K. K., *op. cit* ., 114-115.

**163** Fraser, J. B., *op. cit* ., vol. I, 293-294.

**164** Pannikar, K. N., 1968, 7.

**165** Blake, S. P., 1991, 170, 181; Spear, P., *op. cit* ., 92.

**166** *Cit* . en Pritchett, F. W. P., 1994, 3.

**167** Fraser of Reelig Archive, Inverness, vol. XXIX, Wm Fraser libro de correspondencia, 1 de abril de 1806, a Edward S. Fraser.

**168** *Vid* . Dalrymple, W., 2006.

**169** Ray, R. K., 2003, 301-303, 334.

**170** *Cit* . en Majumdar, J. K. (ed.), 1939, 4, 319-320.

**171** Bowen, H. V., *op. cit* ., 277.

**172** *Vid* . Sramek, J., 2011, 17.

**173** *Ibid* ., 229.

**174** Marshall, P. J., 1968, 142-144.

**175** *Cit* . en Nechtman, T. W., 2010, 225.

**176** Micklethwait, J. y Wooldridge, A., *op. cit* ., 36.

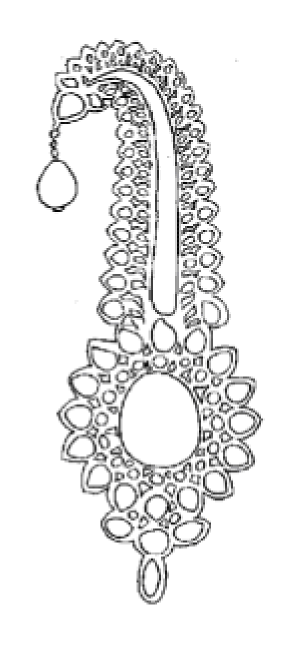
**177** Bowen, H. V., *op. cit* ., 16-17.

**178** *Ibid* ., 297.

**179** Roy, T., 2012, xxiii.

**180** Micklethwait, J. y Wooldridge, A., *op. cit* ., 36.

* N. del A.: 6,5 millones de libras actuales.
* N. del A.: 4 379 550 libras actuales.
* N. del A.: 1 millón de libras = 130 millones de libras actuales.
* N. del A.: Algunas fuentes secundarias afirman, por error, que fue Arthur Wellesley quien descubrió el cadáver de Tipu. Pero es evidente que fue Baird quien lo encontró, a juzgar por la carta que este último escribió al general Harris y que puede consultarse en M. Martin (ed.), 1836: *The Despatches, Minutes and Correspondence of Marquis Wellesley* , vol. I, 687-689. En general, el papel desempeñado por Arthur Wellesley en la toma de Seringapatnam ha sido exagerado por algunos historiadores, los cuales han inflado su importancia sobre la base de sus futuros triunfos europeos. Baird y Harris eran los dos oficiales de mayor rango y en la época se les atribuyó el mérito de la derrota de Tipu.
* N. del A.: 200 millones de libras actuales.
* N. del E.: W. Collins, *La Piedra Lunar* , L. Martín de Dios y H. Laurora (trads.), S. Kemp (intro.), Barcelona, Penguin Clásicos, 2016, Prólogo.
* N. del A.: 2,6 millones de rupias actuales.
* N. del A.: Las sumas actuales equivalentes son: 25 millones de rupias = 325 millones de libras; 1,2 millones de rupias = 15,6 millones de libras.
* N. del A.: Más de 29 millones de libras actuales.
* N. del T.: El Día de la Resurrección, o La Hora, es el equivalente al Día del Juicio Final en la tradición islámica.
* N. del A.: La localidad rajastaní de Nasirabad, de forma un tanto sorprendente, se llama así en honor del escocés bostoniano Ochterlony.
** N. del A.: Las equivalencias actuales de estas sumas son: 600 000 rupias = casi 8 millones de libras; 64 000 rupias = 832 000 libras.
* N. del A.: 890 millones de libras actuales.
** N. del A.: Unos 210 millones de libras anuales actuales.
* N. del A.: Algo así como 3,3 millones de libras actuales.
** N. del A.: Cerca de 400 millones de libras actuales.
* N. del A.: Más de 100 millones de libras actuales.



# EPÍLOGO

El fuerte de arenisca roja en el que Shah Alam cedió el *Diwani* , y en el que la Compañía fue desposeída de su imperio –un fuerte mucho más grande que los que visitan los turistas en Lahore, Agra o Delhi– es, aún hoy, una zona militar de acceso restringido. Cuando lo visité, a finales de 2018, ni los guardias de la puerta ni sus oficiales sabían nada de los hechos que habían tenido lugar allí. Ninguno de los centinelas había oído hablar de la Compañía, cuyos cañones todavía siguen en el patio de armas en el que se había erigido la tienda donde Clive recibió el *Diwani* .

La tarde de mi visita alquilé un pequeño bote bajo los muros del fuerte y le pedí al barquero que me llevase corriente arriba. Faltaba una hora para la puesta de sol, ese bello momento que los indios septentrionales llaman *godhulibela* –el momento del polvo de las vacas– y el Yamuna reverberaba bajo la luz crepuscular con el brillo

de un puñado de gemas mogolas. Las garzas pasaban por las orillas al lado de los peregrinos que se bañaban cerca del punto de confluencia propicio, el lugar en el que el Yamuna se une al Ganges. Entre los santones y los peregrinos había hileras de muchachos con hilos de pesca, embebidos en la tarea, mucho menos mística, de intentar pescar un bagre. Las cotorras se lanzaban al vuelo desde cavidades de las almenas y los estorninos retornaban a sus nidos. Por espacio de cuarenta minutos nos dejamos llevar por la lenta corriente, con el agua palmoteando los lados de la barca, junto a la sucesión, de más de kilómetro y medio de longitud, de las poderosas torres y bastiones prominentes del fuerte, cada uno de ellos decorado con soberbios pabellones, celosías y pináculos mogoles. Parecía imposible imaginar que una corporación londinense, por más despiadada y agresiva que fuera, hubiera podido conquistar un imperio tan magnificente y tan sólido, así como tan consciente de su fortaleza, su brillantez y su belleza.

Tanto en la India como en Gran Bretaña la gente todavía habla de la conquista británica de la India, pero, como trata de demostrar el presente libro, esta frase oculta una realidad mucho más compleja e inquietante. Pues no fue el Gobierno británico el que conquistó la India a mediados del siglo XVIII, sino que lo hizo una compañía privada. La transición al colonialismo de la India tuvo lugar por mediación de una compañía con ánimo de lucro, que existía con el único propósito de enriquecer a sus inversores.

La conquista de la India por parte de la Compañía sigue siendo, aún hoy, el mayor acto de violencia corporativa de la historia mundial. Pues, por más poder que acumulen las grandes corporaciones mundiales de la actualidad –llámense ExxonMobil, Walmart o Google– son bestias mansas comparadas con el voraz apetito territorial de una entidad militarizada como la Compañía de las Indias Orientales. Pero, si la historia ha de enseñarnos algo, es que, en la danza íntima entre el poder del Estado y el poder de la

corporación, esta última, aunque puede ser regulada, utilizará todos los recursos a su alcance para resistir.

En la actualidad habitamos un mundo que le resultaría familiar al primer enviado británico a la India, *sir* Thomas Roe. En él, la riqueza de occidente vuelve a enviarse en dirección a oriente, como había ocurrido desde tiempos del Imperio romano hasta el nacimiento de la Compañía de las Indias Orientales. Cuando un primer ministro occidental visita la India ya no va, como hacía Clive, a imponer sus condiciones. Negociar ya no figura en la agenda. El mandatario suele ir, como Roe, como un peticionario que implora contratos y negocios y le acompañan los directores ejecutivos de las mayores empresas de su país.

La corporación –la idea de una organización comercial integrada que se extiende de una orilla a otra– supuso un revolucionario invento contemporáneo en los inicios del colonialismo europeo que revertió el comercio entre Asia y Europa y proporcionó a esta última su ventaja competitiva. No obstante, esta idea ha seguido prosperando mucho tiempo después del colapso del imperialismo europeo. Cuando los historiadores debaten el legado del colonialismo británico en la India, suelen mencionar la democracia, el imperio de la ley, el ferrocarril, el té y el críquet. Aunque cabe afirmar que el concepto de compañía accionarial es la exportación británica más importante que llegó a la India y que, para bien o para mal, ha cambiado la India meridional tanto como ninguna otra idea europea. Es indudable que su influencia supera a la del comunismo y el protestantismo, puede incluso que a la de la democracia.

Compañías y corporaciones ocupan hoy el tiempo y las energías de más personas indias que ninguna otra institución, con la salvedad de la familia. Esto no debe sorprendernos. Según observó en fechas recientes Ira Jackson, antiguo director del Centro de Negocios y Gobierno de la Universidad de Harvard, las empresas y sus líderes, en la actualidad, «han desplazado a la política y a los políticos […] son los nuevos oligarcas y sumos sacerdotes de nuestro sistema».

De forma encubierta, las compañías todavía gobiernan las vidas de una proporción significativa de la raza humana.

Todavía hoy no tenemos una respuesta clara a la pregunta, que se remonta a más de 300 años atrás, de cómo hacer frente a los poderes y peligros de las grandes multinacionales. No existe un método obvio que permita a una nación Estado protegerse a sí misma y a sus ciudadanos de los excesos de las corporaciones. Ninguna empresa actual podría duplicar con impunidad la violencia y el poder militar de la Compañía de las Indias Orientales, pero muchas han tratado de repetir sus triunfos y doblegar el poder del Estado para lograr sus propios fines.

Como han demostrado en fechas muy recientes la burbuja de las hipotecas *subprime* y el colapso bancario de 2007-2009, de igual modo que las corporaciones pueden enriquecer, moldear y conformar de forma positiva el destino de las naciones, estas también pueden hundir sus economías. Entre enero de 2007 y septiembre de 2009 los bancos estadounidenses y europeos perdieron en total más de 1 billón de dólares en activos tóxicos. Lo que Burke temía que la Compañía de las Indias Orientales hiciera a Inglaterra en 1772, esto es, arrastrar al Gobierno «a un abismo insondable», fue lo que ocurrió en Islandia en 2008-2011, cuando el colapso sistémico de los tres principales bancos privados del país llevó a Islandia al borde de la bancarrota más absoluta. En el siglo XXI, una corporación poderosa todavía puede aplastar o subvertir un Estado con la misma efectividad que la Compañía de las Indias Orientales hizo en Bengala en el siglo XVIII.

La influencia de las corporaciones, con su combinación fatal de poder, dinero e inmunidad, es particularmente potente y peligrosa en Estados frágiles cuyas empresas no son reguladas lo suficiente, o lo son de forma poco eficaz, y en las que el poder adquisitivo de una gran compañía puede superar o aplastar la capacidad de un gobierno de escasos recursos financieros. Tal parece ser el caso, por ejemplo, del gabinete que dirigió la India entre 2009 y 2014 y que

se vio inmerso en una sucesión de escándalos de corrupción que iban desde concesiones de tierras y minería a la venta ilícita de telefonía móvil por una fracción de su valor real.

En septiembre de 2015, Raghuram Rajan, por aquel entonces gobernador del banco central de la India, pronunció un discurso en Mumbai en el que expresaba su preocupación por la posibilidad de que el dinero de las corporaciones erosionase la integridad del Parlamento: «Aun cuando nuestra democracia y nuestra economía son hoy más vibrantes –dijo–, todavía sigue en pie una importante cuestión de las recientes elecciones: a saber, si hemos sustituido el socialismo de compinches del pasado por un capitalismo de compinches, en el que los ricos e influyentes han recibido supuestamente tierras, recursos naturales y espectro telefónico a cambio de sobornos a políticos corruptos. El capitalismo de compinches mata la transparencia y la competitividad y, por ello, es perjudicial para la libre empresa y el crecimiento económico. Reemplaza el interés público por los intereses de unos particulares, con lo que es perjudicial para la expresión de la democracia». Sus inquietudes resultan notablemente similares a las que expresaron Horace Walpole y muchos otros en Gran Bretaña más de 300 años antes, cuando la Compañía de las Indias Orientales se había convertido en sinónimo de riqueza ostentosa y corruptelas políticas.

Por fortuna, la Compañía de las Indias Orientales no tiene un equivalente moderno exacto. Walmart, la corporación más grande del mundo en lo que se refiere a beneficios, no cuenta entre sus activos con una flota de submarinos nucleares. Ni Facebook ni Shell poseen regimientos de infantería. Pero la Compañía de las Indias Orientales –la primera gran corporación multinacional y la primera en estar fuera de control– fue el modelo y prototipo de muchas de las empresas accionariales actuales. Las más poderosas de estas compañías no necesitan tener ejército propio; pueden emplear a los gobiernos para proteger sus intereses y para rescatarlos.

Hoy, la sede del cuartel general de la Compañía, en Leadenhall Street, se halla en la parte baja del edificio de vidrio y metal que diseñó Richard Rogers para la sede de Lloyd's. No hay ninguna placa azul que indique el lugar donde se encontraba lo que Macaulay denominó «la mayor corporación del mundo» y, ciertamente, el único poder que superó a los mogoles y se hizo con el control del poder político de grandes extensiones del sur de Asia. Aunque quien desee buscar un monumento al legado de la Compañía en la City no tiene más que echar un vistazo a su alrededor.

El presente libro ha tratado de estudiar la relación entre el poder comercial y el poder imperial. Ha examinado la forma en que las corporaciones pueden impactar en la política y viceversa. Ha examinado cómo el poder y el dinero pueden corromper y cómo el comercio y la colonización han caminado a menudo al unísono. Pues el imperialismo occidental y el capitalismo corporativo nacieron al mismo tiempo y ambos fueron, en cierto modo, los dientes de dragón que engendraron el mundo moderno.

Tal fue el caos provocado por el advenimiento de la Compañía de las Indias Orientales en la India del siglo XVIII que dio lugar a un nuevo género literario. Este se componía de historias moralizantes conocido como Libro de Admoniciones o '*Ibrat-Nâma* . El propósito edificante de estas historias lo resume de forma sucinta Khair ud-Din Illahabadi, autor de la obra más conocida del género: *Az farâ-dîd-i sar-guzasht-I guzashtagân, bar khud 'ibrat pazîrad* ': con el estudio de estas vidas pasadas, toma ejemplo para tu propio futuro. [1]

La Compañía de las Indias Orientales sigue siendo, aún hoy, la advertencia más agorera de la historia acerca del peligro del abuso del poder corporativo y de los medios insidiosos mediante los cuales los intereses de los accionistas se pueden convertir en intereses estatales. Como han demostrado las recientes aventuras estadounidenses en Irak, nuestro mundo está lejos de ser posimperial y es probable que no lo sea nunca. Por el contrario, el imperio se está transformando a sí mismo en formas de poder global

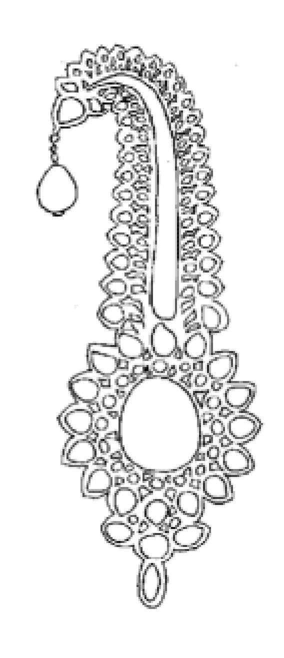
que emplean para lograr sus fines contribuciones electorales y grupos de presión mercantil, sistemas financieros multinacionales y mercados globales, influencia corporativa y datos predictivos recogidos gracias al nuevo capitalismo de vigilancia, en lugar de –o a veces junto con– conquista militar directa, ocupación o dominio económico directo.

La historia de la Compañía de las Indias Orientales, 420 años después de su fundación, nunca ha sido más actual.




# NOTAS

**1** Fakir Khair ud-Din Illahabadi, ʽ*Ibrat Nama* , BL, OIOC, Or. 1932, f. 1v.



# GLOSARIO

| | |
|---|---|
| *aftab* | el Sol. |
| *akhbars* | crónicas de las cortes indias. |
| *alam* | el mundo. También hace referencia a un estandarte utilizado por los chiíes en la celebración del *muharram* . Por lo general, suele tener forma de lágrima o de mano. Son representaciones estilizadas de los estandartes que portaba el imán Husein en la batalla de Kerbala en 680 d. C. |
| *amir* | noble. |
| *arrack* | absenta india. |
| *arzee* | petición persa. |
| *atashak* | gonorrea. |

*bagh* jardín mogol. A menudo es un *char bagh* , que recibe este nombre de su división en cuatro cuadrantes (*char* ) por un entrecruzamiento de arroyos y fuentes.

*banjara* comunidad de comerciantes nómadas.

*bazgasht* retorno al hogar, reencuentro.

*begum* mujer noble indo-musulmana. El título *begum* , «señora», confiere rango y respeto.

*betel* fruto empleado en la India como narcótico suave. La clase media alta de Bengala, próspera y bien formada, lo consume en forma de *paan bhadralok* .

*bhang* preparado de cannabis.

*bhet* ofrenda.

*bhisti* aguador.

*bibi* esposa o amante india.

*Bibi ghar* «casa de mujeres» o *zenana.*

*brahman* casta sacerdotal hindú, situada en la parte superior de la pirámide de castas.

*charpoy* lecho de cuerdas entrelazadas (literalmente, significa «cuatro pies»).

*chattri* quiosco con cúpula soportada por pilares empleado a menudo como elemento decorativo para coronar torres y minaretes (literalmente, quiere decir «sombrilla»).

*chaupar* juego de mesa con forma de cruz. Muy similar al parchís.

*chhatrapati* título regio. Literalmente, quiere decir «señor del parasol». Equivalente a emperador.

*choli* corpiño indio corto (en este periodo, también era con frecuencia transparente).

*chowkidar* guardián, centinela.

*cipayo* soldado indio.

*coss* medida mogul de distancia que equivale a poco más de 3 millas [4,8 km].
*crore* 10 millones (o 100 laj).
*cuirassier* oficial de caballería equipado de coraza y mosquete.
*dacoit* forajido; miembro de una banda de ladrones.
*daftar* cargo. En el palacio del *nizam* , cancillería.
*dak* puesto, cargo (en inglés de los siglos XVIII y XIX a veces se escribía *dawke* ).
*dargah* santuario sufí. Por lo general, se edificaba sobre la tumba de un santo.
*dar ul-Islam* las tierras o la casa del islam.
*dastak* paso.
*dastan* narración, épica u oral.
*deorhi* casa de campo o mansión. También *haveli* .
*derzi* sastre.
*dharamasala* albergue.
*dharma* deber.
*dhobi* lavandero.
*dhoolie* litera cubierta.
*dhoti* taparrabos.
*divan* compilación de poemas.
*diwan* primer ministro o visir a cargo de la administración de las finanzas.
*dubash* intérprete.
*dupatta* chal o bufanda que, por lo general, se lleva junto con un *salvar kemise* (literalmente, «dos hojas» o «dos anchos»). También llamada *chunni.*
*durbar* corte.
*fakir* literalmente, «pobre». Asceta musulmán, derviche o santón sufí.
*faujdar* alcaide o comandante de la fortaleza.

*firangi* extranjero.
*firman* orden escrita del emperador.
*gagra choli* corpiño y falda india.
*ghat* escalones que conducen a un lugar de baños o a un río.
*ghazal* lírica amorosa en urdu o persa.
*godhulibela* «momento de polvareda de las vacas». La luz dorada que precede al ocaso.
*golumdauze* artilleros.
*gomasta* agente o gestor.
*goonjus* puente.
*hakim* médico.
*hamam* baño de vapor al estilo turco.
*haveli* casa de campo o mansión tradicional.
*harkarra* literalmente, «el que lo hace todo». Mensajero, cronista, o espía. En las fuentes del siglo XVIII esta palabra a veces se escribe *hircarrah* .
*havildar* suboficial cipayo. El rango correspondería al de sargento.
*holi* festival de primavera hindú en el que los participantes se arrojan unos a otros polvos rojos y amarillos.
*hookah* pipa de agua o narguilé.
*id* las dos principales festividades musulmanas: *Id ul-Fitr* celebra el fin del Ramadán, mientras que *Id ul-Zuha* conmemora la salvación de Isaac. Para celebrarlo, se sacrifica una cabra o un cabrón, como se narra tanto en el Antiguo Testamento como en el Corán.
*iftar* colación nocturna durante el ayuno del Ramadán.
*ijara* contrato de alquiler.
*jagatguru* gurú del universo.

| | |
|---|---|
| *jagir* | fincas con rentas, concedida por servicios prestados al Estado. El *jagirdar* puede hacer uso de las rentas. |
| *jali* | celosía hecha de piedra o de madera. |
| *jazair* | cañón rotatorio, por lo general montado sobre un camello (zamburak). |
| *jharoka* | balcón que sobresale de la fachada. |
| *jizya* | impuesto islámico a los no creyentes. |
| *kalawant* | cantor, cantante de un coro. |
| *kar-khana* | taller o factoría. |
| *khanazad* | príncipes nacidos en palacio. |
| *khansaman* | en el siglo XVIII quería decir carnicero. Hoy suele querer decir con más frecuencia cocinero. |
| *kharita* | bolsa de brocado sellada que los mogoles utilizaban para remitir cartas en lugar de utilizar un sobre. |
| *khilat* | vestido cortesano simbólico. |
| *khutba* | sermón de la oración de los viernes durante el cual se reza por el rey o gobernante. |
| *kotla* | fortaleza o ciudadela. |
| *kotwal* | jefe de policía, juez jefe o administrador de la ciudad en una localidad mogola. |
| *laj* | cien mil. |
| *langar* | distribución de comida gratuita durante un festival religioso. |
| *lathi* | garrote o bastón. |
| *lota* | caldero, olla con agua. |
| *lingam* | símbolo fálico asociado al rol de Creador del dios Shiva. |
| *lungi* | sarong indio; versión más larga del *dhoti* (*vid. dothi* ). |
| *mahal* | literalmente «palacio», aunque, por lo general, hacía referencia a los dormitorios o al ala del *zenana* de un palacio o residencia. |

*mahi maratib* Orden del Pez; estandarte mogol.

*majlis* asamblea, reunión (en particular las concentraciones del muharram, *vid. muharram* ).

*mandapa* entrada de un templo.

*mansabadar* noble y alto cargo de la administración mogola. Su rango era determinado por el número de jinetes de batalla que podía contribuir. Un *mansabdar* de 2500, por ejemplo, debía proporcionar 2500 jinetes cuando el *nizam* entraba en guerra.

*masnavi* lírica amorosa en persa o urdu.

*mehfil* velada de entretenimiento en la corte mogola. Por lo general, incluía danzas, recitación de poesía y cantos *ghazal* (*vid. ghazal* ).

*mihrab* nicho de la mezquita que apunta en dirección a La Meca.

*mir* el título de «mir» delante de un nombre solía significar que su poseedor era un *sayyid* (*vid. sayyid* ).

*mirza* príncipe o gentilhombre.

*mohalla* barrio separado de una ciudad mogola, esto es, un grupo de calles residenciales al que se solía entrar por una única puerta.

*muharram* gran festival chií que conmemora la derrota y muerte del imán Husein, nieto del profeta. Celebrado con particular entusiasmo en Haiderabad y en Lucknow.

*munshi* en la India, secretario privado o profesor de idiomas.

*mushairas* simposios poéticos.

*marqanas* decoraciones, similares a estalactitas, situadas en las entradas de mezquitas y palacios.

*musnud* arreglo de cojines y almohadones que forma el trono de los gobernantes indios del periodo.

*nabob* término que resulta de la corrupción del indostaní *nawab* , que quiere decir, literalmente,

«lugarteniente» y que era el título que los emperadores mogoles daban a sus virreyes y gobernadores regionales. En Inglaterra se convirtió en un insulto contra los «veteranos de la India», en particular después de que la obra de 1768 de Samuel Foote *The Nabob* difundiera el término. En Inglaterra, pronto fue abreviado a «nob».

*nagara* timbal ceremonial indio.

*nageshwaram* instrumento de viento tamil similar a un oboe.

*namak-haram* traidor. Literalmente, «malo para tu sal».

*naqqar khana* cuarto o casa de tambores ceremoniales.

*naubat* tambor empleado para dar la bienvenida a dignatarios y festividades.

*naubat khana* cuarto de tambores situado sobre la puerta de un fuerte.

*nautch* espectáculo de danza india.

*nazr/nazar* don simbólico concedido en las cortes indias a un superior feudal.

*nizam* título del gobernante hereditario de Haiderabad.

*omrah* noble.

*padshahnama* historia del emperador.

*palanquin* palanquín. Litera india.

*peshkash* ofrenda o presente de un subordinado a su superior. Más en concreto, los maratíes empleaban el término en referencia al dinero que les pagaban las potencias «subordinadas», como por ejemplo el *nizam* .

*peshwaz* vestido largo de cintura alta.

*pir* santón sufí.

*pikdan* escupidera.

*prasad* dulces del templo entregados a los devotos a cambio de ofrendas. Esta tradición hindú pasó a la práctica

islámica en los santuarios sufíes del Decán.

*puja* plegaria.

*pujur* estanque.

*pukka* adecuado, correcto.

*purdah* literalmente, «cortina». Alude a la reclusión de las mujeres en el interior del *zenana* .

*qanat* refugio portátil hecho de tiendas o lonas.

*qawal* cantante de himnos *qawalis* .

*qawalis* himnos entonados en los santuarios sufíes.

*qiladar* guardian de la fortaleza, alcaide.

*qizilbash* literalmente, «cabezas rojas». Nombre dado a los soldados safávidas (y más tarde a los comerciantes) debido al gorro rojo que llevaban bajo sus turbantes.

*rajá* rey.

*ryott* campesino o aparcero.

*sahukara* prestamista.

*salatin* príncipes nacidos en palacio.

*sanad* licencia o permiso.

*sanyasi* asceta hindú.

*sarir-e khas* trono inviolable.

*sarpeche* joya u ornamento de turbante.

*sati* práctica de incinerar viudas o la viuda incinerada propiamente dicha.

*sawaree* establos para elefantes (y toda la parafernalia y equipo necesario para el cuidado de elefantes).

*sayyid* (fem. *sayyida* ) descendiente directo del profeta Mahoma. Los *sayyid* tienen a menudo el título de *mir* .

*seth* comerciante, mercader, banquero o prestamista.

*shadi* festín o banquete de bodas.

*shamiana* marquesina india o pantalla colocada alrededor del perímetro de una zona entoldada.

*shia* una de las dos principales confesiones del islam. Se remonta a la división que tuvo lugar tras la muerte del profeta entre aquellos que reconocían la autoridad de los califas de Medina y los que seguían al yerno del profeta, Alí (Shiat Alí quiere decir «los partidarios de Alí» en árabe). Si bien la mayoría de chiíes vive en Irán, siempre ha habido un gran número de ellos en el Decán. Durante buena parte de su historia, Haiderabad ha sido un centro de cultura chií.

*shikar* cazar.

*shroff* mercader, comerciante, banquero o prestamista.

*sirdar* noble.

*sloka* dístico en sánscrito.

*strappado* método de tortura portuguesa en el que se arroja a la víctima desde una altura atada a una cuerda.

*subadhar* gobernador

*takhta* armazón de madera para guardar chales.

*tawaif* bailarinas y cortesanas. Educadas y cosmopolitas, tuvieron un papel prominente en la sociedad y cultura de finales del periodo mogol.

*thali* bandeja.

*ubnah* sexo homosexual entre hombres.

*ulama* clérigo musulmán.

*unani* medicina jónica (o greco-bizantina) que pasó al mundo islámico por mediación de exiliados bizantinos en Persia. Hoy todavía se practica en la India.

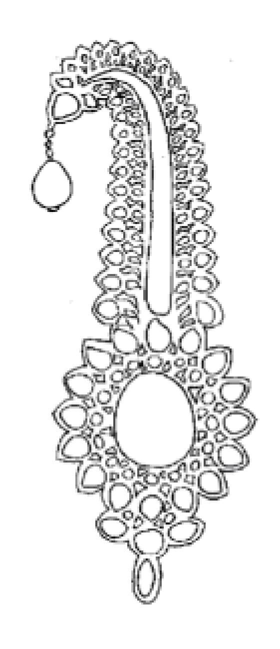
*'urs* día festivo.

*ustad* maestro, profesor, experto.

*vakil* embajador o representante (en su acepción moderna quiere decir «jurista»).

*vilayat* provincia, lugar de procedencia.

| | |
|---|---|
| *zenana* | harén o aposentos de las mujeres. |
| *zamindar* | terrateniente o jefe local. |



# BIBLIOGRAFÍA

## ABREVIATURAS

| | |
|---|---|
| BL | British Library |
| *CPC* | *Calendar of Persian Correspondence* |
| IOR | India Office Records |
| NAI | National Archives of India |
| OIOC | Oriental and India Office Collections |

## FUENTES MANUSCRITAS EN LENGUAS EUROPEAS

*Oriental and India Office Collections, British Library (Formerly India Office Library)*
*London*

Mss Eur

«Incomplete Draft (1785) of an account of the Mysore War (1780-84)», Mss Eur K 116.
James Dalrymple Papers, Mss Eur E 330.
Elphinstone Papers, Mss Eur F.88.
Fowke Papers, Mss Eur E 6.66.
Kirkpatrick Papers, Mss Eur F.228.
Sutherland Papers, Mss Eur D.547.

Orme Mss

*Causes of the Loss of Calcutta 1756* , David Renny, August 1756, Mss Eur O.V. 19.
*Narrative of the Capture of Calcutta from April 10 1756 to November 10 1756* , William Tooke, Mss Eur O.V. 19.
«Narrative of the loss of Calcutta, with the Black Hole by Captain Mills, who was in it, and sundry other particulars, being Captain Mills' pocket book, which he gave me», Mss Eur O.V. 19.
*Journal of the Proceedings of the Troops commanded by Lieutenant Colonel Robert Clive on the expedition to Bengal* , Captain Edward Maskelyne, Mss Eur O.V. 20.
Home Miscellaneous.
Bengal Correspondence.
Bengal Public Considerations.
Bengal Secret Consultations.
Bengal Wills 1780-1804 L/AG/34/29/4-16.
Bengal Regimental Orders IOR/P/BEN/SEC.
Bengal Political Consultations IOR/P/117/18.

*British Library*

«An Account Of The Capture Of Calcutta By Captain Grant», Add Mss 29200 Warren Hastings Papers, Add Mss 29, 098-29, 172.
Anderson Papers, Add Mss 45, 427.
Brit Mus Egerton MS 2123.
Wellesley Papers, Add Mss 37, 274-37, 318.

*Devon Records Office, Exeter*

Kennaway Papers B 961M ADD/F2.

*Archives Départementales de la Savoie, Chambéry, France*

De Boigne archive.

*National Army Museum Library, London*

The Gardner Papers, NAM 6305-56.

*National Library of Wales*

Robert Clive Papers, GB 0210 ROBCL1.

*Pasadena Library*

Letters of Thomas Roe to Elizabeth, Countess of Huntingdon, Hastings Collection.

*Punjab Archives, Lahore*

Delhi Residency Papers.

*Scottish Records Office, Registrar House, Edinburgh*

The Will of Lieut. Col. James Dalrymple, Hussein Sagar, December 8 1800: GD 135/2086.
Letters of Stair Dalrymple, Hamilton-Dalrymple Mss.

*National Library of Scotland*

The Papers of Alexander Walker, NLS 13,601–14,193.

*National Archives of India, New Delhi*

Secret Consultations.
Political Consultations.
Foreign Consultations.
Foreign Miscellaneous.
Letters from Court.
Secret Letters to Court.
Secret Letters from Court.
Political Letters to Court.
Political Letters from Court.
Hyderabad Residency Records.

*Private Archives*

The Fraser Papers, Inverness.
The Kirkpatrick Papers, London.

# TESIS Y ENSAYOS INÉDITOS

Chander, S., 1987: *From a Pre-Colonial Order to a Princely State: Hyderabad in Transition, c1748-1865* , tesis doctoral inédita, Cambridge, Cambridge University.

Ghosh, D., 2000: *Colonial Companions: Bibis, Begums, and Concubines of the British in North India 1760-1830* , tesis doctoral inédita, Berkeley, University of California Press.

Kaicker, A., 2014: *Unquiet City: Making and Unmaking Politics in Mughal Delhi* , 1707-39, tesis doctoral inédita, Columbia, Columbia University.

Rothschild, E.: «The East India Company and the American Revolution», ensayo inédito

# FUENTES EN PERSA, URDU, BENGALÍ Y TAMIL

## Manuscritos

*Oriental and India Office Collections, British Library (Formerly India Office Library) London*

*Tarikh-i-Alamgir Sani* , Mss Or. 1749 (este manuscrito no tiene, al parecer, autor, ni fecha de redacción, ni introducción).

Fakir Khair ud-Din, ʽ*Ibrat Nama* , Mss Or. 1932.

Ghulam Ali Khan alias Bhikhari Khan, *Shah Alam Nama* , Mss Add 24080.

I'tisam al-Din, *Shigrif-namah-i Vilayet* , Mss Or. 200.

Muhammad ʽAli Khan Ansari de Panipat, *Tarikh-i Muzaffari* , Mss Or. 466.

*Roznamcha-i-Shah Alam* , Islamic 3921.

Shakir Khan, *Tārīkh-i Shākir Khānī* , Mss Add. 6585.

*Private Collection, Hyderabad*

Tamkin Kazmi, editado y ampliado por Laeeq Salah, *Aristu Jah* (biografía inédita en urdu escrita hacia 1950 y reeditada por Laeeq Salah en torno a 1980).

*MAAPRI Research Institute Library, Tonk, Rajasthan*

Munshi Mohan Lal, *Shah Alam Nama* , Tonk Mss 3406.

## Textos publicados

Abu'l Fazl, 1873-1894: *Ain-I-Akbari* , 3 vols., H. Blochman y H. S. Jarrett (trads.), escrito hacia 1590, Kolkata.

Ali, K., 1952: «The *Muzaffarnama of Karam Ali* », en *Bengal nawābs* , *sir* J. Sarkar (trad.), Kolkata.

Allah, S., 1788: *A Narrative of the Transactions in Bengal* , F. Gladwin (trad.), Kolkata.

Anón., 1954: *The Chronology of Modern Hyderabad from 1720 to 1890* , Haidarābādu, Central Records Office Hyderabad Government.

Astarabadi, M. M., 1849/1265: *Tarikh-e Jahangosha-ye Naderi: The official history of Nader's reign* , Mumbai lithograph.

Azad, M. H., 2001: *Ab-e Hayat: Shaping the Canon of Urdu Poetry* , F. Pritchett y S. R. Faruqi (trads. y eds.), Ņūdeli, Oxford University Press.

Beach, M. C. y Koch, E. (eds.), 1997: *King of the World-the Padshahnama: An Imperial Mughal Manuscript from the Royal Library, Windsor Castle* , London, Azimuth Editions.

Begley, W. E. y Desai, Z. A. (eds.), 1990: *The Shah Jahan Nama of Inayat Khan* , Ņūdeli, Oxford University Press.

Bidri, M. Q. K. M., (126-1851) 1994: *Tarikh I Asaf Jahi* , dr. Z. Begum (trad.), Haidarābādu, Andhra Pradesh Government Oriental Manuscript Library and Research Institute.

Das, H. Ch., 1867-1877: «Chahar Gulzar Shuja» *of Hari Charan Das* , en *sir* H. M. Elliot y J. Dowson, *A History of India as Told By Its Own Historians* , 8 vols., London, Trübner & Co., vol. VIII.

Elliot, *sir* H. M. y Dowson, J. (trads.), 1867-1877: *A History of India as Told By Its Own Historians* , London, Trübner & Co.

«Firaqi», K. P. K., 1949: *Waqa'i-i Alam Shahi* , Kolkata.

Ganga Ram, 1965: *The Maharashtra Purana: An Eighteenth-Century Bengali Historical Text* , E. C. Dimock Jr. y P. Ch. Gupta (trads. y eds.), Honolulu, East West Center.

Ghalib, 1987: *Urdu Letters of Mirza Asadu'llah Khan Ghalib* , Albany, State University of New York Press.

Gholam, A. K., 1914: *Shah Alam Nama* , A. A. M. Suhrawardy y A. M. K. Shiirazi (eds.), Kolkata, Asiatic Society of Bengal.

Ghulam, H. S., 1902: *Riyazu-s-salatin: A History of Bengal. Translated from the original Persian by Maulvi Abdus Salam* , Kolkata, Baptist Mission Press.
Gladwin, F. (trad.), 1788: *The Memoirs of Khojeh Abdulkurreem* , Kolkata, William Mackay.
Hasan, M., F. N. J., 1300-1894: *Muraqq-Ibrat* , Haidarābādu, Matba'-yi Kanzul'ulum.
Husain, S. I., 1900: *Nagaristan i-Asafi* , escrito *ca* . 1816, impreso en Haiderabad en 1900.
Islam, K. y Russell, R., 1991: *Three Mughal Poets: Mir, Sauda, Mir Hasan* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
I'tisam al-Din, 2001: *The Wonders of Vilayet, being a memoir, originally in Persian, of a visit to France and Britain* , K. Haq (trad. en.), Leeds, Peepal Tree.
Jehangir, 1909-1914: *The Tuzuk-i Jehangiri or Memoirs of Jehangir* , A. Rodgers (trad.) y H. Beveridge (ed.), London, Royal Asiatic Society.
Kamran, M., 1913: «The Mirza Name: The Book of the Perfect Gentleman», M. M. Hidayat Husain (trad.), *Journal of the Asiatic Society of Bengal* , New Series, vol. IX.
Kashmiri, A. ol-K., *Bayan-e-Waqe'* , H. G. Pritchard (trad.), BM Mss Add 30782.
Khair ud-Din Illahabadi, F., 1932: *'Ibrat Nama* , BL Or.
Khan, D. Q., 1989: *The Muraqqa' e-Dehli* , Ch. Shekhar (trad.), Ṇūdeli, Deputy Publications.
Khan, G. H. K. Z. K., 1302-1891: *Tarikh e-Gulzar e-Asafiya* , Haidarābādu.
Khan, G. I., 1284-1869: *Tarikh i-Khurshid Jahi* , Haidarābādu.
Khan, M. A. R., 1311-1896: *Tarikh e-Nizam* , Haidarābādu.
Khan, M. A. T., 1810: *The Travels of Mirza Abu Taleb Khan in Asia, Africa, and Europe during the years 1799, 1800, 1801, 1802, and 1803* , Ch. Stewart (trad.), London, Longman.
Khan, M. N. G., 1930: *Tarikh-e-Riyasat-e-Hyderabad* , Lucknow, Nawal Kishore Press.
Khan, S. M., 1946: *Maasir-i-Alamgiri* , (*The History of the Emperor Aurangzeb-Alamgir 1658-1707* ), *sir* J. Sarkar (trad.), Kolkata, Royal Asiatic Society of Bengal.
Khan, S. G. H. T., 1790-1794: *Seir Mutaqherin or Review of Modern Times* , 4 vols., Kolkata.
Lal, M., 1300-1883: *Tarikh i-Yadgar-i-Makhan Lal* , Haidarābādu.
Mansaram, L., 1963: *Masir i-Nizami* , P. S. M. Rao (trad.), *Eighteenth Century Deccan* , Mumbai.
Marvi, M. K., 1374-1995: *Alam Ara-ye Naderi* , 3 vols., M. A. Riyahi (ed.), Ťehrân, 'Elm.

Mirza ‘A. B., 1957: *Waqi’at-i Azfari* , T Chandrasekharan y S. H. H. Omari (eds.), Ceṉṉ ai.
Muhammad, F., 1913: *Siraj ul-Tawarikh* [La lámpara de las historias], R. D. McChesney (trad.).
Kābul. Mukhlis, A. R., 1867-1877: *Tazkira* , en *sir* H. M. Elliot y J. Dowson, *A History of India as Told By Its Own Historians* , London, Trübner & Co., vol. VIII.
Naim, C. M. (trad., intro. y notas), 1998: *Zikr-I Mir: The Autobiography of the Eighteenth-Century Mughal Poet, Mir Muhammad Taqi ‘Mir’* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
*National Archives of India Calendar of Persian Correspondence* , 2014: M. Alam (intro.) y S. Subrahmanyam, vols 1-9, Ṇūdeli, National Archives of India.
Pillai, A. R., 1922: *The Private Diary of Ananda Ranga Pillai, Dubash to Joseph François Dupleix* , J. F. Price y K. Rangachari (eds.), 12 vols., Ceṉṉ ai, Government Press.
*Proceedings of a Jacobin Club formed at Seringapatam by the French soldiers in the Corps commanded by M. Domport* , 1799: Paper C en Official Documents Relating the Negotiations Carried on by Tippoo Sultan with the French Nation, Kolkata.
Ruswa, M. M. H. R., 1982: *Umrao Jan Ada* , K. Singh y M. A. Hussani (trads.), Haidarābādu, Rupa & Company [ed. en esp.: *Umrao Yan Ada, la cortesana de Lucknow* , R. Moriones (trad.), Barcelona, Alba, 2013].
Sadasukh, D., 1867-1877: *Munkatab ut-Tawarikh* , *sir* H. M. Elliot y J. Dowson (trads.), *A History of India as Told By Its Own Historians* , London, Trübner & Co., vol. VIII.
Shustari, S. A. al-L. S., 1802/1847: *Kitab Tuhfat al-’Alam* , Haidarābādu (escrito 1802)/Mumbai (litografiado 1807).
Talib, M. S., 1930: *Mir Alam* , Haidarābādu, Shams-ul-Islam Press.
Talib, M. S., *Nizam Ali Khan* , Haidarābādu, Shams-ul-Islam Press.
*Tuzuk-i-Jahangiri or Memoirs of Jahanagir* , 1919: A. Rogers (trad.), H. Beveridge (ed.), London, Royal Asiatic Society.
Yusuf, A. K., 1982: *Tarikh-i-Bangala-i-Mahabatjangi* , A. Subhan (trad.), Kolkata, Royal Asiatic Society.

## Obras y artículos de prensa de la época en lenguas europeas

Anón., 1800: *Narrative Sketches of the Conquest of Mysore* , London, W. Justins.
Andrews, C. F., 1929: *Zakaullah of Delhi* , Cambridge, Cambridge University Press.
Archer, M., 1833: *Tours in Upper India* , London, Richard Bentley.
Barbé, E., 1894: *Le Nabob René Madec* , Paris, Felix Alcan.

Barnard, A., 1973: *The Letters of Lady Anne Barnard to Henry Dundas from the Cape and Elsewhere 1793-1803* , A. M. Lewin Robinson (ed.), Kaapstad, A. A. Balkema.

Barnard, A., 1994: *The Cape Journals of Lady Anne Barnard 1797-98* , A. M. Lewin Robinson (ed.), Kaapstad, Van Riebeeck Society.

Bayley, E., 1980: *The Golden Calm: An English Lady's Life in Moghul Delhi* , London, Webb & Bower.

Bazin, L., 1751: «Mémoires sur dernieres années du regne de Thamas Kouli-Kan et sa mort tragique, contenus dans une lettre du Frere Bazin», 1751, en *Lettres Edifiantes et Curieuses Ecrites des Mission Etrangeres* , Paris, l'Imprimérie, 1780, vol. IV.

Beatson, A., 1800: *A View of the Origin and Conduct of the War with Tippoo Sultan* , London, Bulmer & Co.

Bernier, F., 1934: *Travels in the Mogul Empire, 1656-68* , A. Constable (ed.), I. Brock (trad.), Oxford, Constable [ed. en esp.: *Viaje Al Gran Mogol, Indostán y Cachemira* , J. Fornovi Fernández (trad.), Madrid, Espasa, 2004].

Bhargava, K. D., 1960: *Browne Correspondence* , Dilli, National Archives of India.

Blakiston, J., 1829: *Twelve Years Military Adventure in Three Quarters of the Globe* , 2 vols., London, Henry Colburn.

Blochmann, H. (trad. y ed.), 1977: *The A'in-i Akbari by Abu'l Fazl 'Allami* , Ṇūdeli, Oriental Books.

Bolts, W., 1772-1775: *Considerations on Indian Affairs; Particularly Respecting the Present State of Bengal and its Dependencies* , 3 vols., London, J. Dodsley.

Bourquien, L., 1923: «An Autobiographical Memoir of Louis Bourquien translated from the French by J.P. Thompson», en *Journal of the Punjab Historical Society* , vol. IX, part 7.

Burke, E., 1991: *The Writings and Speeches of Edmund Burke* , P. J. Marshall (ed.), 6 vols., Oxford, Clarendon Press.

Caillaud, J., 1764: *A Narrative of What Happened in Bengal in the Year 1760* , London, J. Newbery.

Colebrook, *sir* T. E., 1884: *The Life of Mountstuart Elphinstone* , 2 vols., London, John Murray.

Collins, W. W., 1868: *The Moonstone* , London, Penguin [ed. en esp.: *La Piedra Lunar* , L. Martín de Dios y H. Laurora (trads.), S. Kemp (intro.), Barcelona, Penguin Clásicos, 2016].

«Cooke's Evidence before the Select Committee of the House of Commons», 1812: en W. K. Firminger (ed.), 1969: *Great Britain, House of Commons, Report on East India Affairs* , Fifth Report from the Select Committee, vol. III.

Dalrymple, A., 1784: *A Retrospective View of the Antient System of the East India Company, with a Plan of Regulation* , London, J. Sewell.
Dalrymple, J., 1796: *Letters &c. Relative To The Capture of Rachore* , capitán James Dalrymple, Ceṉṉ ai.
D'Oyly, Ch., 1813: *The European in India* , London, J. F. Dove.
Dow, A., 1792: *History of Hindostan* , 3 vols., Dublin, Luke White.
Duff, G., 1826: *A History of the Mahrattas* , 2 vols., London, Longman.
Entick, reverendo J., *et al* ., 1774: *The Present State of the British Empire* , 4 vols., London.
Fenton, E., 1901: *The Journal of Mrs Fenton* , London, E. Arnold.
Firminger, W. K. y Anderson, W., 1909: *The Diaries of Three Surgeons of Patna* , Kolkata, Calcutta Historical Society.
Foster, W. (ed.), 1906-1927: *The English Factories in India 1618-1669* , 13 vols., London, Clarendon Press.
Foster, W. (ed.), 1921: *Early Travels in India 1583-1619* , London, Humphrey Milford.
Foster, *sir* W., 1990: *The Embassy of Sir Thomas Roe to India 1615-9, as Narrated in his Journal and Correspondence* , Ṇ̄ūdeli, Munshiram Manoharlal Publishers.
Francklin, W., 1798: *The History of Shah Alam* , London, autoeditado.
Francklin, W., 1805: *Military Memoirs of Mr George Thomas Who by Extraordinary Talents and Enterprise rose from an obscure situation to the rank of A General in the Service of Native Powers in the North-West of India* , London, John Stockdale.
Fraser, J., 1742: *The History of Nadir Shah* , London, W. Strahan.
Fraser, J. B., 1851: *Military Memoirs of Lt. Col. James Skinner C.B* ., 2 vols., London, Smith, Elder & Co.
Fryer, dr. J., 1698: *A New Account of East India and Persia Letters Being Nine Years Travels Begun 1672 and finished 1681* , 3 vols., London, R. Chiswell.
Gentil, J.-B., 1822: *Mémoires sur l'Indoustan* , Paris, Petit.
Ghoshe, L., 1881: *The Modern History of the Indian Chiefs, Rajas, Zamindars, &c* , Kolkata, J. N. Ghose & Co.
Greene, J., P., 1767: «Arenas of Asiatic Plunder» , en *Evaluating Empire and Confronting Colonialism in Eighteenth-Century Britain* , Cambridge, Cambridge University Press.
Growse, F. S., 1883: *Mathura: A District Memoir* , Allahabad, Oudh Government Press.
Hamilton, A., 1930: *A New Account of the East Indies* , 2 vols., London, The Argonaut Press.

Hanway, J., 1753: *An Historical Account of the British Trade over the Caspian Sea… to which are added The Revolutions of Persia during the present Century, with the particular History of the great Userper Nadir Kouli* , 4 vols., London, Dodsley.

Hasan, F., 1991: «Calcutta in the Early Eighteenth Century», en J. S. Grewal, *Calcutta: Foundation and Development of a Colonial Metropolis* , Ṇūdeli, Panjab University.

Hastings, W. y Gleig, G. R. (eds.), 1841: *Memoirs of the Life of the Rt Hon Warren Hastings, First Governor General of Bengal* , 3 vols., London, R. Bentley.

Heber, R., 1827: *A Narrative of a Journey Through the Upper Provinces of India from Calcutta to Mumbai, 1824-1825* , 3 vols., London, John Murray.

Hickey, W., 1925: *The Memoirs of William Hickey* , A. Spencer (ed.), 4 vols., London, Knopf.

Hill, S. C., 1905: *Bengal in 1756-7* , 3 vols., Indian Records Series, Kolkata, Government Press.

Hollingbery, W., 1805: *A History of His Late Highness Nizam Alee Khaun, Soobah of the Dekhan* , Kolkata, J. Greenway.

Holwell, J. Z., 1758: *A Genuine Narrative of the Deplorable Deaths of the English Gentlemen, and others, who were suffocated in the Black Hole in Fort William, in Calcutta, in the Kingdom of Bengal; in the Night Succeeding the 20th June 1756* , London, A. Millar.

Hunter, W. W., 1868: *The Annals of Rural Bengal* , London, Smith, Elder & Co.

Hunter, W. W., 1882, *The Indian Empire* , London, Trübner & Co.

Husain, M. (trad.), 1900?: *The Dreams of Tipu Sultan* , Karachi, Times Press.

Itesamuddin, M., 1827: *Shigurf Namah-i-Velaet* , J. E. Alexander (trad.), London, S. & R. Bentley.

Jones, *sir* W., 1970: *The Letters of Sir William Jones* , G. Canon (ed.), 2 vols., Oxford, Clarendon Press.

Jorge III, 1927-1928: *Correspondence of George III, 1760-1783* , J. Fortescue (ed.), 6 vols., London, Macmillan.

Jourdain, J., 1905: *Journal of John Jourdain 1608-17* , W. Foster (ed.), London, Hakluyt Society.

Kaye, J. W., 1856: *The Life and Correspondence of Sir John Malcolm GCB* , 2 vols., London, Smith, Elder & Co.

Kindersley, Mrs. J., 1777: *Letters from the East Indies* , London, J. Nourse.

Kirkpatrick, W., 1804: *Diary and Select Letters of Tippoo Sultan* , London, Black & Parry.

Lauriston, J. Law de, 2014: *A Memoir of the Mughal Empire 1757-61* , G. S. Cheema (trad.), Ṇūdeli, Manohar.

Linschoten, J. H. van, (1598) 1885: *The Voyage of John Huyghen Van Linschoten to the East Indies* , 2 vols., London, Hakluyt Society.
Lockyer, Ch., 1711: *An Account Of The Trade With India Containing Rules For Good Government In Trade, And Tables: With Descriptions Of Fort St. George, Aheen, Malacca, Condore, Anjenjo, Muskat, Gombroon, Surat, Goa, Carwar, Telicherry, Panola, Calicut, The Cape Of Good Hope, And St Helena Their Inhabitants, Customs, Religion, Government Animals, Fruits &C.* , London, autoeditado.
Lushington, S. R., 1840: *The Life and Services of Lord George Harris GCB* , London, John W. Parker.
Macaulay, Th. B., 1892: «Warren Hastings», en S. Thurber (ed.), *The Historical Essays of Macaulay* , Boston, Allyn & Bacon.
Madec, R.-M., 1983: *Mémoire* , J. Deloche (ed.), Pondicherry, Alliance Française de Pondicherry.
Majumdar, J. K. (ed.), 1939: *Raja Rammohun Roy and the Last Moghuls: A Selection from Official Records (1803-1859)* , Kolkata, Art Press.
Malcolm, *sir* J., 1811: *Sketch of the Political History of India from the Introduction of Mr Pitts Bill* , London, W. Miller.
Malcolm, *sir* J., 1836: *Political History of India* , 2 vols., London, John Murray.
Malcolm, *sir* J., 1836b: *Life of Robert, Lord Clive* , London, John Murray.
Mandelslo, J. A. de, 1662: *The Voyages and Travels of J. Albert de Mandelslo The Voyages & Travels of the Ambassadors sent by Frederick Duke of Holstein, to the Great Duke of Muscovy, and the King of Persia* , J. Davis (trad.), London, John Starkey.
Manucci, N., 1907: *Storia do Mogor* , *or Mogul India, 1653-1708* , 3 vols., W. Irvine (trad.), London, John Murray.
Methwold, W., 1931: «Relations of the Kingdome of Golchonda and other neighbouring Nations and the English Trade in Those Parts, by Master William Methwold», en W. H. Moreland, *Relations of Golconda in the early Seventeenth Century* , London, Hakluyt Society.
Modave, conde de, 1971: *Voyage en Inde du Comte de Modave, 1773-1776* , J. Deloche (ed.), Pondicherry, École française d'extrême-orient.
Moor, E., 1794: *A Narrative of the Operations of Captain Little's Detachment* , London, autoeditado.
Mun, Th., 1621: *A Discourse of Trade, from England unto the East Indes By T.M.* , London.
Nugent, *lady* M., 1839: *Journal of a Residence in India 1811-15* , vol. II, London.
Parkes, F., 1850: *Wanderings of a Pilgrim in Search of the Picturesque* , London, Pelham Richardson.

Pellow, Th., 1890: *The Adventures of Thomas Pellow, of Penryn, Mariner* , R. Brown (ed.), London, T. Fisher.

Pester, J., 1900?: *War and Sport in India 1802-1806* , London, Heath, Cranton & Ouseley.

Pinch, W., octubre de 1999: «Same Difference in India and Europe», *History and Theory* , vol. XXXVIII, n.º 3.

Polier, A., 1947: *Shah Alam II and his Court* , Kolkata, S.C. Sarkar.

Pownall, Th., 1781: *The Right, Interest and Duty of Government, as concerned in the affairs of the East India Company* , ed. rev., London, J. Almon.

Price, D., 1839: *Memoirs of the Early Life and Service of a Field Officer on the Retired List of the Indian Army* , London, W. H. Allen.

Price, J., 1778: *Five Letters from a Free Merchant in Bengal, to Warren Hastings Esq* , London.

Price, J., 1783: *The Saddle Put on the Right Horse* , London, autoeditado.

Purchas, S., 1905: *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes, Contayning a History of the World* , 20 vols., Glasgow, J. MacLehose & Sons.

Rennell, J., 1792: *The Marches of the British Armies in the Peninsula of India* , London, W. Bulmer.

Roe, *sir* Th. y Fryer, dr. J., 1873: *Travels in India in the 17th Century* , London, Trübner & Co.

Row, T. V., 1883: *A Manual of the District of Tanjore in the Madras Presidency* , Ceṉṉ ai, Moore.

Sarker, J. (ed.), 1936: *English Records of Mahratta History: Poona Residency Correspondence* , vol. I, *Mahadji Scindhia and North Indian Affairs 1785-1794* , Mumbai, Government Central Press.

Sarkar, *sir* J. (trad. y ed.), abril de 1936: «Haidarabad and Golkonda in 1750 Seen Through French Eyes: From the Unpublished Diary of a French Officer Preserved in the Bibliotheque Nationale, Paris», en *Islamic Culture* , vol. X, 24.

Saxena, V. K. (ed.), 1987: *Speeches on the Impeachment of Warren Hastings* , 2 vols., Delhi, Discovery.

Scrafton, L., 1770: *Observations on Vansittart's Narrative* , London, G. Kearsly.

Scurry, J., 1824: *The Captivity, Sufferings and Escape of James Scurry, who was detained a prisoner during ten years, in the dominions of Haidar Ali and Tippoo Saib* , London, H. Fisher.

Sen, S., 1949: *Indian Travels of Thevenot and Careri* , Ṇūdeli, National Archives of India [ed. or., Gemelli Careri, G. F., 1699: *Giro del Mondo* , Roma, Nella stamperia di Giuseppe Rosselli].

Sleeman, *Major General sir* W. H., 1915: *Rambles and Recollections of an Indian Official* , Oxford, Oxford University Press.

Smith, A., 1987: *The Correspondence of Adam Smith* , E. Campbell Mossner e I. S. Ross (eds.), 2.ª ed., Oxford, Clarendon Press.
Sramek, J., 2011: *Gender, Morality, and Race in Company India, 1765-1858* , New York, Macmillan.
Srinivasachari, C. S. (ed.), 1949-1958: *Fort William-India House Correspondence* , vol. IV, London, National Archives of India.
Stevens, H., 1866: *The Dawn of British Trade to the East Indies, as Recorded in the Court Minutes of the East India Company 1599-1603, Containing an Account of the Formation of the Company* , London, H. Stevens & Son.
Tavernier, J.-B., 1925: *Travels in India* , V. Ball (trad.), W. Crooke (ed.), 2 vols., Oxford, Oxford University Press.
Temple, R. C., 1911: *The Diaries of Streynsham Master, 1675-1680* , 2 vols., London, John Murray.
Thorn, *Major* W., 1818: *Memoir of the War in India Conducted by Lord Lake and Major General Sir Arthur Wellesley on the Banks of the Hyphasis* , London, T. Egerton.
Tooke, W., 1905: «Narrative of the Capture of Calcutta from April 10, 1756 to November 10, 1756», en S. C. Hill, *Bengal in 1756-7* , 3 vols., Indian Records Series, Kolkata, Government Press.
Vansittart, H., 1766: *A Narrative of the Transactions in Bengal from the Year 1760, to the year 1764, during the Government of Mr Henry Vansittart* , 3 vols., London, J. Newbery.
Walpole, H. (ed.), Lewis, W. S. *et al* ., 1937-1983: *The Yale Edition of Horace Walpole's Correspondence* , 48 vols., New Haven, Yale University Press.
Watts, W. y Campbell, J., 1758: *Memoirs of the Revolution in Bengal, Anno. Dom. 1757* , London, A. Millar.
Welsh, J., 1830: *Military Reminiscences Extracted from a Journal of Nearly Forty Years Active Service in the East Indies* , 2 vols., London, Smith, Elder & Co.
Wellesley, A., duque de Wellington, 1858-1872: *Supplementary Despatches and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington* , editado por su hijo, el 2.º duque de Wellington, 15 vols., London, John Murray.
Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1840: *The Despatches, Minutes and Correspondence of the Marquess Wellesley KG during his Administration of India* , 5 vols., M. Martin (ed.), London, W. H. Allen.
Wellesley, R., marqués de Wellesley, 1970: *Two Views of British India: The Private Correspondence of Mr Dundas and Lord Wellesley: 1798-1801* , E. Ingram (ed.), London, Adams & Dart.
Wilkin, capitán W. H., 1912: *The Life of Sir David Baird* , London, W. H. Allen.

Wilks, M., 1820: *Historical Sketches of the South of India* , 2 vols., London, Longman.
Williamson, capitán Th., (1810) 1825: *The East India Vade Mecum* , 2 vols., 2.ª ed., London, Black, Parry & Kingsbury.
Young, A., 1772: *Political Essays concerning the present state of the British Empire* , London, W. Strahan.
Yule, H., 1903: *Hobson-Jobson: A Glossary of Colloquial Anglo-Indian Words and Phrases* , London, John Murray.

## Artículos y obras secundarias

Ahmed, A., 1964: *Studies in Islamic Culture in the Indian Environment* , Oxford, Oxford University Press.
Alam, M., 1986: *The Crisis of Empire in Mughal North India: Awadh and the Punjab 1707-1748* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Alam, M. y Alavi, S, 2001: *A European Experience of the Mughal Orient: The I'jāz-i-arsālāni* (*Persian Letters, 1773-1779) of Antoine-Louis Henri Polier* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Alam, M. y Subrahmanyam, S., 2012: *Writing the Mughal World* , New York, Columbia University Press.
Alam, S. M., 1997: «Masulipatam: A Metropolitan Port in the Seventeenth Century», en M. Taher (ed.), *Muslim Rule in Deccan* , Ṇūdeli, Anmol Publications.
Alavi, S., 1995: *The Sepoys and the Company: Tradition and Transition in Northern India 1770-1830* , Dilli, Oxford University Press.
Alavi, S. (ed.), 2002: *The Eighteenth Century in India* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Ali, M. A., 1975: «The Passing of an Empire: The Mughal Case», *Modern Asian Studies* , vol. IX, n.º 13.
Andrews, K. R., 1984: *Trade, Plunder and Settlement: Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire, 1430-1630* , Cambridge, Cambridge University Press.
Arasaratnam, S. y Ray, A., 1994: *Masulipatam and Cambay: A History of Two Port Towns 1500-1800* , Ṇūdeli, Munshiram Manoharlal Publishers.
Archer, M., 1972: *Company drawings in the India Office Library* , London, H.M. Stationery Office.
Archer, M. y Falk, T., 1989: *India Revealed: The Art and Adventures of James and William Fraser 1801-35* , London, Cassell.
Avery, P., Hambly, G. y Melville, Ch., 1991: *The Cambridge History of Iran* , vol. VII, *From Nadir Shah to the Islamic Republic* , Cambridge, Cambridge

University Press.
Axworthy, M., 2006: *The Sword of Persia: Nader Shah from Tribal Warrior to Conquering Tyrant* , New York, Bloomsbury.
Axworthy, M., 2007: *Iran: Empire of the Mind: A History from Zoroaster to the Present Day* , London, Penguin [ed. en esp.: *Irán: una historia desde Zoroastro hasta hoy* , G. Cantera (trad.), Madrid, Turner, 2010].
Ballhatchet, K., 1980: *Race, Sex and Class under the Raj: Imperial Attitudes and Policies and their Critics 1793-1905* , London, Weidenfeld and Nicolson.
Barnett, R., 1980: *North India Between Empires: Awadh, the Mughals and the British, 1720-1801* , Berkeley, University of California Press.
Barrow, I., 2008: «The many meanings of the Black Hole of Calcutta», en *Tall Tales and True: India, Historiography and British Imperial Imaginings* , K. Brittlebank (ed.), Clayton, Monash University Press.
Baugh, D., 2014: *The Global Seven Years War, 1754-63* , New York, Routledge.
Bayly, C. A., 1978: «Indian Merchants in a "Traditional" Setting. Banaras, 1780-1830», en C. Dewey y A. J. Hopkins (eds.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of India and Africa* , London, Athlone Press for the Institute of Commonwealth Studies.
Bayly, C. A., 1983: *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion* , Cambridge, Cambridge University Press.
Bayly, C. A., 1988: *Indian Society and the Making of the British Empire* , Cambridge, Cambridge University Press.
Bayly, C. A., 1989: *Imperial Meridian: the British Empire and the World 1780-1830* , London, Longman.
Bayly, C. A., 1996: *Empire & Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India 1780-1870* , Cambridge, Cambridge University Press.
Bayly, C. A., 2004: *The Birth of the Modern World 1780-1914* , Oxford, Blackwell [ed. en esp.: *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914* , R. García Nye (trad.), Madrid, Siglo XXI, 2010].
Beer, G. L., 1908: *The Origins of the British Colonial System, 1578-1660* , New York, Macmillan.
Bence-Jones, M., 1973: *Palaces of the Raj* , London, Allen & Unwin.
Bence-Jones, M., 1974: *Clive of India* , London, Constable.
Bernstein, J., 2000: *Dawning of the Raj: The Life & Trials of Warren Hastings* , Chicago, Ivan R. Dee.
Bhargava, M., 2014: *The Decline of the Mughal Empire* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Blake, S. P., 1991: *Shahjahanabad: The Sovereign City in Mughal India, 1639-1739* , Cambridge, Cambridge University Press.

Bowen, H. V., 1987: «Lord Clive and speculation in East India Company stock, 1766», *Historical Journal* , vol. XXX, n.º 4.
Bowen, H. V., 1991: *Revenue and Reform: The Indian Problem in British Politics, 1757-1773* , Cambridge, Cambridge University Press.
Bowen, H. V., 1998: «British India, 1765-1813: The Metropolitan Context», en P. J. Marshall, *The Eighteenth Century* , Oxford, Oxford University Press.
Bowen, H. V., 2006: *The Business of Empire: The East India Company and Imperial Britain, 1756-1833* , Cambridge, Cambridge University Press.
Brenner, R., 2003: *Merchants and Revolution: Commercial Change, Political Conflict, and London's Overseas Traders, 1550-1653* , London/New York, Verso [ed. en esp.: *Mercaderes y revolución: transformación comercial, conflicto político y mercaderes de ultramar londinenses* , C. Piña Aldao (trad.), Madrid, Akal, 2011].
Brett-James, A. (ed.), 1961: *Wellington at War, 1794-1815: A Selection of His Wartime Letters* , London, Macmillan.
Briggs, H., 1861: *The Nizam: His History and Relations with the British Government* , London, Bernard Quaritch.
Brittlebank, K., 1997: *Tipu Sultan's Search for Legitimacy: Islam and Kingship in a Hindu Domain* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Bryant, G. J., 2013: *The Emergence of British Power in India 1600-1784: A Grand Strategic Interpretation* , Woodbridge, Boydell Press.
Buchan, J., 2019: *John Law: A Scottish Adventurer of the Eighteenth Century* , London, Quercus Editions.
Buddle, A., 1999: *The Tiger and the Thistle: Tipu Sultan and the Scots in India* , Edinburgh, Trustees of National Gallery of Scotland.
Buddle, A., 1990: *Tigers Around the Throne: The Court of Tipu Sultan (1750-1799)* , London, Zamana Gallery.
Burton, D., 1993: *The Raj at Table: A Culinary History of the British in India* , London, Faber & Faber [ed. en esp.: *Los sabores del Raj* , A. Alcaina Pérez (trad.), Barcelona, Zendrera Zariquiey, 1999].
Butler, I., 1973: *The Elder Brother: The Marquess Wellesley 1760-1842* , London, Hodder and Stoughton.
Calkins, Ph., 1970: «The Formation of a Regionally Oriented Ruling Group in Bengal, 1700-1740», *Journal of Asian Studies* , vol. XXIX, n.º 4.
Calkins, Ph. B., 1969: «The Role of Murshidabad as a Regional and Subregional Centre in Bengal», en R. L. Park, *Urban Bengal* , East Lansing, Michigan State University.
Cannon, J. (ed.), 1978: *The Letters of Junius* , Oxford, Clarendon Press.

Carlos, A. M. y Nicholas, S., otoño de 1988: «Giants of an Earlier Capitalism: The chartered trading companies as modern multinationals», *Business History Review* , vol. LXII, n.º 3, 398-419.

Chandra, S., 1972: *Parties and Politics at the Mughal Court, 1717-1740* , Ṇūdeli, Oxford University Press.

Chandra, S., 1973: «Social Background to the Rise of the Maratha Movement During the 17th Century», *The Indian Economic & Social History Review* , X.

Chatterjee, I., 1999: *Gender, Slavery and Law in Colonial India* , Ṇūdeli, Oxford University Press.

Chatterjee, K., 1993: «Collaboration and Conflict: Bankers and Early Colonial Rule in India: 1757-1813», *The Indian Economic and Social History Review* , vol. XXX, n.º 3.

Chatterjee, K., 1996: *Merchants, Politics & Society in Early Modern India, Bihar: 1733-1820* , Leiden, Brill.

Chatterjee, K., 1998: «History as Self-Representation: The Recasting of a Political Tradition in Late Eighteenth Century Eastern India», *Modern Asian Studies* , vol. XXXII, n.º 4.

Chatterjee, P., 2012: *The Black Hole of Empire: History of a Global Practice of Power* , Ṇūdeli, Princeton University Press.

Chatterji, N., 1935: *Mir Qasim, Nawab of Bengal, 1760-1763* , Prayagraj, Indian Press.

Chatterji, N., 1939: *Verelst's Rule in India* , Prayagraj, Indian Press.

Chaudhuri, K. N., 1965: *The English East India Company: The Study of an Early Joint-Stock Company 1600-1640* , London, F. Cass.

Chaudhuri, K. N., 1968: «India's International Economy in the Nineteenth Century: A Historical Survey», en *Modern Asian Studies* , vol. II, n.º 1.

Chaudhuri, K. N., 1978: *The Trading World of the Asia and the English East India Company 1660-1760* , Cambridge, Cambridge University Press.

Chaudhuri, K. N., 1981: «The English East India Company in the 17th and 18th Centuries: A Pre-Modern Multinational Organisation», en L. Busse y F. Gaastra (eds.), Companies and Trade, Leiden, Brill.

Chaudhuri, N. G., 1964: *British Relations with Hyderabad* , Kolkata, University of Calcutta.

Chaudhury, S., 2000: *The Prelude to Empire: Plassey Revolution of 1757* , Ṇūdeli, Manohar Publishers & Distributors.

Chaudhury, S., 2015: «The banking and mercantile house of Jagat Seths of Bengal», en *Studies in People's History* , vol. II, n.º 1.

Chaudhury, S., 2017: *Companies, Commerce and Merchants: Bengal in the Pre-Colonial Era* , Oxford, Oxford University Press.

Cheema, G. S., 2002: *The Forgotten Mughals: A History of the Later Emperors of the House of Babar, 1707-1857* , Ṇūdeli, Manohar Publishers & Distributors.
Cheema, G. S., 2017: *The Ascent of John Company: From Traders to Rulers (1756-1787)* , Ṇūdeli, Routledge.
Chetty, A. S., 1999: «Tipu's Endowments to Hindus and Hindu institutions», en I. H. Habib (ed.), *Resistance and Modernisation under Haidar Ali & Tipu Sultan* , Ṇūdeli, Anthem Press.
Cohn, B., 1996: *Colonialism and Its Forms of Knowledge* , Princeton, Princeton University Press.
Colley, L., 2000: «Britain and Islam: Perspectives on Difference 1600-1800», en *Yale Review* , LXXXVIII.
Colley, L., agosto de 2000: «Going Native, Telling Tales: Captivity, Collaborations and Empire», *Past & Present* , n.º 168.
Colley, L., 2002: *Captives: Britain, Empire and the World 1600-1850* , London, J. Cape.
Colley, L., noviembre de 2010: «Gendering the Globe: The Political and Imperial Thought of Philip Francis», *Past & Present* , n.º 209.
Collingham, E. M., 2001: *Imperial Bodies: The Physical Experience of the Raj c.1800-1947* , London, Wiley.
Compton, H. (ed.), 1943: *The European Military Adventurers of Hindustan* , London, Sagwan Press.
Cooper, R. G. S., 2003: *The Anglo-Maratha Campaigns and the Contest for India: The Struggle for the Control of the South Asian Military Economy* , Cambridge, Cambridge University Press.
Cooper, R. G. S., septiembre de 2005: «Culture, Combat and Colonialism in Eighteenth and Nineteenth Century India», *International History Review* , vol. XXVII, n.º 3.
Dalley, J., 2006: *The Black Hole: Money, Myth and Empire* , London, Penguin.
Dalmia, V. y Faruqui, M. D. (eds.), 2014: *Religious Interactions in Mughal India* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Dalrymple, W., 1993: *City of Djinns* , London, HarperCollins [ed. en esp.: *La ciudad de los djinns: un año en Delhi* , M.ª A. Menini (trad.), Barcelona, Ediciones B, 2001].
Dalrymple, W., 2002: *White Mughals: Love and Betrayal in Eighteenth-Century India* , London, HarperCollins.
Dalrymple, W., 2006: *The Last Mughal: The End of a Dynasty, Delhi, 1857* , London, Bloomsbury [ed. en esp.: *El último mogol* , V. Gordo del Rey (trad.), Barcelona, Belacqua, 2008].

Dalrymple, W. y Sharma, Y., 2012: *Princes and Poets in Mughal Delhi 1707-1857* , Princeton, Yale University Press.
Das, N. y Llewellyn-Jones, R., 2013: *Murshidabad: Forgotten Capital of Bengal* , Mumbai, Penguin.
Datta, R., 1999: «From Medieval to Colonial: Markets, Territoriality and the Transition in Eighteenth-Century Bengal», en *Medieval History Journal* , vol. II, n.º 1.
Datta, R., 2000: *Society, Economy and the Market: Commercialisation in Rural Bengal, c.1760-1800* , Ṇūdeli, Manohar Publishers & Distributors.
Datta, R., 2003: «Commercialisation, Tribute and the Transition from late Mughal to Early Colonial in India», *Medieval History Journal* , vol. VI, n.º 2.
Datta, R., 2012: «The Commercial Economy of Eastern India under British Rule», en H. V. Bowen, E. Mancke y J. G. Reid, *Britain's Oceanic Empire: Atlantic and Indian Ocean Worlds, c. 1550-1850* , Cambridge, Cambridge University Press.
Datta, R., abril de 2019: *The Making of the Eighteenth Century in India: Some Reflections on Its Political and Economic Processes* , Jadunath Sarkar Memorial Lecture, Bangiya Itihas Samiti, Kolkatta.
Davies, A. M., 1939: *Clive of Plassey* , London, Nicholson & Watson.
Davies, Ph., 1985: *Splendours of the Raj: British Architecture in India 1660-1947* , London, Penguin.
Dewey, C. y Hopkins, A. J. (eds.), 1978: *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of India and Africa* , London, Athlone Press for the Institute of Commonwealth Studies.
Dighe, V. G., y Qanungo, S. N., 1977: «Administrative and Military System of the Marathas», en R. C. Majumdar y V. G. Dighe (eds.), *The Maratha Supremacy* , Mumbai, Bharatīya Vidya Bhavan.
Dimock, E. C. Jr. y Gupta, P. Ch. (trads. y eds.), 1965: *The Mahārāshtra Purāna* : *An Eighteenth Century Bengali Historical Text* , Honolulu, Association for Asian Studies.
Dirks, N. B., 2006: *The Scandal of Empire: India and the Creation of Imperial Britain* , Harvard, Belknap Press.
Disney, A. R., 1978: *Twilight of the Pepper Empire: Portuguese Trade in South West India in the Early Seventeenth Century* , Harvard, Harvard University Press.
Dodwell, H., 1926: *Dupleix and Clive: The Beginning of Empire* , London, Methuen.
Dodwell, H., 1926: *The Nabobs of Madras* , London, Williams and Norgate.
Dutt, R. Ch., 1908: *The Economic History of India under Early British Rule, 1757-1837* , London, Trübner & Co.
Dutta, K. K., 1965: *Shah Alam II & The East India Company* , Kolkata, World Press.

Eaton, R. M., 1993: *The Rise of Islam and the Bengal Frontier 1204-1760* , Berkeley, University of California Press.
Eaton, R. M., 2000: *Essays on Islam and Indian History* , Oxford, Oxford University Press.
Eaton, R. M., 2019: *India in the Persianate Age, 1000-1765* , London, Penguin.
Edwards, M., 1970: *King of the World: The Life and Times of Shah Alam, Emperor of Hindustan* , London, Secker & Warburg.
Farooqui, A., 2013: *Zafar, and the Raj: Anglo-Mughal Delhi, c.1800-1850* , Ṇūdeli, Primus Books.
Faruqi, M. D., 2009: «At Empire's End: The Nizam, Hyderabad and Eighteenth-Century India», en *Modern Asian Studies* , vol. XLIII, n.º 1.
Feiling, K., 1954: *Warren Hastings* , London, Macmillan.
Ferguson, N., 2003: *Empire: How Britain Made the Modern World* , London, Penguin [ed. en esp*.: El Imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial* , M. Chocano Mena (trad.), Barcelona, Debate, 2005].
Findly, E. B., 1993: *Nur Jehan: Empress of Mughal India* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Fisher, M. H., 1987: *Beyond the Three Seas: Travellers' Tales of Mughal India* , Ṇūdeli, Random House India
Fisher, M., 1997: *The Travels of Dean Mahomet: An Eighteenth-Century Journey Through India* , Berkeley, University of California Press.
Fisher, M., 2005: *Counterflows to Colonialism* , Ṇūdeli, Permanent Black.
Fisher, M. H., 2012: «Diplomacy in India 1526-1858», en H. V. Bowen, E. Mancke y J. G. Reid, *Britain's Oceanic Empire: Atlantic and Indian Ocean Worlds, c. 1550-1850* , Cambridge, Cambridge, Cambridge University Press.
Floor, W., 1998: «New Facts on Nader Shah's Indian Campaign», en *Iran and Iranian Studies: Essays in Honour of Iraj Afshar* , K. Eslami (ed.), Princeton, Zagros.
Forrest, D., 1970: *Tiger of Mysore: The Life and Death of Tipu Sultan* , London, Chatto & Windus.
Forrest, *sir* G., 1918: *The Life of Lord Clive* , 2 vols., London, Cassell.
Foster, *sir* W., 1912: «The First Home of the East India Company», en *The Home Counties Magazine* , W. P. Baildon (ed.), FSA, vol. XIV.
Foster, *sir* W., 1924: *The East India House: Its History and Associations* , London, John Lane.
Foster, *sir* W., 1926: *John Company* , London, John Lane.
Foster, *sir* W., 1933: *England's Quest of Eastern Trade* , London, A. & C. Black.
Furber, H., 2004: «Rival Empires of Trade in the Orient, 1600-1800», en *Maritime India* , S. Subrahmanyam (intro.), Ṇūdeli, Oxford University Press.

Ghosh, D., 2006: *Sex and the Family in Colonial India: The Making of Empire* , Cambridge, Cambridge University Press.
Ghosh, S. Ch., 1970: *The Social Condition of the British Community in Bengal* , Leiden, Brill.
Goetzmann, W. N., 2016: *Money Changes Everything: How Finance Made Civilisation Possible* , Princeton, Princeton University Press [ed. en esp.: *Los orígenes de las finanzas* , Madrid, Á. Hidalgo (trad.), Empresa Global, 2007].
Gommans, J. J. L., 1999: *The Rise of the Indo-Afghan Empire c.1710-1780* , Leiden, Brill.
Gordon, S., 1977: «The Slow Conquest: Administrative Integration of Malwa into the Maratha Empire, 1720-1760», en *Modern Asian Studies* , vol. XI, n.º 1.
Gordon, S., 1993: *The Marathas 1600-1818* , Cambridge, Cambridge University Press.
Gordon, S., 1998: *Marathas, Marauders and State Formation in Eighteenth-Century India* , Delhi, Oxford University Press.
Gordon, S., 1998b: «Legitimacy and Loyalty in some Successor States of the Eighteenth Century», en J. F. Richards, *Kingship and Authority in South Asia* , Ṇ̄ūdeli, Oxford University Press.
Gosha, L., 1881: *The Modern History of the Indian Chiefs, Rajas, Zamindars, &C.* , Kolkata, J.N. Ghose.
Green, N., 2012: *Sufism: A Global History* , London, Wiley.
Grewal, J. S., 1991: *Calcutta: Foundation and Development of a Colonial Metropolis* , Ṇ̄ūdeli, Panjab University.
Grey, C. y Garrett, H. L. O., 1929: *European Adventurers of Northern India 1785-1849* , Lajor, Government printing.
Guha, R., 1983: *A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement* , Durham, Orient Logman.
Gupta, B. K., 1966: *Sirajuddaullah and the East India Company, 1756-7* , Leiden, Brill.
Gupta, N., 1981: *Delhi Between Two Empires 1803-1931* , Ṇ̄ūdeli, Oxford University Press.
Gupta, P. C., 1939: *Baji Rao II and the East India Company* , Ṇ̄ūdeli, Oxford University Press.
Habib, I., 2 de septiembre de 1958: «The Agrarian Causes of the Fall of the Mughal Empire», en *Enquiry* .
Habib, I., 3 de abril de 1960: «The Agrarian Causes of the Fall of the Mughal Empire», en *Enquiry* .
Habib, I. (ed.), 1999: *Resistance and Modernisation under Haidar Ali & Tipu Sultan* , Ṇ̄ūdeli, Tulika.

Hall, B. S. y De Vries, K., 1990: «Essay Review–The “Military Revolution” Revisited», *Technology and Culture* , n.º 31.
Hallward, N. L., 1920: *William Bolts: A Dutch Adventurer Under John Company* , Cambridge, Cambridge University Press.
Hamilton, H., 1955-1956: «The Failure of the Ayr Bank, 1772», *Economic History Review* , 2nd series, vol. VIII.
Hansen, W., 1986: *The Peacock Throne* , Ṇūdeli, Motilal Banarsidass Publishers.
Haque, I., 1992: *Glimpses of Mughal Society and Culture* , Ṇūdeli, Concept Publishing Company.
Harding, D., 1997: *Small Arms of the East India Company 1600-1856* , 4 vols., London, Foresight Books.
Harris, J. G., 2014: *The First Firangis* , Delhi, Aleph Book Company.
Harris, L., junio de 2001: «Archibald Swinton: A New Source for Albums of Indian Miniature in William Beckford’s Collection», *Burlington Magazine* , vol. CXLIII, n.º 1179, 360-366.
Hasan, M. Z., 1920: *Monuments of Delhi* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Hasan, M., 1951: *History of Tipu Sultan* , Kolkata, Bibliophile.
Hawes, Ch., 1996: *Poor Relations: The Making of the Eurasian Community in British India 1773-1833* , London, Curzon.
Howard, M., 1977: *War in European History* , (reimp.), Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *La guerra en la historia europea* , M. Pizarro (trad.), Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999].
Husain, A. A., 2000: *Scent in the Islamic Garden: A Study of Deccani Urdu Literary Sources* , Karachi, Oxford University Press.
Husain, I., 1994: *The Rise and Decline of the Ruhela Chieftaincies in 18th Century India* , Aligarh, Oxford University Press.
Hutchinson, L., 1964: *European Freebooters in Moghul India* , New York, Asia Publishing House.
Ives, E., 1733: *A Voyage From England to India in the Year 1754* , London, E. & C. Dilly.
Jacob, S., 2017: «“The Travellers” Tales: The travel writings of Itesamuddin and Abu Taleb Khan», en W. A. Pettigrew y M. Gopalan, *The East India Company, 1600-1857: Essays on Anglo-Indian Connection* , New York, Routledge.
Jasanoff, M., 2005: *Edge of Empire: Conquest and Collecting in the East, 1750-1850* , London, HarperCollins.
Jespersen, K. J. V., 1983: «Social Change and Military Revolution in Early Modern Europe: Some Danish Evidence», *Historical Journal* , vol. XXVI, n.º 1.
Joseph, B., 2006: *Reading the East India Company* , Ṇūdeli, The Univesity of Chicago Press.

Kai, M., 2018: «Imad ul-Mulk», en *The Encyclopedia of Islam-Three* , K. Fleet y G. Krämer (eds.), Leiden, Brill.
Keay, J., 1981: *India Discovered* , London, Windward.
Keay, J., 1991: *The Honourable Company: A History of the English East India Company* , London, HarperCollins.
Keay, J., 2014: *Farzana: The Woman Who Saved an Empire* , London, Bloomsbury.
Khan, G., 1998: *Indian Muslim Perceptions of the West during the Eighteenth Century* , Karachi, Oxford University Press.
Khan, A. M., 1969: *The Transition in Bengal 1756-1775* , Cambridge, Cambridge University Press.
Khan, I. G., 2000: «A Book With Two Views: Ghulam Husain's "An Overview of Modern Times"», en J. Malik (ed.), *Perspectives of Mutual Encounters in South Asian History, 1760-1860* , Leiden, Brill.
Kincaid, D., 1938: *British Social Life in India up to 1938* , London, Routledge.
Kolff, D., 1992: *Naukar, Rajput, and Sepoy* , London, Manohar Publishers & Distributors.
Kuiters, W. G. J., 2002: *The British in Bengal 1756-1773: A Society in Transition seen through the Biography of a Rebel: William Bolts (1739-1808)* , Paris, Indes savants.
Kulkarni, G. y Kantak, M. R., 1980: *The Battle of Khardla: Challenges and Responses* , Pune, Deccan College Postgraduate and Research Institute.
Kulkarni, U. S., 2011: *Solstice at Panipat, 14 January 1761* , Pune, Mula Mutha Publishers.
Kulkarni, U. S., 2017: *The Era of Baji Rao: An Account of the Empire of the Deccan* , Pune, Mula Mutha Publishers.
Kumar, R., 1998: *Costumes and Textiles of Royal India* , London, Christie's Books.
Lafont, J.-M., 1997: «Lucknow in the Eighteenth Century», en V. Graff (ed.), *Lucknow: Memories of a City* , Delhi, Oxford University Press.
Lafont, J.-M., 2000: *Indika: Essays in Indo-French Relations 1630-1976* , Delhi, Manohar Publishers & Distributors.
Lafont, J.-M. y Lafont, R., 2010: *The French & Delhi, Agra, Aligarh and Sardhana* , Ṇūdeli, India Research Press.
Laine, J. W., 2003: *Shivaji: Hindu King in Islamic India* , Oxford, Oxford University Press.
Lal, J., 1997: *Begam Samru: Fading Portrait in a Gilded Frame* , Delhi, Roli Books.
Lal, K. S., 1951: *Studies in Deccan History* , Haidarābādu, Business Week Press.
Lal, K. S., 1988: *The Mughal Harem* , Ṇūdeli, Aditya Prakashan.
Lane-Poole, S., 1890: *Aurangzeb and the Decay of the Mughal Empire* , Oxford, Clarendon Press.

Leach, L. Y., 1995: *Mughal and Other Paintings from the Chester Beatty Library* , London, Scorpion Cavendish.
Lenman, B. y Lawson, Ph., diciembre de 1983: «Robert Clive, the "Black Jagir" and British Politics», en *Historical Journal* , vol. XXVI, n.º 4.
Lenman, B. P., 2001: *Britain's Colonial Wars 1688-1783* , London, Longman.
Leonard, K., 1971: «The Hyderabad Political System and Its Participants», *Journal of Asian Studies* , vol. XXX, n.º 3.
Leonard, K., 1979: «The Great Firm Theory of the Decline of the Mughal Empire», *Comparative Studies in Society and History* , vol. XXI, n.º 2.
Leonard, K., 1981: «Banking Firms in Nineteenth-Century Hyderabad Politics», *Modern Asian Studies* , vol. XV, n.º 2.
Letwin, W., 1963: *The Origin of Scientific Economics* , London, Methuen.
Lima Cruz, M.ª A., 1986: «Exiles and Renegades in Early Sixteenth-Century Portuguese India», en *Indian Economic and Social History Review* , vol. XXIII, n.º 3.
Little, J. H., 1956: *The House of Jagat Seth* , Kolkata, Calcutta Historical Society.
Llewellyn-Jones, R., 1982: *A Fatal Friendship: The Nawabs, the British and the City of Lucknow* , Delhi, Oxford University Press.
Llewellyn-Jones, R., 1992: *A Very Ingenious Man: Claude Martin in Early Colonial India* , Delhi, Oxford University Press.
Llewellyn-Jones, R., 2000: *Engaging Scoundrels: True Tales of Old Lucknow* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Lockhardt, L., 1938: *Nadir Shah* , London, Luzac.
Lorenzen, D. N., enero-marzo de 1978: «Warrior Ascetics in Indian History», en *Journal of the American Oriental Society* , vol. XCVIII, n.º 1.
Losty, J. P., 2002: «Towards a New Naturalism: Portraiture in Murshidabad and Avadh, 1750-80», en B. Schmitz (ed.), *After the Great Mughals: Painting in Delhi and the Regional Courts in the 18th and 19th Centuries* , Mumbai, Marg Publications.
Losty, J. P., 2013: «Murshidabad Painting 1750-1820», en N. Das y R. Llewellyn-Jones, *Murshidabad: Forgotten Capital of Bengal* , Mumbai, Marg Publications.
Losty, J. P., octubre de 2017: «Eighteenth-century Mughal Paintings from the Swinton Collection», *Burlington Magazine* , vol. CLIX, n.º 1375.
Losty, J. P. y Roy, M., 2012: *Mughal India: Art, Culture and Empire* , London, British Library.
Love, H. D., 1913: *Vestiges of Old Madras* , 2 vols., London, J. Murray.
Maddison, A., 2007: *Contours of the World Economy, 1-2030 ad: Essays in Macro-Economic History* , Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *La economía*

*mundial. Una perspectiva milenaria* , M. A. Roncales (trad.), Barcelona, Mundi Prensa Libros, 2002].
Majumdar, R. C. *et al.* , (1978) 1991: *An Advanced History of India* , (reimp.), Chennai, Macmillan.
Malik, J., 2000: *Perspectives of Mutual Encounters in South Asian History, 1760-1860* , Leiden, Brill.
Malik, Z. U., 1977: *The Reign of Muhammad Shah, 1719-1748* , Aligarh, Asia Publishing House.
Mansingh, G., 1997: «French Military Influence in India», en *Reminiscences: The French in India* , Ṇūdeli, Indian National Trust for Art and Cultural Heritage.
Marshall, P. J., 1968: *Problems of Empire: Britain and India 1757-1813* , London, Allen and Unwin.
Marshall, P. J. (ed.), 1970: *The British Discovery of Hinduism* , Cambridge, Cambridge University Press.
Marshall, P. J., 1976: *East India Fortunes: The British in Bengal in the Eighteenth Century* , Oxford, Clarendon Press.
Marshall, P. J., 1987: *Bengal: The British Bridgehead–Eastern India 1740-1828* , Cambridge, Cambridge University Press.
Marshall, P. J., 1992: «Cornwallis Triumphant: War in India and the British Public in the Late Eighteenth Century», en L. Freeman, P. Hayes y R. O'Neill (eds.), *War, Strategy and International Politics* , Oxford, Clarendon Press.
Marshall, P. J., 1997: «British Society under the East India Company», en *Modern Asian Studies* , vol. XXXI, n.º 1.
Marshall, P. J., 1998: «The British in Asia: Trade to Dominion, 1700-1765», en P. J. Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire* , vol. II, *The Eighteenth Century* , Oxford, Clarendon Press.
Marshall, P. J., 1998b: «The English in Asia to 1700», en N. Canny, *The Oxford History of the British Empire* , vol. I, *The Origins of Empire* , Oxford, Clarendon Press.
Marshall, P. J., 2005: *The Making and Unmaking of Empires: Britain, India and America c.1750-1783* , Oxford, Oxford University Press.
Marshall P. J. (ed.), 2003: *The Eighteenth Century in Indian History: Evolution or Revolution?* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Matar, N., 1999: *Turks, Moors & Englishmen in the Age of Discovery* , New York, Columbia University Press.
Mather, J., 2009: *Pashas: Traders and Travellers in the Islamic World* , New Haven, Yale University Press.
Matthew, H. C. G. y Harrison, B. H. (eds.), 2004: *Oxford dictionary of national biography* , Oxford, Oxford University Press.

McLane, J. R., 1993: *Land and Local Kingship in Eighteenth-Century Bengal* , Cambridge, Cambridge University Press.
Michaud, J., 1924: *History of Mysore Under Haidar Ali and Tippoo Sultan* , V. K. Raman Menon (trad.), Ceṉṉ ai, Vishnu.
Micklethwait, J. y Wooldridge, A., 2003: *The Company: A Short History of a Revolutionary Idea* , London, RandomHouse [ed. en esp.: *La empresa: la historia de una idea revolucionaria* , E. Benito (trad.), Barcelona, RandomHouse, 2003].
Milton, G., 1999: *Nathaniel's Nutmeg or, The True and Incredible Adventures of the Spice Trader Who Changed the Course of History* , London, Farrar, Straus and Giroux [ed. en esp.: *El hombre que tuvo el coraje de cambiar la historia* , J. Fibla (trad.), Barcelona, Martínez Roca, 1999].
Mishra, R., 2018: *A Business of State: Commerce, Politics and the Birth of the East India Company* , Harvard, Harvard University Press.
Moin, A. A., 2014: *The Millennial Sovereign: Sacred Kingship & Sainthood in Islam* , Columbia, Columbia University Press.
Moon, *sir* P., 1947: *Warren Hastings and British India* , London, Hodder & Stoughton.
Moon, *sir* P., 1989: *The British Conquest and Dominion of India* , London, Duckworth.
Moosvi, Sh., 1987: *Economy of the Mughal Empire, c.1595: A Statistical Study* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Moreland, W. H., 1938: «From Gujerat to Golconda in the Reign of Jahangir», en *Journal of Indian History* , vol. XVII.
Morris, J., 1973: *Heaven's Command: An Imperial Progress* , London, Faber & Faber.
Mount, F., 2016: *Tears of the Rajas: Mutiny, Money and Marriage in India 1805-1905* , London, Simon & Schuster.
Moynihan, E. B., 1979: *Paradise as a Garden in Persia and Mughal India* , New York, G. Braziller.
Mukherjee, S. N., 1968: *Sir William Jones: A Study in Eighteenth-Century Attitudes to India* , Cambridge, Cambridge University Press.
Mukherjee, T., 2009: «The Coordinating State and the Economy: the Nizamat in Eighteenth-Century Bengal», en *Modern Asian Studies* , vol. XLIII, n.º 2.
Mukherjee, T., 2013: *Political Culture and Economy in Eighteenth-Century Bengal: Networks of Exchange, Consumption and Communication* , Ṇūdeli, Orient Blackswan.
Mukhopadhyay, S. C., 1988: *British Residents at the Darbar of Bengal Nawabs at Murshidabad 1757-1772* , Delhi, Gian Publishing House.

Nayeem, M. A., 1985: *Mughal Administration of the Deccan under Nizamul Mulk Asaf Jah (1720-48)* , Mumbai, Jaico Publishing House.
Nechtman, T. W., 2007: «A Jewel in the Crown? Indian Wealth in Domestic Britain in the Late Eighteenth Century», *Eighteenth-Century Studies* , vol. XLI, n.º 1.
Nechtman, T. W., 2010: *Nabobs: Empire and Identity in Eighteenth-Century Britain* , Cambridge, 2018
Nilsson, S., 1968: *European Architecture in India 1750-1850* , New York, Taplinger.
Otis, A., 2018: *Hicky's Bengal Gazette: The Untold Story of India's First Newspaper* , Chennai, Westland Publications.
Owen, S. J., 1912: *The Fall of the Mughal Empire* , London, Murray.
Pannikar, K. N., 1968: *British Diplomacy in Northern India: A Study of the Delhi Residency 1803-1857* , Ṇūdeli, Associated Publishing House.
Pannikar, K. N., 1969: *Asia and Western Dominance* , New York, Collier Books.
Parker, G., 1988: *The Military Revolution* , Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: *La revolución militar* , J. L. Gil Aristu (trad.), Madrid, Alianza, 2002].
Pearse, coronel H., 1908: *Memoir of the Life and Military Services of Viscount Lake* , Edinburgh, W. Blackwood & Sons.
Pearson, M. N., 1987: *The New Cambridge History of India* , 1.1, *The Portuguese in India* , Cambridge, Cambridge University Press.
Peers, D., 2012: «State, Power and Colonialism», en D. Peers y N. Gooptu (eds.), *India and the British Empire* , Oxford, Oxford University Press.
Pelo, S., 2014: «Drowned in the Sea of Mercy. The Textual Identification of Hindu Persian Poets from Shi'i Lucknow in the Tazkira of Bhagwan Das "Hindi"», en V. Dalmia y M. D. Faruqui (eds.), *Religious Interactions in Mughal India* , Ṇūdeli, Oxford University Press.
Pemble, J., junio de 1976: «Resources and Techniques in the Second Maratha War», *Historical Journal* , vol. XIX, n.º 2, 375-404.
Pernau, M., Rajamani, I. y Schofield, K., 2018: *Monsoon Feelings* , Ṇūdeli, Niyogi Books.
Philips, C. H., 1948: «Clive in the English Political World, 1761-64», en *Bulletin of the School of Oriental and African Studies, University of London* , vol. XII, n.º 3/44, Oriental and African Studies Presented to Lionel David Barnett by His Colleagues, Past and Present.
Phillips, J., agosto de 1958: «A Successor to the Moguls: The Nawab of the Carnatic and the East India Company, 1763-1785», *International History Review* , vol. VII, n.º 3, 364-389.
Pinch, W., 2006: *Warrior Ascetics and Indian Empires* , Cambridge, Cambridge University Press.

Pitts, J., 2005: *A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France* , Princeton, Princeton Unversity Press.

Prakash, O., 1985: *The Dutch East India Company and the Economy of Bengal, 1630-1720* , Princeton, Princeton University Press.

Prakash, O., 2013: «From Market-Determined to Coercion-based: Textile Manufacturing in Eighteenth-Century Bengal», en G. Riello y T. Roy (eds.), *How India Clothed the World: The World of South Asian Textiles, 1500-1800* , Leiden, Brill.

Prasad, B., 1940: *History of Jahangir* , Allahabad, The Indian Press.

Pritchett, F. W. P., 1994: *Nets of Awareness: Urdu Poetry and Its Critics* , Berkeley/Los Angeles, University of California Press.

Qanungo, K. R., 1925: *History of the Jats* , Kolkata, Sarkar & Sons.

Qanungo, K. R., 1968: «Fragment of a Bhao Ballad in Hindi», *Historical Essays* , Kolkata, Shiva Lal Agarwala.

Rao, P. S. M., 1963: *Eighteenth Century Deccan* , Mumbai, Popular Prakashan.

Rao, V. N., Shulman, D. y Subrahmanyam, S., 2003: *Textures of Time: Writing History in South India 1600-1800* , New York, Other Press.

Ray, A. (ed.), 2002: *Tipu Sultan and his Age: A Collection of Seminar Papers* , Kolkata, Asiatic Society.

Ray, R. K., 1993: «Race, Religion and Realm», en M. Hasan y N. Gupta, *India's Colonial Encounter* , Delhi, Manohar Publishers & Distributors.

Ray, R. K., 1998: «Indian Society and the Establishment of British Supremacy, 1765-1818», en P. J. Marshall, *The Eighteenth Century* , Oxford, Oxford University Press.

Ray, R. K., 2003: *The Felt Community: Commonality and Mentality before the Emergence of Indian Nationalism* , Ṇūdeli, Oxford University Press.

Regani, S., 1963: *Nizam-British Relations 1724-1857* , Ṇūdeli, Booklovers.

Richards, J. F., 1997: «Early Modern India and World History», *Journal of World History* , vol. VIII, n.º 2.

Richards, J. F., 1981: «Mughal State Finance and the Premodern World Economy», en *Comparative Studies in Society and History* , vol. XXIII, n.º 2.

Richards, J. F., 1990: «The Seventeenth-Century Crisis in South Asia», en *Modern Asian Studies* , vol. XXIV, n.º 4.

Richards, J. F., 1998: *Kingship and Authority in South Asia* , Ṇūdeli, Oxford University Press.

Richards, J. F., 2003: *The Unending Frontier: An Environmental History of the Early Modern World* , Berkeley, University of California Press.

Rizvi, S. A. A., 1980: *Shah Walli-Allah And His Times* , Canberra, Ma'rifat Publishing.

Rizvi, S. A. A., 1982: *Shah 'Abd al'Aziz: Puritanism, Sectarianism and Jihad* , Canberra, Ma'rifat Publishing.
Robb, P., 12 de marzo de 1998: *Clash of Cultures? An Englishman in Calcutta in the 1790*[s] , conferencia inaugural, London, School of Oriental and African Studies.
Roberts, A., 2001: *Napoleon and Wellington* , London, Simon & Schuster [ed. en esp.: *Napoleón y Wellington* , F. Miranda (trad.), Granada, Almed Ediciones, 2008].
Robins, N., 2006: *The Corporation That Changed the World: How the East India Company Shaped the Modern Multinational* , London, Pluto Press.
Roy, K., julio de 2005: «Military Synthesis in South Asia: Armies, Warfare, and Indian Society, *c.* 1740-1849», en *Journal of Military History* , vol. LXIX, n.º 3.
Roy, T., 2012: *The East India Company: The World's Most Powerful Corporation* , Ṇūdeli, Penguin.
Russell, R., 1995: *Hidden in the Lute: An Anthology of Two Centuries of Urdu Literature* , Manchester, Carcanet.
Saksena, R. B., 1941: *European & Indo-European Poets of Urdu & Persian* , Lucknow, Newul Kishore Press.
Sardesai, G. S., 1946: *A New History of the Marathas* , 3 vols., Pune, Phoenix Publications.
Sarkar, B., 2 de junio de 2017: «Traveling Tantrics and Belligerent Brahmins: The Sivarajyabhiṣ ekakalpataru and Sivaji's Tantric consecration», conferencia en el congreso *Professions in motion: culture, power and the politics of mobility in 18*[th] *-century India* , St Anne's College, Oxford, 2 junio 2017.
Sarkar, *sir* J., junio de 1934: «Events Leading up to Panipat and Panipat, 1761», en *India Historical Quarterly.*
Sarkar, *sir* J. (ed.), 1948: *The History of Bengal* , vol. II, *The Muslim Period 1200 ad-1757 ad* , Ṇūdeli, B.R. Publishing Corporation.
Sarkar, *sir* J., 1952: *Bengal nawābs* , *sir* J. Sarkar (trad.), Kolkata, Asiatic Society.
Sarkar, *sir* J. (ed.), 1953: *Persian Records of Maratha History* , 1, *Delhi Affairs (1761-1788)* , Mumbai, Directorate of Archives.
Sarkar, *sir* J., 1973: *Nadir Shah in India* , Kolkata, Naya Prokash.
Sarkar, *sir* J., 1991: *Fall of the Mughal Empire* , 4 vols., Ṇūdeli, Orient Longman.
Sarkar, *sir* J., 1997: «General Raymond of the Nizam's Army», en M. Taher (ed.), *Muslim Rule in Deccan* , Delhi, Anmol Publications.
Saroop, N., 1983: *A Squire of Hindoostan* , Ṇūdeli, Palit & Palit.
Scammell, G. V., 1981: *The World Encompassed: The First European Maritime Empires* , London/New York, Methuen.

Scammell, G. V., 1992: «European Exiles, Renegades and Outlaws and the Maritime Economy of Asia *c.* 1500-1750», en *Modern Asian Studies* , vol. XXVI, n.º 4.
Schimmel, A., 1980: *Islam in the Indian Subcontinent* , Leiden/Köln, Brill.
Schmitz, B. (ed.), 2002: *After the Great Mughals: Painting in Delhi and the Regional Courts in the 18th and 19th Centuries* , Mumbai, Marg Publications.
Schofield, K. y Lunn, D., 2018: «Delight, Devotion and the Music of the Monsoon at the Court of Emperor Shah Alam II», en M. Pernau, I. Rajamani y K. Schofield, *Monsoon Feelings* , Ṇūdeli, Niyogi Books.
Scott, W. R., 1912: *The Constitution and Finance of English, Scottish and Irish Joint Stock Companies to 1720* , 3 vols., Cambridge, Cambridge University Press.
Sen, A., 1977: «A Pre-British Economic Formation in India of the Late Eighteenth Century», en B. De (ed.), *Perspectives in Social Sciences* , I, *Historical Dimensions* , Kolkata, Centre for Studies in Social Sciences.
Sen, S. N., 1974: *Anglo-Maratha Relations during the Administration of Warren Hastings* , Ceṉṉ ai, Mukhopadhyay.
Sen, S. P., 1958: *The French in India, 1763-1816* , Kolkata, Mukhopadhyay.
Shapiro, J., 2005: *1599: A Year in the Life of William Shakespeare* , London, HarperCollins [ed. en esp.: 1599. *Un año en la vida de William Shakespeare* , M. Condor (trad.), Madrid, Siruela, 2007].
Sharma, Y., 2012: «From Miniatures to Monuments: Picturing Shah Alam's Delhi (1771-1806)», en A. Patel y K. Leonard (eds.), *Indo-Muslim Cultures in Transition* , Leiden, Brill.
Shreeve, N., 1996: *Dark Legacy* , Crossbush, Bookwright.
Sinha, A., 2002: *The Politics of Trade: Anglo-French Commerce on the Coromandel Coast, 1763-1793* , Ṇūdeli, Manohar Publishers & Distributors.
Singh, G., 1925: *Ahmed Shah Durrani* , Delhi, W. Heffer & Sons.
Singh, G., 1959: *Ahmad Shah Durrani* , Mumbai, Asia Publishing House.
Singh, G., 1970: «Colonel Polier's Account of the Sikhs», *The Panjab Past and Present* , 4.
Singh, K., 2017: *Real Birds in Imagined Gardens: Mughal Painting between Persia and Europe* , Los Angeles, The Getty Research Institute.
Singh, R. (ed.), 1998: *Mohan Singh's Waqai-Holkar* , *sir* J. Sarkar (trad.), Jaipur, Publication Scheme.
Spear, P., 1951: *The Twilight of the Moghuls* , Cambridge, Cambridge University Press.
Spear, P., 1963: *The Nabobs* , London, Oxford University Press.
Spear, P., 1975: *Master of Bengal: Clive and his India* , London, Thames & Hudson.

Spear, T. G. P., 1941: «The Mogul Family and the Court in 19th-Century Delhi», en *Journal of Indian History* , vol. XX.
Srivastava, A. L., 1939: *Shuja ud-Daula* , vol. I, *1754-1765* , Kolkata, The Midland Press.
Srivastava, A. L., 1964: *The Mughal Empire, 1526-1803 A.D.* , Agra, S. L. Agarwala.
Stein, B., 1985 (abril de 1984): «State Formation and Economy Reconsidered», *Modern Asian Studies* , vol. XIX, n.º 3, Special Issue: Papers Presented at the Conference on Indian Economic and Social History, Cambridge University.
Stein, B., 1989: «Eighteenth Century India: Another View», *Studies in History* , vol. V, n.º 1. Stern, P. J., 2011: *The Company State: Corporate Sovereignty & the Early Modern Foundations of the British Empire in India* , Oxford, Oxford University Press.
Strachan, H., (1983) 1993: *European Armies and the Conduct of War* , (reimp.), London, Routledge.
Strachan, M., 1989: *Sir Thomas Roe 1581-1644* , Wilton, M. Russell.
Strachey, E., julio de 1893: «The Romantic Marriage of James Achilles Kirkpatrick, Sometime British Resident at the Court of Hyderabad», en *Blackwood's Magazine* .
Strachey, *sir* J., 1892: *Hastings and the Rohilla War* , Oxford, Clarendon Press.
Subrahmanyam, S., 1990: *Improvising Empire: Portuguese Trade and Settlement in the Bay of Bengal 1500-1700* , Oxford, Oxford University Press.
Subrahmanyam, S., 1993: *The Portuguese Empire in Asia: A Political and Economic History* , London, Longman.
Subrahmanyam, S., 1997: «Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia», *Modern Asian Studies* , vol. XXXI, n.º 3.
Subrahmanyam, S., 2000: «Un Grand Derangement: Dreaming An Indo-Persian Empire in South Asia, 1740-1800», *Journal of Early Modern History* , vol. IV, n.º 3-4.
Subrahmanyam, S., 2001: *Penumbral Visions: Making Politics in Early Modern South India* , Ann Arbor, University of Michigan Press.
Subramanian, L., 1987: «Banias and the British: the role of indigenous credit in the Process of Imperial Expansion in Western India in the second half of the Eighteenth century», *Modern Asian Studies* , vol. XXI, n.º 3.
Subramanian, L. y Ray, R. K., 1991: «Merchants and Politics: From the Great Mughals to the East India Company», en D. Tripathi, *Business and Politics in India* , Ņūdeli, Manohar Publishers & Distributors.
Subramanian, L., 2001: «Arms and the Merchant: The Making of the Bania Raj in Late Eighteenth-Century India», *South Asia* , vol. XXIV, n.º 2, 1-27.

Sutherland, L., 1952: *The East India Company in Eighteenth-Century Politics* , Oxford, Clarendon Press.

Teltscher, K., 1995: *India Inscribed: European and British Writing on India 1600-1800* , Delhi, Oxford University Press.

Tharoor, Sh., 2016: *Inglorious Empire: What the British Did in India* , Ṇūdeli, Scribe Publications.

Timberg, Th. A., 2014: *The Marwaris: From Jagat Seth to the Birlas* , Ṇūdeli, Allen Lane.

Travers, R., 2007: *Ideology and Empire in Eighteenth Century India: The British in Bengal* , Cambridge, Cambridge University Press.

Tripathi, A., 1979: *Trade and Finance in the Bengal Presidency, 1793-1833* , Kolkata, Oxford University Press.

Tritton, A., 2013: *When the Tiger Fought the Thistle* , London, I. B. Tauris.

Trivedi, M., 2010: *The Making of the Awadh Culture* , Ṇūdeli, Primus Books.

Truschke, A., 2017: *Aurangzeb: The Man and the Myth* , Ṇūdeli, Oxford University Press.

Twining, T., 1983: *Travels in India One Hundred Years Ago* , London, James R. Osgood, McIlvaine & Co.

Vartavarian, M., 2014: «An Open Military Economy: The British Conquest of South India Reconsidered, 1780-1799», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* , vol. LVII, n.º 4.

Vaughn, J., 2019: *The Politics of Empire at the Accession of George III* , New Haven, Yale University Press.

Ward, A., 1996: *Our Bones Are Scattered* , London, Henry Holt & Co.

Ward, J. R., febrero de 1994: «The Industrial Revolution and British Imperialism, 1750-1850», en *Economic History Review* , n.s., vol. XLVII, n. 1.

Washbrook, D. A., 1988: «Progress and Problems: South Asian Economic and Social History *c.* 1720-1860», en *Modern Asian Studies* , vol. XXII, n.º 1.

Weitzman, S., 1929: *Warren Hastings and Philip Francis* , Manchester, Manchester University Press.

Weller, J., 1972: *Wellington in India* , London, Longman.

Wheatley, capitán G. R. P., 1912: «The Final Campaign against Tipu», *Journal of the United Services Institute* , n.º 41.

Wilbur, M. E., 1945: *The East India Company and the British Empire in the Far East* , New York, R. R. Smith.

Wilkinson, Th., 1976: *Two Monsoons* , London, Duckworth.

Willson, B., 1903: *Ledger and Sword: The Honourable Company of Merchants of England Trading to the East Indies 1599-1874* , 2 vols., London, Longmans.

Wilson, J., noviembre de 2005: «A Thousand Countries to go to: Peasants and rulers in late eighteenth-century Bengal», *Past and Present* , n.º 189.
Wilson, J., 2016: *India Conquered: Britain's Raj and the Chaos of Empire* , London, Simon & Schuster.
Wink, A., 1983: «Maratha Revenue Farming», en *Modern Asian Studies* , vol. XVII, n.º 4.
Young, D., 1959: *Fountain of Elephants* , London, Collins.
Zaidi, S. I., 9-12 de julio de 1986: «European Mercenaries in the North Indian armies 1750-1803 ad», en *The Ninth European Conference on Modern South Asian Studies* , Heidelberg, South Asian Institute of Heidelberg University.
Zaidi, S. I., 1990: «French Mercenaries in the Armies of South Asian States 1499-1803», en *Indo-French Relations: History and Perspectives* , Delhi, Ambassade de France.



Este libro se terminó de imprimir
el día 17 de mayo de 2021,
420 años, 3 meses y 4 días después
de que el Red Dragon partiera
de los muelles de Londres
con rumbo a la India.

«Dalrymple, un historiador y autor que vive en la India y que ha escrito mucho del Imperio mogol, aporta erudición y un profundo conocimiento con un estilo ameno».
John Gapper, *Financial Times*

«Dalrymple siempre ha estado en vanguardia de la divulgación histórica […] con énfasis en los personajes y sus acciones, evocadoras descripciones de lugares y momentos y la inclusión de perspectivas olvidadas durante mucho tiempo. El verdadero logro del libro es llevar a los lectores a un relevante y olvidado periodo de la historia británica y del sudeste asiático en un viaje no solo informativo, sino también vívido».
Jason Burke, *Observer*

«Dalrymple investiga como un historiador, piensa como un antropólogo y escribe como un novelista».
Maya Jasanoff, *Guardian*

«Magnífico. Dalrymple es un historiador dotado para dar claridad narrativa a una historia compleja. Combina un profundo conocimiento del trasfondo en el que se desarrolló la trayectoria de la Compañía con una capacidad impresionante para tejer una gran variedad de voces históricas. *La anarquía* desintegra los mitos que se han establecido alrededor de la Compañía como hicieron los percebes a los cascos de sus buques».
John McAleer, *Evening Standard*

«Uno de los mejores libros de historia de la India publicados en mucho tiempo».
Tirthankar Roy, *Times Literary Supplement*

«La narrativa deslumbrante de William Dalrymple detalla con viveza cómo la institución cambió las vidas de indios y británicos al tiempo que modificaba la historia global».
Best Books of 2019, *Wall Street Journal*

«Extraordinariamente interesante y asombroso. Ganador».
India Knight, *Sunday Times*

«Un libro magnífico para leer, profundamente investigado y con una rica atmósfera, escrito con el poder de la comprensión de un historiador y ojo novelístico para los detalles».
Francis Wheen, *Mail on Sunday*



**William Dalrymple** es un reconocido historiador y escritor escocés, miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Asiatic Society y autor de obras tan relevantes como *El retorno de un rey* , *El último mogol* , *La ciudad de los djinns* o *White Mughals* . Sus libros han recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Duff Cooper Memorial Prize, el Thomas Cook Travel Book Award, el Sunday Times Young como escritor británico del año, el Hemingway, el Kapuściński y los Premios Wolfson. Ha sido cuatro veces candidato, y una preseleccionado, para el Premio Samuel Johnson de no ficción. También es uno de los cofundadores y codirectores del Festival Anual de Literatura de Jaipur.



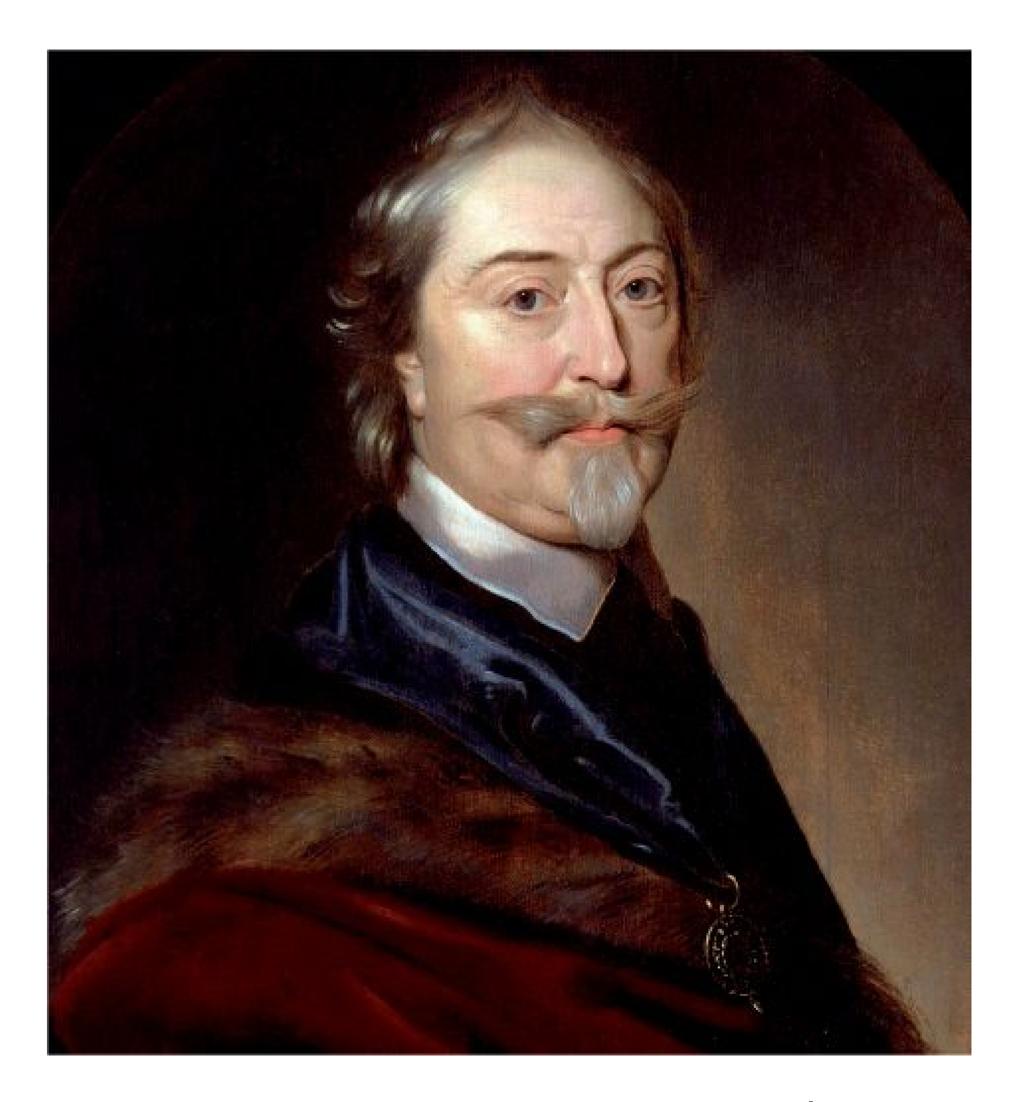
Fragmento de una rara, espectacular, compleja y completa pintura histórica sobre calicó. Celebra el exitoso asedio inglés de 1760-1761 a Pondicherry, en la costa sudeste de la India, sede de la Compañía de las Indias francesa. Las fuerzas inglesas (bajo una estilizada Union Jack) luchan junto con los soldados locales. Los regimientos indios parecen distinguirse por la vestimenta, indicativo de la compleja red de alianzas regionales forjada por las corporaciones europeas.



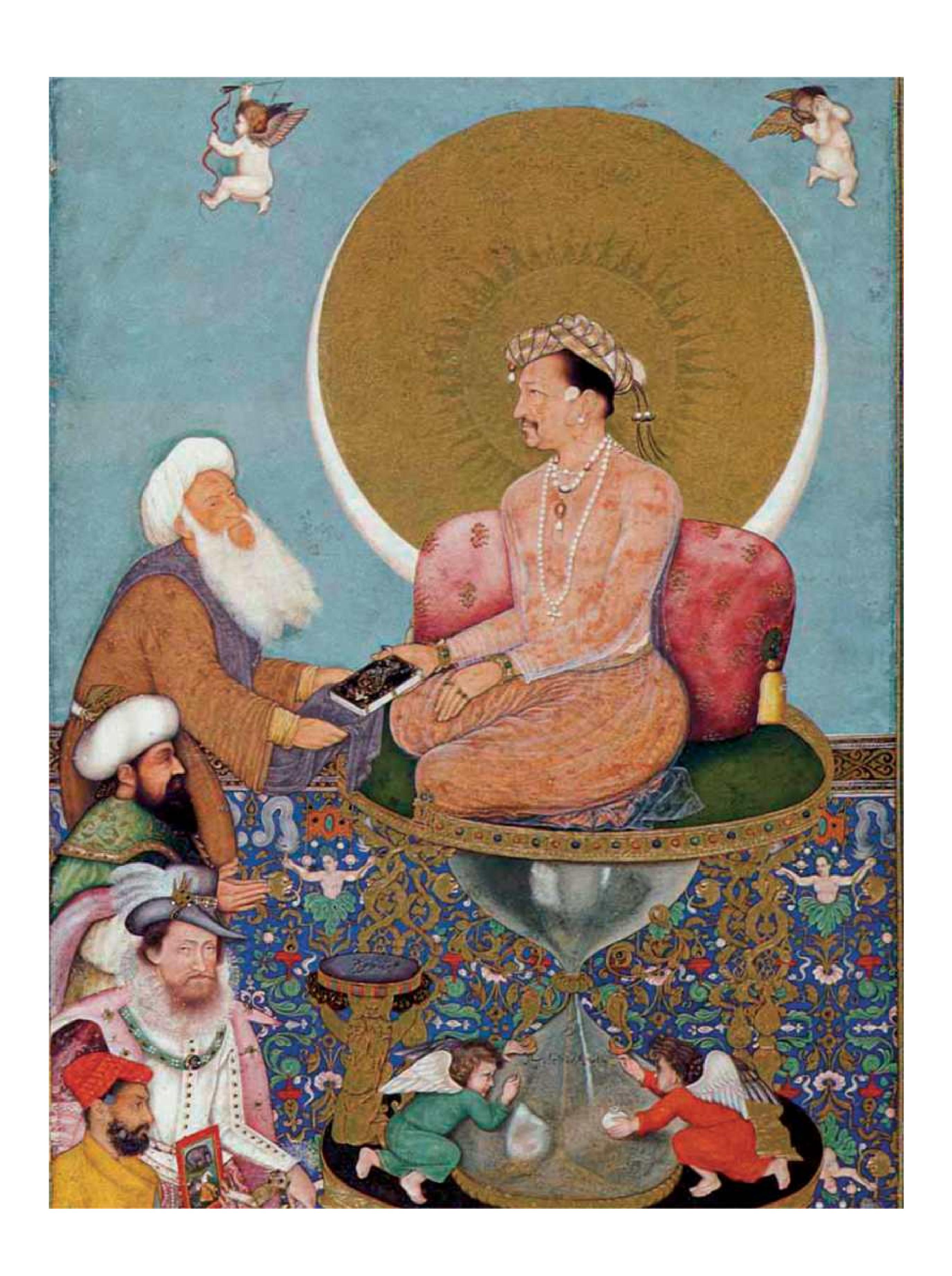

El auditor *sir* Thomas Smythe, fundador de la Compañía de las Indias Orientales. Grabado (1616) de Simon de Passe (1595-1647).



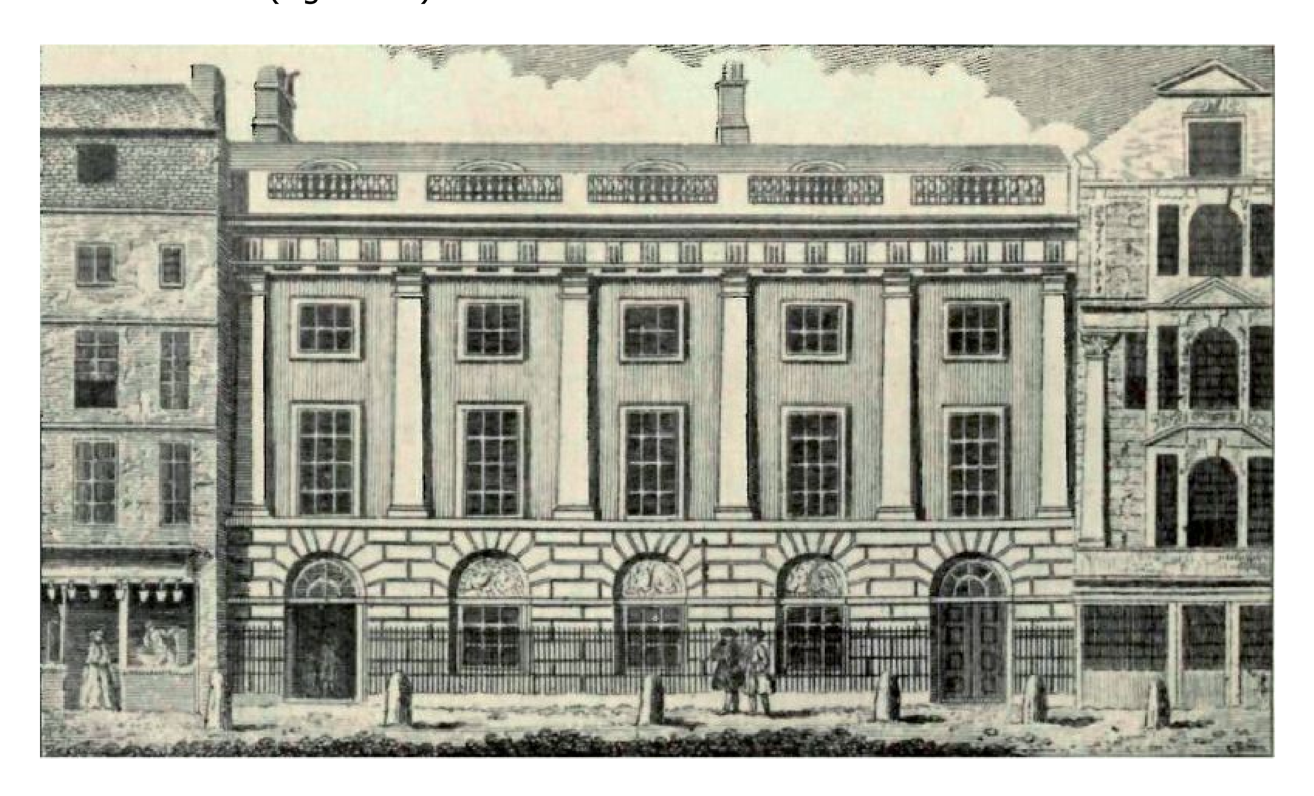
*Sir* James Lancaster (1596), comandante del primer viaje de la Compañía. Retratado en 1601, cinco años antes del viaje, tras volver de su primera expedición a oriente, que acabó en desastre. Autor desconocido.



*Sir* Thomas Roe, embajador de Jacobo I y quien lideró la primera misión diplomática británica en la India en 1615. Retrato (*ca* . 1640) de Michiel Jansz (1567-1641).



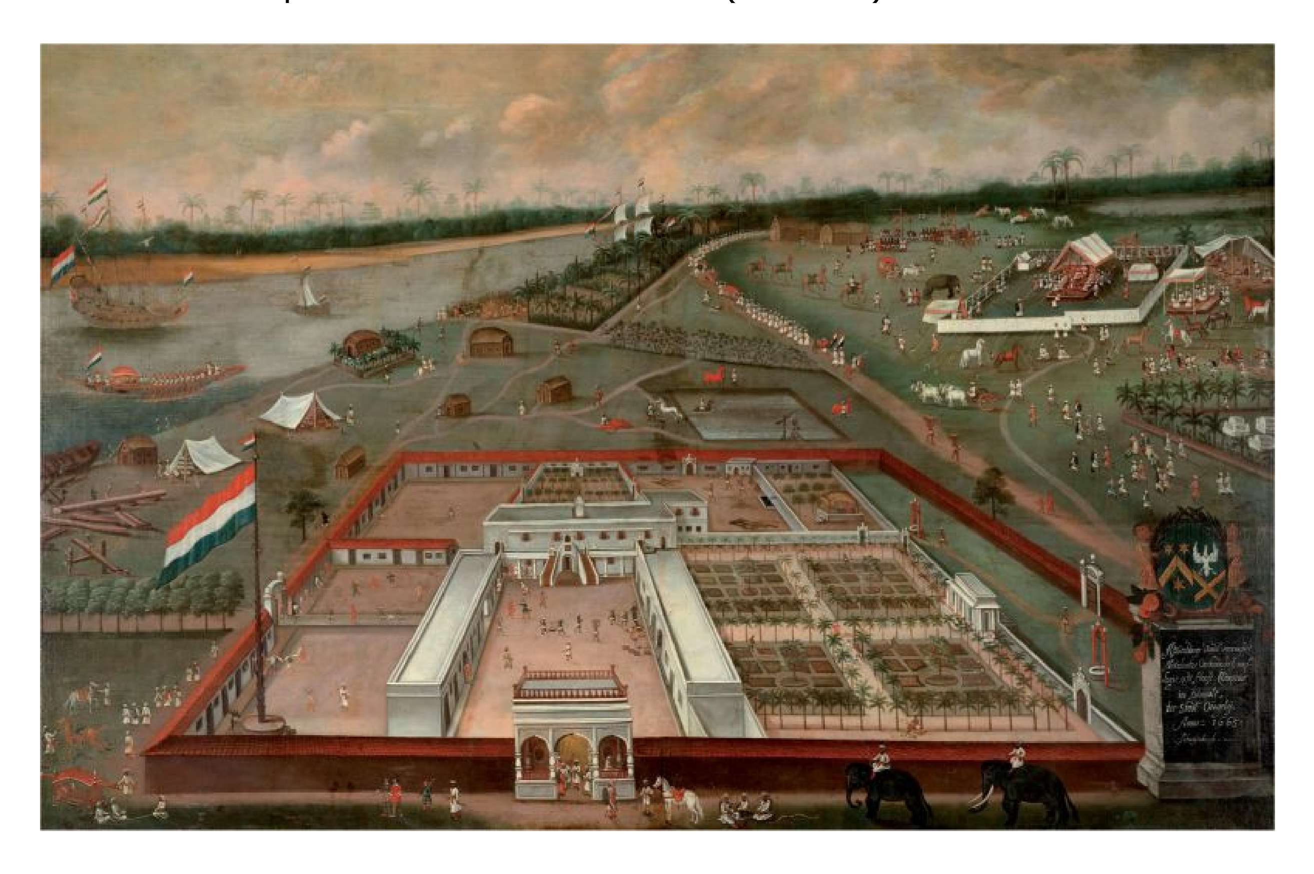
*Jahangir como sultán del milenio prefiere la compañía de los sufíes* (1620). Jahangir está sentado sobre su trono y el halo de majestad detrás de él brilla con tanta intensidad que uno de los *putti* tiene que proteger sus ojos del resplandor; otra pareja de *putti* escribe el lema: «*¡Alá Akbar!* ¡Ojalá tu reinado perdure mil años, oh Rey!». El emperador se vuelve para entregar un corán a un sufí y rechaza las manos extendidas del sultán otomano. Mientras, Jacobo I es relegado a la esquina inferior de la escena, debajo de los pies de Jahangir, apenas por encima del autorretrato de Bichitr. Se muestra al rey en un perfil de tres cuartos –un ángulo reservado en las miniaturas mogolas para personajes menores–, con una mirada avinagrada en su rostro por dicha modesta posición en la jerarquía mogola. Obra de Bichitr (siglo XVII).



La nueva Casa de las Indias Orientales (1780). El cuartel general de la Compañía en Leadenhall Street, Londres, después del remodelado en estilo palladiano de principios del siglo XVIII. Un viajero portugués señaló en 1731 que «está magníficamente construida, con una fachada de piedra que da a la calle. Pero, al ser el frente muy estrecho, su apariencia no corresponde en absoluto con la grandeza de la casa que alberga su interior» . Al igual que el poder que tenía la Compañía de las Indias Orientales, la apariencia modesta de la Casa era profundamente engañosa.



Naves de la Compañía de las Indias Orientales (*ca* . 1660). Autor desconocido.



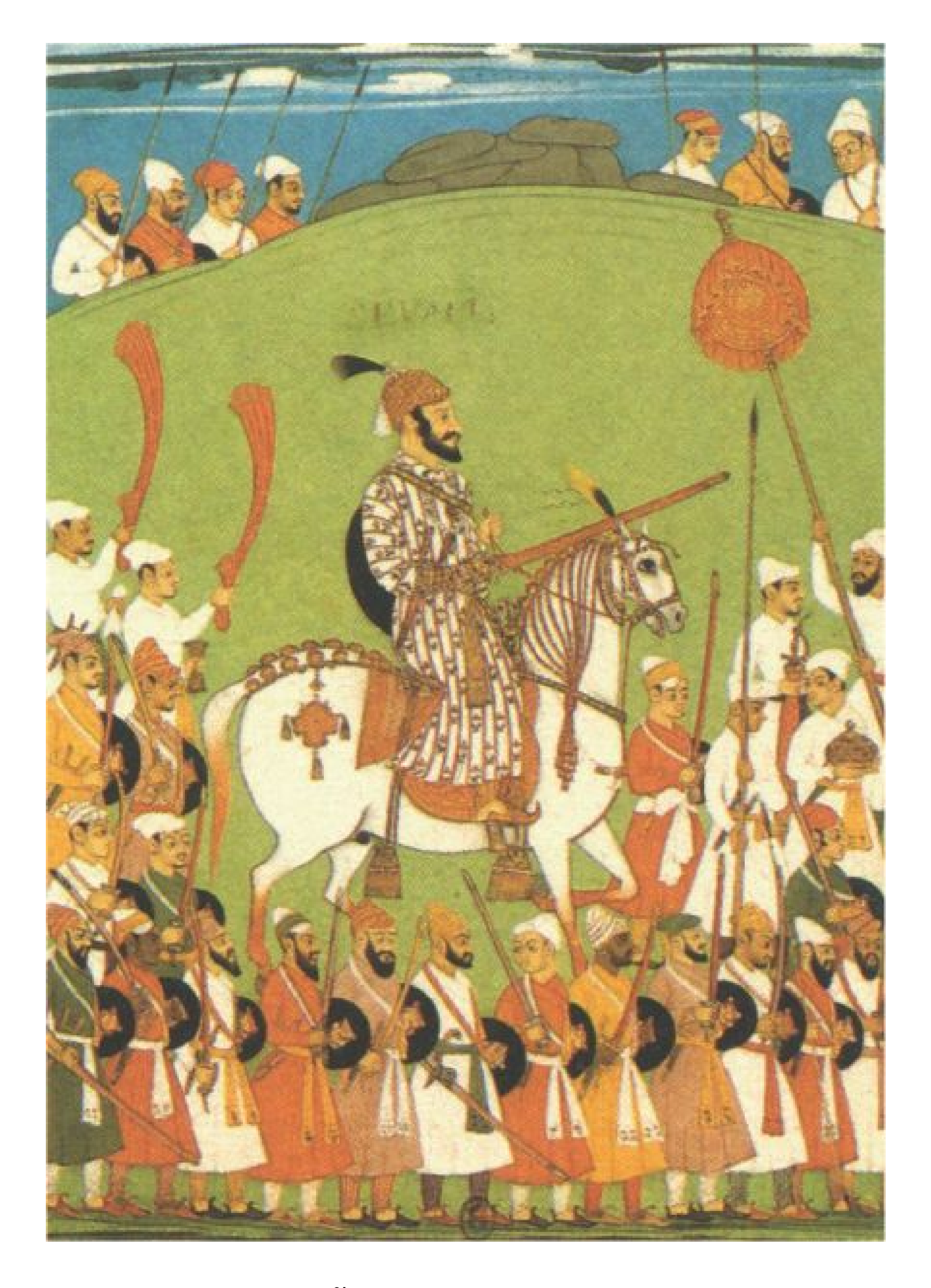
*Sede de la Compañía Unida de las Indias Orientales en Hugli* (1665). Obra de Hendrik van Schuylenburgh (1620-1689).



Imagen del fuerte William, en Calcuta (1735). Grabado de Elisha Kirkall (*ca* . 1682-1742) a partir del óleo *Fort William, Calcutta* (1731) de George Lambert (1700-1765) y Samuel Scott (1702-1772), que estaba expuesto en la Sala de la Corte de la sede de la Compañía en Leadenhall Street.



El estricto y severo emperador mogol Alamgir Aurangzeb en un retrato a caballo listo para la batalla (*ca* . 1660-1670). Su conquista del Decán, demasiado ambiciosa, llevó primero a los dominios mogoles a su mayor extensión, pero luego desembocó en el colapso del imperio. Autor desconocido.



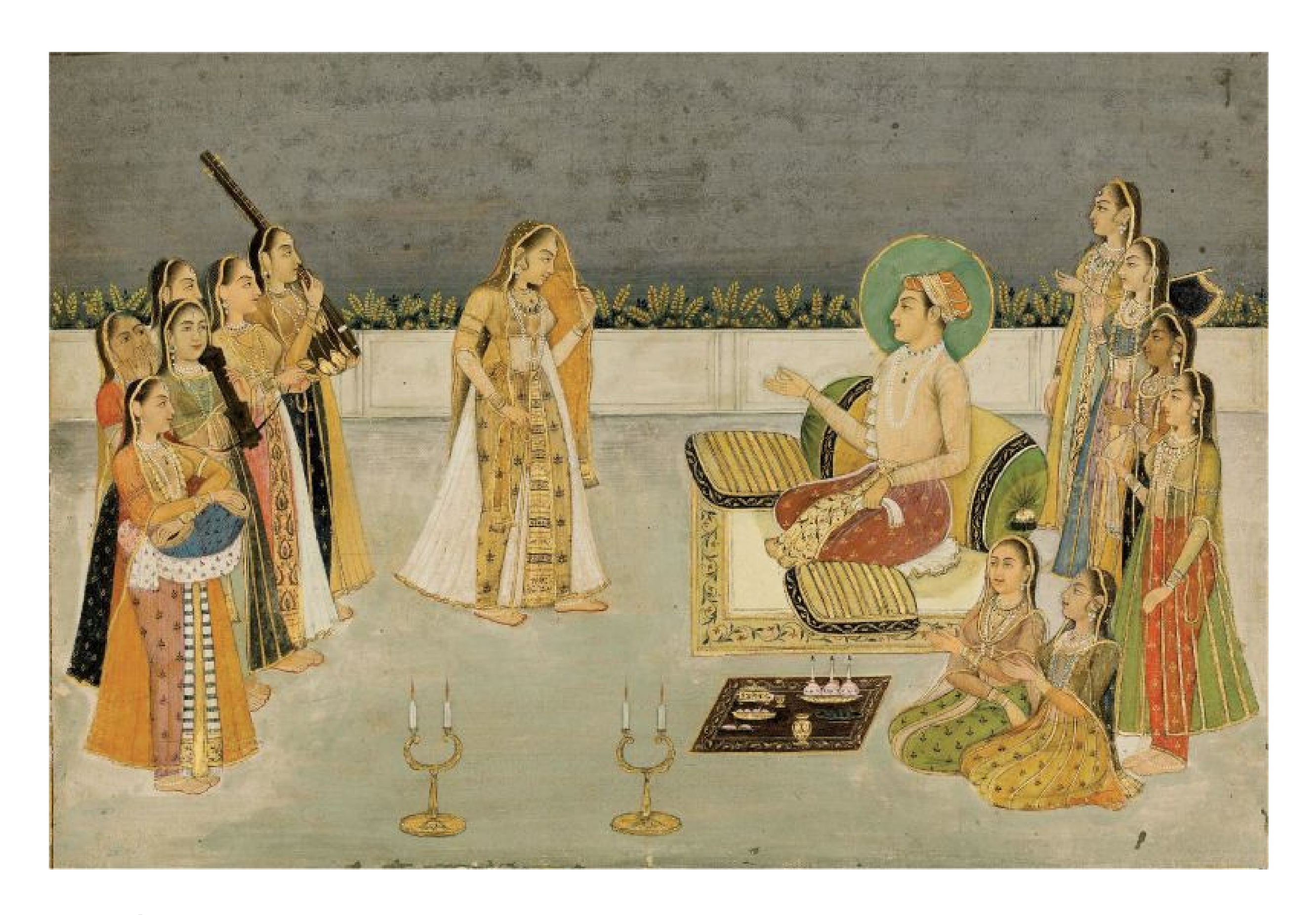
La némesis de Aurangzeb, el señor de la guerra maratha Shivaji Bhonsle, también representado a caballo junto con su ejército (fecha desconocida). Shivaji construyó fuertes, creó una armada y lanzó profundas incursiones en territorio mogol. Fue coronado *Chhatrapati* , o Señor del Paraguas (emperador), en dos ceremonias de coronación sucesivas en su remoto bastión de Raigad en 1674. Obra de Mir Muhammad (1538-1606).



El señor de la guerra persa Nader Shah era hijo de un humilde pastor y curtidor de pieles. Ascendió rápidamente en el ejército safávida por su notable talento militar, antes de decidir tomar el control del reino y después «arrancar algunas plumas doradas del pavo real mogol». La pintura (*ca* . 1740) de autor desconocido fue adquirida en la India por Henry Vansittart (1732-1770), gobernador del fuerte William (1760-1767).



Nader Shah con el afectado y esteta emperador Mohamed Rangila, a quien el persa desposeyó de todo su tesoro, incluido el trono del pavo real, que tenía incrustado el gran diamante Koh-i-Noor. El repentino empobrecimiento de Delhi tras la marcha de Nader significó que los salarios administrativos y militares ya no se podían pagar y, sin combustible, el fuego se apagó en la sala de calderas del imperio. Pintura (1740) de autor desconocido.



Un príncipe mogol, probablemente el joven Shah Alam, en la terraza del Fuerte Rojo entretenido por bailarinas (*ca* . 1739), en la época de la invasión de Nader Shah.



Vista aérea del Fuerte Rojo (*ca* . 1770). Abajo a la derecha, el emperador, probablemente Shah Alam (1759-1806) entra en el Diwan-i-Khas. A la izquierda, el Rang Mahal; en el centro, el Khwabgah Jharoka; y arriba a la derecha, la mezquita de las Perlas. Autor desconocido.



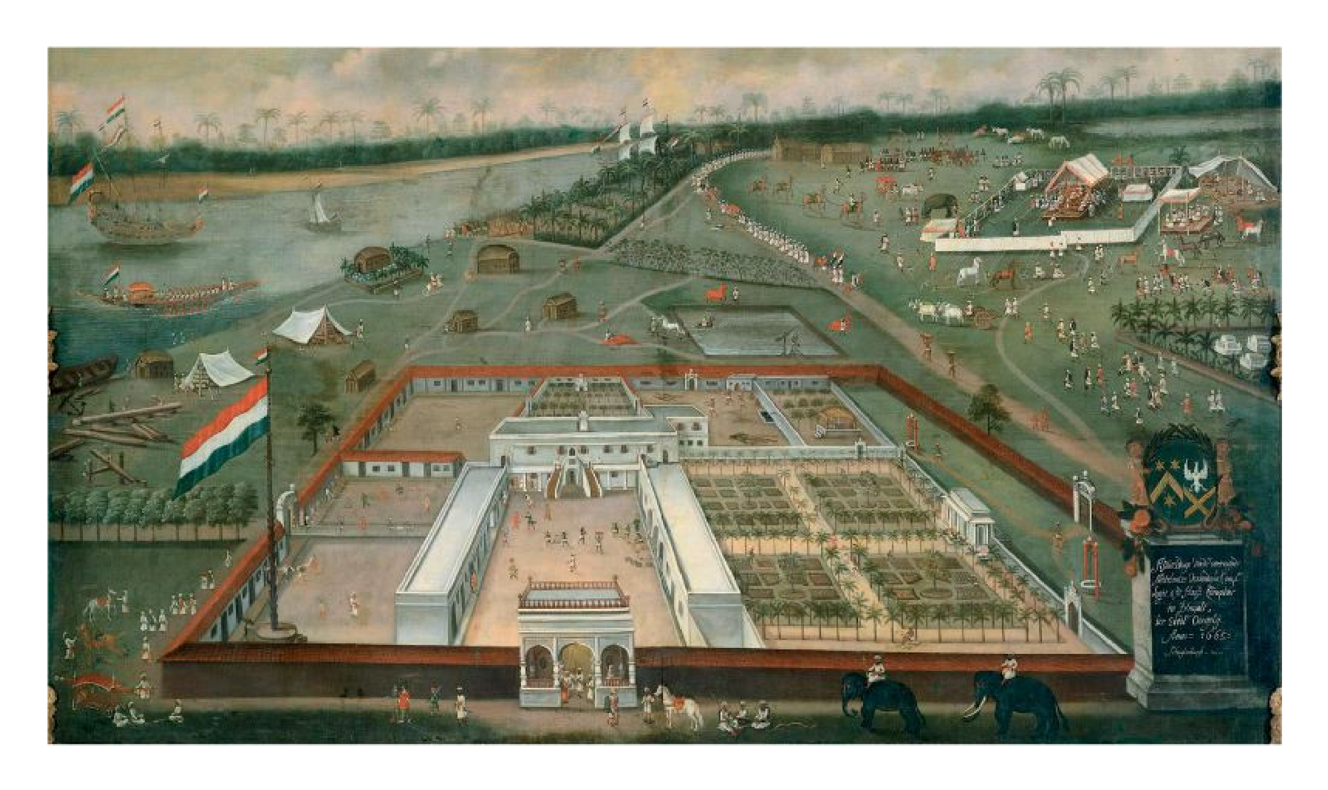
*Un paseo tranquilo* (*ca* . 1740), por Nainsukh (*ca* . 1710-1778). A raíz de la caída de la Delhi mogola, los artistas imperiales se desplegaron por todo el territorio y elegantes obras maestras como esta comenzaron a pintarse en cortes tan remotas como Guler y Jasrota en el Himalaya.



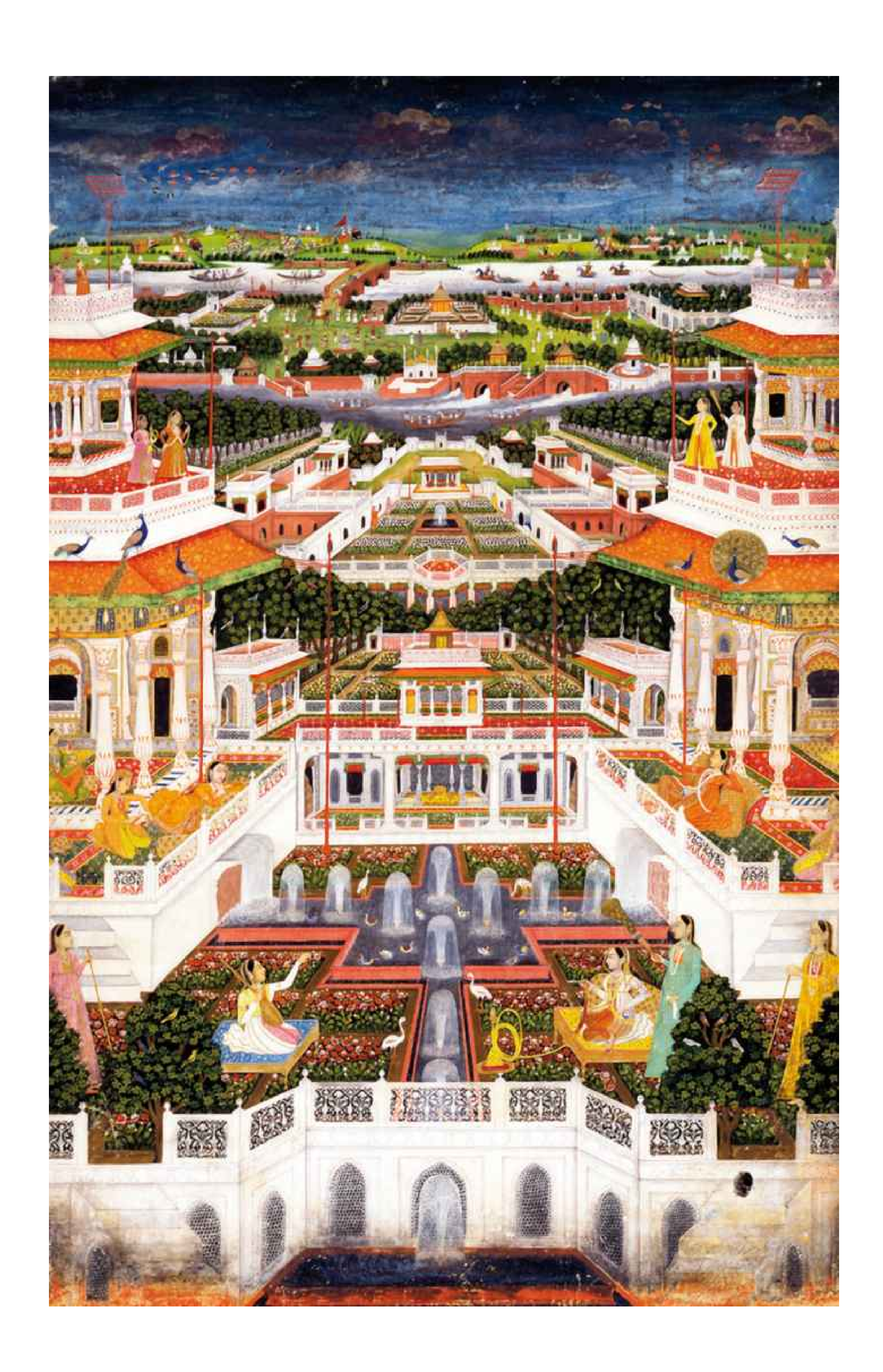

El contingente europeo de la Compañía de las Indias Orientales en la batalla de Cuddalore, 1 de julio de 1783. Los mercenarios europeos cada vez estaban más solicitados por sus habilidades militares, en especial como artilleros. Obra (1890) de Richard Simkin (1850-1926).



Pintura de la escena de un festival en un santuario en Murshidabad, en Bengala (*ca* . 1760). Se representa un santuario a Shiva con una bandera roja en el pináculo, en un paisaje junto a una piscina en la que la gente se baña. Varias personas rodean el templo, la mayoría de pie, otras a lomos de elefantes, camellos y en palanquines. Arriba a la izquierda, un campamento de un visitante adinerado. La composición es interesante ya que emplea la perspectiva a vista de pájaro y, con diversos puntos de acción, no hay enfoque central. Autor desconocido.



Fábrica de la Compañía Unida de las Indias Orientales (VOC) junto al río Hugli, en Bengala. Óleo (1665) de Hendrik van Schuylenburgh (*ca* . 1620-1689).



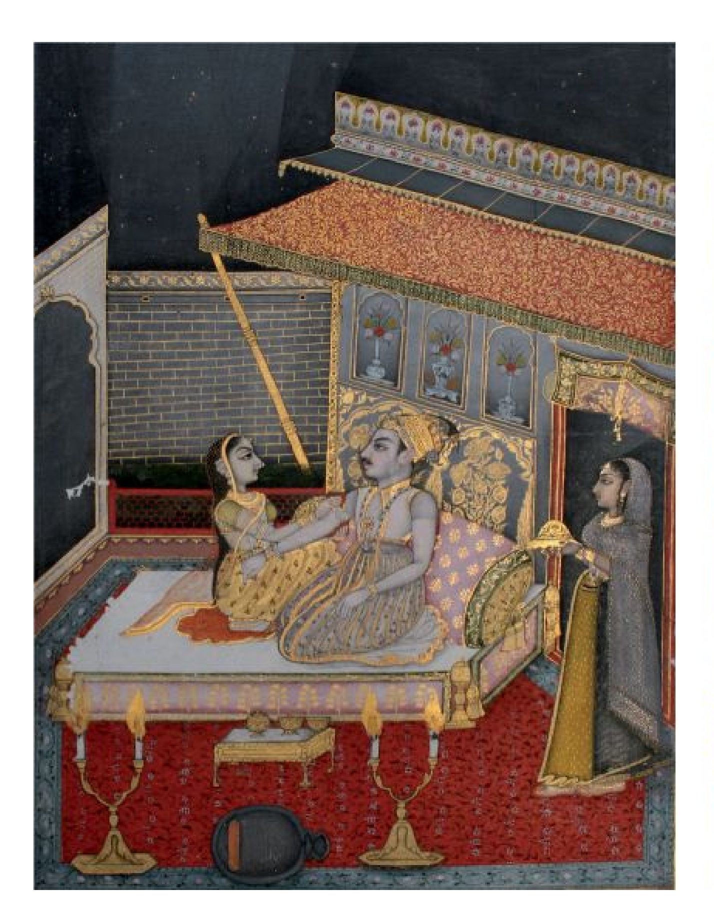
Complejo palacial con jardines del harén en Faizabad (*ca* . 1765). Autor desconocido.

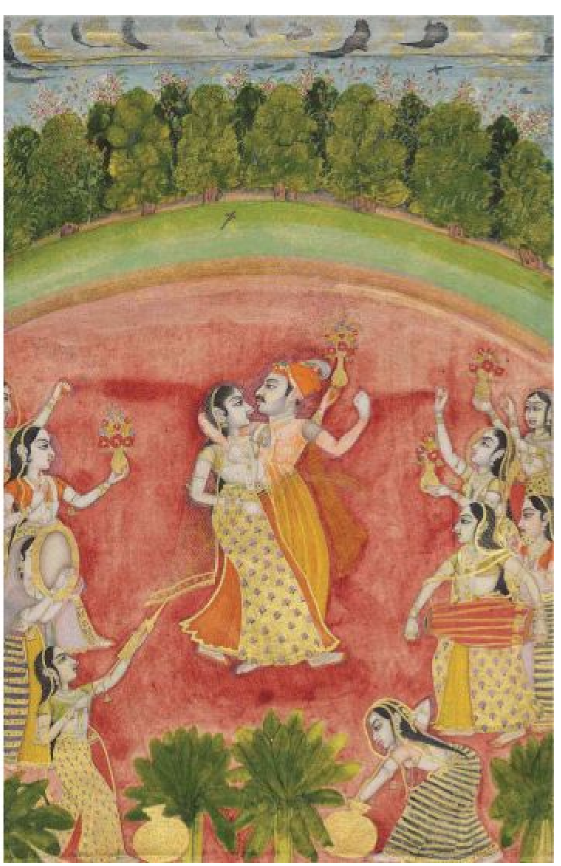


Retrato de Aliverdi Khan (*ca* . XVII). Autor desconocido. Aliverdi Khan llegó al poder en 1740 en Bengala mediante un golpe militar financiado por los poderosos banqueros Jagat Seth. Este sibarita amante de los gatos, al que le encantaba llenar sus noches con buena comida, libros y narraciones, tras derrotar a los marathas consolidó en Murshidabad un centro político, económico y político estable que constituía una rara isla de prosperidad en medio de la anarquía del declive mogol.



Ya algo mayor, Aliverdi Khan le otorga una joya de turbante, o *sarpeche* , la insignia del cargo mogol, a su sobrino con Siraj ud-Daula, su nieto, como testigo. Fecha y autor desconocidos.

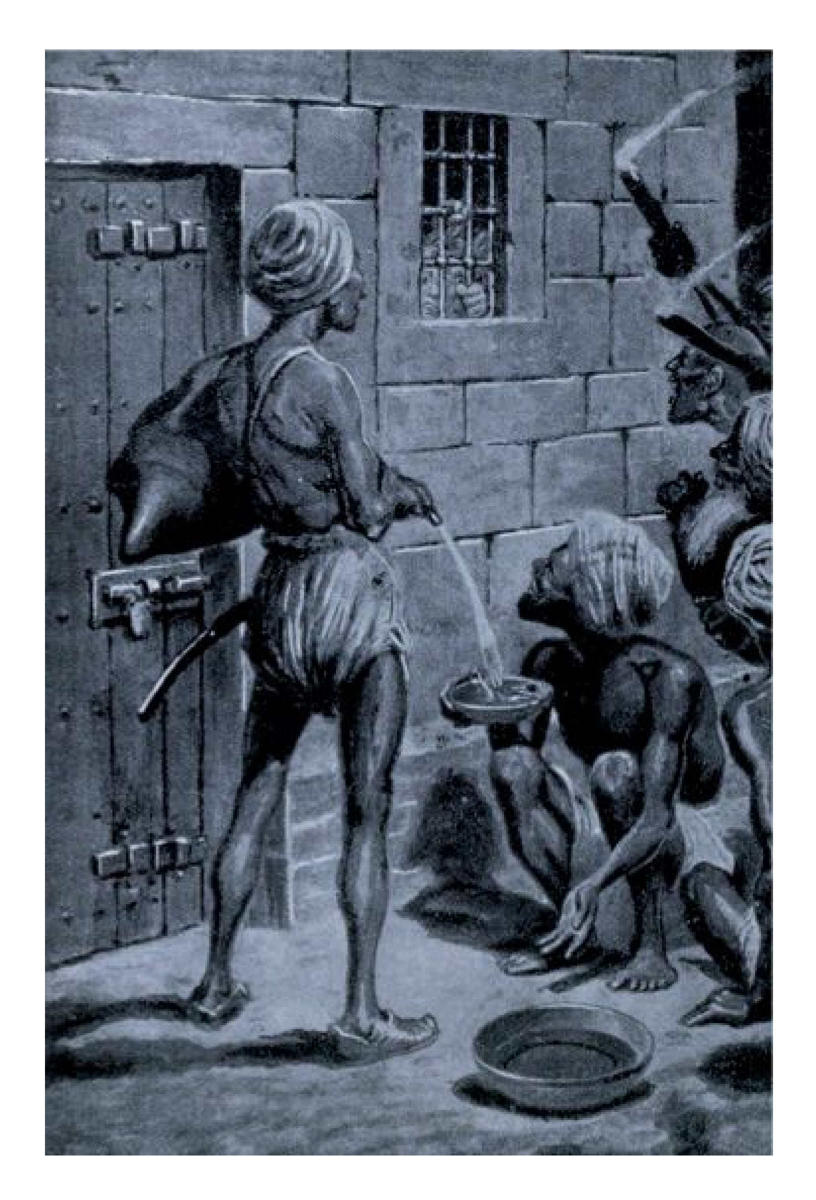




Izquierda y derecha (*ca* . 1755, autor desconocido), Siraj ud-Daula con sus mujeres. « Este príncipe tenía por deporte sacrificar a su lujuria a casi todas las personas, de uno u otro sexo, de las que se encaprichase» , escribió su primo, el historiador Ghulam Husein Khan.



El yerno de Aliverdi, Shahmat Jang, disfruta de una actuación musical privada de un grupo de músicos, o *kalawants* , de Delhi. Estos fueron claramente considerados como trofeos, pues todos están representados con su nombre. Sentadas esperando para cantar al otro lado del salón hay cuatro bellas y exquisitas cortesanas de Delhi, también identificadas todas ellas individualmente.



Grabado que muestra la precaria situación de los prisioneros británicos de Siraj ud-Daula en el conocido como agujero negro dentro del fuerte William de Calcuta la noche del 20 de junio de 1756. Autor y fecha desconocidos.



Ilustración (*ca* . 1656-1657) del *Padhahnama* , una colección de obras acerca de la vida del emperador Shah Jahan. En la imagen, la figura central, sentada en el trono, es el emperador mogol Jahangir, el padre de Shah Jahan, que le ofrece una valliosa joya de turbante familiar. El autor es Payag (*fl* . 1595-1655), autorretratado en la esquina inferior izquierda.



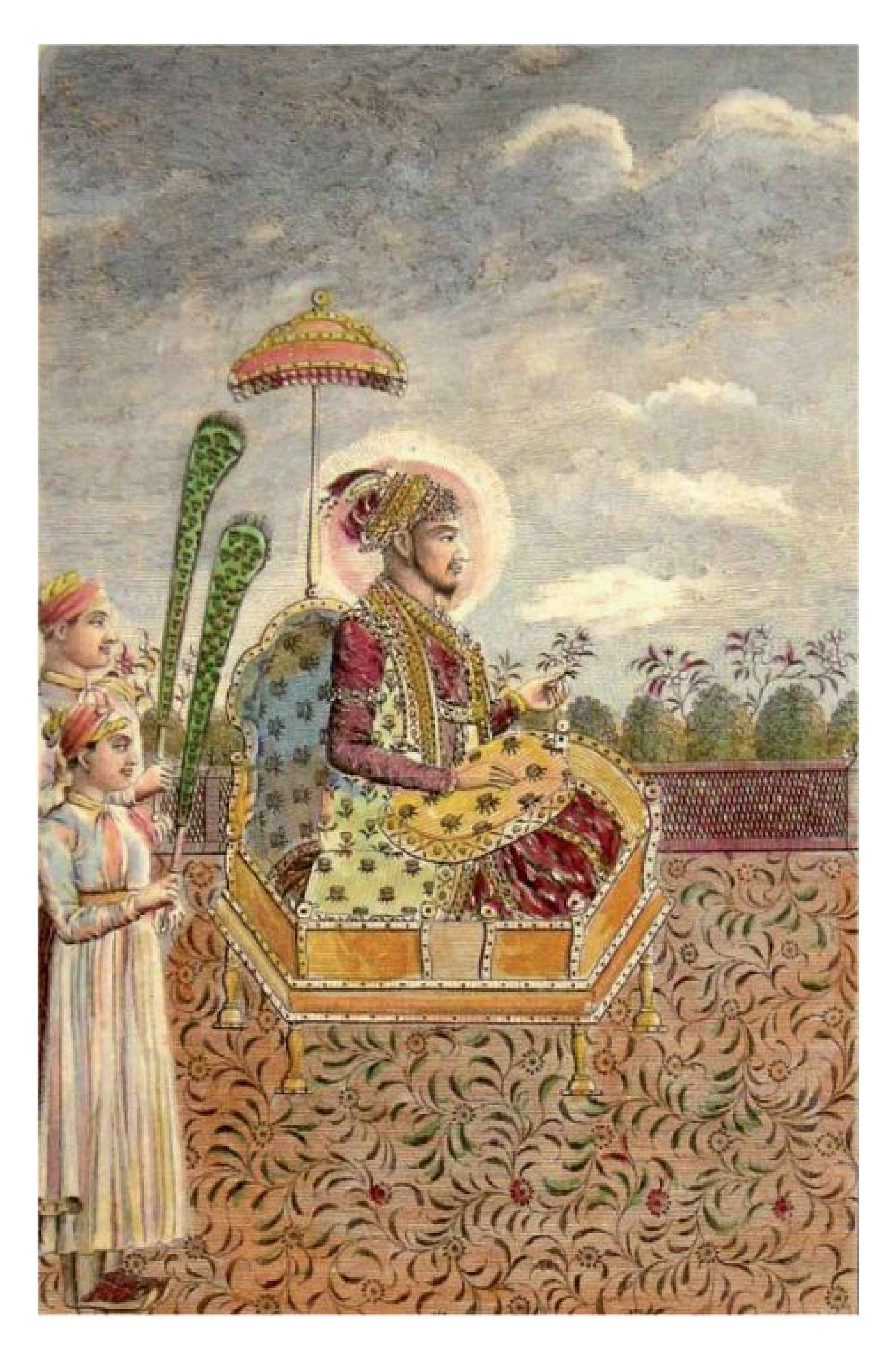
*Robert Clive se encuentra con Mir Jafar tras la batalla de Plassey* (*ca* . 1762). Óleo de Francis Hayman (1708-1776).



Mir Jafar Khan (*ca* . 1760) era un soldado de fortuna *árabe* sin educación que había participado en muchas de las victorias más cruciales de Aliverdi contra los marathas y que dirigió los exitosos ataques en Calcuta de Siraj ud-Daula en 1756. Se unió a la conspiración tramada por los Jagat Seth para reemplazar a Siraj ud-Daula y se convirtió en el gobernante títere de Bengala por capricho de la Compañía de las Indias Orientales. Robert Clive lo describió con acierto como « un príncipe de escasa capacidad» . Autor desconocido.



*Lord Clive recibe del nawab de Bengala una subvención de dinero para oficiales y soldados minusválidos* (*ca* . 1772-1773). Robert Clive, lacónico pero ferozmente ambicioso e inusualmente efectivo, era un líder violento pero extremadamente capaz de la Compañía y de sus fuerzas militares en la India. Tenía ojo de matón para evaluar a un oponente, talento para aprovechar las oportunidades que se presentaban por casualidad, así como la voluntad para correr peligrosos riesgos. Edward Penny (1714-1791).



Shah Alam, sentado en el trono poco después de su proclamación como emperador en 1759. Grabado sobre acero (*ca* . 1790). Shah Alam no tenía tierras ni dinero, pero lo compensó lo mejor que pudo con su inmenso encanto, inclinación a la poesía y modales refinados. De esta manera, logró reunir a su alrededor a unos 20 000 incondicionales y soldados de fortuna sin empleo, la mayoría de ellos tan pobres y mal equipados como él. Artista desconocido.



Mir Jafar y su hijo Miran. Reproducción fotográfica (autor y fecha desconocidos). Cuando el poder de Mir Jafar se tambaleó y su tesoro se vació, su vigoroso pero violento hijo Miran se volvió cada vez más cruel. «Tenía inclinación a oprimir y atormentar a la gente –escribió Ghulam Husein Khan, que lo conocía bien–. Era expeditivo y de mente ágil para masacrar personas y cometer asesinatos, algo que se le daba particularmente bien; consideraba todo aquello infame o atroz un acto de prudencia y previsión».





Mir Jafar (arriba) y Mir Qasim (abajo). Mir Qasim era un hombre diferente, como puede imaginarse, a su caótico y maleducado suegro, Mir Jafar. De noble extracción persa, aunque nacido en las propiedades de su padre cerca de Patna, Mir Qasim era de complexión pequeña y con poca experiencia militar, pero joven, capaz, inteligente y, sobre todo, decidido. Conspiró con la Compañía para reemplazar a Mir Jafar en un golpe de Estado en 1760 y logró éxito al crear un estado estrictamente controlado con un ejército de infantería moderno. Aunque, a los tres años, terminó entrando en conflicto con la Compañía. Autores y fechas desconocidos.



Khoja Gregory era un armenio de Isfahán a quien Mir Qasim le dio el título de Gurghin Khan, o el Lobo. Ghulam Husein Khan lo conoció en persona y consideraba que era un hombre notable: «De estatura por encima de la media y complexión fuerte, rostro muy claro, nariz aguileña y grandes ojos negros, llenos de fuego». Autor y fecha desconocidos.



William Fullarton, probablemente en la corte de Mir Qasim (*ca* . 1760-1764). Fullarton fue un popular cirujano y esteta escocés y uno de los pocos que sobrevivieron a la masacre de Patna. Fue salvado gracias a la intervención personal de su viejo amigo, el historiador Ghulam Husein Khan. Obra de Dip Chand (siglo XVIII).



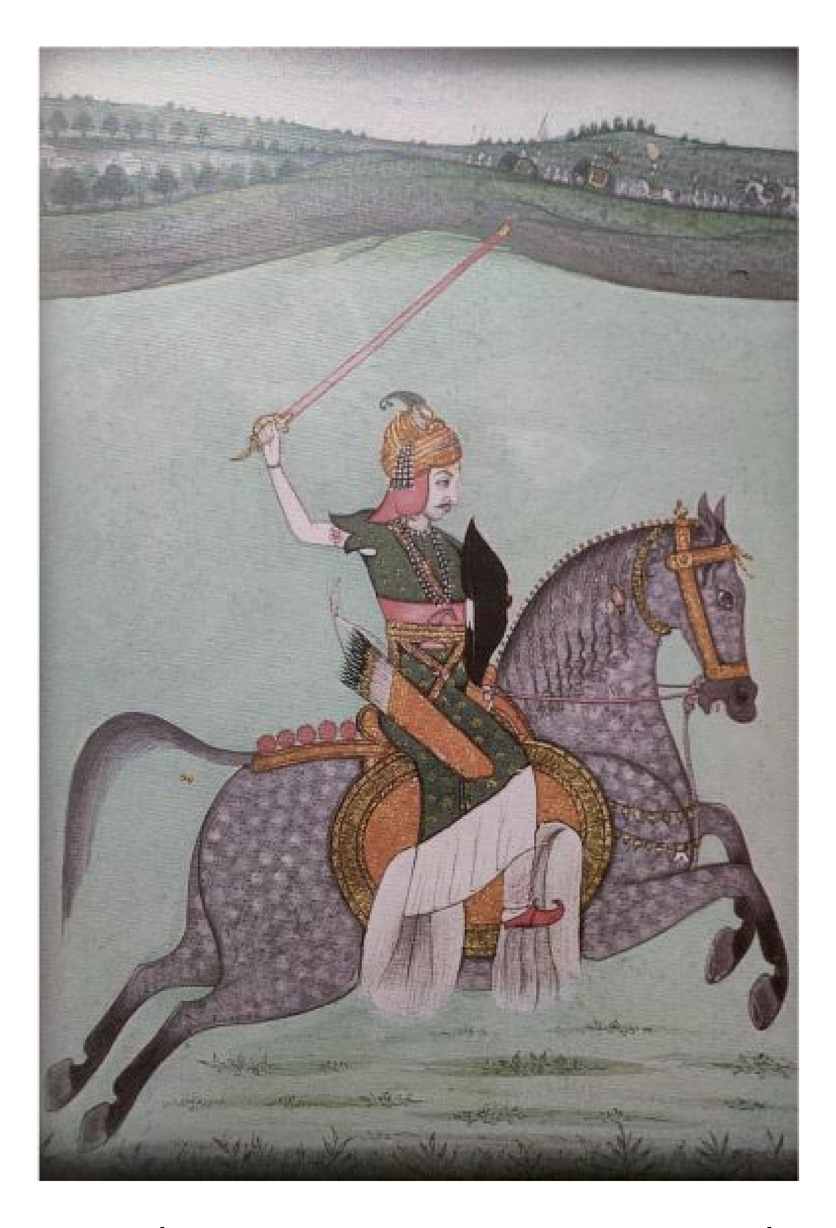
Casa palladiana y jardín (*ca* . 1845), del artista bengalí Shaikh Muhammad amir de Karraya (1830-1850).



Vista de la Casa de Gobierno y la calle de la Explanada desde el Maidan (*ca* . 1845), de Shaikh Muhammad (*fl* . 1830-1850).



Retrato de Mastani Peshwa, princesa esposa de Baji Rao I, líder de los marathas. Anónimo, siglo XVIII.



Retrato de Baji Rao, el último *peshwa* del Imperio maratha. Reinó de 1795 a 1818. Anónimo, siglo XVIII.



Desfile del nabab Shuja ud-Daula en Faizabad (siglo XVIII). En la zona inferior, el cortejo del nabab desfila ante una hilera de palacios ribereños, en la zona superior. Autor desconocido.

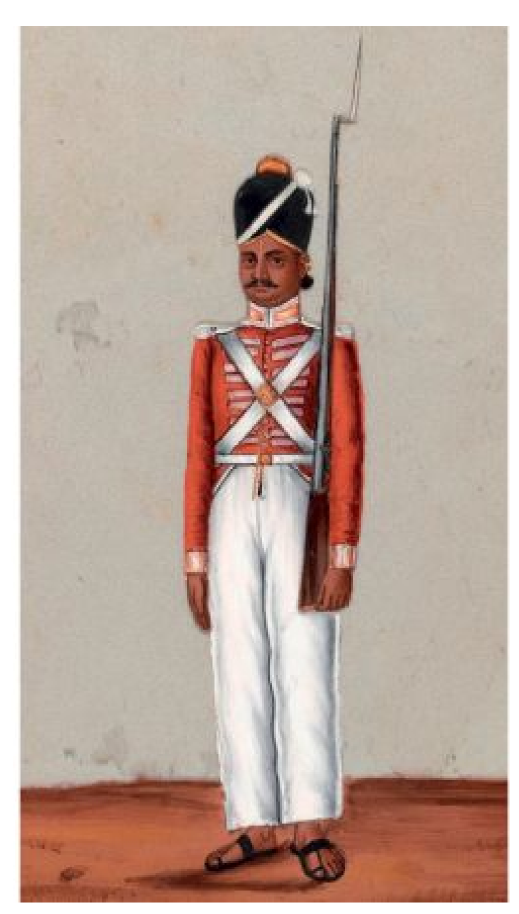


Después de Buxar, los europeos y sus cipayos se desplegaron por la India y comerciaron, combatieron, gravaron impuestos y administraron los departamentos de justicia y de ingresos. Derecha, el capitán (más tarde coronel) James Tod a lomos de un elefante (1822). Artista desconocido.



*Sir* Hector Munro (*ca* . 1785). Munro resultó vencedor en Buxar, pero fue vencido en Pollilur. Atribuido a David Martin (1737-1797).







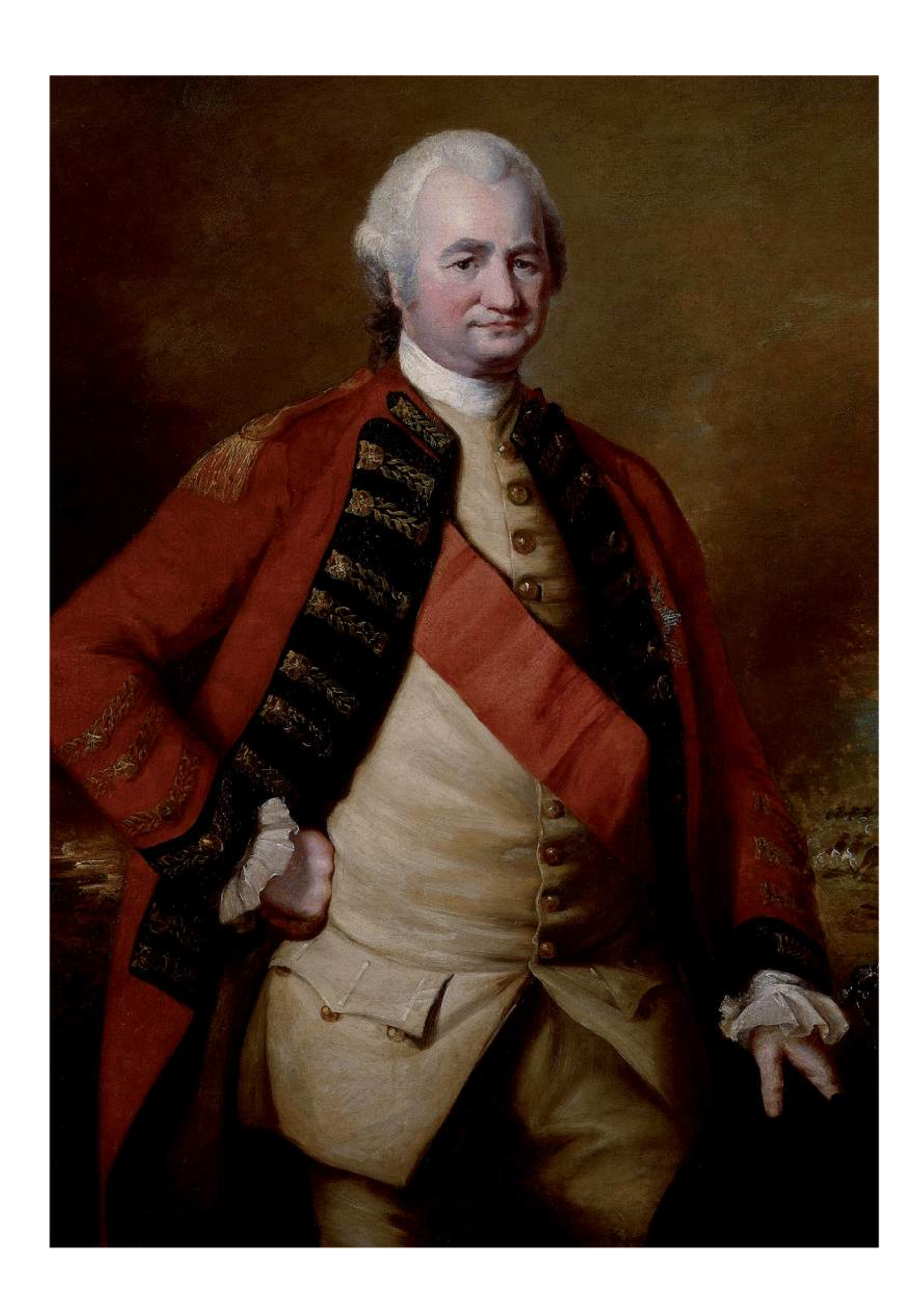
Cipayos del ejército de Madrás. Izquierda, *ca* . 1843, Auguste Wahlen (1801-1875); centro, 1835, autor desconocido; derecha, 1846, Alex Hunter (1825-1874).



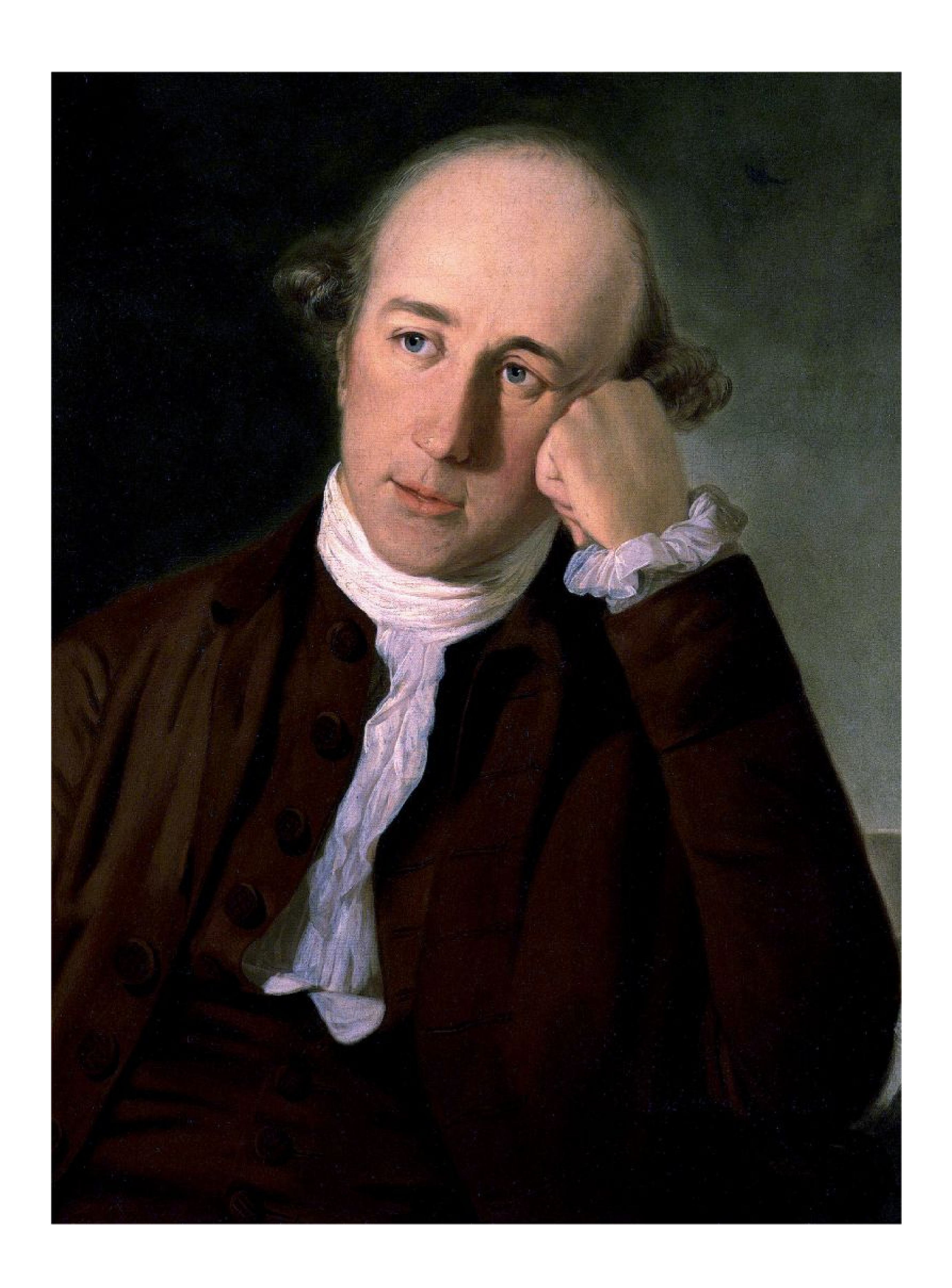
El emperador Aurangzeb es transportado en un palanquín para una partida de caza. Obra de Bhavanidas (siglo XVIII).



Oficial militar de la Compañía de las Indias Orientales (*ca* . 1765). Murshidabad. Artista desconocido.



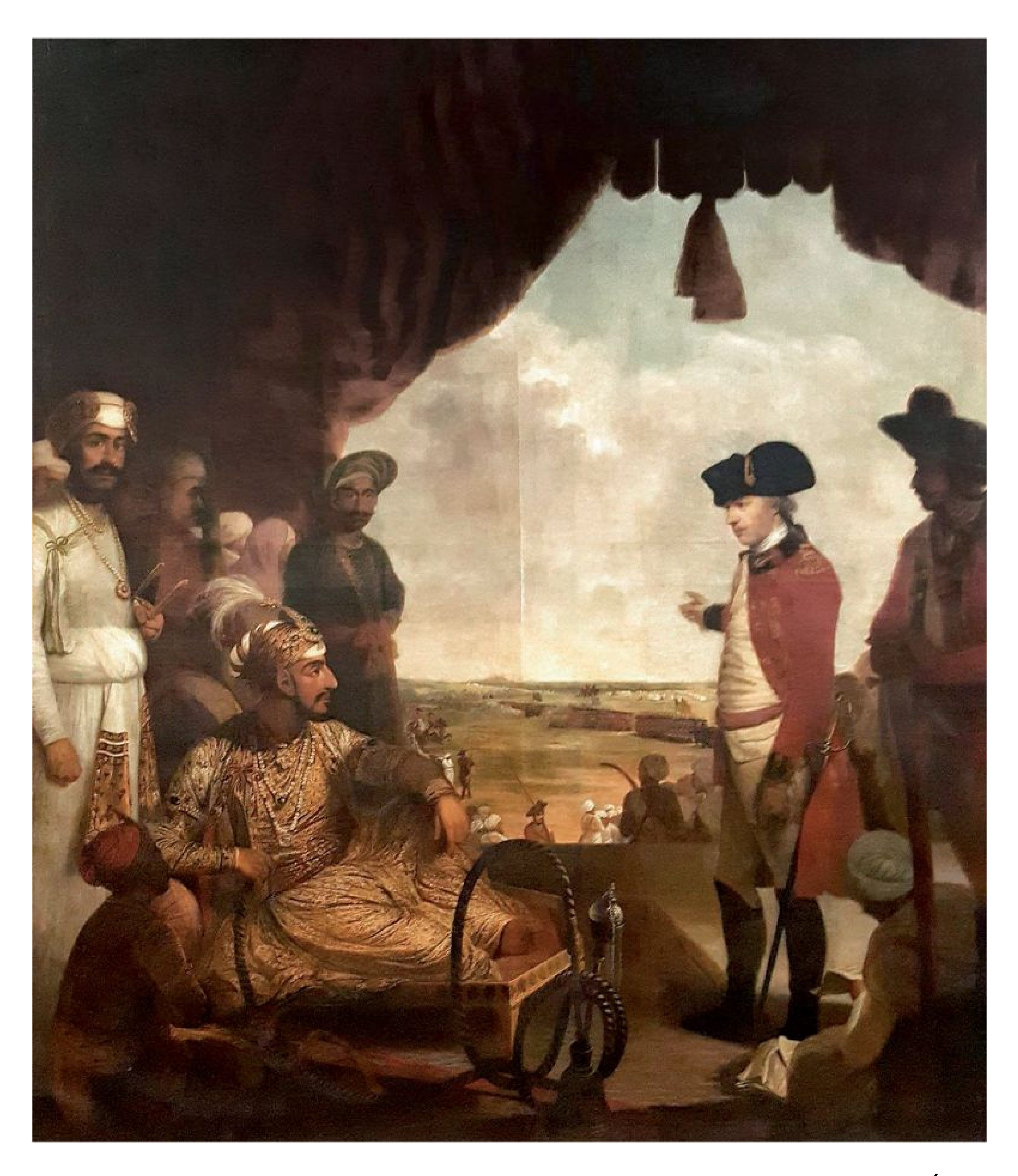
Robert Clive (*ca* . 1770). Retrato de Nathaniel Dance (1735-1811). Muestra a un corpulento barón Clive de Plassey de mediana edad, muy consciente de todo lo que había logrado para establecer la supremacía política y militar de la Compañía de las Indias Orientales en Bengala, Bihar y Orissa. «Parece que la Fortuna ha decidido acompañarme hasta el final –escribió Clive a su amigo y biógrafo Robert Orme–. Cada objetivo, cada deseo descabellado está a punto de cumplirse».



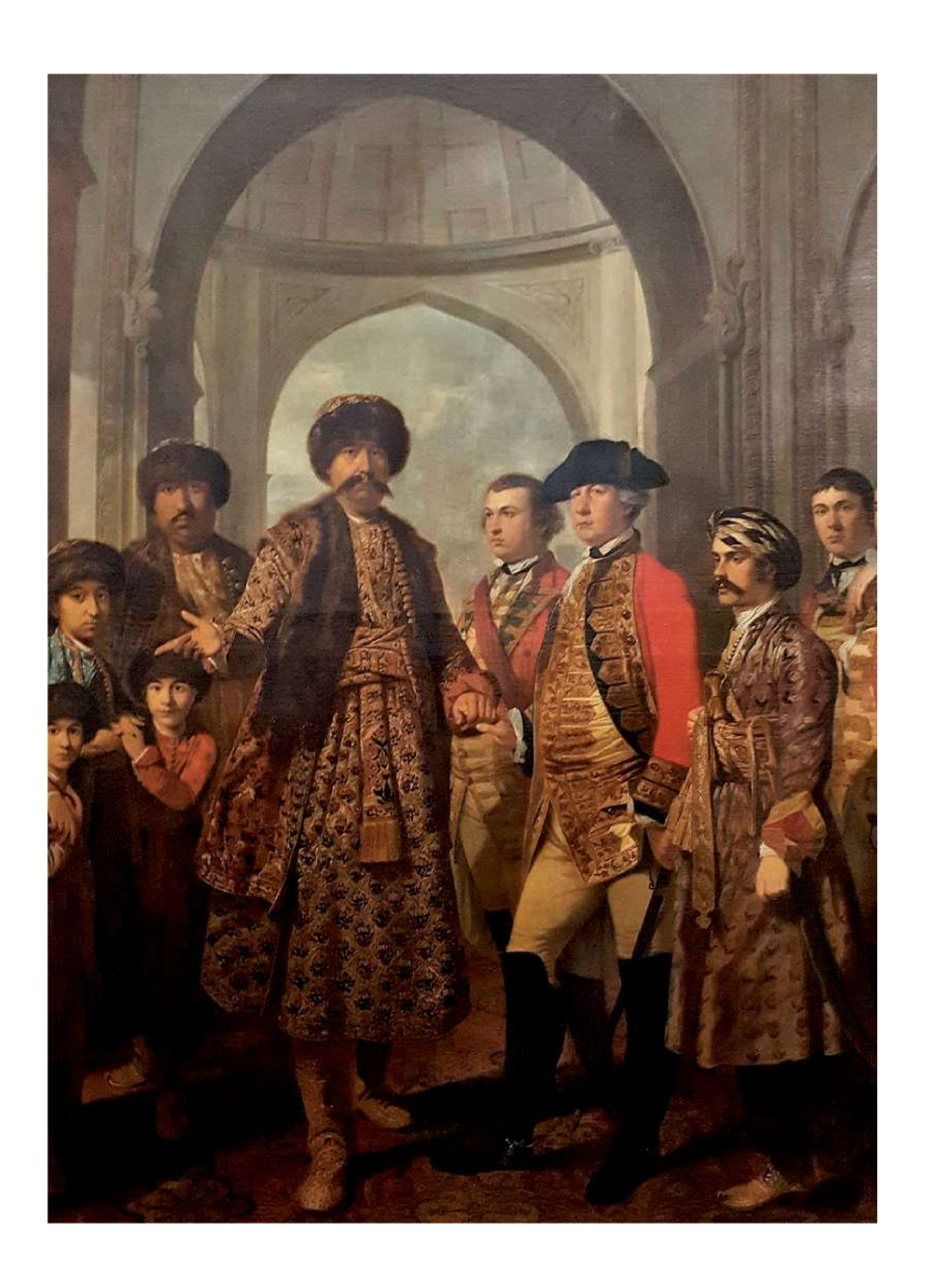
*El joven Warren Hastings* (*ca* . 1772). Obra de Tilly Kettle (1735-1786). Un joven delgado, de indumentaria sencilla y calvicie incipiente, vestido de fustán marrón. Tiene un rostro abierto y expresión de elevada inteligencia, aunque quizá algo melancólica, pero con un asomo de sentido del humor en la comisura de los labios. Sus cartas de este periodo revelan a un joven austero, tímido, sensible y de rara entereza que se levantaba al amanecer, se daba un baño frío y luego cabalgaba una hora, a veces con un halcón al brazo. Era una persona solitaria, que apenas bebía «un poco de vino» y pasaba las veladas leyendo, tañendo una guitarra o dedicado al estudio de la lengua persa.



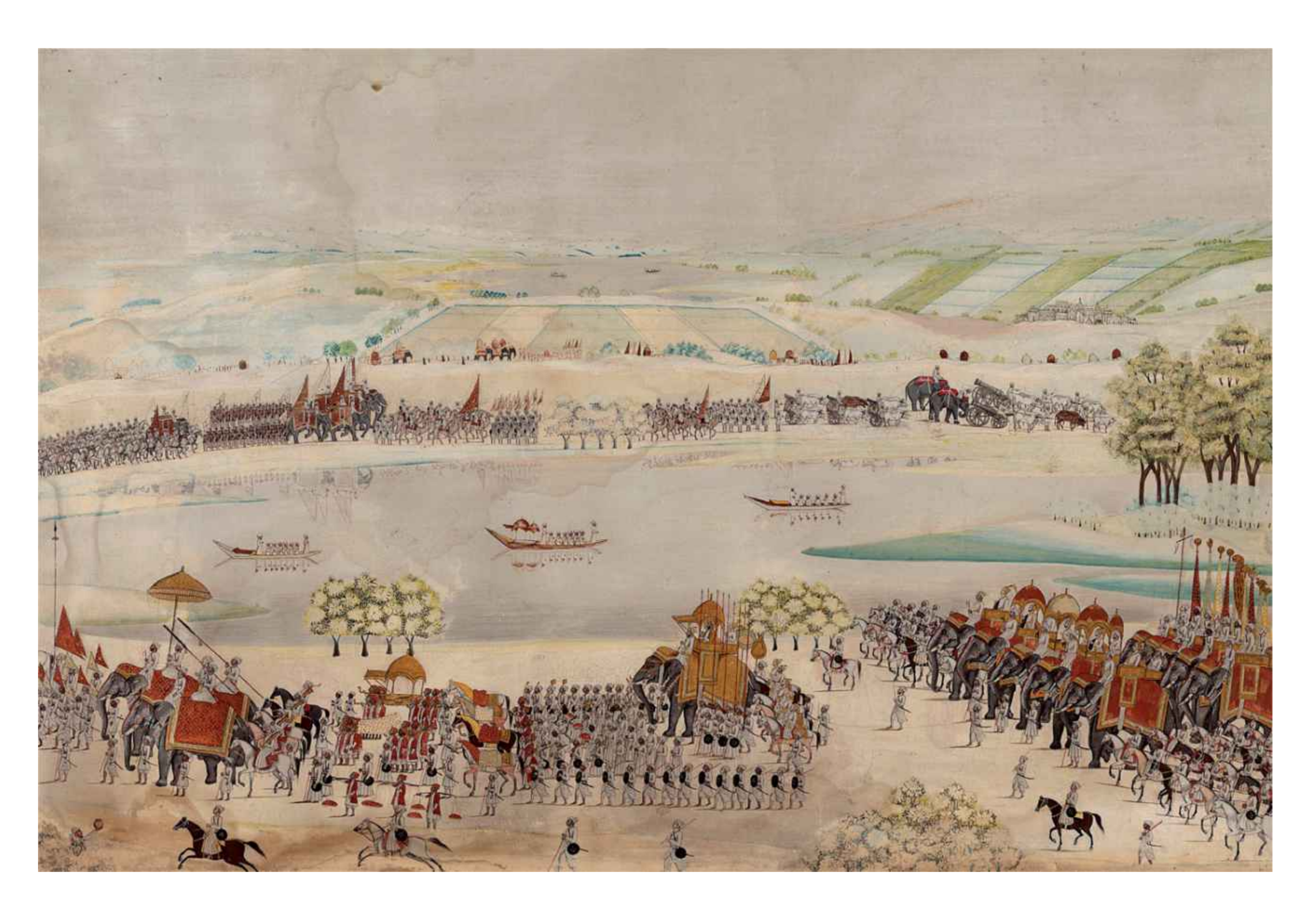
*Shah Alam otorga el diwani a lord Clive* (1818). Óleo de Benjamin West (1738-1820). Hoy lo llamaríamos un acto de privatización forzosa. El pergamino es una orden que destituye a los recaudadores de impuestos mogoles de Bengala, Bihar y Orissa y los reemplaza por un grupo de mercaderes ingleses nombrados por Robert Clive –el nuevo gobernador de Bengala– y por los directores de la Compañía, a los que el documento describe en los siguientes términos: «Los altos y poderosos, los más nobles entre los nobles, los caudillos de ilustres guerreros, nuestros fieles servidores y sinceros bienquerientes, dignos de nuestro favor real, la Compañía Inglesa». Desde ese momento, la recaudación de impuestos mogoles fue subcontratada a una poderosa empresa multinacional, cuyas operaciones recaudatorias estaban protegidas por su propio ejército privado.



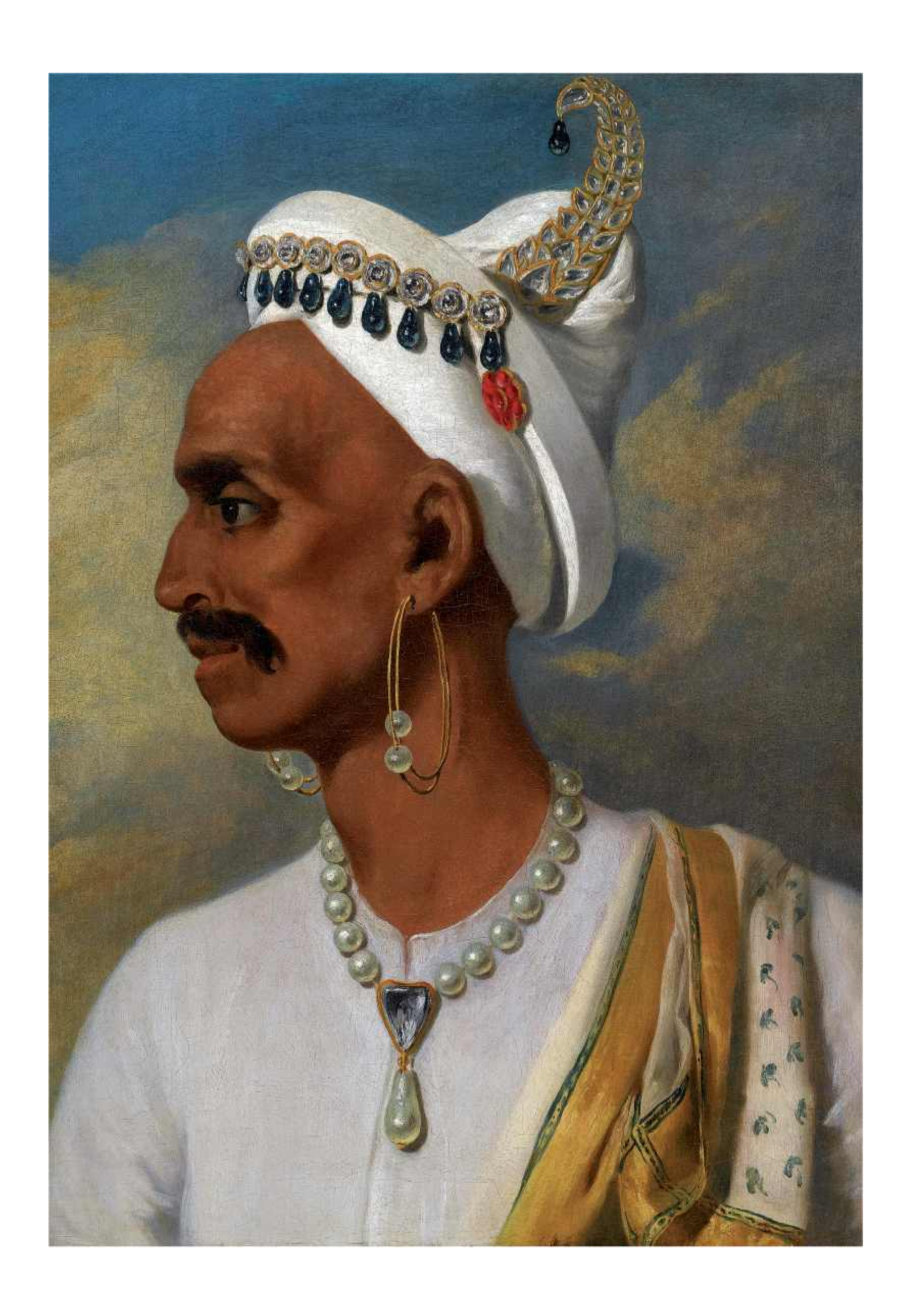
*Shah Alam revistando las tropas de la Compañía de Indias Orientales* (1781). Óleo de Tilly Kettle (1735-1786). En 1771, Barker fue enviado a Allahabad para intentar evitar que Shah Alam regresara a Delhi, pero este «hizo oídos sordos a todos los argumentos». Para el emperador, la vida en Allahabad como títere de la Compañía le resultaba insoportable desde hacía mucho tiempo y ahora anhelaba retornar a casa, fueran cuales fuesen los riesgos.



*Shuja ud-Daula, nabab de Awadh, con cuatro hijos, el general Barker y oficiales militares* (1772). Óleo de Tilly Kettle (1735-1786). Shuja ud-Daula era un hombre gigantesco, de casi 7 pies [213 cm] de estatura y bigotes aceitados que se proyectaban de su rostro como las alas de un águila. Tenía una inmensa fuerza física: hacia 1763, cuando ya no estaba en su plenitud, se decía que era lo bastante fuerte como para levantar a dos de sus oficiales, uno con cada mano. Fue derrotado por la Compañía en la batalla de Buxar en 1765. Clive le volvió a situar en el trono de Awadh, que rigió hasta el fin de su vida como aliado de la Compañía de las Indias Orientales.



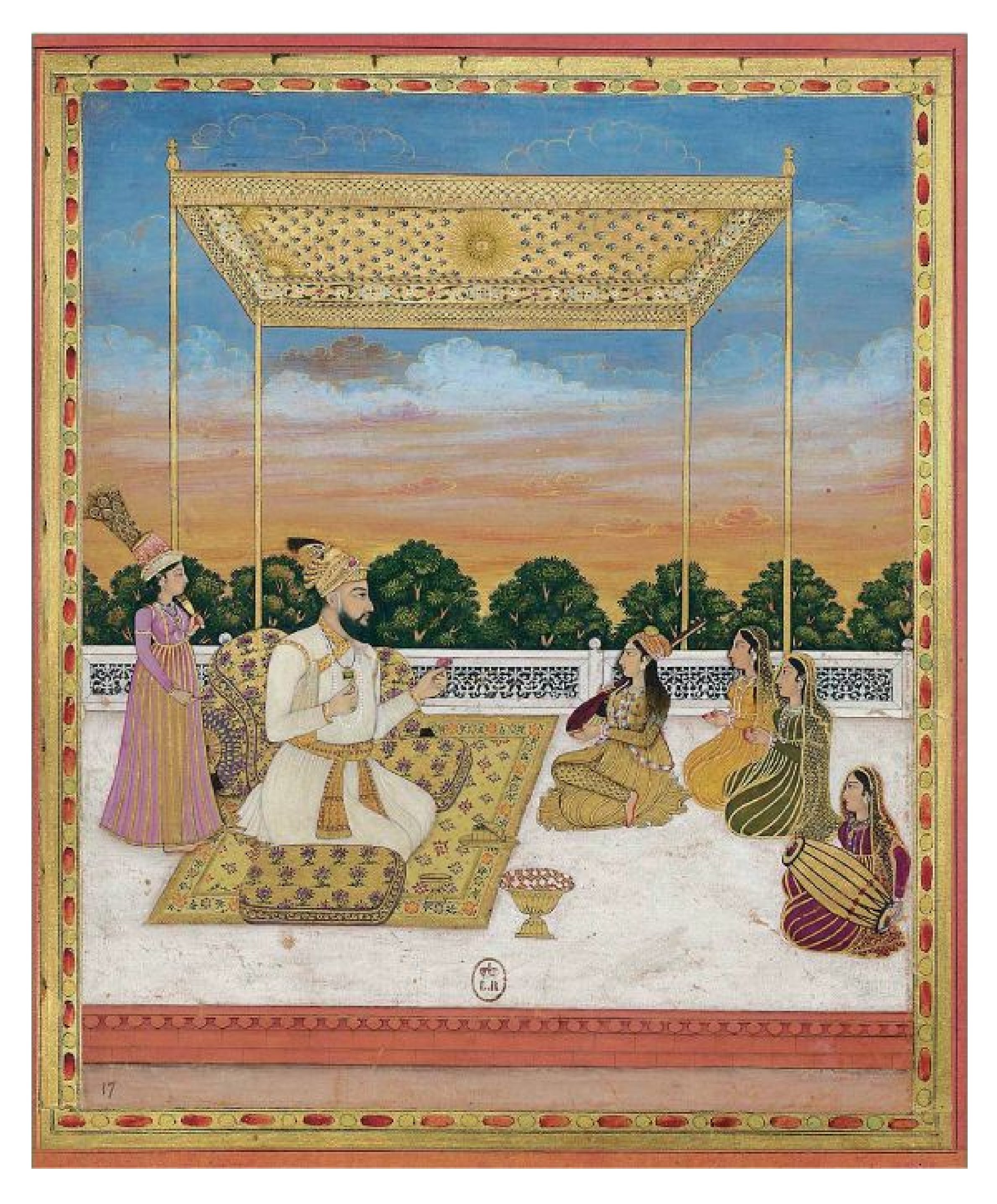
*La procesión real de Shah Alam* (*ca* . 1790). El cortejo imperial de Shah Alam regresa a Delhi en 1771. Una larga columna de tropas serpentea en amplios meandros a lo largo de las orillas del Yamuna, a través de un fértil paisaje. Al frente están los músicos. Luego los maceros y los portadores de insignias mogolas. Después viene el propio emperador, en lo alto de su elefante y rodeado de guardaespaldas. A continuación los príncipes imperiales, seguidos por las numerosas mujeres del harén imperial en sus palanquines y carruajes cubiertos; por último, los pesados cañones de asedio, arrastrados por cuatro elefantes. Al fondo, el cuerpo principal del ejército se extiende hasta donde alcanza la vista. Autor desconocido.



*Nana Phadnavis* (1778). Óleo de John Thomas Seton (*ca* . 1738-1806). Estadista originario de Pune y ministro de los peshwa, Phadnavis era conocido como «el Maquiavelo maratha». Fue el primero en comprender que la Compañía de las Indias Orientales suponía una amenaza vital para la India y trató de organizar una triple alianza con los haiderabadíes y los sultanes de Mysore para expulsarlos, pero no logró llevar a término su proyecto.



Un grupo de soldados indios que lucharon para los ingleses (*ca* . 1815). Ghulam Ali Khan (siglo XIX).




El nabab rohilla de Farrukhabad, Ahmad Khan Bangash, rodeado de cortesanas que tocan instrumentos musicales. Anónimo, *ca* . 1730.



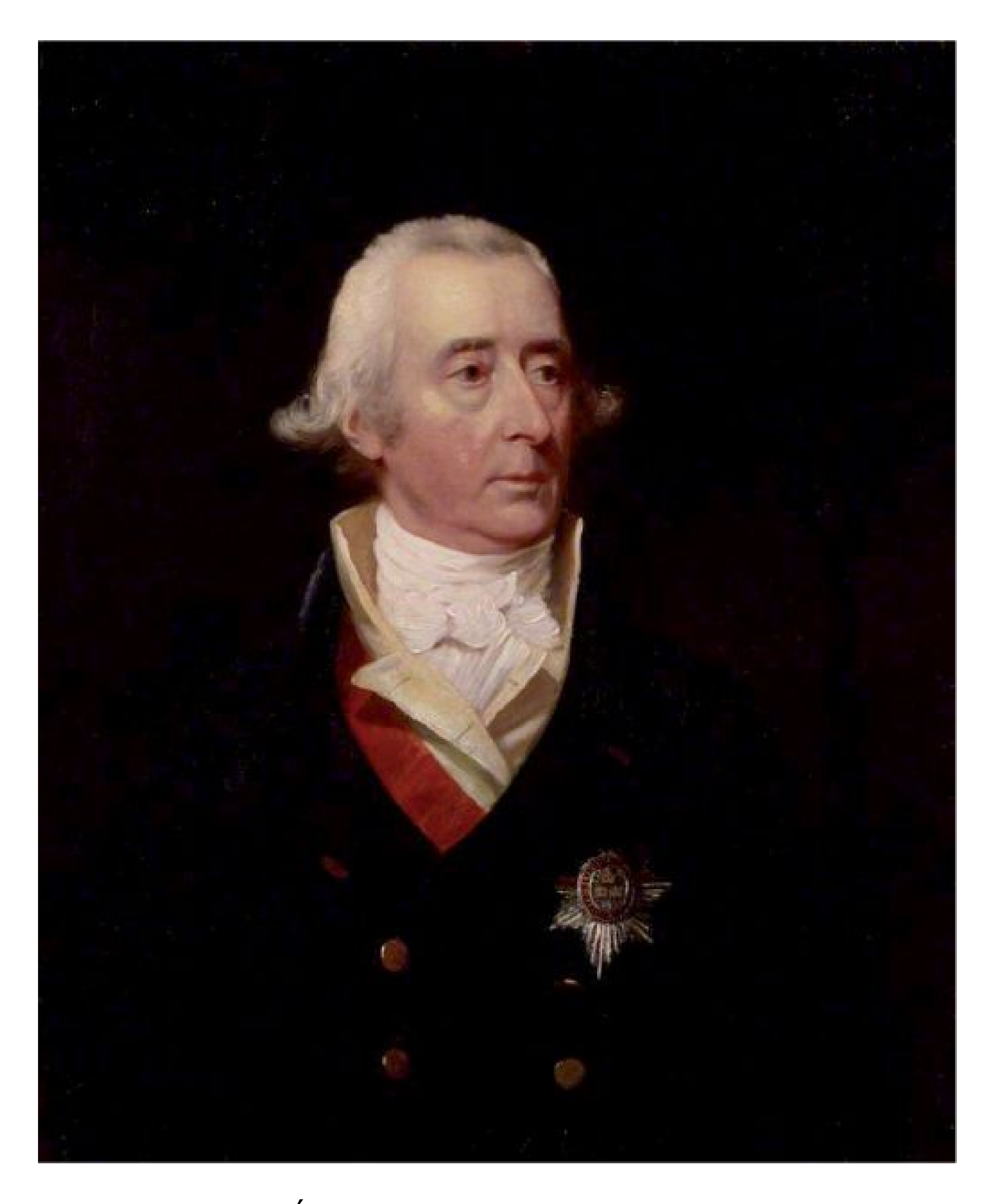
Revestimiento de lino para tienda (*ca* . 1725-1750). Los motivos de este fragmento textil, de 130 cm, en origen uno de varios unidos para cubrir una tienda de campaña, se relacionan con los hallados en un grupo más grande de textiles teñidos atribuidos a Burhanpur, ciudad en el norte del Decán que se cree fue un importante centro de producción en el siglo XVIII, atribuidos al sultán Tipu de Mysore.



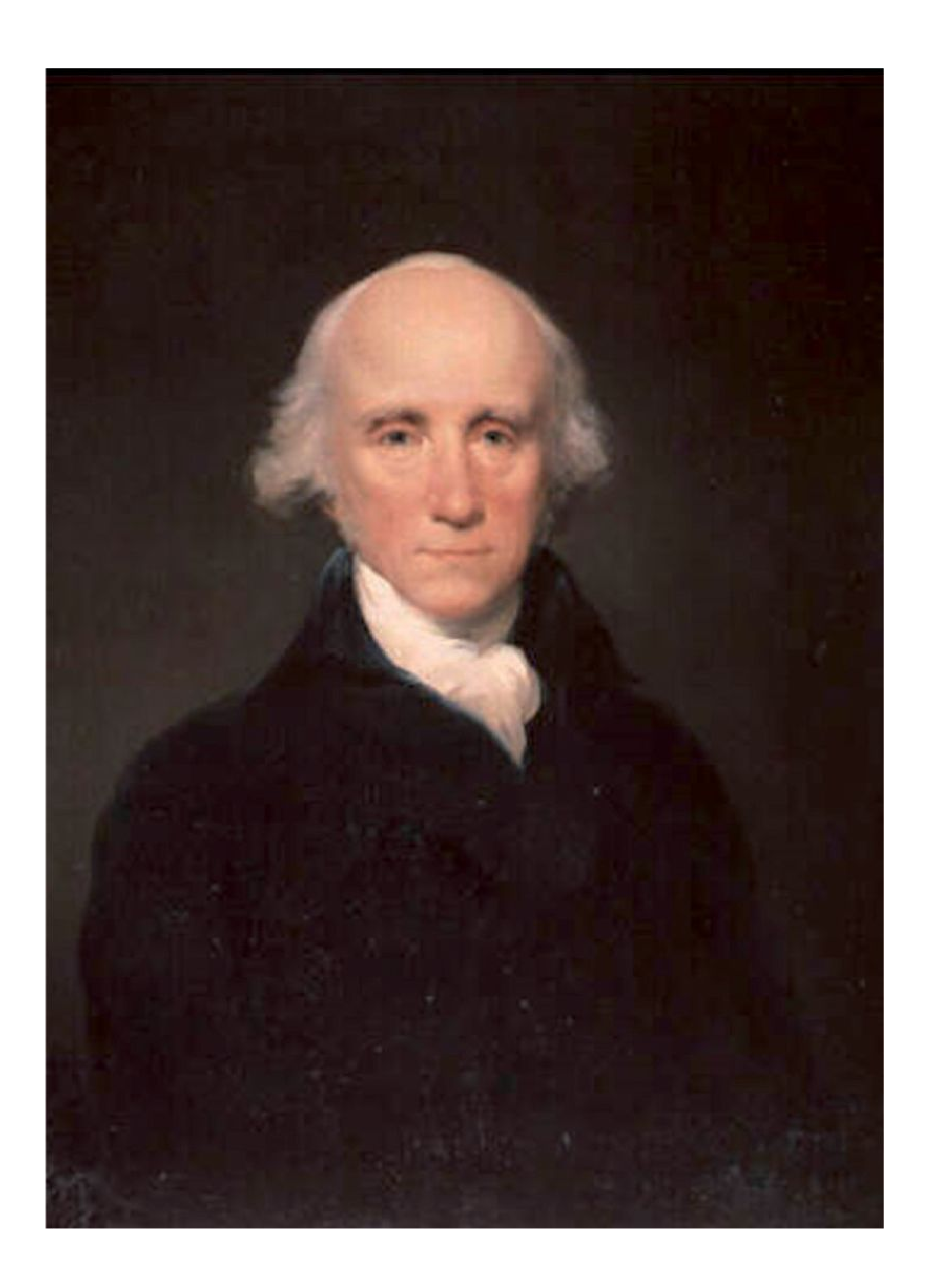
Izquierda y centro, mosquete de chispa (*ca* . 1793-1794) y abajo y derecha, mosquete de chispa (1796-1797). Estas armas se fabricaron en Seringapatam, la capital del sultán Tipu, cuya armería empleó a numerosos artesanos europeos, que dotaron a las armas de fuego de la tecnología más avanzada de la época. Autodenominado Tigre de Mysore, al sultán le obsesionaban las imágenes de tigres. En estos mosquetes aparecen en el cañón, magníficamente damasquinados, tigres que brincan o cazan y las llaves de chispa tienen la forma de cabeza de tigre. También las monturas de plata están estampadas con estilizadas marcas de rayas de tigre. Tras el asalto de Seringapatam por los británicos el 4 de mayo de 1799, durante el cual Tipu fue asesinado, tanto estas armas como muchas otras fueron llevadas a Europa como botín.



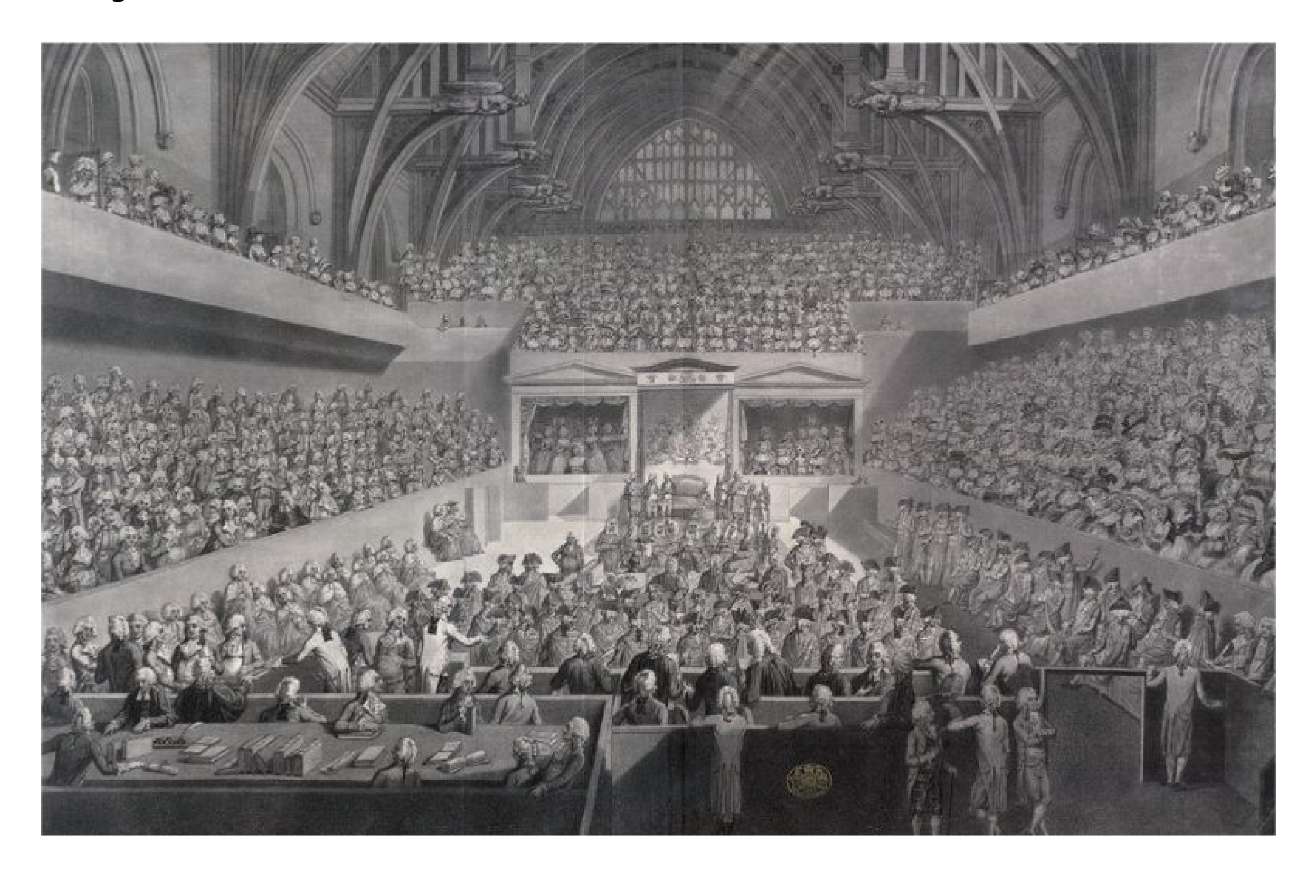
*Edmund Burke* (*ca* . 1769) del estudio de *sir* Joshua Reynolds (1723-1792). Burke era una estrella anglo-irlandesa en ascenso del partido *whig* . Nunca había estado en la India, pero parte de su familia se había arruinado al especular con acciones de la Compañía. Burke y Francis trabajaron en una serie de informes para el Comité Selecto que revelaba las fechorías de la Compañía en la India. Antes de conocer a Francis, Burke se había definido como «un gran admirador» de los talentos de Hastings. Pero Francis empleó sus artimañas para que cambiara de parecer. Hacia abril de 1782, Burke había elaborado una lista de 22 cargos contra Hastings, que presentó ante la Cámara. Tras cinco años de campaña obsesiva para ensuciar el nombre y reputación de Hastings, Burke y Francis persuadieron al Parlamento de que había suficientes pruebas para procesarlo.



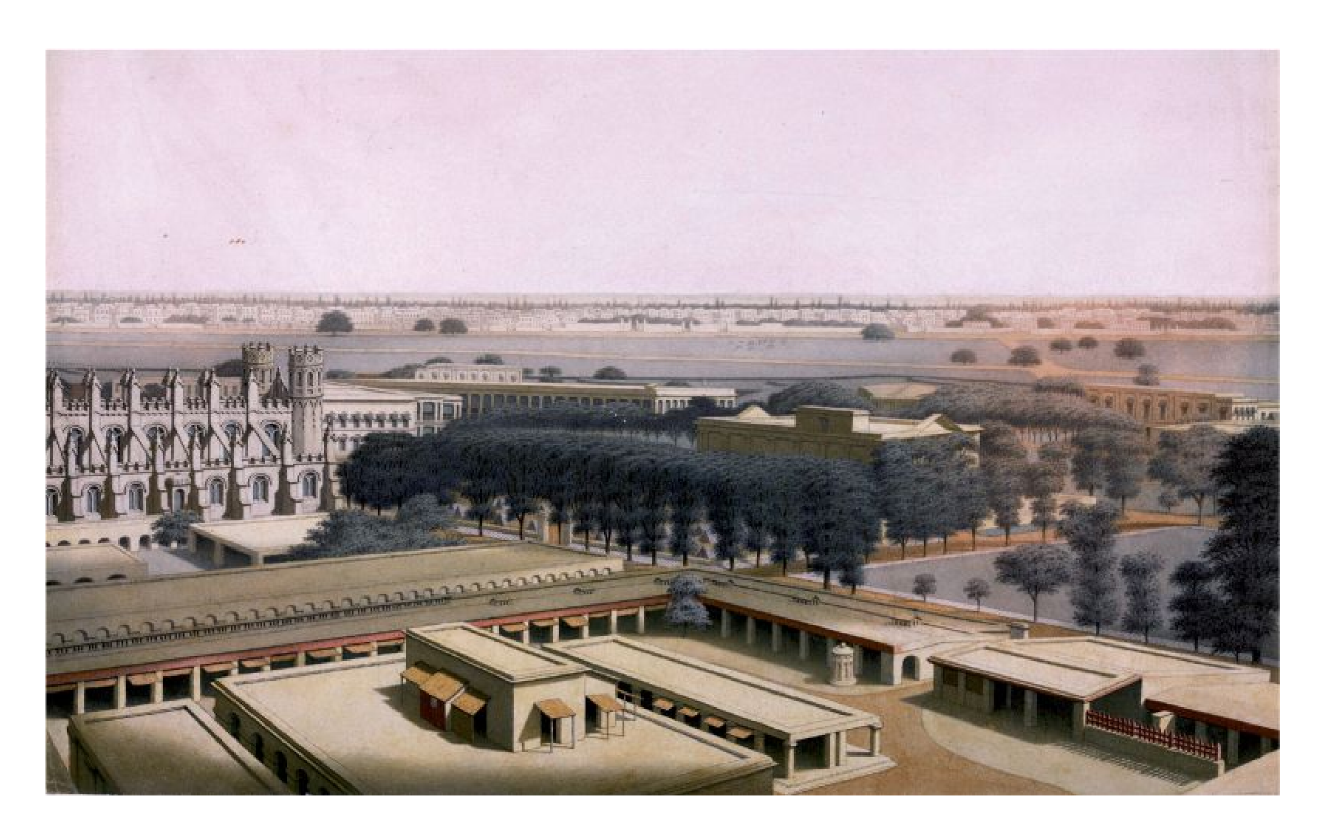
*Philip Francis* (*ca* . 1806). Óleo de James Lonsdale (1777-1839). Estaba convencido, erróneamente, de que Hastings constituía el origen de toda la corrupción de Bengala y ambicionaba reemplazarlo en el cargo de gobernador general y le atacó desde 1774 hasta su muerte. Trató de matar a Hastings en un duelo, pero no lo logró y además se llevó un pistoletazo entre las costillas. Una vez recuperado, regresó a Londres, donde sus acusaciones condujeron al *impeachment* de Hastings y del juez jefe de Calcuta, Elijah Impey. Los dos fueron absueltos.



Retrato de Warren Hastings ya anciano (1796). Óleo de Lemuel Francis Abbott (1760-1802). Lejos de tener la apariencia de un «nabab» nuevo rico, fanfarrón y vocinglero, su porte era solemne, intelectual y más bien austero. De pie en el estrado con su levita de negro riguroso, medias blancas y cabellos grises, el enjuto Hastings más parecía un ministro puritano que se dispusiera a dar un sermón que un panzudo saqueador. Con su casi 1,90 de estatura, apenas pesaba 50 kg: «De hábitos austeros, muy calvo, con un ademán placido y pensativo, pero lleno de inteligencia cuando se enardecía».



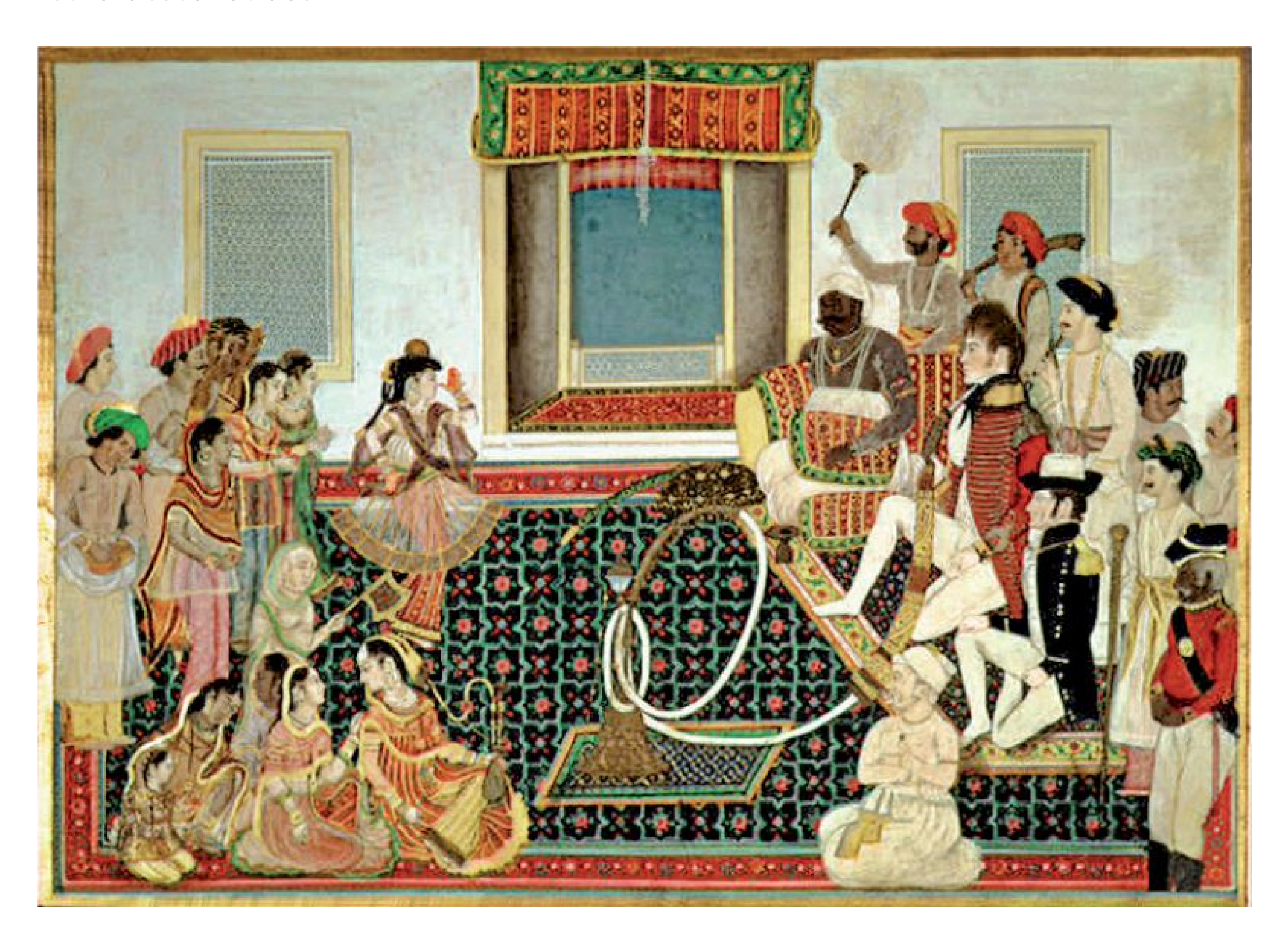
*El proceso de Warren Hastings en Westminster Hall* (1788). No solo se trató del espectáculo político más fastuoso de la época de Jorge III. También supuso el momento en que los británicos estuvieron más cerca de someter a juicio al imperio indio de la Compañía. Los pocos asientos reservados para el público cambiaban de propietario por sumas notables, hasta 50 libras. Aun así, había tanta gente que quería entrar que, como observó uno de los responsables del proceso, la audiencia «se apelotonaba en la puerta hasta las nueve, hora en que se abren las puertas, y entonces todos entran a la carrera, como las que tienen lugar en el teatro cuando Garrick interpreta al rey Lear». Autor desconocido.



Vista del interior del fuerte William hacia el este. Cuartel general de la Compañía en Calcuta. Acuarela (*ca* . 1828) de William Wood (*fl* . 1827-1833).



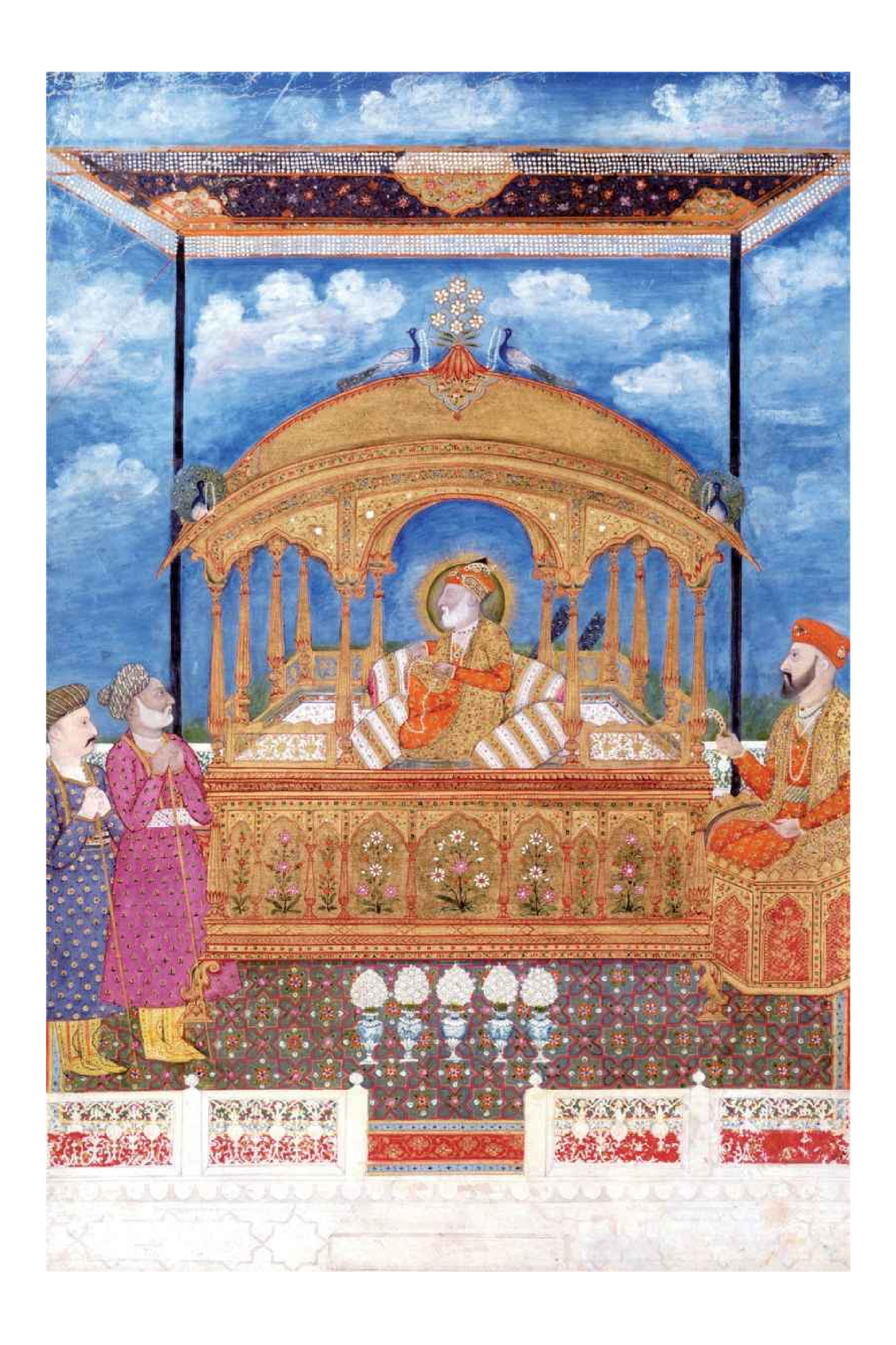
El popular cirujano y esteta escocés William Fullarton fue salvado gracias a la intervención personal de su viejo amigo, el historiador Ghulam Husein Khan, con el que gustaba conversar acerca de su pasión mutua: las miniaturas mogolas. En la imagen, un oficial del ejército como muestra de una de estas miniaturas. Autor y fecha desconocidos.



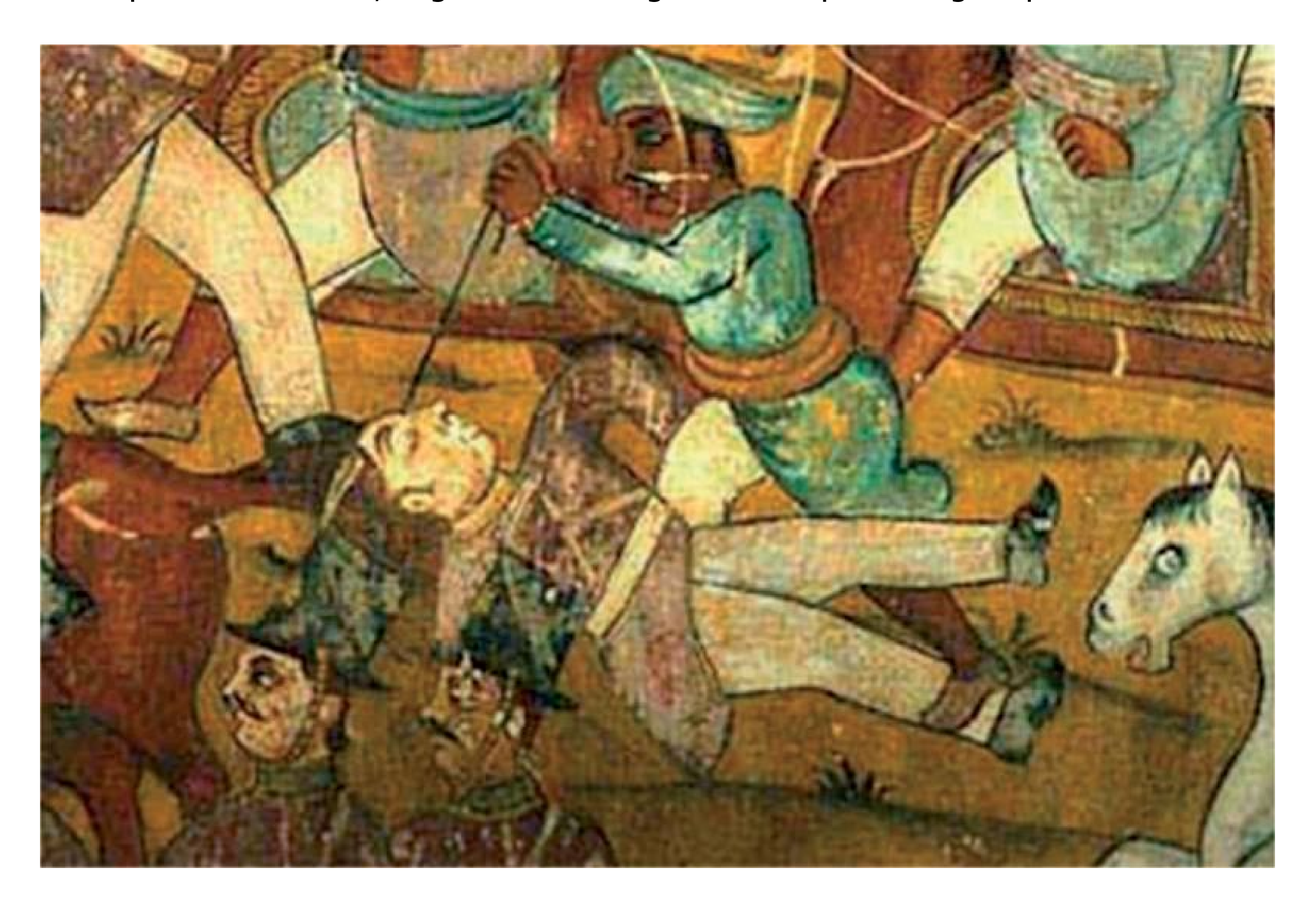
Mahadji Scindia en Delhi entretiene a dos oficiales británicos (militar y naval) con un *nautch* (*ca* . 1790). Autor desconocido.



*Palacio de Qudsia Bagh* (*ca* . 1863). Ghulam Qadir se crio durante un tiempo en sus estancias dentro de la corte de Shah Alam. Autor desconocido.



El ciego Shah Alam en una réplica de madera del trono del pavo real (*ca* . 1790). Obra de Khairulla (*fl* . 1800-1815). En sus setenta, el viejo rey se sentó en medio de su palacio en ruinas, el gobernante ciego de un imperio en gran parte ilusorio.



Fragmento del mural de la batalla de Pollilur que adornaba las paredes del palacio de verano del sultán Tipu. Autor y fecha desconocidos.



*El general lord Cornwallis recibe a dos de los hijos del sultán Tipu como rehenes en 1793* (*ca* . 1793). Óleo de Robert Home (1752-1834).



Retrato del sultán Tipu (*ca* . 1790-1800). En 1782 sucedió a su padre y reinó con gran eficiencia e imaginación en la paz, pero con gran brutalidad en la guerra. En 1792 se vio obligado a ceder la mitad de su reino a la Triple Alianza de lord Cornwallis con los marathas y los haiderabadíes. En 1799 fue derrotado y muerto por lord Wellesley. Artista desconocido.

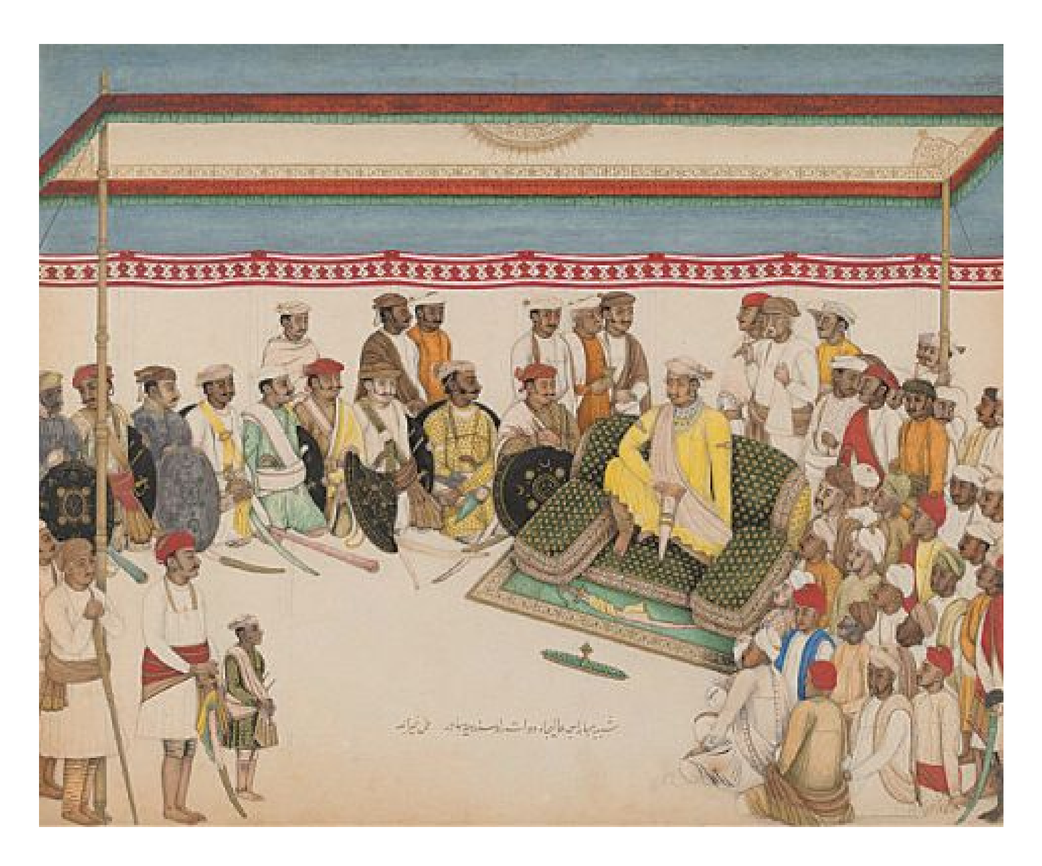


*Vista de los muelles de la Compañía de las Indias Orientales* (*ca* . 1808). Óleo de William Daniel (1769-1837). La vista está representada desde lo que hoy es el East India Dock de Londres.

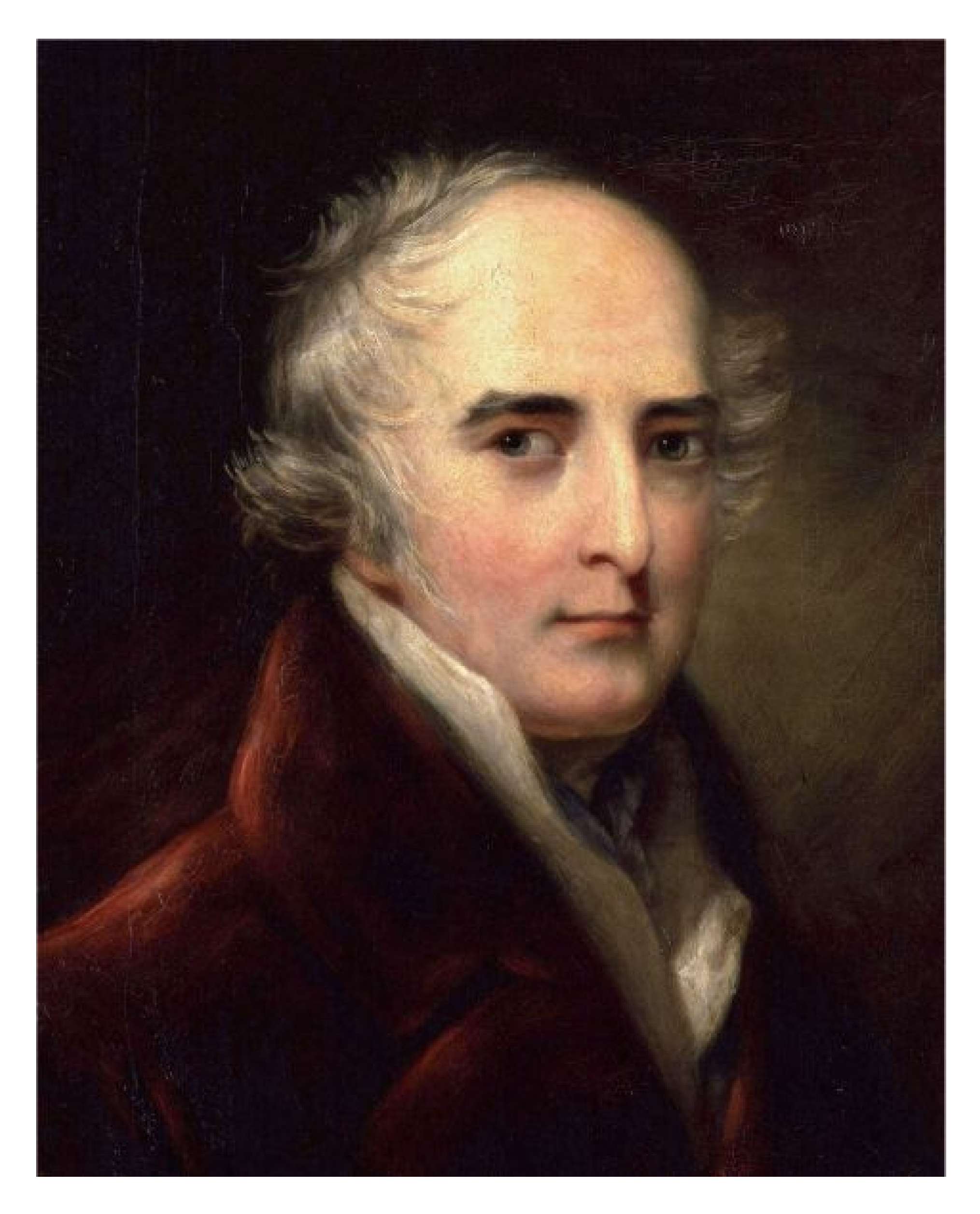
En menos de cincuenta años, una corporación multinacional se había hecho con el control de casi todo el antiguo Imperio mogol. También había creado, llegada esta fase, una administración y un complejo funcionariado civil, había construido buena parte de los muelles de Londres y estaba cerca de generar la mitad del comercio británico. Su gasto anual, solo en Gran Bretaña –alrededor de 8,5 millones de libras– equivalía a cerca de una cuarta parte del gasto anual total del Gobierno británico. No resulta en absoluto sorprendente que la Compañía se refiriera a sí misma como «la sociedad mercantil más grande del universo».



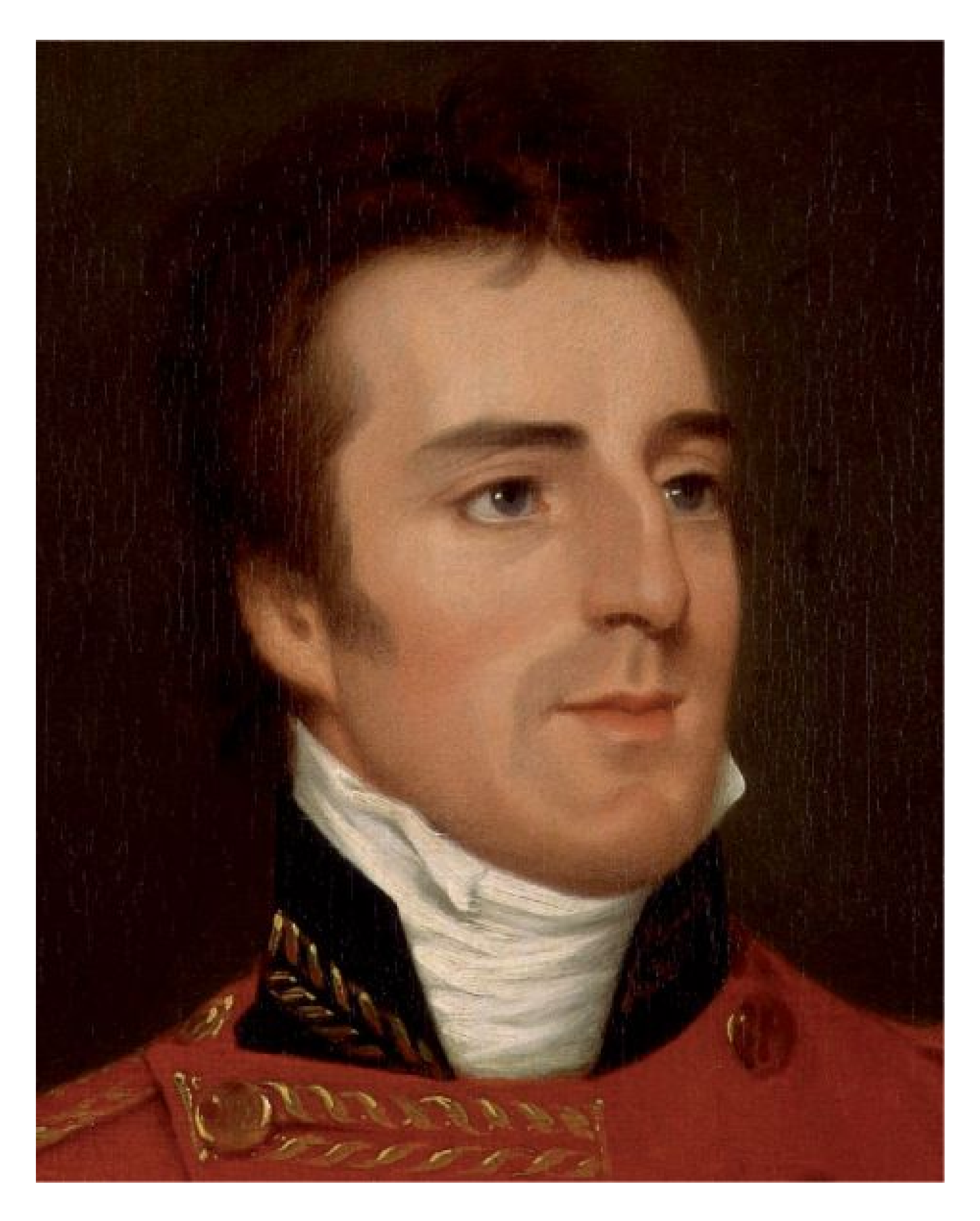
*Mahadji Scindia* (*ca* . 1792). Óleo de James Wales (1747-1795). Caudillo y estadista maratha, tomó bajo su protección a Shah Alam a partir de 1771 y convirtió a los mogoles en títeres de los marathas. Creó un poderoso ejército moderno mandado por el general saboyardo Benoît de Boigne, pero, hacia el final de su vida, su rivalidad con Tukoji Holkar y su paz unilateral con la Compañía de las Indias Orientales en el Tratado de Salbai socavó la unidad maratha.



Daulat Rao (*ca* . 1825). Cuando Mahadji Scindia murió en 1794, su sucesor, Daulat Rao, tan solo tenía 15 años. El muchacho heredó el magnífico ejército que Benoît de Boigne había instruido para su predecesor, pero no mostró ningún talento ni visión para su empleo. Su rivalidad con los Holkar y su incapacidad de crear un frente común contra la Compañía de las Indias Orientales dio lugar a la desastrosa Segunda Guerra Anglo-Maratha de 1803. Tras esta contienda, la Compañía se consolidó como la principal potencia en India y allanó el camino hacia el Raj británico. Autor desconocido.



*Richard Colley Wellesley, marqués de Wellesley* (siglo XIX). Óleo de John Philip Davis «Pope» (1784-1862). Conquistó más territorio en India que Napoleón en Europa. Despreciaba el espíritu mercantilista de la Compañía y solo obedecía a los dictados de su francófobo amigo Dundas, presidente de la Junta de Comercio. Empleó los recursos y los ejércitos de la Compañía para imponerse en la Cuarta Guerra Anglo-Mysore, que finalizó en 1799 con la muerte del sultán Tipu y la destrucción de su capital. Acto seguido, desencadenó la Segunda Guerra Anglo-Maratha, en la que fueron derrotados los ejércitos de Scindia y Holkar (1803). En esta época logró expulsar a las últimas unidades francesas de India y consolidó el control de la Compañía de las Indias Orientales sobre la mayor parte del subcontinente al sur del Punyab.



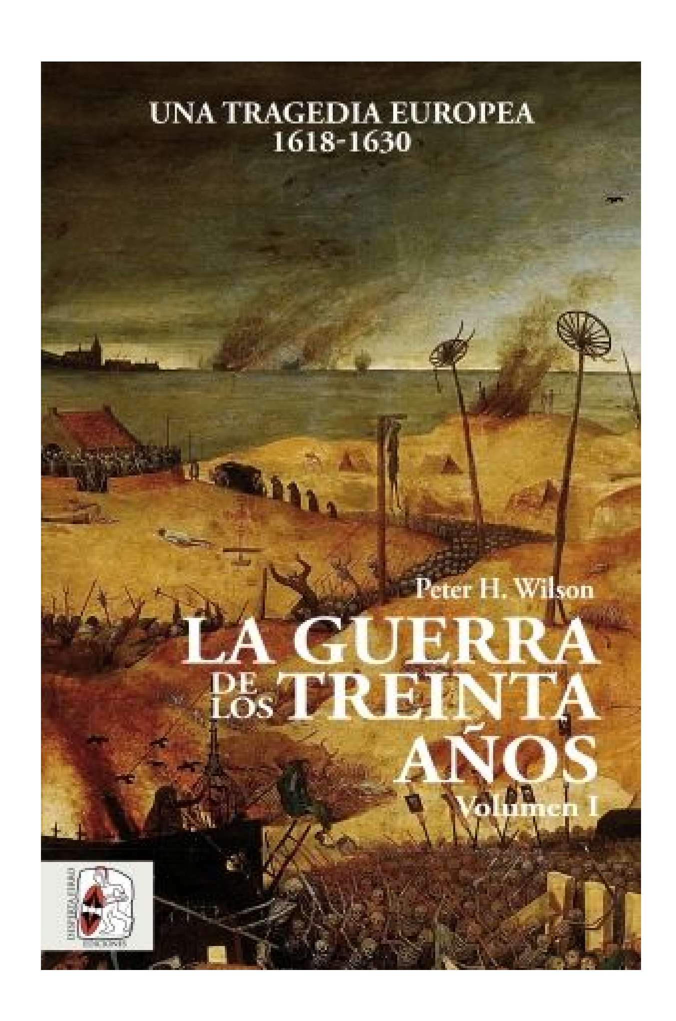
*Arthur Wellesley, primer duque de Wellington* (1804). Óleo de Robert Home (1752-1834). Fue promovido rápidamente por su hermano mayor a gobernador de Mysore y «responsable político-militar principal en el Decán y al sur del país de los Marathas». Participó en la derrota de los ejércitos de Tipu en 1799 y de los de los marathas en 1803. Más tarde se hizo famoso al recibir el título de duque de Wellington.



*La batalla de Assaye* (1815). Grabado de Joseph Constantine Stadler (1780-1812). Después de la batalla de Assaye, uno de los altos mandos de Wellesley escribió a su general: «Espero que no vuelva a tener ocasión de comprar más victorias a un precio tan elevado».



El señor de la guerra persa Nader Shah sentado en el trono del pavo real tras derrotar a Mohamed Shah Rangila. Acuarela (*ca* . 1850) anónima.

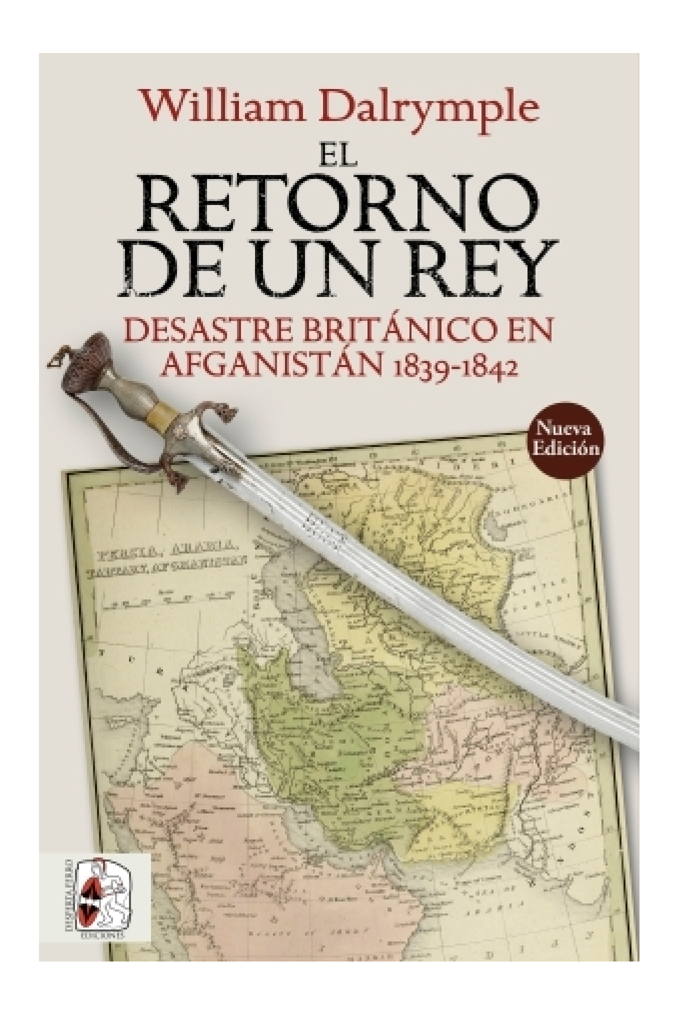

UNA TRAGEDIA EUROPEA
1618-1630
Peter H. Wilson
LA GUERRA
DE LOS TREINTA
AÑOS
Volumen I

central fueron devastadas en un incesante recorrer de ejércitos, y muchas tardaron décadas en recuperarse. Todas las grandes potencias europeas del momento estuvieron involucradas en un conflicto que desbordó las líneas marcadas por la fe, con la **pugna entre los Habsburgo y los Borbones** dirimiendo el comienzo del ocaso de una gran potencia, **la España imperial** , contestada por la pujante Francia. El libro de Peter Wilson es la primera historia completa de la Guerra de los Treinta Años que se alumbra desde hace más de una generación, en un relato brillante y fascinante, de unos años de acero que definieron después de la Paz de Westfalia el escenario europeo hasta la Revolución francesa. La gran fortaleza de ***La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea*** es que permite aprehender los motivos que empujaron a los diferentes gobernantes a apostar el futuro de sus países con tan catastróficos resultados. **Wallenstein, Fernando II, Gustavo Adolfo, Richelieu u Olivares** , personajes fascinantes, están aquí presentes, como también lo está la terrible experiencia de los soldados y civiles anónimos, que trataron desesperadamente de mantener vida y dignidad en circunstancias imposibles.

***La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea*** se divide, dada su enjundia y su amplitud, en dos partes, la primera dedicada a las conocidas como fases bohemia y danesa del conflicto, hasta 1630; y la segunda, de próxima aparición, que arranca con la irrupción sueca y culmina con la postrera intervención francesa. En esta primera parte conocemos los antecedentes y los orígenes del conflicto, que comienza con la revuelta bohemia y el efímero Rey de Invierno, el elector palatino Federico V, vencido en la Montaña Blanca, frente a Praga, y cuyas tierras en Alemania serán conquistadas por los ejércitos de España y de la Liga Católica

alemana. Vencido y exiliado el palatino, la obra de Wilson se adentra en los orígenes de la rivalidad entre Richelieu y Olivares, germen de la ulterior intervención gala, y plasma la fracasada intervención danesa en el norte del Sacro Imperio, sellada con una paz de Lübeck que deja a Fernando II como gran triunfador, para abordar por último la amenaza inminente de una guerra general en el continente, que no tardaría en hacerse realidad.

*Ganador del Society for Military History Distinguished Book Award 2011*




# El retorno de un rey

Dalrymple, William
9788412207958
592 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En la primavera de 1839, **tropas británicas invadían por primera vez Afganistán** para exorcizar la fantasmal amenaza rusa sobre la India que angustiaba a políticos incompetentes y

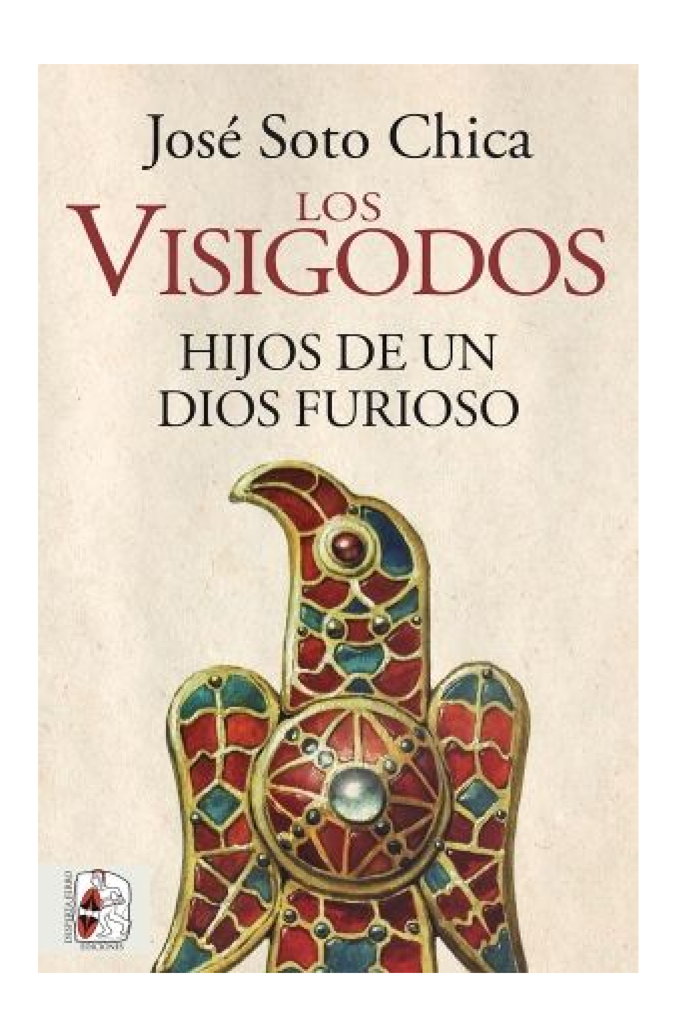
entusiasmaba a lobistas sin escrúpulos y que se vino a definir como **El Gran Juego** . Encabezados por emperifollados lanceros con casacas escarlata y chacós emplumados, cerca de 20 000 soldados de la Compañía Británica de las Indias Orientales cruzaron los pasos de alta montaña y restablecieron en el trono al Shah Shuja al-Mulk, dando comienzo a la **Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842)** .

La barbarie de la destrucción que siguió y la perplejidad de muchos de los agentes de inteligencia envueltos en estas misiones, tanto de los rusos como de los británicos, cuyas vidas novelescas, plagadas de aventuras y tribulaciones suponen un aliciente más para leer esta obra, reflejan los distintos puntos de vista de los implicados en el Gran Juego y aportan nuevas perspectivas tanto para los historiadores y expertos en el tema como para los legos que deseen conocer algo más de la historia en la región.

Los británicos enfrentaron poca resistencia por el camino, pero tras dos años de ocupación, el pueblo afgano se levantó en respuesta a la llamada a la yihad y el país estalló en una violenta rebelión, como una miríada de incendios. La Primera Guerra Anglo-Afgana terminó en la mayor humillación militar británica del siglo XIX: un ejército entero de la entonces nación más poderosa del mundo emboscado en retirada y totalmente destrozado por remotas y mal equipadas tribus de harapientos montañeses.

***El retorno de un rey*** , **contado a través de las vivencias de personajes inolvidables y pintorescos de ambos bandos, es el mejor relato de la Primera Guerra Anglo-Afgana, en el que el galardonado y exitoso historiador William Dalrymple** conjuga fuentes persas, urdus y por vez primera afganas para marrar con maestría el mayor desastre de la Gran Bretaña imperial.

Un libro que puede leerse como una aguda parábola acerca de la ambición colonial y la colisión cultural, de la insensatez y la arrogancia, en un momento en el que el mundo todavía no era finito ni estaba cartografiado al detalle, en el que los intereses políticos y comerciales se conjugaban con el exotismo, las intrigas diplomáticas y la aventura.



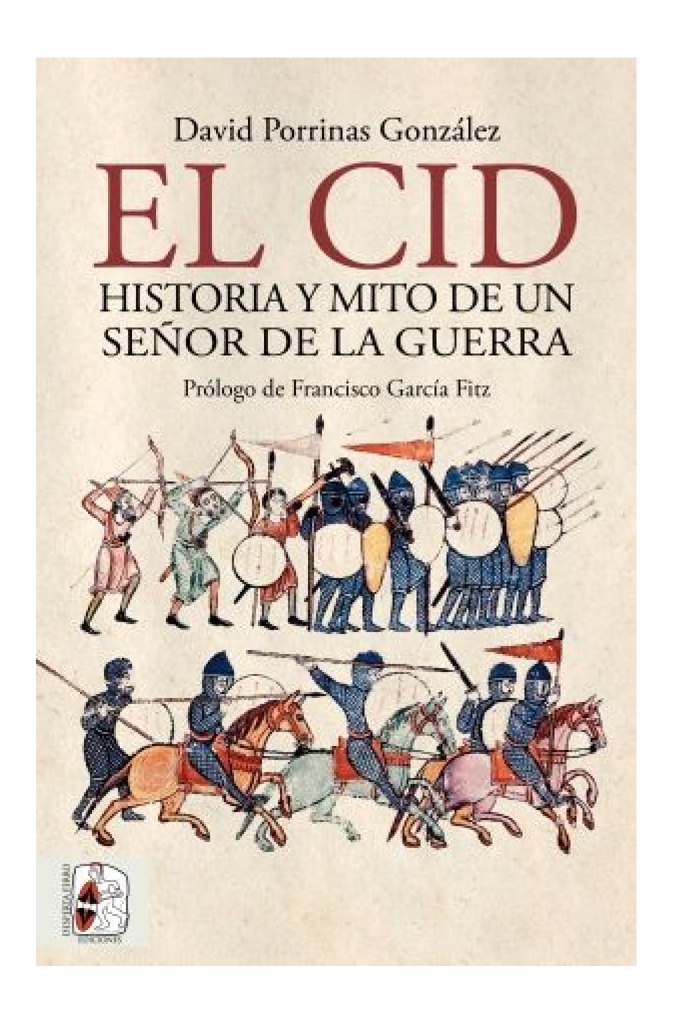

# Los visigodos. Hijos de un dios furioso

Soto Chica, José
9788412207996
640 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

**José Soto Chica** , el autor del exitoso ***Imperio y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*** , regresa con un volumen que aborda

una época crucial en la historia de España, el tiempo que hace de bisagra entre la Antigüedad y el Medievo, el tiempo del primer reino que se enseñoreo sobre toda la península ibérica, el tiempo de los visigodos. Rastreando los nebulosos orígenes de los godos en Escandinavia, el libro acompaña a estos en una migración que los llevó a penetrar en el Imperio romano, a saquear por primera vez en siete siglos la Ciudad Eterna y a asentarse, por fin, en la Península. ***Los visigodos. Hijos de un dios furioso*** explica cómo ese viaje convierte a los visigodos en un pueblo mestizo, impregnado de romanidad, un mestizaje y una romanidad que se acentuaron en Hispania, constituyendo la fértil semilla que la marea islámica no pudo agostar y que luego germinará con los primeros reinos cristianos, verdaderos epígonos espirituales del reino de Toledo. Si san Isidoro, el más destaco intelectual visigodo, cantaba "¡Tú eres, oh, España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras, en tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo!", en José Soto encontramos su digno continuador, que aúna al exhaustivo conocimiento del periodo una prosa ágil y capaz de transmitir toda la épica que tuvo **un Alarico poniendo de rodillas a Roma** o un **rey Rodrigo defendiendo su reino en Guadalete** , hasta el fin.




# El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra

Porrinas González, David

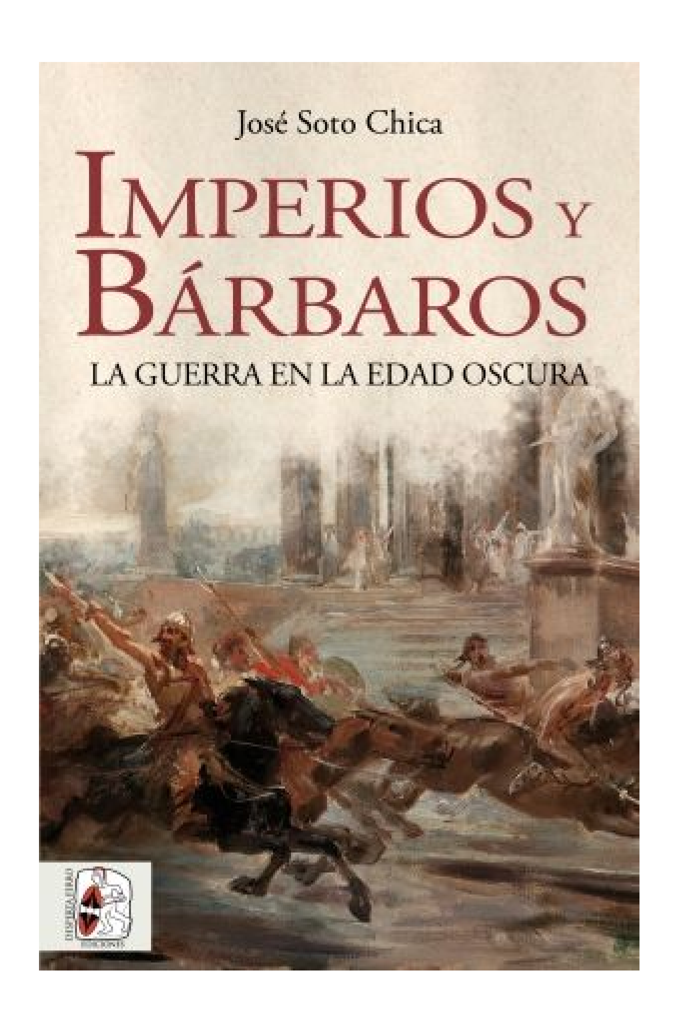
9788412105377

440 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

**Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid** , es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el

Cantar de Mío Cid hasta la película de Anthony Mann protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero, ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar? Lo que precisamente distingue al **Cid histórico** es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. **David Porrinas** , uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado sobre el Cid, enfocando en particular hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. La obra plantea pues al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para **la epopeya del Campeador** es una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen por un lado los fanáticos almorávides y por otro la idea de cruzada. ***El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*** es un digno continuador de La España del Cid de Ramón Menéndez Pidal. Una obra que, como su protagonista, hará historia.




# Imperios y bárbaros

Soto Chica, José

9788412105384

648 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

" **Edad oscura** " es el nombre que tradicionalmente se ha venido dando al periodo comprendido entre las grandes invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio, un tiempo que

supuso **la transformación definitiva del mundo antiguo y el alumbramiento del Medievo** . Y aunque las nuevas corrientes historiográficas han cuestionado ese adjetivo, no parece baladí cuando comprobamos una característica esencial del periodo: la ubicuidad de la guerra. Los conflictos bélicos, ya fueran de carácter casi mundial porque enfrentaban a los grandes imperios, o de carácter local, fueron continuos y feroces, desde **Atila y sus hunos y la caída del Imperio romano de Occidente** , al avance incontenible de l **a marea islámica** , solo frenado *in extremis* por **Bizancio y los francos** . En ***Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*** , **José Soto Chica** , profesor de la Universidad de Granada, aúna un exhaustivo conocimiento con la veta de gran narrador ya mostrada en incursiones en la novela histórica, para trenzar un análisis de enorme calado histórico pero que se lee con la agilidad que merece un tiempo y unos hechos excitantes. En este libro asistiremos a la caída de potencias como los sasánidas o Roma, al **final del reino visigodo** , a batallas cruciales en el destino del mundo como Poitiers, al nacimiento y disolución de efímeros imperios de las estepas o al alumbramiento de leyendas como el rey Arturo. Sin duda, *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad Oscura* , **arroja luz sobre una época poco luminosa y poco iluminada por la investigació** n.